ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

REVISTA DE ESPAÑA

REVISTA

DE ESPAÑA

TORONTO LIBRARY

DÉCIMOSEXTO AÑO

TOMO XCII.—MAYO Y JUNIO

MADRID

REDACCION Y ADMINISTRACION,
calle de Lope de Vega, 34, 36 y 38,
cuarto principal.

ESTAB. TIP. DE «EL CORREO,»
á cargo de Francisco Fernandez,
8 San Gregorio, 8

1883

462987

AP
60
R4
t.92

EL IMPERIO IBÉRICO

(Continuacion.)

IX

Obsérvase una ley constante, que tiene su manifestacion así en el individuo como en la colectividad y agrupaciones etnográficas: los progresos intelectuales y morales apénas son posibles cuando no existe una cantidad de riqueza. El indivíduo que tiene que emplear todo su tiempo en hacer frente á las necesidades perentorias de la vida, y no dispone de otro que el indispensable para reponer sus fuerzas, ya por las condiciones fisiológicas, que no permiten simultáneamente dos grandes esfuerzos de la inteligencia y de la fuerza muscular, como cada uno habrá observado por sí mismo, ya tambien porque, no poniendo aquella en ejercicio, no es probable llegar á alcanzar el hábito del estudio, ni ménos sentir la necesidad de los goces intelectuales; por todas estas razones y otras que pudieran aducirse, el progreso, en las condiciones citadas, ha de serle, si no imposible, verdaderamente difícil. Del mismo modo, cuando las colectividades ó corporaciones, de cualquier clase que sean, no cuentan con los medios necesarios para que la division del trabajo se establezca, y los de holgura y bienestar permitan y áun exijan que algunas individualidades, en mayor ó menor número, se dediquen á los trabajos de la inteligencia, el progreso es lento y difícil; porque como la primera condicion de todo organismo es vivir, las necesidades de la vida, no sólo ocupan todo el tiempo de que disponen, sino que, además, ocupan

por completo toda la atencion. Sería punto ménos que ridículo exigir que un hombre acosado por el hambre, por las inclemencias del clima, se ocupara en perfeccionamientos y abstracciones, cuya necesidad no siente, y que le serían perfectamente inútiles. De la misma manera, una nacion empobrecida, con falta de seguridad y sin un cierto grado de bienestar, tampoco puede esperarse que haga grandes adelantos intelectuales y morales. Cada progreso, sea de la especie que quiera, necesita, para su planteamiento y desarrollo, gastar una cantidad de riqueza acumulada, aunque le haya de producir más tarde grandes aumentos de capital, que á su vez han de ser un potente factor para ulteriores desenvolvimientos. Es difícil que pase un dia sin que á todo hombre que algo piense, sin más que observar lo que le rodea, no se le ocurra alguna empresa que llevar á cabo ó mejora que realizar, si dispusiera del capital necesario para ello, y que ante el obstáculo, punto ménos que insuperable, de la falta de trabajo acumulado, entiende que hay que desistir ó aplazar para tiempos posteriores aquellas reformas, que sobre hacer la vida más cómoda, habian de pagar con grande usura los gastos por ellas ocasionados.

Como todos los hechos sociales se compenetran, aquellos cambios ó términos de la evolucion que son el efecto ó la consecuencia precisa de otros anteriores, á su vez vienen á ser causa de los que vienen detrás y del perfeccionamiento de aquellos que los han engendrado. Así, por ejemplo, cuando nuestros antepasados dejaron de alimentarse exclusivamente de la caza, para pasar al estado de agricultores, tuvieron que renunciar á la vida nómada; las sociedades comenzaron á formarse, los abrigos ambulantes pasaron á ser habitaciones permanentes, las aldeas ó lugares empezaron á aparecer, para dar lugar á otras agrupaciones mayores que exigian, forzosamente, la division del trabajo; y la civilizacion empezó á sentarse sobre bases sólidas, pudiendo asegurarse que de todos los progresos realizados por el hombre, desde el momento que se separó de las especies anthropoides que le habian precedido, la agricultura es, seguramente, uno de los de más importancia. No sólo del suelo ha sacado su existencia, sino que las necesidades de su nuevo estado le han llevado á llamar en su auxilio otras fuerzas, mayores que las suyas propias, que le libraran de las faenas más rudas y que le permitieran, en una misma cantidad de tiempo, producir efectos que estaria muy léjos de alcanzar por el empleo exclusivo de las musculares, encontrándolas

en cierta clase de animales que hizo sus compañeros, de cierto modo, y sus esclavos. Aquí empezó para él otro ramo de industria: sacar de los productos de la tierra los medios de nutricion para aquellos auxiliares tan sumisos como potentes, y que, en último término, habian de servir para proporcionarle su propia alimentacion. En tan remotos tiempos, y en los actuales, para la inmensa mayoría de los séres, el asunto más importante, si no el exclusivo, y al cual consagran casi todos sus esfuerzos, es el de asegurarse la subsistencia diaria. A esto se reducen en último término, todos los problemas sociales.

Por lo que dicho queda, la civilizacion no pudo tener bases sólidas sobre que descansar, en tanto que el hombre no tuvo su existencia asegurada: en la sociedad ó nacion más civilizada que hoy conocemos, si llegan á disminuirse los medios de subsistencia, la decadencia no se hace esperar. La agricultura, que no es hoy, seguramente, la industria más adelantada, y ménos en nuestra pátria, si es de las más antiguas, su importancia no menor que en los primitivos tiempos, forma el principal medio de subsistencia de las naciones y su ocupacion más imperiosa, y ni la inteligencia más poderosa, ni la imaginacion más rica vislumbran siquiera que esto pueda dejar de suceder en lo sucesivo: su grado de prosperidad está íntimamente relacionado con la grandeza y decadencia de un pueblo, y con su estado intelectual y moral. Por él se determina, poco ménos que con rigor matemático, el número de habitantes de un país, el de matrimonios que se verifican en un año, el de nacimientos, el de crímenes ó faltas, el de defunciones; de tal manera que, prescindiendo de otras circunstancias extrañas y accidentales, pueden obtenerse en general dichos números por el de hectólitros de trigo ú otros frutos que haya producido la cosecha. No hay error al asegurar que un año de escasez para una nacion, la produce mayor número de males que la guerra más desastrosa; que fueron terribles, punto ménos que incalculables en la antigüedad, y que se hacen sentir con fuerza, á pesar de los medios de cambio y de trasporte que proporciona la civilizacion moderna. De grande importancia nos pareceria calcular y relacionar entre sí las pérdidas que proporcionó á la nacion francesa la para ella desgraciada campaña de 1870, y las que le ha producido un insecto, al parecer tan insignificante, como la filoxera.

Ya que de Francia hablamos, aunque sea por incidencia, diremos, como de pasada, que, á pesar del gran desarrollo de la industria en

aquella nacion, sólo el 26 por 100 de sus habitantes están dedicados á la industria, miéntras que él dedica sus brazos á la agricultura. El célebre Liebig, haciéndose cargo de la posicion que ocupa hoy entre las naciones, España, del grado de prosperidad y predominio que alcanzó bajo la dominacion romana, y, sobre todo, la árabe, no duda en afirmar que el grado de decadencia á que ha descendido, es debido, principalmente, al empobrecimiento de su suelo. Por lo que dicho queda, y por lo que ha de verse en el curso de estos trabajos, es fácil deducir que no fué ésta la única causa; pero no puede olvidarse, ni deben perder de vista todos los españoles que de la gestion pública se ocupan este terrible dato, que habla con aterradora elocuencia: la densidad media de la poblacion es muy inferior á la de las otras naciones del Occidente y centro de Europa, al mismo tiempo que el incremento anual de ésta es tambien el más bajo. Lo cual pone de manifiesto que los medios de subsistencia y de higiene dejan mucho que desear. Seguramente, al lector no se le ocultará que tendrán mucho de ilusorios los proyectos políticos y sueños de engrandecimiento, miéntras no se llegue á remediar el grave mal que aquel dato acusa, y que es de todo punto indispensable que gobiernos, hombres políticos y pueblos piensen sériamente en dedicar todos sus esfuerzos á remediar tal desdicha y á devolver á una tierra esquilmada los medios necesarios para que siga prodigándonos sus tesoros, sin los cuales la vida no es posible.

Es apenas creible que en los tiempos que alcanzamos, aún por el número de personas que ejercen influencia social no despreciable, y que se tienen por instruidas, pase, generalmente, desapercibida la importancia fundamental del estado de la agricultura, la dependencia que con él tienen múltiples y variados fenómenos sociales, y que no sea mucho más conocida la grandísima influencia de la alimentacion en las condiciones de los pueblos y de los indivíduos. Nadie debe ignorar que los pueblos, que se mantienen especialmente de vegetales, tienen escasa energía y aptitud para el trabajo. Fundándose en esto, decia el ilustre Godofredo Saint-Hilaire, que algunos centenares de millones de indios, que se mantienen exclusivamente de arroz, no obedecerian á unos cuantos miles de ingleses que los explotan, si tuvieran la misma alimentacion que éstos. Y cualquiera que sea la exactitud de tal afirmacion, lo que la experiencia enseña es que los animales carnívoros, cuando se les somete

á un régimen de alimentacion exclusivamente vegetal, pierden en gran manera su ferocidad y energía; y no puede decirse que consista en la sujecion que se les tiene, porque cuando se les vuelve á la alimentacion de carne, la ferocidad y la bravura reaparecen.

Si la primera industria entre los hombres ha sido la construccion de armas para la defensa y el ataque, precediendo en este sentido la industria á la agricultura, ésta, á su vez, generó un movimiento en aquélla por la division del trabajo, porque no pudo aparecer sino después que al estado sedentario de permanencia se añadió el de agrupaciones ó pueblos. Sólo de esta manera cada ramo de industria, que satisfacia una necesidad, pudo dar lugar á que el consumo y el cambio estuvieran asegurados para los que por aptitud especial ó aficion se dedicaban á un ramo determinado. En esto se han fundado los que han dicho que el punto de partida de las sociedades humanas, ó mejor dicho, de su progreso, fué una tríbu cuyos miembros ejecutaban el mismo trabajo, pero cada uno para su uso particular; y que su punto de llegada será una comunidad donde cada uno ejerza las diferentes funciones de todos los demás, pero sirviendo para el uso de todos. Hoy mismo se encuentran hartos vestigios de esto en las poblaciones de los campos que más atrasadas se hayan.

Lo dicho da lugar á una antinomia que no ha pasado desapercibida á pensadores y estadistas, y consiste en que, por un lado, á cuanto mayor número de industrias se dedica un solo hombre, con menor perfeccion ejerce cada una de ellas; pero, en cambio, el que se dedica sólo á un ramo determinado y especialísimo, más obra como autómata, ménos trabaja su inteligencia, y, por consiguiente, tiene más tendencia al atrofiamiento. Se hace de todo punto necesario que una educacion más correcta venga á resolver esta clase de antinomia.

Lo que conocemos de la historia de las antiguas civilizaciones, pone de manifiesto que todas estas se han señalado por una division y especializacion del trabajo; y de tal suerte es esto patente en la industria moderna, que su instrumento ó producto más sencillo, ántes de ser entregado al comercio para el consumo, pasa por innumerables manos obreras, de las cuales cada una hace una sola operacion, sin comprender nada de la anterior ni de la posterior.

A los optimistas, que entienden que todo se ha hecho perfecto en la Naturaleza para el servicio del hombre, no hay más que hacerles observar que absolutamente toda la industria tiene por objeto prin-

cipal el ponerle á cubierto de las imperiosas leyes naturales que de tal manera le agobiaban, sustrayéndole progresiva y sucesivamente de aquella dura dependencia de que era esclavo cuando vivia tan sólo de la caza. ¿Qué es, en último término, la construccion de albergues para vivir, ropas con que cubrirse, sitios más cómodos donde descansar para reponer sus fuerzas; qué el crearse una independencia relativa de aquellos cambios radicales que tanto podian afectarle? ¡Cómo han cambiado la manera de ser de las sociedades, esas atrevidas invenciones de la brújula, la pólvora de explosion, la imprenta, debidas en su mayoría á la espontaneidad de la industria, ántes que la ciencia pudiera darse razon de ellas! Sin citar por el pronto más que la invencion del vapor, ¿no ha producido ya en la manera de ser de los pueblos un cambio más radical que todas las revoluciones y guerras que le han precedido? Un célebre físico ha calculado que el carbon que gasta Inglaterra en sus diferentes y múltiples máquinas produce un trabajo útil equivalente al de doscientos millones de hombres. ¡Asombroso número que estuvo muy léjos de alcanzar el pueblo-rey, á pesar de sus prodigiosas conquistas! Una diferencia: á estos doscientos millones de esclavos de que dispone Inglaterra, podrá faltarles un dia fuerza con que alimentarse ó mercado donde cambiar sus productos, pero jamás se sublevarán; y léjos de conducir, como los esclavos romanos, á la degradacion y decadencia de la sociedad, contribuyen poderosamente á mejorarla y moralizarla. Por esta razon, no es aventurado asegurar que este potente desarrollo de la industria ha contribuido más que todas las explicaciones y teorías á la abolicion de la esclavitud. En comprobacion de este aserto basta observar que, en los sitios donde aún se conserva aquella malhadada institucion, la industria se encuentra, si no en su infancia, grandemente atrasada. Inversamente: en las naciones ó provincias donde sus leyes, domando el egoismo de los amos, obligan á emancipar los esclavos, aquéllos tienen buen cuidado de ir introduciendo la máquina á proporcion que la esclavitud va cediendo.

Nos llevaria esto como por la mano á otra cuestion bien debatida; es, á saber: si en el estado de la industria moderna y el reemplazo del hombre por la máquina y todos los adelantos, á pesar de las comodidades que proporciona y de los elementos de igualdad que introduce en las sociedades, y no obstante, lo que admiramos en las populosas ciudades de la culta Europa, del aumento de salario, de la mayor faci-

lidad de la vida, de poner al alcance de las fortunas más modestas goces que en tiempos sólo eran patrimonio de unos cuantos escogidos séres; la inmensa mayoría de los hombres que viven hoy de su trabajo, son más felices que lo eran en épocas más atrasadas; porque, si es verdad que la alimentacion, la casa, el abrigo, han mejorado, en cambio viene aparejado con todo esto la creacion de nuevas necesidades. Pero tratar esta cuestion con la profundidad que el caso requiere, léjos nos llevaria de nuestro objeto, y en definitiva, tendríamos que concluir que, siendo el bienestar ó felicidad puramente subjetivo, habria que tratar la cuestion allá entre los últimos límites de la ciencia y de la metafísica.

Las reflexiones que anteceden son generalmente aplicables á todos los estados sociales, y el asunto de estos estudios será de ello una comprobacion. Dicho queda el estado de atraso y profunda ignorancia en que se hallaban las nacientes monarquías cristianas de España en los primeros siglos de la Restauracion ó Reconquista, miéntras que al más alto esplendor era elevada la ciencia de aquellos tiempos en los países dominados por los árabes. Y tambien se ha visto lo poco á propósito que era aquel estado de inseguridad, en el cual, ni las córtes de los reyes de Leon, ni los paises más escabrosos y lejanos de Galicia, estaban á cubierto de las invasiones de los muslimes. Aquellas guerras de correrías, devastaciones y pillaje, no eran las adecuadas para echar las bases de una organizacion social con su desenvolvimiento en la industria, en el comercio y en la ciencia. De aquí que, en los primeros tiempos, se viera que las reuniones de algun carácter político no eran más que del rey y de algunos guerreros, y un poco despues, ya obedeciendo á la única organizacion que tenian, la goda; ya por la edad de lucha y de fé, ya porque las únicas tradiciones romanas estaban depositadas en el clero, á pesar de su ignorancia y desmoralizacion en que se encontraba; y más principalmente porque, siendo los representantes de Dios en la tierra, y, segun las creencias del tiempo, en los libros sagrados estaban todas las verdades, y tambien porque sus prelados y superiores en la jerarquía eclesiástica eran, por las riquezas adquiridas y donaciones recibidas por los monarcas, unos señores feudales del órden civil, no mucho ménos guerreros que aquellos, natural era que sólo los caudillos militares y los jefes de la Iglesia se creyeran representantes de la nacion, y no habia para qué acordarse de aquella masa in-

forme que se llamaba pueblo más que cuando se le llamaba á combatir y trabajar como esclavos. Pero cuando, por las razones que apuntadas quedan, aquellas reuniones de nobles que ocupaban un lugar inferior en la jerarquía de su clase, hombres que, salidos de la plebe por su valor en la guerra, por honores recibidos de sus señores, ó por la riqueza acumulada á fuerza de trabajo, llegaron á tener verdadera importancia, forzoso fué contar con ellos y darles participacion mayor ó menor en la gestion de la cosa pública; que ni entónces ni después llegan las clases del pueblo más atrasadas á ser consideradas como dignas de compartir la direccion de los negocios políticos, sino cuando por la fuerza y riqueza que representan hay que hacerles concesiones, á fin de que no reclamen la fuerza de su derecho por el derecho de su fuerza. Ya se ha visto los recursos de que disponian los Municipios, qué auxilios prestaron á los monarcas, y las lecciones harto severas que en más de una ocasion dieron á los señores feudales de todas clases, que no midiendo bien la diferencia de tiempos y circunstancias, querian seguir abusando de ellos como se habia hecho hasta entónces.

Después de la toma de Toledo y la extension del territorio que habian adquirido las diferentes monarquías de la Península, los Estados cristianos empezaron á tener la primera base de todo progreso: la seguridad relativa de que el enemigo no invadiría su territorio y vivienda, y á consecuencia de ello empezó á acumularse la riqueza, con ella la necesidades de nuevas industrias, y, sobre todo, la de cambio ó comercio. Añádase á esto el contacto con los árabes del Mediodía, los privilegios que se concedian y consideraciones que se guardaban, en términos generales hablando, á los que entónces llamaban moros que se quedaban de los pueblos reconquistados, y el establecimiento en los diferentes puntos de España de los indivíduos de la familia hebráica, que donde quiera que estaban llevaban su espíritu emprendedor y activo, así para la ciencia como para la industria y el comercio, y cierta tranquilidad que gozaban á la sombra de una tolerancia si no completa, ni mucho ménos, notable, comparada con lo que pasaba en las demás naciones de Europa en aquellos tiempos.

El desenvolvimiento de la riqueza, el refinamiento de gusto que lleva consigo, la independencia de carácter y el espíritu de investigacion que, aunque lentamente, iba desarrollándose, produjeron,

como no podia ménos de suceder, una lucha más ó ménos manifiesta, entre el estado civil, en sus múltiples manifestaciones, y el eclesiástico, sin que esta clase de antagonismo llegára á atacar el dogma ó destruir la creencia fundamental, y circunscribiéndose principalmente á la lucha de intereses encontrados y á la rivalidad de dominacion de dos potencias que aspiraban, cada una de ellas, á sobreponerse á la otra. Está en la esencia misma de las cosas que las religiones positivas, ó dicho con mayor exactitud, la organizacion eclesiástica que pretende representarlas, han de chocar entre sí de una manera más ó ménos violenta, á proporcion que las evoluciones sociales se verifican y los pueblos marchan por el camino del progreso. La razon es obvia: dichas organizaciones tienen su base fundamental en la tradicion, y no siempre, ni mucho ménos, las nuevas aspiraciones de los pueblos pueden estar comprendidas en aquellos estrechos moldes. Las manifestaciones exigentes de esta tendencia son, durante todo el período de cuatro ó cinco siglos, las diferentes peticiones de personeros y procuradores para que no se permitiese al clero acumular más bienes, que mencionados quedan en el curso de estos estudios. Pero como al mismo tiempo que las monarquías de la Península adelantaban en fuerza é importancia, crecia el poder de la curia romana, y su interés era tanto mayor en dominarlas, cuanto más valiosas se hacian; aquélla no perdonaba esfuerzo para extender su influjo por toda la Península y domar su espíritu de independencia tan poco á propósito para someterse á los deseos de una córte extranjera.

La fina sagacidad italiana y el instinto de su propio interés hicieron buscar al Papado los puntos flacos de la armadura por donde pudiera introducir su dominacion moral por lo ménos, si no conseguia la material, en la Ibérica Península. Conocemos las contestaciones que mediaron entre Gregorio VII y los príncipes españoles, la pretension de aquél monarca y el ahinco de él y sus antecesores para conseguir que la liturgia nacional fuera cambiada por la romana. Pero el arma poderosa de que se sirvió para dominar aquellos altivos príncipes, fué aquella que la experiencia le habia enseñado que mayores efectos producia: nos referimos á los impedimentos de consanguinidad para los matrimonios de los príncipes. Ningun consorcio se verificaba entre deudos, aunque no fueran muy próximos, si el Papa no habia dispensado ántes á los consortes. Cuando se verificaban sin

su aprobacion, las armas espirituales que tenia en su poder, como la excomunion, el entredicho á los pueblos, el levantarlos del compromiso de juramento y fidelidad, ofrecer los reinos á quienes los conquistaran, etc., eran harto terribles en aquellos tiempos, para que los reyes se atrevieran á afrontar el enojo de la curia romana. Si los impedimentos matrimoniales formaban un medio tan poderoso en manos de aquella curia para los príncipes de todas las naciones, lo constituia inmensamente mayor para los de la Península Ibérica, que por sus condiciones especiales eran todos deudos unos de otros. Los Papas eran inflexibles sobre el particular, y ni la consideracion de ser matrimonio, no sólo consumado, sino que hubiera dado lugar á numerosa prole, formaba causa bastante para hacer desistir á los sucesores de San Pedro, y no habia más remedio que disolverlos ó sufrir las consecuencias de lo que pudiera venir. Buen ejemplo fueron de ello, entre otros, los reyes de Leon y Portugal, que tuvieron que separarse de las esposas, á las cuales amaban tiernamente. Inútiles eran las súplicas de los soberanos, las instancias de los obispos, la resistencia de los magnates y el disgusto de los pueblos: nada era bastante á domar la inflexibilidad de los Papas ni á hacerles revocar su fallo. Y esta inflexibilidad respecto á los matrimonios entre deudos, no puede explicarse por un punto de vista puramente moral por parte de la curia romana, porque se compadece mal con la tolerancia y aún lenidad que guardaba respecto á los hijos naturales, y á enlaces con hijas de mahometanos, como lo hizo Alfonso VI de Castilla; ni siquiera por respeto á aquellos que ántes ó después fueron declarados sacramentos, porque ya hemos visto que Ramiro II de Aragon contrajo nupcias, con despensa pontificia, siendo sacerdote, monje y obispo electo, miéntras que á su nieto Pedro II no le permitió el Papa casarse con la hermana de Sancho el de Navarra, por mediar entre ellos deudo en tercer grado. Tal persistencia de la curia romana obligó á los reyes de la Península á ir á buscar sus mujeres á los diferentes puntos de Europa.

Tampoco puede atribuirse á prevision del Papado para conservar ó aumentar el brillo y esplendor de los tronos, puesto que el enlace entre deudos nada los rebajaba, en tanto que, dadas las ideas del tiempo, pudiera amenguarlo el que ocuparan el sólio los hijos ilegítimos; y sin embargo, ilegítima era Teresa de Portugal, y Alejandro expidió una bula de reconocimiento de independencia de aquel reino,

apoyada precisamente en la sucesion de aquella. Verdad es que no lo hizo de balde, puesto que el reino lusitano, como hemos visto ya, se obligó á pagarle una cantidad de dinero todos los años. Tampoco ignoraba la córte pontificia que doña Urraca era la bastarda del emperador Alfonso VII, y sin embargo, ninguna queja formuló la curia romana sobre el particular, sino que los representantes de la ortodoxia contribuyeron con su presencia y las ceremonias litúrgicas á dar mayor brillo y esplendor á aquellas bodas, tal vez las más notables de su tiempo. Si esto le daba buen resultado para dominar los príncipes y obtener de ellos concesiones inconcebibles que sólo se explican por el estado de aquella sociedad, no siempre consiguió lo que pretendia, merced á la energía de los pueblos; y entónces, como ántes y después, cuando el Pontificado encontró una resistencia séria, supo hacer de la necesidad virtud, y lo mismo que en unos pueblos toleraba, lo sostenia con tenaz empeño en otros que, por circunstancias especiales, no sabian rechazar sus ingerencias é interesadas pretensiones con la misma energía. Buen ejemplo de esto fueron Aragon y Portugal que, segun hemos visto al tratar de estas monarquías, dos soberanos de ellas declararon á sus Estados feudatarios del Papa; pero el pueblo aragonés, como quien tiene la conciencia de su derecho y de su fuerza, sin perturbaciones, sin disturbios ni alarmas, negó rotundamente á sus soberanos el derecho de hacer tales concesiones, y respecto á los intereses que se habian comprometido á pagar á la Santa Sede, declararon sencillamente que lo hicieran de su peculio particular los que los habian ofrecido; y si la curia romana no se contentaba con este acuerdo, que mandara á cobrar tales tributos á quien tuviera por conveniente, pues se encontraban dispuestos á pagarle con las puntas de sus espadas. Esta actitud enérgica y tranquila del pueblo aragonés les dió resuelta la cuestion que costó á Portugal mucho tiempo, pérdidas de intereses, derramamiento de sangre, destronamiento de reyes y sendos disturbios y desdichas. Sería de desear que los políticos del dia, respetando, como exige el derecho y los adelantos de la sociedad en que vivimos, los sagrados fueros de la conciencia humana, no perdieran de vista estas provechosas enseñanzas que nos han legado nuestros antepasados.

Esta cuestion de los enlaces entre deudos, de que ha hecho tan fuerte palanca el Papado, puede decirse que está hoy sobre el tapete entre los hombres de ciencia. Prescindiendo del no corto número

de los que sostienen la inconveniencia de tales enlaces, ya por rutina y por la fuerza que tiene el hábito y la herencia orgánica, ya por entender que así sirven mejor los interes de los partidos político-católicos, ya por la costumbre de encontrarlo constantemente en las leyes, ya por otras razones, varios y notables médicos, fundándose en la observacion de la experiencia, creen plenamente demostrado que la reproduccion sin mezcla de extraña sangre, conduce fatalmente á la decadencia de la raza, y áun le atribuyen influencia decisiva en varios defectos físicos ó imperfecciones, ya del cerebro, ya de los sentidos, como la sordera, la completa afasía, los defectos en el órgano de la vision, los estados de alucinacion, de manía y áun de locura; y, como comprobacion de lo que su experiencia les ha enseñado, citan la decadencia de las dinastías que reinan mucho tiempo, y lo mismo de las grandes familias aristocráticas, entendiendo que de ahí tiene su orígen lo que los alemanes llaman las enfermedades del mando. Otros hombres, de no menor importancia, dedicados al estudio profundo de las ciencias medicales, sostienen, por el contrario, que el cruzamiento de razas, cuando una de ellas es inferior, es perjudicial, y que conservan todo su vigor y superiores condiciones sin mezcla de sangre extraña; y extendiendo sus observaciones al reino animal, hacen notar cómo se cambian y perfeccionan cuando puede conseguirse que todas ellas partan de un par que reuna las condiciones deseadas, si bien modificando esto en uno ú otro sentido el sistema de alimentacion más conveniente. A lo que no dejarán de contestar sus adversarios que, los animales que por este medio se llegara á conseguir, como más propios para un objeto determinado, serian realmente inferiores, en el conjunto, á otros á los cuales no se dedicó este esmero en una direccion dada. Así, por ejemplo, el caballo más á propósito para ganar los premios en las carreras, es muy inferior á cualquier otro de los que tienen los soldados cuando se trata de la resistencia y de todas aquellas cosas á que puede dedicársele, y apenas podria resistir un dia de fatiga ó una marcha forzada. De suerte que, los gastos que se hacen para conseguir los efectos que se admiran en esa clase de funciones públicas, pueden dar por resultado, no el perfeccionamiento de la raza, sino lo contrario: si están tan en boga, es porque tienen el objeto principal de distraer los ócios de aquellas personas que su posicion y vanidad prohiben ocuparse en trabajos más sérios, y, además, que es una de las maneras de satisfa-

cer la aficion del hombre á los juegos de azar. Iguales observaciones se han hecho relativamente á los cuidados que se ponen para llegar á tener los bueyes más á propósito para los mataderos, pues si es cierto que de esta manera se consigue tener animales que den mayor número de libras de carne, es á expensas de todas las otras cualidades que los distinguen.

De aquellos informes contradictorios dedujeron algunas personas la gran prevision de la Iglesia romana al prohibir los matrimonios entre parientes inmediatos. Pero es el caso que los fundamentos que ésta tuvo son de órden trascendente y *à priori*, pero de ningun modo fundándose en los datos proporcionados por la ciencia. Además, sostenedores y adversarios convienen en que el perjuicio pudiera ser entre parientes de primero y segundo grado, pero no entre los de otro más lejano; y, por último, lo que es de todo punto evidente que, dejando aparte el respeto debido á las creencias de cada uno, nada tiene por qué ocuparse la ciencia de esos parentescos por afinidad, creados por la ortodoxia. Al ejemplo de que echan mano los que creen que el enlace entre parientes perjudica la descendencia, relativo á las dinastías y familias aristocráticas, oponen sus adversarios la observacion de que en las razas más enérgicas, valientes y activas, como eran los antiguos germanos, hebreos y árabes, se enlazaban hermanos con hermanas, madres con hijos, y más frecuentemente padres con hijas; y, sin embargo, la decadencia en dichas razas no se habia hecho notar por este motivo, si bien no faltan médicos que atribuyan lo que abundan los casos de tísis entre los judíos de hoy dia, al enlace entre parientes.

Si á la altura que está la ciencia no puede darse una demostracion rigorosa y decisiva en favor de la opinion de uno ú otro bando, demuestra lo expuesto que, al estado que ha llegado el conocimiento de las ciencias físicas y naturales, en todas sus aplicaciones, no se pueden hoy someter, como en tiempos pasados, cuestiones de tanta importancia social como es la del matrimonio, exclusivamente á teólogos y jurisconsultos. Por poco que nos tomemos el trabajo de observar lo que alrededor nuestro pasa, encontraremos que más de una guerra doméstica y desgracias de familia tienen su orígen en que, ya por costumbre, ya por egoismos y deseos de riqueza, ya por ligerezas, ya por otras varias razones sociales largas de examinar, no se han tenido ni se tienen para nada en cuenta los consejos que la

ciencia positiva pudiera dar ántes de que se verificasen dichos enlaces.

Como no podia ménos de suceder, con la mayor extension de territorio que alcanzaron las diferentes monarquías cristianas de la Península, con las mejoras que llevaron á la agricultura los hebreos y los árabes de los países conquistados, bien que no tan eficaces como era de desear, porque luchaban con las preocupaciones religiosas, con las antipatías de la ignorancia y todas las dificultades propias de semejantes casos; vinieron la conmocion de pobladores en las ciudades y villas de alguna importancia, la division del trabajo y el desarrollo natural de la industria, y, aunque ésta, á decir verdad, especialmente lo que ya podemos llamar reino de Castilla, estaba bien léjos de alcanzar la altura á que habia llegado entre sus iniciadores los árabes, como veremos luégo, detrás ó inferior á la que entónces tenian Francia é Italia, y puede decirse que circunscrita en su mayor parte, á esas otras pequeñas, necesarias para las necesidades de la vida, y que los que las ejercian, eran conocidos con el nombre de menestrales; sin embargo, su importancia llegó á ser tal como la acreditan el que se hayan formado gremios, que Alfonso XI, Pedro I y otros reyes les concedieran, como ya hemos visto, la eleccion de jueces para dirimir sus contiendas, que se hayan ocupado en Córtes, como lo hizo el último en las de Valladolid en 1348, de fijar el valor de los jornales, las horas de trabajo, etc., y, por último, que, cuando Fernando el Santo tomó á Sevilla en el campamento que se estableció cerca de la ciudad, segun describen los historiadores de aquel tiempo, estaban separados los gremios de industriales, formando manzanas y calles como si aquello fuera una gran ciudad. En las monarquías pirenáicas, especialmente en Cataluña, bien fuera por su proximidad á Francia, por sus puertos en el Mediterráneo ó por las condiciones de aquella notable raza, la industria estaba más adelantada, como lo demuestra el ahinco con que pedian proteccion para sus fábricas de paños, hasta conseguir que en 1422 se hiciera una ley ó reglamento que prohibia ó dificultaba, en alto grado, la entrada de ropas hechas bordadas de oro procedentes de aquel país; y esto unido al lujo que gastaban los reyes y magnates, pues vestian de paño francés, indica á la vez dos cosas: primera, que la fabricacion estaba más adelantada en Francia que en España, por lo ménos en lo que respecta al género fino; y segunda, que la fabricacion para el uso general rivalizaba de

cierta manera con la del extranjero, puesto que pedia proteccion, no tanto para ella, como para el género ya indicado.

Por lo que hace relacion al comercio, las férias que se establecieron y las ya acostumbradas, que llegaron á alcanzar renombre por sus tejidos de lana, y especialmente de sedería, industria traida á estos países por árabes y hebreos, evidencian el incremento que habia tomado el comercio interior; pero la falta de puertos en el Mediterráneo, mar que ponia en comunicacion por entonces á las naciones civilizadas, hacía que el comercio exterior en Castilla fuera, si no completamente nulo, muy inferior al que ya ejercia Cataluña, que habia adquirido tal importancia, que sus reglamentos referentes á navegacion llegaron á ser leyes marítimas en casi todo el mundo. Y sin embargo de contar Castilla en sus dilatados dominios con Vizcaya y Guipúzcoa, de donde salian los navegantes más atrevidos y los más hábiles constructores de buques que en aquellos dias se conocian, es lo cierto que la marina, en términos generales y á excepcion de muy cortos períodos, fué siempre muy deficiente en Castilla. Decimos á excepcion de muy cortos intervalos, porque en tiempo de Juan I, las escuadras castellanas fueron á apresar los buques ingleses dentro del mismo Támesis y á la vista de Lóndres. Ya en tiempo de Fernando el Santo fué notabilísimo el poco que empleó el almirante Ramon Bonifaz para construir y aparejar aquella escuadra que tan poderoso auxilio prestó en la toma de la capital de Andalucía; y tambien dió algunas señales de vida cuando, en tiempo de Enrique III, el normando Bethancourt, conquistó las Islas Canarias para Castilla. Si después, cuando los Reyes Católicos, llegaron tambien sus escuadras á tener alguna importancia, fué deficiente en la marina, y verificándose el fenómeno, digno de atencion, de que, al unirse Aragon, y por consiguiente Cataluña, que tantos ilustres marinos contaban, con la monarquía castellana, no sólo la marina no tomó el incremento que era de esperar, sino que las escuadras catalanas estuvieron bien léjos de continuar en un estado progresivo, dados sus antecedentes. Algunos han querido explicar este fenómeno, de la poca importancia que Castilla habia dado á su marina, por la circunstancia de estar la mayor parte de sus costas en el Océano, que ántes del descubrimiento de Colon era tenido por el mar sin límites, ó al fin del cual estaba el abismo sin fondo donde tan sólo dominaban los espíritus infernales. Esta explicacion hubiera sido satisfactoria si no

la contradijera manifiestamente el alto grado de esplendor y poderío que llegaron á alcanzar las escuadras portuguesas, siendo así que el reino lusitano está bañado únicamente por las aguas del mismo Atlántico. Habrá que buscarla, pues, en otras razones, como la falta de comercio, y, por consiguiente, la no necesidad de la marina mercante, base y fundamento de la de guerra, y en la falta de recursos, porque tal vez la ley más constante de nuestra historia es en toda ella, con muy raros intervalos, el estado precario de nuestra Hacienda. Las comodidades de la vida que, como luégo veremos, no rayaron á grande altura para la generalidad de los habitantes; el que, por circunstancias especiales, el pensamiento de Fernando el Santo y sucesores, de continuar la reconquista por el Africa, no haya podido verificarse; la miseria del pueblo; el lujo desenfrenado y locos dispendios de toda clase de magnates, cuyos servicios eran más discutibles que la inmensa riqueza que derrochaban; la misma direccion dada á los estudios y la clase social que más influencia tuvo en ellos, pudieran, tal vez, explicar la razon de esta deficiencia de que venimos ocupándonos. En suma; el estado que alcanzó la industria en sus diferentes ramos en toda la Península dejaba mucho que desear y era inferior al que ya tenían Francia é Italia en aquella época, si bien se observa que, debido sobre todo á la influencia de moros y hebreos, se aproximaba á uno de los términos de su evolucion, que le harian ocupar un rango no inferior al de las otras naciones, si acontecimientos de otra índole no venian á interrumpir su marcha.

Entre los diferentes ramos del trabajo ó industria humana que aquí se hallaban en un estado más ó ménos adelantado, formaba ventajosa excepcion la construccion de armas, no inferior al de las otras naciones, debido, sin duda, á la necesidad más perentoria, que era la de la guerra, y á la fabricacion esmerada á que los árabes se habian elevado en algunos establecimientos, como el de Toledo. Más tarde, cuando en el sitio de Algeciras los árabes hicieron uso de la pólvora de proyeccion como instrumento de guerra, no tardaron los españoles en construir toda clase de armas propias para servirse de aquel poderoso agente. Pero esta venturosa aplicacion, de tal importancia guerrera y social, requiere un capítulo aparte y tratarlo en lugar oportuno.

Como los diferentes ramos del saber humano, ya procedan del descubrimiento de la ciencia, ya de la espontaneidad de la industria,

se compenetran de tal manera, que los verificados en un sentido sirven para perfeccionar aquellos mismos que fueron su orígen y engendran además necesidades que requieren perfeccionamientos, tambien, en otras manifestaciones; resultó que con la industria lanera, que de tan largo tiempo venia teniendo importancia en España, fuertemente apoyada, si no iniciada, por hebreos, mozárabes y moros sujetos á la dominacion cristiana, se establecieron varias fábricas de tejidos en diferentes pueblos de los dominios castellanos, circunstancia que hizo notar á industriales y fabricantes la decadencia á que por descuido y atraso habia llegado en dicho Estado, y, como consecuencia, la inferioridad de la lana. A fin de remediarlo, al enlazarse la familia de la Casa de Lancaster con la de los reyes de Castilla, se solicitó y obtuvo que la que estaba destinada á ser reina trajera, como dote, algunos centenares de carneros sementales, para que cruzándose su sangre con los de España, la raza se mejorara, y por ende su valioso producto, como en efecto se consiguió.

La fatal division de la propiedad, de que habrémos de ocuparnos más tarde con mayores detalles, debido al estado, punto ménos que permanente de guerra y de conquista, á los sentimientos religiosos, sostenidos por las condiciones peculiares del clima y estimulados por la lucha con los partidarios de otra creencia, al estado de las conciencias en aquella época de fé, al convencimiento profundo que alguien tenia interés en sostener de que, mediante la donacion de sus bienes ó demandas valiosas hechas en favor de la Iglesia, no sólo se lavaba la mancha de toda clase de pecados, sino que se aseguraba la felicidad eterna para ultra-tumba; dieron por resultado, que la más influyente de las propiedades, la territorial, estuviera concentrada en unas cuantas manos de prelados, magnates y abades: al pueblo, en general, se le guardaba por toda dote lo que le produjera la industria tal y como iba desenvolviéndose, ó el trabajo de la agricultura hecho por cuenta del amo en esta ú otra forma; y para colmo de desdicha, la mayor parte de aquellos bienes estaban exentos de tributo, de cuyo pago se hacia un regalo ó donacion al pueblo, sobre el que gravitaban todas las cargas. Cierto es que, ya por caridad cristiana mejor ó peor entendida, ya por que á tales injusticias era imposible no poner un lenitivo, acontecia lo que hoy mismo sucede en algunas provincias del Mediodía: que el pueblo ó una parte de él tenia las épocas de escasez y aún constantemente la especie de limosna que en conventos y

palacios se le daba, y, además, ciertas libertades, que él extendia á su capricho, segun los casos, de recoger algunos desperdicios de frutos de los que producian las propiedades de los afortunados; pero esto, unido á las insensatas predicaciones de que el medio más seguro para gozar la felicidad eterna era la pobreza y aún la mendicidad, y la imposibilidad poco ménos que absoluta de que los ricos llegaran á alcanzar tanta dicha; y, para que nada faltara, el establecimiento y desarrollo de las Ordenes mendicantes—milicia importantísima del Papado—que haciendo profesion de pobreza moraban en suntuosos edificios, y á pesar de sus contínuas penitencias nadaban en la abundancia; eran motivos más que suficientes por sí solos, perfeccionados además con la idea de que por medio de algun milagro podia cambiarse la suerte del indivíduo, para que á la corta ó á la larga tales doctrinas produjeran sus fatales consecuencias: primera, una falta de respeto á la ajena propiedad, de que áun hoy quedan sobrados vestigios; segunda, un pueblo imbuido de ideas socialistas y comunistas, que están bien léjos de haberse borrado, y que habian de traducirse unas veces por una masa holgozana, desidiosa y sin dignidad, que prefiera vestir de harapos y tender la mano para recoger la limosna que quieran darle los poderosos, con tal de no hacer el sacrificio que la constancia en el trabajo y el vivir por sus propios recursos exige; y otras, por una idea de dignidad mal entendida, unida con alguna de valor, pero más criminal, lanzándose en guerra contra la sociedad á tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño, empleando con frecuencia uno y otro método; ó lo que es lo mismo, la vagancia con todos sus vicios y consecuencias. Esto por lo que hace referencia á los de abajo; en cuanto á los de arriba, los gastos desatentados, los caprichos insensatos y los despilfarros de quien se encuentra poseedor de una gran riqueza sin haber puesto de su parte nada para obtenerla ni comprender los inmensos sacrificios y constantes cuidados que cuesta al indivíduo, no diremos ya su adquisicion, sino los medios indispensables para asegurarse un pasajero bienestar; y como consecuencia de tales locuras, el afeminamiento y decadencia física y moral. Buena prueba es de lo que decimos las sátiras y crítica mordaz de los literatos del tiempo con relacion á los trages y afeites que gastaban los hombres, y aquellos espléndidos y fastuosos banquetes de que nos hablan los historiadores, entre los cuales descuellan el del célebre prelado que, cuando los mis-

mos reyes apenas tenian que comer, presentaba á los convidados, como especie de postre, grandes bandejas llenas de sortijas y aderezos con valiosos brillantes y piedras preciosas, para que las damas eligieran las que fueran más de su agrado. Verdad es que aquellos inmensos gastos dejarian en cuanto á gusto mucho que desear; pero no debe perderse de vista que uno de los extravíos del excesivo lujo no es precisamente lo que el refinamiento de los sentidos puede halagar, sino la vanidad de poder gastar más dinero que otro alguno. Y miéntras que de tal manera lo arrojaban magnates y prelados, no sólo el pueblo yacía sumido en la mayor miseria, sino que en algun caso los mismos reyes pasaban por grandes apuros para el sostenimiento de su casa, como lo indica la anécdota de Enrique III, empeñando su capa para que en la tienda del comerciante se le fiaran los comestibles necesarios á fin de poder cenar; y aquél otro hecho de que el rey se presentara de improviso acompañado del verdugo en uno de aquellos locos banquetes y preguntase cuántos reyes habian conocido, y contestado con arreglo á la edad que tenian, el rey les dijo: yo he conocido y conozco muchos, que sois todos vosotros, que de tal manera gastais el dinero que vosotros y los vuestros habeis adquirido á fuerza de usurpaciones, miéntras que el pueblo se muere de hambre, las arcas del Tesoro público están exhaustas y vuestro soberano, no sólo no puede hacer frente á las necesidades de la paz y de la guerra, sino que carece de los medios de sustento: no es posible que esto continúe por más tiempo, y estoy resuelto á poner término á tales desaguisados é injusticias.

Si tales hechos, afirmados por cronistas é historiadores, no hubieran sido una realidad, la circunstancia sólo de haber afirmado su existencia, patentiza cuál era la opinion dominante y el estado de aquella sociedad que los hacia verosímiles. En último término, supuestos ó verdaderos, vienen á probar poco más ó ménos lo mismo. Los trabajos de sedería, restos de esta industria cultivada por los árabes, y la de platería, que dejaron en Granada y que gozó de justo renombre en toda Europa, así como la de los cueros de Córdoba, la de las tapicerías, telares de lienzo y algodon procedentes del mismo orígen; si no llegaron á alcanzar el grado de perfeccion que las primeras citadas, indicaban, sin embargo, que los españoles tenian la aptitud necesaria para aprovecharse de las lecciones de sus maestros; ó, dicho de otra manera, venia á poner de manifiesto que la fa-

milia ibérica, producto de la fusion de razas tan distintas, conservaba en gran parte las aptitudes que en sus tiempos de prosperidad habian alcanzado aquí las civilizaciones romana y árabe.

Respecto á la primera de las industrias, al ménos por su importancia, la agricultura, si no hemos entrado en una discusion tan detenida como el caso requiere, contentándonos con casos generales y ligerísimas indicaciones, es porque un análisis más profundo y detenido, siempre dentro de la índole de esta clase de trabajos, tendrá su lugar á propósito muy en breve, al tratar de los productos de ésta que formaba la base de alimentacion de la generalidad del pueblo, y que de una manera tan importante habia de influir en el mejoramiento y decadencia de la raza en sus condiciones fisiológicas, en su inteligencia, en su temperamento, en su aptitud para el trabajo, en sus costumbres y en su misma moralidad. Por el momento nos limitaremos á hacer constar que, por lo que revelan las crónicas de aquella época y por el estado poco satisfactorio que aún tiene la mayoría de la Península en los tiempos que atravesamos, dejaba y áun deja mucho que desear, excepto en aquellas provincias que, por condiciones especiales, así de la familia en ellas dominante como del clima, de la humedad atmosférica, etc., tuvieron la fortuna de poder conservar, á través de los tiempos, el método de cultivo y de regadío que les legara la dominacion árabe. Ligada con la agricultura está la riqueza pecuaria, que, si en rigor hablando, no es propiamente aquélla, sí una industria con ella íntimamente enlazada. La cria, manutencion, mejoramiento ó decadencia de los animales domésticos, es un factor social y de progreso, principalmente bajo el doble punto de vista de su auxilio como fuerza muscular para las faenas de la agricultura y otras industrias, y de los medios que proporcionan sus carnes como base de alimentacion. Justo es que de él nos ocupemos detenidamente, al tratar de lo que queda indicado respecto á la nutricion del pueblo.

No era posible sustraernos de hacer una breve reseña del estado que habian alcanzado las distintas industrias, porque forzoso era dar una idea de los adelantos hechos por la sociedad española, de las necesidades á cuya satisfaccion correspondian, y de lo que influia en la importancia y poder de la nacion, como tambien por la riqueza que representaban, por las nuevas formas de la propiedad que creaba, por la influencia moral que tienen en las sociedades y en el indivíduo, por

las ideas de método y disciplina que exige el trabajo contínuo, y por el nuevo alimento que daban al comercio, el cual no puede subsistir sin un estado próspero de industria que le sostenga, así como ésta tampoco puede prosperar sin un comercio activo que facilite los cambios de unos productos con otros, proporcionándole, á pequeñas y grandes distancias, mercados donde tengan aceptacion y salida aquellos objetos naturales, dispuestos y modificados por ella, que los hace útiles para la satisfaccion de las necesidades primeras, de las del refinamiento del gusto, del capricho y de la moda. Además, todo método de la industria requiere un esfuerzo de la inteligencia, un estudio práctico, y si se quiere empírico, y una imaginacion creadora que, ejercitados uno y otro dia, concluyen, á la corta ó á la larga, por dar á los pueblos condiciones de inteligencia y de sentido práctico que les hace aptos para toda clase de empresas. La costumbre engendra además un hábito de economía, de ahorro, de constancia y de desprecio hácia la vagancia y holgazanería, que concluye por formar una opinion general, desventajosa en alto grado para los hombres que no saben ó no quieren por sí mismos hacer frente á sus propias necesidades ó las generadas por las obligaciones que voluntariamente han adquirido. Las ocupaciones de la industria, en términos generales, requieren un grado mucho mayor de asiduidad y de constancia, no siempre tan necesarias para las faenas agrícolas: cualquier observador mediano que por primera vez pase la noche en una poblacion, deduce, aproximadamente, su importancia industrial por la hora en que las calles quedan desiertas y las gentes se retiran á sus hogares. Actualmente se advierte que las naciones industriosas y trabajadoras son ménos dadas á esas fiestas populares que dominan en otros países, que duran uno ó varios dias, y que son otros tantos pretextos para eludir el trabajo y entregarse á la embriaguez, á la crápula y á toda clase de inconveniencias. No ha tenido todo esto pequeña influencia para que unos países aceptaran la Reforma y los otros siguiesen apegados con fuerza á la ortodoxia romana.

Si la industria ha producido por su propia espontaneidad, y á veces por juegos del azar, invenciones de grandísima utilidad que la ciencia pura es dudoso llegára á descubrir y que no siempre pudo dar razon de ellos; no es por eso ménos cierto que, elevada á cierto grado de desarrollo, necesita de los auxilios de los diferentes ramos de esta para alcanzar su perfeccionamiento, que sin ella le sería im-

posible. Esto, unido á la riqueza que produce y los medios que proporciona al hombre para hacerle la vida más cómoda, y como consecuencia, el refinamiento del gusto y las necesidades de solaz y recreo para la inteligencia, lleva consigo el que las sociedades sientan la necesidad urgente de crear centros de instruccion donde se enseñen los diferentes ramos del saber; y por las condiciones de que se ha hablado en el curso de estos estudios, relativas á la marcha de las sociedades, lógico es que en dichos estudios tenga buena parte la bella literatura que, por lo que acabamos de indicar, precede ó se desarrolla con más rapidez que el estudio de las ciencias positivas, exigiendo aquélla, á su vez, un idioma bastante perfeccionado para poder traducir todas las galas de la imaginacion un pueblo. Así, habremos de ocuparnos, aunque sea muy someramente, de la creacion y marcha de los centros públicos de enseñanza que en España tuvieron su orígen en la Edad Media, y continuaron progresando hasta que participaron de la decadencia general en que con tan vertiginosa rapidez se precipitó la sociedad española.

MANUEL BECERRA.

(Continuará).

JOVELLANOS

CONSIDERADO COMO CRÍTICO EN BELLAS ARTES

(Conclusion)

IV

Llega por fin el Renacimiento, y con él la resurreccion de la arquitectura clásica, realizada en Italia á fines del siglo XV y en nuestro país á principios del siguiente. Jovellanos aplaude la venida del nuevo Arte, á pesar de no ser insensible, como acabamos de ver, al espiritualismo del templo cristiano; pero era tal la fuerza de la corriente, que llevaba á todos los de su tiempo hácia las Artes de la antigua Roma, que no pudo ménos de ser arrastrado por ella. No nos detendremos mucho á manifestar sus ideas sobre esta Restauracion, porque nada difieren de las que profesaban los críticos de aquella época. Concretándose á España, aprecía con acierto la causa de la lentitud con que se llevó á cabo la trasformacion de la arquitectura. El paso del gótico al greco-romano, dice, tenia que hacerse poco á poco, mediando entre ambos un período de transicion, porque el hábito de ver los monumentos de la Edad media erizados de una ornamentacion minuciosa, no permitia introducir de repente en las construcciones las severas líneas y la sobriedad ó carencia de ornatos que distinguen las obras verdaderamente clásicas. De ahí la aparicion del estilo plateresco, al que considera con razon, más bien una escultura arquitectónica, que como arquitectura decorativa; tal es la profusion con que se reproduce la forma humana en las fachadas, en el interior de templos y pala-

cios, en sepulcros, retablos y sillerías de coro. Medio siglo de existencia tuvo entre nosotros este gracioso estilo, y hubiera vivido más si influencias venidas de Italia, efecto de nuestra dominacion en aquel país, no acabaran por hacer triunfar el greco-romano, vuelto por Bramante y Paladio á la pureza de los tiempos de Augusto. Escusado es decir que Jovellanos, dado el clasicismo de sus ideas, se muestra favorable á la resurreccion de tan grandioso Arte, encarnado en monumentos como el Escorial, el Alcázar de Toledo y la Lonja de Sevilla, á los que van unidos los nombres de Toledo y Herrera, Cobarrubias y Villalpando. Su afecto á la arquitectura greco-romana se torna en antipatía, cuando decaido este Arte de su grandeza, llega á la última degradacion á fines del siglo XVII, con la alteracion de sus proporciones y la profusion, llevada hasta la locura, de ornatos de revesado gusto y de tosca y amanerada ejecucion. La vista de alguna de estas obras, parto de una imaginacion estraviada, le llenaban de indignacion, y el lenguaje que emplea al describirles no desdice del de sus amigos Ponz y Cean Bermudez, enemigos encarnizados de este desdichado estilo, al que bautizaron con el nombre de Churriguerismo. Los críticos modernos, libres de preocupacion, y guiados por un juicio más filosófico, si bien reconocen que estos monumentos carecen de belleza, no participan del encono con que los miraban los del siglo pasado, considerando sus monstruosas formas y licenciosa ornamentacion como consecuencia natural de la decadencia, que lo mismo en las artes que en las letras, habia alcanzado nuestra nacion á fines del XVII y principios del siguiente. El tiempo pasado sobre estos monumentos, si no les ha prestado belleza, los ha hecho respetables y son reflejo del triste estado en que yacía la civilizacion española en aquella época. Por eso, si hoy dia se intentara destruir algun edificio de arquitectura churrigueresca (1), la fachada del Hospicio ó la torre de la iglesia de Monserrat de Madrid, prototipos en su género, sería considerado semejante atentado como un acto de barbárie, cual si se quisiera borrar con su destruccion una página de la historia del reinado de Cárlos II y primeros años del de Felipe V. Al

(1) Como se acaba de hacer con la fuente de la plaza de Anton Martin.

pintar Jovellanos con negros colores el estado del Arte en este período, siguiendo el camino de sus contemporáneos, acrimina con duras frases la obra maestra del Churriguerismo, el altar de la Vírgen, el famoso *trasparente* de la Catedral de Toledo, disparatada creacion de Narciso Tomé, objeto de alabanzas cuando se erigió, y execrado por los preceptistas del siglo pasado, que pedian nada ménos que el arrasamiento de aquel baldon de la arquitectura. Contrasta tan apasionada crítica con la indulgencia con que le juzgan los modernos, especialmente el marqués de Pidal, que al describirle en sus *Apuntes de un viaje á Toledo*, hace decir con mucha razon á este monumento aquel verso de un poeta francés:

Je n'ai point merité
Ni cett'excès d'honneur, ni cett'indignité.

Sin embargo, á fuer de imparciales, debemos confesar que Jovellanos y sus contemporáneos no podian ménos de declarar al churriguerismo la guerra encarnizada que dió por resultado la proscripcion de tan fatal estilo. Para ellos no tenian estos monumentos, como tienen para nosotros, la respetabilidad que les da los años, pues todavía en su tiempo imperaba esta arquitectura, especialmente en los altares, cuya desaparicion, más que á las armas de la crítica y á la propaganda de sus principios, se debe á la autoridad de que se revistieron en la academia de San Fernando, consiguiendo del Gobierno no se hiciera construccion artística alguna sin que sus trazas fueran préviamente aprobadas por aquella corporacion. En vez de condenar el apasionamiento con que juzgaban este estilo, debemos sincerarles, y áun nosotros participariamos de él, si viéramos levantar hoy en nuestros templos, altares de formas tan monstruosas como el mayor de Santo Domingo de Salamanca, el templete de la Cartuja del Paular, ó el de San Luis de Madrid.

El buen sentido de Jovellanos en arquitectura, se aprecia sobre todo, al juzgar la de su tiempo, cualidad difícil de conservar cuando la pasion ó las preocupaciones de escuela, suele ser el prisma por donde el crítico ve las obras de sus contemporáneos. El sentimiento que le causaba el estado de las Artes españolas, llevadas á la mayor degradacion por Churriguera y

sus secuaces, se torna en satisfaccion cuando las ve renacer, afectando las formas clásicas que habian tenido en el siglo XVI. Esta resurreccion no se realizó de repente, aunque bien pudo ser, puesto que no habia más que reproducir matemáticamente los monumentos del Renacimiento, sino que se hizo en algunos años mediando un período de transicion, porque era difícil estirpar en un dia un género de arquitectura arraigado en el país, fiel representante de la sociedad española en la época más desdichada de nuestra historia. Debióse esta resurreccion á Felipe V, el cual, habituado á ver las construcciones clásicas de Versalles, repugnábanle los edificios estravagantes que por todas partes se levantaban, siguiendo las prescripciones churriguerescas, ó *riverescas*, como dice con más propiedad Jovellanos, por haber sido Rivera el que más deliró al concebir la horrible portada del Hospicio. Cuando, en ódio á la dinastía de Austria quiso el primer Borbon habitar un palacio que no fuera el Retiro y una *villa* que no fuera Aranjuez, decidió traer arquitectos extranjeros para hacer las trazas del Alcázar de Madrid, y del real sitio de San Ildefonso. Existian entónces en Europa dos escuelas de Arquitectura: la francesa, algo decaida de la altura á que le habia llevado el preceptista Perrault en el reinado de Luis XIV, con la introduccion de elementos tomados del mobiliario y de la decoracion de *boudoir*, y la italiana representada por Fontana, autor de numerosas producciones, que, sino tienen el clasicismo de Bramante y Paladio, tampoco se ven en ellas la alteracion de líneas y los ornatos revesados de las de Borromini y Guarini, Churrigueras, de aquel país. Discípulo de aquel arquitecto, fué el siciliano Jubarra, empapado en las máximas de su maestro, á quien Felipe V encomendó el trazado de los planos del palacio real, que á haberse ejecutado, segun los proyectos del autor, hubiera sido la mansion más vasta y suntuosa que monarca alguno ha tenido jamás. Redujo sus proporciones para adaptarle á la situacion elegida por el Rey, que es la que tiene, el italiano Sacheti; pero no cambió ni la forma general, ni el carácter arquitectónico, de modo que bajo el punto de vista artístico, puede considerarse como obra de su antecesor. Cuando empezaba á alzarse esta soberbia fábrica, ya ostentaba el palacio de la Granja

la graciosa fachada que da á los jardines, levantada por el mismo Jubarra; y poco después, otro arquitecto francés, Carlier, trazaba, de órden de Fernando VI, el monasterio de las Salesas Reales, hoy convertido en palacio de Justicia. A la ereccion de estos monumentos, de los que desaparece completamente el gusto de Churriguera, y á la fundacion de la Academia de San Fernando, se debe el renacimiento de nuestra arquitectura; pero su total restauracion no tuvo lugar hasta los primeros años del reinado de Cárlos III.

Precisamente en el momento en que se verificaba esta reaccion, Jovellanos, recien salido de la universidad de Alcalá, se dedicaba, con Cean Bermudez, á estudios artísticos en Sevilla, donde comenzaban á introducirse las buenas máximas con la construccion del edificio de la Fábrica de Tabacos. El jóven alcalde de la Cuadra, mostróse ardiente defensor de las nuevas ideas é hizo cuanto pudo por extenderlas, no á la manera de su paisano Diego de Villanueva ó de D. Antonio Ponz, zahiriendo y burlándose en lenguaje chocarrero del churriguerismo, sino con una crítica elevada, cual convenia á su noble carácter. La pintura que hace en el *Elogio de Rodriguez*, del estado del arte de construir en ese período, es muy exacta. Cábele á Cárlos III la gloria de ser el restaurador de la arquitectura en Italia y España. Cuando este monarca empezó á reinar en Nápoles, imperaba en la península de Turin á Palermo el bastardo estilo de Fontana, reproducido, como hemos visto, por Jubarra en el palacio de Madrid. La filosofía francesa, condensada en la Enciclopedia, que en materia de Arte se mostraba inclinada al clasicismo, las obras del aleman Winkelman, inspiradas en esas mismas ideas, y el descubrimiento de las ruinas de Pompeya y Herculano fueron causa de que la arquitectura saliera del marasmo en que yacía y recuperara parte de la grandeza que tuvo en el Renacimiento. Hízose apóstol de esta reaccion, luchando por realizarla, más con la règla y el compás que con la pluma, Luis Vambitelli, el cual en el magnífico palacio de Caserta, el Aranjuez de Nápoles, aplicó ántes que nadie los principios y máximas que hasta entónces sólo se exhibian en el campo de la crítica. Pero Vambitelli, por huir de los defectos que afeaban las obras de su tiempo, cayó en el estremo

opuesto. Borró del esterior toda ornamentacion, mostróse sóbrio en la combinacion y agrupacion de líneas, correctísimo en las proporciones de los miembros, parco en la superposicion de cuerpos y en los resaltos, y á fuerza de afectar sencillez, dió en la manera, como lo prueba ese mismo palacio de Caserta, su obra maestra, que desespera por la monotonía y frialdad de sus simétricas fachadas, teniendo más bien el aspecto de una caserna que de la mansion de un monarca. Tenemos que confesar, sin embargo, que en el interior del edificio, en la escalera, la más suntuosa del mundo, en el vestíbulo, capilla y otras estancias empleó una decoracion graciosa y movida, que contrasta con la uniformidad de los frentes.

Cárlos III era amigo de las Artes, como todos los príncipes de Italia, y cuando, por la muerte de su hermano Fernando, vino á ocupar el trono de España, sorprendióle encontrar la capital inferior en monumentos á la que dejaba, con un caserío pobre y mezquino, en el estado de atraso y abandono que en tiempo de los Felipes, no diferenciándose de un lugar de Castilla más que en la estension. Para realizar las construcciones que proyectaba y establecer una buena policía, trajo de Nápoles al brigadier Sabatini, discípulo y yerno de Vambitelli, empapado, naturalmente, en las máximas de su maestro; pero careciendo de muchas cualidades que adornaban á aquel arquitecto; desigual en sus composiciones, correcto en las partes, poco acertado en el conjunto, segun vemos por las obras que ejecutó, entre las que descuellan la puerta de San Vicente, tan majestuosa como risueña; el edificio de la Aduana, con el grandioso entablamento de Vignola, que haria mejor efecto si coronara una fachada de cuyo centro destacara un cuerpo de columnas ó pilastras abrazando tres ó cinco huecos; y el arco de triunfo de la calle de Alcalá al que la grandiosidad de la mole no puede hacerle ocultar sus faltas, como son la desproporcion entre la altura y anchura, y sobre todo el abuso de resaltos inmotivados que recuerdan los que Jubarra y Sacheti dieron al Palacio Real. Debióse, es cierto, á extranjeros, la regeneracion de la arquitectura entre nosotros; pero la llevó á su perfeccion un español, D. Ventura Rodriguez, el cual, sin salir del país, sin visitar la Italia, sin medir los monumentos de Roma, que

sólo conocia por dibujos y grabados; educado en la mala escuela del churriguerismo y en la de Fontana, llegó á ser, por su propio génio, el más original de cuantos en su tiempo cultivaron el arte de construir, superior al italianó Vambitelli, al francés Souffot y al inglés Jones. En sus composiciones no se encuentra la severidad clásica de las obras del Renacimiento, ni la afectada exornacion de *boudoir* del estilo de Luis XV, ni las glaciales líneas del preceptismo; está tan léjos de Paladio y Herrera como de Perrault y Sabatini. Sin inventar un sólo elemento decorativo, porque sería pedir un imposible, supo combinarlos de tal manera, dentro del greco-romano, alterándolos en un sentido determinado, que ha conseguido dar al conjunto *carácter*, que es en lo que consiste el mérito de una creacion arquitectónica. La majestad, la elegancia, la gracia y la esbeltez, son cualidades que se hallan aunadas en todas sus obras, dominando las dos primeras en el esterior de los monumentos, como en los palacios de Liria y Altamira, y las segundas en el interior, cuyo ejemplo nos ofrecen la capilla mayor de San Isidro el Real, y las iglesias de la Encarnacion y de San Márcos, vestidas de la decoracion más risueña que el Arte ha podido producir.

Parecia natural que, dada la superioridad de Rodriguez sobre todos los arquitectos contemporáneos, tuviera la direccion de las obras reales, y las más notables que se hicieran en España, como sucedió con Herrera y los Moras á fines del siglo XVI y principios del siguiente; más no fué así, por desgracia, siendo tan pocas las que realizó, que para formar cabal idea de su talento, de su inventiva, hay que acudir á los archivos y bibliotecas donde se conservan sus mejores composiciones. En medio de la ignorancia que reinaba en materia de Arte y del mal gusto dominante que impedia sentir la belleza de sus concepciones, no faltaron hombres de posicion y de ciencia que hicieron justicia á su mérito, como el infante D. Luis de Borbon y nuestro D. Gaspar de Jovellanos.

Estrañará que tratemos tan duramente, bajo el punto de vista artístico, un período en que el clasicismo brilló con algun fulgor; pero no creemos desacertada esta opinion, y cualquiera la hará suya al echar una mirada á los monumentos entónces

erigidos en la capital, y al fijarse en los estudios críticos sobre Bellas Artes de aquel tiempo. El público, en general, y áun las personas preciadas de inteligentes, constituidas en corporacion en la Academia de San Fernando, creian que con desterrar las locuras de Churriguera, suprimir los resaltos innecesarios, aligerar entablamentos, vanos é impostas de líneas inmotivadas, de que tanto abusaron Jubarra y sus secuaces, y con borrar la decoracion de gabinete introducida por nuestros vecinos, se habia devuelto á la arquitectura la pureza que tuvo en la Roma de Augusto y Leon X. No ha habido época de ménos inspiracion artística que aquella; los mismos Borraministas de Italia y España, entónces tan combatidos, tenian más imaginacion, y casi nos atrevemos á decir que sus estravagantes obras son preferibles á las del siglo pasado, porque no dejan de tener las primeras cierto carácter y originalidad, á pesar de lo monstruoso de las formas, en tanto que las segundas, por su monotonía, desnudez y uniformidad, no pueden escitar el sentimiento estético como trazadas con la regla y el compás, producto de unas cuántas fórmulas y preceptos de Vítrubio y sus intérpretes del Renacimiento. Sólo así se comprende que hayan sido pospuestos los planos que Rodriguez hizo para la puerta de Alcalá, la casa de Correos y la iglesia de San Francisco el Grande, á los de Sabatini, Marquet y Fr. Juan de las Cabezas, composiciones vulgares, hijas de un frio preceptismo. Tan cruel como la ignorancia, mostráronse en él la envidia y la intriga, oponiéndole obstáculos que impidieran la realizacion de sus ideas, consiguiendo sus enemigos postergarle, y miéntras arrastraba este hombre ilustre una existencia de dolor, y moria pobre y poco ménos que olvidado, el autor de la Aduana recibia en premio de escasos méritos, honores, riquezas y el grado de teniente general de nuestros ejércitos.

Ya hemos dicho que Jovellanos le conoció en la tertulia del conde de Campomanes, apenas llegado á Sevilla, uniendo á ambos desde entónces amistad estrecha, afirmada en sus relaciones de compañerismo en sociedades y academias. Acariciaba el autor del *Elogio de Don Ventura*, el proyecto de la ereccion de un monumento á Pelayo en Covadonga, de tan grandiosas proporciones como el hecho histórico allí acae-

cido, y logró al fin ponerle en vías de ejecucion con motivo del incendio que consumió el mezquino templo de madera, obra del tiempo de la Reconquista. Cárlos III acogió benigno el pensamiento, y para llevarle á cabo decretó se abriera una suscricion en España é Indias, encabezándola él y su real familia con una gruesa suma. La eleccion de arquitecto fué objeto de ruines intrigas; pero esta vez los enemigos de Rodriguez fueron vencidos, gracias á Jovellanos, por cuyo medio se consiguió el nombramiento primero, y la aprobacion de los planos despues, por el Consejo de Castilla, á quien el Rey encomendó la resolucion de este asunto. La descripcion del monumento está hecha magistralmente en el *Elogio*, y escusamos su repeticion: sólo diremos que en ninguna de sus producciones se mostró tan fecundo ni supo encarnar el sentimiento estético que le inspiraba como en ésta. Ni el promotor de la idea, ni el artista que la dió forma, tuvieron el placer de verla realizada. Comenzáronse los trabajos, se enterraron en los cimientos dos millones de reales, faltaron bien pronto los recursos, y las persecuciones de que fué víctima el iniciador del proyecto alcanzaron tambien á las obras, que fueron totalmente abandonadas, quedando en el estado en que hoy se encuentran. Afortunadamente fué un bien que no haya sido terminado este monumento, porque su situacion entre saltos de agua y árboles sombríos, dominado por elevadísimas rocas, en una quebrada donde el sol no tiene fuerza para romper las brumas en que están envueltas aquellas montañas, no era á propósito para que resaltaran y se exhibieran, cual correspondia, las finas y delicadas líneas de su clásica arquitectura. Hoy, que tributamos recuerdo á la memoria de los grandes hombres y de los hechos culminantes de la historia por medio de monumentos que al mismo tiempo prestan embellecimiento á las poblaciones, debieran exhumarse del polvo de los archivos los planos del de Covadonga y levantarle en un paseo público de Madrid. Así el grandioso acontecimiento de la Reconquista, encarnado en Pelayo, su primer campeon, sería dignamente conmemorado, y la capital, pobre en obras de Arte, se adornaria con la más bella que ha concebido el mejor de los arquitectos del siglo XVIII. Rodriguez no dejó discípulos, ó si los tuvo, no siguieron sus máximas, cayendo en el preceptis-

mo, en la rutina y en la manera. Entre los que se dedicaban en aquel tiempo á la construccion, se distinguia Juan de Villanueva, autor del Museo de Ciencias Naturales, hoy de pintura, á quien Jovellanos profesaba alguna estimacion, y cuando levantó en Gijon, su villa natal, un monumento á las Ciencias, el Instituto asturiano le encomendó las trazas del edificio que todavía está sin concluir.

V

Si la arquitectura ha sido profundamente estudiada por Jovellanos, no lo fueron ménos las otras dos artes hermanas, la pintura y la escultura. Sin embargo, estos estudios no pudieron ser todo lo completos que debieran, porque, si bien existian entónces en España, más que ahora, obras maestras del Renacimiento, traidas de Italia cuando allí dominábamos, érale indispensable visitar aquella Península para ver las creaciones de los pintores anteriores al siglo XVI, aquí completamente desconocidos, como Gioto, Masaccio, Fra Angelico, Perugino y otros cien, y áun de la misma centuria, como Fra Bartolomeo della Porta, Vinci, Sodoma, etc., y sobre todo para contemplar la pintura mural, el fresco, donde el génio pictórico logra desarrollar todas sus facultades, y en el que descollaron Miguel Angel y Rafael. El lapiz y el buril eran impotentes para reproducirlos; los dibujos y grabados no le daban apénas más idea que de la composicion, ninguna de la expresion y colorido; así es que sus conocimientos en la historia y carácter de las escuelas italianas que preceden la eflorescencia de la pintura, y acerca de las obras más notables de este período tenian necesariamente que ser débiles. Un viaje al extranjero hubiera ensanchado su instruccion artística, pero las ocupaciones de sus cargos primero, y despues el estado de Europa durante la revolucion francesa y el imperio, y su prision en Bellevér, impidieron su realizacion. Aunque tampoco conocia la Flandes, habia formado un concepto más justo del estado de las artes del diseño en aquel país, efecto de que los pintores flamencos anteriores á Rubens, á la inversa de los de Italia, encerraban sus composi-

ciones en pequeñas tablas pintadas con la delicadeza de la miniatura, fáciles de trasportar; y como los asuntos versaban casi siempre sobre religion, escitaban la piedad, si no el sentimiento estético de los españoles, allí dominadores, los cuales importaron aquí una gran riqueza de estos cuadros, algunos de Van-Eyk, Hemlim, Vander Veyden y otros jefes de aquella escuela. Por eso, al juzgar nuestra pintura en la Edad media y primeros años del siglo XVI, ántes que viniera el Renacimiento á trasformarla, cree encontrar más analogía con la del Norte que con la italiana; apreciacion acertada respecto á Castilla, pero no á Aragon y las costas del Mediterráneo, donde se hicieron sentir más influencias venidas de Florencia y Pisa que de Gante y Brujas. Ni las obras pictóricas extranjeras, ni las españolas de la décima quinta centuria inspiradas en aquellas fueron por él duramente juzgadas como acostumbraban hacerlo los críticos de entónces refractarios en principio al Arte debido al Cristianismo. Con su habitual imparcialidad reconoce en ellos sencillez en las composiciones, nobleza en los semblantes, expresion y reposo en las actitudes, gentileza en las formas, grandiosidad en los paños, y al lado de estas buenas cualidades cita otras que las deslucen, como la falta de proporcion en las figuras, que pecan siempre de muy largas ó muy cortas, y generalmente secas y angulosas, el dibujo incorrecto, desconocimiento de las reglas de la perspectiva, siendo tan simétrica la agrupacion de las personas que raya en la monotonía.

No seguiremos á Jovellanos en sus estudios sobre la pintura en la época de su total desenvolvimiento, época que empieza en Italia con Rafael de Urbino y acaba en España con Estéban Murillo. La opinion que de ella tenía formada es tan idéntica á la nuestra, que creemos escusado repetirla. Mas se aparta de la que hoy profesamos al investigar las causas de la decadencia de este Arte á fines del siglo XVII, mostrándose tan severo con las obras pictóricas de aquél período y con sus autores, como lo habia sido con las arquitectónicas de Churriguera y sus secuaces. Concretándose á España, en vez de atribuir el grado de abyeccion á que llegó entónces la pintura, á la corrupcion general que reinaba, tanto en las artes como en las letras, hace responsable de este mal á un extranjero, Lúcas Jor-

dan, traido de Italia por Cárlos II para decorar el palacio del Retiro. Es verdad, que cuando vino este gran artista, la escuela Madrileña, representada por Cláudio Coello, y pocos años ántes por Carreño, se mantenía á cierta altura conservando la naturalidad y sencillez que Velazquez le diera, pero la autoridad de estas dos personalidades no era bastante á contener la decadencia que avanzaba rápidamente, y que hubiera llevado al abismo la pintura española sin necesidad de que viniera Jordan á aumentarla. Las artes son solidarias, y las del diseño tenian que correr fatalmente la suerte que la arquitectura, tan postrada en aquellos dias, merced á la delirante imaginacion de los Riveras y Tomés que realizaban en piedra los oscuros é intrincados conceptos de Góngora y Gracian. El brillo que despedian las creaciones de Coello y Carreño, no permitía á Jovellanos ver las producciones de los muchos y malos pintores, intérpretes del mal gusto dominante, entre los cuales sobresalía Donoso, tan loco en sus cuadros como en las trazas de edificios, y cuyas obras pictóricas eran más apreciadas del público en general que las de aquéllos. Dentro de casa teníamos elementos de corrupcion más activos que los que pudieran venir de fuera; y así como Calderon, Bances Candamo y otros fueron importantes para impedir el decaimiento de las letras, tampoco lograron detener el de la pintura Murillo en Sevilla, y en la Córte los citados discípulos de Velazquez. La antipatía que Jovellanos profesaba á las obras de Jordan, no le cegaba tanto que no le permitiera ver las grandes cualidades que adornaban á este pintor, nacido al mundo, dice, con un sublime y elevado talento para la pintura, poseedor del dón de imitar en un grado eminente, dotado de una imaginacion la más fecunda y brillante que se ha conocido, prodigiosamente diestro en la ejecucion de sus ideas, en el uso de los colores y las tintas, y en el manejo del pincel. Y al lado de estas justas alabanzas exhibe sus defectos, los enumera uno á uno, exagerándolos y recargándolos de tal manera, que hacen olvidar lo bueno que se encuéntra en sus composiciones. Sólo así se comprende que miéntras dedica frases tan laudatorias como merecidas, es cierto, al lienzo de la *Santa Forma*, de Coello, sábiamente concebido y mejor ejecutado, pero que al fin no pasa de ser un buen

cuadro de caballete, no cita una sola vez el admirable techo que Jordan pintó en el Cason del Retiro, en donde representó la *Creacion de la Orden del Toison de Oro*, por Felipe *el Bueno* de Borgoña, y la *Apoteósis de España* bajo el cetro de la dinastía de Austria; prodigio de composicion, de luz y de colorido, indudablemente, la obra maestra de este gran artista (1). Cean Bermudez, siguiendo servilmente las ideas de Jovellanos en materia de Arte, reproduce testualmente en la biografía de Jordan el severo juicio de aquél; no así D. Antonio Ponz, que, haciendo justicia al mérito del pintor napolitano, le ensalza cual merece, consigue, con la autoridad que le daba su saber, que el público inteligente, entónces estasiado en la contemplacion de las obras de Mengs, fijára un momento la vista en el fresco admirable del palacio del Retiro, y por insinuacion suya, algunos trozos de esta pintura fueron reproducidos por el grabado, en especial los doce trabajos de Hércules, hoy completamente destruidos.

Al terminar Jovellanos su estudio sobre Jordan, cita un nombre ilustre, Lope de Vega, al que supone haber ejercido en las Letras la perniciosa influencia que el otro ha tenido en las Artes, haciendo un paralelo de ambos, muy notable, porque revela una vez más las ideas de los críticos de la última centuria, intransigentes con el genio cuando sus concepciones no están fundidas en los estrechos moldes de las reglas y de los preceptos. Dice así: «Lope de Vega y Jordan fueron muy parecidos en la elevacion de sus talentos y en el influjo que tuvieron en la poesía y la pintura por el abuso de ellos. Dotados ambos de una facilidad incomparable, parece que se contenta-

(1) Habíanse enajenado, durante la última revolucion, los terrenos donde existió el palacio de Felipe IV, y ya iban á desaparecer San Jerónimo, el Salon de los Reinos y el Cason, cuando el Sr. Cánovas del Castillo, tan entendido en cosas de Arte, apénas subido al poder, anuló la venta y decretó la conservacion de los tres edificios, salvándose, por fortuna, este soberbio fresco, cuya restauracion fué sábiamente hecha en 1880 por el pintor señor Hernandez Amores. Por insinuacion del director de Instruccion pública, Sr. Riaño, y bajo su direccion, se está creando en el Cason un Museo de Reproducciones que cuenta ya con vaciados de las más célebres estátuas y relieves de Grecia y Roma.

ban con producir mucho, sin empeñarse en producir bien. Uno y otro publicaban sus ideas originales, sin que el pincel y la pluma las corrigiesen y acabasen. Uno y otro arrastraban tras sí los ojos del vulgo, y áun los de muchos profesores, más por la pompa y aparente armonía que reinaba en sus obras, que por el mérito intrínseco de ellas. Lope llenó nuestros teatros de dramas irregulares y monstruosos, que desterraron de la escena el órden, la verdad y el decoro; Jordan llenó nuestros palacios y nuestros templos de composiciones recargados, donde el decoro, la verdad y la exactitud se ven sacrificados á la abundancia y vana ostentacion. El uno hizo de sus imitadores unos poetas insulsos, afectados y charlatanes; el otro de los suyos unos pintores atrevidos, incorrectos y amanerados. Finalmente, los dos desterraron el órden, la regularidad y la decencia de la poesía y la pintura.»

Las mismas causas que produjeron en tiempo de Felipe V la restauracion de la arquitectura, influyeron para que las Artes del diseño tuvieran su Renacimiento; pero este hecho tuvo lugar algo más tarde, cuando Cárlos III, terminando en los primeros años de su reinado las obras del alcázar de Madrid, y queriendo decorar dignamente sus estancias, trajo artistas extranjeros, entre los cuales vino Antonio Rafael Mengs, el mejor pintor que contaba entónces Europa. El espíritu crítico, más que el sentimiento estético, el estudio y la imitacion, y no la inventiva y la originalidad, dieron vida á las concepciones de este artista, en las cuales se ven reflejadas las ideas del sabio más bien que las del hombre de imaginacion. Puede considerársele como el iniciador de la moderna escuela ecléctica, mostrándose siempre refractario al esclusivismo que hasta entónces reinaba en el Arte. Rendia culto á la belleza, ya apareciera bajo las clásicas formas de Grecia y Roma, ó las románticas creadas por el Cristianismo. Por eso se encuentra en sus composiciones diversidad de estilos, sabiamente amalgamados, inspirándose en las estátuas y bajo-relieves romanos cuando su pincel reproducia escenas de la Mitología ó de la Historia antigua, como en el fresco del salon de la villa Albani, donde representó con colores el *Apolo del Belveder*, y en los grandes maestros del Renacimiento, especialmente en Rafael y Correggio, si los

asuntos eran religiosos, cuyo ejemplo nos ofrece el cuadro de la *Adoracion de los pastores*, del Museo del Prado. Jovellanos no conocia personalmente á Mengs, pues miéntras éste vivió en España, hallábase aquél haciendo sus estudios en Alcalá, y luégo en Sevilla, siendo trasladado á Madrid en 1778 el mismo año, precisamente, y pocos meses ántes que el pintor filósofo partiera para Roma. Mas conocíale en sus obras, y, sobre todo, en sus escritos, notabilísimos porque las ideas que en ellos vierte sobre la concepcion de la belleza y su manifestacion en el Arte, tomadas unas de la escuela enciclopedista francesa, y otras de la alemana de Vinckelman, hicieron más por la restauracion de la pintura entre nosotros que sus producciones pictóricas, inaccesibles las mejores á la vista del público en las bóvedas del palacio real. La publicacion de sus estudios, hecha por el caballero Azara, sus lecciones en la Academia de San Fernando y la autoridad que le daba la proteccion del Rey, extendieron por todas partes sus máximas y doctrinas, ejerciendo hasta finar el siglo XVIII, un dominio absoluto en el campo de la enseñanza y de la crítica. Jovellanos, siguiendo la corriente de la época, aceptó las ideas de Mengs, hízolas suyas, y en sus trabajos sobre Bellas Artes, en sus juicios acerca de la teoría de la pintura, de las escuelas y áun de los artistas, se deja sentir la influencia de aquél.

El mal concepto que tenia formado de Jordan y sus obras, no nació espontáneamente en su espíritu; comunicóselo el pintor sajon, cuya crítica se mostró por demás dura con el pintor napolitano. Era natural que se hiciera partidario de las doctrinas de Mengs, basadas en buenos principios de estética, pero no tanto de sus producciones, que no merecen en alto grado los aplausos que el público de entónces les daba. En su entusiasmo por ellas, Jovellanos no vacila en compararlas á las de los grandes maestros del Renacimiento, considerando al autor como uno de los genios más inspirados que han tenido las Artes. Este esclusivismo no le permitia ver, entre las muchas y buenas cualidades que distinguen las obras de Mengs, los defectos que aminoran su belleza: cierta frialdad y languidez en las composiciones, timidez en las figuras, sencillez afectada en la espresion y en las actitudes, paños poco movidos y minuciosamente

plegados, falso el colorido y la entonacion general dulce y delicada, más bien de miniatura que de lienzo ó fresco. Y miéntras en sus Elogios y discursos emplea su elocuencia en cantar las glorias de este artista, elevándole poco ménos que á la altura de Rafael, no recuerda ni cita una sola vez á otro pintor contemporáneo que, sin tener el talento y la sabiduría de aquél, no le fué inferior en la espresion de la belleza, y acaso superior en la manera de interpretarla: nos referimos á Juan Bautista Tiépolo, traido por Cárlos III para pintar algunos frescos en el palacio nuevo, entre los que descuella el del salon de Embajadores. En esta obra incomparable, el artista, aunque septuagenario, mostró la inventiva, el vigor y la fuerza del colorido, y la facilidad en el manejo del pincel que en su juventud, pudiendo considerarse como la primera de sus pinturas murales, y al mismo tiempo como el último destello de la escuela veneciana; porque Tiépolo, si bien fué siempre independiente, y tanto que sus creaciones, cual las de Goya ó el Greco, tienen un carácter especial que las separa de las de otros pintores, inspiróse, sin embargo, en los grandes maestros de su ciudad natal, especialmente en Ticiano y Pablo Veronés. Aunque en sus discursos académicos no ha dejado consignada su opinion acerca de este artista, suponemos tendria la que Cean Bermudez dá en su biografía, muy acertada, por cierto; pues generalmente, la crítica que emplea y los juicios que emite sobre Bellas Artes, son reflejos de los de aquél.

Si un viaje á Italia hubiera servido á Jovellanos para conocer y estudiar cumplidamente la pintura anterior á Rafael, y áun la de otros célebres pintores del Renacimiento, con mayor motivo le sería útil para adquirir una idea de la escultura de los tiempos de Grecia y Roma, aquí poco ménos que desconocida. Los Monarcas de la Casa de Austria mostráronse más solícitos en traer de aquel país cuadros que estátuas, y el pequeño Museo que de ellas reunieron pereció en el incendio del alcázar de Madrid. Los únicos modelos del antiguo que Jovellanos pudo contemplar, los adquirió Felipe V en Roma, de la Reina Cristina de Suecia, para decorar las estancias del palacio de la Granja, poco accesible á las miradas del público. Algo más rica era la coleccion de vaciados existente en la Academia de San

Fernando, compuesta de los que trajo Cárlos III de Nápoles, reproduccion de las obras más notables del Museo Farnesio y de las halladas en las escavaciones de Herculano y Pompeya, aumentada con las donaciones de Mengs, del escultor Castro y varios particulares, generosamente hechas para el mejoramiento de la enseñanza en la Escuela de Bellas Artes. Los escasos medios de estudio y el débil auxilio del dibujo y del grabado, no permitian á nuestro crítico formar un concepto justo de la escultura clásica, así es que sus apreciaciones sobre este Arte limítanse á exponer las teorías de Mengs y de Winckelman, teorías con las cuales, por otra parte, debia estar conforme, por ser las que profesaban cuantos entónces se dedicaban á estudiar las manifestaciones de la belleza en la antigüedad. Creian encarnado el idealismo helénico, no en las obras hieráticas de Fidías, en los frontones del Parthenón y del templo de Egina, que apénas conocian, sino en las producciones plásticas de la decadencia, especialmente de la escuela Rodia, representada en el *Apólo del Belveder*, en las *Vénus de Roma y Florencia*, y en el grupo de *Laocoon*, encomiado en otro tiempo por Plinio, y cien veces reproducido en el Renacimiento por Miguel Angel.

Si la escultura de la época de Pericles y de Augusto no estuvo al alcance de su observacion, no sucedió lo mismo con la de nuestra pátria, que estudió detenidamente desde sus albores en los toscos y rudos capiteles de las iglesias de Naranco y Santa Cristina de Lena, del siglo IX, hasta sus dias, en que Cástro, Michel y Alvarez la levantaban del fango donde la habia arrojado el churriguerismo. Al apreciar las obras de este Arte en la primera mitad de la Edad media, disiente de la opinion de sus contemporáneos, que las juzgaban desnudas de toda belleza; y es que, dotado de un sentimiento estético superior, impresionaban su espíritu la espresion y el misticismo de las figuras, bárbaras en la forma, pero ideales en el fondo. Sigue paso á paso el desenvolvimiento de la escultura cristiana desde el siglo XIII, en que aparece ya con caractéres más artísticos que en los períodos latino y románico, deteniéndose en un monumento notable de aquella centuria, la puerta del Niño perdido ó de la Féria de la catedral de Toledo, cuya iconística comienza á dejar la inmovilidad y rigidez de los bultos yacentes

de las tumbas para adquirir alguna vida y movimiento, y los ojos fijos hasta entónces en su propio espíritu, absorto en la contemplacion del infinito, parece que quieren mirar el mundo esterior. Aplaude el momento en que la estatuaria, inspirada todavía, al finar el siglo xv, por el Cristianismo, rompe el sudario de muerte en que la habian envuelto la barbárie por una parte, y por otra el predominio del elemento subjetivo, que tendia á proscribir toda manifestacion estética. En ese instante feliz de la historia del Arte español, se esculpe la imaginería de la portada de los Leones de la Iglesia Toledana, el sarcófago de D. Juan II en la Cartuja de Miraflores y el retablo mayor de la catedral de Huesca, á los que van unidos los nombres de Hanequin Egas de Bruselas, Gil de Siloe y Damian Forment. No fué, por desgracia, duradero el período en que dominó este estilo. Influencias clásicas venidas de las orillas del Arno y del Tíber hicieron cambiar el carácter de nuestra escultura, dejando el idealismo religioso que la distinguia, la dulce espresion de los semblantes y el reposo y la sencillez de las actitudes, para tomar parte en las múltiples acciones de la vida real, graciosa y risueña, desnudas y acentuadas las formas, osada, atrevida, cual la mariposa, en constante movimiento después de pasar una existencia de crisálida en la larga noche de la Edad media. Discípulos y compañeros de Miguel Angel, empapados en sus máximas, importaron en España la nueva manera de esculpir; el Torrigiano en Andalucía, y en Castilla Alfonso de Berruguete.

Así como Jovellanos, reconociendo cuanto habia de estético en la arquitectura plateresca, consideraba superior la greco-romana, interpretada por Toledo y Herrera en el Escorial, dominado del mismo sentimiento, dá la primacía á las obras de los que siguieron entre nosotros las huellas del Buonarrota, y llega á afirmar que la regeneracion de nuestra escultura no empieza verdaderamente hasta que estos artistas, rompiendo con la tradicion cristiana, se inspiran en los modelos, entónces exhumados, de las ruinas de la Roma pagana. Semejante opinion, exagerada si no errónea, era profesada por los críticos de aquel tiempo, que, como hemos dicho, veian las obras de Arte por el prisma filosófico de Diderot ó Winckelman. Sólo así

se comprende que pospusieran las creaciones plásticas de los primeros años del siglo XVI, en los que se confunden armónicamente, como en los lienzos de Rafael, el idealismo romántico y la belleza de la forma, á las de la escuela de Miguel Angel, aquí representada por Berruguete. Cuando nuestra escultura religiosa iba á morir, hallábase precisamente en el período álgido de su desenvolvimiento: pero no sucumbió sin sostener con su rival una lucha encarnizada, que hoy podemos todavía contemplar en un admirable monumento: la sillería alta del coro de la catedral de Toledo. En este certámen, Maese Felipe de Borgoña sostiene la causa del Arte tradicional, y Berruguete la del clásico. El uno encarna la idea cristiana en imágenes llenas de dulzura, de gracia y poesía; el otro, anima la figura humana de una vida activa y exuberante, manifestada en montañas de músculos, posturas forzadas y semblantes agitados, convulsos, gesticulantes, como movidos por el resorte de las pasiones materiales. A pesar de que el público, seducido por las ideas del Renacimiento, asignaba la victoria á Berruguete, la escultura no podia seguir la senda peligrosa por donde este gran artista la llevaba. El Arte no tenia entre nosotros más vida que la que le prestaba la Religion, opuesta, naturalmente, á la manifestacion de la forma tal cual la concebian los sectarios de Miguel Angel, poco á propósito para expresar el carácter místico y ascético que dominaba entónces la imaginacion de los españoles. Obedeciendo á estos sentimientos los escultores de la segunda mitad del siglo XVI y todo el XVII, al par que imprimian en sus producciones el realismo de Berruguete, rindiendo tributo al clasicismo de la época, encarnaban en ellas el espiritualismo cristiano, conciliando, hasta cierto punto, tan opuestas tendencias, cuyo ejemplo nos ofrecen las obras de los Monegro y Becerra, Montañez y Roldan.

La superioridad de Jovellanos como crítico, sólo puede apreciarse cuando se le compara con los que en su tiempo cultivaron el estudio de las Bellas Artes. Tres son dignos únicamente de entrar en el certámen: Ponz, Llaguno y Amirola y Cean Bermudez. Ninguno escede á D. Antonio Ponz en el conocimiento de los diversos géneros de arquitectura usados en nuestro país desde los de la Roma imperial hasta los debidos á

Sabatini y Rodriguez. Su viaje por España es una obra inapreciable, porque en ella están descritos multitud de monumentos que las guerras extranjeras, las discordias civiles y la incuria contemporánea han hecho desaparecer. Pero su juicio crítico no estaba á la altura de su instruccion. Fué siempre su ideal la arquitectura greco-romana, tanto más bella cuanto más se acerca á los tiempos de Augusto. Proscribe la de la Edad media, porque su limitado espíritu no concibe otra forma monumental que la clásica, si bien alguna vez el espiritualismo de las catedrales góticas calentó su imaginacion, helada por el preceptismo. Dulcifica un tanto su severa crítica cuando se fija en las primeras producciones del Renacimiento, perdonándoles la vaguedad é incorreccion de las líneas por la risueña ornamentacion que los Berruguetes y Borgoñas supieron prestarles, creando aquel gracioso estilo bautizado por él con el nombre de Plateresco. Llega por fin el dia en que el clasicismo renace, como él Fénix de sus cenizas, después de quince siglos de muerte. Toledo y Herrera nos le traen de Italia, y en el Escorial realizan todas las bellezas de aquel grandioso estilo, que logró imponerse á nuestros monumentos de la segunda mitad de la décimasesta centuria. Llevado de su escesivo amor á este género, le considera Ponz superior á cuantos el génio del Arte ha podido concebir; quisiera eternizarle, como si la arquitectura pudiera sustraerse á la ley de evolucion, que rije fatalmente todas las cosas. A medida que el greco-romano va perdiendo la pureza de sus líneas y se cubre de adornos de mal gusto, exacerba la dureza de su lenguaje al juzgarle, y pierde la imparcialidad, la primera de las cualidades de que debe estar adornado un crítico.

Dejemos á Ponz revolverse contra el churriguerismo, y fijémonos en otro escritor de Bellas Artes: D. Eugenio Llaguno y Amirola. Las ideas de este crítico no se diferencian mucho de las del anterior; predileccion sistemática por el clasicismo, indiferencia por el Arte de la Edad media, escasez de sentimiento estético, más amor á las máximas y á los preceptos que á la verdadera inspiracion, eran cualidades comunes á ambos. Pero el carácter apacible de Llaguno no le llevaba á la controversia, que en las Artes, como en las Letras, era en aquel tiempo

apasionada en demasía. Dedicóse más al estudio de la parte histórica de los monumentos que á la artística, y en sus *Noticias sobre la arquitectura española* se encuentra gran copia de datos para esclarecer el orígen, la fecha y las vicisitudes que sufrieron en su construccion cuantas obras de importancia se levantaron en nuestro país, y curiosas investigaciones para ilustrar las vidas de los arquitectos. Sin la obra de Llaguno, podríamos apreciar, merced á los adelantos de la arqueología, el valor artístico de los monumentos, señalar el puesto que ocupan en la clasificacion, asignar la época á que pertenecen; pero no sabríamos el año fijo de su ereccion ó de su restauracion, ni los nombres de los maestros que los ejecutaron. Dió á luz esta publicacion y la amplió con noticias, notas y apéndices de sumo valor D. Juan Agustin Cean Bermudez, el cual, siguiendo el método iniciado por su antecesor, compiló en un Diccionario las biografías de los pintores y escultores españoles. La crítica que tiene en ésta y en otras varias obras que escribió sobre Bellas Artes, es superior en general á la de sus contemporáneos: y aunque se mostró, naturalmente, partidario del neo-clasicismo, imperante en su tiempo en las construcciones monumentales, no estrema su afecto ni le ciegan, como á Ponz, las preocupaciones de escuela. Su buen sentido y su imparcialidad le llevaron á conceder que la Belleza no se habia encarnado solamente en la arquitectura greco-romana, que el Cristianismo de la Edad media produjera manifestaciones estéticas, y con el fin de demostrar esta verdad, entonces desconocida, dió á luz un libro, en el que describe la más grandiosa de nuestras catedrales, la de Sevilla. Acaso esta simpatía por el Arte cristiano no nació espontáneamente en el espíritu de Cean Bermudez; es probable haya sido inspirada por Jovellanos, cuyas ideas sigue ciegamente, y áun las reproduce con las mismas palabras al juzgar artistas como Velazquez, Mengs y Jordan, y poetas como Lope de Vega.

Estos críticos, é igualmente Bosarte, Ortiz, Villanueva y cuantos entónces cultivaron semejante clase de estudios, se ocuparon más, como hemos dicho, en buscar en archivos y bibliotecas noticias referentes á la historia de los monumentos y á la vida de sus autores, que en indagar las trasformaciones del

Arte en sus diversas épocas y las causas que las produjeron. Sobre ellos se levanta Jovellanos á gran altura, superándoles áun en aquellas cualidades que hacen tan recomendables sus producciones. Ninguno le vence en erudicion, y en sus colecciones de documentos atesorados en sus viajes, en sus diarios, en su correspondencia epistolar, se encuentran datos preciosos para esclarecer la historia artística de nuestra patria. Cean Bermudez le debe mucha parte de los trabajos que ilustran sus obras, como el magistral Gonzalez Posada recibió de él generosamente un caudal de noticias para acrecentar sus biografías de asturianos célebres. El talento de Jovellanos no podia gastarse, cual el de estos críticos, en minuciosos detalles. Cuando contempla un monumento, no es la historia ni el nombre del arquitecto lo que le preocupa. Quiere saber el género artístico á que pertenece, y con ese objeto analiza uno á uno los miembros que entran en su composicion, los compara con los de los estilos más afines, y aprecia los cambios que les hacen sufrir el trascurso del tiempo y la diversidad de localidades. Es cierto que algunas de sus teorías sobre el Arte cristiano son erróneas, pero no es suya la culpa, sino de la ignorancia que habia en su tiempo en esta clase de estudios. Si comparamos sus hipótesis con las que producian entónces algunos filósofos alemanes iniciadores de la revolucion anticlásica realizada por Goëthe, Schleghel y otros, las encontramos tan lógicas como las de aquéllos, revelando, áun en sus lucubraciones, un amor ardiente por el Arte cuyos orígenes trata de descubrir.

El clasicismo de la época no fué bastante á apagar en su espíritu el sentimiento que le inspiraban las sublimes creaciones del Cristianismo en la Edad media; y cuando se hallaba bajo las bóvedas de uno de esos grandiosos templos ogivales, en donde la piedra parece que pierde el carácter material y se trasforma en idea, su alma, elevándose como las flechas del monumento á las regiones del infinito, sufria emociones estéticas que no le escitaban ciertamente las obras de la antigua Roma, ni las del Renacimiento. Reproduciremos, para terminar, las frases que á esas sublimes manifestaciones del Arte cristiano dedica en uno de sus discursos académicos: «¡Qué suntuosidad! ¡qué delicadeza! ¡qué seriedad tan augusta no admiramos toda-

vía en las célebres iglesias de Búrgos, de Toledo, de Leon y Sevilla! Parece que el genio de aquellos artistas apuraba todo su saber para idear una morada digna del Sér Supremo. Al entrar en estos templos, el hombre se siente penetrado de una profunda y silenciosa veneracion, que, apoderándose de su espíritu, le dispone suavemente á la contemplacion de las verdades eternas.»

MEMORIAS SALMANTINAS

(Continuacion)

ARTÍCULO IV

De la repoblacion á la compilacion foral.

SUMARIO

Repoblacion definitiva de Salamanca, por D. Raimundo de Borgoña.—Las siete *naturas* de los repobladores.—Parroquias fundadas en las distintas colaciones.—La Catedral.—Proteccion otorgada por los Condes repobladores á la Iglesia mayor.—Fuero de Clerecía.—D. Alfonso de Aragon pone guarnicion en Salamanca.—Cisma salmanticense.—Expediciones de los salmantinos á Badajoz.—Construccion de las murallas.—La conjura de la Vega; batalla de la Valmuza.—El claustro de la Catedral.—Córtes y Concilio de Salamanca.—Ojeada general.

El 25 de Mayo de 1085, sonó para los musulmanes la funesta hora del vencimiento, con la triunfal entrada del sexto Alfonso en la ciudad de los Concilios; efímeros hasta entónces, por lo inseguro de la conservacion, los resultados obtenidos por las armas cristianas en las regiones entre Duero y Tajo, va desde aquel momento á afirmarse para siempre la posesion de aquellas plazas que, como Salamanca, eran tan pronto recuperadas como perdidas. No se hizo esperar para nuestra ciudad el ansiado dia de la Restauracion; encomendada ántes de 1102 (1) su repoblacion y custodia, nada ménos que al famoso conde D. Ramon de Borgoña, esposo de la Infanta primogénita de Castilla y Leon, Doña Urraca, asistido de infanzones tan ilus-

(1) No nos atrevemos á expresarnos con más precision en este sitio. La fecha citada la encontramos en la donacion hecha por D. Ramon y Doña Urraca á la catedral, que es documento fehaciente.

tres como el conde D. Vela de Aragon, D. Fruela de Leon, Don Martin Fernandez de Toro, D. Pedro Arias Aldava y otros, y puesto al frente de la diócesis el no ménos justamente celebrado D. Jerónimo Visquio, inmortalizado en crónicas, poemas y romances, como asíduo consejero y ayudador del magnánimo Ruy Diaz de Vivar, no hay que decir cuán presto recobraría Salamanca su perdido esplendor, devuelta la animacion á sus desiertas y mudas calles y plazuelas por ejércitos enteros de operarios, dirigidos por los hábiles artistas Florin de Pontuenga, el navarro Alvar García y el francés Casandro, ocupados en fabricar en la Peña Celestina fuerte Alcázar, y en alzar donde quiera casas y templos para los nuevos pobladores, que de todas partes acudian al llamamiento de los príncipes. La desmedrada grey mozárabe, asentada á lo largo de la vega del Tórmes, vió, en efecto, llegar, no sin asombro y júbilo, á la renaciente ciudad enjambres de forasteros, de pintoresco conjunto, por su diversidad de trajes y *fablas:* eran borgoñones, gallegos, portugaleses y bregancianos, especialmente protegidos por los augustos consortes, y que se establecieron unos junto al antiguo Pretorio, convertido en mansion de los condes gobernadores, otros hácia el barrio de los Milagros, otros no léjos de las huertas de la vega, y otros hácia el Nordeste de la poblacion: eran tambien castellanos que eligieron sus reales hácia el Norte; eran asimismo serranos, procedentes de las riscosas montañas de Astúrias y Leon, que prefirieron agruparse en el centro, tocando con gallegos y borgoñones; eran, en fin, toreses, que escogieron para su asiento el empinado cerro de San Cristóbal, extendiéndose desde sus alturas hasta tocar con los gallegos y los bregancianos. Todas estas gentes de tan variadas *naturas*, no contados los judíos y los mudéjares, se apresuraron á porfía, mostrándose hijos legítimos de su tiempo, á levantar templos en que alzar al Dios de los ejércitos sus oraciones; fundaron entónces ó restauraron los mozárabes á San Juan el Blanco, San Gervás, San Andrés, San Lorenzo, San Gil, Santa Cruz, Santiago y San Nicolás; dieron orígen los francos á San Cebrian, San Sebastian y San Isidro; alzaron los gallegos á San Benito, San Simon y Júdas, Santo Domingo de Silos y San Facundo; erigieron los portugaleses á San Estéban

y San Polo; construyeron los bregancianos á San Adrian, San Roman y San Justo; fabricaron los serranos á San Bartolomé, San Pelayo, San Salvador y San Pedro; levantaron los castellanos á Santo Tomé, San Boal, San Mateo y Santa María la Nueva; edificaron los toreses á San Julian, Santa Eulalia, San Cristóbal y San Martin; y descollando sobre tantas fábricas, humillando al orgulloso monasterio de San Vicente, erguido en la colina de su nombre y desafiando al templo de San Cristóbal, enhiesto sobre el más alto teso de la ciudad, alzaron los poderosos condes repobladores, acaso sobre las ruinas de antiguo templo (1) abandonado ya por mezquino y poco céntrico el de San Juan el Blanco, la magnífica iglesia de Santa María la Mayor (2), galana joya arquitectónica del estilo románico, y primer resuelto paso, dado en la senda de las grandes construcciones que, en más lejanos tiempos, habian de ennoblecer á Salamanca, conquistándola, bajo este punto de vista, uno de los primeros puestos en la historia del arte pátrio.

Decidida fué la proteccion desde un principio dispensada á la Iglesia mayor por D. Ramiro y doña Urraca, otorgando al

---

(1) Así autorizan á conjeturarlo las palabras *propter restaurationem eclesiæ sanctæ mariæ*, empleadas en el privilegio dado por el conde á la Catedral, que adelante trascribiremos.

(2) Todas las citadas iglesias, en número de treinta y cuatro, figuran en el *Fuero*, leyéndose, en efecto, en el capítulo CCCXIII del mismo: «Este es el iulgado de Sala»manca: san simon, santa maria la mayor, sant iuste, san bertholame, sant adrian, san »geruas, santo tomé, sant iohan, sant andrés, san pedro, san cibrian, san fagunde, san »roman, santa cruz, san nicolás, san boual, sant iulian, san miguel, san lorience, sant »esteuan, santa olaia, san sauastian, santiyago, sant isidro, san martin, san beneyto, san »matheos, san saluador, san gil, san polo, san pelaio, san xristoual, santo domingo, »santa maria la nueva.» Todas ellas correspondian, repartidas en la forma que hemos dicho, a las diversas *naturas* que poblaron la ciudad. La ley CCCXII del *Fuero* cita las siete *naturas* de «serranos, castellanos, mozárabes, portugaleses, francos, toreses y bre»gancianos;» nótase que no cita á los gallegos, siendo muy posible que esta omision sea debida á que los gallegos fuesen los pobladores traidos por el monasterio de San Vicente, y como tales, privilegiados y sujetos á especial fuero, que no halla cabida en el general de Salamanca. Tambien debemos advertir que en el *Fuero* de Ruano, y por tanto en el de Villar, sólo se enumeran 33 parroquias, faltando la de San Miguel, que Quadrado y D. Alvaro Gil mencionan.

Todavía, con ser tantas, no se piense que fueron las mencionadas parroquias las últimas que contó Salamanca; pues agregando á ellas las erigidas en tiempos no muy posteriores, se llegan á contar, si bien no simultáneamente, el increible numero de 48. Las no incluidas en el *Fuero*, son las siguientes: la Santísima Trinidad y San Estéban ultrapontem en la colacion de los mozárabes; San Juan Bautista, Santa María Magdalena, San Márcos y Sancti-Spíritus, en la de los castellanos y toreses; San Ildefonso y San Zoles en la de los bregancianos; San Vicente, en la de los gallegos; Santo Tomás Cantuariense, en la de los portugaleses; San Juan Evangelista, San Millan (que D. Alvaro Gil Sanz cita, suprimiendo, en cambio, á Santo Tomé en su trascripcion de este artículo del *Fuero*) y San Bartolomé, en la de los serranos; y San Blas, en la de los gallegos.

insigne D. Jerónimo Visquio la espléndida donacion (1) que fué como el cimiento de su grandeza, y por la que, nacida apenas, se halló dueña y señora de villas y lugares, y en posesion de envidiadas franquicias y privilegios, extensivos, en parte, á los clérigos adscritos á su servicio, fundamento cierto del crédito y poder alcanzado por el Cabildo salmantino en la Edad Media.

---

(1) «In nomine sancte et individue trinitatis—dice el indicado documento—videlicet »patris et filii et spiritus sancti unius dei regnantis per cuncta secula seculorum, amen. »Ego comes Reimundus una pariter cum uxore mea Orraca filia Adafonsis regis: placuit »nobis ut propter amorem dei et restaurationem ecclesiæ sanctæ mariæ salamantine se»dis et propter animas nostras et de parentum nostrorum uobis domino ieronimo ponti»fici et magistro nostro quatenus facerimus uobis sicut et facimus cartulam donationis »uel ut ita dicam bonifacti: Imprimis dimitimus uobis illas eclesias uel clericos de Zen»mora et de Salamantica cum tota illa diocesis que odie tenetis et in antea adquirere »poteritis cum illas uillas que uos tenetis de mi in prestamo ut maneant in uestra potes»tate ut nullus merinus uel saiones aut aliquem hominem iudicent eos, sicut usquemodo »fecerunt, sed maneant liberi in uestro iudicio ad iudicandum et ad distringendum que»madmodum continetur in libris canonibus ad iuste iudicandum. Et adhuc damus uobis ex »omni tertia parte salamantine ciuitatis census que in nostra parte uenerit, ut tertia pars »sit uestra in cuoqumque loco, uel quolibet modo eum reperire potueritis tam de porta»tico quam etiam de montatico, uel de calumniis aut de facinore uel aliquo reatu qui in »predicta urbe aliquo modo contingerit, aut de aliqua causa unde nos adquerimus aliqua »glinantia tertia parte inde sit uestra pro remedium animæ nostre et pro restaurationem »supra dicte eclesiæ sanctæ mariæ. Insuper donamus uobis deciman partem nostrarum »frugum tan panis quam etiam omnis operis nostri. Et damus uobis illum Larrium iusta »illa porta que respicit ad illum flumen in parte sinistra ut populetis illum pro parte »nostra, et fiat integrum Larrium illum ad donum sanctæ mariæ et uestrum uestrisque »successoribus. Et adhuc damus uobis medietatem de illas azenias et de illas piscarias que »nos aprendimus apud uos profluere in illo fluuio: et medietatem de illos campos que acce»pimus per arare et per seminare cum ipsa almunia que est extra illum pontem tota in»tegra. Damus et concedimus uobis hec ut plantetis et ipsam ecclesiam secundum ues»trum posse edificetis, sicut melius potueritis. Et alii homines hæc non permittimus nisi »uobis tantum uel uestris uicariis atque aliis episcopis qui in predictam ecclesiam ad re»gendum post nos uenturi fuerint: ita ut hunc nostrum factum plenam abeant firmitatem »per henni secula cuncta. Et si aliquis homo uenerit contra hanc cartulam ad inrrum»pendum, quisquis ille fuerit, imprimis acipiant iran Dei omnipotentis et filie et spiritus »sancti et in hoc seculo amittat proprias lucernas oculorum et fronte et non uideat que »bona sunt in iherusalem ne pax in iherusalem sed cum iuda domine traditore sit parti»ceps in eterna dampnatione: et pariat post parte uestra uel successoribus uestris quin»quagenti libras auri purissimi: et qui hoc temptare presumpserit quisquis ille fuerit, »adimplere non possit Facta kartula nostra die X° kalendas iulii era MCXL. regnum »imperii Adefonsi gratia dei rex in toleto, ipsius sedis sanctæ mariæ bernaldus archie»piscopus. Ego comes reimundus simul cum uxor mea Orraca filia Adefonsi regis qui »hunc certum fieri iussimus propriis manibus nostris roborauimus atque signauimus »atque ab aliis testibus qui subter adseripserunt firmare atque roborare precipimus et hic »fuerunt. Ego Comes Reimundus, conf. Ego Orroaca, conf.»—Siguen las firmas.

Don Alfonso VI confirmó la donacion y privilegios de sus hijos, muerto ya el Conde borgoñon: no hay necesidad, para venir en conocimiento de esta confirmacion, de acudir á la escritura publicada por Sandoval, y tachada de viciosa, no sin algun fundamento, por Florez, aunque sea admisible la opinion de Quadrado, que hace de ella dos distintas escrituras, unidas por error de copia: áun desechado dicho documento (para nosotros legítimo, sin duda), queda todavía un testimonio fehaciente de la confirmacion de los privilegios de D. Raimundo de Borgoña á la catedral, por su suegro, el debelador de Toledo, en la Cédula expedida por Alfonso VII en 1126, confirmando dichas concesiones á su vez, en la que se lee: «Et sicut avus meus Ildefonsus bone memorie totius Hispaniæ imperator hec omnia et alia que in privilegiis continentur in Concilio Legionensi laudavit et per scripturam confirmavit ita et ego,» etc. Esta declaracion presta no poca autoridad á la escritura de Sandoval, y disipa las dudas de Florez.

Atentos los egregios Condes á dejar bien asentada su fundacion, miraron tambien á prevenir futuras querellas, y buscaron el modo de regular las relaciones entre el obispo y sus clérigos y entre clérigos y Concejo, dictando al efecto multitud de disposiciones que, englobadas después en la compilacion foral, se han trasmitido hasta nosotros como parte integrante de la misma; estatúyese en ellas la particion en tres porciones de las rentas eclesiásticas, de las cuales una es debida al obispo, otra á la *onra de la Iglesia*, y la tercera al sustento de los sacerdotes; ordénase á todo cristiano que dé el diezmo de sus ganancias de pan, vino y ganados al sacristan, nombrado con asenso de los legos y no sin dar fianzas á la Iglesia, y á más un cántaro por cada cuba, con tres panes y tres ochavas de primicias, por las cuales habia de proveer de incienso al templo; mándase tocar tres veces las campanas por muerte de hombre y dos veces por muerte de mujer; establécese se destine el quinto de los bienes de los intestados á favor de su alma, y se divide en tres partes: una para misas, otra para la fábrica y otra para pobres; institúyese juez de las causas entre clérigos y legos al obispo, arcediano ó arcipreste; castíganse diversamente los delitos contra los clérigos, y de éstos contra los legos; otórgase el fuero de clerecía á los que moraren con los eclesiásticos; exígese á los novios que el dia de la boda presenten en la iglesia, á más de las arras, una espalda de carnero, dos candelas, pan y vino (1), doblándose la oferta si los casare otro cura que no fuere el párroco de la novia; prohíbese á los clérigos lidiar ni prender *fierro* por nada; declárase libre para vender y donar *toda pressea de cassa de clerigo*, y se autoriza á la gente de *clerezía* á no responder en causa alguna sin querelloso.

Breve, tanto como fecundo, fué el gobierno del conde Borgoñon, casada su viuda Urraca, ya reina de Leon y Castilla, con el batallador Alfonso I de Aragon el año mismo en que Salamanca se vió invadida por las huestes musulmanas al mando

---

(1) No nos resistimos á trasladar tan curiosa disposicion: «Clerigos razionados—dice—aian su manifestacion libre de misas cantar; e de fuesas partan con sus clerigos de missa e a los leigos que benezion dier resciva de los novios XIII dineros e meaia, de pratra la meaia; e prendan ende los clerigos V dineros que ofrescan los novios con las candelas; e lieven con los novios á la iglesia una espalda de carnero e dos candelas de sus estados, un bon pan con vino e el sacristan prenda del pan cocho media razion.»

de Ali-ben-Yussuf (1), no tardó en surgir entre ambos cónyuges la discordia, iniciándose al poco tiempo de celebrado su matrimonio la larga série de desagradables y sangrientas cuestiones que hicieron de aquel período uno de los más revueltos y complicados de la historia. No dejó de sentir bien de cerca Salamanca las consecuencias de aquellos sucesos, pues afecta, como no podia ser ménos, al partido de la Reina, apenas se hicieron públicas las diferencias entre ambos consortes, recibió guarnicion aragonesa, que hizo en ella prolongada mansion, sufriendo todavía mayor daño, siquiera fuese en otro órden de intereses, con el escandaloso espectáculo del cisma promovido, muerto ya el memorado D. Jerónimo, cuyos restos guardó la catedral, ya por él enriquecida con el famoso *Cristo de las Batallas* (2), por el obispo D. Munio, hechura, sin duda, del monarca aragonés que, irritado por la oposicion del sucesor de Visquio, D. Gerardo, le habia expulsado de Salamanca, obligándole á acogerse en Santiago á la proteccion del metropolitano Gelmirez, quien logró al cabo, por su omnipotente influjo, la deposicion de Munio en el Concilio de Carrion, nombrando en su lugar á D. Alonso Perez; muerto éste, sin embargo, al siguiente año, volviendo del Concilio de Reims, renovóse con creces la dolorosa colision que así conturbaba la paz de la sede salmantina; Munio, abandonando su retiro de Egitania, renueva sus pretensiones con desusada violencia, pretendiendo con destierros y confiscaciones obtener la obediencia que él negaba á su superior compostelano; el magnate D. Pedro Lope se obstina en introducir un nuevo pretendiente llamado como él, y el pueblo pide por Pastor al canciller del rey, D. Berengario; sólo la intervencion de Alfonso VII pudo conciliar los ánimos, y sólo su energía puso fin al conflicto, decidiéndole á favor del reclamado por el pueblo,

---

(1) Esta nueva embestida de los agarenos á Salamanca, aunque muy probable, no se halla enteramente acreditada.

(2) Es interesante el no cumplido testamento de D. Jerónimo: «Ego dei gratia—dice—Hieronimus episcopus salmantinus trado corpus ad monasterium S. Petri de Caradigna, et vobis abbati et monachis ibi degentibus ubi humatum est corpus V. Roderici Didaci et ego volo post obitum meum et dono vobis-ecclesia Sancti Bhartolomei in civitate salmantina que est juxta ecclesiam S. Marie in parte orientali quam edificaverunt a fundamentis domini mei Adefonsus rex et gener ejus Remundus quando ceperunt illam civitatem á mauris. Et nos omnes qui sumus in ipso barrio S. Bartholomei confirmamus in concilio generali et regentes audimus. Facta carta III Kal. octobris Era MCXLI.»

quien no se descuidó en obtener del monarca la confirmacion de los privilegios otorgados á su catedral (1).

Sosegados con esto los salmantinos, volvieron en seguida los ojos hácia el lado de la morisma, y arrastrados por patriótico impulso, no queriendo ser ménos que los de otras ciudades, convocados á Concejo, decidieron marchar contra Badajoz para hacer grande su nombre, sin consentir, en noble arrranque de hidalga independencia, compartir su gloria con ningun príncipe ni capitan (2); el resultado era previsto; pero no por

---

(1) Ya los habia ántes confirmado, segun hemos visto, en 1126; pero los confirmó de nuevo en 1136, como puede verse en la siguiente cédula, curiosísima por uno de los datos que contiene:

«EGO ADEFONSUS HISPANIARUM IMPERATOR supra dictos Raimundi et Urrache regine filius hoc donationem eos confirmamus et roboramus in cemora III idus aprilis eodem die quo fecerunt homeniscum meo filio raimundo barones de cemora. Era MCLXXIIII, eodem anno quo prius coronam imperii in Legio + ne accepi; me imperante in toleto, in legione, sarragoza, naiara, castèlla, gallicia.»

(2) Así lo expresa terminantemente la *Crónica latina de Alfonso VII*, que dice: «Eodem tempore optimates Salmanticæ introduieron terram Badalioz dicentes inter se cum viderent consulem ad terram Sibiliæ ire volentem: eamus et nos in terram Badalioz et faciamus nobis nomem nostrum grande et non demus nomen gloriæ nostræ uli principi aut duci.» Magnífico arranque que pinta é inmortaliza á un pueblo. Hé aquí el romance que le hemos consagrado en nuestro *Cancionero del Tórmes*, todavía inédito.

Los mártires de su gloria.

Escuchad, los mis oyentes,
Oid estas valentías,
Con noble sangre selladas,
Noble sangre salmantina.
Era el tiempo en que los moros
Presa la España tenian,
Por la traicion de aquel Conde,
Entre sus garras malditas.
Rescatándola á pedazos
Nuestros padres bravos iban,
Comprándola en las batallas
Con su sangre bendecida,
Aunque no era el precio caro
Por cosa de tal valía,
Que por ella alegres dieran,
Si las tuvieran, mil vidas.
Don Rui Gonzalez Giron,
Con tropas de su alcaydía,
Salió ufano de Toledo
Contra el moro de Sevilla,
Y le venció en el combate,
Y le ganó muchas villas,
Y le prendió mucha gente,
Logrando gloria y estima.
A Salamanca las nuevas
Llegaron de su osadía,
Y en los pechos salmantinos
Hirvió generosa envidia;
Y juntáronse en la Plaza
Los valientes aquel dia,
Y dijeron ser preciso
Salir al campo en seguida,
Sin esperar llame el Rey,
Que esperar es cobardía.
Y si Toledo sonara,
Salamanca sonaría,
Que en punto de honra y valor
Por nada á nadie cedia.

***

Ya salen los salmantinos
Por la puerta de San Polo;
Unos marchan á caballo,
A pié tambien marchan otros,
Unos armados con picas,
Otros con lanzones cortos,
Estos con luengas espadas,
Aquéllos con arcos flojos,
Todos con almas de acero,
Todos con pechos heróicos,
Todos sedientos de gloria,
Todos henchidos de gozo.
—¿Dónde van los salmantinos,
Los salmantinos famosos?
¿Cuál de su jefe es el nombre,
Por grabarlo en letras de oro?
—Nosotros los salmantinos
Marchamos contra los moros,
Contra los moros odiados
Que tienen nuestro tesoro,
El tesoro de la pátria,
Que ninguno hay más precioso.

eso se malogró la heróica aspiracion de aquellos valientes, coronados por la posteridad de gloria: reunidos, en efecto, cuantos quisieron alistarse en la arriesgada empresa, avanzaron sin jefes y en desórden por las regiones enemigas hasta muy cerca de Badajoz, talando las comarcas que atravesaban y haciendo innumerables cautivos; al fin avistaron el poderoso ejército de los almoravides, dirigidos por Tachfin-ben-Alí, y, resueltos á perecer, pasaron á cuchillo, para obrar con más desembarazo, á todos sus prisioneros; interrogados por Tachfin

---

Por tierra de Badajoz
Hemos de entrar animosos
Hasta dar con esos canes,
Con esos canes rabiosos,
Y prenderlos ó matarlos,
O ganar de todos modos,
Si en la batalla muriéremos,
Nombre grande y glorioso;
Que no hay más alta grandeza,
Ni hay hecho más hazañoso,
Ni cosa de más estima
Ni digna de más elogio
Para el hombre bien nacido,
Para el corazon patriótico,
Para todo pecho hidalgo,
Sea viejo ó sea mozo,
Que perecer frente á frente
De quien nos llena de oprobio,
Del que á nuestro Dios maldice
Y nos escupe en el rostro.
No tenemos jefe alguno,
Que aquí iguales todos somos;
Iguales partes ponemos
Todos de sangre y arrojo,
Y no queremos se ufane
Uno de nosotros solo
Con lo que es de todos honra
Y lo que es gloria de todos;
Todos somos caballeros,
Porque salmantinos somos;
Grande haremos nuestro nombre,
O muertos ó victoriosos;
Es nuestro jefe Dios mismo,
Que esfuerzo nos presta próvido;
Nuestra gloria y nuestros lauros
Con él partiremos sólo
—Así con noble entereza
Los salmantinos á coro
Dicen, y cruzan el puente
Del claro Tórmes undoso.

*
* *

Allá van los salmantinos,
Allá van á pelear;
Cruzan rios, pasan montes,
Ya en tierra del moro están;
Sus corazones les crecen
Al llegarla á divisar;
Sus rostros se colorean
De rabia y vergüenza al par,
Y al pisarla, apenas saben
Si maldecir ó llorar,
Contentándose en la duda
Con besarla y con orar.
Ningun pueblo les resiste,
Gran fama conquistarán,
Todo se rinde á su esfuerzo,
A su esfuerzo sin igual.
Cuando sus madres y esposas
Lo sepan, ¡cuál gozarán!
Lo contarán á sus hijos,
Y ejemplo á todos será.
Ya atraviesan el Guadiana
Y á Badajoz marchan ya,
Talando campos y villas,
Aterrando por do van,
Cogiendo muchos cautivos
Y haciendo á todos temblar.
Badajoz un mensajero
Apresúrase á enviar
Al Rey Taxfin, porque venga
A socorrer la ciudad.
Con destreza galopando
Sobre andaluz alazán,
Pronto el mensajero llega
Donde el Rey Taxfin está.
—Señor—dice—sin tardanza
Hueste escogida enviad
Si quereis que Badajoz
Libre de esta tempestad.
Sabed, Señor, que ha llegado
De cristianos gran caudal
De Badajoz á la tierra,
Y que es una gente tal,
Que nada hay que la resista
Ni en frente se atreva á estar.
Dicen que son salmantinos,
Diablos digo que serán,
Y que capitan no tienen,
Pues lo es de sí cada cual.
—Escuchando tales nuevas,
El Rey moro hizo juntar
Sus tropas más aguerridas,
Partiendo sin más tardar.

*
* *

sobre quién era su jefe, respondieron con fiereza que cada cual lo era de sí propio; y llegado el siguiente dia, se inmolaron casi todos (que no de otra suerte puede calificarse la matanza ejecutada en ellos), en aras de su gloria.

No escarmentaron con tan elocuente enseñanza los hijos de Salamanca; más y más irritado su patriotismo, repitieron la desatentada expedicion, ya en verdad con no del todo disculpable terquedad, sin consentir que nadie, por el hecho de dirigirles, absorbiese para sí el lauro á todos debido; dos veces más se lanzaron por aquel camino de aventuras, y dos veces más salieron descalabrados y maltrechos; convencidos al fin de que nada era posible alcanzar sin disciplina, depusieron su honroso orgullo y consintieron en doblegarse á las órdenes del aguerrido D. Ponce de Leon; encauzada de esta suerte su energía, nada se resistió á su empuje, y más de una vez se cubrieron de la apetecida gloria, llevando sus estandartes al otro lado del Guadiana; ellos adquirieron alto renombre en el empeñado cerco de Cória, lograron larga fama en la toma de Albalat, conquistaron la comarca de Ciudad-Rodrigo, dieron pobladores á Castronuño, tomaron parte en la expedicion y sitio de Almería, dieron orígen á la insigne Orden militar de Alcántara, nacida de la de San Julian del Pereiro, que los caballeros salmantinos

---

Salmantinos, salmantinos,
Ya se acerca vuestra hora;
Ya de Taxfin la vanguardia
Por esa ladera asoma;
Ya cubren el llano y monte
Los almoravides copias,
Ya se oye su gritería
Que los espacios asorda.
Su ejército es numeroso,
Escasas las vuestras tropas,
Que cuenta el moro por miles
Las vuestras veintenas cortas.
Un heraldo Taxfin manda,
Que, con voz airada y ronca,
Pregunta á los salmantinos
Cómo su jefe se nombra.
—¡No hay jefe aquí!—le contestan,
Cada cual lo es de sus cosas.
¡Mal pecado! Cada uno
Es señor de su persona,
Y guia su propio brazo,
Y cela su propia honra,
Y alcanza su propio triunfo,
Y sufre su muerte propia,
Todo de Dios con licencia,
Que es Señor de todas cosas;
Decid á ese vuestro amo
¡Arda el perro de Mahoma!
Que, en nombre de Dios, sus iras
Desafian y provocan
De Salamanca los hijos
Que se bastan y se sobran,
Sin jefes ni capitanes
Que les usurpen su gloria,
Para vencer con bravura
O para morir con honra.
—Picó espuelas el heraldo,
De arrogancia tan heróica
Asombrado, y á su Rey
Dió respuesta tan famosa.

*
* *

El sol alumbró aquel dia
Tendidos por llano y lomas,
Y en roja sangre empapados,
Que del pecho en todos brota,
Los valientes salmantinos
Inmolados á su gloria,
Que hicieron grande su nombre
En el libro de la historia,
Con su muerte conquistando
La victoria más hermosa.

D. Suero y D. Gomez fundaron, y donde quiera ganaron prez, honores, riquezas y privilegios.

Excitados con tan repetidas campañas los instintos belicosos de los salmantinos, no olvidaron la defensa de la ciudad, acordando en 1147 cercarla de murallas (1), ya restaurando las antiguas, ya levantándolas de nuevo: y ensoberbecidos con sus repetidos triunfos y no viendo con buenos ojos la fundacion de Ciudad-Rodrigo, rescatada de la morisma á costa de su sangre, que consideraban como futura rival llamada á minorar su importancia y la extension de su territorio, llevaron la irritacion que tal hecho les causara al extremo de apelar en 1170 á las armas y, reunidos en Nuestra Señora de la Vega, juraron oponerse á lo que miraban como entuerto ó desaguisado, declarándose en abierta rebelion contra su rey D. Fernando II, que ya, muerto el Emperador, les habia honrado con su visita confirmando y áun ampliando los privilegios de la Iglesia mayor (2); los revoltosos, capitaneados por un tal Nuño Serrano, ó Ravia, como Mariana quiere, y auxiliados por los de Ávila,

---

(1) De este acuerdo se hace mencion en el artículo CLXXIII del *Fuero*, que dice: «Esta salude uieron los alcaldes que eran en salamanca quando el emperador fue á almaria que fagan el muro de la cibdat: et quando fuer fecho el muro de la cibdat, fagamos otro muro en la rabalde per u vieren por bien los alcaldes e los iurados de salamanca. Et los de la cibdat afien a los del arrabalde que quando fecho fuer el muro de la cibdat aiuden a fazer el muro del arrabalde: e los omes que los alcaldes uieren por bien para estos seruicios fazer e non quesieren, peche cient maravedis cada uno dellos e entren en aquel seruicio.» Para la fábrica del muro se estableció por Fuero (CLXXXIII) un derecho segun el cual todo el que muriese con valia de 20 maravedis tenia que dar uno por su alma al muro, y la mitad si era de 10.

(2) «En el nombre del Padre—dice la cédula de D. Fernando, segun la traduccion dada por Sanchez Ruano—del Hijo y del Espíritu Santo. Yo Don Fernando por la gracia de Dios, juntamente con mi mujer doña Urraca, concedo y confirmo para siempre jamás á la Santa Iglesia de Salamanca, y á vos el muy amado y Venerable Pedro, obispo della, y á todos vuestros sucesores, para conservar vuestra dignidad, y por remedio de nuestras almas y la de nuestros padres y abuelos, todas aquellas cosas que mi abuelo el conde don Ramon, y mi abuela doña Urraca, su mujer, asintiendo á ello mi ilustre bisabuelo don Alfonso, concedieron á la prenominada Iglesia, tanto en su obispado, cuanto de lo que tocaba á la hacienda del rey, es á saber: la tercera parte de los tributos de la ciudad de Salamanca, como de quintos de calumnias, de portazgos, de montazgos, y por la tercera parte que cobrase desde la primera restauracion de dicha Iglesia, la concedo la décima de todas las peticiones, con todos los diezmos de su propio trabajo, como lo determinó y estableció mi padre con don Berengario, obispo de esta ciudad; además concedo la tercera parte de la moneda perteneciente al fisco, y además la media parte de las aceñas y sernas con la *almunia*, sita á la otra parte de la ribera del Tórmes, que llega al rio Zurguen, con toda aquella parte que nos pertenecia de aquellas aceñas y baños y las aldeas de Tejares, y de Campo Piedra, de Topas, San Cristóbal y San Pelayo, con el castillo de Almenara, que todo esto damos y concedemos á la misma Iglesia: las cuales villas las damos con todas las sernas, pastos, términos, y derechuras; y si algun homicida ú otro cualquiera delinquiese en esos campos que os doy, permanezca seguro de todos sus enemigos, y las dichas villas queden libres por nuestra parte para siempre de fonsadera, de toda ofercion ó peticion, y á ninguno sirvan sino al obispo de

no vacilaron en dar batalla á las tropas reales en los campos de la Valmuza, donde hallaron el castigo de su temerario arrojo, no sin que en el éxito del combate tuvieran gran parte los elementos que, burlando la astucia de los sublevados, tornaron contra ellos, por súbito cambio de viento, el humo del cercano monte que éstos habian incendiado con el intento de perjudicar las operaciones de las huestes reales.

No parece sino que aquel malogrado conato, dando la razon á los que en la misma ciudad lo desautorizaban, agotara las fuerzas de Salamanca, apagando sus belicosos bríos, pues no vuelve á sonar su nombre en empresas guerreras en largo tiempo; entregada la poblacion á los interrumpidos trabajos de engrandecimiento, continúa levantando los comenzados templos en las distintas *colaciones* ó *barrios* citados, hace avanzar las obras de la catedral, que no obstante la exencion de pechos y tributos, otorgada á los obreros por Alfonso VII y sus sucesores (1), se proseguian con mucha lentitud, y amplía su soberbia fábrica con bizantino cláustro, aprovechando al efecto las casas confiscadas á un tal Flaino, por cierto ignorado sacrilegio (2). Fernando II, como arrepentido de haber excitado con reprensible ligereza la animadversion de la ciudad, llevándola al exceso de la rebelion, la honra en 1178 con la reunion de Córtes en su recinto, confirmando gustoso sus fueros, perdonándola cuantos agravios le infiriera y esforzándose por reprimir y

---

dicha Santa Iglesia de Santa María. Concedemos tambien que todos los clérigos del obispado de Salamanca estén libres de toda pena, de fonsado, de ofercion, de todo pecho, de toda facendera y de todo servicio, que no harán sino es á su obispo: tambien os concedo en la villa de Alba la décima de todos los rendimientos de penas, portazgos, montazgos, baños y aceñas, de sextas peticiones y quintos. y esta escritura sea siempre firme y valedera, la que se hizo en la ciudad de Salamanca en el mes de Octubre de la Era de 1205.»

(1) «In nomine Dei—dice D. Alfonso—amen. Inter cetera virtutum potentia elemosina maxime comendatur Domino attestante, qui ait: sicut aqua extinguit ignem, ita elemosina extinguit penám. Ea propter ego Adefonsus Hispanie imperator una cum filiis et filiabus meis et omni gnatione mea pro amore Dei et pro animarum parentum meorum et pecatorum meorum remissione facio carta donationis clero et ecclesia S. Marie de Salamanca de illis XXXI hominibus qui laborant in ecclesía S. Marie salmanticensis ut ab hac die non dent porta nec pecta nec fossadaria, sed sint liberi et absoluti ab omni voce regia quo ad supradicta ecclesia sit prefecta.» Fecha en Salamanca el dia de Ramos del año 1152.

(2) «Ad honorem salamantine sedis—dice la cédula de donacion—cui grande sacrilegium et de decus a Flaino illatum esse provatus concedo illas casas totas que sunt justa corral de Canonicis que fuerunt filiorum Dominici Flaini.» Fecha en el mes de Enero de 1175.

acallar las intestinas discordias que la agitaban (1), en las que no dejaba de tener gran parte la numerosa judería acostada al partido ménos patriótico durante la reciente rebelion (2), preludiando aquellos famosísimos bandos de tan triste como imperecedera memoria que, siglos adelante, habian de convertir las calles de Salamanca en diario campo de batalla. Con la fundacion de la parroquial de Sancti-Spiritus, la visita de Alfonso IX, la tala de sus alrededores por el rey de Castilla, la invasion de la ciudad por las tropas de Jacub Almanzor tras la espantosa rota de Alarcos, y la celebracion del primer Concilio salmanticense (3), convocado por el Papa y presidido por el legado apostólico cardenal Guillermo, que anuló, no obstante, la decidida oposicion del obispo salmantino D. Vital, llevada al extremo de acarrearle la deposicion, el matrimonio de D. Alfonso IX con su prima doña Teresa, infanta de Portugal, de la que ya tenia

---

(1) Entéranos de todo esto una de las disposiciones incluidas en el Fuero, considerada, no sin fundamento, como una transaccion entre el Monarca y la ciudad, por una parte, y los conjurados de la Vega y el opuesto bando, por otra: esta curiosísima ley, que es la CCLXXIV del fuero, lleva la rubrica DE COMO SEA TODO EL PUEBLO UNO, anunciando ya su espíritu conciliador, y dice así: «Plogo a nostro sennor el rei don fernando *que todo el pobło de Salamanca sea un conceio é uno* á merce de pedir e seruir á nostro sennor el rei don fernando, e esto con Lona fe e sin mal enganno; e los alcaldes e las justicias de salamanca sean unos á seruicio e á proe de nostro sennor el rei don fernando e de todo el conceio de salamanca. Et sean unos para uedar forcias, e uirtos, e superlias, e ladrones e traydores e alcuosos, e todo mal en salamanca, e ó se conseiar por facer, todos sean unos por desfacerla. Et si uedar non lo pudieren sean unos por aiudar á derecho; e el alcalde ó iusticias questo non fecier segunt so poder, sea periurado, e traydor, e alcuoso del rei don fernando e del conceio de salamanca, e salga del portiello. Et si los otros alcaldes ó iusticias non lo sacaren del portiello caian ellos en periuro. Et quantas iuras fuer fechas en salamanca desque fue poblada e fueras de salamanca todas sean desfechas é perdonadas. Las iuras que fueron fechas en la uilla ó en otro logar ú quier que fueren tenudas, sean desfechas estas e las otras; otrosi la iura que fo fecha en santa maria de la uega e todas las otras sean desfechas, e mays non fagan otras iuras nin otras compannas, nin bandos, nin corral; mays seamos unos con Lona fe e sin mal enganno al onor de nostro sennor el rei don ferran e de todo el conceio de salamanca. Si alcaldes ó iusticias pesquirieren que algunas naturas se leuantaren por facer bandos ó iuras, uiedenlo los alcaldes é las iusticias; e si non lo uedasen, sean periurados.

(2) Nos inclina á pensar así la lectura del número CCCLXII del Fuero, *D'amparancia de iodios*, que dice así. «Esto faz el conceio de salamanca con los iodios los alcaldes é las iusticias e los iurados *por mano del rey don ferrand*, e metaios el rei en manos del conceio de salamanca que non aian otro sennor se non el rei e el conceio de salamanca que los ampare con derecho. Et deven dar los iodios al rei cada natal XV marauedis en renda, e denlos por manos de los alcaldes e de las iusticias. Et los iodios *aian fuero como xriano*, que qui los ferier, ó matar, tal omecio peche como se fuer xriano o matar uizino de salamanca. Et los iodios sean encotados, ellos e sus eredades, como uezinos de salamanca et por sus iuicios qui afirmar ouier, firme con II xrianos é con un iodio, ó con II iodios e un xriano; et sobresto iure el conceio de salamanca que á derecho los tenga e en su fuero.» Lo subrayado muestra suficientemente que no son infundados nuestros juicios.

(3) Supónese celebrado este Concilio en la capilla de Santa Catalina, haciéndola al efecto erigir al Obispo D. Vital en 1169; pero se nos hace increible tal aseveracion, prohijada por Dorado y Falcon; el estilo de la capilla la desmiente rotundamente.

repetida sucesion, termina la relacion de sucesos en el período que historiamos comprendidos.

En el relativamente corto espacio de un siglo que abarca, hemos presenciado el renacimiento de Salamanca: la hemos visto poblarse de casas y templos, y rodearse de murallas; honrada con frecuencia por la visita de los monarcas, ha alcanzado de ellos insignes mercedes; impulsada por su patriotismo, se ha arriesgado en las más aventuradas empresas, sin esperar ajenos mandatos ni anhelar más galardon que el de su gloria; herida después en sus más caros intereses, ha osado luchar contra el mismo trono; en su interior se han celebrado Córtes y Concilios; reyes é hijos de reyes han sido sus gobernadores; lumbreras de la Iglesia han empuñado su báculo episcopal; sus hijos han conquistado ciudades y fortalezas, han poblado villas y han fundado órdenes militares; su Cabildo catedral ha otorgado franquicias y cartas-pueblas, recibiendo homenaje de multitud de poblaciones, y su Concejo ha impuesto sus leyes á centenares de pueblos, ramificándose la adopcion de sus disposiciones forales por las Municipalidades portuguesas de la Beira y del Alemdouro, que las reciben con aplauso. Tales son los comienzos de Salamanca, tales sus primeros vagidos; y todavía no ha nacido, y se halla sólo en gérmen, á la sombra de su catedral, la institucion que, cubriéndola de gloria imperecedera, habia de derramar su nombre, rebasadas todas las fronteras, por el orbe entero.

FERNANDO ARAUJO.

(Se continuará)

EL MÉTODO INTUITIVO EN LA ENSEÑANZA

Cuando la sociedad moderna entró en posesion de sí misma, por la aplicacion de la libertad y otras causas que providencialmen se juntaron para producir este magnífico resultado, fué sucesivamente modificando sus instituciones fundamentales, comenzando por las que tienen mayor trascendencia en su íntima manera de ser, hasta llegar á sus últimas ramificaciones, que van recibiendo una en pos de otra la vivificante sávia de la reflexion y el espíritu de progreso. Así el árbol, exhausto y moribundo por dilatada sequía, esparce sus ramas y se reviste de florescente pompa cuando nuevas corrientes inundan sus empobrecidas raíces y un sol bienhechor envuelve en ondas de luz y de calor su aterida y moribunda existencia.

Comenzó la vida nueva por reanimar y sacudir la esfera religiosa, enervada por la autoridad y la rutina; avivó la llama de la ciencia, casi extinguida en las escuelas de la tradicion; despertó los sentimientos de la dignidad humana, eliminando como perniciosa escrescencia las viejas formas políticas; y después de haber renovado las artes, las industrias, el comercio con inmortales inventos, ha venido al fin á fijarse en la enseñanza de la niñez y de la juventud, entregada, hasta hace poco, á los procedimientos de la barbárie, para aplicarle nuevos métodos y procedimientos, que no son sino la encarnacion de los nuevos y salvadores principios que vienen informando la sociedad moderna desde su renacimiento, á saber: el libre exámen, el espíritu de observacion y experimentacion y el respeto al derecho y á la dignidad del hombre.

Con esto sólo queda dicho que la revolucion en la enseñanza es legítima y está completamente de acuerdo con el espíritu que ha presidido á las demás reformas y trasformaciones que en todas las esferas se han venido realizando. A la luz de este criterio, no solamente es fácil juzgarla, sino que, merced á él, se la puede encaminar á la consecucion de sus altos fines, decidiendo lo que hay de verdad y justicia en los fines que persigue, á fin de que el inmenso impulso que de algunos años á esta parte se ha iniciado en nuestra pátria, no sea instintivo é inconsciente, sino hijo de madura reflexion y clara conciencia, extendiendo su benéfico influjo á todas las regiones que está llamado á fecundar con sus ricas y abundantes emanaciones.

Hace muy pocos meses ha tenido lugar en esta córte una solemne congregacion de maestros de primera enseñanza, secundada y favorecida por hombres de todas las carreras y jerarquías sociales, sin descontar el Jefe supremo de la nacion, con el objeto de discutir los métodos y escogitar los medios conducentes á la mayor difusion de la cultura científica y social entre los que están llamados á reemplazar en breve plazo á la generacion contemporánea. Por uno de aquellos fenómenos, de que no es fácil darse exacta cuenta, la revolucion didáctica ha empezado por el último grado de la jerarquía profesional, siendo ellos los que han entrado ántes á la vida de la reflexion, á las nobles emulaciones del progreso, dando brillante ejemplo á los que ocupan más elevado rango y no sienten el aguijon que á ellos les estimula á dejar los viejos hábitos de la rutina, que durante siglos ha imperado é impera en la vida docente de nuestra pátria.

Este acontecimiento ha puesto en nuestras manos la pluma para consignar algunas observaciones sobre el alcance y significacion de las trasformaciones que se meditan y van realizándose paulatinamente en la enseñanza primaria, haciendo ver que de iguales mejoras es susceptible la enseñanza superior en sus múltiples y variados ramos, para que en la medida de nuestras escasas fuerzas podamos contribuir á la regeneracion de la vida social en esta importante fase, que es tal vez la más influyente y trascendental para el porvenir de los indivíduos y de los pueblos.

I

Sabido es que bajo el régimen autoritario de la vieja Europa, la instruccion era un privilegio concedido sólo á las clases superiores ó á los que se despojaban de su personalidad para ingresar, como un átomo más, en el cuerpo cosmopolita de la Iglesia. No se consideraba entónces necesario que el ciudadano poseyera instruccion, porque no existia el ciudadano; ni el hombre debia aspirar al desarrollo simultáneo de sus facultades, porque sólo con relacion á la vida religiosa existia el hombre.

El concepto estrecho y mezquino que de la humana individualidad habian formado aquellos tiempos, se ha ensanchado notablemente, ó mejor, se ha cambiado de raíz desde que la razon libre ha estudiado la personalidad humana, y ha reconocido en ella, sea cual fuere su condicion, derechos, aptitudes, finalidades que es preciso cultivar y atender, si es que la sociedad ha de llegar algun dia al ansiado término de la civilizacion. El hombre, sólo por serlo, posee la dignidad suprema, que le hace acreedor á gozar de los beneficios fundamentales de la cultura social, como la naturaleza le concede gratuitamente, y sin diferencia con las clases privilegiadas, la luz del sol, las brisas de la atmósfera y todo lo necesario á conservar y desenvolver su existencia.

De este alto y progresivo concepto del hombre nacieron, al mismo tiempo que las reformas políticas, que han dado ingreso y participacion en la vida pública á clases ántes desheredades, las reformas que podríamos llamar didácticas, en virtud de las cuales la instruccion, partiendo de los grandes y poderosos centros, se reparte, á manera de magníficas y bienhechoras irradiaciones, hasta los más humildes y apartados miembros del cuerpo social. Por la creacion de las Escuelas Normales y del Magisterio de primera enseñanza, que se llevó á cabo en los primeros años de nuestra regeneracion política, y se perfeccionó más tarde merced á titánicos esfuerzos de ministros como Ros de Olano, Moyano y otros, que en menor escala á esta grande obra han contribuido; el hijo del pobre labriego que vive en las soledades de inculto monte, ó del proletario condenado á llenar sus más perentorias necesidades con el diario sudor de su rostro, todos disfrutan, al igual de los magnates y predilectos de la fortuna, los benefi-

cios de la instruccion, que empieza por redimirles de la tiranía de la ignorancia, para llegar á redimirlos tal vez de la pobreza y abrirles las puertas de un halagüeño porvenir.

Lograda esta primera y trascendental conquista, faltaba hacer que la enseñanza fuera una verdad, y para este objeto urgía inventar métodos y procedimientos que no nos habia legado la tradicion, encauzada por pésimos é inveterados hábitos de exclusivismo, de crueldad y de rutina. ¿A dónde volver los ojos? ¿Quién levantaria una voz potente y autorizada que pudiese cambiar la corriente de los siglos? ¿De qué manera aplicar los grandes principios de la vida moderna á la naciente institucion, que la rebosada por todos sus poros, en una forma armónica, sistemática, científica, que diera uniformidad á los trabajos que de un extremo á otro de la Península se estaban ejecutando?

Dos hombres, por fortuna, habian de antemano preparado el camino y dado el ejemplo que se debia seguir en esta solemne tarea de reconstruccion profesional. El italiano Pestalozi habia hallado la fórmula, que no era sino la encarnacion del gran principio moderno descubierto por Bacon y tan felizmente aplicado á las ciencias naturales: la *intuicion*. El método intuitivo venia á ser, en la difusion de la verdad y de la ciencia, lo que habia sido el *empírico* en su descubrimiento. A los vulgares é indigestos compendios que reinaban en las escuelas, sólo para llenar la cabeza del niño ó adolescente con un fárrago de palabras cuyo sentido no comprendia y con facilidad olvidaba, venia á sustituir el procedimiento racional de la percepcion inmediata, que pone la inteligencia delante del objeto y le enseña una realidad siempre rica y estimable, y que ya no se borra fácilmente de inteligencia que una vez la ha *aprendido*.

Este sólo gérmen hubiera por sí llevado la renovacion á la enseñanza, cuando un aleman insigne, compadecido de la triste suerte á que vivia condenada la niñez en su pátria, lo mismo que en la nuestra, amplió el sistema italiano, tan felizmente inaugurado, enriqueciéndolo con nuevos y vigorosos elementos, que hicieron de él casi una nueva creacion. Él ideó los establecimientos conocidos con el nombre de *Jardines de la infancia*, en los cuales, por un ingenioso procedimiento, se procura el desarrollo gradual de todas las facultades físicas y morales, poniendo á la naciente inteligencia en contacto inmediato y perenne con la naturaleza, disponiéndola á la vez

para ser útil á la sociedad con el ejercicio inicial de algun arte mecánico, que desenvuelve á la vez su fuerza física y moral.

Este nuevo método vino á ser para el mundo, y mayormente para nuestra pátria, una revelacion. En vez de los oscuros, insalubres y desabrigados albergues donde se hospedaban las nacientes escuelas, presentó á la imaginacion de sus contemporáneos ventilados, cómodos é higiénicos edificios, donde crecer pudieran estas hermosas flores de la infancia, que arrojan en derredor tan delicioso perfume. En vez de rutinarias lecturas, que consumian inútilmente el tiempo, la sangre y la alegría de los niños, juegos instructivos que inoculaban á la par el deleite y la ilustracion. En vez del sistema del terror, el del cariño, la dulzura, la *espontaneidad*, que permite al tierno vástago mostrar las inclinaciones y aptitudes que han de hacerle tal vez un grande hombre.

Estas novedades se aclimataron bien pronto en algunos lugares privilegiados de nuestro suelo. Profesores celosos han ido asimilándose tan útiles reformas, introduciéndolas en sus escuelas y dándolas hasta un carácter de originalidad, pudiendo citarse en primer término, entre otros laudables esfuerzos, el *Manual* de Montesinos, que tan ardientes discípulos y prosélitos ha logrado reunir entre el Magisterio español. Podrian citarse muchos, pero á nosotros sólo nos importa hacer constar que aquellas innovaciones fueron comprendidas en España, y que en esto, como en todo, hemos entrado en el glorioso concierto de las naciones civilizadas.

Ahora bien: ¿cuáles son los fundamentos psicológicos y jurídicos que justifican dichos sistemas, que quedarán ya como conquistas permanentes y definitivas para la civilizacion del porvenir?

Lo hemos dicho ya, y lo demostraremos: hay en ellas estampados, como en miniatura, toda la fisonomía, todo el espíritu, todos los progresos de los tiempos modernos. El tocar á uno de sus fundamentos, es derribar todo el edificio de nuestra civilizacion; negar uno de sus principios, es negar todo lo que constituye la gloria y la esperanza de nuestra sociedad. Engranan estos modernos sistemas con las demás modernas instituciones, como los miembros de un mismo organismo animal ó vegetal; un mismo espíritu anima sus ámbitos, una misma sangre circula por sus venas, una misma suerte está reservada á entrambos. Los enemigos del uno lo son forzosamente del otro: uno y otro tienen por nombre *revolucion*. Por esto, en cuanto asomaron su

frente en Europa, fueron universalmente aclamados y reconocidos como los potentes auxiliares del progreso, los salvadores de la civilizacion.

El primero y fundamental de los principios de esta nueva pedagogia es, segun hemos dicho, la *intuicion*. Entre el método que da un árido inventario de la ciencia, siquiera sea en pequeña escala, y el que procura en lo posible aproximar al objeto mismo para que lo escudriñen las miradas del que quiere saber, ¿cabe incertidumbre en la eleccion? ¿El que enseña la moral en las acciones mismas del sér moral, botánica ó zoología en la planta que tiene á su vista, lectura, geometría ó aritmética, en cuerpos sólidos que maneja el mismo adolescente, bellas artes ó industrias en el mismo ejemplar, ¿no tiene inmensa ventaja al que todo lo ofrece traducido en palabras, que son letra muerta cuando no ha precedido la vision inmediata, ó cuando ménos la imágen? Y si á esto se agrega la *experimentacion*, que es la construccion, la reproduccion del objeto por el mismo alumno que desea conocerlo, ¿quién podrá desconocer los méritos de este sistema, que contiene todo el secreto de las artes y de las ciencias experimentales modernas?

Para convencernos de una vez, basta fijarse en la doctrina psicológica, que señala como orígen de todas nuestras ideas los *sentidos*. Aunque el alma luégo aplique á los objetos que percibe facultades superiores, es lo cierto que la verdad no la ve en sí misma, sino en los objetos percibidos. Las mismas ideas abstractas de cantidad, órden, número, sustancia, derecho, moral, ser; todas las vemos en el objeto, sin lo cual nuestras ideas carecerian de valor, y fueran simples juegos de la fantasía. Las cuestiones que han agitado los filósofos sobre el *orígen de las ideas*, y los *universales*, que tanto dieron que hacer en otros tiempos, las resuelve el mero sentido comun con toda seguridad, afirmando que la virtud está en el hombre virtuoso, la ciencia en el sábio, el ser en lo que existe, la sustancia en todo lo sustantivo. Y si las mismas ideas abstractas se ven en el *objeto* concreto, ¿con cuánta más razon las que se refieren á lo individual y tangible de la naturaleza?

Otro de los principios del sistema Frœbeliano, consiste en la importancia del *trabajo manual*. Aunque con él no se hallen todos los pedagogos conformes, no deja de ser la aplicacion de otro grande progreso social moderno, que cifra la gloria y la felicidad de nuestras

sociedades, en oposicion á las antiguas, en el desenvolvimiento industrial, que proporciona la riqueza, y con ella el ascendiente que hoy ejerce la Europa civilizada sobre los demás continentes de nuestro globo.

La *dignidad individual*, ó sea el respeto á la persona y á las facultades del hombre, tiene tambien su sancion en la doctrina de Frœbel, que no admite imposiciones ni violencias sobre el tierno sér, sino que aconseja al maestro observar las inclinaciones intelectuales que en cada discípulo despuntan, secundándolas y ofreciéndolas facilidades para desenvolverse en la mayor escala posible. Además, las comodidades, y, relativamente, el lujo que despliega en la construccion de sus jardines, son como un homenaje que se presta á la dignidad de aquellos vástagos sociales que ántes no habian merecido la consideracion ni las miradas de los legisladores ni de ningun poder público.

No es ménos digno de loa el espíritu religioso que resplandece en la doctrina de Frœbel, y cuya ausencia acusaria un notable retroceso con relacion á los sistemas antiguos, que lo concedian todo á esta parte de la educacion. Mas para que esta fase señalara verdaderamente un progreso, sería preciso que, aplicando el moderno principio de la *libertad de conciencia*, no se ciñese el maestro á enseñar los detalles de un culto, sino los fundamentos de la religion universal, dejando á los padres completaran á su arbitrio la obra con los dogmas de una religion positiva. Entónces tal vez se evitaria que, profesores hostiles á una determinada, dejaran el santuario de la educacion huérfano de atmósfera religiosa, que es el oxígeno de las almas, no ménos necesario que el exígeno material para los cuerpos. Así se cumplirian las nobles aspiraciones y sábios consejos del insigne reformador de la enseñanza, que al poner la religion como elemento capital de su obra, se ha atraido las persecuciones y recelos de los que no simpatizan con la forma histórica que él ha prescrito.

Terminaremos este ligero resúmen haciendo mencion de la enseñanza *gratuita* y *obligatoria*, que tambien defienden los partidarios de esta regeneracion, pero que, siendo una aspiracion legítima é hija genuina del espíritu moderno, tropieza con dos obstáculos que no han echado de ver generalmente sus sostenedores.

Es el primero que la difusion de la instruccion, y particularmente de la lectura y escritura en ciertos países, obedece á circunstancias

locales, que entre nosotros no existen, y que sería un progreso inmenso el reemplazar. Los países del Norte, educados en su gran mayoría dentro de la religion protestante, necesitan la facultad de leer, como un elemento indispensable para llenar los deberes de su religion. Siendo la lectura de la Biblia el acto capital de su culto, y dominando en aquellos pueblos de una manera muy enérgica el sentimiento religioso, resulta, por este solo hecho, que los hijos del pueblo, áun los más apartados de los centros de civilizacion, se inician por deber religioso en el instrumento más enérgico del progreso, que es la interpretacion del lenguaje escrito. Esto constituye para los pueblos meridionales una gran desventaja, de la que sólo el tiempo y acontecimientos imprevistos les podrán redimir.

Tambien olvidan los propagandistas de la instruccion universal, con demasiada frecuencia, que el enemigo más grande de la cultura intelectual es la miseria, que embrutece y se hace incompatible con los progresos del espíritu. El pueblo español, en su inmensa mayoria, vive sumido en todo género de privaciones, sin disfrutar ninguna de las comodidades, que son un signo al par que un producto de la dignidad individual. La familia que vegeta en condiciones tan miserables, entregada completamente á la lucha diaria por la existencia, en su mínima expresion, no da importancia alguna á la satisfaccion de necesidades morales é intelectuales, consideradas por ella como artículo de lujo, reservado sólo á las clases más afortunadas, y explota á la tierna infancia, desde su primera aptitud, paratrabajos que aporten al exíguo capital familiar el más insignificante aumento. En esta situacion lamentable, encontrarán siempre los entusiastas defensores de la enseñanza obligatoria una barrera que no podrán salvar hasta que la accion de los adelantos materiales, intelectuales y sociales aumente las fuentes de produc ion y fecunde las estériles comarcas, privadas, hasta ahora, de los elementos más indispensables para una decente subsistencia.

De todas maneras, consideramos estos conatos de almas generosas como un precioso síntoma que augura felices adelantos para el porvenir, en que la tenacidad de estos nuevos apóstoles, invadiendo paso á paso las regiones dominadas por la ignorancia y la barbárie, se verá al fin coronada por un glorioso éxito, logrando que sea un hecho el suspirado ideal de la enseñanza obligatoria y de la instruccion universal.

Estos son los resultados de la *revolucion* en la enseñanza, que ha empezado por la más humilde esfera, aunque la más importante, de la instruccion primaria, y que irá, sin duda, recorriendo los demás términos de la escala, hasta producir una trasformacion completa, ni más ni ménos de lo que ha sucedido en la revolucion política, científica y religiosa. Este acontecimiento no debe considerarse como la la obra de ningun hombre, sino que es un producto espontáneo del espíritu que anima la moderna sociedad. Pero aunque la consideramos un fenómeno fatal é indeclinable, nos permitiremos de antemano señalar la necesidad de que esta trasformacinn se haga pronto por aquellos que tienen en su mano acelerar estos progresos, en virtud de los recursos intelectuales, gubernamentales ó administrativos que afortunadamente posean; y para ello trazaremos, á grandes rasgos, los vicios que se notan en la enseñanza segunda y superior, que esperan el soplo de la revolucion para desaparecer, comunicando la fecundidad y lozanía al árbol de nuestra ciencia, hoy mústio y poco ménos que estéril por la permanencia de errores tradicionales.

PEDRO SALA Y VILLARET.

(Continuará.)

GENEALOGÍA DEL SOCIALISMO

(*Continuacion*)

II

Cuando principiamos á escribir sobre el socialismo, ignorábamos el descubrimiento de la *Mano negra*, aunque hace años que temíamos que habian de aparecer muchas de esas sociedades por toda Europa. Porque toda Europa está inficionada de las doctrinas ateas, que son las causas primitivas. Conocidas las causas del mal, lo que procede es estudiar los remedios.

Voltaire mismo, considerando las consecuencias del ateismo, decia: «Consultad á Zoroastro, á Minos, á Solon, al sábio Sócrates, al gran Ciceron; todos ellos adoraron á un Amo, á un Juez, á un Padre. Este sistema sublime es necesario al hombre, es el sagrado vínculo de la sociedad, el primer fundamento de la santa equidad, el freno del malvado, la esperanza del justo. Si los cielos, despojados de su sello augusto, pudiesen cesar de manifestarle, y si Dios no existiese, era preciso inventarle. Que el sábio le proclame y que los grandes le teman. Reyes, si me oprimís, si vuestras grandezas desdeñan las lágrimas del inocente, mi vengador está en el cielo; aprended á temblar.»

Mas el deismo de Voltaire no es más que la milad de la verdad. La verdad completa que destierra el ateismo, es la nocion de un Dios vivo y personal, de un Dios sustancial y perfecto,

el solo que merece el nombre de Dios. Que cada cual mire la cuestion por distintos lados, el nuestro es el siguiente:

¿Qué nos ofrecen los sistemas panteistas, los materialistas y positivistas, que mencionamos en el anterior artículo? ¿De qué nos sirve un Dios que no es más que una abstraccion del espíritu, una simple idea de la razon, una fantasía de la imaginacion? ¿De qué nos sirve que fuera la ciega materia ó la sustancia impersonal del Universo?

¡Ah! Nosotros, que no hemos servido bajo ninguna bandera de la fortuna, ni mendigado en ningun partido; que hemos vivido en la soledad de nuestras sierras, estudiando los sistemas que han pasado el Pirineo, no tenemos reparo en confesar que no somos de los que decia un crítico: «Hoy se evitan las discusiones, se hace de la humildad un escudo, detrás del que que se guarda la vanidad. Se aflige cuando se ve á un hombre de su profesion venir por la misma calle, evitando su saludo y su ironía. Se escoge el círculo donde se quiere reinar solo, sin contraste, sin discusion, encerrándose en su propia incertidumbre. No se tiene ni amor, ni ódio; se devora la duda orgullosamente. ¿Es esto vivir, Dios mio?»

Hay que luchar, porque no es vivir en verdad, y para vivir creemos que el racionalismo que hoy campea no puede sustituir á la fé. En nuestras aflicciones intelectuales, en nuestras ansiedades de la duda, deseamos poder elevarnos á un Dios, á un Padre que nos escuche y consuele.

Consultemos á ciertos filósofos, y unos nos dicen: ese Dios que buscas es la Unidad suprema que ha establecido el órden invariable, en el que marchan los mundos desde el principio; está infinitamente elevado por cima del hombre, no podemos tocarle.

El hombre ha respondido: vuestro Dios está muy léjos del hombre, para ser el Dios verdadero: yo busco un Dios que me comprenda, á quien yo pueda comprender, á quien yo pueda hablar.

Otros han dicho: el Dios que buscas, es la vida que anima el Universo, que existe en el astro y en la yerbecilla. Tus acciones y tus sufrimientos personales no son más que momentos en el desarrollo del gran todo, que es el mundo, que es Dios. Y

el hombre responde: vuestra religion me causa horror, porque es la nada; mis pesares, mis remordimientos, me dicen *que soy*, y que soy responsable; me es preciso un Dios personal, que no sea yo, que esté por cima de mí, que pueda perdonarme y regenerarme.

¡Hombre! el Dios que buscas, es el Dios de la Biblia; un Dios hombre, un Dios Padre, un Dios que sienta como nosotros, que esté cerca de los que le invocan. Lo que nos toca, le toca; en todas nuestras angustias, Él se angustia (Isaías, LXIV); tiene por nosotros celos, ternura, las santas debilidades de una madre, y cada grito de nuestro corazon llega hasta su corazon.

Por lo mismo que es Padre, su gobierno no es absoluto, sus decretos no son irrevocables, sus impresiones son producidas por nuestras disposiciones respecto de Él.

«En el momento en que haya hablado contra un reino para destruirle, si este reino se separa del mal que ha hecho, me arrepentiré del mal que habia pensado hacerle; y en el momento en que haya hablado contra una nacion ó contra un reino para establecerle, si hace mal á mis ojos, de modo que no escuche mi voz, me arrepentiré del bien que habia dicho le haria.» (Jeremías, XVIII.)

Un cambio en el hombre, produce un cambio en Dios: en un momento, el grito del hombre puede modificar sus juicios.

Y esto no es un lenguaje figurado, sino una santa realidad; su mansedumbre es su fuerza, y en lo que se *deja doblegar*, es en lo que es grande.

La necesidad de un Dios humano, es innata en el hombre; y un Dios humano sólo se encuentra en Cristo, y Cristo que padeció todas nuestras angustias y dolores, y todas sus relaciones con nuestros semejantes, le revelan nuestras miserias, que nos dan derecho á hablarle de todas.

Por que Cristo es grande, nada hay pequeño para él: los pequeños sucesos de una aldea le interesan tanto como los del gran mundo.

Podemos, pues, hablarle de todo, y la lectura de un diario, que nos refiere las luchas y los sufrimientos humanos; las parladurías de un cuartel; las campanas de la iglesia, que nos anuncian el nacimiento ó la muerte; los ruidos de la calle, todo

nos conduce al recogimiento que nos une á Cristo, que nos ha dicho en el Evangelio que la Religion pura y sin manchas consiste, en parte, en visitar y socorrer á las viudas y á los huérfanos, lo que puede disminuir el socialismo.

Una experiencia nos hizo comprender, dice un filósofo cristiano, un seguro remedio contra el mismo. Me habian hablado de una pobre familia á una legua distante de mi morada: fui á verla, y encontré á la mujer tísica, desmoralizada: al marido embriagándose para olvidar su situacion; sus niños casi en cueros, un menaje súcio y desordenado. Les mostré mi interés, repetí mis visitas, me gané su confianza y pude hablar á sus almas. Un dia, el marido me dijo: «Considerad, señor, que todo el mundo nos ha dejado en nuestra miseria, y dijimos: nadie piensa en nosotros, y parece que Dios nos ha abandonado: desde entónces nos hemos dejado precipitar más y más. Pero hé aquí que un extranjero se ladea de su camino por visitarnos y repite sus visitas; pues que este extranjero no nos abandona, no estamos abandonados de Dios: hay alguna esperanza para nosotros, y hemos confiado en Dios.»

Y despues añade: «¡Oh, hombre, que has buscado inútilmente la felicidad por todas partes! Si tu corazon no ha encontrado respuesta á tus afecciones, si lloras sobre las ruinas de tus esperanzas, escucha una buena nueva: Nada es perdido: ves este mundo desheredado como tú, triste como tú; á pesar de sus engañosas alegrías, condúcele á Jesucristo, al venero de la vida, y á medida que su amor fecundiza las almas, la tuya florecerá y será feliz de la dicha que la habia dado, porque *dando es como se recibe.*

Hé aquí nuestra profesion de fé, expresada con sinceridad, con valor suficiente para arrostrar las censuras, la compasion y áun la risa de los que pudieran llamarnos preocupados. Nosotros respetamos sus creencias, nada de intolerancia: dejamos al tiempo que dé la razon al que la tenga.

Sí; desde nuestra profesion de fé, miramos con piedad el socialismo, compadecemos á los que separan de sus programas la indagacion de las causas primeras y de las causas finales, á los que pasan al lado de las cuestiones más necesarias y no llegan más que á una parodia ridícula. No negamos la necesi-

dad y utilidad del exámen de las causas segundas, aunque insuficientes para extirpar el mal.

Porque la ciencia social, que se limita á examinar solamente los hechos, su encadenamiento, su coordinacion necesaria, y á reprimirlos cuando se manifiestan, no llena su mision y se alista á la doctrina de los positivistas, que no ensalzan ni proponen más que el exámen de los hechos. Y con razon decia un filósofo: «Cuando el Cristianismo imperaba, el hecho no era más que el hecho; el hecho no lo era todo, el hecho no era el derecho; el hecho no constituia la ciencia. Pero abandonada la metafísica cristiana, se han empeñado en constituir el hecho como base de la ciencia, como base de la razon, como árbitro de nuestros destinos.

»Un hecho, un fenómeno, es una manifestacion; no es una causa. Podeis, sin duda, estudiar en la vida social las consecuencias necesarias de ciertas manifestaciones, de ciertos actos, pero no podeis concluir su legitimidad, su duración, su inmortalidad.»

Hé aquí por qué Littrè decia: «Eliminamos definitivamente todas las voluntades sobrenaturales, conocidas por los nombres de ángeles, de dioses, de demonios, de Providencia, porque todo obedece á leyes naturales, á propiedades inmanentes de las cosas. Tal es nuestro catecismo.» Es decir, los hechos, sólo los hechos. Con ese catecismo, decimos nosotros, suponeis millares de efectos y de hechos sin una causa primera y absoluta; suponeis una série de movimientos sin un primer motor; suponeis una cadena inmensa sin un primer anillo; suponeis un rio sin venero, leyes sin legislador, órden sin ordenador. Así nos lo enseñan: Renan, en la ciencia de la naturaleza y las ciencias históricas; Abont, en los primeros capítulos de su libro *El Progreso*; y Littrè, en todo lo que ha escrito.

Con tal catecismo, no es de extrañar que los socialistas digan: si la ley es impotente para remediar nuestros males, que se retire y que la fuerza la sustituya; no es de extrañar que digan: cuando un órden social desagrada á una fracción cualquiera del país, y esta fraccion tiene la fuerza, tiene derecho á derribarle. Así eliminan toda idea de deber y de justicia, y fundan el derecho en el *hoc volo sic jubeo* en los hechos.

midiendo por los sucesos la legitimidad de las empresas humanas. No se les puede convencer de que obran mal, porque se les ha dicho: *el socialismo es la religión de las clases desheredadas*, y la religion obliga á hacer la guerra á los que han heredado. Aspiramos, por tanto, á establecer la paz igualando las fortunas.—¿En dónde?—En la igualdad de la miseria.—Los defensores del órden social quieren, con razon, contener tales doctrinas. Mas, ¿por qué medios? Por las leyes: ¿y el *quid leges sine moribus vane proficinut?* ¿Y el *tarda segun auxilia*, de Tácito?

Las leyes deben procurar primero disipar los errores *morales*, que son la negacion misma de la moral, y reducen la virtud y el deber á no ser más que hechos, modos pasajeros, variables segun los tiempos, las preocupaciones y los climas: á disipar tambien los *errores políticos* y *sociales*, dignos corolarios de los *morales*, y se resumen: en el desprecio sistemático de los principios, en la apoteósis de los hechos, en la idolatría del número y de la fuerza, y en las amenazas salvajes que se elevan de asociaciones tenebrosas contra la Iglesia y el Estado.

Lo que está amenazado en nuestros dias, dice un católico, no sólo es la Iglesia y la revelacion, el órden religioso y sobrenatural, sino el conjunto de las verdades naturales, la gran idea de Dios, la libertad humana, la distincion del bien y del mal, y la razón y la conciencia, es decir: la eterna filosofía, la eterna religion, la eterna moral.

Después de conmover las columnas del templo, llevan una mano temeraria sobre las bases del edificio. Dios y la conciencia derribadas, dicen, todo se desplomará por su propio peso. Desde este momento cesarán las luchas. El régimen político estará de acuerdo con el régimen *mental*. Lo que quede de creencias y de costumbres, desaparecerá poco á poco en el excepticismo de los espíritus y en el materialismo de los corazones, y las naciones entrarán, para no volver, en el período de desorganización religiosa y social.

Meditando tales verdades, decia un escéptico: «No veo nada más grande en la vida que poseer una gran conviccion moral y poder comunicarla á los demás.»

Los defensores del órden social deben conocer que las leyes

no bastan para extirpar las doctrinas anarquistas. ¿Bastará la fuerza? La fuerza es incapaz de tocar el punto donde germina el mal. La fuerza de la plebe romana sostuvo á Tiberio Graco en los comicios; la fuerza combatió bajo Mario, bajo César, bajo los Triunviros, por espacio de cien años; ¿y qué logró? Acrecentar los males sociales, en vez de remediarlos.

¿Pudieran conseguirlo por el interés bien entendido? Debieran pensar que la armonía del deber y el interés está desmentida por la experiencia; que el motivo del interés es muy complejo por los cálculos que impone, que exige mucha firmeza de espíritu sobre las condiciones de vida social, y porque los estímulos del placer presente destierran tal armonía.

¿Pudieran conseguirlo por los grandes caractéres? Pero en estos tiempos, dice Jouffroy, no hay grandes caractéres, por una razon muy sencilla: porque de los elementos de que se compone el carácter, una voluntad firme y principios fijos, el segundo falta y hace inútil el primero.

Jouffroy tiene razon: los *principios faltan*, y él mismo justificó su asercion con su vida y sus doctrinas. Jouffroy, colocado al lado de Cousin, padre del eclecticismo, con una autoridad casi igual, luchó toda la vida por hallar tales principios. «Yo era incrédulo—decia—y detestaba la incredulidad. No pudiendo soportar la incertidumbre sobre el enigma del destino humano, no teniendo la luz de la fé para resolverle, no me quedaba más que la razon, y á la razon pregunté: ¿cuál es el destino, y, por consiguiente, el deber del hombre aquí en la tierra? Más allá de esta vida, ¿hay otra? Y si la hay, ¿cuál será su carácter y duracion? ¿Hay un principio y un Autor de las cosas? Y si le hay, ¿cuál es este Sér bajo cuya dependencia absoluta estamos colocados? ¿Cuál es el fin colectivo del género humano? ¿Cuándo ha comenzado? ¿Cuándo concluirá? ¿Por qué la diversidad de los pueblos? ¿Por qué las revoluciones? ¿Cuál es la relacion del hombre con la naturaleza? ¿Cuál es su lugar en la Creacion? Tenemos un alma: ¿y qué és? ¿Qué es nuestro cuerpo? Si hay dos sustancias, ¿cómo están unidas? ¿Cuál es el fundamento y orígen del estado social, el de las desigualdades extrañas que presenta, de los derechos que consagra y de los deberes que impone? En la sociedad, que parece imperecedera; en los pueblos,

donde todo cambia y perece, ¿qué hay de esencial y necesario, y qué queda arbitrario y contingente?»

Tales fueron los problemas que tan célebre racionalista se propuso, y que no se atrevió á resolver por las solas luces de la razon emancipada de la fé.

Y sintiendo el malestar de su excepticismo, recordaba el pequeño *Catecismo* cristiano, y decia: «Leed este pequeño libro, y encontrareis una solucion de todos los problemas referentes al destino humano: de todo, sin excepcion. Preguntad á un cristiano de dónde viene la especie humana: él lo sabe. Preguntad á este pobre niño por qué está en este mundo, y á dónde irá después de su muerte: os dará una respuesta sublime. Preguntadle cómo ha sido creado el mundo y con qué fin: cómo ha sido poblada la tierra, si fué por una sola familia ó por muchas: porqué los hombres hablan diferentes lenguas; por qué sufren, por qué combaten, y cómo acabará todo esto: él lo sabe. Orígen del mundo, orígen de la especie, cuestion de razas, destino del hombre en esta vida y en la otra, relaciones con Dios, relaciones con nuestros semejantes, derechos del hombre sobre la Creacion: él no ignora nada.» (*Melanges philosophiques.*) Y en sus últimos años, comparando sus problemas con las soluciones del *Catecismo*, decia á un obispo, su compatriota y amigo: «Monseigneur: yo no soy de los que piensan que las sociedades modernas pueden pasarse sin Cristianismo. No lo escribiria yo hoy.»

Y al cura que preparaba á su hija á la primera comunion, le decia: «¡Ah, señor cura! todos los sistemas no conducen á nada. Más vale, y mil veces más, un buen acto de fé cristiana.»

Y el cura dijo: «Creo que la fé ha renacido en este pobre Jouffroy.»

Y á pesar de que Jouffroy manifestó que las sociedades modernas no podrán pasarse sin el Cristianismo, ¿piensan lo mismo hoy los racionalistas modernos? Creemos que no; pues lo que observamos en el mundo intelectual, como en el mundo moral es que todo está turbado, que todo es incierto y oscuro, y que los más están tranquilos en su incredulidad y en su indiferencia. Y hemos preguntado á muchos si convendrá que la

humanidad retorne al Cristianismo. ó si deberá buscar un nuevo destino por caminos desconocidos y fuera de las vías que ha seguido durante diez y siete siglos. Y los más ilustrados y jniciosos nos han dicho: que si el hombre encuentra en su inteligencia y en su volundad bastante luz y energía para cumplir su mision en la tierra, debe abandonar la revelacion y los misterios, porque los misterios son inadmisibles, anti-racionales, absurdos. ¡Siempre la cuestion del *misterio*!

No podemos resistir á la tentacion de citar aquí á un espiritualista que trató la cuestion del *misterio*, en nuestro entender cumplidamente.

«Estamos orgullosos de nuestros progresos en la ciencia de la naturaleza, y lo estamos con buen derecho. Hemos avanzado muy léjos en todas nuestras direcciones; iremos más léjos aún; y los resultados actualmente obtenidos, tienen seguramente la claridad, la precision, la extension que caracterizan las verdadescientíficas. Y esto no obstante, yo noto que la cuestion *más* ínfima y más profunda que suscita el estudio de las cosas naturales, la cuestion de la *esencia*, queda para nosotros en una oscuridad impenetrable. Manejamos las sustancias corporales, las descomponemos y recomponemos, conocemos las leyes por las que obran las fuerzas que gobiernan estas sustancias. Nada sabemos de la *esencia* misma de la materia. ¿Qué es la materia? Hé aquí la más embarazosa y más indiscreta cuestion que puede hacerse á un materialista que no cree en la sustancia espiritual, porque no comprende que es un espíritu. La esencia de la materia¿ está en la extension? ¿En qué difiere del espacio vacío? ¿Cómo será impenetrable? ¿Cómo se explicarán las acciones y reacciones mútuas de los cuerpos? ¿Está en la fuerza? ¿Cómo de una coleccion de fuerzas simples é inextensas hareis resultar las dimensiones de los cuerpos? ¿Sabemos mejor lo que es la atraccion? Newton, que descubrió las leyes, confesó ignorar la esencia, y nosotros no conocemos mejor que él cómo un cuerpo inerte salga, por decirlo así, de sí mismo, y vaya, al través de las distancias á solicitar otro cuerpo inerte ó tender hácia él.

«Entremos en el mundo orgánico: el *misterio* se espesa más; la vida, cuyas manifestaciones constituyen el dominio todo entero de la fisiología vegetal y animal, es la cosa del mundo

cuya naturaleza penetramos ménos. ¿Cuál es ese principio íntimo que es preciso concebir como simple, pues que obra á la manera de una fuerza y constituye la unidad del sér vivo, y que esto, no obstante, se multiplica y se divide en las plantas, en los animales inferiores por las secciones que hacen de cada tronco un indivíduo nuevo? ¿Qué es este molde invisible, que trasmitiéndose por la generacion (es decir, por el más impenetrable de todos los misterios naturales) reproduce indefinidamente el mismo tipo en indivíduos sucesivos? En fin, en nosotros mismos, ¿cuál es el secreto de la union del alma y del cuerpo? ¿Cómo es que una impresion del órgano exterior, una vibracion de las fibras nerviosas, un movimiento del cerebro; en una palabra, una série de movimientos materiales obre sobre el alma para producir el fenómeno espiritual de la percepcion? ¿Cómo el órden de mi voluntad, extendido por resortes que mi voluntad *no* conoce ejerza sobre el cuerpo al que mi alma está unida y sobre él sólo una influencia motriz? Todo esto se nos escapa, no sabemos nada, ni esperamos saberlo. Quizá lleguemos á recular el *misterio:* pero á suprimirle, nunca. ¿Dudamos por esto creer estas cosas que no podemos comprender, y que manifiestas por sus efectos, nos ocultan el secreto de su esencia? El verdadero sábio reconoce que el *misterio* está en el fondo de todo, que tiene su sitio en nosotros, y hasta en los séres que dominamos por la superioridad de nuestra naturaleza. Lo reconoce y se resigna. Sabe que concebir la esperanza de penetrarlo todo, sería locura: pero se guarda de renunciar por esto á la ciencia y á las afirmaciones ciertas que puede llevar á las mismas cosas misteriosas, antojo de un niño mal educado, que arrojaria el juguete que se le ofrece, por despecho que no se quiera darle el almacen todo entero. Concluyo, pues, que es una verdadera niñería de los espiritualistas separados del Cristianismo insurreccionarse contra el órden sobrenatural por causa de los misterios que en éste encuentran, cuando el misterio abunda en el órden natural mismo, y que es preciso optar entre lo que sobrepuja á la razon y lo que la contradice, y que no se puede escapar de la incomprensibilidad sin caer en el absurdo.»

El espiritualista citado tiene razon; y hay otro misterio por

cima de todos, que es el de la esencia divina, sobre el que decia Platon: *que si Dios no bajara á la tierra, no se conoceria nunca.* ¿Ha bajado, ó no? Esta es la cuestion.

No hay necesidad de hacer una cumplida defensa del gran *hecho sicológico*, que es la necesidad religiosa sentida por el alma humana, y el gran *hecho histórico*, que es el Cristianismo. Porque el primero no necesita defensa, reconocido como está por todos los racionalistas: El segundo, como hecho, tampoco está desmentido por nadie, y las disputas vienen sobre si la sumision del espíritu humano al espíritu de Dios, que es lo que proclama el Cristianismo, es ó no la destruccion de la razon, ó la última perfeccion de la razon misma.

Si hay una alianza verdadera comenzada por los grandes hombres, que fueron á la vez teólogos, filósofos y sabios como Keplero, Leibinitz, Pascal, Descartes, Malebranche, Bossuet y Fènelon, y entre la razon humana y la divina, ó si no hay tal alianza, como piensan los llamados filósofos del dia, Renan, Littrè, etc. Verdad es que Renan nos dice «que los dichos filósofos no ilusionan mas que á los novicios.....» Pues novicios somos nosotros!

La sumision del espíritu humano al espíritu divino, ó, llamándola por su nombre, el Cristianismo, responde á la objecion tan repetida por el socialismo, la distribucion desigual de los bienes y de los males entre los hombres, el grande escándalo entre las almas faltas de fé y de valor. Es verdad que hay hombres de bien cuya desgracia parece igual á la virtud, y que hay hombres tambien colmados de satisfacciones. Es verdad tambien que *si esta vida fuera la vida*, como dice Lacordaire; si cada uno encontrase en ella su destino total y definitivo, tal contraste sería un mentís á la Providencia. Pero si nuestros dias terrestres, en vez de contener el drama todo entero, se detienen en la primera escena; si no son más que la preparacion del destino final del que nosotros mismos somos los autores, todo cambia de aspecto; los objetos se colocan en el verdadero punto de vista; los bienes y los males de la vida se reducen á lo que son, en efecto, á muy poca cosa; los sufrimientos de los buenos no son más que una prueba ligera que contiene en gérmen una recompensa inmortal, y su condicion presente, reve-

lada por la esperanza y el amor, es en esta vida misma mucho mejor que la de los malos. Así la Providencia, dejando aquí abajo alguna cosa visiblemente inacabada, ella misma dirige nuestras miradas á otra parte, y los sufrimientos de la virtud son la revelacion de la inmortalidad. Si lográramos ingerir esta doctrina en los pueblos, ¿sería temible el socialismo?

Porque bien considerado todo, debemos decir con el republicano Mongin: «A la igualdad estéril de la ley, el Cristianismo añadirá la *fraternidad* del corazon. A la plebe que demanda pan, la dará la *caridad*, aguardando á que su ideal, la *comunidad*, se realice por la fraternidad misma.

Y, por lo mismo, el Cristianismo anatematiza al pobre holgazan que, pudiendo trabajar, pretende vivir, sin hacer nada, á expensas de otros; anatematiza al pobre violento que blasfema contra la Providencia y ofrece la fuerza de su brazo á los jefes que quieren rehacer la sociedad por pronunciamientos é igualar las condiciones por el pillaje.

La raiz del socialismo es la incredulidad, y la condicion necesaria de la regeneracion moral, de la restauracion social y de la elevacion política, es el retorno al Cristianismo. Porque éste debe dominar por todo, porque Dios es el fin del hombre, el objeto supremo del pensamiento y del amor; porque todas las virtudes que la educacion debe hacer nacer y todas las verdades que debe afianzar en el alma humana la virtud religiosa, es decir, la que tiene por objeto especial las relaciones del hombre con Dios y la verdad religiosa, es decir, la que nos instruye sobre Dios y su Providencia, son jerárquicamente las primeras, sea en dignidad, sea en importancia.

No há mucho que leimos en un periódico francés que un profesor habia propuesto se suprimiese en la instruccion primaria el *Catecismo*, por que éste *embrutece* y *corrompe* á los niños. Parece increible que el pequeño libro que pregunta: «¿Á que está destinado el hombre primeramente?—Á buscar el fin último para que fué criado»—parece increible, deciamos, que un profesor, como no esté afiliado al socialismo, propale tales herejías: y que otros mandarán quitar de las escuelas las efigies religiosas. Por fortuna, no hay en España ni gobiernos ni profesores que tan mal discurran, de lo que debemosfelicitarnos.

Las enfermedades de las raíces, ha dicho el buen crítico Sr. Mencheta, no se curan podando las ramas. El socialismo no desaparecerá, ni amenguará siquiera, por los procedimientos hasta aquí empleados. La guerra al socialismo debe ser por la persuasion y el convencimiento. Esto mismo pensamos nosotros, y el medio seguro de pacificar la guerra social, que por todas las naciones se difunde, sería coger por la mano á los dos hermanos enemigos, haciéndoles andar la mitad del camino que los separa, no permitirles se odiasen, ordenándoles se amasen, y este proceder se llama el Cristianismo. Creemos tambien que todos los racionalistas de buena fé y espiritualistas de suyo terminarán como M. Jouffroy, ó llegarán al excepticismo. Un incrédulo del Cristianismo en la nacion vecina, el autor de la *France nouvelle*, no há mucho que decia: «En nuestro país mismo, ¿cuántos frutos excelentes produce la Religion, y cuánto no simplifica, por su accion constante, la espinosa obra del gobierno de los hombres? ¿Cuántas malas acciones prevenidas, cuántos desórdenes impedidos, cuántas sumisiones obtenidas en provecho de las leyes y del órden general?

Esto es cierto; y si el Cristianismo no cura todas las enfermedades sociales, consiste en que no se puede juzgar de su eficacia moral sobre poblaciones que no son cristianas más que de nombre y de rutina, que no conocen sus dogmas, ó los conocen mal, que viven fuera de su espíritu, que es *caridad, deus charitas est.*

La caridad, dice un filósofo, nos estrecha á lo que hay de más poderoso, que es Dios, y á lo que hay más débil, como los niños, los viejos, los pobres, los enfermos, los desgraciados y los afligidos. Sin ella, la vejez choca á la vista, las enfermedades repugnan, la imbecilidad incomoda. Con ella no se vé en la vejez sino la grande edad, en las enfermedades el sufrimiento, en la imbecilidad la desgracia; no se experimenta más que el respeto, la compasion y el deseo de socorrer y aliviar. La caridad es una especie de piedad. Los disgustos se callan ante ella, y puede decirse que, para los piadosos, todas las aflicciones tienen atractivos.

El Cristianismo puede curar las dolencias sociales por la caridad. Bajada del Cielo para elevarnos á Él, nos abraza

á todos sin atender á las distinciones de tierra. Todas las clases, todas las edades respiran con ella la verdadera esencia de la amistad. Porque en la sociedad cristiana la pobreza no es, como en el mundo antiguo, la abyeccion ni la vergüenza. Jesús hizo de ella un segundo sacerdocio, y el pobre procura el perdon de los pecados, porque la limosna es una deuda productiva, un ahorro para la vida futura, una inscripcion en el gran libro de los elegidos. El pobre que sirve á Dios, es la imágen de Cristo, es la virtud en las escorias de la tierra, es un privilegiado más que un desgraciado. La razon humana, hoy tan ensalzada, no pudo reformar al género humano ántes de la aparicion del Cristianismo. El filósofo más esclarecido, el llamado Divino, enseñó que, *para aprender á servir á Dios, necesitaba el hombre un enviado de su parte, y que debia esperarle.* La razon, por más elevada que hoy se vea, dice un filósofo de nuestros dias, tiene necesidad de un libertador. La razon, en verdad, nos hace ver en los principios de la moral la maravillosa economía de nuestras almas: la ordenanza inefable del Creador; nos ha mostrado todas las ventajas y todos los peligros para la criatura, de seguir ó desviarse de la ley moral, pero no nos da la fuerza necesaria para entrar en ella. Nos deja arrastrarnos al pié de las alturas que nos descubre. Nos lleva al descubrimiento, pero no á la conquista de la virtud. Para esto necesita de una fuerza que no procede de su razon: puede esclarecer la lucha, pero es la virtud de Cristo lo que le hace triunfar.

Pudiéramos detenernos aquí para hacer ver cuánto tiene que estudiar el Cristianismo, si un artículo de Revista lo permitiese. Pero hoy se le estudia poco, y algunos dicen: hemos hecho tal estudio, y hemos salido convencidos de su falsedad: á lo que replica un profundo filósofo católico: «Yo les pregunto: ¿en qué edad habeis hecho tal estudio? Y veo que ha tenido lugar inmediatamente después de los estudios clásicos. Y entónces no he podido ménos de sonreirme primero, y afligirme después. Cómo salís del colegio con el pequeño bagaje de conocimientos religiosos, históricos y filosóficos, llegais nada más que á la edad de la reflexion; no sabeis nada sino de segunda mano; no habeis aprendido más que á aprender, y ha-

beis adquirido el programa de vuestro futuro como hombre, y de vuestro deber como ciudadano? ¿Y estais seguros que el Evangelio es falso; que el Cristianismo no es más que una invencion humana; que los santos que menciona llegaron á ser santos, no por sí solos, que tantos grandes hombres, honor del espíritu moderno, que pasaron su vida en meditar la doctrina cristiana, y que vieron brillar en ella todos los títulos y todos los caractéres de la divinidad, fueron juguete de una ilusion? ¿Y creeis que vuestro exámen ha terminado? El buen sentido y la buena fé os dicen que ese exámen no ha podido ser ni reflexivo, ni completo, ni imparcial; que no teneis derecho de convertir vuestras incertidumbres en negaciones definitivas, y que donde todos los intereses están en juego, vuestra juventud no es una excusa suficiente para la precipitacion y la ligereza presuntuosa.»

Si insistimos tanto en la defensa del Cristianismo, es porque creemos que no hay conservacion ni progreso nacional sin virtudes, ni virtudes sin la idea y el sentimiento del deber, ni idea ni sentimiento del deber sin la creencia en Dios y en la inmortalidad, ni creencia práctica en Dios y en la inmortalidad sin el Cristianismo.

Es preciso, para contener al socialismo y detener los demás males sociales, volver todos de consuno al Cristianismo. «Porque si este fuera—decia Pedro Leroux—poco sospechoso en tal materia, un grosero error del espíritu humano, lo más seguro sería dudar de todo y declarar para siempre al espíritu humano incapaz de sentar sobre una base sólida ninguna verdad moral.

»¿Sobre qué fundamento apoyaríamos una verdad moral cualquiera, si durante diez y ocho siglos la humanidad ha considerado como verdaderos dogmas quiméricos y falsos, si ha creido en sueños, en absurdos y en mentiras? En vano diríais que los tiempos de la supersticion han pasado, y que el hombre puede llegar hoy, por la sola *fuerza de la razon*, á verdades ciertas, después de haber acariciado errores.

»¿Es vuestra razon más fuerte que la de vuestros abuelos? ¿Teneis más genio que vuestros padres? Notad que no se trata aquí de verdades físicas y químicas, en las que el tiempo sumi-

nistra diferentes experiencias. Se trata del hombre y de Dios. El hombre es siempre el hombre, y Dios es siempre Dios.»

Y nosotros añadiríamos: el Cristianismo es siempre el Cristianismo, y en este, como en metafísica, no hay progresos, como pretendia el mismo Leroux.

No los hay en metafísica, porque esta es una ciencia intuitiva, inmediata, que nace de la mirada del espíritu sobre sí mismo, de la cuenta que se da de sus ideas esenciales, que son siempre las mismas. No los hay en religion, por lo que decia San Vicente Lerins—dicen algunos.—¿No puede haber ningun progreso religioso en el Cristianismo? Yo deseo que haya uno, y muy grande; pero es preciso que sea un progreso, y no un cambio. Lo que constituye el progreso de una cosa, consiste en que crezca en sí misma, sin cambiar de esencia. Lo que constituye un cambio, es que pase de una naturaleza á otra naturaleza. Que crezcan con fuerza y vigor la ciencia, la inteligencia, la sabiduría de cada uno y de todos, del individuo como de la Iglesia; que crezcan en razon de las edades y de los siglos; pero que no salgan de su ser, que siempre el dogma sea el mismo, que quede en perfecta posesion de todas sus partes, que son como sus miembros y sus sentidos; pero que no sufra ningun cambio, que no pierda nada de su naturaleza, que no sufra variacion alguna en su doctriná.

Mucho pudiéramos decir sobre la doctrina del progreso, del que somos partidarios, como acaso mostraremos en esta Revista.

Y concluimos por hoy, aseverando con plena conciencia: que si el reino de un Dios abstracto es una quimera y una ficcion estéril, el reino de Dios vivo es el único en que puede establecerse la paz de las familias, la seguridad de la propiedad y del órden civil y político. Trabajemos todos en este reino, teniendo presente lo que decia Jesús: *La mies es grande, pero hay pocos obreros.*

NICOMEDES MARTIN MATEOS.

(Continuará.)

LA HUMANIDAD DOLIENTE

(ESTUDIOS ÍNTIMOS)

I

La humanidad, considerada colectivamente, en conjunto, como representacion moral y material de todos los séres racionales que la componen, tiene sus altos y sus bajos, sus placeres y sus dolores, sus alegrías y sus tristezas, su progreso y su descenso, sus brillos y sus miserias, sus prosperidades y sus desgracias.

En fin, le acontece en estos casos una cosa parecida á la que le pasa á cada uno de todos los indivíduos que la componen; y por eso tambien tiene su salud y sus enfermedades de todas clases, agudas, crónicas, terribles, graves, leves y hasta ligeras indisposiciones, y algunas veces hasta aprensiones, achaques y manías.

Sólo que todas esas cosas, cuando se refieren á la humanidad en general, jamás pasan del terreno moral.

Y, sin embargo, hay extirpadores de callos, saca-muelas y otros prójimos por el estilo, que cuando quieren *anunciarse*, se dirigen á la *humanidad doliente*, como si la humanidad, considerada en conjunto, tuviera callos y muelas. Pero no hay más remedio que transigir con estos abusos del lenguaje, hechos por interés personal. Otros hay peores, y tambien transigimos con ellos, y los admitimos, y los sufrimos y los aguantamos.

Decíamos, pues, que la humanidad tiene dolencias morales

que la afligen, y estas dolencias alcanzan á cada una de las partes que la componen; y por esto es por lo que se nos ha ocurrido ocuparnos de algunas de ellas; de aquellas que por su escasa gravedad ó por su poca importancia, relativamente consideradas, no pasan de la categoría de *achaques* ó *dolencias* leves.

Y á pesar de eso, no tenemos la presuncion de curar radicalmente estas enfermedades, que de *achaques* calificamos, porque por lo mismo que son enfermedades leves, son más difíciles de combatir. Al ocuparnos de ellas, lo hacemos más bien con el propósito de fijarlas y explicarlas, que con la esperanza de curarlas y desterrarlas. Si conseguimos siquiera disminuir ó aminorar sus efectos y consecuencias, en ciertos y determinados casos, nos daremos por muy contentos y satisfechos.

Los *achaques* que comunmente afligen á la humanidad, suelen presentarse tan disfrazados, que muchas veces son admitidos como buenas cualidades, en vez de ser combatidos como malos defectos.

.....

Comenzamos por la dolencia ó achaque que se llama VANIDAD, el cual puede considerarse como la base ó fundamento de todos los otros.

Y queremos empezar remontándonos á fechas muy atrasadas.

Allá por los años 2247 ántes del Diluvio, que corresponde al 2907 del arte de comprobar las fechas, tuvo lugar un acontecimiento extraordinario, cuyos efectos duran todavía. Nos referimos á la dispersion de la raza humana, motivada por la confusion de lenguas ó de idiomas, cuya confusion la motivaron las proporciones gigantescas que los hombres *vanos* y *soberbios* dieron á la torre de Babel.

Después de esta época, en la que no sólo se dispersaron los hombres, sino que tambien se dispersó la razon humana, quedó algo de la antigua soberbia, que hizo y sigue haciendo prodigios tales como la muralla de la China, las Pirámides de Egipto, el Coloso de Rodas; y en nuestros tiempos el vapor y la electricidad, los ferro-carriles, los telégrafos y los teléfonos, y la union por medio de estos y otros agentes de los Continentes antípodas.

Pero en cambio, lo que no pudo desprenderse de nosotros, poco ni mucho, lo que ha quedado en el mismo estado y con la misma fuerza, es la pícara pasion de la *vanidad*. Esta se infiltró desde un principio en la médula de nuestros huesos y en la sangre de nuestras venas, adhiriéndose tan profunda y tenazmente á la materia, que todos los remedios contenidos en la moral, esa farmacopea de las dolencias del alma, fueron siempre insuficientes para extirparla.

Dicha pasion puede compararse, como enfermedad, á la *solitaria*, que una vez posesionada de nuestras entrañas, logramos espeler varas y más varas de su cuerpo, pero nunca conseguimos que arroje la cabeza, que es la raíz; y por consiguiente, nada se adelanta con su destruccion parcial, puesto que una y otra tienen la propiedad de reproducirse de una manera monstruosa.

Lo único en que se diferencian la solitaria y la vanidad, es en que la primera, como enfermedad física, es eminentemente material, miéntras que la otra carece de formas, sin que por eso deje de tener grandes dimensiones; y está comprendida en el catálogo de las dolencias morales, ó, como ella misma dice cuando habla por boca de los filósofos, de las dolencias psicológicas. Sin embargo, hay un punto de mayor diferencia entre ambas enfermedades, y es, que así como tratándose de la solitaria son contados los que la padecen, respecto á la vanidad, son más contados aún los que no la tienen, y bien voluminosa, por cierto.

De este fundamental achaque, que de tal se puede calificar sin dificultad de ninguna especie, nacen muchas pasiones que se forman sin el concurso de otro agente, y que salen, como salió Minerva de la cabeza de Júpiter, llenas de valor y de saber.

Cada una de esas, que nos atrevemos á calificar de pasiones, puede ser apreciada y considerada como cualidad recomendable; y en tal concepto hemos de examinarlas, llamando la atencion sobre las circunstancias especiales que influyen para que muchas veces se conviertan en defectos que engendra la vanidad, y que llegan á constituir achaques ó dolencias que afligen á la humanidad muy frecuentemente.

II

La vanidad, pues, es el móvil principal de la mayor parte de las acciones del hombre; y de este móvil que, bien analizado, constituye un achaque ó una dolencia, nacen casi todas las acciones y pasiones que honran y deshonran á la humanidad, ora como cualidades ó como afectos, ora como defectos ó como pasiones.

Vamos á citar como ejemplo algunas de éstas, presentándolas en sus diversos conceptos, empezando por la que se conoce con el nombre de la gloria.

¡La gloria!

Hé aquí una pasion que puede decirse que se encuentra en primer término entre todas las pasiones que *honran* á la especie humana, y que se vale, ora de la espada, ora de la pluma, del pincel ó de otros mil instrumentos, para llegar á la satisfaccion de sus grandes aspiraciones. Indudablemente es una cualidad recomendable y necesaria, y la más noble y digna entre todas las que puedan citarse.

Pero, á pesar de ello, debe considerársela, áun á riesgo de pasar por atrevido, como un achaque, como una dolencia, que tiene su orígen en la vanidad, por más que no puedan ni deban deplorarse siempre sus resultados. Es un defecto casi necesario que esta cualidad ha de tener para que sea noble y digna.

Quizás haya quien considere esto como un contrasentido ó una contradiccion; pero, reflexionando con algun detenimiento, se comprende perfectamente que sólo es una verdad deducida de los mismos hechos. ¿Qué sería de esta pasion, si la recompensa moral ó material de sus frutos no lisonjeara el amor propio de los hombres? ¿Quién nos asegura que muchas hazañas ilustres, muchas obras maestras y muchos descubrimientos importantes no se hayan debido al vehemente deseo que todos tenemos de singularizarnos, y, por consiguiente, á la vanidad?

Por fortuna, los que legítimamente se han encaramado en la cumbre de la *gloria*, si bien impulsados muchas veces por la expresada palanca, merecen disculpa y áun respeto, puesto

que para llegar al resultado que apetecieran, han tenido corazon é inteligencia; cualidades de que todos los hombres se consideran dotados, aunque equivocadamente las más de las veces, pues los hay de inteligencia negativa, que presumen de sabios; y los hay que no tienen pizca de corazon, ó, lo que es peor, que lo tienen á la derecha, como decia *El médico á palos.*

Mas, ¿qué importa que Alejandro acometiera sus conquistas por la vanidad de que un nuevo Homero cantase un dia sus proezas, como las de Aquiles; que un César se exaltara por la vanidad de que lo comparasen con Alejandro; que un Vasco de Gama doblase el cabo de Buena-Esperanza por la vanidad de competir con Cristóbal Colon, ó que Rafael produjese obras inmortales por la vanidad de no ser inferior á Miguel Angel?

¡Dichosas naciones y afortunadas épocas las que cuentan con hombres atacados de esas vanidades!

Lo que es deplorable, lo que rechaza todo espíritu recto, es que, cuando la capacidad no responde á la ambicion de los vanidosos, éstos tomen el rábano por las hojas y busquen la inmortalidad ó la popularidad por caminos estrambóticos, y fundándose algunas veces en hechos censurables ó extravagantes.

Estos desdichados son los que despojan á la pasion de la vanidad de su nobleza para convertirla en un defecto ridículo, en un achaque, en una dolencia de la humanidad.

Sabido es que Erostrato incendió el templo de Diana por el prurito de pasar á la posteridad y de tener la *gloria* de que su nombre se recordase siempre.

Otros fundan su vanidad y se vanaglorian de ser *linces* en los juegos de azar, ó de saber engañar ó estafar á sus amigos y conocidos mejor que cualquiera otro. Hay en algun terreno quien tiene la *gloria* de llevar los pantalones más anchos ó las botas más estrechas, áun cuando para poder andar tenga que ir haciendo piruetas y ridículos gestos.

En todos estos casos y en otros muchos, la vanidad que funda esas glorias está despojada de todo noble sentimiento, sin más aspiraciones que la satisfaccion de un ridículo amor propio, y se presenta desnuda y casi repugnante, parodiando formas á cual más extrañas y caprichosas.

Nosotros hemos conocido hasta quien tiene vanidad y funda su gloria en escribir mal. Hay muchos que, por sólo la circunstancia de hacer una letra indescifrable, les ha faltado lo necesario, no sólo para darse importancia en la sociedad, sino hasta para facilitar trabajo á los órganos de la digestion; y, sin embargo, se pavonean con la rara habilidad que tienen de hacer mala letra, por aquello de que los ricos, á fin de probar que no están obligados á ser pendolistas para vivir, suelen escribir pésimamente. ¡Como si los ricos que hacen este cálculo no debieran avergonzarse de lo mismo que toman por una gracia, ó tambien como si, remedando sus defectos, se tuviera la probabilidad de participar de sus fortunas!

Lo cierto es que muchos fundan su vanidad y su gloria en estas ó en otras manías por el estilo, queriendo singularizarse con necedades y extravagancias, que la que ménos debia servirles de pasaporte para un manicomio.

Estas *glorias* representan la vanidad en caricatura, y dan una triste idea de la educacion moral y del desarrollo intelectual de los que ostentan tan orgullosamente esos extravagantes caprichos.

III

A poco que nos descuidásemos, confundiríamos diversas cualidades y defectos; porque, engendrados todos por la vanidad, no es muy fácil distinguir unos de otros. Y sin embargo, los achaques son distintos, por más que todos tengan idéntico orígen.

El *orgullo* nace de la vanidad, como nace la *gloria*: pero es muy diferente en sus apreciaciones y aspiraciones, por más que sea muy parecido á ella, y que muchas veces se les confunda.

El orgullo nunca deja de ser un *achaque* ó una dolencia de la humanidad: pero algunas veces puede excusarse con la justicia de su fundamento ó con la nobleza de su objeto. Siempre es una jactancia, una ostentacion ó una falta de modestia: pero se dispensa cuando el que lo tiene puede fundarlo en una gloria que justamente haya adquirido. De todos modos, es cierto que paga un tributo á la vanidad, mas puede compensarse esta

debilidad de su alma con las ventajas que haya podido ofrecer la accion brillante en que la funda.

Pero el que ostenta un orgullo hinchado, sin tener en qué fundarlo, ó fundándolo en cosas pueriles y ridículas, presenta tan desnuda la mezquindad de su pasion, que provoca, por necesidad, la risa y el escarnio.

Sólo puede excusarse el orgullo, ó lo que es lo mismo, la manifestacion expresa de una vanidad extremada, cuando se funda en hechos que, sin disputa, tienen un resultado positivo y favorable para los intereses generales de la sociedad; porque entónces la ostentacion ó la jactancia, que representa siempre el orgullo, puede conducir á la explicacion y publicacion de un hecho heróico, de una accion benéfica, de una cualidad importante, de un descubrimiento útil, de un esfuerzo generoso; y al manifestar el orgullo, fundado en cualquiera de estos casos, se puede este hacer más público para que pueda servir de ejemplo.

Los desgraciados que, al tener orgullo, sólo ostentan un defecto que no está excusado en ninguna cualidad; esos, que por desdicha son los más, componen una clase que no debia llamarse de orgullosos, sino de tontos de la cabeza.

Citaremos como ejemplos algunos de estos últimos, para excusarnos así de alagar más estas consideraciones.

Hay personas que fundan un orgullo exagerado en circunstancias que, directa ó indirectamente, las ponen en relacion con ciertas notabilidades. Señoritas hemos conocido que se llenaban de orgullo diciendo que se parecian á la emperatriz Josefina, y al oirlas, no pudimos ménos de pensar que casi debian tener más empeño y manifestar más orgullo en parecerse á sus padres.

Recordamos ahora á otra señorita, que con mucha jactancia nos enseñó una vez un lunar que tenia en la garganta, recordando que todos los Abencerrajes del antiguo reino de Granada lo tuvieron en el mismo sitio..... *salva sea la parte.* Otras muchas se han recreado y recrean por tener el cabello del color que los tenia María Antonieta, ó los ojos azules como la reina Victoria, ó por haber nacido el mismo dia, mes ó año que alguna infanta.

Nada extraordinario habria en que citasen estas coincidencias, y ni aún en que aceptasen con placer estos puntos, aunque lejanos, de similitud: pero es el caso que, al ostentarlos con orgullo, toman un aspecto de gravedad, que cualquiera diria que es para formarse la ilusion de que hay algo de régio en sus personas: ó lo que es lo mismo, para identificarse más completamente con las reinas ó princesas con quienes tienen el remoto punto de semejanza; y hay ocasiones en que casi, casi, parece que exigen que les den el tratamiento correspondiente.

Por supuesto que este achaque ó dolencia es *comun de dos:* no es de exclusivo dominio de las señoras. Hombres hemos conocido tambien que fundaban un orgullo estúpido en cosas parecidas.

Uno se vanagloriaba, en cierta ocasion, con mucho énfasis, de haberse alojado, en Ciudad-Rodrigo, en la misma alcoba en que durmió lord Wellington; otro se jactaba de parecerse á Mirabeau, pero no en lo elocuente, sino en lo feo: y en efecto, lo era en grado heróico y eminente; otro se preciaba de tener los mismos defectos que Juan Jacobo Rousseau, sin poseer sus talentos. Nos acordamos de haber conocido á muchísimos que pretendian parecerse á Napoleon, sin que por esto se sintiesen inspirados para pasar el puente de Arcola ó el monte de San Bernardo. No hace mucho que hubo en España un personaje político de mucha fama y renombre, por su gran talento y mayor ilustracion, al cual le achacaban, con verdad ó con mentira, una decidida aficion á las bebidas espirituosas: pues bien, ha habido y hay nécios á montones, que tienen el orgullo de parecerse á ese repúblico eminente, por la sola circunstancia de ser tan aficionados, como suponen que ese otro lo era, al vino y á los licores.

Algunas veces se lleva la extravagancia de esa pasion del orgullo hasta un extremo inconcebible. Recordamos en el momento un caso en que la extravagancia se llevó hasta los últimos límites. El hecho se hizo entónces muy público, y puede ser que alguno lo haya contado ántes; pero, por si acaso nuestros lectores no lo saben, ó lo han olvidado, allá va tal como aconteció:

Habia en Madrid un ciudadano que no cabia en sí de orgullo porque tenia un aguador que se llamaba *Alejandro el Grande*..... ¡Alejandro el Grande, aguador!..... Nosotros, que algunas veces pecamos de curiosos, tuvimos el vano deseo de conocer á este valiente, aunque sólo fuese por ver cómo justificaba el retumbante nombre que llevaba debajo de la cuba. Tratamos además de averiguar el orígen de tan chocante apodo, y supimos que en la famosa fuente de Puerta-Cerrada, habia dos aguadores que tenian el nombre de Alejandro; de los cuales el uno era muy pequeño de estatura, y el otro subia siete á ocho pulgadas sobre la marca; y por esto, para distinguirlos, sus compañeros, que no conocian la historia, y por consiguiente ignoraban la profanacion que hacian de un nombre glorioso, al uno le llamaban *Alejandro el Chico* y al otro *Alejandro el Grande*.

Esta explicacion nos satisfizo, y entónces tuvimos á nuestra vez la vanidad de manifestar al astur Alejandro que su homónimo habia sido el héroe macedónico, explicándole además las grandes hazañas con que supo conquistar uno de los imperios más vastos que se han conocido en el mundo.

—«Pues mire Vd., mi amo, dijo el aguador: algo sospechaba yo de eso que me cuenta, por las bromas que me dan en algunas casas; y quizás á causa de eso y de mi honrado comportamiento, tengo, gracias á Dios, tan buena parroquia, que pueda ser que haya yo llevado más cubas de agua sobre los hombros, que bayonetas tuviera bajo sus órdenes ese otro Alejandro de quien me habla.»

Y seguramente se podia creer lo que el asturiano decia, no sólo porque tenia trazas de haber trasportado sobre aquellos hombros atléticos muchísimas cubas de agua, sino porque en tiempo de Alejandro Magno no se conocian las bayonetas.

Parece que aquí el orgullo no debia ser de los dueños de las casas que el nuevo Alejandro el Grande abastecía de agua, sino del mismo Alejandro; pero entónces no hubiera tenido tanta dósis de ridículo, ni quizás lo hubiéramos citado como un hecho extraordinario digno de mencionarse.

IV

Como todos los achaques ó dolencias de que nos ocupamos tienen la misma madre, presentan caractéres tan idénticos, que algunas veces se confunden de un modo extraordinario.

En el plan que nos hemos trazado nos toca tratar ahora del *lujo y de la moda*, dos cosas que parecen distintas y que son una calamidad verdadera; y que á su vez se asemejan, como un huevo á otro, al orgullo, á la vanagloria y á otras muchas dolencias que afligen á la humanidad, y, sobre todo, al achaque fundamental titulado *vanidad*.

La pasion del lujo y la monomanía de la moda son de las que más pronunciadamente revelan el extravío de la razon humana; y por eso precisamente son estas las dolencias de que tenemos que ocuparnos con más recelo y con más cuidado.

Si el lujo y la moda se circunscribieran al bello sexo y á objetos de adornos, hoy, que todavía hay una línea divisoria muy marcada entre las ocupaciones y preocupaciones del hombre y de la mujer, quizás nuestra mision sería más sencilla; pero es el caso que los inconvenientes que estas pasiones producen, lo mismo provienen de los unos que de las otras, y las trascendencias alcanzan á todos los individuos é *individuas*, y á todas las clases tambien; y en este caso, es algo dificilillo el papel de moralista exagerado y de redentor gratuito.

Si consideráramos necesario hacer patentes en este punto las extravagancias á que se ha entregado *nuestra especie*, única que pretende poseer el monopolio de la razon, bastaría decir que, por efecto de las costumbres, que no son más que modas arraigadas, y de las modas, que son costumbres transitorias, medio mundo se rie, con justicia, del otro medio.

Sabido es, por ejemplo, que en el Japon el color blanco se emplea para el luto, sirviendo el negro para las demostraciones de alegría; que allí los hombres montan á caballo por el lado derecho del animal y se apean del mismo modo; que para saludarse los unos á los otros, se quitan los zapatos; y por último, que en verano acostumbran todos á beber el agua caliente.

Sin más que la relacion de tales costumbres, que no deter-

minan ni más ni ménos que modas arraigadas, apostamos á que casi todos nuestros lectores exclaman con la sonrisa de la superioridad en los labios: «¡Qué disparates! ¡Ese pueblo del Japon debe parecer una jaula de locos!»

Y así será; pero los japoneses, entre los cuales hay muchos que presumen de cuerdos, aunque tentados como nosotros por el demonio de la *vanidad*, se rien igualmente cuando se enteran de que por acá tenemos el color negro por más triste que el blanco; que saludamos quitándonos el sombrero en lugar de los zapatos; que montamos á caballo por el lado izquierdo y nos apeamos del mismo modo, cuando no nos apeamos por las orejas, lo que suele acontecer muchas veces; y que, sobre todo en verano, nos gusta más beber agua fria que caliente. Es muy probable que á su vez, y teniendo en cuenta todas estas extravagancias, nos califiquen tambien de locos..... ¡Insolentes! ¡Parece mentira que hombres capaces de juzgarnos tan mal, hagan, como saben hacer, excelentes manufacturas!....

¿Y quién no se rie de lo que pasa en algunas regiones de Africa, donde los habitantes cometen la barbaridad de horadarse las narices ó la barba para colgarse algun adorno metálico? Y sin embargo, ellos podrán decir, tambien con razon y fundamento, que la civilizacion tiene poco en esta parte que echar en cara á la ignorancia; y para salirse con la suya, nos espetarán que nuestras mujeres, y algunos hombres, que parece como que se equivocaron de sexo al nacer, se agujerean las orejas para llevar pendientes; que muchas señoras se oprimen lo bastante para acabar en tísicas, sólo por el frívolo placer de ostentar una cintura inverosímil, que, áun siendo verdadera y natural, sería defectuosa, como lo es todo lo que contradice las proporciones entre las distintas partes del cuerpo humano; que hay hombres que hacen lo mismo, y que además pasan las noches en un martirio horrible por no desbaratarse los *papillotes*, ó que pierden una gran parte del dia en pasarse los cabellos de de uno á otro lado de la cabeza, y pegarlos luego, para tapar la calva, sobre la frente; y últimamente, que en ciertas clases de la sociedad, muchos ciudadanos se acribillan el pecho y los brazos con instrumentos punzantes para pintarse pajaritos, imágenes de santos y otras varias figuras caprichosas.

¿Eh? ¿Qué tal? Comparando las extravagancias de los unos con las de los otros, dificilillo sería decir quién es el que lleva la paja en el ojo.

Pues si del exámen de las costumbres pasamos al de las modas, ¡con cuánta razon hallaríamos materia para que los tontos pudieran reirse de los discretos! ¿Existe algun tipo de belleza en las concepciones de la moda?... La mejor contestacion á esta pregunta, sería el colocar un retrato de señora, ejecutado hace setenta años, junto á otro hecho hace veinte, y comparar los dos con uno acabado de pintar ahora, y se veria que en la época del primero el gusto consistia en nivelar la cintura con los sobacos, desde cuya altura se deslizaba la falda, como se desliza una gallina del palo que le sirve de dormitorio; esto es, con escaso vuelo, hasta tocar en tierra. Pero no, que entónces la falda compensaba lo corto con lo estrecho, dejando ver los piés y un poco de las canillas, que gemian como gimen las liebres bajo la persecucion de los galgos y de las galgas.

Más arriba de la cintura, la economía de la tela rayaba tambien en tacañería; y de ese modo el conjunto del traje femenino ofrecia un aspecto tal de arquitectura pagana, que una mujer, despojada, siquiera mentalmente, de la cabeza y de los brazos, se hubiera podido tomar, vista de frente, por una columna del órden jónico.

En la segunda época, el gusto de la moda fué diametralmente opuesto: el barómetro de la vida descendió las veintiseis pulgadas de la atmósfera, reposando en las caderas, donde comenzaba el desarrollo de la falda, unas veces á paño liso y otras con volantes; presentando un aspecto de arquitectura tan diversa, que la columna jónica de otros tiempos tomó las formas y casi las dimensiones de una media naranja. Por fortuna, el trage ocultaba completamente los piés y las canillas, sin lo cual podria decirse que una señora con *miriñaque* se asemejaba mucho á una campana con dos badajos.

Las mangas de los vestidos ofrecieron tambien en esas dos épocas un maravilloso contraste. En tiempo de Polignac fueron estrechas, como las faldas, hasta el punto de que los brazos embutidos en ellas parecian butifarras de Lyon; al paso que después una manga de vestido abultaba más que una manga

marina; y de seguro no habria ningun pecador que dudara de alcanzar la absolucion de sus pecados, si los confesores tuviesen la manga tan ancha como las mujeres de ese tiempo.

En cuanto al tocador, ó *toilette*, como dicen los franceses y los afrancesados, la diferencia tambien es muy notable en las fechas citadas, y puede asegurarse, sin temor de equivocacion, que el rodete, bucles y hasta el peïne descomunal de nuestras abuelas más ancianas, cabrian dentro de una *coca* de nuestras madres.

Y esos dos tipos tan distintos forman tambien marcado contraste con el tipo de la moda de hoy. Se ha querido combinar los otros dos extremos, pero sin más norte que el capricho ó la extravagancia, y aumentando las rarezas de un modo extraordinario.

Las faldas de las señoras de nuestros dias no son tan angostas ni tan anchas como las de las anteriores fechas; pero, en cambio, con el pretesto de *adonarlas elegantemente*, las llenan de remiendos, hasta el punto de que las hay que se parecen á los antiguos manteos de los *estudiantes sopistas*. Tienen, además, sobrefaldas y añadiduras, que unas veces se asemejan á las sotanas de los sacristanes, y otras á las casullas de los curas, y con todos los inconvenientes de los *vuelos cortos* de nuestras abuelas, aparecen con el volúmen que ostentaban nuestras madres. Los piés suelen verse; pero en lugar de piés parecen compases de punta; y el pelo se lo arreglan de modo que se asemeja á las crines que á los caballos les dejan recortadas sobre la frente.

Calcúlese bien, y se verá que tan ridículas como hoy nos parecen las modas femeniles de ayer, parecerán mañana las de hoy; lo cual demuestra que todas son igualmente extravagantes.

Respecto á los hombres, acontece lo mismo; no nos parece fácil comparar los retratos, porque se nos figura que no hay quien conserve, ó al ménos quien enseñe, retratos de hombres pintados con veinticinco ó treinta años de anticipacion. Y eso que los pintores tienen muy buen cuidado de no presentar en el lienzo ciertas prendas de nuestro trage, como, por ejemplo, el sombrero de copa alta, porque entónces sí que habria necesidad de espantarse al verlo.....

Los caprichos de la moda son siempre caprichos que embargan más ó ménos el ánimo y preocupan la imaginacion; pero las costumbres determinan grados mayores ó menores de extravagancias, segun las épocas. La nuestra se ha extremado de un modo extraordinario, y la prueba la tenemos en que en el teatro se ven con gusto las figuras y los trages de todas las épocas antiguas, y no hay quien tolere con paciencia á un caballero con todos los atavíos que se llevaban en el año de 1830.

Tambien determina la moda que se gasten capitales inmensos en esas cosas que se llaman piedras preciosas y perlas de valor, que si alguna vez sirven de algo, es sólo de provocacion para que los ladrones y rateros luzcan sus habilidades.

La vanidad del lujo y de la moda obliga tambien con frecuencia á que se empleen sumas fabulosas y trabajos exagerados en ciertos edificios públicos, cuando faltan en el país canales de navegacion y de riegos, puertos, caminos y gastos de indispensable necesidad para el fomento de todos los ramos de la riqueza pública. Y eso que los primeros sólo sirven generalmente para halagar vanidades y fundar soberbias, y los segundos producen bienes positivos y resultados prácticos de conveniencia indispensable en el presente y en el porvenir.

Pero esto último, por más que se relacione con el lujo y la ostentacion, no lo creemos hoy de nuestra incumbencia, por que nos llevaria á un terreno en que no queremos entrar. Basta, á nuestro propósito lo que hemos sentado, que acusa contradicciones suficientes para demostrar que la moda y el lujo son de los achaques y dolencias que más afligen á la humanidad.

Y si no, que se vea si tienen los mortales algun tipo determinado á que referirse en las concepciones de la moda. No existe; porque para que uno de tan opuestos gustos se mire como lógico y natural, el otro ha de ser forzosamente abominable. Está fuera de toda duda que, si resucitara una dama de la córte de Fernando VII vestida con el trage de su época, y se encontrase de buenas á primeras con otra ataviada á la usanza de nuestros dias, ambas soltarian la carcajada, y las dos tendrian motivo para ello.

¿Y qué prueba esto?

Que la pasion del lujo y la manía de la moda, áun cuando

cambien de formas, son en el fondo el símbolo del extravío de la razon, impulsado por los vapores de la *vanidad.*

Decia un personaje muy apasionado, que no podia vivir sin emociones, y que cuando no pudiese hallarlas en el placer, las buscaria en el dolor. Y lo mismo acontece á la vanidad: tambien esta pasion necesita impresiones variadas, y cuando no las encuentra en lo sublime, las busca en lo ridículo, y lo convierte en lujoso y necesario.

M. Hiraldez de Acosta.

(*Concluirá.*)

LAS ISLAS FILIPINAS

(SEGUNDA PARTE)

ESTUDIOS DESCRIPTIVOS

(*Continuacion.*)

CAPÍTULO III

La raza indígena de Filipinas.—Célebre carta del M. R. P. Fray Gaspar de San Agustin. (1725).

I.

Oportuno parece, ántes de detallar las costumbres de Filipinas, definir su raza indígena, cuyos indivíduos, impropiamente llamados *indios*, deben conocerse con el nombre de *naturales* ó *filipinos*.

El tipo del indígena es en general airoso; su estatura, regular; su piel, cobriza, casi amarilla en los *mestizos*; sus cabellos, negros, ásperos y espesos; la cabeza, mediana y ligeramente aplastada por detrás; la frente, estrecha; las cejas, espesas y arqueadas; las pestañas, largas; la nariz, chata; los lábios, gruesos; las mandíbulas, fuertes; los ojos, negros y brillantes; los dientes, apretados, blancos y fuertes; el pecho largo; en las mujeres, duro y derecho; las piernas, delgadas y ligeramente velludas; los piés y la mano, pequeños; las partes genitales, poco desarrolladas y por lo general circuncidadas. A excepcion hecha de los mestizos y negritos, el *natural* carece por completo de barba.

Esta definicion general, aplicada al bello sexo, tiene sus excepciones notables: la india, airosa y elegante por naturaleza, no deja de ser bella, y hay en el tipo indio puro, como en el mezclado, mujeres, en toda la acepcion de la palabra, hermosas.

Si la parte física del indígena se presta á descripcion completa, no sucede así con la moral; todos los autores, áun los de mayor experiencia, se han estrellado ante ese tipo especial, frio por naturaleza á las sensaciones, que dejan conocer en el rostro los movimientos del alma; pretender, por lo tanto, nosotros, con ménos mérito, hacer un estudio del carácter indígena, fuese aventurado; así, pues, con las notas que de nuestra cosecha consideramos lógicas, trascribimos á continuacion los párrafos más curiosos de una notabilísima carta, que en 1725 dirigió á un amigo suyo el M. R. P. Fray Gaspar de San Agustin, tal como la encontramos en la obra inédita del P. Juan José Delgado, titulada: *Historia sacro-profana, política y religiosa de las islas del Poniente (año* 1751), haciendo salvedad de las muchas citas latinas que la adornan.

II.

Dice así la carta:

«Muy señor mio: Aunque es tan poderoso para mi obliga»cion el mandado de V., es tan difícil la empresa de su satis»faccion, que dudo poder dar cumplimiento á lo que me pide. »Más fácil me fuera, á mi ver, definir el objeto formal de la »Lógica, dar la cuadratura del círculo, el lado matemático del »duplo del cubo y esfera, ó hallar regla fija para la mensura de »los grados de longitud del globo de la tierra, que definir el »natural de los indios, sus costumbres y resabios. Cartapacio »es este en que he empleado cuarenta años, y sólo he venido á »comprender que son incomprensibles..... Pero, porque V. no »diga que me eximo de la carga de la dificultad sin hacer al»guna diligencia, diré brevemente lo que he observado, por»que todo era imposible escribirse en todo el papel que se halla »en la China.....

»Aunque igualmente llamamos *indios* á los naturales de la »América y á los de estas islas Filipinas, no se puede negar »que éstos son muy diversos, porque la inclinacion de los *asiá»ticos* es mucho más dócil y capaz de adelantarse con la ense»ñanza, y así sólo hablaré de los indios de Filipinas, dejando »para los experimentados definir á los *americanos*, que hartos »coronistas tienen que lo emprendieron, aunque dudo lo al»cancen, como el Juan Torquemada en su *Memoria Indiana*, »Fray Antonio de Remesal y el P. José Acosta, porque lo que »de ellos escriben el Obispo de Chiapa, Fray Bernardino de »Casas y el Sr. D. Juan de Palafós en su *Tratado de las virtudes »de los indios*, fué con muy remota experiencia y llevados de »su santo celo, engañándoles el remoto conocimiento del ob»jeto, como las sierras y montes, que de cerca son verdes y de «léjos azules. El oro, á la vista, encubre el grado de sus quila»tes y necesita de la coalicion inmediata y frecuente de la pie»dra para reconocer la verdad. . . . . .

«Por complexion, estos indios, segun lo demuestra su fiso»nomía, son frios y húmedos del mucho influjo de la luna; y se »distinguen tan poco ó nada en su naturaleza, que decia un »docto médico, muy experimentado en estas Islas, el doctor Blas »Nuñez de Prado, que no habia hallado diferencia alguna, sino »igualdad admirable en los humores que habia curado, y una »docilidad grande de naturaleza en obedecer á la medicina con »cualquier remedio que se les aplique; no hallando en ellos la »rebeldía y variedad grande de los europeos, por las infinitas »combinaciones que en ellos hacen los malos humores. La causa »de esto es la igualdad y poca variedad de los alimentos con »que se crian y se criaron sus antepasados, que constituyen »otra naturaleza en su raíz, muy diferente de los europeos y »muy igual.

»Esta complexion é influjo les hace ser inconstantes, mali»ciosos. desconfiados, dormilones, perezosos, tardos, amigos de »andar por los rios, mares y lagunas, ser afectos á la pesca y »alimentarse mejor con peces, ser de poco ánimo, por la frial»dad, y no ser inclinados al trabajo. . . . . .

»Primeramente, son notables en la ingratitud. que, aunque »es vicio en todos innato, por la corrupcion del pecado original,

»en nuestra viciada naturaleza, en ellos no la corrige el en»tendimiento y la falta de magnanimidad; y así, lo mismo es »hacer un beneficio á un indio, que prevenirse para recibir el »golpe de su ingratitud. Si se les presta dinero, no lo pagan, y »lo que hacen es huir del Padre; y así es materia de escrúpulo »el prestarles, porque es bien del cual les ha de venir mal, por»que se ausentan y no vienen á misa; y si otros les preguntan »¿por qué? responden que el Padre está enojado. Verifícase en »ellos el retrato que el Espíritu Santo hace del ingrato en el »capítulo XXIX, núm. 4.° del *Eclesiástico.*»

Para el que ha estado en Filipinas, no tienen precio estos párrafos, y, sin embargo, ¡á cuánta consideracion no se prestan! El indio, apático á todo por naturaleza, sólo por ella es sóbrio en su comida y abandonado en su persona. Insensible á todo, se aviene mejor que nosotros á todos los cambios de la vida, y al estudiarlo en su abandono, nos parece oportuno hacer esta observacion: con el mismo apetito é indiferencia devora un buen plato de viandas, que come una racion de *morisquete*; con el propio contento anda andrajoso, que luce elegantes vestiduras; con la misma satisfaccion, después de una opípara cena, duerme al abrigo de techado, en un fresco *petate*, que lo efectúa en ayunas á la intemperie. Y no es que él deje de gozar y sufrir en ambos casos, sino que, por carácter, pasa á ambos extremos sin las sacudidas que nosotros experimentamos. Esta misma apatía le hace admitir un favor y ser ingrato, sin que, ni por pensamiento, le llegue idea de la ofensa. Tomó porque necesitó, y no vuelve porque lo mismo le dá; así es que con el mayor *sans façon*, como luégo añade el citado autor, «si »se les presta alguna cosa, que no sea dinero, nunca la vuel»ven, y dan por disculpa de no volverla, el que no se la han »pedido.»

«Es tal su pereza, que si abren una puerta, nunca la cier»ran; y si toman algun instrumento para hacer algo, como cu»chillo, tijeras, martillo, etc., nunca lo vuelven á donde lo to»maron, sino que allí lo dejan al pié de la obra.»

Para comprender mejor el sentido de todas las observaciones del P. San Agustin, hay que considerar la época en que escribió esta carta, y nuestro carácter especial para estudiar todo

lo que es extraño á nuestro país. El tipo del indígena que aquí se describe, es el dedicado á la servidumbre, pues el indio instruido, ó el nacido en regular esfera, es trabajador, constante, cuidadoso de su persona y de sus efectos. Por otra parte, el párrafo anterior, áun con estar dedicado al indio filipino, nada deja que desear para pintar nuestra servidumbre peninsular y la de todo el globo, pues no hay peor gente que la asalariada. No queremos establecer comparaciones enojosas, pero tampoco queremos dar generalidad á observaciones que, léjos de aplicarse á toda una raza, sólo son peculiares á una clase de ella.

«Si se les paga adelantado, dejan de hacer la obra, y se quedan con ello.»

Tantas excepciones hay en esta consideracion, brillante siempre, que no podemos por ménos de ocuparnos de ella. Por el carácter indígena, muchas veces ocurre, efectivamente, que no vuelve el adelanto que se le hizo para ejecutar una obra, quizá por la costumbre, generalizada en todos, á causa de su pobreza, de pedir el dinero por delante; y sin embargo, hay circunstancias que sólo ellas bastan para explicar su carácter incomprensible. El dia anterior al primer terremoto de los ocurridos en el año 1880, encargué á un trabajador indio una obra de platería, por la que le dí adelantados 15 pesos, que segun cálculo debia importar la joya. Los fuertes sacudimientos subterráneos que sobrevinieron, dejando en ruinas la poblacion, hicieron salir de ella á la mayoría de las familas indígenas que ocupaban los entresuelos, y entre ellas, dejando la casa en tierra y entre los escombros los pocos utensilios, salió el platero indígena objeto de estos renglones.

Lo extraordinario de las circunstancias me hizo olvidar por completo el encargo; por otra parte, la seguridad personal me habia hecho salir tambien de Manila; no sabia cómo se llamaba el platero; no le habia dado mi nombre, y era, pues, ilusorio pensar en el asunto en tan graves momentos.

Tres meses habian pasado, cuando una tarde un indio pobre y escuálido se presentó en mi casa, y saludándome con esa gravedad tan especial en la raza, me dijo: «Señor: V. sin duda no recordar *conmigo;* yo soy el platero de la calle de..... *con* quien dió V. aquellos 15 pesos para la sortija; aquí la tiene V.»

Confieso que quedé asombrado ante tan inesperado encuentro; pero mi asombro creció al contemplar la joya, obra de tanto más mérito, cuanto que era un capricho, y desde luégo valia el doble de lo dado. «Y bien—le dije—tú dirás lo que tengo que entregarte.» «Nada, señor,» contestó el indio. «¡Cómo nada! Yo te adelanté 15 pesos, pero esto vale más.» «Nada más vale, señor—contestó el platero;—yo ajusté *con* V. en 15 pesos, y ya está pagado.» Inútiles fueron mis palabras y mis deseos, y comprendiendo su carácter, lo dejé marchar con sentimiento. Cuando algunos dias después, y por encargo de un amigo á quien habia gustado mucho la joya, fuí á proponerle me hiciera otra, me contestó lo siguiente:

«La sortiga esa, señor, ha costado *conmigo* en jornales, más de 25 pesos, pues mil veces la he empezado y mil veces he tenido que deshacerla; *mas que* diera V. *conmigo* todo el oro del mundo, no haria otra.» Excusamos decir al lector que, si terco estuvo el indio la primera vez, lo estuvo más la segunda, y no hubo medio de hacerle entrar en razon para que admitiera el menor obsequio. Este rasgo solo basta para comprender que el carácter indígena es *sui generis*, como lo es su raza, y que todo lo que de él se afirme es como escribir en el agua.

«Son naturalmente inurbanos, y así es cosa rara que para »hablar con el Padre ó español, se rascan primero en las gue- »dejas, y si es mujer, en el muslo; pero los más políticos se »rascan primero en la cabeza.»

»Es cosa de grande admiracion que en todo cuanto hacen, »en que hay faz y embés naturalmente, lo hacen al revés, y así »no han podido hasta ahora caer en la dificultad de doblar un »capote la faz hácia adentro, ni cómo puede ser que estando »al revés una camisa, ó hábito, metiendo la cabeza, se dé una »vuelta y quede del derecho. Así, siempre que lo ven hacer, »hacen ademanes de admiracion, y por esto dijo un discreto »que todo lo hacen al revés, ménos el doblar el capote, por ser »en aquella funcion el embés, faz ó derecho.

»Cuando caminan con sus mujeres, van ellos delante y las »mujeres detrás, por ser al contrario de nosotros. Descuido fué »este que le costó á Orfeo perder á su mujer, como dicen los »mitológicos.

»Son curiosos, inurbanos é impertinentes, y así suelen, en »encontrando al Padre, preguntarle dónde va ó de dónde viene, »y mil preguntas, todas impertinentes.

»Si delante de ellos se lee una carta, se ponen por detrás á »verla, aunque no sepan leer; y si oyen hablar en secreto, se »van llegando poco á poco para oir, aunque sea en lengua que »no entienden.»

Esta cita es verídica; la curiosidad, quizá hija de su ociosidad constante, los hace impertinentes en alto grado. Un transeunte que se pare en una calle y mire á un punto fijo, como observa muy bien nuestro amigo Entrala, en sus *Olvidos de Filipinas*, es suficiente para que al momento se forme á su alrededor un grupo inmenso de indígenas, que miren en la misma direccion; y esto sin explicarse el motivo, pues si el transeunte desaparece, aún continúan allí todos, sin comentarios, sin cansancio, en una palabra, sin darse cuenta de su actitud. Un chino que se cae, una vieja que llora, un hombre imposibilitado, una funcion doméstica, son otros tantos motivos de reunion. Agrúpase la gente al rededor del objeto que motivó la curiosidad del primer ocioso, ó á la entrada del local; nadie se mueve, ni para auxiliar al necesitado, ni para tomar parte en la fiesta, y el grupo, cada vez más compacto, cierra toda comunicacion, impide todo tránsito, y ni el grito de los cargadores que pasan con muebles, ni el galope de los caballos que arrastran un carruaje en aquella direccion, cambian la actitud de los curiosos. Sólo una voz mágica puede disolver la reunion, y es cuando algun pilluelo, que nunca falta, grita *¡el veteriana!* (guardia civil), á cuyo eco en un segundo queda como por ensalmo desierto el lugar.

«En los conventos y casas de españoles, se entran sin lla»mar hasta el último aposento, pero en sus casas usan de mu»chos cumplimientos, y si está cerrada la puerta, todo es mirar »por los resquicios lo que dentro se hace, porque todo lo quie»ren saber. Por los conventos y casas de españoles pisan tan »recio, que causa admiracion y enfado, y más si el Padre »duerme, siendo así que en sus casas pisan con tanto tiento, »que parece que van pisando huevos.»

Todo esto no es sino á consecuencia de nuestra extremada

bondad con ellos, y llevan en esta libertad su cinismo hasta el extremo que, cuando cortejan á alguna criada de un español, tienen el atrevimiento de entrar en la casa hasta el cuarto de su pretendida, quedándose con toda libertad por la noche, después de haber hecho las comidas en la casa. Esto que en España no se comprendería, es allí sumamente fácil, pues las casas no tienen más puerta que la de la calle, y además tienen dos escaleras. Ayudados, pues, de esta circunstancia y de la libertad en que se hallan en la cocina, donde rara vez penetra el español, pueden impunemente conseguir sus deseos. Hay, además, en su ventaja, la vida separada que hace la servidumbre con la familia, por cuestion de raza, pues allí nunca se da el caso, como en España, de que el criado hable con el amo otra cosa que de los asuntos del servicio, y jamás ocurrió que un sirviente indígena contase al español el menor detalle de la vida de otro. Así, pues, si el intruso es cogido *in fraganti*, siempre quedará al amo la duda de sus designios, y nada sacará en limpio, aunque ponga toda la servidumbre en la calle.

«Son grandes madrugadores en sus casas, porque así lo »pide su pobreza; pero si sus amos duermen hasta las diez, »tambien ellos han de hacer lo mismo.»

«Han de probar y comer de todo lo que sus amos comen, »aunque sea cosa esquisita ó de Europa, y ningun español, y »más Padre, podrá haber conseguido que coman en otros platos »de los que come su amo.»

Esta cualidad es ya más bien picardía en ellos, con objeto de que fiados nosotros en su indiferencia por ciertos alimentos, no nos ocupemos de guardarlos, dejándolos así libres para su voracidad. Dícese, y con razon, que el indígena sólo necesita para su alimento un plato de morisqueta, pero esto no quita para que todo le guste. Él halla siempre el medio de comer á escondidas el pan, el jamon, las conservas en latas, y todos los efectos que encuentra masticables, aunque no los haya probado en su vida.

«Su sentar es naturalmente en cuchillas; así lo hacen en »todas partes, ménos en los conventos, donde destruyen las »sillas de sentarse y repantigarse; y esto ha de ser en los bal»cones, desde donde ven á las mujeres.»

El indígena, por cima de todo, es un verdadero mono de imitacion, á quien gustan todas las costumbres del *castila*, del que toma, por otra parte, todos los hábitos. Así, pues, cosa comun es en ellos, cuando salimos de casa, imitar nuestros modales y nuestras manías con gran chacota; ponerse nuestra ropa, fumar nuestros cigarros, revolver nuestros papeles y ocupar nuestro asiento con la mayor prosopopeya. En los conventos, en extremo mimados, pasan las horas arrellenados en los sillones de las antesalas, en su ocupacion continua de dormir, si el Padre está fuera ó no los necesita.

«Quieren más á su melena que á su alma.»

En efecto, es una pasion, áun en los más descuidados, la cabellera. Quizá por esta circunstancia, á los presidiarios se les obliga á llevar la cabeza afeitada, y quizá, por lo mismo, cuando á un indígena se le corta al rape el pelo, castigo que ha proporcionado más de un disgusto, se acobarda y encierra, no saliendo á la luz hasta que otra vez aparece el pelo en su cabeza.

«Su ordinaria habitacion en los conventos, y su contento, »es no salir de la cocina; allí tienen sus asambleas y regocijos; »allí tienen la gloria como en tierra de Campos en Castilla. Un »religioso que conocí llamaba á la cocina el *Flos Sanctorum*, »porque en ella se trata de la vida del Padre y de todo el »pueblo.

»Cuando de noche andan, suelen llevar un tizon ardiendo, »y van incesando con él, y lo arrajan luégo donde se les antoja, »lo cual suele ser causa de grandes incendios.

»Gustan más de traer luto que andar de gala, y así son muy »observantes de llevarle.

»No estiman los vestidos y galas que les dan sus amos, los »españoles, y así los dejan en cualquier rincon sin sentir que se »les pierdan; pero cualquier trapillo que traen de su casa, lo »estiman y cuidan mucho.

»No cuidan de animal ninguno doméstico, como perro, »gato, caballo, ni vacas; sólo cuidan con demasiada diligencia »de los gallos para pelear, y todas las mañanas, en levantán»dose de dormir, lo primero que hacen es ir donde está el gallo, »y puestos de cuclillas en su presencia, se están con grande

»quietud, á lo ménos media hora, en contemplacion de su gallo, »y esta funcion es en ellos indefectible.»

El cariño que manifiesta el indio por el gallo es una verdadera pasion que no tiene medida, y cuyo alcance no puede comprenderse sin estudiar á fondo su carácter. En otro lugar hemos dicho que no existe para el indígena otro cariño más entrañable. Cuando hay un incendio, caso tan frecuente en los caseríos de nipa, el indio abandona despavorido el lugar, olvidándose de su mujer, de sus hijos y de sus pocos muebles; pero lo hace con el gallo, que es lo que sólo salva en su fuga. Este animal es su único y perpétuo compañero, y con él va á todas partes, incluso á misa. En la misma capital del Archipiélago, y en las calles más céntricas, lo más comun es ver dos ó tres gallos en las aceras, sujetos por por una pata á una especie de lazo, fijo en el suelo, en cuya situacion los dejan sus dueños por el dia, con objeto de que se vayan acostumbrando al ruido de la poblacion y luégo no les intime el de las *galleras*. El gallo, como el *carabao*, tienen para el indígena sus movimientos expresivos; hay, en una palabra, entre estos séres cierta correspondencia íntima y desconocida. El indígena, al propio tiempo que cuida su gallo, lo dispone para la pelea, adiestrándole convenientemente en el ataque y la defensa, por las particularidades que estudia en los gallos de sus vecinos, y cuando cree haber hecho de él un campeon esforzado, se dirige á la gallera con todo el dinero que posee y todo el que ha encontrado, para jugárselo en las apuestas.

La *gallera*, ó sitio donde tiene lugar la riña de gallos, es un edificio de más ó ménos importancia, segun la poblacion, pero siempre curioso de visitar. Antes de llegar á él, un rumor sordo y especial de voces y disputas indica la animacion del público. Allí, entre corros numerosos de indígenas que, cargados con sus gallos, preparan las apuestas, se ven, á guisa de puestos, *lamcapes* (especie de mesas ó camas) con frutas, guisos *buyos*, golosinas y comistrajos, y todos los movimientos de los personajes que activan el cuadro, acrecen la pasion frenética del juego y el afan de la victoria. Unos, de pié, aislados en sus meditaciones, se limitan á acariciar el gallo, al que tienen cogido con la mano izquierda por la pechuga, entrelazando los dedos

con sus patas; otros, en cuclillas, con el gallo en el suelo, sujeto por el lazo, les dirigen palabras cariñosas, miéntras observando su cresta y las escamas de los piés, auguran buenos ó malos resultados de la pelea; muchos, en fin, simulan con el gallo de otro compañero el principio de la riña, probando así á encontrar la pareja conveniente para sus intereses.

Cerca del local, en cuyo gran círculo se van acomodando los que pueden, y en cuyo centro sólo entran los que pelean los gallos, el contratista, el sentenciador y el *capitan*, se *casan* los gallos y se preparan las apuestas generales en pró y en contra, dejándolas cobradas y en depósito para el momento de la riña. Muchas veces, el dueño del gallo juega con *logro* (doble contra sencillo), y entónces las apuestas toman mayor incremento. Cerradas éstas, y alquiladas las cuchillas, que se colocan á los animales, entran los dueños en el círculo, y á este espectáculo el público, ya impaciente, prorumpe en gritos y exclamaciones, estableciéndose las apuestas particulares. Unos gritan: *¡sa puti!* (al blanco); otro *¡sa pulá!* (al rojo), y así, por el color del gallo, indica cada cual el animal por el que se expone su capital.

Llegado el momento preciso, el contratista da la voz de *¡larga!* y los que rinen los gallos, colocados uno enfrente de otro, quitando la vaina á las cuchillas, y acercando los animales para que se piquen y se enardezcan, los sueltan á una en el suelo, y entónces empieza la emocion general. Los gallos, con el cuello estirado y las plumas alborotadas, juntos los picos y la vista atenta, están un momento fijos, esperando el decisivo para el salto, en el que ambos, con gran ímpetu, se sacuden con los espolones armados; el que queda en pié es el vencedor, y el herido ó fugitivo lo recoge su dueño entre la algarabía del que gana y las maldiciones del que pierde.

Como se comprenderá por la pintura, la *gallera* es un sitio tan peligroso como la casa de juego; allí se juega, como en ésta, lo propio y lo ajeno, y alimentado el vicio con los accidentes del espectáculo, se preparan para el porvenir el robo y el fraude, que tantos males causan en la gente del pueblo. Por fortuna, si hemos de dar crédito á la estadística, la aficion va

decreciendo notablemente, en particular en Manila: hace veinte años la *Renta del juego de gallos* era anualmente, en números redondos, unos 60.000 pesos; hace diez años sólo ascendia á unos 30.000, y en el año de 1880, últimos datos que tenemos, fué sólo de 26.654 pesos.

FRANCISCO J. DE MOYA Y JIMENEZ.

(Continuará.)

EL CRISOL ROTO

(NOVELA ORIGINAL)

(Continuacion.)

X.

El portazo produjo deplorable efecto en el antiguo alférez-capitan; por sus ojos pasó una nube de sangre; sus labios descoloridos temblaron, y una calificacion dura y severa, enérgicamente lanzada, respondió al descomedimiento del anciano marqués. En cuanto á la pobre niña, pálida tambien, tambien sobrecogida de violenta emocion, abrazada estrechamente á su cuello, parecia, no sólo refugiarse, sino pretender esconderse en el centro mismo del corazon generoso que la habia acogido en su cruel orfandad.

Oyóse partir el coche, y como si con él se alejára la tormenta que habia descargado sus extraños furores en la modesta mansion del ex-alférez, éste, dejándose caer en la butaca, respiró con ánsia, separó la niña de su pecho, dióla el último beso en la frente, y la dijo con acento que volvia á ser el suyo:

—Chiquitina; primero me vas á dar agua, tengo las fáuces secas; luégo me traes la cartera y el tintero, en seguida te asomas á la escalera y llamas á Pascuala. Desde aquí; no bajes un escalon, quédate al alcance de mi vista.....

Instantáneamente el ex-alférez tuvo en la mano la copa llena del líquido que apetecia, delante el velador, sobre éste la cartera y á su lado el tintero de cristal. En seguida, sin desamparar la puerta, la niña, dominando su miedo, que era terrible, llamaba á la portera con gritos que revelaban su terror.

La atmósfera, tan cargada momentos ántes, se habia serenado, disipándose las corrientes de electricidad que al ponerse en contacto produjeran el violento choque ocurrido. El ex-alférez, vuelto en sí mismo, habia recobrado el imperio de su razon; en su mente brotó la chispa creadora, en sus ojos la luz que irradia; y miéntras la portera subia, llenó la primer cara del

plieguecillo. Firmándole estaba cuando entró Pascuala con su gato debajo del brazo.

Sin volver la cabeza, dijo:

—¡Hola, Pascuala! Entre Vd.

—¿Qué se ofrece, señorito?—le preguntó con servicial acento.

—¿Está Pepe?

—Sí, señorito.

—¿Sabe dónde para Casimiro?

—Señorito, no lo sé; pero si Vd. quiere, bajo en dos brincos y se lo pregunto.

—No es necesario.

Cerró la carta, puso el nombre, pero sin señas, y alargándosela, dijo:

—Hágame Vd. el favor de dar esta carta á Pepe, y de decirle que, si sabe dónde vive Casimiro, se la lleve, pero todo lo pronto que sea posible; si no lo sabe, que la ponga un sello y la eche en el buzon más próximo, y que cuando vuelva suba al momento. ¿Sí?

—Subirá, señorito; pierda Vd. cuidado.

—Otro encargo, Pascuala; y este se lo recomiendo á Vd. todavía más que el primero. Si por casualidad—prosiguió—volviera el señor que acaba de irse, ó viene alguien con algun recado suyo, ni lo deje Vd. pasar, ni lo reciba.

—Ya estaba yo en hacerlo, señorito—respondió la portera, suspendiendo el gato, que se le escurria.—¿Pues no iba diciendo, el vegestorio, cara de alcuza: «Buen perillan está él?»... Con su coche, ó cochambre, y su lacayo, otro moscardon que me ha picado en la oreja, que me lo claven aquí—y se tocó en la frente—si vuelven á pasar por los umbrales siquiera de esta casa.

Volvió á tirar del gato, y con misterio añadió:

—Es de los de ahora, ¿verdad? Lo mismo ha sido verle, me ha dado el humo en la nariz.

Sonrióse el ex-alférez, y dejando la pregunta sin respuesta, dijo:

—Conque, Pascuala, como yo no levante la órden.....

—Lo dicho, señorito; se volverán cantando la Pía.

—Y lo de la carta..... que me interesa mucho.

—Sí, sí, Pepe irá volando. Si no sabe dónde para.....

—Un sello, y al buzon.

—Y en seguida arriba.

—Eso es. Si quiere Vd. dejar el gato—añadió el ex-alférez sonriendo—no faltará quien juegue con él un poco.

—Sí, por eso lo he subido, señorito: se mueren, él por ella y ella por él.

Aquello era muy fuerte, pero lo primero tenía sus apariencias de verdad; pues en cuanto le dejaron en el suelo, el enorme y manso animal se acercó á la niña, sentada en la supuesta banquetilla para recibirlo, púsole las manos en los hombros, maulló blandamente y comenzó á darle topaditas en la cara.

Dos veces volvió la suya para verlo la buena de la portera, pues iba con diligencia á cumplir su doble encargo.

XI

Miéntras la niña, en quien duraba la impresion producida por las amenazas del marqués, se puso á jugar con *Menene*, más por obediencia que por gusto, el ex-alférez, viéndola entretenida, tomó un nuevo plieguecillo, y mojando la pluma, escribió en la parte superior: «Balance.»

Contempló lo escrito, y la sonrisa se dibujó en los labios, que habian vuelto á su color natural. Echó en seguida una mirada en torno suyo, y volviendo á la comenzada tarea, puso, donde correspondia, el «haber,» piano, armas, libros.

Entónces dió principio á otro trabajo: el de avaloracion, y entró en consulta consigo mismo.

—El piano—dijo allá para sí—vale diez mil reales; pongamos la cuarta parte.

Y restó á la derecha el primer guarismo de la columna.

—Armas—prosiguió como ántes—tendrán mejor salida porque son buenas, pero no pasarán tampoco de la cuarta parte, ¡si la dan!

Y puso debajo de la primera cantidad la segunda.

—Libros..... Esos no producirán ni aún lo que han costado las encuadernaciones; sin embargo, chico ó grande, representan un valor. Aunque sean quemados, con el Atlas, bien podrá producir.....

Escribió el tercer guarismo y tiró la raya para el total.—Despues sumó y puso el resultado de la poco complicada operacion.

«Debe,» escribió, y un suspiro, saliendo de lo más hondo del corazon, se exhaló de su garganta, seca como sus lábios y su lengua.

—«Obligaciones vencidas»—continuó escribiendo—traslacion, estancia, vuelta, imprevistos; total.

Sentóle, hizo la resta y se dijo:

—Esto representa, haciendo su reduccion á lo mínimo, los gastos cubiertos de seis meses.

Tornó á mirar en derredor suyo, y fijando el resultado final de su investigacion financiera:

—En reserva queda: el relój monstruo, de mi abuelo; el rosario de perlas, de mi madre; quedan mis dos brazos, si mis dos piernas lo permiten.

Su frente se arrugó, sus ojos se oscurecieron y su diestra cayó con todo su peso sobre el velador. Tras seis meses de pruebas y de amarguras, su horizonte quedaba cerrado; mas en un impulso de fé, en un arranque de energía, se volvió á la ventana por cuyos cristales, cubiertos de muselina, se introducia la luz, y apelando al Poder que se sienta sobre todos los poderes:

—¡Queda Dios!—dijo de nuevo invocándole—que está por cima de todos los cálculos humanos, y seis meses de tiempo por delante, en los que puede, si se digna, hacer grandes cosas en favor de quien, sin atreverse á pedirlas, las espera de su bondad. Y luégo—añadió sonriendo, ínterin doblaba el plieguecillo y le metia en la cartera—que no hay presupuesto que no pueda ser castigado.

En esto dieron un fuerte repique de campanilla.

—¿Abro?—preguntó la niña tirando al gato y levantándose de un brinco.

—Sí, hija mia y no tengas miedo: estoy á tu lado.

Abrió la niña y penetró en la sala un hombre jóven, de buen aspecto, vestido con la blusa del trabajador, pero limpio y aseado hasta la pulcritud y la coquetería, el cual, tirando la gorra en la primer silla, se acercó diciendo con acento espansivo, pero sin robar un atomo al respeto.

—Aquí me tiene Vd., señorito, pronto y dispuesto para cuanto Vd. me mande y necesite.

—En cuanto á necesitar, necesito mucho; en cuanto á mandarte ya es distinto—respondió el ex-alférez, dejando reposar su mirada en el recien venido, militarmente cuodrado delante del ex-alférez.

XII

Cambiada una sonrisa, dijo el oficial al soldado de la guerra gloriosa de Africa:

—Te he mandado, á llamar porque tengo un proyecto importante en mientes, y necesito de tí para llevarle á cabo. ¿Puedo contar contigo á todo trance?

—Como con Vd. propio, señorito; pero una pregunta, y excúseme usted, por el asunto, la libertad. ¿Es que nos vamos con ellos?

La sonrisa asomó de nuevo á los labios del antiguo alférez, y, respondiendo á la alusion, exclamó:

—¡Buena está la dama para tafetanes! ¡Bravo refuerzo le llevaríamos con los dos!

—¡Pues que todos valieran lo que Vd., que no ha vuelto grupa ni cuando aquellos brutamantes de catalanes le rociaban á metrallazos de todo género, ni cuando los perdularios de los moros nos metian por los ojos las espingardas, como si quisieran ensartarnos para el asador! Y yo, aunque me esté mal el decirlo, lo mismo sirvo para un fregado que para un barrido. ¡Pues ya quisiera él!

—Ya lo creo; valemos por todos los que han faltado; pero no es ese mi plan, Casimiro, sino otro muy diferente.

—Mejor que mejor; no me gustan los ensanchaos.... A donde Vd. mande, aunque sea camino de Tetuan, que lo sé de corrido mejor que el de casa de mi novia.

—Mi proyecto se divide en tres partes.

—Como el manejo del arma; de manera que no hay sino decirlo para que yo lo vaya ejecutando al compás.

—Ante todo, dónde vives?

—Glorieta de Quevedo.

—Es muy cerca.

—Pues ya estoy mudándome á otro lado.

—Quien se ha de mudar, soy yo, ¿entiendes? y voy á decirte cuándo, cómo y en dónde.

Y sin permitir nuevas réplicas al antiguo asistente, el ex-alférez dió comienzo á la exposicion de su plan con singular sobriedad de palabras y admirable precision en los hechos; miéntras aquél, aprobando sin exámen, con los nudillos de la siniestra mano daba con brío en la hueca palma de la diestra, acompañando el golpe con mudas pero enérgicas demostraciones de contento; y si al final no tiró la gorra al aire, fué por haberla dejado en la silla.

—Conque—dijo el ex-alférez resumiendo—lo primero el coche.

El coche.

Lo segundo, el almacen.

—Lo tercero.....

El antiguo asistente tomó la palabra, y contando por los dedos:

—Arenal, Jacometrezo y Alcalá—dijo—todo detrás del coche.

—Y á Pepe, que suba; y si Pepe no está, á Pascuala.

—Eso delante del coche.

—Pues pronto.

—Volando: hasta luego.

—Anda con Dios, y que negocies bien.

—No tenga Vd. cuidado, señorito, que ya sé yo dónde tengo la mano derecha.

Sin más, el licenciado de Arapiles tomó la escalera, y el ex-alférez, en ademan de rendido, se recostó en la butaca. Entónces la niña, colocando suavemente á *Menene*, que roncaba á más y mejor, sobre la piel de tigre, púsose de rodillas junto al jóven, y con tímido y triste acento, le preguntó:

—¿Es verdad que se lo van á llevar todo?....

—Sí, hija mia, hasta tu cesta.

—Pero á mí no, ¿no?

Cayó á plomo la mirada del valiente ex-alférez sobre la niña; contemplóla un instante en su instintiva afliccion, y luégo, recayendo en la exaltacion que tan fatales efectos habia producido en el marqués, ciñó con su brazo el débil cuerpecillo, que palpitaba á su lado, y con firmeza que prometia ser inquebrantable.

—Miéntras yo viva, no te llevará nadie—dijo, constituyendo su respuesta la más solemne de las promesas—¡nadie! ¡aunque tenga que tender la mano en un sitio público para pedir tu pan, si tan desgraciado soy que no puedo adquirirlo de otro modo!

Y doblándose sobre ella, besó con profundo enternecimiento los ojos que le imploraban, los labios que le sonreían, los rizos que cubrian su frente infantil, tan prematuramente oscurecida, las dos diminutas manos, aún cruzadas, que cogió con una suya; mas á pesar de sus caricias, ¡cosa extraña! la niña, como si pudiera comprender lo violento de la crísis por que pasaba el hombre, rompió en llanto diciendo:

—¡Siempre, siempre..... simpre con Vd.!

Sin meditarse, la promesa respondia á la promesa, brotando las dos del alma.

XIII

El comedor era magnífico; grandes aparadores sosteniendo la rica vajilla del servicio, cuadros, estátuas, jarrones, espejos; en la chimenea de mármol, gruesos y cruzados leños de seca encina; sobre el terciopelo color de rubí que la adornaba, haciendo juego con el monumental reloj y los altos y elegantes candelabros, macetas de porcelana con violetas de Parma en flor. La luz, descendiendo á torrentes de la artística y preciosa lámpara, bañábalo todo con espléndida profusion.

La mesa estaba cubierta de cristal, china y plata; los manjares eran á la vez suculentos y delicados; los vinos, exquisitos; los criados servian de frac y corbata blanca; ni la omision del más pequeño imperceptible detalle podria ser notado, por exigente y nimio que fuese el observador; la comida, como el local, reunian cuantas condiciones reclaman el gusto, la riqueza y la elegancia en su máximum de refinamiento.

En cuanto á los comensales, era distinto: entre estos existian grandes diferencias en el modo de hacerle los honores.

Antes de marcarlas, no está de más decir que el comedor medio descrito pertenecia al hotel del marqués de Arol del Rio, teniente general de ejército, senador del reino por derecho propio, gran cruz de San Hermenegildo, de San Fernando, de Cárlos III, de Isabel la Católica, y otras muchas nacionales y extranjeras; á la omnipotencia, en fin, á que el ex-alferez de Arapiles habia en mal hora recurrido.

Presidia el anciano marqués; á su derecha tenía á su encantadora nieta, quien, por el delito de no haber sabido la leccion, estaba de cartigo, y por éste condenada al tormento de ver veinte postres y no comer de ninguno; á la niña seguía el aya, elegantemente vestida, desnudos los brazos hasta la mitad, ostentando entre encajes su albura y las dobles pulseras que los adornaban. A la izquierda del noble anfitrion hallábase un coronel de Estado Mayor; junto á éste un comandante, jóven aún y que habia sido ayudante de campo del marqués; y haciendo frente á éste, una de las más célebres eminencias políticas de aquella época, llamada á regenerar la Hacienda, que venía ya muy mal parada por entónces.

Al empezar la comida, el marqués, á pesar de sus esfuerzos para disimularlo, aparecia de ingrato humor y un tanto distraido, servíase de todos los platos sin comer verdaderamente de ninguno; su nieta, callada, suspirante, puestos los ojos en unos maravillosos dátiles de Berberia, cerraba su boca de coral á entradas y principios; el aya comia de éstos y los otros con incansable apetito; el futuro ministro de Hacienda dividia—pensando sin duda en los contribuyentes—el jamon que acababa de servirse, y lo devoraba con asombrosa prontitud; el ayudante de campo, comensal ordinario del marqués, no perdia bocado ni quitaba los ojos del aya, cuya tez era igual en colorido al rosáceo del salmonete; y el coronel, escaso en palabras, irreprochable en las formas, meditabundo, ensimismado, comia poco, bebia á proporcion, se limpiaba mucho los bigotes, y entre servicio y servicio, como si es-

tuviera redactando un parte, con el cuchillo escribia en el plato de china rojo y oro que le habian puesto delante.

De pronto el marqués, dejando en el suyo cuchillo y tenedor con doble ímpetu del que necesitaba, exclamó, con acento más de enojo que de curiosidad:

—¡Cómo saberlo!

Miróle el hacendista, y tragándose el último trozo de jamon en que habia dividido la loncha, dijo en tono de iniciado:

—Acudiendo á quien tiene la clave de este misterioso asunto.

—Pues habrá que echarle un galgo—observó el marqués con displicencia.

Terciando, el coronel de Estado Mayor contestó, ó creyó contestar al marqués, de pensamiento á pensamiento, diciendo con aire confidencial:

—Aun se encuentra cerca.

—¡Toma, y tan cerca! como no diga Vd. más que eso.....

Pasaban los criados las fuentes con una pierna de venado y una cabeza de jabalí con gelatina en la que hizo presa la institutriz.

—Pues no es tan poco, mi general.—repuso el coronel, sirviéndose un pequeño trozo de venado—por que la cuestion puede complicarse más ó ménos, segun la distancia que se establezca.

—No comprendo por qué.

—Pues está bien claro: si se acorta.....

—¿Qué?

—Que le cogerán.

—¡Bastante cogido está él por los cuatro remos! Si anda un paso, que se lo apunten con letras de oro en su hoja de servicio.

—Que se lo apunten, por que ya lo ha dado.

Miróle el marqués de hito en hito, y animándose de pronto:

—¿Está Vd. bien enterado?—le preguntó con visible interés.

—He visto el parte original.

—¿De qué?

—De lo ocurrido, mi general.

Torció el gesto el marqués, y en su tono más brusco y seco replicó:

—¡Bah, bah! indudablemente estamos jugando al juego de los despropósitos. ¿Usted, de quién habla?.....

—¡De quién he de hablar! del general P.....

No habrá en España quien no recuerde, como una de las tres célebres efemérides del año 66, la sublevacion del general P.....

—¡Al diablo ese bocado—dijo el anciano marqués con aspereza—y todos los que con él se regodean!

Confuso, y más que confuso cortado, el coronel repuso separando el plato:

—Entónces, mi general, hemos estado hablando al aire.

—Y tan al aire; lo mismo que las balas que se disparen en este aborto.

Reinó el silencio brevísimo instante; sirvióse el aya nuevo trozo de venado, trocáronse algunos monosílabos y la comida llegó á su fin. Sirvióse

el café, y el aya se dispuso á retirarse llevándose á su discípula, á la que inflexiblemente se le habia hecho sufrir la pena impuesta; sólo que al besarla, el abuelo le dijo al oido:

—Desenfada á Miss, y mañana te llevaré á casa de *Tournier*.

La nieta levantó sus dulces ojos azules cargados de sueño, después de haberlo estado de lágrimas, y fijándolos en el marqués interrogadores y suplicantes:

—¿Vendrá la niña tambien?—le preguntó muy quedo.

—Ello dirá; tú contenta á Miss, que lo demás queda á mi cuidado.

Y faltando á la costumbre, repitió el beso, depositándolo en los cabellos de oro de su nieta.

TERESA ARRONIZ Y BOSCH.

(Continuará.)

ARANJUEZ.

SONETO.

Risueño y encantado panorama:
Espumosa corriente que, á raudales,
Convierte en perlas claros manantiales:
Y rojo fruto, de Aranjuez la fama.
Bosque en jardines: sombra entre la llama
De un sol que dora prismas celestiales:
Esmeraldas, rubíes y cristales:
Retiro bienhechor para el que ama.
Tal fuente hace lucir tal escultura:
Su timbre, aquel relój: otro, la esfera:
Ahora un tapiz: después una pintura:
Gorgeos sin cesar: y por do quiera,
Besos de amor, en fin, que, con ternura,
Al Arte dá la dulce Primavera.

EDUARDO DE CORTÁZAR

Abril, 1883.

Á UNA VENUS INMUNDA.

SONETO.

Yo te relevo de la fé jurada;
vuelve otra vez al fango en que has vivido,
de donde yo te recogí, creido
que pudieras ser fiel y ser honrada.
Perdona si una carga tan pesada
como lo es la virtud, inarvertido
eché sobre tus hombros; yo he querido
hacerte muy feliz, no desgraciada.
Aún tienes juventud, gracia, hermosura;
aún en el vicio corruptor é infame,
tu cuerpo explotar puedes con usura.
Y, pues no tienes alma que se inflame
á la virtud, ni pecho á la ternura,
véndete á quien te compre, no á quien te ame.

VICENTE COLORADO.

REVISTA CRÍTICA

D. Manuel del Palacio, de quien dice D. Ramon de Campoamor, y yo repito: «guarde Dios muchos años, para honor de la poesía castiza,» dió una velada literaria en el Ateneo, ante numeroso y escogido concurso.

La obra más importante que leyera, fué la leyenda titulada *El Cristo de Vergara*.

Escultural en la forma, castiza en la dicción, levantada en el estilo, rotunda en la frase, cadenciosa en el ritmo, galana, elegante y fluida en el lenguaje, carece la leyenda de ese trascendentismo que hoy se exige á los poetas.

No habiendo en la composición poética del Sr. Palacio, realmente suya, otra cosa que su estilo y no poca parte de adorno de fantasía, puesto que aquella se encierra en una tradición, que no es dable desfigurar sin hacerle perder su virtualidad, el auditorio deleitábase tranquilamente en la lectura magistral del poeta y en las maravillas del lenguaje con que había engalanado un asunto, que, si no conocido por la totalidad del concurso, érale familiar y revelábase bien pronto á la perspicuidad de los concurrentes, una vez hecha la exposición de la acción dramática que había de desarrollarse.

Demostró palmariamente el Sr. Palacio que *escribe lo que quiere* y *como quiere*, si bien revelando al propio tiempo, una vez más, que no es su espíritu el que se acomoda y vive, conforme á naturaleza, en el campo de la nostalgia, de la melancolía, de la tristeza, erizado de almenas derruidas, solitarios y tétricos castillos, señores feudales sombríos, y tantos otros elementos que son los obligados en las compo-

siciones cuyos temas toman base en tradiciones, leyendas, consejas, etcétera, etc.

El poeta Palacio es hombre de su época; y este carácter, unido á su espíritu chispeante y cáustico, le hace brillar más en sus agudos epigramas, derroche de donaire; más, cuando en frase pulida vierte la amargura de su alma, que ahuecando la voz para hablar el huero y altisonante lenguaje de la leyenda, antítesis de la característica genuina de su personalidad.

Por la proximidad de la lectura del Sr. Palacio á la velada en honor de Mesonero Romanos, de que me ocupo más adelante, se presentó á mi pensamiento más claro, definido y concluyente, este juicio mio, viendo con cuánta frialdad recibió el auditorio la lectura de una poesía séria, casi romántica, del *Curioso Parlante*, y con qué frenesí se aplaudían los notables artículos *El Romanticismo y los románticos* y *El Miércoles de Ceniza*.

En efecto: tanto el primer poeta como el segundo, realzan su valer y obtienen éxito en tanto aparecen sus personalidades y se oscurecen y fracasan—aunque se les aplauda—tan luégo se ingieren en campos que le son extraños.

Como corolario, presento el hecho de los aplausos nutridísimos con que fueron acogidos los epigramas de Palacio, que copio:

Casó Milagro en Teruel
con un capitan de Almagro,
vino á la Córte con él,
y al año era coronel...
Pero ¿cómo?—Por milagro.

—

Noble, discreto, leal,
cariñoso, liberal,
¡no hay otro como Perico!
mas no supo hacerse rico...
¡qué pedazo de animal!

Piensan gentes leves y de escaso meollo que pierde grandeza, trascendencia y mérito, la composición poética que no mide proporciones colosales de extensión, y en que no se hable con el ceño rugoso y adusto, no se crispen las manos, se ahueque la voz y se ame-

nice frecuentemente el lenguaje con repetidas interjecciones, entre admiraciones triples ó cuádruples.

Lejos de ser así, entiendo se ajiganta más el pensamiento, más se grava con líneas indelebles en el alma, cuando se expone envuelta en la amarga sonrisa de la sátira y en forma concisa: que más surco abre en el espíritu la risa helada en los labios por el dolor, y más nervio y fortaleza adquiere el pensamiento cuanto menos se diluye.

He ahí el comprobante en los dos epigramas trascritos, cuyo análisis no pretendo, por no ofender la perspicuidad del lector.

***

El Ateneo honró la memoria de Mesonero Romanos, uno de sus más diligentes fundadores y eminentes socios.

Pronunció el discurso panegírico el Sr. Canalejas, discurso *escultural* en cuanto á la frase y á la pronunciación. De propósito hemos subrayado la palabra *escultural*, porque, en verdad, más que enunciado, fué cincelado, esculpido. La corrección y pulimento de la dicción, y la frialdad *escultural* con que hubo de enunciarlo, mermábale el realce y la brillantez que hubiera adquirido á haberlo sentido más. Tal carencia de accionado y de expresión, juntamente con la tersura de la frase y seguridad de la palabra, demostrada por el Sr. Canalejas, hubieran decidido á pensar, á quien por primera vez escuchára ésta, que el discurso, elaborado en la apacibilidad del gabinete, decíase allí, sin faltar en un punto, como consecuencia del ejercicio más perfecto y acabado de la memoria.

Entre la circunspección necesaria que reclama una oración de esta índole, y el calor y movimiento de la oratoria de discusión y polémica, hay un término medio que, no tenido en cuenta por el Sr. Canalejas, cercenó, en gran parte, la brillantez de su peroración.

Es la lectura de composiciones literarias, en prosa ó verso, arte no poco difícil; porque, ó degenera en declamación, propia de la escena, ó se desluce y oscurece el pensamiento con la frialdad del decir.

El timbre, extensión y modulaciones de la voz; el conocimiento

del género literario y del estilo; la comprensión del pensamiento que palpita en la frase, y, sobre todo, la solidaridad de caractéres entre los de ésta y la obra leida, son elementos y factores necesarios, imprescindibles, en nuestro concepto, para realizar dignamente una lectura. Así, que son contados entre nuestros literatos los que reunen estas condiciones, principalmente, las dos primeras.

Una vez hecha esta sumaria exposición de lo que entendemos necesario á este género de lectura, que bien pudiera llamarse académica, apuntaremos algunas observaciones hechas con motivo de los trabajos literarios leidos por los Sres. Fernández Shaw y Ortíz de Pinedo.

El primero, generalmente aplaudido con largueza, lo es más y más justamente cuando lee composiciones poéticas de estilo y espíritu iguales á la que, de Fernández y González, leyó en la velada en honor de Moreno Nieto. Jóven, muy jóven aún, casi un niño, el señor Fernández Shaw, une su expresión, todavía impregnada de *cierto candor*, á su espíritu esencialmente sentimental y espiritualista; y de aquí que tanto interesen y agraden sus lecturas.

Ahora bien: ¿son estas condiciones, bastantes á expresar de una manera genuina y propia el carácter de Mesonero Romanos? Entendemos que no.

El espíritu del *Curioso Parlante*, era eminentemeute crítico y satírico, y no se hallará en buenas condiciones, ciertamente, para interpretarlo, aquel que, como el Sr. Shaw, sienta de diverso modo; de la propia suerte que, D. Julian Romea, no caracterizaría los tipos de D. Ramón de la Cruz tan á placer como los Guzmanes y Fernández.

No basta, pues, leer sin tropezar, sin faltar á la puntuación, ni sin dejar de hacer admiración allí donde la haya. Há menester, el que lea, identificarse con la personalidad del autor, con su estilo, y compenetrarse con su pensamiento.

La lectura participa en algún modo de la declamación, sin caer por ello en sus exageraciones; pero es evidente que la puntuación en un escrito representa algo más que jalones de descanso para el lector: es la mímica, el accionado, la expresión, la modulación y el sentimiento, expresado con signos, que no por aparecer frios y mudos, dejan de encerrar todo el espíritu del autor. Equivale, en una palabra, la puntuación, al *carácter* de la literatura.

El Sr. Ortíz de Pinedo, resulta *menos candoroso* que el Sr. Shaw,

hasta el punto de degenerar en el extremo opuesto. Comprende, sí, el carácter zumbón y cáustico del *Curioso Parlante*, y extremándolo, ve cantáridas allí donde no hay más que ligeros sinapismos. Concentra el Sr. Ortíz de Pinedo, cuanto le pertenece al accionado y al movimiento, en la expresión, en el modulado de la frase, en las contracciones de la fisonomía y en el acento. Sus pausas, lo recortado del decir, dicen algo más, y más agravan la pimienta que de suyo tienen las composiciones literarias de Mesonero Romanos.

Asunto es este que merece la atención del crítico, áun cuando pudiera parecer baladí. Mas si se reflexiona, pronto se alcanza su trascendencia. En España no se ha vulgarizado este espectáculo suelto de las lecturas, implantado y desarrollado pasmosamente en otras naciones. Mas como es presumible adquiera entre nosotros mayor incremento tal vez en el próximo curso académico, en que se trata por personas caracterizadas de organizar un círculo en que, mediante cuota de ingreso y periódica, se puedan conocer los trabajos literarios de los poetas y publicistas en general, leidos en el mayor número de los casos por los autores antes de darse á la publicidad, conviene estar atentos á las condiciones del lector académico, acerca de los cuales y de la preceptiva á que han de ajustarse hemos de publicar muy en breve algún trabajo.

***

Aplaudimos la diligencia de literatos y editores, encaminada á trasplantar, por medio de versiones, á nuestra plaza, obras didácticas y de amena literatura, de países extraños. Con estos trabajos se ensancha el caudal de conocimientos, se enriquecen los tesoros de la inteligencia y se abren nuevos y más ámplios horizontes al pensamiento. Préstase incomparable beneficio al estudiante del áula, al filósofo, al científico, al literato, que á no poseer los diferentes idiomas europeos, se vería privado del conocimiento de esa gran vida intelectual, y causaria á España uno de los azotes más terribles: el de la carencia de comercio intelectual, comercio el más importante que han de promover y mantener las actuales nacionalidades.

Pero si bien es cierto que todas las empresas humanas han de proponerse dos frialdades para ser perfectas, una que aprovecha al mayor número y otra al fautor de aquellas, es no ménos evidente que

se desequilibran, en cuanto sólo buscan el beneficio personal, egoista.

Nos sugiere esta reflexión, de suyo elemental y clara, la lectura de un librito de Mably que recientemente se ha *intentado* traducir al español; titúlase: *De los derechos y de los deberes del ciudadano*, el cual es un atentado literario, en toda la extensión de la palabra, atentado que se demuestra en algunos párrafos que trascribimos más adelante.

Acasa en el editor, si el editor existe, como tal industrial, ó negligencia y apatía, ó carencia de conocimientos lingüísticos, ó debilidad de carácter, obedeciendo á imposiciones de la amistad; y en el traductor, no cabe suponer más que deficiencia en el conocimiento de las lenguas francesa y española.

Esta ligereza es perjudicial en grado eminente para las letras españolas y francesas, y nociva, en no poca parte, á nuestra cultura; y entendemos es más prudente morigerar el deseo, cuando éste no ha de hallar satisfacción cumplida y correcta, que irritarle y darle largas por el apetito inmoderado de la exhibición y la popularidad.

He aquí, como pieza de prueba, algunos fragmentos, para que, al tratar de estos autos, no se entienda fué apasionada la sentencia.

«*Yo* estoy ávido, Milord, le respondí *yo*.....» «.....; una verdad atrevida le espantaba, y *él* no tuvo valor para atacar y destruir errores reverenciados. *Él* había nacido en una república nueva, en la que se conocía el precio de la libertad; pero la fortuna, desterrándole, le había unido al servicio de la reina Cristina, cuando *él* compuso su *Derecho de la paz y de la guerra*, y *él* tuvo la fantasía de publicarlo.....» «¿Cómo se proponen estos escritores despojar al ciudadano de sus derechos, los más legítimos? jamás *ellos os* presentarán un objeto bajo todas sus formas, tan pronto *ellos* descomponen demasiado sutilmente una cuestion, tan pronto *ellos* la cargan de accesorios que le son inútiles. *Ellos* amontonan sofismas sobre sofismas. *Ellos os* hablan del respeto profundo que es debido á las leyes, *ellos* se guardan bien de notar al lector, etc.,» y de esta suerte,—y aún más infortunada—es la totalidad de la traducción de que hablamos.

Cumple á nuestro deber—que por lo que tiene de quijotesco causa no pocas veces enojos y origina animadversiones é inquinas—hacer notar las bellezas y las deformidades con integridad y firmeza de caracter, áun cuando la tarea sea ingrata; y por tanto, á despecho de sinsabores, y á trueque de ser pasto de la maledicencia y de la ca-

lumnia, apuntamos sin temor los defectos allí donde los notamos.

***

Gran suma de paciencia y holgura de tiempo revela el Sr. Rojas de la Vega en su librito titulado *Juicio crítico de las obras de Calderón de la Barca bajo el punto de vista jurídico.*

Sin entrar de lleno á examinar el trabajo citado—pues esto nos llevaría á nimiedades y puerilidades sin cuento—el cual, por de contado, es maravilla de *atención de microscopio*—si vale la frase—hacemos notar cómo aún no se ha extinguido esa familia de literatos que, llevando su entusiasmo por los autores eminentes, que fueron, hasta el paroxismo, consumen su existencia y sus talentos en desmenuzar oraciones, palabras y sílabas, en busca de raras coincidencias; formando anagramas y dísticos, y descubriendo misteriosas facultades, ignoradas por la humanidad, y que sin duda eran características de aquellos genios, que tan prolijamente estudian. Aún viven entre nosotros esos entusiastas que, cual el Sr. Rojas de la Vega, dedican vigilias y cerca de doscientas páginas, para sentar á la postre la dolorosa conclusión de que «Calderón es, no sólo el primer poeta dramático de España de los últimos siglos, sino el mejor *poeta jurídico.*»

No es nueva, sin embargo, la idea de revelar á un literato como distinguido jurista; pues entre otros trabajos, se nos viene á las mientes el debido al Sr. Martín Gamero, titulado: *Ideas jurídicas del Quijote*; así como tampoco es añejo, sino de hogaño, el pensamiento—inverso al de los comentaristas—de determinar y exponer la estética y la poesía en el derecho.

En las Memorias de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Lisboa, se puede ver un trabajo acerca de la estética en el Derecho; igual al desarrollado en una conferencia en la Academia de Jurisprudencia, enel presente curso, por el Sr. Urquiola. En la Academia últimamente citada, el Sr. Conde y Luque pronunció otra, cuyo tema enunciábase *La poesía del ó en el Derecho*—que no recordamos exactamente el título — y más podrían citarse, tanto de los que buscan el derecho en la estética y en la poesía, cuanto de los que ven estas en aquél.

En algo se hallan contagiados estos literatos, rebuscadores de caractéres nuevos, que jamás les fueron atribuidos á los más célebres

dramaturgos, del *hastío y menosprecio de lo actual*, á que se refiere el Sr. González Serrano, en el capítulo así titulado de su libro *Preocupaciones sociales*, de que trataremos en la próxima revista.

He aquí, lo que á este propósito, dice dicho escritor:

«Lograremos, con ese criterio de menosprecio á lo actual, que los genios vivan desconocidos y en la miseria, como aconteció con nuestro Cervántes, á reserva de *compensar* y creer que se corrigen tales faltas con *dedicarles después una apoteósis póstuma que llegue en su exageración á que los proclamemos* (casi es lo único que falta hacer con Cervántes) *inventores de la piedra filosofal.*»

***

En el periódico *La Epoca*, correspondiente al 18 de Enero último, con motivo del artículo suscrito por el que escribe, titulado *¿La casa en decadencia?* hacíamos la siguiente afirmación rotunda: «Por ventura, el Ateneo, ¿ha cumplido ya su misión en nuestra pátria, y como todas las instituciones que realizan sus fines en la historia, tiene decretada su muerte? No; el Ateneo, que en otras épocas no podia sustraerse á las agitaciones políticas, sufriendo las contingencias de ella, hoy, habiendo dado punto á aquellas revueltas, ha entrado á vivir su vida propia y característica, alejado de las pasiones y de las parcialidades, consagrado á las más altas especulaciones de la ciencia y mantenido en campo neutral, cobijando y dando abrigo á todas las opiniones, á todas las escuelas. Su misión no acaba nunca, no tiene fin, como no lo tienen el progreso y la civilización.»

Ratificándonos en esta aserción, hemos de ampliarla, ó más propiamente, desarrollarla, remitiendo nuestras observaciones á la comisión de reforma del Reglamento de aquél Centro que, al presente, se ocupa, al parecer, con ménos actividad y deligencia que la solicitada por los intereses del mismo. Noticias oficiosas atribuyen á los indivíduos que constituyen dicha comisión el propósito de abrir una información ámplia, y á ella, anticipándonos, acudimos, con la autorización que nos dá un deseo y una aspiración por todo extremo sincera y legítima.

Es evidente que, corporaciones como el Ateneo, no tienen escrita fatalmente su muerte en determinada época, pues su finalidad es constantemente una, en todos los tiempos: mantener, por el lazo in-

disoluble de la cultura, la unión de elementos heterogéneos en ciencias y arte, por y para este arte y ciencias, cuyos desarrollos, progresos y difusiones interesan y benefician á los pueblos que las estimulan, desarrollan y prestan apoyo.

Ahora bien: todo organismo y toda asociación, si no han de rebelarse contra las leyes de naturaleza, han de tender á su trasformación y perfeccionamiento, que es ley de la vida, huyendo de todo quietismo, que es símbolo de muerte.

El Ateneo de Madrid, en sus anales, cuenta épocas notabilísimas, y que, por su íntima unión y enlace con los hombres más famosos de las edades contemporáneas, van unidas á las páginas de la historia patria; páginas, por cierto, de las más honrosas y brillantes.

Cumplia su elevada misión abriendo, noble y francamente, sus cátedras á las escuelas todas; brindando especialmente á las liberales, asilo y refugio sagrado donde no llegaban los ensañamientos de la política, y si llegaban sus fuegos venian amortiguados y con heraldo, templando de esta suerte las pasiones.

Fidelísimo intérprete de las épocas en que ha vivido, ya revelando sus glorias, sus decadencias, abatimientos y desmayos, ha sido en todos tiempos, ora el barómetro de la política española, ora el nivel de nuestra cultura, de nuestras aspiraciones y tendencias, ora el denunciador de nuestros males sociales, y el celoso y asíduo director de la opinión ajena de apasionamientos y extravíos.

Consecuente en su espíritu y tendencias, y reflejando los tiempos, ha abandonado las luchas vehementes de la política, trocándolas por las vivísimas, pero en el fondo tranquilas, de la ciencia y el arte, formando con su rica biblioteca, sus conferencias y salones de lectura, el áula de enseñanza más provechosa y fecunda.

Las discusiones, las cátedras, las conferencias, las veladas, la diversidad de periódicos y revistas y el caudal de libros, parece como que marcan el límite de los elementos que hoy debe ofrecer á la generación ilustrada el Ateneo de Madrid, y nosotros, á despecho de que se nos tache de ilusos ó exigentes, afirmamos que aún debe y puede realizar de manera más acabada, propia y perfecta su finalidad.

Las discusiones salen de su cáuce no pocas veces, manteniéndose ya perezosas, ya avivadas hasta la irritación—tal vez por la debilidad ó apatía de las presidencias respectivas—resultando, á la postre, lamentablemente estériles.

Las cátedras, que un tiempo tanto prestigio y realce dieran á la Corporación, arrastran una vida lángida, y apenas si se ocupan los directores de promoverlas y propagarlas atrayendo elementos para su desarrollo, limitándose al presente á la enseñanza de un reducido número de lenguas europeas.

Las conferencias, que prestan alguna variedad y beneficio, se desvirtúan á menudo por razones que más ámpliamente expondremos, y ejercen su acción en escasa concurrencia.

Las veladas, en un principio recibidas con avidéz y cortejadas por el mayor número, es costumbre que se debilita y pierde terreno en los ánimos.

Quedan, pues, como elementos vivos y provechosos, las publicaciones periódicas y los libros, y tanto en la adquisición de unas como de otros, no siempre preside un criterio desapasionado y ámplio.

Hasta aquí los hechos y las crudezas de nuestras observaciones. Veamos ahora cuál entendemos sea la finalidad que actualmente ha de perseguir el Ateneo, y los medios que conducirian—en nuestro sentir—á su perfecto desenvolvimiento y progreso.

En primer término, la actividad y la vida toda del Ateneo, sus beneficios, sólo se reparten con codicia, y cual si se tratara de pingüe dividendo, entre sus miembros, pues bien escasa es, por cierto, la ganancia que toca al público que acude á estudiar idiomas y á escuchar las conferencias. ¿No entienden los señores de la comisión de reforma del Reglamento, que algo debiera hacerse con objeto de que los actos y trabajos de la *casa* alcanzaran más trascendencia y mayor difusión en el exterior de ella, penetrando en la opinión pública de un modo completo y fecundo, y excitar por de contado á la prensa periódica—que acaso si anuncia en ligerísimas noticias, no pocas veces plagadas de errores, las más importantes y provechosas tareas—á que dedique más atención y cariño á un centro del prestigio, bondad y trascendencia del Ateneo?

¿Holgaría que éste iniciara en épocas y forma pertinentes la congregación de elementos inteligentes y estudiara determinados puntos en que se hallan interesados de consuno la ciencia y el bienestar de os pueblos, ya sean estos elementos españoles ó extranjeros, y la reunión de artistas y de obras, estableciendo certámenes ó disponiendo exposiciones?

¿Quebrantaría los intereses del Ateneo hacer públicas las discu-

siones, y promover lecturas públicas, asimismo, no ya tan sólo literarias y académicas, sino científicas, y con el fin práctico de la educación y cultura general?

¿No sería provechoso, asimismo, establecer gabinetes de física y de historia natural, al propio tiempo que un laboratorio químico, donde, así como una conferencia, podría darse una lección práctica, en que se revelase un progreso ó se hiciesen experimentaciones notables?

¿Cree la comisión citada que el Ateneo llenaria más cumplidamente su misión editando una biblioteca en que entraran á formarla elementos tan varios é importantes cual los discursos de apertura de curso y los pronunciados en las secciones, las conferencias y las cátedras, con las Memorias reglamentarias de los secretarios de aquéllas, con más los trabajos particulares cedidos por los socios, sirviéndose para ello del auxilio de hábiles taquígrafos?

En una palabra; los esfuerzos han de dirigirse, en nuestro concepto, á ensanchar la esfera de acción del Ateneo, y á propagar la cultura y la ilustración en el país.

En todas las empresas que se acometen, han de orillarse dificultades sin cuento que, si aparecen insuperables, se vencen al fin con un deseo sincero, un propósito firme, y un espíritu levantado y patriótico de concordia y de unión.

De un lado el esfuerzo de la colectividad, y de otro la cooperación individual, ya prestando servicios, ya contribuyendo con donaciones de libros y otros objetos, podrían ir realizando aquellas mejoras que reclama el espíritu de nuestra época.

Más actividad de parte de la presidencia del Ateneo, más atención y cuidado y solicitud de todos.

RAFAÉL CHICHÓN.

CRÓNICA POLÍTICA

Ofrecimos en el último número decir algo de la reunion de la izquierda, congregada para inaugurar el nuevo círculo, la nueva casa de su vida familiar y de sus íntimas expansiones, y comenzamos hoy nuestro trabajo cumpliendo la oferta anticipada.

Fueron muchos los encargados de notar y hacer públicos los grandes afanes del partido nuevo, y las grandes tambien y lisonjeras esperanzas de sus iniciadores, propagandistas, abogados y cantores. De aquellos discursos resulta que la izquierda liberal es un partido con arraigo en la opinion y mucha consistencia, á pesar de su poco tiempo de vida y de la proximidad de su nacimiento; de aquellas oraciones se deduce que la izquierda palpita como solucion en todos los corazones, y alienta como aspiracion en todas las inteligencias, y se mueve en todos los ánimos como deseo, y revoluciona en todos los corazones como necesidad.

El ramillete de los discursos fué un panegírico, mejor todavía, una corona, tejida por labios elocuentes, no ménos que interesados en el bien y en la prosperidad, ideal y positiva á un tiempo, de la misma agrupacion.

Cerraron el programa dos discursos especiales: el de la doctrina, pronunciado por el Sr. Montero Rios, y el de las gracias y la cortesía, dicho por el duque de la Torre.

Sería ocioso y no ofrecería novedad ni interés bastante el análisis de cuanto constituye y forma el credo de la política izquierdista. Le conocen nuestros lectores, le hemos examinado en otras ocasiones, llegamos á deducir tambien de su exámen que ni justificaba ni podia explicarse con aquel programa el empeño de formar un partido enfrente del partido liberal gober-

nante, y nada tenemos que añadir y nada tenemos que rectificar sobre lo dicho.

Pero estamos en unos dias en que la corriente lo fia todo á la opinion, que cuando está callada se la quiere presentar despierta, y cuando está movida se la quiere arrastrar por el cáuce que á cada uno interesa y que á cada cual conviene, y no hemos de levantar bandera de rebelion contra la misma corriente, mucho ménos en un asunto que la opinion ha fallado de la manera más conforme y en mejor armonía con nuestro propio pensamiento.

La opinion y el juicio imparcial de las gentes ha dicho:

—Que el discurso del Sr. Montero Rios fué sinceramente monárquico; y la opinion ha notado tambien: que el Sr. Montero Rios no habló de cambios ni reformas constitucionales, limitándose á mantener el *sentido* el espíritu, decimos nosotros, de la Constitucion de 1869.

Todo lo demás que esa noche se afirmó, se defendió y expuso, no tiene importancia ni significacion opuesta á la declaracion aquella del Sr. Montero Rios.

Tenemos, pues, una demostracion nueva de nuestra tésis, un argumento ó una repeticion más del mismo argumento, en favor de la política que estamos aconsejando.

La izquierda no está separada del partido liberal por disidencias ideales, ni por distancias de juicios y apreciaciones, ni por dogmas opuestos; la izquierda no justifica su situacion, como partido, por razones de fundamento y de doctrina.

¿Será preciso creer y será lógico sospechar que, entre la izquierda y el partido liberal-dinástico, no hay otras incompatibilidades que las del humor, ni otras diferencias que las geniales y las de carácter, ni otros abismos que los que establece y crea el impulso pasajero y personal de la simpatía ó de la repulsion?

Pues si esto fuera, no sería jamás razon para mover colectividades, ni causa para producir agrupaciones y partidos. Si en otras bases, si sobre otros fundamentos no se levanta la izquierda, la izquierda ha muerto, la izquierda no es el partido liberal, porque el partido liberal es verdaderamente la izquierda y la agrupacion avanzada de la mayoría.

No juzgaremos con móviles apasionados de ningun género de afirmaciones, de ninguna especie de liberalismo; y con tal propósito, perseguimos ahora, y perseguiremos siempre, la huella que dejan todos los actos de los hombres que nos merecen admiracion y respeto. Aquella reunion izquierdista fué conocida y relatada minuciosamente. Se habló mucho de lo ocur-

rido, y de lo que se declaró, al siguiente dia de celebrada la reunion. Y después olvidóse todo lo pasado, y pasó el efecto á las veinticuatro horas.

¿Es que cuando callan los oradores de la izquierda, la izquierda se acaba?

¿Es que el convencimiento que nosotros sentimos está en la masa general de los hombres todos que se consagran activamente á la política?

¿Es que la libertad ofrecida por la nueva agrupacion ha de mantener ménos viva la esperanza cada dia que trascurre y cada momento que se va, por lo mismo que en la marcha del Gobierno, en cada instante y en cada dia, ó se fija con más raíz, ó se declara con más extension el plan reformista ofrecido, y ya en mucha parte realizado?

Sin duda alguna que no ofrecen más interés estas academias de la izquierda, porque se aviva la curiosidad en la víspera, se satisface en la hora de las declaraciones, se pierde en cuanto pasa la primera noche, y se olvida en el primer sueño que se disfruta.

No es fenómeno casual que un partido, que por tal se tiene, de aficiones populares y decidida inclinacion democrática, no agite el mar político más que en las primeras capas, superficial y ligeramente; y esto que pasa tiene la explicacion más lógica y más racional en la existencia de una política vigente y directora, que satisface hoy las mismas necesidades que la izquierda pretende satisfacer mañana.

***

Hemos cumplido la promesa pendiente, y lo ocurrido en los dias pasados no está, como pudiera creerse, aislado de toda relacion con la indiferencia en que mantienen á la opinion pública las propagandas de las oposiciones.

Las minorías necesitan agitar el mundo, viven y florecen con más aparato y superiores grandezas cuando es mayor el mal que llevan al campo hostil la confusion que introducen en las contrarias filas y el descrédito político que esparcen sobre todo aquello que á sus propósitos se opone y contra sus aspiraciones se levanta.

Su actitud se inspira en el ataque; como el gran D. Francisco Melo de Braganza, no hay político fuera del Gobierno y enfrente del Gobierno que no crea que se anula y se desacredita si no combate siempre, constantemente, á todas horas, iniciando la censura, fulminando la acusacion, á la ofensiva sin temor y sin tregua.

¡Cuánto Rocroy político se sucede para nuestros partidos, tan funesto quizás, ya que no tan glorioso, como el Rocroy de nuestra infantería en el siglo XVII!

Y todo por aquel mismo afan destructor y desesperado, más que en la necesidad de las propagandas, mantenido por los ódios de las procedencias; y más que para el bien de cuanto es fundamental en el organismo del Estado, para el desprestigio de un disidente, de un evolucionista, quizás de un pensamiento mejor iluminado y de una inteligencia que vé claras y distintas las ántes oscuras y nubladas fórmulas de la mejor política y del más adecuado régimen á las circunstancias del momento.

Tambien por estos caminos se alcanza la victoria, tambien se llega al fin soñado y perseguido, y entónces no hay inconveniente, ni nadie lo ha sentido, para devolver en alabanzas y cambiar en panegíricos las amenazas y las ofensas.

—Perdonaré á mis enemigos, decía Heine, pero después de ahorcados.

Los políticos españoles piensan tambien, en esto de las enemistades y de los enemigos, como el poeta aleman.

Desgraciadamente.

Volviendo los ojos y la pluma á la realidad, el primer debate parlamentario de los que llaman de sensacion, fué el promovido por el Sr. Gonzalez Fiori sobre la causa formada al Sr. Monasterio. Tanto se ha dicho sobre aquella contienda, en que intervinieron el interpelante, el ministro de Gracia y Justicia y el Sr. Silvela, en representacion de la minoría conservadora, que nada nuevo podríamos añadir, aunque nuestro empeño fuera ese, á lo sabido y juzgado por todos.

Hubo exceso de pasion en el ataque, y tal vez falta de energía y de pasion en la defensa, y fué abundante y sobrado de intencion maligna el último comentario de la minoría conservadora.

Si los iniciadores de la batalla y los provocadores del combate fueron impulsados por fines políticos, bien podemos decir que el asunto no podia tener aquella significacion, ni era negocio extricto de Gobierno, ni obra correcta de parlamentarismo; y por si la tendencia fué quebrantar algun elemento muy avanzado de la situacion, la mayoría no puede hacerse solidaria, ni áun en ficticias apariencias, de estos planes, ni colaborará, seguramente, en tal obra de destruccion.

***

A los pocos dias se levantó un rumor que produjo cierto desórden en los elementos *flotantes* de la política.

El Sr. Mártos se retira á la vida privada, y se retira porque empieza á creer imposible la formacion del gran partido liberal-dinástico, en el cual debian confundirse los demócratas, los constitucionales y los demás que aceptasen su programa. Se retira á sus tiendas, Aquiles-orador, porque ha perdido la fé en la eficacia de la política, inspirada por el jefe de la situacion, y desconfia de que el Sr. Sagasta pueda realizar el gran pensamiento de fundir á izquierdistas y constitucionales. Se retira á veranear, porque necesita más aire la frente ardorosa, y más horizonte el pensamiento, y más frescura el corazon; que parecen estrechos, y pueden serlo para el *vir bonus*, estos arranques de salir, el periodismo afecto á la situacion y los hombres que la constituyen y el Presidente que la dirige, de salir á la defensa de sus ideas y de sus personas ante la diaria acometida que fraguan en la noche, y para el dia siguiente únos y otros enemigos de la situacion política actual.....

Pero no se retira á la vida privada; se aleja, no más, de la vida política.

Aquel anuncio y esta negacion inmediata, causaron el mismo efecto entre los desinteresados por la actitud política del Sr. Mártos.

No hubo quien lo creyera.

Es un hombre político, de tal naturaleza política el Sr. Mártos, que en la situacion en que hoy se encuentra, por igual alejado de la República y de la Monarquía, por igual distante del Gobierno y de las oposiciones, con sus amigos licenciados del servicio político, con su partido sólo y disuelto, con dudosa representacion en la prensa y más que dudosa fraccion en el Congreso, no puede sustraerle la misma decision de su voluntad á ningun debate de alguna trascendencia, sin que su opinion se conozca, se repita y se comente.

¿Por qué? Porque la dice.

El Sr. Mártos no puede callar, porque no debe callar, cuando se habla de política.

Declaraban las personas que más cerca tiene el Sr. Martos cuanto hemos apuntado como razones para escusar su alejamiento de la política, y en el primer debate verdaderamente político que acaba de surgir, que en estos momentos agita á la Cámara y á la opinion, interviene públicamente en el salon de conferencias, y áun intervendrá, tal vez, en el mismo salon de sesiones.

Hasta ahora no ha hecho uso de la palabra en el recinto de las leyes

pero ya hemos oido de sus propios labios que los discursos del Sr. Sagasta y del Sr. Montero Rios no reflejaban disidencias políticas fundamentales de ningun género, que la boda de constitucionales y demócratas se haria necesariamente, y que todo lo malo que aquí podia pasar, todo lo que, como posible, lamenta ya el Sr. Martos, es que no se realice pronto aquella union, y que, si es preciso que á la larga se forme, sea tambien probable que ántes vuelva un Gobierno conservador con las mismas tendencias pasadas, y que podia ser, en su concepto, obstáculo para el órden y dificultad para todos.

De esta manera se retira de la vida pública el Sr. Martos, concretando con gran sentido el único juicio conocido hasta ahora—que estamos en el dia segundo del debate—sobre lo dicho y argumentado en la sesion primera.

No podia suceder otra cosa; no era de esperar un silencio antipatriótico y un retraimiento estéril, porque el Sr. Martos no iba á ninguna parte, y perjudicial, porque es siempre perjudicial el silencio del Sr. Martos, de persona que tanto puede hacer con su palabra.

Con su palabra, porque no tiene partido; con su palabra, porque no tiene más programa que el del bien ajeno; y con su palabra, repetimos, que más le obliga para acallar á sus mismos adversarios, que han supuesto cosa baladí y sin trascendencia el alejamiento de hombre tan eminente y tan aislado.

Y puesto que referimos con verdadera satisfaccion cuanto puede contribuir á una inteligencia cordial entre todas las fuerzas liberales de la monarquía, justos hemos de ser con todos; y no porque la máxima de Polibio, que manda á todo escritor que rompa su pluma si no sabe censurar á sus amigos y no sabe aplaudir á sus adversarios, nos contenga más veces en el aplauso á los nuestros que en la alabanza á los enemigos, hemos de olvidar hoy el gran triunfo político y oratorio que acaba de obtener el Presidente del Consejo de Ministros.

El asunto es el mismo; con formas diversas, el problema es el que viene planteándose desde el advenimiento al poder del partido liberal-dinástico: es el afan de enmendar los pasados errores y las constantes disidencias en la familia liberal.

La izquierda ha provocado una batalla política contra el Gobierno y contra el jefe del Gobierno. Ha faltado razon para semejante hecho; el instinto de las conveniencias políticas más elementales se ha olvidado por un momento, y toda la inteligencia superior del Sr. Montero Rios, toda su intencion y todos sus recursos de hombre de Parlamento y de doctrina, han

producido únicamente un acto de agresion personal contra el Sr. Sagasta.

Pues bien; el Sr. Sagasta, el corazon apasionado por la libertad, el alma frenética de entusiasmos, el propagandista tenaz y formidable, el tribuno ardiente que asestaba el último golpe certero y producia la última herida mortal, el maestro en el decir audaz y en la expresion arrogante, combatido en su política y sañudamente atacado en toda su gestion de hombre de gobierno, acaba de obtener uno de los triunfos parlamentarios más brillantes de toda su vida pública.

De pié en su puesto, inclinando todo su cuerpo en actitud defensiva y con la altiva elocuencia de los instantes supremos, la cabeza agitada como torbellino, los brazos abiertos, los movimientos ágiles, la accion resuelta, la fisonomía en contracciones sin fin, la boca dilatada, grande oratoria recortando los períodos y esculpiendo las frases, dominando la mayoría, sometiendo á la oposicion, su último discurso ha sido la defensa más conmovedora de todos sus actos, y la justificacion más preventiva y más elocuente de su autoridad y de su prestigio.

Aun defendiéndose, áun justificándose, áun razonando, si quisiérais hacer la pintura de su oratoria, necesitaríais de los pinceles de Goya ensangretados y encendidos.

La lógica tiene sus inclinaciones, y se declara por los extremos; pero cuando mueve la pasion á los enemigos del Sr. Sagasta, el Sr. Sagasta vence siempre con la misma pasion, ardiente, poseido, impetuoso, arrebatado, elocuentísimo.....

El debate político continúa.

Cuando el número de la Revista entre en la máquina, continuará todavía el debate político que ha comenzado con un triunfo oratorio para el Sr. Sagasta, y acabará con un triunfo parlamentario para la situacion política.

Hacemos aquí punto, y para que siempre quedemos en deuda con nuestros lectores, daremos cuenta en la próxima Crónica del final y el desenlace.

***

Sucede en el órden de los hechos lo mismo que sucede en el órden de la aparicion y desarrollo de las ideas; una más saliente, más trascendental y

de aplicaciones más generales, oscurece el brillo de las otras y se admira únicamente lo principal.

En estos momentos, ante la importancia concedida á la discusion de las disidencias entre el gobernador civil y el presidente del Ayuntamiento de Madrid, todo pierde interés, palidece y se olvida.

No sabremos decir si esto es progreso en las costumbres ó estrago en el paladar de las inteligencias. No podemos afirmar si esta predileccion por las grandes batallas políticas es resultado del predominio que ejerce en nuestro país la fantasía sobre la razon y sobre el discurso, ó lo es de que empieza á preocuparnos á todos el régimen del Estado, el carácter del organismo nacional en que nos agitamos, y los grandes intereses políticos permanentes y fundamentales; pero el hecho es cierto.

La Hacienda debe ser inmortal, cuando en cuarenta años de mala vida no ha padecido quebrantos definitivos.

La Administracion está mejor de lo que se dice; porque si no fuera así, habria ya desaparecido la Administracion.

Y al Tesoro no debieron causarle gran mella todas las operaciones que, en antiguas ymodernas épocas, hubo de sufrir, cuando no se quedó en ninguna de ellas.

Decimos lo propio de los Gobiernos. Si tan malos hubieran sido todos, ¿dónde estaria el país?

Contra ese pesimismo protestan, en esta época, las soluciones prácticas de muchos problemas pendientes, alcanzadas por el partido liberal y con el asentimiento de todas las agrupaciones.

En todos nuestros artículos referimos alguna novedad provechosa; y porque no falte en el presente, podemos adelantar que en el Senado se acordará que pasen al Tribunal Supremo, para su conocimiento y su fallo, todos los delitos de lesa majestad, resolviéndose de este modo el problema más importante de la ley del Jurado.

***

Las noticias del extranjero no acusan mayor interés.

No ocurren tampoco grandes novedades en los diferentes países del Continente.

Soliman-Bajá, el general turco que tanto se distinguió en la guerra con Rusia, ha muerto en Bagdad.

El general Moltke se encuentra gravemente enfermo.

En Inglaterra se agita con nuevo calor la idea de abrir un nuevo canal en Suez, para el servicio exclusivo del comercio inglés.

El dia 27 del actual se verificará en Moscow la coronacion del Czar, y la córte imperìal no regresará á San Petersburgo hasta el dia 13 de Junio.

El príncipe de Bismarck ha protestado contra las ingerencias del Parlamento aleman en el ejército, añadiendo que, segun la Constitucion, todo el ejército germánico está bajo las órdenes del emperador.

En Francia preocupan hoy la atencion principalmente las cuestiones económicas.

X.

EL IMPERIO IBÉRICO

Continuacion.

X

Sucede con las sociedades algo análogo de lo que se verifica con el indivíduo: cuando la tranquilidad y los medios de hacer frente á las necesidades más perentorias de la vida están asegurados, no tardan en llamar á la puerta las intelectuales, ya sean juegos de la imaginacion, ya investigaciones del entendimiento, para darse razon de lo que á su alrededor pasa, ya tambien el deseo de un completo bienestar, y no pocas veces el del lucro que, aprovechándose de fuerzas naturales, lleva á cabo una reforma industrial que satisface á necesidades urgentes. Por otra parte, cuando la inteligencia se ha puesto en ejercicio, el estudio y la observacion, el descubrimiento de una verdad, real ó imaginaria, proporcionan deleites inagotables que, si tal vez, ménos vehementes que los de otra índole, tienen, en cambio, la ventaja que jamás traen tras de sí el hastío: por el contrario, todo conocimiento adquirido es un gran estímulo para pensar en otros que ni siquiera se habian soñado. Dentro de ciertos límites, la observacion indica que sucede con las leyes de la inteligencia y del espíritu algo parecido á lo que acontece con todas las otras partes del organismo animal: si la falta de uso concluye por atrofiarlas, el ponerlas en ejercicio proporciona, dentro de los términos que sus condiciones permiten, instantes de satisfaccion, como lo vemos diaria-

mente por el deseo de ponernos en movimiento cuando en el reposo largo tiempo se ha permanecido.

Aparte de consideraciones sociales de interés privado, de corporacion ó de casta, el hombre siente dentro de sí un impulso, punto ménos que irresistible, de comunicar á sus semejantes las verdades de que él se cree en posesion, y de hacerles participar de su creencia y entusiasmo: el espíritu de proselitismo que tales maravillas ha producido en las creencias religiosas y políticas, y ese valor heróico con que han sufrido los tormentos más crueles los mártires de toda clase de ideas religiosas, políticas y científicas, los cuales, por amor á lo que ellos consideraban una verdad, han preferido arrostrar toda clase de desdichas á desmentir ó poner en duda lo que, segun su conciencia era cierto, son su corolario natural. Emana del mismo orígen el respeto que concluyen por inspirar, más ó ménos tarde, y después de grandes luchas con las preocupaciones lastimadas, el hombre y la corporacion que, bajo cualquier forma, son los educadores y van delante en el camino del saber, con tal que la nueva evolucion que tratan de imprimir á la sociedad sea la que inmediatamente corresponde á su estado anterior. Consecuencia de esto es el influjo que han llegado á adquirir en épocas relativamente avanzadas de civilizacion las teocracias organizadas que, como representantes de una ó varias providencias, eran de cierta manera las depositarias del mayor grado de saber en los tiempos y en las sociedades en que se establecieron, hasta que, más tarde, tuvieron interés, para conservar su prestigio y dominacion, en guardar como arca santa la direccion intelectual, encerrándola en el misterio y comunicándola sólo á los que dentro de la misma corporacion eran los escogidos: tratábase de hacer imposible que los profanos vinieran á disputarles el dominio de aquello que constituia su fuerza, pusieran de manifiesto que alguna de aquellas pretensas verdades distaban mucho de serlo, y que el conjunto del sistema no era otra cosa que un molde estrecho dentro del cual no podian caber los diferentes estados de civilizaciones posteriores. Vinieron entónces á ponerse en lucha las dos tendencias que en todo sér orgánico animal social existen, y de cuyo combate resultan todas las evoluciones: una á conservar y otra á progresar, son aquellas. Cuando la primera tendencia ha dominado por completo á la segunda en algunos pueblos, estos se han paralizado, la decadencia no se ha hecho esperar, y la muerte ó desaparicion como colectividad,

ó el reemplazo por familias ó zazas más vigorosas, han sido el último resultado: no hay más que recordar los pueblos del Oriente. El prestigio de aquellos cuerpos docentes que en épocas atrasadas de la civilizacion se encargaron de disipar á todos los demás, ha sido, y áun es en muchas partes, de tal importancia, que rivalizó con el de los guerreros; es decir, con el de aquellos que representaban la fuerza, que eran los encargados de defender la tríbu ó nacion que, elevándola á un alto grado de prosperidad relativa, extendian su dominio á otras de cuyos intereses se apoderaban, y cuyos hombres ponian á su servicio por el derecho de la fuerza: á compartir llegaron, unas veces con los caudillos guerreros el mando ó gobierno de las sociedades, y otras tuvieron que ceder el primer puesto, aunque ocupando el segundo; sin que falten ejemplos de estar invertidos estos términos, entre otros, las teocracias india, egipcia y hebráica. Como en todo caso, á su interés bien cuadraba sujetar las inteligencias al molde por ellos fundido y ser los directores de las conciencias, sistema que, mejor que otro alguno, habia de asegurarles su dominacion, les fué de todo punto necesario el establecer centros de enseñanza en los cuales se esparcieran las verdades ó errores que en sí no llevaban peligro alguno, y, en último término, lo reservado á los profanos, pero no á aquellos que más tarde habian de formar parte de la corporacion ó casta y ser los continuadores de la obra comenzada. Los centros de enseñanza, por lo tanto, más antiguos que nos recuerda la historia, son las escuelas sacerdotales de la India, del Egipto y de Judea.

Cualesquiera que fueran los inconvenientes que, allá en su dia, habian de resultar de dicha concentracion, por los motivos que indicados quedan, es de toda evidencia, sin embargo, que prestaron un grande servicio á la civilizacion y al progreso.

Tampoco faltaron dentro de las mismas castas sacerdotales ó teocracias hombres de reconocido mérito, de recta conciencia y entereza viril que, separándose de los intereses personales y de corporacion, protestaran enérgicamente contra aquello que se afirmaba como dogmático y verdadero, y que, segun ellos, muy léjos de serlo, no era sostenible enfrente de los adelantos hechos y verdades adquiridas; dando así lugar con sus actos de heroismo y desprendimiento á abrir nuevos derroteros al espíritu de investigacion, por donde con más desahogo y mayor aprovechamiento social marchara la inteligencia humana. Aun en el caso que las teocracias tuvieran que ceder el pri-

mer puesto de honor á los caudillos y guerreros, como representantes más genuinos de la sociedad, procuraron, y procuran hoy, reservarse el papel importantísimo de directores de la pública enseñanza, lo-grándolo en períodos más ó ménos largos, hasta el momento que los intereses de la sociedad civil y su importancia llegaron á ser tales, que no podian caber dentro del estrecho círculo que en épocas anteriores se les habia trazado; y los múltiples de otras clases que constituian los de la sociedad enfrente de los de corporacion ó casta, obligaron, como de conveniencia urgente, á establecer centros de pública enseñanza que, completamente independientes de toda educacion teocrática, correspondieran á las necesidades sociales del objeto y esparciesen los conocimientos útiles á todas las clases sociales.

Con frecuencia, sin dejar de ser el poder civil el que empleaba los medios conducentes á la creacion y sostenimiento de dichos centros, las teocracias, por la fuerza que en tiempos anteriores adquirieran, por la de la opinion y de las creencias, por el mayor número de hombres de saber que, relativamente, contaban en su seno, y por otras muchas razones, conservaron, y de cierta manera conservan, la inspeccion de aquellos centros en sus diferentes jerarquías, produciendo en las sociedades modernas no pequeños disgustos y dificultades á los gobiernos de que Francia, Suiza, Italia, etc., nos suministran abundantes ejemplos en nuestros dias; disgustos, perturbaciones y luchas intestinas que, si son siempre sensibles, están tocando á su fin: la opinion está formada, y difícil es encontrar un pensador de algun nombre en toda Europa que, aparte de conveniencias políticas del momento, no esté conforme con que la enseñanza, desde la más elemental ó primaria, hasta el último límite que hoy alcanzan las ciencias, haya de ser, y áun es de hecho, puramente láica, dejando la religion para la familia, y, á lo sumo, para los que tienen la mision de ser apóstoles de aquellas ó estas creencias.

Al tratar en este estudio de los comienzos de la civilizacion árabe, hubo necesidad de hacer breves indicaciones sobre los centros de instruccion que florecieron entre los griegos. Debido al génio de aquella raza, que puede llamársele la maestra de Europa, y á las condiciones peculiares del politeismo, no tardó allí en sobreponerse, si no emanciparse por completo, la direccion de los estudios á las exigencias teocráticas: de nuestra memoria no se ha borrado, ni borrarse puede durante muchas generaciones, lo que debieron las ciencias y el pro-

greso humano á las academias y escuelas de Atenas, Alejandría y otras establecidas en Grecia. Los romanos, que con relacion á las producciones del espíritu se mostraron tan inferiores á sus maestros los griegos como la lengua de Lacio lo es á la helénica, pasaron mucho tiempo sin preocuparse en establecer en sus vastos dominios algo que pudiera parecerse á los centros de instruccion que á tan alto grado de esplendor habian elevado sus dominados maestros; pero, por aquella ley imperiosa que ántes hemos citado, cuando se acumularon las riquezas, cuando el lujo y el refinamiento del gusto, sin llegar á sus últimas y desastrosas consecuencias, hicieron sentir á varios hombres, dotados de inteligencia superior á la de la generalidad, la necesidad de no ser extraños á los conocimientos adquiridos, y la vanidad los aguijoneó para poder alardear de conocer la bella lengua de la oriental Península, hubo muchos romanos que fueron á Grecia á buscar una ilustracion que no podian adquirir en la Ciudad Eterna. Más tarde, por razones fáciles de comprender, varios filósofos griegos fueron á establecerse á la ciudad de las siete colinas y á todas las importantes situadas en los territorios que constituian los vastos dominios del pueblo rey. Recordemos lo que al tratar de los buenos tiempos de la República dijimos acerca de los Marcelos, los Scipiones, y tantos otros: tampoco olvidemos el empeño que tuvo Sartorius en ilustrar al pueblo español cuando se declaró en abierta rebelion con Sila, y los ópimos frutos que produjo la escuela de Huesca, que con tanto esmero estableció y de ella se cuidaba.

El célebre Julio César hacia alarde de hablar el griego, por lo ménos con tanta pureza como su lengua natal; y los oradores, escritores, historiadores y filósofos, como Ciceron, Séneca y tantos otros, no eran más que discípulos de las escuelas griegas. En tiempos del Imperio, Vespasiano y los Antoninos consiguieron, no sin grandes esfuerzos y sacrificios, que tanto honran á su nombre, establecer escuelas en todas las ciudades de alguna importancia. Cuando la capital del imperio se mudó á Constantinopla; cuando el fanatismo ortodoxo llegó á tener la fuerza y la influencia que le dieron los decretos de Constantino declarándolo religion del Estado, se ha visto tambien la persecucion que este emperador, y más tarde Teodosio y otros, por razones políticas y egoistas, ó por ser los representantes del estado de inteligencia de aquellas masas ignorantes y rebajadas, desplegaron contra todo centro científico ó toda escuela filosófica, concluyendo

por dar el golpe de gracia á aquellos que tanta luz habian derramado, las invasiones de germanos y scytas, que por su estado de grosera ignorancia y atraso, excepcion hecha de naturales especialezas, ningun interés tenian en conservar, cuya utilidad no comprendian, y que les eran, además, sobradamente antipáticos, dado el grado de civilizacion en que se encontraban.

Dicho queda la influencia que tuvieron en la dominacion goda los restos de civilizacion romana encontrados en la Península, así como los esfuerzos de algunos reyes godos para atraer á este país industriales y comerciantes que, si por una parte revelaban la concepcion más ó ménos oscura de dichos reyes respecto á la gran necesidad de restablecer por este medio algunos elementos de civilizacion y de cultura, por la otra indicaban bien el estado de atraso y de barbarie á que aquella sociedad habia descendido. Tambien se ha visto cómo ó de qué manera han influido en el monumento que nos quedó de los godos, los representantes de la ortodoxia, que lo eran á su vez de las tradiciones romanas, y apuntado queda el estado de atraso á que hubimos llegado sin que los vencedores hubieran logrado siquiera imponer su lengua á los vencidos, aprender la de éstos ó formar una compuesta de los varios idiomas que se hablaban en la Península. Y si es cierto que en el Mediodía y Oriente de ésta se conservaban algunos escasos centros de actividad industrial, comercial y áun más ó ménos empíricamente científica, era debida esta fortuna exclusivamente á las aptitudes nunca desmentidas de la familia hebráica que, merced á la constante persecucion ejercida contra ella desde que Recaredo abjuró el arrianismo y aceptó la ortodoxia romana, produjo, desgraciadamente para la occidental Península el que, léjos de prosperar, como pudiera esperarse, aquellos centros de actividad, disminuyeran rápidamente con la decadencia del imperio godo, llegando al estado lastimoso en que se encontraban cuando la derrota de Guadalete.

Si, por otra parte, se tiene en cuenta que aquellas razas aborígenes, restos de las que tal lucha habian sostenido contra el poder de Roma, no fueron nunca bien sometidas por los godos, y que conservaban por ende sus diferentes dialectos, sus costumbres, preocupaciones y manera de ser poco adelantada en el camino de la civilizacion; que como todas las razas que mucho resisten á las invasiones estaban dotadas de una tenacidad de carácter que las hacia poco propicias para recibir las mejoras que vinieran de extraña tierra; que después

de las victorias de Taric y Muza no quedaba á los vencidos apenas un lugar donde estuviera acumulada la poblacion; que, en el fondo, los primeros sublevados á nombre de la Religion cristiana y la independencia pátria, no eran más que agrupaciones informes de hombres de diferentes razas, clases y categorías, sin otro enlace entre sí que el peligro comun que á todos amenazaba; que por la naturaleza misma de las cosas, lo poco que entónces se sabia habia de estar concentrado entre los representantes del clero, tan ignorante y desmoralizado como se indicó en lugar oportuno; y que éste, por las tendencias naturales á toda teocracia, leal y honradamente se creia representante de las ideas divinas, y por consiguiente, absolutas é indiscutibles, natural era que aspirara á ser la maestra de la sociedad, y por consiguiente, la encargada de la enseñanza más ó ménos rudimentaria de aquellos tiempos, que no habia de permitir que nadie aprendiese más que lo que ella creyera saludable: recordemos aquel obispo de Santiago que prohibió terminantemente á los sacerdotes enseñar cosa alguna á los legos. Si de algun modo se sentia la necesidad de aquellos centros, habian de ser exclusivamente teocráticos, y lo que allí se enseñara no exceder de los límites que el dogma, tal como ellos lo entendian, permitiera ó exigiera exclusivamente á los que habian de formar parte de la corporacion. Verdad es que la influencia de la gran civilizacion árabe, cierta tolerancia que las necesidades de la guerra imponian á unos y otros contendientes, y la relativa habida más tarde con los hebreos, habian de ser medios eficaces para que los diferentes Estados de la Península fueran entrando por el camino del saber; pero si á la resistencia, natural de la ignorancia, á aprender lo que choca con sus preocupaciones y estado social; si á la fuerza del sentimiento que tal influencia tiene en las sociedades, y á la falta de necesidad que sienten las atrasadas de elementos de cultura, pues sólo á las que van delante prestan los mayores servicios, se añade el estado de pobreza y de inseguridad en que se encontraban los cristianos de la Península, y lo difícil, por consiguiente, de que los vencedores establecieran con ellos relaciones regulares; claramente veremos las dificultades, punto ménos que imposibles, con que tenia que luchar la civilizacion árabe-hebráica para penetrar é infiltrarse en la sociedad godo-española, y de aquí el gran intervalo de tiempo que debió trascurrir ántes que reyes, magnates y gobernantes pensaran sériamente en crear centros de instruccion. La situacion de Europa,

dominada por scytas y germanos, habia entrado por completo en la edad de fé y de milagros, y no estaba mucho más adelantada en el camino del progreso que las monarquías españolas, con las raras excepciones de algun jefe ó caudillo bárbaro que, intuitivamente, educado ó impresionado por los restos de civilizacion greco-romana, tratara de agrupar y proteger los dispersos cuanto escasos restos de esta cultura. Venia á completar este cuadro harto sombrío y á cubrir con densa y oscura nube toda esperanza de análisis y discusion, orígen y fundamento de un saber más positivo, la familia sacerdotal, que si en Europa no llegó á constituir una casta, todo parecia indicar que marchaba á ese resultado, pues siempre gozaba de la grandísima influencia que á nadie puede ocultarse, y especialmente la curia romana, maestra de reyes y pueblos que, sin dejar de contribuir poderosamente á someterlos á una disciplina que los hiciera propios para marchar más tarde por el camino del progreso, en su personificacion más saliente, Gregorio el Grande, se habia declarado la protectora del arte, pero enemiga irreconciliable de la ciencia.

La edad de fé, que envolvia á toda Europa, pesaba sobre la Península con las circunstancias agravantes que indicadas quedan. Harto difícil sería á la inteligencia más audaz de aquellos tiempos vislumbrar siquiera que un dia llegara en que el espíritu humano, rompiendo tan fuertes ligaduras y cadenas, pudiera sacudir la densa capa que, como mortal sudario, lo ocultaba y oprimia. Pero ya hemos visto que una antorcha, que desde el Oriente derramaba por todas partes raudales de luz, vino con la invasion árabe, y con no ménos brillo que en su orígen, á establecerse en la occidental Península, y que, á través de dificultades sin cuento, habia de penetrar, siquiera fuera muy lentamente, las densas tinieblas en que estaba envuelta toda Europa: dicho queda cómo el gran emperador de Occidente Carlo Magno, guiado por los consejos del kalifa de Bagdad, pensó abrir centros de instruccion en las ciudades más importantes, y ayudado vigorosamente por los embajadores del kalifa y el inglés Alcuin, exigió que el clero se instruyese, pues bien lo habia de menester, llegando á establecer academias en su propio palacio de Aquisgran; y, lo que es más notable, aquel hombre ilustrado consiguió hacer moda de que príncipes y magnates de la córte considerasen punto de honra y de amor propio el ser instruidos en todo lo que en aquel tiempo se llamaban ciencias. Y si bien á la muerte del hijo de

Pipino, los centros de enseñanza que él habia fundado concluyeron por desmoronarse cuando faltó el vigoroso brazo que los sostenia, la semilla no habia desaparecido por completo: alardeaban y se enorgullecian sus nietos de ser más doctos é instruidos que los demás príncipes. Aquel factor tan poderoso que se llama moda, sostenido por su natural guardador, que en aquella época eran algunos representantes del bello sexo, que manifestaban su desden á los hombres de la córte no instruidos, hizo que el deseo de saber en algunos magnates no se extinguiese por completo, hasta que la decadencia de la dinastía Carlovingia llevó consigo la série de perturbaciones y miserias que precedieron al nombramiento de los Capetos; pero aún estos, trascurridos que fueron los primeros tiempos de encarnizada lucha, y cuando ya pudieron creerse asegurados en el poder, pensaron sériamente, de una manera más ó ménos imperfecta, en la necesidad de establecer algunos centros de enseñanza.

Por los motivos expuestos, relativos al deseo de toda teocracia de concentrar en sí los diferentes ramos del saber, del cual no ha desistido ni aún en los tiempos que esto se escribe, natural bajo el punto de vista lógico, puesto que debian y deben creerse como los únicos poseedores de la verdad absoluta; por el espíritu religioso que dominaba y áun domina en las sociedades, y porque no puede ocultarse á nadie que la familia, casta ó corporacion encargada de la enseñanza, y sobre todo de la educacion, es la que se asegura la influencia decisiva y el dominio en las naciones, monasterios y abadías fueron los centros donde la juventud, especialmente la que se dedicaba al sacerdocio, concurria á recibir aquella instruccion, harto imperfecta, aunque la única que se daba en casi todos los países cristianos de Europa; hasta que al fin, los progresos de la sociedad en general, la lucha más ó ménos latente del estado civil y del eclesiástico, dieron por resultado que se formaran espontáneamente algunas asociaciones entre profesores y discípulos, conocidas con el nombre de *Universitas estudiantorum*, de donde viene el moderno de Universidades. Y ¡cosa notable para aquellos dias! dichas asociaciones, siguiendo la idea de los árabes españoles de que la ciencia y los conocimientos útiles no deben estar limitados por la frontera, y sí reconocer por pátria todos los países donde haya deseo de progreso y de civilizacion, establecian en sus estatutos, reglamentos ó acuerdos que los federados ó sócios eran hermanos y se prestarian mútuo apoyo cualquiera que

fuere su nacionalidad: principio cosmopolita harto notable para entónces.

Más tarde, los reyes, estimulados por hombres de génio que comprendian la necesidad y urgencia de crear centros especiales de enseñanza, establecieron Universidades, en las cuales tenian una parte, más ó ménos grande, el estudio de la Teología y la direccion eclesiástica, segun los países, y una porcion de circunstancias largas de examinar, y en las que se enseñaban otras materias, como las ciencias físicas, cuando no eran las ocultas, Aritmética, Astronomía, Música, Medicina, Geometría, etc., como sucedió con la primera establecida en Europa, que fué en París, fundada á principios del siglo XII; y tal fuerza adquirió en ella, desde sus comienzos, lo que pudiéramos decir enseñanza profana, que más tarde hubo de fundarse lo que hoy se llama facultad de Teología, conocida con el nombre de Sorbona, separada de la Universidad. Acaso en este movimiento inicial y en los hombres de talento que dejaron impresa su huella, pudiera buscarse la explicacion del fenómeno singular de que en Francia, por ejemplo, la Universidad haya mostrado, á través de contradicciones y alternativas, una tendencia marcada á la emancipacion de la inteligencia, á someterlo todo al análisis y discusion; en una palabra, á lo que pudiera llamarse liberalismo; miéntras que otras, como las de Oxford y la de Cambridge, señalaban constantemente una tendencia más conservadora. Siguió, en órden cronológico, á la Universidad de París, la de Boloña, fundada en 1158. En la España cristiana, debido á las razones anteriormente expuestas, se establecieron un poco más tarde, aunque no tanto como pudiera temerse del estado en que aquí se encontraban las monarquías, precediéndolas la escuela formada en Sahagun bajo el amparo y direccion de los monjes de aquel monasterio, pero protegida por los reyes, y á la cual asistian algunos jóvenes del estado seglar: en 1209 el rey de Castilla fundó la de Palencia, que fué la primera, y el de Leon la de Salamanca, poco más tarde, hasta que Fernando el Santo refundió la primera en la segunda, concediendo grandes privilegios á los estudiantes que á ella concurrieron, como el de tener un juez que entendiese en todas sus causas, sin la intervencion del cual, ni se les podia detener ni prender; el de que no pudiera exigírseles pago ninguno por lo que llevaran para comer ó vestir, ó lo que les perteneciere á la entrada de aquella y otras villas, y el de que no se les pudiera embargar por

deudas lo que necesitaban para su manutencion y vestido á la ida ni á la vuelta de sus casas. El impulso estaba dado, y los monarcas y caudillos mostraron interés en aumentar el número de Universidades: se formó la de Valladolid en 1354; Huesca, que recordaba la escuela allí establecida por Sartorius, reclamó con fuerza é insistencia la formacion de una, que obtuvo, después de vencer grandes resistencias, en 1474; y Zaragoza, que no se acomodaba á carecer de lo que habia obtenido la anterior, á la que miraba como villa de ménos importancia, fundó la suya en 1499. Siguieron otras en tiempo de las dinastías extranjeras, que en lugar oportuno indicaremos, contentándonos, por el momento, con citar la creada por Cisneros, en Alcalá, en 1531. España, ántes de llegar á los últimos límites de su decadencia, llegó á tener treinta Universidades.

Conocemos la influencia que en pró de las pretensiones de la curia romana habian ejercido los monjes clunyacenses y las princesas francesas que llegaron á ser reinas de España; pero, si aquella fué poco favorable, y áun funesta, andando los tiempos, para la independencia del poder temporal en los diferentes Estados de la Península, inútil sería negar, en cambio, que no la produjeron ménos y con mayor provecho, contribuyendo en alto grado á la cultura de las clases superiores: débese á los primeros, en gran parte, el establecimiento de la escuela de Sahagun, que tan resueltamente apoyó Alfonso VI; á las segundas la moda ó el deseo vanidoso de los magnates, siquiera fuera en busca del agrado de las damas, de demostrar que no les eran extraños el conocimiento de la lengua que se hablaba en las antiguas Galias, el latin y algunas nociones, que así pudieran llamarse, astronómicas como astrológicas, y, sobre todo, cierto refinamiento en las maneras y en el gusto, introduciéndose de este modo un grado de galantería que, originado de los árabes de España, se aclimató con fuerza en el Mediodía de Francia, y que de una manera indirecta tanto contribuia á la suavizacion de costumbres y á dar importancia á la mujer, conservador natural de todo progreso realizado. Las relaciones de parentesco entre las córtes de Francia y de Castilla, y las conquistas de Aragon en Italia, dieron lugar á que, ya por asuntos comerciales, por motivos de devocion, ó por el deseo natural de conocer los españoles las grandes ciudades de Francia y de Italia, y los hombres de aquellos países las de España, se determinara cierto comercio de ideas, con el cual los pueblos de Castilla, Leon y

otros no podian ménos de ir ganando. Y esto contribuyó poderosamente á que Alfonso VIII de Castilla y el IX de Leon trajeran de Francia y de Italia los hombres que pasaban por más doctos para ponerlos al frente de las Universidades de Palencia y Salamanca por ellos fundadas, sucediendo lo propio, más tarde, con la de Valladolid; y unas y otras, bien por lo que tomaban de las demás naciones, y muy principalmente por la influencia natural de médicos árabes y judíos que lugares tan distinguidos ocupaban en las respectivas córtes, claramente pusieron de manifiesto la necesidad de los estudios físicos y químicos tal y como entónces se comprendian, sin eludir los astronómicos, que á tal grado de esplendor elevaron los muslimes de España. Bajo los auspicios de tan benéficas influencias, los centros de enseñanza, que ántes eran puramente eclesiásticos, vinieron á aumentare, especialmente bajo el tiempo de Alfonso el Sábio, con las cátedras de Lenguas, de Retórica, de Medicina, de Música y otras, ya de utilidad, ya de adorno. No siguieron todos aquellos la misma marcha ascendente: Palencia, que en un principio habia dejado á Salamanca en segundo término, por estar dotada de mayores recursos, decaia, miéntras que su compañera progresaba, hasta que al fin vinieron á fundirse en tiempo de Fernando el Santo.

No fué, en rigor hablando, el gran monumento de saber de aquellos tiempos, las Tablas Alfonsinas, producto de las Universidades de España; pues, como es sabido, fueron construidas por cincuenta astrónomos reunidos de todas partes del mundo, atraidos á fuerza de sacrificios por Alfonso X, con la direccion de árabes y judíos, y la inspeccion de aquel rey; pero, en cambio, raudales benéficos para la humanidad salieron de allí con la célebre protesta que, entre el sistema de los epiciclios, la tradicion atribuye á Alfonso X, lo cual le costó no pocas críticas acerbas y antipatías y censuras de algunos miembros de la teocracia, tan ignorantes como intolerantes, formulada de la siguiente manera: «Si yo hubiera vivido cuando Dios hizo el mundo, le hubiera aconsejado que lo hiciera más sencillo y perfecto.» Cuando, en realidad, era como un anuncio lejano del sistema de Copérnico, y se anunciaba diciendo que al crear el mundo era imposible que se hiciera con sujecion á una ley que, sobre ser de una extrema complicacion, no podian explicarse por ella su gran número de fenómenos: razones de otro órden, que apuntadas quedan, habian determinado que la teocracia ortodoxa, ya por ódio á los conocimientos trasmitidos por

los libros, que desechaban como de orígen pagano ó demoniaco, ya porque dicho sistema estuviera más conforme con la cosmogonía hebráica, ya, y muy principalmente, porque pudiera compaginarse mejor con el sistema geocéntrico, que afirmaba que la tierra ocupaba el centro del Universo, el cual habia sido creado con subordinacion á la utilidad y recreo del hombre que habita la superficie de este planeta, ó, mejor dicho, de la parte de él entónces conocida, rechazara todo lo que fueran indicaciones del sistema heliocéntrico, que echaba por tierra aquel fantástico sistema de creacion y aquellas vanidades humanas que hacian creer que todo se habia hecho para los descendientes de Adan y Eva. Natural era que Alfonso X se hiciera sospechoso y áun herético á una teocracia que se creia encargada de sostener incólumes aquellas verdades que se decian inrevelables. Si es verdad que hombres doctos pertenecientes á dicha corporacion sostenian con valentía puntos de vista más ámplios y análisis más científicos y profundos, sus voces quedaban sofocadas, cuando no con la persecucion material, por la masa de opinion que dominaba el conjunto, fuertemente apoyada por la ilusion de los sentidos, á que obedecian forzosamente aquellos hombres extraños á esta clase de conocimientos.

Las protestas atribuidas al hijo de Fernando el Santo le acarrearon no poca inquina de parte de los representantes del clero, que no bastaron á extinguir sus exageradas concesiones al ultramontanismo, en contra de los usos y costumbres de los libre castellanos. De cualquier manera que sea, los sábios reunidos en Toledo para dar á luz las Tablas Alfonsinas, contribuyeron poderosamente á que en nuestras Universidades, hasta que vino el tiempo de la decadencia, los estudios astronómicos fueran cultivados, y, por consiguiente, los matemáticos, base y fundamento de los mismos.

La circunstancia de haber buscado profesores en Francia, Italia y otros países que vinieran á explicar en las escuelas y Universidades que se iban formando, pone de manifiesto que los Estados cristianos españoles, especialmente Castilla, Leon, etc., se encontraban en un grado inferior de adelanto á aquellas naciones. Mas el impulso estaba dado; y como si los españoles carecieran de iniciativa, pero tuviesen una gran idoneidad para aprender y áun mejorar lo que de extraña tierra habian recibido, y como para patentizar que la gran aptitud intelectual de que habian hecho prueba los árabes españoles era comun á los cristianos, producto de la mezcla de razas tan distintas; con tal

ahinco y buena suerte se cultivaron aquí los ramos del saber entónces conocidos, que no tardaron mucho en poner de manifiesto que para nada necesitaban ir á buscar al extranjero los hombres encargados de enseñar: algunas Universidades, especialmente la de Salamanca, bien pronto vieron concurridas sus aulas por jóvenes extraños al país, y, lo que es más notable, profesores de sus escuelas fueron á explicar á otras Universidades de gran fama, como sucedió con Pedro Ciruelo, que lo era de Matemáticas, grandemente solicitado para que fuera á dar sus lecciones á la de París, verificándolo con aplauso y admiracion de sus contemporáneos: luégo veremos esta misma Universidad, que á tal grado de decadencia habia de llegar andando los tiempos, sostener con lucidez y valentía las teorías de Copérnico y Galileo, cuando la curia romana tuvo la desdichada ocurrencia de declararlas heréticas, y cuando las demás Universidades de Europa, por rutina, por preocupacion, por falta de saber ó poseidas de un gran miedo, hacian causa comun con las anacrónicas ideas de los cardenales de Roma.

En el curso de estos estudios se ha visto que las monarquías pirenáicas, especialmente la aragonesa, ó, mejor dicho, la catalana, no sólo se adelantaron en libertades públicas á las de Castilla, Leon y otras, sino en industria, comercio, riqueza, y, por lo tanto y como consecuencia tambien, en cultura intelectual. Conocemos, asimismo, que de la mezcla de civilizaciones romana y árabe que en el Mediodía de Francia se verificó, fué la Provenza uno de los países de Europa donde más pronto se desarrolló una civilizacion notable para aquellos tiempos; y como este país formó varias veces un solo Estado con el condado de Barcelona, y como el provenzal y catalan, si no era la misma lengua, tenia tal parentesco, como veremos en lugar oportuno, que en uno y otro lado de los Pirineos se entendian perfectamente los que hablaban el provenzal ó el catalan, de aquí que participara Cataluña de aquella temprana civilizacion, y que al unirse con Aragon produjera iguales beneficios para toda la monarquía. No careció, además, de importancia, el que las reconquistas de Valencia y de Mallorca dejaran allí grandes restos de la civilizacion árabe, de tal suerte, que una gran parte de los trovadores que recorrieron la Europa, encantándola con su galante y sutil poesía eran valencianos, catalanes y mallorquines. Por otra parte, las contínuas comunicaciones de estos reinos con Italia, las conquistas de Nápoles y Sicilia, los

restos de civilizacion muslímica allí encontrados, aquellas expediciones á Oriente, tal vez las más notables de la historia, el gran comercio de los catalanes, la fama de su destreza y energía en la navegacion, la costumbre que se estableció en las familias más acomodadas de mandar sus hijos á la Universidad de Boloña, que sólo cedia brillo á la de París; de tal manera influyeron en aquella sociedad que, incluso en las escuelas establecidas en iglesias y monasterios, no sólo se daba una educacion literaria importante para entónces, sino que se hacian traducciones de los autores griegos y latinos, así clásicos y de bella literatura, como de otros ramos del saber.

La frecuente celebracion de las Córtes de Amor en Barcelona, Zaragoza y otros puntos, en las cuales las damas tenian, como se comprende, decisiva y absoluta influencia, atraian los trovadores de todas partes, contribuyendo al refinamiento del gusto y la cultura con sus composiciones poéticas; y el bello sexo concluia por interesarse en la manera del buen decir y en la galanura de la frase, llevándole la vanidad y amor propio á hacer alarde de su númen poético y de sus conocimientos, aunque superficiales, de antiguas historias. Zaragoza, que recordaba con orgullo las antiguas escuelas establecidas por Augusto, restauradas y ampliadas por los árabes, volvió á pensar en ellas y á darles nuevo impulso después de la Reconquista, hasta que al fin, tan laudables esfuerzos fueron coronados por el éxito, estableciendo su Universidad. Valencia, á la que D. Jáime concedió el fuero de la libertad de enseñanza, no reparó en sacrificios hasta conseguir que, profesores que habian ilustrado su nombre en la Universidad de París, encontraran émulos dignos de ellos, hijos de la ciudad del Cid: San Vicente Ferrer reunió todas las escuelas particulares en un estudio público que, andando el tiempo, consiguió conceder grados académicos ó convertirse en Universidad. Cuando la Península, excepto Portugal, llegó á reunirse bajo el cetro de Fernando é Isabel, ésta, á fin de estimular á la grandeza, no se contentó con buscar, para la educacion de sus hijos, á los hombres más doctos del país, sino que hizo venir de Italia á Pedro Martí de Angledia, á los dos hermanos Antonio y Alejandro Giraldino y á Luis Mazineo, ya célebres como hombres de letras. El primero fundó una escuela, que tardó poco en llenarse de alumnos hijos de las familias más ilustres. Aumentáronse, con este motivo, considerablemente los establecimientos de enseñanza: reyes, prelados y magnates rivalizaron en la construc-

cion de edificios magníficos para toda clase de escuelas, atrayendo á ellas, con espléndidas recompensas, á los maestros de más valía; y aquellos cuyos bienes de fortuna no alcanzaban á tanto, ayudaron con su óbolo, ya formando clases de latinidad, ya dejando importantes legados á los conventos, con obligacion de abrir cátedras para materias determinadas, especialmente de Literatura, Lógica, etc. Pocas veces en una nacion se reunieron tantos medios de aprender lo que entónces se enseñaba, ni fué más general el entusiasmo para aumentarlos. Tan grande llegó á ser la fuerza de la moda, que durante todo el siglo XVI, apénas volvia uno de América con algunos capitales, que no hiciera legado para materia de enseñanza, riquezas que concluyeron por desaparecer ó ser distraidas del objeto sagrado á que fueron dedicadas, sin que hoy fuera fácil recuperar, siquiera fuese parte de ellas. Pero, á pesar del tiempo trascurrido, del interés que ha habido en ocultarlas y de lo difíciles que serian las averiguaciones, aún puede asegurarse que un gobierno que se creyera bastante fuerte para no tener que guardar ciertas consideraciones, encontraria medios para obtener una enseñanza general, con más abundancia que se encuentra establecida en los Estados-Unidos, Bélgica, Alemania y otros países. Tampoco se desatendió por completo el que los estudios que entónces se llamaban superiores pudieran estar al alcance de todas las fortunas, y al efecto se crearon centros de enseñanza y colegios que, no contentos con darla gratuita, ofrecian albergue y manutencion á un determinado número de jóvenes que se proponian hacer cierta clase de estudios.

La nobleza, que en un tiempo hacia alarde de su ignorancia, era ahora estimulada fuertemente por una porcion de damas, á la cabeza de las cuales estaba Isabel, y que tenian á gran gala distinguirse en las letras, que entónces llamaban ciencia, entre otras la célebre doña Beatriz Galindo, apellidada la Latina, por haber enseñado esta lengua muerta á la reina, las hijas del conde de Tendilla, doña Lucía de Mediano y doña Francisca de Lebrija, algunas de las cuales desempeñaron cátedras sobre clásicos latinos, en Salamanca, y de Retórica y Poética en Alcalá. Todo indicaba que la España cristiana, lo mismo que habia hecho la árabe en cierto tiempo, despertaba su espíritu con tal fuerza, que el anhelo de saber y de lucir, siquiera fuese en direccion determinada, alcanzaba al bello sexo, estímulo el más seguro y poderoso para que los hombres se avergonzaran de ser ignorantes.

Aquella misma nobleza acudia á las aulas de las Universidades, y no se desdeñaba, ántes tenian orgullo, en ser maestros donde habian sido discípulos, de lo cual fueron buen ejemplo D. Gutierre de Toledo, hijo del duque de Alba; aquel famoso D. Pedro Velasco, de que ántes hemos hablado, más tarde condestable de Castilla; D. Alfonso de Manrique, hijo del conde de Paredes, el cual regentó cátedras en Salamanca y Alcalá con gran satisfaccion suya, provecho de sus discípulos y aplauso de las damas.

Este grandísimo impulso, debido al entusiasmo más que á la reflexion, era natural que careciese de un plan uniforme, tal como hoy se conoce. La centralizacion moderna que las naciones han alcanzado, especialmente Francia, y que España, desde su decadencia, ha dado en imitarla, era entónces desconocida, y la misma diversidad que hemos notado en los fueros y privilegios de los Municipios, se observaba ahora en la enseñanza. Hay más aún: apenas habia idea entónces de que fuera una funcion del Estado; así que la autoridad que mandaba á nombre de éste, creia de su deber el no echarse encima el cuidado de dirigir las escuelas, dejándolas encomendadas á sus patronos ó entregadas á sí propias. Cada Universidad, pues, tenia los estudios que le permitian sus recursos, sin sujetarse á otra regla más que la voluntad del fundador ó prescripciones de la curia romana, que, como se comprenderá, tenia buen cuidado de hacer todo lo posible para que no se escapase de sus manos un ramo tan importante como la enseñanza pública. La anarquía llegaba hasta tal punto, que ni áun dentro de cada Universidad se tenia un órden fijo ó un cuerpo de doctrina, sino que establecidas cátedras informadas por diversos tratados ó sistemas, el escolar quedaba sujeto sólo á la asistencia de un cierto número de años, sin que en los medios de probarla hubiese un rigor excesivo, ni mucho ménos: restábale sólo sufrir los exámenes que cada grado exige, dependiendo únicamente de él asistir á las cátedras que fueran más de su agrado. Y bien puede asegurarse que, sin las limitaciones que imponia á todas las inteligencias el espíritu de la época, en el cual predominaba, sobre todo, el respeto á la fé y á la tradicion, y á ciertos libros ó autoridades, que se miraban como el sumo de lo que podia el hombre saber, aquella era una época de la más completa libertad de enseñanza. Como la de exámen no habia llegado aún y se estaba en la de autoridad y tradicion, los espíritus más notables, á excepcion de algunos extraordi-

nariamente privilegiados, sólo pensaban en apoderarse de todo el saber que habia quedado de los antiguos, y de aquí que aquellos centros de enseñanza ó Universidades produjeran un número relativamente tan grande de eruditos como escaso de investigadores: sobrados restos quedaron en nuestros dias, con lo que, honrándonos tal vez demasiado, se llama plan de estudios.

Aquella especie de anarquía que reinaba en las Universidades, si tenia todos los inconvenientes de carecer de un plan fijo, la libertad y la descentralizacion, en cambio, producian todos sus efectos. El estímulo y el amor propio de unas respecto de otras produjo, trajo consigo que, á pesar de los estímulos de la vanidad, de la rivalidad y de la envidia propia de la saliente personalidad española, que tampoco en esta manifestacion fueron desmentidas nuestras Universidades, sostuvieron durante mucho tiempo, decorosamente, su competencia con las de otros países; se ocupaban de Humanidades, Lenguas orientales, Jurisprudencia, Filosofia, y eran atendidas y protegidas con ahinco la Medicina, las Matemáticas y las ciencias físicas. Y cuando Roma condenaba algunos descubrimientos, por creerlos contrarios á la fé y á la tradicion de la Iglesia, algunas Universidades españolas sostenian con viril energía que dichas verdades, producto de la observacion, no podian ponerse en duda, y que la curia romana estaba en el error cuando sostenia que eran contrarias á las leyes de la Iglesia. No podia satisfacer á aquellos hombres, dedicados á las buenas letras, el latin bárbaro de la Edad Media, y Antonio de Nebrija, Alvarez y el Brocense restauraron el estudio de la lengua latina. Cisneros no se contentó con esto, y, aprovechando los recursos que le facilitaba su alta posicion, convoca en Alcalá á los hombres más instruidos en las lenguas sábias, y hace publicar la primera Biblia políglota, trabajo que se produjo en Amberes bajo la direccion de Arias Montano. Luis Vives, á pesar de los obstáculos que oponia á su vuelo la suspicacia del célebre Tribunal de la Inquisicion, precede á Bacon en el estudio de la verdadera Filosofía. Si Cano sobresale en las cuestiones teológicas, Antonio Agustin restablece el estudio de la jurisprudencia civil y eclesiástica, y no se quedan atrás en el de ambos Derechos los Sepúlvedas, los Maldonados, los Victorias, los Cabarrubias, y otros muchos que sería prolijo enumerar.

Aunque la direccion dada á la enseñanza por el espíritu de la época, por la influencia del clero, por el grandísimo dominio que

ejercian en todas las clases obispos, prelados y monjes, determinaba que los estudios literarios, teológicos y de jurisprudencia dominaran casi por completo, no empeció esto para que Pedro Monzon lograra establecer la benéfica costumbre de enseñar Aritmética y Geometría ántes de entrar en estudios filosóficos, ni para que el matemático Pedro Ciruelo, catedrático en la Universidad de Salamanca, tuviera el harto envidiable honor en aquella época de ser nombrado primer profesor de Ciencias exactas en la de París, ni que la misma Universidad diera profesores para la correccion del decreto de Graciamo, ni para que otros compañeros suyos se dedicaran á concluir y perfeccionar el cómputo eclesiástico Gregoriano. Mientras que nuestros obispos ocupan un lugar honrosísimo en los Concilios de Basilea y de Trento, Pedro Ponce hace por sí solo un inmenso beneficio á la sociedad, y especialmente á los desgraciados, inventando el arte de enseñar á hablar á los mudos, y Blasco de Garay es el iniciador de la revolucion más grande que hasta ahora ha conocido la industria y la manera de ser de las sociedades: siguiendo las teorías del célebre griego Heron, ensaya por primera vez en el puerto de Barcelona el hacer mover los buques sin necesidad de velas ni impulso del viento, aprovechándose de la expansion del vapor, adelantándose en su idea á lo que Fulton ha hecho en nuestro siglo, y á lo que ántes que este último habia intentado Sauvage en Lyon.

Si se tienen en cuenta las condiciones fisiológicas de esta raza de la familia española, la direccion dada á los estudios, que los productos de la imaginacion habian de adelantarse á los de la inteligencia, y que el célebre Tribunal, representante de la ortodoxia romana, habia de mirar con ménos ojeriza ó tolerar mejor cuanto á las artes se referia, que aquello que hacia relacion á las ciencias miradas como sospechosas de heterodoxas: bien se comprende que el arte de la elocuencia no habia de quedarse atrás, como lo prueban los inmortales nombres de Fernan Perez y Oliva, Fray Luis de Leon, de Avila, de Granada, y tantos otros. Por lo que respecta á los poetas, más tarde de ello habremos de ocuparnos; sólo consignaremos aquí que difícil es negar á Lope de Vega y su escuela el honor de abrir al teatro la senda por donde ha de caminar en los tiempos modernos. Si en España habian brillado los cronistas, lógico y natural era que á éstos les reemplazasen los historiadores, y los Florian de Ocampo, Mariana, Zurita, Hurtado de Mendoza, no son, seguramente, de los últimos que

en Europa escribieron sobre historia; y si bien la manera como lo hicieron deja en el fondo mucho que desear, respecto al método científico y filosófico, no fueron en esto inferiores á los de los demás países, ni hicieron otra cosa que obedecer á la época y al tiempo en que escribian. Si, por las razones que indicadas quedan, las ciencias exactas, naturales y políticas, no siguieron con entero paralelismo los progresos de la literatura, no puede negarse que, á pesar de los grandes inconvenientes que habia en luchar con el famoso Tribunal, no empeció esto para que se escribiera con audacia y atrevimiento sobre las cuestiones sociales de mayor trascendencia y sobre política general, como lo demuestran las obras de Zurita, Mariana, Rivadeneyra, Sepúlveda y otros, en las cuales se encuentran apreciaciones referentes al derecho de los pueblos, al poder de los reyes y á la organizacion política, tales que, en los mismos tiempos que hoy atravesamos, á más de un liberal, blasonando de avanzado, le parecerian anárquicas y perturbadoras; ni tampoco escasearon hombres que al nombre que les daban sus escritos literarios hayan añadido el de hábiles y negociadores, pudiendo citarse, entre otros, á Mendoza, Quevedo y Saavedra.

Dicho queda cómo, desde el tiempo de Gregorio el Grande, la ortodoxia romana se habia declarado la aliada de las artes, y si no la enemiga, la adversaria de las ciencias. Como quiera que esta misma idea informaba el famoso Tribunal, resultó que las primeras pudieron moverse en España con más libertad que las últimas, y, si bien, en último término, habian de participar de la decadencia y apocamiento que más adelante se apoderó de los espíritus, no dejaron por eso de brillar artistas tan notables como Toledo, Herrera, Berruguete, Becerra, Cano, Murillo, Velazquez, Zurbarán y otros muchos. Forzoso es confesar que la arquitectura, como ya se ha dicho, tuvo por maestros á los árabes, miéntras que sus hermanas la escultura, y la pintura nos vinieron de Italia; pero de tal manera se aclimataron aquí, como veremos á su debido tiempo, que no tardó en formarse la escuela española, la cual llegó á ser rival de su maestra la italiana, sin que tuviera que temer la competencia con ésta.

Del sucinto bosquejo que acaba de hacerse, y á pesar de mayores detalles en lugar oportuno, se deduce con toda claridad que, si la familia española no tomó la iniciativa en varios ramos del saber humano, y aún escaseó de génios, como los de Leibnitz, Kepler, Galileo, Gutenberg, etc., que forman época, por razones que luégo ha-

bremos de exponer y algunas que indicadas quedan; sin embargo, lo mismo que en tiempo de los romanos y de los árabes, todo lo útil que aquí habia sido importado del extranjero, encontraba una tierra á propósito para su cultivo, y tardaba escaso tiempo en imprimirle un carácter de originalidad propio que correspondia á la saliente personalidad española.

MANUEL BECERRA.

(Continuará).

LA COLONIA PENITENCIARIA DE HALL EN SUECIA

Desde que la pena, necesaria para la represion y el castigo del delito, ha dejado de mirarse como un acto de venganza social ó *vindicta pública*, y sin quitarle su carácter de ejemplaridad, se considera como un medio de reposicion del derecho infringido y de enmienda ó correccion del culpable, se ha reconocido universalmente la necesidad de penitenciarías especiales para los jóvenes viciosos y delincuentes.

No alcanza, en efecto, á corregir á los primeros la autoridad paterna, áun ejercida con la firmeza mezclada de prudencia y dulzura que exige su difícil mision, y que rara vez se juntan en ella, ni esta autoridad encuentra en el hogar doméstico medios de emplearse con eficacia. Así es que la juventud extraviada, cuando no va á poblar las cárceles y los presidios, llega á ser en la sociedad un elemento tanto más perturbador y dañino, cuanto mejor sabe burlar las leyes positivas y sustraerse á la accion de la justicia.

Y por lo que hace á los jóvenes delincuentes, que si tienen el suficiente criterio para distinguir el bien del mal, carecen de la fuerza moral necesaria para dominar sus pasiones, ni es justo exigirles la misma responsabilidad y aplicarles el mismo régimen penal que á los hombres de razon madura, dotados en más alto grado de ambas condiciones, ni se puede, sin peligro de su futura salud espiritual, confundirlos bajo un mismo techo

con los criminales empedernidos, cuyo simple contacto basta para determinar el contagio del crímen.

Por estas sumarísimas razones, todos los pueblos cultos han creado y poseen ya establecimientos del género á que nos referimos. Sólo careciamos de ellos en España, donde desgraciadamente caminamos hoy á la zaga del progreso; al fin, gracias á la iniciativa privada, con rara cuanto laudable constancia promovida por el distinguido penalista D. Francisco Lastres, parece que vamos á tener uno, puesto que se está discutiendo en las Córtes un proyecto de ley que sanciona su creacion y le coloca bajo el patronato del Estado.

Muchos pueden servirle de modelo, y el mismo Sr. Lastres reseña en sus excelentes *Estudios penitenciarios* los de Mestray, Val d'Iores y Citeaux, en Francia; de Nueva-York, Boston y Filadelfia, en los Estados-Unidos; de Red-hill, Chichester, Cornwall y la Princesa María, en Inglaterra; de Ruysselede y Beermen, en Bélgica; de Alkmar y Rysselt, en Holanda; de Stanz, Blachtelem y Sonneraberg, en Suiza.

Pero existe todavía en Suecia otro, llamado *Colonia penitenciaria de Hall*, ménos conocido en España por haberse creado hace muy pocos años, y que conviene tener presente al organizar el que aquí va á fundarse. No será, pues, inútil dar á conocer esta Colonia, siquiera someramente, y así nos proponemos hacerlo en el presento artículo.

I

El 13 de Junio de 1873, era el quincuagésimo aniversario de la llegada de la reina Josefina á Suecia.

Cincuenta años ántes, en el mismo dia, la hija primogénita de Eugenio, duque de Leuchtemberg, y de la princesa Amelia Augusta, de Baviera, habia abordado, radiante de juventud y de belleza, á aquel país, que la aclamaba por su princesa real y que más tarde debia aclamarla por su reina.

Este acontecimiento habia dejado un recuerdo indeleble en la memoria de los contemporáneos, y los suecos quisieron perpetuarle de una manera digna de la virtuosa compañera de Os-

car I, el regenerador del sistema penitenciario en su reino de Escandinavia.

Al efecto, y á propuesta de Mr. Almquist, director general de los establecimientos penales, se formó una sociedad de patronato para los penados libres y los jóvenes delincuentes, que empezó por reconocer lo que el rey Oscar I habia demostrado perfectamente en su bella obra sobre las penas y las prisiones, publicada en 1840, la necesidad de crear un sistema penitenciario completo que comprendiese las medidas preventivas del delito y las que tienen por objeto acudir en auxilio de los licenciados de presidio, para impedir que reincidan.

Lo más urgente era la reorganizacion de los establecimientos penales, que se empezó de 1840 á 49, y que se ha proseguido sin interrupcion hasta ahora. En cuanto á la prevencion del delito y de la reincidencia, correspondia procurarla á la iniciativa privada, aunque con el apoyo de los poderes públicos.

En aquella época, el patronato de los penados libres se hallaba, con pocas excepciones, en un estado rudimentario. Se trataba, pues, de hacer una obra en alto grado meritoria, y dar al mismo tiempo el mejor testimonio de gratitud nacional al monarca, que por sus escritos y por sus actos habia promovido la reforma penitenciaria en Suecia, y á la augusta señora que, al compartir con él el tálamo, habia compartido tambien sus generosas y humanitarias aspiraciones. Así es que el proyecto de crear la sociedad á que nos referimos fué acogido con entusiasmo.

El llamamiento que se dirigió al pueblo sueco con este motivo, llevaba entre otras firmas, además de la del distinguido penalista Mr. Almquist, las de MM. d'Adlercrentz, á la sazon ministro de la Justicia; el baron de Geer, ministro de Estado; el baron de Ugglas, gobernador de la ciudad de Stockolmo, y el general baron de Wrede.

La reina Josefina aceptó el título de protectora de la asociacion proyectada, y le hizo un donativo de 117.000 coronas (163.000 pesetas), expresando el deseo de que llevase el nombre de Oscar I, su augusto esposo.

En su virtud, la asociacion se llamó *Sociedad Oscar-Josefina*, y una vez constituida, el Consejo de administracion abrió una

suscricion nacional y adoptó sus Estatutos definitivos, en los cuales exponia sus miras de la manera siguiente:

La *Sociedad Oscar-Josefina* tiene por objeto:

1.° Recoger y educar, hasta donde sus recursos se lo permitan, en establecimientos especiales de correccion, á los jóvenes viciosos ó delincuentes que le envien las autoridades locales y la administracion de la policía, procurando atraerlos al trabajo, á los sentimientos religiosos y á las buenas costumbres.

2.° Vigilar y sostener moralmente, ayudándoles á proporcionarse una manera de vivir honrada y regular, á los penados libres, cuya conducta, ántes y despues de la condena, inspire fundadas esperanzas de enmienda.

Reunidos los primeros fondos, la Sociedad resolvió realizar desde luégo la primera parte de su programa: adquirió la propiedad de una finca apropósito, y en Enero de 1876 se inauguraba, con el título de *Colonia penitenciaria de Hall*, una penitenciaría de jóvenes, á la cual habia servido de modelo la francesa de Mestray, bien conocida de cuantos se dedican á los estudios penales.

No le fué dado á la augusta princesa, en cuyo honor y bajo cuyos auspicios se habia fundado, ver los primeros resultados de tan grandiosa empresa. El 7 de Junio de 1876 la reina Josefina pasó á mejor vida, siendo sus restos sepultados en las bóvedas fúnebres de la Iglesia de Riddarholm, al lado de los del rey, su esposo, que algunos años ántes la habia precedido. (8 de Julio de 1869.)

Tal fué el orígen del establecimiento de que se trata. Digamos algo ahora acerca de su situacion, de su organismo y de sus funciones.

II

La *Colonia penitenciaria de Hall* se halla situada á orillas de un golfo del Báltico y á poca distancia de la ciudad de Södertelge.

Nosotros la visitamos hace cuatro años, trasladándonos á

ella desde Stockolmo por los lagos que cubren toda la extension del trayecto y por el mar en que desembocan.

Este viaje, hecho en uno de aquellos deliciosos dias del estío en las regiones septentrionales, de que no se tiene idea en el Mediodía, es de lo más pintoresco y atractivo que puede imaginarse.

El vapor sale del puerto de Riddarholm, en el lago Mälar, y sigue al principio la direccion del castillo de Drostningholm, magnífico palacio real de recreo, edificado en una isla del mismo lago, á diez kilómetros de Stockolmo. Después costea la tierra firme á la izquierda, y pasa por delante de un grupo de islas, separadas por estrechos que dejan ver hácia el Noroeste horizontes lejanos, con sus bosques, sus praderas y sus campos perfectamente cultivados.

Sorprende contemplar en aquella latitud, durante la estacion calurosa, tintas tan ardientes y colores tan vivos como en los países meridionales.

Cubre las rocas un líquen que les da un tono amarillo pálido, y que armoniza admirablemente con el carmin de los *Ericas* en flor, de que están tapizadas sus hendiduras.

Las colinas presentan á lo léjos todos los matices del azul y del violado.

Navegando hácia el Sur, se distingue una isla de costas escarpadas, y en ella, clavada en la cima de una roca, una alta percha, de cuyo extremo pende un inmenso sombrero.

Es el sombrero del rey, el *Kungshatt*, al cual se refiere una leyenda que ha dado orígen á aquel monumento.

Cuéntase que en la época de los *Vikings*, corsarios ó habitantes de los golfos, un rey, perseguido por sus enemigos y no queriendo rendirse, se arrojó desde la citada roca á las aguas del Mälar, sin dejarse tras sí más que su sombrero.

El poeta sueco K. A. Nicander ha cantado esta hazaña en una poesía, cuya última estrofa, traducida al castellano, es como sigue:

«Alzase en esa roca
un colosal sombrero,
que en su cristal retratan
las olas del Mälar.

Salúdale el marino
desde el bajel velero,
y exclama con orgullo
al verle sobre el mar:
—¡Es el *Kungshatt!* reliquia
de aquel monarca erguido,
que al cautiverio odioso
la muerte prefirió.
Pues nunca un rey de Suecia,
si pudo ser vencido,
al vencedor contrario
cobarde se rindió.»

Cuando más se avanza, más se acentúa en el paisaje el carácter del Archipiélago. Vése, á la izquierda, á Sturehof, y á la derecha la isla de Eckerö, con sus casas rojas graciosamente agrupadas en una eminencia alrededor de la blanca iglesia, de agudo campanario, y en medio de verdes praderas y campos cubiertos de doradas mieses. Más allá, y á la izquierda, se encuentran los vastos edificios de la tejería de Bockholms-Sätra, y más allá todavía el castillo de Kaggeholm, que habitó en otro tiempo el feld-mariscal Lars Kagg.

El vapor, después de haber salido del Bockholms-Sund, tuerce de repente al Mediodía. Desde allí la mirada abarca al Oeste y al Noroeste una sábana de agua mucho más extensa que la que se ha marcado hasta entónces, y que reviste las proporciones de un pequeño mar interior. Es la parte del Mälar, llamada Bjorkfjärd, cuyas olas se encrespan á veces tanto, que ponen en peligro á los navíos.

En medio de ella se levantan varias islas, entre las cuales merece notarse lo de Björkö, donde en el siglo IX predicó Ansgarius por primera vez en todo el país el Cristianismo. Björkö es además célebre en la historia arqueológica de Suecia. Escavaciones practicadas durante muchos años consecutivos han descubierto allí verdaderos tesoros de ámbar y de metales preciosos, objetos de la edad de hierro y de los comienzos de la Era Cristiana, tumbas y vestigios de habitaciones, que revelan un gran centro de poblacion antiquísimo.

Se entra después en el Golfo de Lina ó Linasund, á cuyo extremo se alza la pequeña ciudad de Södertelge, y bien pronto se divisan el campanario de su antigua iglesia y las altas chimeneas de sus fábricas, rodeadas de lindas casitas de

campo medio ocultas entre bosquecillos. Aquí es preciso detenerse un momento ante la esclusa que cierra el canal de union entre el Mälar y el Báltico; pero abierta aquella, el vapor sigue su curso por el canal, y de nuevo atrae las miradas la perspectiva encantadora de Södertelge, que se considera como uno de los arrabales campestres de Stockolmo. Parece un inmenso canastillo, sembrado de elegantes quintas, todas con hermosos jardines.

El canal de Södertelge, construido de 1806 á 1819, costó tres millones de francos, y tiene una longitud total de 5.067 metros. La profundidad de su única esclusa es de 3,21 metros bajo el nivel del Báltico, y de 3,56 bajo el mínimo del Malär. En 1876 le cruzaron 1.936 buques de vela y 1.828 de vapor, ascendiendo en el mismo año sus rendimientos á 54.000 francos.

Desde este canal se pasa al pequeño lago de Maren, y al salir de él se navega entre dos altos ribazos cubiertos de negros abetos, que descienden hasta hundir sus raíces en el agua. Aquí atraviesa el vapor un puente giratorio del ferro-carril de Stockolmo, notable por lo atrevido de su perfil y por las dificultades de su construccion, pues ha exigido una trinchera de 30 metros de altura sobre el nivel del canal, en algunos puntos, abierta sobre arcilla y arena, minadas por las aguas subterráneas, y cuya obra honra seguramente á los ingenieros suecos.

Bien pronto los ribazos se deprimen y aplanan, el horizonte se ensancha y se penetra en el lago marítimo de Igelsta. Creeríase surcar todavía el Mälar; tanto se asemeja la perspectiva del Archipiélago á la de dicho lago. A derecha é izquierda se ven campos cultivados y bosques que se alejan y se agrandan con la distancia. Se llega, por fin, al Hallsviken, y el vapor atraca al desembarcadero de Hall, término del viaje. Allí está la penitenciaría de que vamos á dar noticia.

III

La *Colonia penitenciaria de Hall* es un establecimiento penal de carácter agrícola, y que tiene por divisa, como la de Mestray, el principio del célebre penalista francés Mr. Ch. Lúcas: *mejorar la tierra por el hombre y el hombre por la tierra.*

Consiste en una extensa granja ó quinta de labor, con praderas, tierras de cereales, árboles maderables y frutales, huerta y jardin, además de los accesorios necesarios para el cultivo, y su plano comprende las construcciones siguientes:

1.° Un cuerpo de edificio con habitaciones para el director, el ecónomo ó administrador y el inspector de labores agrícolas:

2.° Seis casas de familia para los penados, cada una de las cuales tiene: en el piso bajo, las salas de escuela, de gimnasia y de juegos, así como el comedor: en el principal, los dormitorios, y en el sótano la bodega, la cocina y sus dependencias;

3.° Casa para los empleados, con alojamiento en el piso bajo para dos instructores, y en el principal para el capellan ó limosnero:

4.° Otra casa con vivienda para el guarda mayor en el piso bajo, destinándose el principal á enfermeria y celdas disciplinarias;

5.° La capilla:

6.° Habitaciones para los guardas y contramaestres:

7.° Establos, cocheras, granero, etc.:

8.° Talleres y alojamiento de guardas:

9.° Lechería:

10. Leñera:

11. Habitaciones para criados;

12. Talleres para obras en madera.

Hay además vaquería, aprisco, porqueriza, horreo, era, máquina de trillar, molino de agua, serreria, forja y ladrillal, estando provisto el jardin de sus correspondientes invernaderos y estufas.

Entrase en el establecimiento por un parque de alto arbolado, tras el cual se encuentra una gran huerta, desde donde se descubre, en la cima de una eminencia, la casa del director. Esta huerta es al mismo tiempo jardin, pues no contiene sólo legumbres, sino tambien árboles frutales y cuadros de flores. Su disposicion en terrazas y sus cultivos ofrecen el más agradable aspecto, é indican ya la importancia que allí se da en el sistema correccional á la horticultura y la arboricultura.

Al llegar á la eminencia y después de haber contorneado el

edificio de la direccion, se halla un ancho patio encuadrado por este edificio y á derecha é izquierda por casitas, cada una de las cuales sirve de vivienda á un grupo de penados, y por otras construcciones destinadas á escuela, lavadero, baños, etc., así como á dependencias de la explotacion rural, tales como establos, hórreos y cocheras. Enfrente, y entre dos elevaciones paralelas del terreno, cubiertas de bosques, se extiende una extensa llanura, cultivada con gran esmero.

Tal es el aspecto de la parte del establecimiento que se puede dominar desde el patio. Allí, al visitarle nosotros, estaban los penados, divididos, segun su edad, en dos compañías, que al mando de dos instructores y de un oficial de la marina real ejecutaron varios ejercicios militares. Terminados estos, sonó una campana, rompiéronse las filas al toque de corneta, y todos nos dirigimos al refectorio, donde los jóvenes, después de un corto *benedicite*, tomaron una frugal refaccion con envidiable apetito. Muchos de ellos se distinguian por una figura inteligente y una expresion fisionómica que inspiraban felices augurios sobre su porvenir; otros, en menor número, tenian una mirada y un rostro ménos simpáticos; pero en todos se veia ya la prueba de que el jóven vicioso y criminal puede ser la víctima de las circunstancias, y del medio en que ha nacido y pasado los primeros años de su vida, al paso que, sustraido en edad temprana á estas influencias y colocado en una institucion como la de Hall, donde la disciplina, aunque severa, es paternal y benévola, se habitúa al órden y al trabajo, cobra aficion á la cultura del espíritu, y comprende al fin sus deberes para con Dios y con los hombres.

Al salir del refectorio recorrimos los dormitorios, las salas de trabajo, la escuela y todos los demás departamentos, acompañados por el director Dr. Robbert y el capellan Mr. Ahlberg, admirando el plan general de la colonia, su situacion, la disposicion de sus locales, el mobiliario, etc., que hacen de ella una penitenciaría-modelo en su género.

El establecimiento es capaz para albergar hasta 300 penados; pero en el momento de nuestra visita no habia en él más que 75, que cultivaban, bajo la direccion del inspector, Mr. Lindeberg, un campo de 800 hectáreas próximamente, de las cua-

les 259 eran de tierras labrantías, y el resto de pastos y bosques. Se los inicia en todas las labores agrícolas y en la cria de ganados. Tambien se les enseña á fabricar utensilios é instrumentos aratorios y se les dan los oficios de carpinteros, carreteros, ebanistas, herreros, tallistas y zapateros.

Junto á la escuela profesional está la escuela de primeras letras, dirigida por un hombre tan instruido como celoso, monsieur Fant, que nos dió sobre ella numerosos y útiles informes. Los alumnos reciben lecciones de dibujo y de música vocal é instrumental; la gimnasia forma parte del programa de enseñanza, y la educacion religiosa ocupa un lugar preferente en el sistema pedagógico aplicado.

Por lo demás, en la colonia no se admiten más que muchachos de 10 á 15 años. A esta última edad es cuando comienza, segun la ley sueca, el discernimiento y la responsabilidad criminal. Los padres de los penados transfieren completamente su autoridad á la direccion de la *Sociedad Oscar-Josefina:* sin embargo, están obligados á pagar por cada uno de aquellos una pension de 200 francos anuales durante tres años. A falta de los padres, el Municipio es el que paga la pension á la colonia.

Los gastos del establecimiento ascendieron en 1877 á francos 32.453, la cual da para cada penado un gasto de 552, en cuya suma figura la alimentacion por 142,69, el vestido por 61,53 y los sueldos y honorarios de los empleados por 195,90.

En cuanto á los ingresos, proceden de los productos del cultivo, del trabajo de los alumnos, de la pension pagada por los padres ó los municipios y de las rentas que posee la institucion, y que no bastan para costearla y desarrollarla convenientemente. Así es que necesita recurrir á la beneficencia pública y privada: pero nunca le faltan donativos suficientes para llenar su déficit, porque todo el mundo comprende en Suecia que, subvencionando la colonia de Hall, se contribuye á disminuir el número de los criminales y aumentar el de los miembros útiles de la sociedad.

Para concluir, añadiremos que, estando reservada, como hemos dicho, esta institucion á los jóvenes delincuentes de 10 á 15 años, faltaba en Suecia un establecimiento análogo para los ni-

ños de más tierna edad que se ven abandonados ó desatendidos, y que están, por lo tanto, expuestos á todos los vicios y todos los delitos. Así se lo hizo comprender el digno director general M. Almquist á una dama opulenta y generosa de Stockolmo, Mad. Sofía Alm, que ántes de su muerte legó á la *Sociedad Oscar-Josefina* más de un millon de francos, para crear, con el nombre de *Fundacion de Axel y de Sofia Alm*, asilos de correccion de los niños de ambos sexos pertenecientes á la clase que acabamos de indicar. Estos asilos se hallaban en la época á que nos referimos en vías de organizacion, y debian completar el programa de reforma penitenciaria trazado por Oscar I, y de cuya realizacion se ha encargado la Sociedad de que se trata.

Entre tanto la *Colonia de Hall* está dando los más satisfactorios resultados, y todo anuncia que tendrá un éxito tan brillante como las demás que con el mismo objeto existen en el resto de Europa.

¡Ojalá que tambien la tenga la que va á fundarse en España, y que se vean coronados los esfuerzos de sus nobles iniciadores, para honra suya y de nuestra pátria y para el mejoramiento moral de la juventud extraviada ó desvalida!

MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ

EL MÉTODO INTUITIVO EN LA ENSEÑANZA

(Conclusion.)

II

Nada, al parecer, tan sencillo, como aplicar el remedio á grandes males; nada tan fácil como el descubrir verdades de trascendental consecuencia. ¿A quién no le hubiese ocurrido equipar algunas naves, como Colon, y atravesar el Atlántico en busca de un Continente, que manifestaba abordable la esferoidad de la tierra? ¿Quién no hubiera adivinado la ley de la gravitacion universal, viendo, como Newton, caer la fruta de un árbol y los demás cuerpos hácia su centro? ¿Cómo tardó tanto la humanidad en advertir, como el Canciller inglés, que los hechos de la naturaleza debian estudiarse en la naturaleza misma, en vez de entregarse á inútiles deducciones? Sin embargo, pasaron siglos sin que ninguno de los grandes talentos despertara á la sociedad y le advirtiera de que marchaba por errado camino, dejando sin aprovechar inmensos tesoros que estaban al alcance de su mano.

Lo mismo, exactamente, acontece en el vital asunto en que nos venimos ocupando. Tambien es sencillo y elemental que los procedimientos para la comunicacion de la verdad han de ser los mismos que guiaron á su invencion ó descubrimiento; que la realidad no puede traducirse en palabras, que nunca llegan á ser equivalentes á las cosas, y que entre todas las elocuencias, la más poderosa es la de

los hechos. Sin embargo, han pasado siglos, y los sábios, los encargados de propagar la instruccion, lo han fiado todo á la explicacion verbal, desvaneciéndose en teorías, sistemas y difusos comentarios, que se pierden en el vacío cuando no les acompaña la *intuicion* de la realidad; lo mismo que el mono de la fábula, á quien increpa el poeta con aquella inmortal frase: *¿De qué sirve tu charla sempiterna, si tienes apagada la linterna?* Comenzando por la asignatura que sirve de pórtico á la segunda enseñanza, el latin, nótase que los programas á que se sujeta su estudio vienen saturados de reglas abstractas, difusas é interminables, que sólo puede descubrir y ver aplicadas el que consagre los años de una larga vida al conocimiento de los autores del *Lacio*. Este método, excesivamente didáctico, sancionado por la tradicion, produce el resultado de que el escolar estudioso y aprovechado desempeñe en las áulas un papel brillante, desconociendo casi por completo aquel idioma que tan útiles servicios podria prestarle en el decurso de su vida científica y literaria. Ha sido preciso que trascurrieran siglos para que Ollendorff proclamara la inutilidad de este sistema, yendo derecho al objeto, que es la posesion de una lengua sin pasar por las angustias y dolores de espinosas y enmarañadas reglas, que son inútiles cuando no se las conoce prácticamente, y lo son más todavía cuando la experiencia las ha manifestado. Si el tiempo que se consume en aquellos difíciles ejercicios de la memoria y en aprender las sutilezas de los gramáticos, se consagrara exclusivamente á revolver los autores clásicos, prévio el conocimiento del elemento orgánico del idioma, los frutos reales y positivos de su estudio aumentarian incomparablemente, siendo á la par más sólidos y verdaderos.

La misma observacion podríamos hacer en lo que respecta á la geografía y la historia. Aunque el espíritu reformista de la primera enseñanza se ha dejado sentir en la segunda con la publicacion de cartas geográficas y libros que representan plásticamente los objetos, queda todavía mucho camino que recorrer, sea con la creacion de museos arqueológicos, donde, siquiera en imágen, pueda ver el alumno medallas, monedas, monumentos, armas, trajes de todos los tiempos y épocas que trata de conocer, como tambien estableciendo bibliotecas bien surtidas junto á cada establecimiento de enseñanza, privado ó público, para que el adolescente pudiera consultar las fuentes de la historia en los autores originales, en los cuales parece que se siente vivir y palpitar los acontecimientos, mucho mejor que

en estas pálidas y amaneradas compilaciones, donde no se refleja la impresion de la realidad.

Tambien podria aplicarse aquí, como ampliacion del método *intuitivo*, las *excursiones* científicas á breve distancia, á fin de que el alumno aprendiera á conocer técnicamente los accidentes de la Naturaleza, que son el objeto de la geografía, al mismo tiempo que ejercitara la imaginacion para representarse otros más lejanos, que se grabarian en su mente por comparacion con los que tiene á la vista. De esta manera, la escena que ha de servir de teatro á la historia sería real y aproximada á la verdad, miéntras que ahora es un conjunto de sonidos que se borran de su mente con la misma facilidad que en el aire, que les ha servido de vehículo.

Pasa el alumno, después de estos estudios, al de la Retórica, que debia ser la educacion del gusto, la iniciacion de la inteligencia en los secretos de la armonía, de la belleza, en el pensamiento y en la palabra. ¿A quién podia ocurrirse que deba confiarse este resultado á la teoría, á las abstracciones metafísicas, que están muy por encima del corto alcance de la adolescencia, y que en ningun caso pueden producir un resultado práctico? Este es, sin embargo, el procedimiento que se sigue en nuestros libros didácticos, alambicando los conceptos, enumerando todas las figuras y formas de diccion, y absorbiendo un tiempo precioso en recordar las sutilezas que inventaron los antiguos y se han trasmitido como un pernicioso contagio, en vez de abrir al tierno adolescente las puertas del templo del arte, dejándole admirar los grandes modelos que nos han dejado las pasadas generaciones. Si este método se siguiera en el cultivo de las demás bellas artes, y áun de las mecánicas, la sociedad volveria á caer en la barbárie, por el abandono total que sobrevendria en su cultivo. La *belleza*, con más razon que las demás ideas abstractas, no se puede percibir más que en los objetos *bellos*. El profesor de las bellas letras, debe reducirse al papel de Mentor en las excursiones del alumno por la inmensa galería de las obras maestras.

No hablaremos de las matemáticas, en cuyo estudio no cabe otro método que el deductivo ó racional. Mas téngase en cuenta que, cuando en las deducciones racionales se pierde de vista el principio de donde se deducen, se camina al azar, como el que se extravía en intrincado laberinto. Aprender el ejercicio de operaciones sueltas, sin conocer su enlace ni sus últimos fundamentos, es convertir el en-

tendimiento en máquina, y la memoria en torpe acémila que lleva sudando la pesada carga que le han echado encima amos tiránicos. Las combinaciones que pueden hacerse con la cantidad son infinitas, y no ha sido jamás el objeto del Gobierno, al imponer esta asignatura, el agotarlas, sino puramente dar la clave de sus más trascendentales operaciones, que luégo se encargan de dilatar y extender las carreras especiales y facultativas. De manera que si en los estudios prácticos somos poco empíricos, resulta tambien que en los deductivos somos poco racionales en el fondo y en la manera de proponerlos.

No pretendemos ocuparnos de la Psicología, porque ya hemos dicho en otra parte que es un estudio del todo insuficiente en la forma que viene practicándose. El estudio empírico por excelencia, toma una forma completamente abstracta, y su parte abstracta ó racional, está reducida á tan estrechos límites, que no llega á iniciar la juventud en los arcanos de la filosofía.

Quedan, finalmente, las ciencias naturales, aquellas que son directamente hijas de la observacion y la experiencia, las que no admiten otro método adecuado que la intuicion. La Física, la Química, la Historia natural, la Fisiología ¿qué son, arrancadas de la realidad, más que sonidos vagos y sin sentido, plantas desgajadas del suelo donde se nutren para secarse en el vacío; adulteraciones punibles de la ciencia? Pues tambien aquí llega el prurito de confiarlo todo á la palabra, nada á la *cosa*, sucediendo á menudo que se cursan dichas asignaturas sin hacer el más leve experimento que ilustre el ánimo de los alumnos. Mas, aunque no sea esto general en absoluto, es lo cierto que los Museos se consideran más bien como artículos de ornato en los Institutos y colegios, que de auxiliar indispensable á la enseñanza. Libros de texto enmarañados, soporíferos, constituyen el alimento en que se apaciente la curiosidad del alumno, que debia beber la ciencia solamente en los cristalinos y estimulantes manantiales de la naturaleza y de los ejemplares tangibles de la experimentacion.

Al echar una ojeada sobre el conjunto de la enseñanza segunda y observar la escasez de sus frutos por los vicios de procedimiento, ocurre buscar en el terreno práctico el remedio que nosotros no vacilaremos en señalar con entera franqueza. Urge que el Gobierno, por medio de su órgano inmediato el Consejo de Instruccion

pública, fiscalice los libros que sirven de texto en los Institútos, dejando sólo aquellos que estén reducidos á una mínima expresion: que, como el señor Cura en la biblioteca de D. Quijote, condene á las llamas una gran parte de estas obras, que son la perdicion de nuestra juventud estudiosa, purgando las restantes de los elementos inútiles que entrañan, para que en adelante se confie la enseñanza á las *cosas*, no á los libros, que en vez de manifestarlas las ocultan, y, puesta la imaginacion frente á frente de la realidad, despierte á la vida intelectual y moral, asimilándose la naturaleza, que fecunda el alma como fecunda la tierra por medio de las semillas, que sin cesar vuelan por el espacio buscando campo donde ingerirse. Basta de palabras, y venga de una vez el reino de la verdad.

III

Al salir de la segunda enseñanza, se abren delante del alumno diferentes caminos que conducen al término de los títulos profesionales. En este punto crítico se ofrece tambien un problema, uno de los más graves y pavorosos que ofrecerse puedan al que medita sobre el estado de la enseñanza en nuestra pátria.

Efecto del carácter teórico y puramente abstracto que se da á la instruccion en el actual estado de nuestros estudios, es el desvío, el divorcio que se efectúa entre el alumno y las profesiones ú oficios de carácter práctico y material. Entre la manera de ser que en él se ha verificado y la que reclama el ejercicio de un arte, media un abismo. Allí, todo especulacion, palabrería é indolencia (salvas honrosas excepciones); aquí, todo realidad, trabajo y experimentacion; en los estudios de la escuela, un mundo artificial; en el taller, un mundo enteramente real; en aquellos centros, la vanidad de todo lo que es inepto; en las artes, la modestia de lo que es útil. No, no abandonará el escolar una senda que lisonjea la holgazanería y el orgullo, para seguir el laborioso camino de sus padres, para el cual ha quedado tambien incapacitado, después de los extravagantes ejercicios que han trastornado todas sus facultades. Seguirá una carrera profesional de las muchas que se ofrecen á su vista, dejando de fecundar la riqueza pública con el fruto de sus sudores, de acrecentar el capital social con su contingente de industria creadora. Será, porque no puede ménos de serlo, abogado, médico ó ingeniero. Sigámosle en este camino.

La carrera de Derecho tiene dos partes: una teórica, el conocimiento de la legislacion pátria; otra práctica, ó sean los procedimientos para hacer efectiva la aplicacion de las leyes. Si nosotros demostramos que una y otra son deficientes y aguardan con ánsia el advenimiento de la revolucion que ha vivificado la enseñanza primaria, habremos logrado uno de los fines que nos habíamos propuesto en esta ligera revista.

La legislacion escrita, lo mismo que el cuerpo humano, se compone de organismos subordinados, que conspiran á un fin total y único, que es la realizacion del *derecho*. Para proceder, pues, sistemáticamente en el estudio de las leyes de un país, es preciso, ciertamente, que sean conocidos estos miembros del derecho, que se llaman *instituciones*. La herencia, la donacion, el usufructo, la servidumbre y las demás relaciones jurídicas generales, deben ser de antemano explicadas al que quiere entrar en el templo de las leyes, para que no se pierda, en sus vastos ámbitos, en el enmarañado bosque de disposiciones que constituyen una legislacion. Este estudio prévio, y el de los principios fundamentales ó filosóficos, que sirven de enlace á las diferentes partes del organismo jurídico, son de ineludible necesidad, si el conocimiento que se pretende ha de ser científico y digno de los altos fines á que se destina.

Pero, ¿no es un absurdo concretarse á este trabajo preliminar, dejando el camino ántes de llegar al verdadero objetivo de la legislacion positiva, que es precisamente lo que se trata de conocer?

Estúdiase en los dos primeros años de la carrera el Derecho romano, que ha sido, con justicia, llamado la *razon escrita*, y se termina este considerable período de tiempo sin haber saludado los Códigos en donde viene encerrado. Extractos incompletos, resúmenes, comentarios, ocupan el lugar que correspondia, en parte, al texto original romano, donde palpita el espíritu inmortal del pueblo rey, que llegó á ser legislador del universo. Se comprende que los alumnos no deben dominar aquel vastísimo conjunto que humilla la inteligencia y la memoria más poderosas; es cierto que no debe proponerse agotarlo; pero despedirse de él sin haberlo saludado todavía más que en microscópicos trasuntos, ¿no es el colmo de la ligereza, que acusa una falta completa de sentido comun?

En todas las concepciones del humano entendimiento hay dos cosas: la idea y la forma, tan íntimamente ligadas, que es imposible

hacerse cargo completo de una sin la otra. Los monumentos de edades remotas tienen especialmente una fisonomía tan característica é individual, que se consigue mejor formar concepto con una breve, momentánea *intuicion*, que con todas las descripciones y análisis que pretendan hacer los titulados sabios. La cosa habla por sí misma, y además de la idea concreta, se revela en cada frase la índole y la intencion latente de su autor. Por esta razon reputamos que, además de las ideas con que se enriquece el entendimiento al consultar aquellos inmortales Códigos, se acostumbra el lector á descifrar su espíritu y asimilarse la riqueza de sentido jurídico que en ellos abunda y ha prestado su sávia á todas las legislaciones posteriores. Esta es la razon por qué opinamos que la asignatura de Derecho romano debia estudiarse sobre el original, después de conocidos los resúmenes llamados *instituciones*.

Otro tanto podríamos decir de la legislacion española, que sigue cronológicamente al estudio de la romana. El alumno oye rápidamente hablar de que existe el Fuero-juzgo, las Ordenanzas de Alcalá ó las Partidas; pero termina su curso de Derecho español sin haber visto ninguna de las fuentes de nuestro Derecho nacional. Le sucede que al ponerse frente á los Códigos, concluida su carrera, siente una sorpresa y estupefaccion semejante al que visita una ciudad de que habia oido elocuentes descripciones; éstas le habian sugerido una idea que no se parece en nada al original. Ha de comenzar nuevamente su estudio, pues del anterior apenas llega á reconocer en sí el más leve fruto.

No hablaremos ahora del Derecho político, que se aprende y se abandona sin haber visto un ejemplar de las Constituciones que han regido ó rigen en España; ni de la Economía política, que es en gran parte ciencia de palabras; ni del Derecho canónico, curso dedicado por entero en nuestras Universidades á las instituciones eclesiásticas, sin dar cuenta de las leyes que las rigen, cuanto ménos del texto original de esta legislacion. Siendo estas y otras asignaturas accesorias á la carrera del foro, que se ocupa principalmente de resolver los conflictos que caen bajo la accion del derecho civil, no reputamos tan pernicioso su método, por ser de ménos alcance las consecuencias que produce en la vida práctica del abogado.

Todo lo que falta de *intuicion* ú observacion en el método que se sigue para la enseñanza teórica del Derecho, falta, como es consi-

guiente, de *experiencia* en la aplicacion de las mal aprendidas leyes por el procedimiento establecido. Durante los cuatro primeros años de la carrera, no se habitúa al discípulo á ningun ejercicio de los que serán propios de su profesion. Miéntras, por un instinto natural, los antiguos peripatéticos, con todas sus exageraciones especulativas, no se olvidaban de practicar los ejercicios de la discusion desde el comienzo de sus estudios por medio del *silogismo;* miéntras los antiguos esculpieron el fecundo principio de que es indispensable la práctica en los conocidos adagios: *nullus dies linea, fabricando fit faber*, y otros semejantes, los directores de la instruccion no han sabido ver lo que advirtieron las edades pasadas y van comprendiendo con tanta lucidez los maestros de primera enseñanza. Año trás año trascurre el jóven alumno divagando por los espacios vacíos, sin trazar una línea ni ejercitarse en nobles pugilatos que podrian habilitarle para los más gloriosos é importantes del foro, que le reserva la edad madura. Pasa cuatro ó cinco años de su carrera sin saber lo que es demanda, réplica ó duplica, lo que son posiciones, ni otra de estas nociones elementales que prácticamente iria aprendiendo á conocer, no sólo para conocerlas, sino para saber, con el ejercicio de toda la carrera, practicarlas. De esta manera se evitaria dedicarse á los Procedimientos, cuando se han casi olvidado las leyes, como se estudian las leyes cuando no se conocen los Procedimientos; cual si entrambas cosas no debieran proceder juntas, como el cuerpo y el alma, el fondo y la forma en las obras de la naturaleza.

Si las observaciones que acabamos de apuntar son exactas y el vacío de la práctica lamentable, tratándose de ciencias morales y jurídicas, en las cuales es preciso conceder mucho á la especulacion y el raciocinio, júzguese cuán pavorosas habrán de ser las consecuencias del mismo vicio en las otras ciencias que viven y se mantienen casi exclusivamente de la observacion y la experiencia, como sucede en la Medicina, la Farmacia, las carreras de Ingenieros en sus múltiples aplicaciones, y otras de ménos importancia. En ellas el procedimiento es cuestion de vida ó muerte, pudiendo asegurarse que el alejamiento de la realidad produce el mismo efecto que á los globos opacos la distancia del astro que los vivifica con sus inextinguibles resplandores.

La Medicina, por su naturaleza especial, ha vivido siempre aproximada á los establecimientos donde se alberga la fuente de sus

conocimientos y el objetivo de sus especulaciones: el enfermo. Esta ciencia no ha sido nunca puramente teórica; pero, ¿ha encontrado su verdadero camino y adecuado procedimiento, de manera que pueda rehuir el influjo de los nuevos métodos que pretenden llevar á todas las esferas la renovacion y la vida?

A esta pregunta no contestaremos nosotros, profanos en la materia, sino las eminencias de la Facultad, entre las cuales podemos citar al sábio profesor de la Universidad Central, doctor Letamendi, quien en un discurso pronunciado recientemente en un acto solemne, dijo: «No se concibe que tratándose del hombre, que para el médico es »siempre el mismo, cambie radicalmente cada veinte ó treinta años »la idea que la ciencia forma de él..... resultando obvio, que ó bien »la Medicina entera es una escandalosa falsedad, ó bien que una sola »de estas sucesivas hipótesis es verdadera, resultando en daño de la »humanidad las restantes..... ¿No es cierto que, considerado el pro»greso médico en toda su desnudez, aparece horrible, por lo inmoral y »lo desastroso que ha debido resultar en el terreno práctico?»

Este juicio viene confirmado por la experiencia, que muestra en las vacilaciones, errores, contradicciones de los sucesores de Esculapio el estado de confusion y oscuridad en que vive todavía sumida esta ciencia, que cuenta miles de años de cultivo, al que han contribuido inteligencias de primer órden. Este vergonzoso atraso obedece, con seguridad, á un error de método, como todos los grandes extravíos del entendimiento humano, y este error no puede consistir en otra cosa, estamos seguros de ello, que en el olvido del procedimiento intuitivo y experimental.

Cualquiera habrá observado al hojear las obras de principales maestros, la importancia excesiva que dan al elemento teórico y técnico de esta Facultad. Sin conocer la vida, ni la fuerza, que son los dos elementos que luchan en la enfermedad y el medicamento, pretenden sondear todos los secretos de la naturaleza, descubrir la razon de cada uno de los complicados fenómenos que se producen; en una palabra, crear una medicina exclusivamente *racional*. Esta tendencia sería laudable, si partiera de bases fijas y principios ciertos, y no resultara en perjuicio de la práctica y de las infalibles enseñanzas de la observacion. Mas ahora que la constitucion del organismo viviente es un misterio todavía indescifrable, ¿por qué se educa la juventud en aspiraciones imposibles, llenando su cabeza de teorías complejas y enma-

rañadas, que luégo resultan inútiles cuando se pone á la cabecera del enfermo, si no es que forman una espesa nube que intercepta los rayos de la verdad real, como sucede con frecuencia? Cualquier médico aprovechado os dirá que, después de multiplicados desengaños y desilusiones, ha tenido que olvidar casi todo lo que aprendiera en sus estudios, como pesada é inútil impedimenta, para hacer su camino iluminado por el mero resplandor de los hechos y la experiencia, adquirida á costa de innumerables víctimas. Es ya un axioma que los hombres obstinadamente científicos, que no saben desprenderse de las teorías que aprendieron ó están obligados á enseñar, resultan incapaces para el ejercicio de la medicina, si no quieren contar el número de sus víctimas por el de personas que se sujeten á su tratamiento. De este fenómeno hay ejemplos bien recientes, algunos de los cuales la literatura trasmitirá á la posteridad.

¿Qué significa esto? ¿Puede la ciencia, cuando merece este nombre, ser contraria á los hechos y quedar á cada paso desmentida por la experiencia? No; lo que prueba tan triste resultado, es que la Medicina actual no se inspira en la naturaleza; está llena de preocupaciones científicas, que la ciegan y turban la lucidez de sus juicios. Unas veces preocupaciones anti-religiosas, que sólo atienden á demostrar hipótesis imposibles; otras una jactancia nécia, que no reconoce límites á los alcances de su conocimiento, y las más el pernicioso influjo de espíritus vulgares y casuistas, que no conceden á la iniciativa individual de los demás valor alguno, y quieren que todos vean los objetos á través del prisma de su propia observacion, como si la verdad hubiera concluido para los otros el dia que ellos creyeron apoderarse de la misma. Así resulta que gravan la imaginacion de los alumnos con pesadísima carga de minuciosos detalles y recuerdos, en vez de acostumbrarlos á campear libremente por el rico y anchuroso campo de la naturaleza, única y eterna maestra del humano entendimiento en todas las fases de la vida, armónica ó incorrectamente organizada.

Quedan después las carreras especiales, que se ocupan de la construccion ó la mecánica, conocidas con el nombre de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, de Minas, de Montes, Industriales, etc. El punto de apoyo de estas distintas profesiones son las Matemáticas y la Física; pero su ejercicio depende de la exacta aplicacion de estos conocimientos especulativos á la realidad. Al revés de la Medi-

cina, dichas carreras parten de principios fijos, ciertos é inmutables; pero su útil aplicacion sólo se alcanza con la práctica y la aptitud que crea el ejercicio. Pueden compararse á un arte manual, que puede ser perfectamente conocido en teoría, sin poseer la más pequeña capacidad de traducirla en hechos.

Si esto es cierto y pertenece á las verdades de sentido comun, ¿se comprende que estas carreras se estudien léjos de los centros donde tienen su objetivo, y generalmente sin haberlo visto después de haber los alumnos conseguido el diploma que les declara aptos para consagrarse á su ejercicio? En la córte ó en otras capitales se aprenden estas profesiones, y se obtiene con esto que se declare respectivamente ingeniero ó constructor de cada ramo al que no ha visto, tal vez, canales, ni puertos, ni minas, ni fábricas, ni nada de lo que está destinado á construir. Así llega el caso de que con una espesa nube de tales facultativos, no tengamos apenas en España canales, ni riqueza forestal, ni verdaderos directores de minas, ni ilustrados directores de fábricas, debiendo recurrirse con frecuencia por las empresas particulares á extranjeros ó *prácticos*, y en las del Estado á la inútil profusion de sueldos, que no dejan en notable escala huellas de los enormes dispendios con que graban al presupuesto nacional.

Este enorme daño tendría fácilmente remedio, planteando en la enseñanza el método de la intuicion. Si no es posible trasladar las cátedras de la facultad allí donde están presentes los ejemplos, deberia imponerse la obligacion de visitarlos y consagrarse á su estudio hasta haber dado pruebas de idoneidad para desempeñar dignamente el título que confiere el Estado. Los exámenes teóricos serán, tal vez, un feliz precedente, pero son completamente inútiles cuando no ha sancionado su fallo la experiencia. Se dan con harta frecuencia casos de aptitudes excepcionales para el discurso ó la Memoria, que van acompañadas de una incapacidad completa para hacer efectivo lo que se simula saber. El Estado no consuma sacrificios en dichas escuelas para obtener un semillero de oradores ó poetas, sino indivíduos que acrecienten su riqueza, fomenten su industria y hagan honrosa competencia á los progresos industriales, agrícolas y económicos que se verifican en las naciones extranjeras, con tanta gloria para ellas como atraso y humillacion para la nuestra.

Otras esferas existen tambien en las cuales deberia aplicarse en

mayor escala el método intuitivo, para despertarlas de su inercia; pero basta lo dicho para dar á conocer nuestro pensamiento y demostrar la utilidad, la necesidad de que el Gobierno se fige en cuestion de tan excepcional importancia, á fin de que la ciencia y el progreso material no queden rezagados en nuestra pátria. Vamos ahora, para concluir, á hacer algunas indicaciones sobre nuestra indiosincrasia ó carácter nacional, que han producido en nosotros los vicios que tratamos en lo posible de remediar.

IV

Las causas á que nos hemos referido anteriormente pueden reducirse á cinco: 1.°, el clima; 2.°, nuestra situacion topográfica en Europa; 3.°, el exceso de autoridad tradicional; 4.°, la influencia religiosa; 5.°, el idioma. Nos ocuparemos de cada una brevemente.

Poco debemos decir sobre el primer punto, que tampoco está en nuestra mano el corregir. Sabido es que esta causa física influye poderosamente en el desarrollo de la imaginacion y facultades inferiores con preferencia á la razon y el juicio, produciendo un desequilibrio psicológico que determina el atraso en la civilizacion y verdadera cultura. Aunque los pueblos meridionales ofrecen períodos verdaderamente brillantes en la historia, como Grecia, Italia y el mismo Norte de Africa, es lo cierto que sus exaltaciones de carácter han producido su decadencia, y han hecho que tan brillantes explosiones de génio fuesen efímeras y desapareciesen al embate de sus propias pasiones, que han condenado estos pueblos al suicidio. ¿Cuál fué el enemigo de la Grecia más que los mismos griegos, que se acarrearon la muerte con sus discordias? ¿Por dónde acabaron las repúblicas italianas en la deshonra, sino por sus disensiones interminables? ¿Qué otra causa produjo la ruina del brillante imperio agareno en Africa y en España? Si la antigua república romana ofrece una excepcion de la regla, fué porque tenia una mision providencial en el mundo, merced á la cual la idea de Roma, señora del universo, se sobrepuso á todo sentimiento, y ahogó los nativos gérmenes de discordia é *irreflexion*.

La segunda causa no es ménos notoria. Las olas que baten la orilla la abrillantan y purifican: los pueblos que están en contacto con

otros pueblos, se asimilan sus progresos y civilizacion. España, aislada y solitaria en un extremo de Europa, recibe sus influencias tardiamente, y perdida su energía, que sólo llega por repercusiones y reflejos. Miéntras el foco de la civilizacion estuvo en Italia, nuestra pátria recibió vivamente sus resplandores; trasladada su base al Norte y centro de Europa, hemos quedado poco ménos que desheredados; nos llegan sólo algunos de sus progresos por el intermedio de Francia, que con frecuencia, al asimilarlos, los desvirtúa.

La perniciosa influencia de la autoridad tradicional, no es ménos evidente. Los españoles nos hemos acostumbrado tanto al yugo, que hemos llegado á perder la nocion y el instinto de la libertad intelectual. Aun aquellos indivíduos ó agrupaciones que más blasonan de libres, no han hecho más que cambiar de Señor, y reciben con humillante sumision las imposiciones que vienen del extranjero, bajo el nombre de Ciencia, con la misma docilidad que soportaban ántes el yugo de los Papas en nombre de la Religion. Ni en ciencia, ni en letras, ni en artes, hay en España iniciativa individual, ni la habrá hasta que hayan desaparecido los malos hábitos que crearon quince siglos de despotismo doctrinal, político y religioso.

Ocioso parece casi ocuparse ya de la Religion como causa aparte de nuestra decadencia, si no fuera porque influye, no sólo como autoridad, sino en otros conceptos. La Iglesia tiene una ciencia, un sistema del universo, una vida propia, distinta de la vida natural. Así es que, donde ella predomina, queda ésta atrofiada; pues ¿qué deseará aprender el que con el Catecismo en la mano todo cree saberlo? ¿Qué artes hará progresar el que desprecia la vida presente, á que no pertenece sino accidentalmente? ¿Qué instituciones sociales desarrollará el que pertenece más bien á otra sociedad distinta de la comun ó civil? Dominando estas ideas y sentimientos, no quedaria otro recurso ni porvenir que el enervamiento, el abandono, la extincion final, á que tan rápidamente se encaminaba España, si no viniera á contenerla la revolucion moderna.

Hemos señalado, finalmente, como concausa de nuestra inferioridad, el *idioma*. Parecerá á muchos extraña semejante idea, tal vez porque no se han fijado en la relacion íntima que existe entre el idioma y el entendimiento que lo habla. Una lengua tan fácil y exuberante como la nuestra, apenas permite al pensamiento detenerse en la reflexion ó caminar despacio, sino que obliga á deslizarse rápida-

mente por las oleadas de sonidos ó palabras que no cuesta ningun esfuerzo escoger ni pronunciar. De aquí viene la ligereza de los juicios, la versatilidad del carácter, la falta de la constancia y energía, que se encuentra en los países cuyo idioma se resiste al habla y á la composicion.

Estas son las causas principales que influyen en nuestro carácter en general, y en particular la vida científica, que nos hemos propuesto estudiar, y en lo posible corregir, por el nuevo sistema de enseñanza *intuitiva*.

Los defectos del clima pueden trocarse en ventajas, explotando esta misma vivacidad perceptiva que, bien dirigida, produciria magníficos resultados, cuando á las rápidas alas de la imaginacion se les pusiera el poderoso lastre de la intuicion concreta. El aislamiento á que la naturaleza nos ha condenado, se evita por medio de viajes y *excursiones científicas*, en las cuales aportaríamos nuestro contingente de descubrimientos, importando de las otras naciones los progresos y adelantos. Los vicios creados por la autoridad excesiva, se curan radicalmente por el contacto frecuente é *inmediato* con la naturaleza, libro eterno ante cuyas páginas palidecen todas las elucubraciones y petulancias de los que creen encerrarla dentro de sus estrechos moldes. La influencia religiosa pierde todo lo que pudiera tener de absorbente é irracional al sentir los rayos de la luz que entra en el alma por la *intuicion* de la verdad. Finalmente, la accion perniciosa del idioma se desvirtua por el contrapeso de idiomas antiguos y modernos, que están en el comercio de los hombres cultos, y redimen, con su *práctica*, á la inteligencia de los vicios que contrajera con el uso exclusivo de la lengua pátria.

Estos son, en resúmen, los frutos del *sistema intuitivo*, que nosotros quisiéramos ver aplicado á todos los estudios y carreras, á todas las fases de la actividad en nuestra pátria.

PEDRO SALA Y VILLARET.

LA HUMANIDAD DOLIENTE

(ESTUDIOS ÍNTIMOS)

Conclusion.

V

Entre las innumerables pasiones que deben su existencia á la de la *vanidad*, se cuenta la del *interés;* pasion que algunos califican, con más ó ménos razon y fundamento, de pasion *judía*, ó cuando ménos *judáica*.

Y es porque se confunde el interés, como pasion, que no es más que esa importancia exagerada, esa primacía absoluta que en la sociedad se concede á todo cuanto se refiere al dinero, con el interés que devenga el numerario en los contratos de préstamos, el cual, cuando era exagerado, se le calificaba de usura.

En este sentido, sí podia admitirse el calificativo de *judía* ó *judáica* para la accion de cobro de interés, porque, por circunstancias que son muy sabidas, y que hemos recordado en otros trabajos publicados sobre este asunto, hubo épocas en que los judíos, que de todas maneras se consideraban proscriptos, eran los únicos que se atrevian á arrostrar la impopularidad que llevaba consigo el ejercicio de la usura.

De eso tenemos que prescindir en el momento, porque, como indicamos más arriba, no es ese el *interés* de que vamos á ocuparnos, sinó que es el interés como pasion, ese interés

que hace que se respete por encima de todas las grandes consideraciones, la consideracion del dinero.

Bajo esta inteligencia, cualquiera puede comprender muy bien el íntimo contacto que existe entre el interés y la vanidad, con sólo recordar que el dinero es hoy el termómetro de todas las vanas importancias.

Hay paises, como lo era, por ejemplo, la Italia hace algunos años, en que un título de conde ó de duque se compraba por un puñado de pesetas; ha habido otros, y aún los hay, donde tambien por dinero se obtiene una borla de doctor ó un título de licenciado; y sobre todo, apenas pudiera hoy encontrarse un país en que el oro no sea una de las *cualidades* más estimables que pueda poseer un indivíduo.....

¿Quién ha de tener el corazon tan empedernido para negar su consideracion ó su apoyo al que no lo necesite?

En Inglaterra mismo, donde no es lícito dar los buenos dias á un caballero, ni bailar una polka con una señora, sin la indispensable fórmula de la presentacion prévia, todo el mundo se presenta espontáneamente, ó admite sin reservas ni condiciones, al que pasa por rico, áun cuando no sea muy presentable y aunque sea tan avaro como un judío del antiguo régimen, ó como algunos otros que, sin pertenecer á esa raza, son, en este sentido, verdaderos israelitas en sus costumbres.

Y, sin embargo, vean ustedes lo que son las cosas. Quizás la pasion del interés sea la única que pueda alguna vez emanciparse de la vanidad; y esto se prueba con el ejemplo de muchos que, siendo ricos, muestran empeño en parecer pobres; los cuales merecian ser lo que aparentan; y, en último resultado, realmente lo son, puesto que carecen de todo.

Son preferibles los que, en distinto sentido, están atacados tambien de la misma pasion; y son los pobres que tienen la monomanía de pasar por millonarios, y que, para darse tono, sacan partido hasta de sus tribulaciones.

Pregunten ustedes á uno de estos prójimos, cariacontecido, macilento y acosado por la necesidad: ¿qué mal le aqueja? y dirá, muy gravemente, que se le han indigestado los faisanes que cenó la noche anterior. Hágaule observar que lleva el pantalon roto en alguna direccion peligrosa, y responderá, con el

mayor aplomo, que acaba de hacerse un giron al bajar del coche de una señora marquesa, muy amiga suya. Por supuesto, que estas contestaciones no convencerán á ustedes de la fortuna que disfruta el indivíduo en cuestion; pero, al ménos, les harán pensar, como á nosotros, que el hombre es dichoso en aquellos momentos, puesto que se hace la ilusion de serlo: y sobre todo, que semejante vanidad tiene algo de aquellos romances que los ciegos califican de alegres y divertidos.....

Al hablar del interés, como uno de los achaques ó dolencias que más afligen á la humanidad, nos hemos acordado del Amor.

¡Pobre Cupido! ¡Cómo se rie ahora la sociedad moderna de tus antiguas travesuras!

El desventurado ha combatido alguna vez contra todas las pasiones, y la que no le ha pintado un chirlo en las mejillas, le ha desplumado las alas. Su primera contienda la tuvo con el interés, y salió tan mal parado como puede verse en el antiguo cantar, que los bibliófilos atribuyen á Matusalen, y es como sigue:

«El Interés y el Amor
de tí me hablaron un dia;
pudo más el *Interés*
que el *Amor* que te tenia.»

Y es que el interés, que es tan viejo ó más que Matusalen, siempre ha sido y será la pesadilla del amor; lo trae al retortero, á pesar de sus aceradas flechas que, sin duda, no tienen el alcance de las balas, ni mucho ménos el golpe certero y decisivo de las monedas de cinco duros y de los billetes de Banco. Esto se prueba con la lógica de los dramas y las comedias que tienen lógica, lo cual no sucede siempre; pero, en fin, se prueba.

El interés que funda la vanidad se encuentra en todos los círculos y en todas partes. En todo y sobre todo domina ese interés: en el terreno político, en el literario, en el social, en la administracion de justicia, y hasta en las relaciones más íntimas y más afectuosas.

El interés que la vanidad engendra; es decir, la importancia que da el dinero, influye para todos los actos oficiales, oficiosos y particulares. Miéntras que el que no tiene esa importan-

cia no encuentra ninguna puerta abierta; miéntras que el pobre busca en vano hasta á la misma justicia para que lo proteja dentro del terreno legal ó razonable, el interés manda que, al que él le dá importancia, la vanidad de los otros le facilite todos los caminos, le allane todas las dificultades, dentro y fuera de los círculos de la razon, de la justicia y del derecho.

La pasion del interés y las vanidades que ella provoca son, pues, dolencias que algunas veces pasan de la categoría de achaques, é influyen en hechos verdaderamente insufribles.

Sólo el conocimiento exacto de los verdaderos principios de moral puede quitar, en parte, la importancia que en el mundo se concede á la pasion del interés, que perturba con frecuencia hasta los sentimientos religiosos y morales.

VI

Entre los achaques que afligen á la humanidad, y que la constituyen en un estado de dolencia constante, los hay de distintas clases.

Hemos citado algunos que aparentemente son y deben ser calificados siempre de defectos, por más que la vanidad que provocan esté fundada en hechos plausibles. En este caso están, por ejemplo, el orgullo y el lujo.

Nos hemos referido á otros que participan de los dos caractéres, del de cualidad y del de defecto; y sólo en último caso, que es cuando los determina la vanidad, es cuando entran en la categoría de achaques ó dolencias, como les pasa á la gloria y al interés.

Pero es el caso que hay además otros que debian ser siempre cualidades, y que, como cualidades, ó virtudes más bien, forman parte de nuestra estructura moral; y, sin embargo, son en ocasiones dolencias penosas, achaques enfadosos, que afligen á la humanidad. Y esto consiste en que el hombre, llevado por la vanidad, suele hasta convertir en defectos los más brillantes atributos de su espíritu.

Sucede tambien que la vanidad unas veces, el orgullo otras, y la soberbia las más, hacen confundir su inteligencia y equi-

vocar sus apreciaciones; y dan nombres distintos y contrarios á ciertas cosas que, por su sencillez, se manifiestan más claras y definidas.

El *valor*, por ejemplo, es una cualidad, una virtud, tan estimable en ciertos casos, que sirve para fundar las más legítimas glorias de los individuos en particular y de las naciones en general. Y, sin embargo, con muchísima frecuencia se convierte en un penosísimo achaque, en una de las dolencias crónicas que más afligen á la humanidad.

Y eso consiste, principalmente, en que se suelen confundir las especies, hasta el punto de llamar valor á lo que verdaderamente no lo es, por más que lo parezca. Se quiere calificar, por lo comun, de actos de valor á las impresiones del momento, á las excitaciones que ellas producen en el sistema nervioso, á ciertos hechos que hábitos constantes ó costumbres arraigadísimas obligan á que se ejecuten sin conciencia del peligro que ofrecen, á fanfarronadas y jactancias de procaces charlatanes, y á otras manifestaciones por el estilo.

Así es que se suele admitir, bajo esas erróneas apreciaciones, várias clases de *valores;* y con distintas denominaciones se citan muchos, entre los cuales recordamos el valor militar, el valor cívico, el valor marino, el valor individual, el valor colectivo, el valor frio, el valor ardiente, el valor nervioso: y lo hay además torero, y hasta alcohólico, si se quiere.

El que está *atacado* de cualquiera de estos *valores*, en el momento de encontrarse en pleno ejercicio, cree que en el mundo no hay más que valientes en todo y para todo, y cobardes que para nada absolutamente tienen aliento, sin tener en cuenta que en ellos mismos luchan constantemente el valor y la cobardía, el ardimiento y la flaqueza.

Hay bravos de estos que, cuando el alcohol los excita, provocan con audacia á un regimiento entero; y que cuando les pasa la calentura del vino, tienen ménos coraje que un gazapo; y se suele ver á *jaques* hercúleos que, miéntras creen que asustan por su figura y su volúmen, insultan sin piedad con bravatas horribles; y en el momento en que hay quien de verdad les hace frente, huyen que se las pelan.

Hay otros que tienen serenidad para afrontar á un toro de

Miura, y que, sin miedo de ninguna especie, juegan y luchan con él, y después huyen acobardados de un perro que les ladra. Marinos hay á montones, que constantemente arriesgan su vida en medio de los mares, y que jamás han demostrado debilidad ni miedo en ese terreno; y sin embargo, se asustan, en ocasiones, de la sombra de un árbol. Militares conocemos que, valerosos y tranquilos, han arrostrado siempre los muchos peligros que han corrido, han mirado hasta con indiferencia llover las balas y la metralla en derredor suyo, sin flaquear ni cejar un paso en el cumplimiento de sus deberes; y sin embargo, se han asustado de un sueño, ó de un muerto que estaba de cuerpo presente, ó de ver hacer una sangría, ó del imperioso ademan de una coqueta, ó de un grito de su suegra.

Pues esto prueba que el valor, como cualidad ó como virtud, no estriba en el éjercicio más ó ménos apasionado de un oficio ó de una profesion, ni en el furor pronunciadamente desarrollado en un momento de excitacion. No hay, pues, valor esclusivo, limitado á circunstancias determinadas ó que procedan de hábitos, ó de crianza, ó de educacion especial; y, por lo tanto, cometen una aberracion los que, limitándose á hechos muy concretos, califican en absoluto á unos de valientes y á otros de cobardes.

Ya hemos visto que casi todos esos, que aparecen como valientes en hechos determinados, son medrosos y cobardes en otras circunstancias; y que así pueden ser calificados, con la misma justicia y el mismo fundamento, de denodados ó de pusilánimes, segun por el lado que se les mire.

No consiste en eso el valor, que es apreciado como cualidad ó como virtud: tampoco consiste en llevarlo todo por la tremenda, poniendo á contribucion de la vanidad y del orgullo la soberbia y la destemplanza, particularmente cuando se emplean contra la debilidad reconocida ó contra la flaqueza manifiesta. En estos casos el valor es sólo una jactancia hija de la vanidad, y en lugar de ser entónces una cualidad, es un achaque, una dolencia de las que más afligen á la humanidad.

Sucede tambien algunas veces que hombres débiles, flojos y pusilánimes por naturaleza y por carácter, provocados y excitados por uno de esos *ternes*, *jaques* ó *felones* de oficio, se irri-

tan y se vuelven fieras, y acorralan á los que los insultan, y son valientes en aquel momento.

Tambien acontece que hay algunos desalmados que hacen de la valentía un oficio, que se dedican al manejo de toda clase de armas, y cuando se consideran maestros, se consagran á provocar, particularmente, á los débiles ó poco diestros, preparando lances en los cuales figuran con el carácter de valientes, cuando sólo debian figurar con el de asesinos, puesto que saben que pueden herir sin riesgo ni peligro.

Volvemos á decir que no es tampoco ese el valor que se aprecia como cualidad, y que sólo debe reconocer por base y fundamento el pundonor, la oportunidad, la nobleza de sentimientos y la conciencia recta de lo justo y de lo injusto.

El valor así considerado, que es el que debe admitirse como una virtud, consiste en el conocimiento de los verdaderos principios de moral, en el aprecio justo de la dignidad y del decoro, y en la fuerza de voluntad necesaria para dominar las propias pasiones y obrar en cada ocasion segun lo exijan la justicia, la razon y el derecho, prescindiendo por una parte del miedo exagerado, y por otra de la ira, del encono, de la soberbia y de cualquiera otra pasion bastarda, de esas que tan frecuentemente influyen en los actos de nuestra vida. La primera fortaleza del hombre, la que ha de servirle de fundamento para el valor que necesita emplear en todas las ocasiones, es la de dominarse á sí mismo, á fin de que siempre pueda obrar con arreglo á lo que le aconsejen la prudencia, la reflexion y el aprecio justo de su dignidad y de su decoro.

Con muy pocas excepciones, todo hombre puede ser dominado, en ocasiones determinadas, por un miedo exagerado á peligros reales ó imaginarios, ó por una ira ciega, ó por un encono apasionado, ó por un extremoso deseo de venganza. Esto quiere decir que, considerado el valor, no como una cualidad, sino como un defecto, como una pasion que auxilia á la vanidad, todos son igualmente cobardes ó valerosos; y son, por lo regular, más valientes aquellos que mejor saben, en momentos dados, disimular el miedo.

Y volvemos á decir que no es ese el valor que cimenta la virtud y conduce á la gloria. Ese valor nace del pundonor, del

aprecio de la dignidad y del decoro, de la conciencia de los deberes que cada uno tiene impuestos, del respeto á las justas exigencias sociales, del dominio que el hombre debe ejercer sobre sí mismo para combatir sus malas pasiones, para no dejarse arrastrar de la ira, de la soberbia en unos casos, ni de la flaqueza, la pusilanimidad ó el miedo en otros.

Los hombres que son valientes por decoro, por reflexion, por aprecio de sí mismos y por respeto á su dignidad, desprecian los peligros cuando deben arrostrarlos, y arriesgan su vida cuando deben arriesgarla; y de ese modo tienen despejada su imaginacion y en provechosa actividad su espíritu para poner en práctica los recursos de su talento, de su ilustracion y de su ingenio, sin que entorpezcan su accion las exigencias de las malas pasiones. En eso consiste el valor que produce actos de verdadero heroismo y de conveniencias patrióticas. Ese es el valor que tienen los grandes capitanes, los hombres de ciencia, los notables estadistas y las personas de reconocido mérito.

A los valientes en este terreno, jamás se le ocurre á nadie llamarlos cobardes, porque no malgastan su denuedo cuando no tienen necesidad de emplearlo. La soberbia arrogancia no es valor; ni lo es tampoco la procacidad, ni la desvergüenza, ni mucho ménos la grosera jactancia.

El hombre verdaderamente valeroso debe saber guardar sus bríos y su fortaleza para cuando sea necesario emplearlos, y no haya recelo de que porque tenga bastante fuerza de voluntad para esto se le califique nunca de cobarde. A ninguno se le ha ocurrido dudar del valor de Temístocles, el héroe de Maraton, porque al verse amenazado por el baston de Euribiades no se revolvió airado contra éste, sino que tranquilamente le dijo: *Pega, pero escucha.....*

Ese es el valor que constituye una cualidad, una virtud: el otro, que se funda en las extravagancias que hemos citado, y en otras por el estilo; y que, por desgracia, es el más usual y corriente en este siglo, que no se parece ciertamente al de Temístocles, es una dolencia, un achaque que aflige á la humanidad y que la obliga á manifestarse caduca y enfermiza.

VII

En el mismo caso que el *Valor* está el *Honor*. Tambien es una cualidad estimable, una virtud social que, á fuerza de manosearla, la han llegado á poner de modo que no la conozca ni la misma madre que la parió. Y de ese modo la han hecho perder además sus naturales atributos, y la han convertido en un achaque penoso, en una dolencia insufrible.

El honor, considerado en su pura y recta acepcion, es una preciadísima alhaja, cuyo valor todo el mundo reconoce y aprecia. Aun los mismos que carecen de él acogen y acatan con respeto á los que lo tienen y lo manifiestan.

La dificultad está en que no todos interpretan el honor del mismo modo, ni áun siquiera lo definen con los mismos conceptos. Le sucede lo que al valor; y es que la vanidad algunas veces, y el orgullo las más, falsean la idea y la confunden con las estrepitosas manifestaciones de una vana jactancia ó de una ostentacion extravagante.

Hay algunos que cifran el honor en hacer gala de una probidad que puede llamarse estrafalaria, porque después de todo, no tiene más fundamento que un miserable egoismo. Jamás se han preocupado del prójimo más que para explotarlo; pero cifran su honor en ser probos y en no acordarse más que de sus intereses íntimos y particulares. En cambio existen otros que hacen continuos negocios productivos con el Estado, esprimen constantemente el presupuesto, pero en cambio fundan su *honorabilidad* en algunas dádivas que de vez en cuando ofrecen á los establecimientos de beneficencia.

Todos tienen un honor especial, que cada uno lo explica á su manera. Hay quien hace consistir su honor en no permitir que en las reuniones, en que él se encuentre, haya ninguno más que él que pague el café ó las copas; y hasta entre bandidos hay quien se precia de que, en dando su *palabra de honor*, ha de cumplir lo que ofrece, sea lo que quiera.

Por todos estos casos y por otros que tan generales y conocidos son, se podrá comprender la idea equivocada que muchos tienen del honor, y la confusion que se ha extendido con esas

distintas clases de *honores* que se han inventado para los usos particulares de ciertos y determinados indivíduos.

Esos *honores* especiales son los que sirven de excusa para aquellas diferentes especies de *valores* que citamos al tratar del valor, que de una cualidad que debia ser, se ha convertido en achaque ó dolencia. Y una cosa igual, exactamente igual, le sucede al honor: todos tienen su honor, aunque sean unos foragidos; y hay estafadores y jugadores fulleros que tienen *el honor* de hacer, unos mejor que otros, sus trampas y engaños.

Ha llegado el caso hasta de usar como frase de muletilla la de *tengo el honor*, que tanto se menudea escribiendo y hablando; y todos, todos, hasta los ladrones y asesinos, empeñan con gravedad cómica su *palabra de honor*, cada vez que se conciertan para un hecho infame y deshonroso.

El abuso en el lenguaje ha traido la confusion en las ideas; y todo este desbarajuste nace de que hay muy pocos que recuerden ya lo que verdaderamente es el honor. Definido con propiedad y exactitud, se verá cómo es un honor falsificado ese que aflige á la humanidad como dolencia penosa, como achaque insufrible.

En su acepcion más genuina, el honor es el móvil secreto que impulsa constantemente nuestra alma hácia las acciones decorosas y los nobles sentimientos, teniendo por fundamento los sanos principios de moral y el exacto conocimiento de lo bueno y de lo justo.

El honor y la honra son una misma cosa; y los que han tratado de presentarlas como dos ideas diferentes, son los que verdaderamente han introducido la confusion en este punto.

La honra no es más que la manifestacion práctica del honor; es el honor en ejercicio.

Y si esto no se olvidara ni confundiera, no se daria con tanta frecuencia el triste caso de que se dijera, como se dice, que un hombre, que no ha dejado de ser honrado, *pierde su honor* por una infamia que no es suya, sino de otro..... ó *de otra*.

Estas distinciones y estas preocupaciones sociales han contribuido mucho á que se olvide la verdadera idea del honor, y se sustituya con una idea falsa que produce las extravagancias que contínuamente vemos.

Hay hasta quien cree que el honor es una cualidad exclusiva de las clases elevadas y acomodadas de la sociedad; al paso que á la honra la dejan para que sea patrimonio de las clases más populares: y ya se podrá calcular las monstruosas deducciones que se pueden sacar de esta atroz idea. Por lo pronto, se fabrica un honor, ó muchos honores especiales, que el demonio que los entienda; y hay mentecatos que, estando en posesion de todos esos honores de nuevo cuño, excusan cuanto les es posible el ser honrados, por no confundirse con los pobres.

Y de ahí ha nacido el que el honor se convierta de una virtud en una dolencia enfadosa; y el que, entre otras mil extravagancias, se califique de *empeño de honor* el compromiso contraido para realizar una accion villana y hasta para cometer un crímen.

Existen muchos que consideran sagrada y como *deuda de honor* la que contraen en un garito; y para satisfacerla cometen tranquilamente una estafa ó un robo: y esos mismos, cuando deben á un honrado menestral el precio justo de un trabajo penoso, ni lo pagan, ni se apenan ó apuran por no poderlo pagar.

Y en esta situacion, si el estado patológico de la humanidad ha de mejorarse, preciso es que ante todo se fije la inteligencia en la exacta representacion de las ideas y en el verdadero significado de las palabras. Es indispensable que no se confundan las apreciaciones de los hechos, dando el nombre de virtudes á los defectos y á los vicios; porque así se desprestigian aquéllas y se rinde culto á éstos, y lo que ha de servir para bien y consuelo de la humanidad, sirve para afligirla y atormentarla, y lo que debia ser una cualidad se convierte en un achaque ó en una dolencia.

Hemos citado como prueba de esto lo que pasa con el *valor* y con el *honor:* y lo mismo que hemos dicho de estas dos cualidades, pudiera decirse de todas las demás virtudes.

Hasta de la madre de todas ellas, de la santa moralidad, se abusa con descaro y con desvergüenza, y hacen ostentacion de ella los que más se burlan de su representacion y de su nombre. Y no es lo peor esto, sino que esos mismos se manifiestan feroces, intransigentes y crueles contra los que no

han sabido, como ellos, mistificar la idea y ser hipócritas del vicio.

Entre estos *caballeros*, que con tanta facilidad se proclaman ellos mismos *honorables*, *virtuosos* y *morales*, los hay á montones que, invocando las virtudes de que interiormente se burlan, son inexorables pidiendo castigos para los que cometen cualquiera falta. Y como dice con mucha oportunidad un poeta muy conocido y apreciado:

«Y el que la ley más santa dá al olvido,
y anónimos sus hijos da á la Inclusa;
y hasta el que hurta un millon, jugando en falso,
contra el que roba un pan, pide el cadalso.»

Para que estas equivocaciones no tomen las formas de verdades; para que no se sorprenda la inteligencia, y no se pervierta el instinto, llámese al pan, pan, y al vino, vino; dése á cada cosa su verdadero nombre, y entónces no podrá pasar como virtud lo que es un defecto, ni como cualidad lo que es una dolencia de las que más cruelmente afligen á la humanidad.

VIII

Más achaques que los que hemos citado en este estudio íntimo y casi familiar nacen de la *Vanidad*; muchos más: como que son casi todos los que se conocen con el nombre de defectos, y la mayor parte de los que tomamos como cualidades. Podríamos continuar marcándolos detalladamente, pero se nos figura que no debemos hacerlo, porque resultaría este trabajo una obra interminable, y acabaríamos por apurar la paciencia de nuestros lectores.

Hemos escogido como ejemplos algunos de los más conocidos entre las distintas clases que componen la especie; y sólo nos falta citar varios de los de menor cuantía, de esos que completan los detalles más pequeños de las acciones humanas, y que, por ese motivo, no componen clase determinada, sino que forman parten ó sirven de complemento á los que, ya como cualidades, ya como defectos, tienen su nombre y su consideracion especiales.

Son variaciones sobre un mismo tema, y todas ellas vienen á presentar un nuevo afan que la dichosa vanidad excita, y que sirve de ocasion para que los hombres se contradigan en sus mismas manifestaciones, después de haberse colocado en abierta lucha con su propia razon.

De todos modos resulta que todos son achaques.

No hay quien no repugne ser viejo; y sin embargo, hay muchos que se engañan á sí propios, rebajándose los años que tienen, y por una contradiccion, que sólo se explica recordando los extravíos que en la razon producen los humos de la vanidad, se adoptó la costumbre, en el siglo pasado, de ocultar los cabellos naturales bajo una enorme peluca blanca que igualaba á los viejos y á los jóvenes.

Y después vino el contraste, y los jóvenes se afeitaban la cabeza en casi todo el espacio que comprende el coronal y los parietales, para remedar una calva estupenda y presentar la caricatura de la vejez. Estos modernos *Calvinistas* disculpaban tan ingenioso procedimiento, diciendo que se ponian de aquel modo para que el cabello les brotase con más fuerza.

Esta excusa rebuscada prueba que la razon hace algunas veces esfuerzos sobrehumanos para recobrar su imperio, y que si no lo consigue, es porque la vanidad invade casi todos los sentidos del hombre y no le deja espacio para desenvolverse.

Con todo, aunque sofística, la excusa que alegan tiene un viso de razon, que no puede invocarse, por cierto, en otras exigencias de la vanidad y de la moda. El dejarse crecer las uñas una pulgada, y el llevar el calzado para andar de puntillas y haciendo gestos de dolor, ¿qué explicacion satisfactoria tiene, ni áun apelando al sofisma? Nos parece que ninguna; como no la tiene tampoco la ostentacion de un defecto físico de que se carece, y que se presume para quemar incienso en aras de la vanidad.

Y para demostracion, allá va un ejemplo:

En el comun sentir de los hombres, la cortedad de vista es un defecto físico que, como todos los defectos, deberia lamentarse y disimularse en lo posible. Pues bien; léjos de eso, hace algunos años que los paseos y teatros se inundaban de señoras y señoritas que llevaban casi todas anteojos, haciendo gala de

no ver más allá de sus narices. Además, los anteojos eran de vidrio espacioso y circular, como el disco de una máquina eléctrica, describiendo su engarce una curva muy pronunciada, para remedar los anteojos que se usaban hace dos siglos; y así era que daban á este dije el gráfico nombre de *Quevedos*, que aún conserva hoy.

La vanidad exigia entónces, en este punto, tres cosas á cual más originales: la primera, ocultar como fea ó avergonzada la más interesante de las facciones; la segunda, mentir, no para hacer ostentacion de una gracia, sino de un defecto físico; y la tercera, preferir la forma desairada de los anteojos primitivos á la más bella y ligera de los modernos. Por supuesto, que la mayor extravagancia de esto consistia en hacer gala de una falta; era lo mismo que si á las niñas se les hubiera antojado gastar muletas, sin ser cojas, y hubieran mirado como una imperfeccion el no cojear.

Los hombres, en este punto, trataron de sobrepujar en extravagancia á las señoras, y sometiéndose más humildemente á las exigencias de la vanidad, no quisieron parodiar la fábula del cangrejo, y fueron más allá. Inventaron un lente ó anteojo de un sólo cristal, y para que la novedad fuese completa, lo llevaban embutido en la cuenca exterior de un ojo, formada por la ceja, la nariz y la mejilla, de modo que era imposible sostenerlo sin hacer gestos y guiños; por lo que hubiera podido distinguirse la expresada moda con el apodo de muecapermanente. Era una gracia más que tenia el achaque para que fuera chistoso y de gusto.

¿Qué dirian los del Japon ó los de otros puntos, á los que calificamos de salvajes, si se les presentase un europeo con esa facha?... No sabemos lo que dirian; pero es probable que lo atasen de piés y manos y lo mandasen á un hospital con órden de aplicarle cada cuarto de hora una libra de nieve al cerebro.

. . . . . .

. . . . . .

Si para muestra basta un boton, para demostracion de los muchos achaques y dolencias que afligen á la humanidad deben bastar y sobrar los varios ejemplos que hemos citado.

La vanidad se ha llegado á apoderar del hombre, y de la

mujer tambien, hasta tal punto, que ha desvirtuado una porcion de cualidades y ha santificado muchos defectos, haciendo de ese modo que la humanidad viva achacosa y enfermiza. Sería necesario que personas de buena voluntad y de mejores deseos se dedicasen á estudiar este estado y á encontrar remedios que pudiesen, si no destruir estos males violenta y repentinamente, porque eso sería difícil, y algunas veces hasta peligroso, aminorar sus efectos y conseguir desterrarlos poco á poco.

A la humanidad en este caso hay que tratarla como se trata á un individuo achacoso, al que aflige una dolencia crónica penosa, pero no de mucho peligro. La humanidad necesita un constante sistema higiénico y muchos atemperantes de ilustracion y de moralidad, si ha de verse alguna vez libre de estas dolencias contínuas que la fastidian, y que, acrecentándose, como es de temer, llegarian á acabar hasta con el exacto conocimiento de la virtud.

Por supuesto, que no queremos exagerar estas observaciones, no sea que á nuestra vez vayamos á incurrir de una manera extremada en el defecto que queremos criticar, y nos dejemos arrastrar tambien del demonio de la vanidad, constituyéndonos por propia autoridad en jueces inapelables.

Pudiera muy bien suceder que nos equivocásemos; y queriendo señalar extravíos de otros, sólo consiguiéramos hacer ostentacion de los nuestros, y ponernos, por lo tanto, en berlina.

Por si acaso, bueno será que lo que hemos apuntado sirva sólo de tema para formales investigaciones y sérios estudios; y si nos hemos equivocado en nuestras apreciaciones, si los achaques y dolencias de que nos hemos ocupado no son dolencias ni achaques, que lo declaren así personas más autorizadas que nosotros; y en ese caso nos obligamos á acatar su fallo, aún cuando sólo fuese por no incurrir á nuestra vez en la exageracion de la vanidad, y por empezar por nosotros mismos aplicando algun remedio que mejore el estado de la *humanidad doliente*, si es que en efecto hay algo de dolencias y achaques en esa señora.

M. Hiraldez de Acosta.

MÁS OBSERVACIONES SOBRE VERSIFICACION.

(Continuacion)

II

Continuando la série de observaciones sobre nuestra versificacion, á que me obliga la oferta hecha en las páginas de la REVISTA, á la vez que me facilita el trabajo consiguiente la reunion de diferentes apuntes tomados en la lectura y en el estudio de varias poesías sueltas y demás escritos en verso que recientemente he examinado, trataré ahora, en el comienzo de este artículo, de la colocacion como consonantes de palabras de terminacion breve, ó sea aguda, y de finalizacion larga ó grave en algunas otras composiciones distintas del romance, del que ya se trató en el artículo precedente (1).

Claro es que el asunto mismo que es objeto de una composicion indica la índole de las voces que en ella se deben emplear; pues así como á nadie que tenga mediano buen sentido se le ocurrirá usar frases retumbantes y huecas para una suave descripcion idílica, ó palabras dulces para describir escenas terroríficas, así al aconsonantar en cualquier clase de composicion, queriendo que ésta pase por de apropiada diccion, deben emplearse como consonantes sólo aquellas palabras cuyo propio sonido, y hasta terminacion adecuada, convengan con el objetivo de la poesía.

Porque eso lo llevo indicado en cierto modo al tratar de las asonancias de los romances, no habré de repetirlo ahora extensamente;

(1) Inserto en la REVISTA DE ESPAÑA del 13 de Abril de 1883.

pero sí, en apoyo de la propiedad de consonantacion, me permitiré indicar que, uno de los modos de conseguir mejor el efecto deseado, es el de saber elegir las terminaciones de los consonantes, segun sean ó no agudos.

Y no hablo de los esdrújulos, por ser bien sabido que su empleo es preferible limitarlo á casos muy concretos, á prodigarse con repeticion.

Entre las terminaciones largas y las breves, no hay duda de que cada cual tiene su especial belleza; pero á la vez, y muy marcada, su diferente propiedad.

Composiciones ó trozos de composicion hay á que convienen finales largos, miéntras que en otras sólo los breves tienen buena adaptacion. A veces tambien, hacer alternar largos y breves es lo que al asunto cuadra mejor; pero ni esto último es siempre, ni por lo mismo puede aplicarse á toda clase de composiciones, como regla general. La que sí lo es, es la de que en la feliz y sábia colocacion de los consonantes estriba muchas veces la mayor armonía rítmica de la versificacion.

Por ejemplo: trátase de establecer una premisa concluyente, convienen los breves, ó sea agudos; se va á decir algo en que se quiera hacer pensar persistentemente, mejor es la terminacion larga ó grave.

Ejemplos:

De versos en que se emite un pensamiento en forma definitiva y concluyente, estos:

«No dan las penas la muerte,
En mí bien probado está,
Que las que me dió mi suerte
Me hubieran matado ya.»

Por el contrario, véase este otro ejemplo en que se hace pensar al lector sobre la ingratitud de los hombres para con las débiles mujeres, á quienes tanto les debemos:

«El que á la mujer maltrata
Es un desagradecido,
Porque olvida su alma ingrata
Que es de la mujer nacido.»

Lo mismo que hemos presentado en cuartetas, podría decirse respecto de redondillas, quintillas y otras varias clases de composiciones.

En corroboracion, véase esta redondilla:

«.....
Y ahora, al volveros á ver
Se aumenta más mi dolor;
Que siempre se ve mayor
El bien que se va á perder.»

en la cual se establece la premisa de un modo concluyente, y sin dar lugar á duda, por el feliz y completo empleo de todos los cuatro finales agudos.

En cambio, veamos cómo con terminaciones graves se compone una redondilla en la que se sigue pensando después de leida, porque sus finales largos dejan como un eco en la memoria, por la falta del final agudo:

«Fué aquel un momento amargo
De insoportable agonía.
Ya ha pasado, y todavía
Me está pareciendo largo.»

observacion, después de todo, que lo mismo que á las redondillas, afecta, cual va dicho, á quintillas y toda clase de composiciones.

Para demostrarlo, bueno será presentar algun ejemplo copiando alguna quintilla, puesto que las he nombrado, y al efecto hé aquí una:

«Bellas las de Arabia son,
Bellas las de Pérsia, sí;
Pero no hay un corazon
Que adore con la pasion
De las mujeres de aquí.»

Como se ve, los finales agudos de toda ella dan á la idea una solemnidad tan concluyente, que no puede ser mayor; y por el contrario, los que son largos parece como que dejan siempre algo por decir:

«De aquellos besos de amores
Ya no se oyeron los giros;
Sólo á esconderse en las flores
Corrieron murmuradores
Los ecos de dos suspiros.»

Respecto de las quintillas cabe observar algo, muy atendible por cierto, atendiendo sobre todo á que es esa una de las clases de composicion más bellas de la musa poética.

En efecto; la quintilla, por la facultad que tienen los poetas de combinar los versos de la composicion de distintas maneras, no sólo

ofrece mayor caudal de facilidad al estro del vate para escribirlas que otras metrificaciones, sino que presta gran variedad á la poesía esa misma facultad de combinar alternadamente ó en pareados los consonantes (1).

Pero yo creo, sin embargo de esto, que una composicion en quintillas, para estar en este punto perfectamente hecha, deberia llevar la consonantacion de todas y cada una de ellas combinadas enteramente en igual forma. Lo demás, si da variedad, á veces amena y agradable á la composicion, puede revelar algo de descuido en el poeta que deliberadamente, y sólo por virtud de su inspiracion, deja de sujetar la voluntad á las trabas consiguientes que marca la uniformidad de combinaciones, que el vate puede elegir entre las que la quintilla ofrece á su librè eleccion.

Más claro: á mí me parece mucho más artístico, de mejor gusto literario, más perfecto, en fin, que una composicion en quintillas se escriba colocando los consonantes de cada una de ellas combinándolos siempre del mismo modo, que no la en que cada quintilla se rima de una manera diferente.

Eso por lo que respecta al conjunto de la poesía: y en cuanto al detalle, como la libertad del poeta es absoluta en colocar aquéllos como más le agrade, sin otra limitacion que la del impedimento de parear los dos versos últimos, claro es que, dedicadas estas mis observaciones á señalar lo que yo entiendo por más bello, más artístico ó más perfecto, dentro de la misma facultad que el compositor literario tiene de escribir y componer, como consecuencia natural de ciertas reglas generales; no hemos de olvidar en el presente trabajo decir algo sobre la más ó ménos feliz combinacion de los versos en las quintillas.

La armonía rítmica de los versos parece como que se percibe mejor en los pareados que en versificacion alterna, porque se percibe más recientemente el sonido del consonante que se acaba de emplear al irlo á usar tambien de nuevo en el verso siguiente, que cuando hay

(1) No hay que decir que los dos últimos versos no han de parearse nunca, pues lo sabe todo el entendido en nuestra literatura que haya estudiado con Gil de Zárate, por más que, no siendo el precepto tan de todos los preceptistas, como yo creo es discutible si los dos versos últimos se hayan de poder ó no parear y esperando á que las autoridades en la materia le consientan algun dia, haremos de hacer ahora algunas observaciones en el texto de este artículo, como adictos á los pareados y en favor de una clase de terminaciones que tan armoniosamente harian terminar algunas quintillas, si no existiera semejante veto.

otro distinto intermedio, y ya, por tanto, más alejado el eco, que podria llamarse rítmico, del momento en que torna á usarse vocablo de igual terminacion. Así es que, dado que la quintilla lo mismo se puede componer haciendo aconsonantar el primer verso con el tercero y el quinto, y á su vez el segundo con el cuarto, ó sea sin pareado alguno, como la siguiente:

«Confíame ese pesar
Que de amargura te llena;
No lo vayas á ocultar,
Que es ménos dura la pena
Si se puede confiar.»

que rimando el primero con el segundo y el cuarto, y además el tercero con el quinto, de este modo:

«En una estancia lujosa,
A la claridad dudosa
Que dos tibias luces dan,
En actitud sigilosa,
De pié dos hombres están.»

donde hay un pareado al comienzo de la quintilla: ó bien concordando el verso primero con el cuarto, y el segundo con el tercero y el quinto, á saber:

«—Si mi tormento no alcanza,
¡Cristiana! tan bello Eden;
Si es eterno tu desden,
Aunque es loca mi esperanza,
Mi amor lo será tambien.»

en que se coloca el pareado en los versos siguientes al primero; ó haciendo rimar el primer verso de la quintilla con el tercero y el cuarto, y el segundo con el quinto, así:

«Tambien á vos su rencor
Os habrán hecho sentir
En este suelo de horror.....
—No he sentido otro dolor
Que el no poderos servir.»

cuyo pareado se coloca ya más al final de ella; y ya, por fin, repitiéndose el pareado de la única manera que puede hacerse para no faltar al precepto prohibitivo de terminarse las quintillas con pareado, y con el cual, por cierto, amante yo de los pareados en grado altísimo, estoy tan poco conforme; y cuya repeticion de pareado consiste en rimarse el verso primero con el segundo, además del quinto, y el tercero con el cuarto:

«Dádselas en nombre mio.
Que aunque humildes, yo confio
No mirarán su valía,
Sino toda el alma mia
Que con ellas les envio.»

en mi opinion, esta última quintilla es, entre todas las aquí copiadas, la que conserva más y prolonga mejor el ritmo musical, por decirlo así, de la poesía, ya que hayamos de privarnos del pareado al final de la quintilla, por la prohibicion con que tan á mal estoy, y que, de no existir, nos dejaria luciese en literatura la más armónica de todas cuantas combinaciones podria admitir esa clase de bellísima composicion llamada quintilla.

Procuraré demostrar aquella tésis.

Acaso algun crítico más rigorista que yo, en punto á observar, sin modificaciones ni distingos, lo preceptuado por las autoridades más admitidas, podrá objetarme, al enunciar mi proposicion sobre el pareado, que, de admitirse parear los dos versos últimos de una quintilla, pudiera confundirse una composicion que tuviese dos solas quintillas con una décima; pero ántes de que tal objecion se pudiere hacer, yo me permitiré observar dos cosas: la una que, haciendo rimar el primer verso de la quintilla con el tercero solamente, y el segundo con el pareado final que se propone (ó sea con cuarto y quinto versos), desaparecia esa probabilidad de confusion; y la otra que, como en la construccion expositiva de la décima buena quedan ánimo y sentido suspensos en cuarto y quinto verso, no es posible confundiese un oido bien dispuesto á percibir las eufonías poéticas lo que no es confundible.

Véase el ejemplo:

DÉCIMA.	DOS QUINTILLAS.
«Cuentan de un sabio, que un dia	«Aquí, la envidia y mentira
Tan pobre y mísero estaba,	Me tuvieron encerrado.
Que sólo se sustentaba	Dichoso el humilde estado
De unas yerbas que cogia:	Del sabio que se retira
¿Habrá otro entre sí decia	De aqueste mundo malvado,
Más pobre y triste que yo?	Y con pobre mesa y casa
Y cuando el rostro volvió,	En el campo deleitoso
Halló la respuesta, viendo	Con sólo Dios se compasa,
Que iba otro sabio cogiendo	Y á solas su vida pasa,
Las hojas que él arrojó [1].»	Ni envidiado ni envidioso.»

(1) El último verso de esta décima le he visto copiado alguna vez de distinto modo, y áun por ello yo mismo he caido en el probable error de presentarle discurriendo sobre la diferencia notada; pero, como arriba se copia ahora es como se halla en el texto que tengo por más original de *La vida es sueño*, en cuya jornada primera, escena tercera, le dice Rosaura.

Entre la anterior conocidísima décima calderoniana y las dos quintillas del cantor de *La vida del cielo* (1), que se colocan á su lado en estos renglones, á nadie le ocurriria, con buen fundamento, dudar de si los diez versos de la décima podrian ser dos quintillas, ni de si estas mismas dos quintillas, aunque se hubiesen escrito en lugar de como lo están con dos pareados al final de cada una de ellas (2), pudieran ser más bien una décima.

La décima, por su corte, por su cesura, si así podemos decirlo, en el sentido capital de la composicion, aparte de su terminacion fija é indefectible, que no consiente parear sus dos últimos versos, no podria confundirse nunca con dos quintillas de final pareado, como no fuese, ó bien por esos que escriben sonetos de quince endecasílabos, ó décimas de nueve versos, para quienes, como ya daba á entender en mi primer artículo de *Observaciones de versificacion*, no se trazan las presentes líneas, ó bien escribiéndose una de un modo, enteramente igual al de la primera mitad de una décima, y otra con la forma exactamente igual á la mitad segunda; pero como esto no lo haria quien gustase de atender á la indicacion hecha ántes por mí en favor de la composicion cuyas quintillas se rimen todas y cada una con idéntica combinacion de consonantes, tampoco era de temer esa, que de exis-

(1) Sabido es lo fué Fray Luis de Leon, en su bella composicion, así titulada.

(2) En la décima de Calderon copiada, como en toda décima ó espinela, así llamada de su inventor Vicente Espinel, segun es notorio, la combinacion de consonantes, siempre fija, no puede confundirse nunca, ni con las de los de dichas dos quintillas de Fray Luis de Leon, ni con ellas ú otras cualesquiera, áun estando escritas con finales en pareados, puesto que, como se verá á continuacion, varía completamente la combinacion de consonantes en cada caso, y podria variar tambien lo mismo de escribirse las quintillas de cualquiera de los modos en que pudieran ser combinados sus versos para que resultasen finales pareados.

Ejemplo.

Diferencias que hoy se advierten.

RIMAN EN LA DÉCIMA.	RIMAN EN AMBAS QUINTILLAS.
El verso 1.º con el 4.º y el 5.º	El 1.º de la primera con el 4.º
El 2.º con el 3.º	Y el 2.º con el 3.º y el 5.º
El 6.º con el 7.º y el 10.º	El 1.º de la segunda con el 3. y 4.º
Y el 8.º con el 9.º	Y el 2.º con el 5.º

Diferencias que podrian advertirse, admitiéndose el final pareado:

RIMAN EN LA DÉCIMA.	EN DOS QUINTILLAS de pareado al final.	EN DOS QUINTILLAS de dos pareados y terminando con uno de ellos.
El 1.º con 4.º y 5.º	El 1.º con el 3.º	El 1.º con 4.º y 5.º
El 2.º con 3.º	Y el 2.º con 4.º y 5.º	Y el 2.º con 3.º
El 6.º con 7.º y 10.º	El 1.º con 3.º	El 1.º con 4.º y 5.º
Y el 8.º con el 9.º	Y el 2.º con 4.º y 5.º	Y el 2.º con 3.º

tir, podria ser realmente lamentable confusion. Por eso me atrevo tambien á mostrar mi aficion á una combinacion que no se usa y que por no hallarla tampoco, por consiguiente, ni en mis apuntes ni en mis libros de consulta, era preciso inventarla para poderla presentar á quienes leyeren estas prolijas observaciones.

Pero como se me hiciese algo duro eso de querer dictar reglas sin autoridad ninguna, ciertamente, para ello, y á la vez componer versos de mi cosecha en apoyo de la innovacion por la que me muestro aquí partidario, únicamente deberé indicar no soy solo quien abunda en la opinion por mí sentada en favor de la conclusion de quintillas con pareado (1), con lo cual cabe esperar vaya en aumento el número, puesto que podrian citarse varias personas que, en este punto, convienen conmigo completamente.

Por lo bellísima que es la quintilla, y estudiando más y más sobre ella, caben cuantas observaciones sugiere á la crítica el minucioso análisis de tan linda clase de composiciones. Basta por ahora, sin embargo, lo dicho, si todavía, sin un excesivo cansancio del lector, hemos de hacer aún algunas otras indicaciones en este artículo acerca de otras varias poesías, como la octavilla y la décima, á que ya se circunscribirán las observaciones restantes del mismo.

En cuanto á la octavilla, por la diferente manera que se suele tener de componerla, hay que llevar en cuenta que, como no es un género de poesía popular, como ya hemos dicho suele ser el romance, en un sentido, y en otro la seguidilla; encuentro más conforme con su combinacion poética las de consonancias que las de finales con asonantes.

Y así que de los distintos modos en que se suele componer la oc-

---

(1) En apoyo de lo dicho, copio á continuacion las dos que ha tenido la bondad de escribir, con la combinacion forzada de colocacion de consonantes, que yo le he dado, don Fernando de Santiago, querido amigo mio, quien, aunque cultiva las letras con buen gusto, por cierto, sólo ha consentido en la insercion de sus versos aquí, á condicion de expresar les hizo tan solo por deferir á mi peticion de que los escribiera, ya que coincidia conmigo en la apreciacion consabida.

Como se verá, concuerdan, en una, el verso primero con el tercero solamente, y el segundo con el pareado del fin; y en la otra, el primero con el pareado final tambien, á más de parear entre sí los versos segundo y tercero.

DICE LA UNA:

«Definicion del gozar:
Se llama gozar, reir;
Con un fin honesto amar:
Lo contrario del morir,
El anhelo del vivir.»

LA OTRA:

«Definicion del sufrir:
Es un contínuo pesar;
Es no cesar de llorar:
Lo contrario del vivir,
El anhelo de morir.»

tavilla, como los dos versos intermedios de su primera mitad van pareados siempre y siempre tambien los dos intermedios de la segunda mitad, ó sean aconsonantando entre sí segundo y tercero en aquélla, y sexto y sétimo, á la vez entre ellos, en ésta; es más conforme á la armonía de esta clase de versos la en que resultan además de esas consonancias las que se dirán.

Por tanto, entre la siguiente octavilla:

«Un altar y un crucifijo
Y la enlutada capilla,
Lánguida vela amarilla
Tiñe en su luz funeral;
Y junto al mísero reo,
Medio encubierto el semblante,
Se oye al fraile agonizante
En són confuso rezar.»

en que concordando *capilla* con *amarilla* y *semblante* con *agonizante*, sin más que asonancia entre *funeral* y *rezar*, y esta otra:

«Y á par que sin esperanza
Ve ya la muerte en acecho,
Su corazon en su pecho
Siente con fuerza latir;
Al tiempo que mira al fraile
Que en paz ya duerme á su lado,
Y que, ya viejo y postrado,
Le habrá de sobrevivir.»

donde, cual se ve, además de aconsonantar *acecho* con *pecho* y *lado* con *postrado*, ó sea igual número de versos que en la anteriormente copiada, riman tambien perfectamente (en lugar de la asonancia equivalente á esta nueva rima que voy á citar) *latir* con *sobrevivir*, paréceme á mí todavía esta segunda octavilla de mejor combinacion poética que la primera, por resultar mayor cantidad de ritmo poético naturalmente con la consonancia que con asonancias, pues á mi juicio debe procurarse, siempre que posible sea, en toda clase de composiciones, no hijas de la concepcion natural popular á que cuadra mejor y más lógicamente por lo mismo lo que es ménos artificioso, sino de las que se producen por el estudio del arte de la poesía, que por arte y nada más tengo esta puesto, que si hay quien tiene tal facilidad para componer, que hablara en verso á ser uso y costumbre, como no lo es, bueno será, para distinguir, en cuanto es posible, el verso de la prosa, componerlo con todos los más posibles atildamientos y adornos que de ella le hagan diferenciarse.

Por lo cual entiendo tambien que la octavilla compuesta haciendo concordar además de las consonancias que se advierten en la que últimamente se ha copiado, el primer verso, *dia*, de la primera mitad ó estrofa con el primero, *tria*, de la segunda, como en la que dice:

«Al nacer el nuevo dia
Con tintas de oro y de grana,
Entonan á la mañana
Las aves cantos de amor.
Y al tornar la noche fria,
Con negro crespon de duelo,
Vertiendo perlas el cielo
Llora triste, en mi dolor.»

es de mayor efecto poético que las que lucen menor número de consonancias, porque á medida que éstas aumentan, aumenta tambien naturalmente por las mismas combinaciones la rima, el eufonismo de la poesia verdaderamente artística, cual llevo dicho ya.

Pero amante yo á la vez, como he dado á entender en varios pasajes de estas observaciones, del mayor método posible en todo lo que á la poesía se refiere, no estará de más decir que si en una octavilla se intercala una asonancia indebida, como en ésta donde asonantan, cual se verá, *banda* y *llama*:

«Con diez cañones por banda,
Viento en popa á toda vela,
No corta el mar, sino vuela
Un velero bergantin:
Bajel pirata que llaman,
Por su bravura, el *Temido*,
En todo mar conocido
Del uno al otro confin.»

se faltará á la regla, que yo creo tiene ó debe tener muy pocas excepciones, y esto en otra clase de composiciones; pero en las que no debe contarse la octavilla, de no mezclar asonancias con consonancias. Y puesto que siendo de la facultad del poeta dejar sus versos primero y quinto, *riela* y *pirata*, ó sean los primeros respectivamente de cada una de las dos estrofas que la constituyen sueltos é enteramente libres, como en la siguiente:

«La luna en el mar riela,
En la lona gime el viento,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul;
Y ve el capitan pirata,
Cantando alegre en la popa,
Asia á un lado, al otro Europa,
Y allá á su frente Stambul.»

ó bien hacerlos, por el contrario, rimar perfectamente, como en la que se copia á continuacion, *brilla* y *orilla*, y dice:

«¡Cuán plácido el rio brilla!
En ondas de azul y plata
Luengamente se dilata
Con murmurante rumor,
Y los sáuces de la orilla
Se miran en la corriente,
Y mezclan confusamente
Su verde y albo color.»

ó en esta otra en que todavía la rima es más repetida, por concertarse en ella, al modo de la redondilla ó el cuarteto, el verso primero, *amador*, con el cuarto de la primera estrofa, *desamor*, repitiéndose además la combinacion con el mismo consonante en los iguales de la segunda, *rigor* y *amor*:

«Yace aquí de un amador
El mísero cuerpo helado,
Que fué pastor de ganado,
Perdido por desamor.
Murió á manos del rigor
De una esquiva, hermosa ingrata
Con quien su imperio dilata,
La tiranía de amor.»

paréceme á mí que, pudiendo elegir el poeta entre los tres términos, el de ambos versos libres ó sujetos á cualquiera de los casos presentados de rima perfecta, tiénese ancho campo para hacer lucir cada cual su inspiracion á su propio antojo, sin acudir á mescolanzas de mal efecto y debidas, cuando ménos, á escaso cuidado de lima y pulimento, como el que se advierte en la octavilla ántes copiada, que empieza:

«Con diez cañones por banda, etc.»

Bueno será tambien expresar aquí, ántes de pasar á ocuparnos de otro punto, que las octavillas del género de la última deben emplearse preferentemente, en mi sentir, en composiciones como un epitafio ó en alguna otra de no mayores dimensiones de una sola octavilla; pues una poesía de varias de ellas con tal repeticion de rima, sobre resultar ésta cansada, no da la hermosa variedad que dentro de la unidad debemos siempre buscar en las composiciones que ya he dicho me parece podemos llamar muy bien artísticas.

Con relacion á dar preferencia en las terminaciones á una clase determinada de ellas, ó á emplear simultáneamente de las largas ó breves, nada diremos respecto á las mismas composiciones de que se

acaba de tratar aquí, porque siéndoles aplicable tambien á tales poesías lo que acerca de otras varias tengo ya expuesto anteriormente, se evitará así además, omitiendo más indicaciones, la repeticion que nuevamente nos resultaria con lo que me propongo exponer aún al tratar de la hermosa y tan difícil composicion, si ha de ser buena, que toma nombre más general del número de sus diez versos. Ya se habrá comprendido bien que se alude con esto á las décimas.

No es mucho realmente lo que podrá indicarse en estas observaciones acerca de las mismas, toda vez que la necesidad de colocar sus consonantes de un modo invariable acaso lo hace en cierto modo innecesario.

Sin embargo, como á esa clase de composiciones, como á las demás que tienen colocacion fija de consonantes, nos hemos referido en anteriores observaciones al tratar de la clase de consonantes que en cada caso conviene emplear, no estará acaso enteramente de más tampoco alguna indicacion sobre ese particular ántes de concluir con ese tema en el presente artículo.

Ya se ha dicho que en la sabia y feliz eleccion de palabras destinadas á la rima consiste muchas veces la mayor ó menor armonía de los versos, y así es que, á mi juicio, en la atinada simultaneidad de vocablos agudos y palabras de terminacion larga suele mostrarse el mejor gusto poético y la mayor predisposicion á la belleza eufónica del versificador, sobre todo en las décimas: de algunas otras composiciones tendremos que ocuparnos en su dia en algun otro artículo, para no hacer este mucho más largo de lo que va siendo ya.

Consúltense, para citar algo concreto, las décimas que Calderon pone en boca de Segismundo en la jornada primera de *La vida es sueño*, y se verá la encantadora armonía que da á los versos de cada décima el alternado uso y empleo de rimas largas ó breves. Podrá objetarse que en aquellas décimas, dado lo obligado del tema de hacer terminar las más de ellas (cuatro) con el mismo verso: «¿tengo ménos libertad?» sujetaba aquél al poeta á la imprescindible necesidad de emplear consonantes agudos que rimasen con «libertad;» pero esto fuerza es confesar que, si al oido poético del autor de *El mágico prodigioso* le hubiera sonado mal, no se habria sujetado á un tema filosófico que pugnara con el eufonismo literario. El verdadero poeta es tan músico de la palabra como Beethoven ó Mozart, y no hay, pues, que esperar á que yo lo diga para reputarle de tal á quien escribia *El jardin de*

Falerina en los comienzos del género lírico-dramático que hoy conocemos bajo el nombre de zarzuela (1).

Por eso se decia más arriba que Calderon empleaba alternadamente en esas, como en otras décimas suyas, los consonantes breves y los largos, y áun añadiremos que es tan conveniente esa mezcla ó simultaneidad, que entre una décima del mismo egregio autor de quien venimos ahora tratando, que sigue por cierto á la que de él se ha copiado antes (2), en el texto teatral de que procede, *La vida es sueño*, y que dice:

«Quejoso de la fortuna
Yo en este mundo vivia,
Y cuando entre mí decia:
¿Habrá otra persona alguna
De suerte más importuna?
Piadoso me has respondido:
Pues volviendo en mi sentido,
Hallo que las penas mias,
Para hacerlas tú alegrias,
Las hubieras recogido.»

y otra de autor desconocido (3), la cual dice á su vez:

«Aquí yace un javalí
A manos de una Deidad:
Muriera de vanidad
Si otra vez volviera en sí.
Cazador, que por aquí
En busca de Fieras vas,
Vuelve los pasos atrás,
Que ya no hay Fiera con vida:
Esta murió de la herida,
Y de envidia las demás.»

no creo yo ofrezca duda que, siendo las dos tan bellas, la una como de pensamiento filosófico trascendental, y la otra (no obstante su sensible asonancia de los versos terminados en *ad* y *as*) como de exquisitísima galantería poética, hace más concluyente la frase sin duda alguna el empleo del agudo en ésta, que no en aquélla el uso de consonante de terminacion larga, siempre, á mi juicio, de ménos senten-

(1) Nombre ó denominacion que al género se dió acaso por el paraje donde se representara aquella en tiempo del insigne D. Pedro Calderon de la Barca.

(2) La que dice:

«Cuentan de un sabio que un dia, etc.»

(3) Alguien, no sé si con fundamento, se la atribuye á Lope de Vega, y hasta tambien la he oido recitar de distinto modo; pero me limito á copiarla segun aparece en el texto que tengo á la vista. Es lo que mejor puede hacerse en análogos casos de duda.

ciosidad que los que acaban al modo rápido y breve del tantas veces nombrado agudo.

Pero si la mezcla, más bien que simultaneidad, de ambas clases de terminacion es recomendable en las décimas, de ninguna manera creo que sean merecedoras de tal recomendacion las de todas sus diez terminaciones agudas; porque á no ser en contadísimos casos, en que la índole de la composicion lo consienta ó lo aconseje, se produce un martilleo de no muy buen gusto cuando traspasa mucho los límites equivalentes á los de una redondilla ó de una cuarteta, ó tambien de una quintilla.

Y así es que, si una redondilla ó una cuarteta, á saber:

REDONDILLA

«—De aquí no habeis de salir,
O quien sois he de saber.
—Pues mirad, cómo ha de ser,
Que yo no lo he de decir.»

CUARTETA

«Tu boca dice que no;
Pero tus ojos que sí:
A tus ojos creo yo,
Que no me engañan á mí.»

y hasta, como he dicho, una

QUINTILLA

«Lo que se debe entender,
Fortuna, de tu caudal,
Es que, siendo temporal,
No puedes satisfacer
Al alma, que es inmortal.»

se pueden componer muy bien con todos sus finales agudos, y con ellos contribuir perfectamente, no sólo á dar conveniente colorido, gracejo ó sentenciosidad, segun los casos, á la frase ó al concepto, sino á hacer lucir mejor las abundantes galas poéticas de nuestro rico idioma; pasando ya á reunir, á juntar, por así decirlo, muy próxima é inmediatamente mayor número de versos de finales agudos, se cansa al oido del oyente de un modo terrible con ese monótono martilleo de que poco há hablábamos.

Y la prueba es que, en la generalidad de las buenas décimas, si bien se hacen alternar agudos y no agudos, cuando más se suele llegar á que tres de sus consonantes lo sean, como en la que ahora se verá copiada, á saber:

«Aquel genio de ambicion,
Que en su delirio profundo,
Cantando guerra, hizo al mundo
Sepulcro de su nacion,
Hirió al ibero leon,

Ansiando á España regir,
Y no llegó á percibir,
Ebrio de orgullo y poder,
Que no puede esclavo ser
Pueblo que sabe morir.»

En otras, comenzándose á rimar con agudos, ya ántes de concluir se acude á las terminaciones largas, cual en alguna que ya hemos copiado (1), y sin duda hízolo así su autor por lo mismo, quien, á juzgar por esto, seguramente que no tendria oido poético ménos musical que el del egregio autor de *Mañanas de Abril y Mayo*, al cual poco há comparábamos con los grandes compositores alemanes á quienes se deben, respectivamente, el *Fidelio* y el *Don Giovanni*, y tantas otras célebres obras líricas.

No seré yo quien pretenda proscribir ahora de las décimas los finales en agudo; pero si bien se mira, veráse claramente que en los mejores modelos, desde Espinel acá, alternan en las más renombradas los agudos con los que no lo son, hasta el punto de que hay que acudir, para completar estas observaciones, con ejemplos de todo lo que vamos analizando, dignos de más ó ménos loa, á las composiciones humorísticas para presentar aquí una décima de consonantes agudos, y que, como se verá en ella, resulta la rima del corte de palabras, á saber:

«Soy Sancho Panza escude-
Del manchego don Quijo-
Puse piés en polvoro-
Por vivir á lo discre-
Que el Tácito Villadie-
Toda su razon de esta-
Cifró en una retira-
Segun siente Celesti-
Libro en mi opinion divi-
Si encubriera más lo huma-»

Verdad es que, presentado ese ejemplo, no es tampoco el único que se podria traer á estos comentarios críticos; pero de intento se coloca aquí, ántes que otro alguno, para hacer ver que escribiendo humorísticamente es cuando cuadra mejor la repeticion del final agudo en una clase de composicion cuya delicadeza, cuyas cadencia y cesuras de

(1) La que empieza

«Aquí yace un javalí, etc.»

y en la cual se ha podido ver, son todos sus finales agudos, á excepcion de los versos octavo y noveno, que acaban con palabras de final largo: *vida* y *herida*.

sentido en las bien compuestas, y cuya tersura poética, en fin, parecen aconsejar el alternado empleo de finales, ora graves, ora agudos, á no ser, como digo, en casos cual el citado, en que todo se consiente en desenfados poéticos, cuando se tienen con arte tan gracioso y supremo como en cuanto se hace decir en el texto del libro (1) más de una vez al fomoso escudero del no ménos famoso hidalgo inmortalizado por el sin igual Cervántes.

Y expuesto aquí ya cuanto por el momento conviene indicar acerca de las diferentes composiciones que en versos octosílabos suelen escribirse, y sin perjuicio de algunas otras más que pueden hacerse respecto á versificacion en general como resúmen de lo que en estas observaciones venimos examinando, dejaremos para un nuevo artículo las que atañen á la versificacion endecasílaba de los sonetos, y para la debida ocasion lo que respecto á algunas otras clases de poesías falta enunciar aún.

En tanto, daremos el preciso descanso al lector á quien hayan cansado ya alguna cosa estas observaciones, que por ser mias parécenme á mí fundadas, aunque acaso alguien las tache de sobrada meticulisidad de crítica-poética, puesto que en materia de gustos bien se sabe por todos que cada cual tiene el suyo, con el aditamento además de parecerle el mejor, y por lo mismo yo, respetando los agenos, continúo perseverando en el mio.

EDUARDO DE CORTÁZAR.

---

(1) No creo haya que decirse que sea este el QUIJOTE

DE LA METAFÍSICA EN LAS MATEMÁTICAS

Y DE LAS MATEMATICAS EN LA GUERRA

No hace mucho tiempo publicamos una traduccion de Bain, titulada *Lógica de las Matemáticas*. En el prefacio intentamos fijar el sentido en que este autor dice «que son un modelo de ciencia deductiva,» é hicimos observar, que no por esto dejaba de tener la Matemática una base inductiva.

El favor con que fué acogida esta obra, llegó á hacernos creer un momento que sus doctrinas serían compartidas por algunos, al ménos, de nuestros principales matemáticos; pero no ha sido así desgraciadamente.

Tenemos á la vista estimables trabajos sobre Filosofía matemática, y en ninguno parece aceptarse que el análisis de esta ciencia descansa en una base objetiva.

Continúa, pues, la Metafísica en las *Matemáticas;* y como el campo de la ciencia no ofrece ménos ocasiones que otros, de ardorosas, pero santas y necesarias luchas, por el predominio de tal ó cual direccion intelectual, necesitamos insistir en la única que puede contribuir á formar una generacion más lógica que la nuestra, y lo que parecerá paradógico, pero es demostrable, *más positiva, y más generosa y delicada* á la vez.

Uno de estos estudios se titula «Supremacía de la *Matemática* sobre todas las demás ciencias.»

Esta proposicion nos parece una frase puramente dialéctica. ¿En qué sentido deberá entenderse esta expresion de *supremacía* ó *superioridad?*

Comte la empleó tambien; pero la empleó precisamente en opuesto sentido. Llamaba *inferior*, á la ciencia que estudia un órden de propiedades ménos complejas que las de la que *bajo este aspecto* era *superior*. De modo que la ciencia más inferior para el positivismo es la Matemática, y la más superior la Sociología, porque la primera estudia una propiedad general á toda materia y extraordinariamente simple, miéntras que la otra se ocupa de una propiedad maravillosamente oscura y compleja.

La teoría de Wronski ha trasportado á la Matemática la vieja polémica del subjetivismo trascendente: pero ésta, como todas las ciencias, tiene orígen empírico. Sus axiomas fundamentales descansan en una induccion; y en oposicion á esto, no basta decir que en la Matemática *no cabe la experiencia:* porque áun concediendo que hoy su estudio sea puramente deductivo, es ya incuestionable que el hombre no ha podido adquirir ninguna verdad fundamental sino por medio de las percepciones externas, y que ciertas ideas, como las de tiempo y espacio, no son producto más que de la asociacion psíquica, y están lo mismo en el sujeto que en el objeto.

Decir con Wronski que la Matemática acusa notoriamente la existencia de facultades superiores á la experiencia, equivale á mantener la teoría kantiana de las formas é incurrir, por tanto, en un error, que como de método, influye perniciosamente toda la ciencia.

Remitimos al lector á la historia de la Filosofía de Georges Lewes, para que vea hasta qué punto la Metafísica ha retardado bajo este aspecto el progreso científico.

I

Nuestra tendencia natural á creer que todo lo que existe continuará existiendo, y que lo que existe en este lugar y en este momento existirá siempre y por todas partes, hace surgir en nuestra imaginacion absurdas presunciones que la *experiencia* se encarga de moderar ó desvanecer. En realidad no tenemos guía más fiel que éste, y hasta los partidarios de los principios innatos admiten ya, que no

se desenvuelven, más que con ocasion de las cosas reales. Dejemos, pues, á un lado esos pretendidos conocimientos *à priori*, y no admitamos más que el criterio fundamental de la *experiencia*. Pero téngase en cuenta que empleamos esta palabra en su acepcion propia, y de ningun modo en el concepto estrecho de la experimentacion física. Por esto, cuando sostenemos que los conocimientos matemáticos son tambien experimentales, no queremos decir que se puedan obtener ó necesiten en todos los casos del procedimiento experimental que se emplea en la Física, para estudiar los hechos de modalidad.

Verdad es que las abstracciones no se producen sin relacion á objetos concretos. Lo concreto y lo abstracto están indisolublemente unidos en nuestro espíritu. La forma se realiza siempre en alguna materia. Los círculos de Euclides tienen tinta, color y una situacion determinada. Los símbolos de la Aritmética son tambien materiales, aunque su forma particular no tenga ningun valor representativo; ciertas reglas matemáticas, como la de *ménos multiplicado por ménos, da más*, serian consideradas como paradojas si no se comprobasen en la experiencia; y finalmente, el sistema decimal, la tabla de multiplicacion, las cantidades infinitesimales y todas las operaciones que más absolutamente inmateriales parecen, tienen su orígen último en los axiomas, que son hechos inductivos.

Pero lo repetimos; decir que la Matemática, como todas las ciencias, descansa en la induccion, no es negar que sea el tipo, el modelo más acabado del razonamiento deductivo ó formal. Al contrario, es esto lo que da á la Matemática un carácter propio, y lo que ha brindado en ella á la Metafísica, un último refugio.

Pero las ofuscaciones que la Metafísica ha producido en la ciencia de las magnitudes, son innumerables.

En la concepcion kantiana, el tiempo interviene como *forma* del entendimiento, productora de la idea de *número* (1); Duhamel niega la realidad del espacio (2). Nodier dice que el hombre no puede saber lo que es el espacio ni el tiempo (3); Montferrier (4) pretende que en la

(1) Wronski, *Introduction à la philosophie des mathématiques et technie de l'algoritmie*, pág. 4, París, 1808.
(2) Duhamel, *Des methodes dans les sciences de raisonements*, parte segunda, página 4 y siguientes.
(3) Bour, *Cours de mecanique et machines*, etc., pág. 1, París, 1863.
(4) Montferrier, *Dictionaire*, etc., *Philosophie des mathématiques*.

Matemática se crea algo que no existia *ántes* en la naturaleza; Riemann (1) imagina espacios de dos, cuatro ó más dimensiones, niega el aumento indefinido de la distancia, esto es, el espacio infinito, y en sus concepciones geométricas, la recta es un círculo, el plano una esfera, y las líneas rectas pueden encontrarse en dos puntos, sin coincidir por esto; la geometría gaussiana rechaza el famoso postulado de Euclides, que encierra la teoría de las paralelas, y por tanto, la ley de la similitud, base de la Astronomía; se pretende definir lo *infinitamente pequeño*, diciendo que es un *grado extremo de pequeñez tendiendo á adquirir una cantidad, que indefinidamente tiende hácia cero;* Delbeut (2) define la linea recta *una línea homogénea;* Legendre observa que es *la distancia más corta entre dos puntos* (3); y otros, en la imposibilidad de definirla, la rechazan de entre las nociones fundamentales de la Geometría; en algunas obras se define el punto como *el resultado de un proceso ideal que tiende á reducir indefinidamente un espacio finito;* continúa definiéndose la tangente por el carácter distintivo de la secante, y en contradiccion con una de las principales propiedades de la línea curva; se malgasta un tiempo precioso en sutiles disertaciones sobre las curvas, las superficies de segundo grado y otras especulaciones igualmente estériles, y á la terminacion de sus estudios oficiales, el alumno reflexivo se encuentra *con que le falta muchísimo que aprender y más aún que olvidar* (4).

II

A la verdad, en toda exposicion científica es conveniente partir de esa relacion fundamental que constituye una primera division de todas las cosas por su *máximum* de diferencia; de la distincion, en fin, entre el sujeto y el objeto; entre algo que no confundimos con nosotros, entre algo que se nos revela por impresiones de resistencia, extension, color, tacto, sonido, olor, gusto, frio, calor, y algo que nos parece ser nosotros *solos*, y que se traduce por estados especiales de conciencia, que denominamos sentimientos, voliciones, ideas. De-

(1) Tilly, *Essay sur les principes fondamentaux de la Geometrie et de la mecanique*, Burdeos, 1879.
(2) Delbeuf, *Prolegomènes philosophiques de Geometrie*, etc., Liege, 1860.
(3) Legendre, *Elements de Geometrie*, Paris, 1813.
(4) Girard, *Filosofía científica*.

terminar este hecho, es plantear la cuestion del mundo exterior bajo su aspecto puramente científico, es decir, psicológico.

Pero ¿de qué naturaleza es este hecho? ¿Es realmente independiente de nosotros, ó es sólo un producto, una *forma* de nuestra constitucion mental?

Esta es la cuestion metafísica que no cabe en la ciencia, y con la que no es posible la ciencia, porque el idealismo excéptico de Hume, de Berkelei, de Kant, y el sensualismo de Locke, de Condillac, de Broussais, conducen á la negacion absoluta de uno de los dos términos esenciales á toda investigacion científica: el mundo exterior y la espontaneidad intelectual del hombre, su facultad de órganizar experiencias. La roca Tarpeya de las ciencias está en uno de esos dos extremos á que propenden, segun su método. Así en la Matemática el riesgo mayor está en el subjetivismo, y si no se empieza por determinar el carácter objetivo de sus hechos fundamentales, tiempo, movimiento, espacio, punto; si se pretende que se pueden crear cosas con palabras, y que la certidumbre *absoluta* está en la razon humana, las pomposamente llamadas ciencias exactas acabarán por ser las más inciertas de todas las concepciones trascendentales.

El tiempo y el espacio son atributos comunes al sujeto y al objeto; influyen como causas eficientes. En las combinaciones químicas, el tiempo entra en la causalidad. La presion atmosférica es tambien causa de diferentes fenómenos. El tiempo es la ley de nuestra sucesion mental. Adquirimos esta nocion por la experiencia de las cosas contínuas ó durables. El espacio, con ó sin materia, se nos revela por el movimiento, que á su vez se nos manifiesta en las diversas modificaciones de la accion muscular; y hasta el espacio vacío, con relacion al movimiento exclusivamente, es tambien una realidad.

Otro tanto sucede con la línea recta; es perfectamente objetiva, y puede hacerse una *determinacion* de sus propiedades esenciales. Bain señala dos: la *coincidencia* y la *distancia más corta*, creyendo esta última demostrable por la proposicion «dos lados de un triángulo son más grandes que el tercero.»

Girard encuentra tambien en la línea recta tres propiedades esenciales, y las reduce todas en último término á la ley que llama *inercia lineal* por extension de la ley de causalidad.

En suma, es urgente determinar bien el dominio de la Matemática,

y proclamar, sobre todo, que los axiomas, los hechos fundamentales sobre que descansan sus más admirables construcciones geométricas, son hechos comunes á todas las ciencias, ó sólo propios de la *Ontología ó Lógica*, como quiere Bourdeau. Es, pues, la Matemática *un modelo de ciencia deductiva*, porque se desenvuelve por la combinacion incesante de *estos solos hechos*, pero *sin ellos no existiria*. Por eso en este gran período científico, la Metafísica, que pretende ser *ciencia sin hechos*, parece definitivamente arruinada. Es, en fin, un error, *que ha dejado de ser útil*.

III

Roberty opina que este error se ha producido indudablemente por una oposicion demasiado absoluta entre los términos *abstracto* y *concreto*, cuando se emplean para caracterizar una ciencia. La ciencia más abstracta, dice, tiene sus raices en la observacion ó en el método *à posteriori*, y por tanto, no hace más que estudiar, clasificar, describir, y en definitiva analizar, agregados naturales, existencias concretas de toda clase. Se contesta á esto que el objeto de la ciencia abstracta es abstraer leyes generales. Pero la ciencia concreta no tiene tampoco ni puede tener otro fin que el de abstraer de los hechos que estudia ciertas relaciones generales y constantes.

Tambien se dice que la ciencia abstracta considera ciertas propiedades de la materia, *abstraccion hecha* de todas las demás. Se exagera aquí, por una parte, la facultad que tiene el espíritu de poder prestar mayor atencion á un punto que á otro, y se desconoce el verdadero fin de la ciencia abstracta, que no abstrae *momentáneamente* una propiedad de un agregado material cualquiera, mas que para unirla mejor y más íntimamente á todas las propiedades concomitantes en la realidad objetiva. Toda idea, como dice muy bien Bagehot, no es más que un hecho concreto ó una série de hechos, *ménos algo* que es excluido de la realidad objetiva por nuestro espíritu. Pero esta exclusion es una medida esencialmente preventiva y pasajera, y el explorador científico debe siempre apresurarse á confrontar la causa ó fenómeno *momentáneamente aislado*, con otras causas y otros fenómenos.

Así proceden todos los hombres científicos; pero los matemáticos

filósofos se apoyan en las verdades necesarias ó formas lógicas del conocimiento proclamadas por Kant, y sostienen que su ciencia es el tipo soñado de la abstraccion, y que se estudia en ella una sola propiedad de la materia *con entera exclusion* de todas las demás.

Y hé aquí, como ya hemos visto ántes, la Metafísica en las Matemáticas. Se pretende negar la base objetiva ó experimental de su análisis, y gracias á la extraordinaria simplicidad de los fenómenos matemáticos, se consigue prolongar esta estéril discusion, que en todas las demás ciencias es ya imposible. Porque, en efecto, la ciencia matemática es única en su género; los hechos sobre que opera son tan simples y generales, que no hay agregado natural que no los manifieste en el mismo grado y exactamente de la misma manera. De ahí su carácter de universalidad, y el que haya quien crea que las leyes físicas y químicas son debidas á deducciones matemáticas, como si fuera posible sacar cualquiera de esas leyes de la del cuadrado de la hipotenusa, ú otra proposicion análoga.

En último análisis, claro es que todo fenómeno es un fenómeno de cantidad, y por eso es tan fácil dar un tinte matemático á todas las ciencias sin excepcion. Pero no se opera en ellas cuantitativa ó matemáticamente, más que para simplificar regularmente el trabajo científico, y á condicion de no perder nunca de vista la calificacion especial de los fenómenos estudiados. Ahora bien; las leyes reales de esta calificacion no pueden ser deducidas de la sola consideracion de la cantidad, porque *la propiedad especial no está contenida en la propiedad general, más que de una manera formal ó puramente lógica.*

Todas las ciencias estudian, no una propiedad aislada, sino relaciones uniformes entre las diferentes propiedades, y la Matemática no se exceptúa de esta regla. Pero sus fenómenos están diariamente al alcance de nuestros sentidos, y son tan simples, tan comunes y tan familiares á todo el mundo, que su observacion pasa desapercibida en medio de las observaciones y estudios tan difíciles de las otras ciencias.

Algunos matemáticos, seducidos por la simplicidad y diafanidad del método deductivo, no lo entienden así. Pretenden, por el contrario, buscar una justificacion á las pretensiones metafísicas y extender su dominio á todas las demás ciencias.

De ahí su perniciosa influencia en la Política, y consiguientemente en la Guerra. Se ha querido hacer una política deductiva, una política matemática, y una guerra tambien deductiva y matemática.

Hasta en la Administracion, hasta en Hacienda, hasta en la forma de redaccion de las leyes, se nota en España esta funesta manía.

Se parte siempre de una proposicion hipotética, de una afirmacion general, no inductiva, es decir, no comprobada en los casos particulares de que se compone. Y una vez en posesion del dogma, nada tan cómodo, nada tan sencillo como escribir centenares de artículos ó hacer preciosas composiciones orales.

Y es tal el hábito intelectual nuestro, en este sentido, que cuando hablando, por ejemplo, de códigos, se cita el penal belga, ó cualquier otro de la legislacion inglesa ó norte-americana, la objeccion constante no se hace esperar. «Es una legislacion *casuística*,» se contesta con énfasis.

Se demuestra así que no se conoce bien el sentido y el papel de la *generalizacion*.

Generalizar es, sin duda, una funcion eminentemente científica. Pero, entiéndase bien, la *generalizacion* implica siempre un trabajo prévio de adquisiciones particulares. La particularidad es el contenido propio de la generalidad. Si este contenido falta, la generalidad es un vacío, *una palabra* sin ninguna significacion ni autoridad. Mas á decir verdad, ¿sobre qué se discute en nuestra política más que sobre palabras?

Iguales tendencias han podido notarse en la ciencia de la Guerra.

Hasta 1870-71, la fortificacion pasajera tenia un código completo de axiomas.

Y el primero consistia en proporcionar el desenvolvimiento de una fortificacion al número de defensores.

Se circunscribia así la funcion de defensa á la extension del atrincheramiento, y se dejaba á un lado el valor pasivo del obstáculo, el carácter activo de los defensores, y las condiciones tácticas generales de la ocupacion de la posicion.

Merece leerse este punto en el tratado de fortificacion de Girard.

Decker se burlaba de otra série de principios tácticos de índole análoga, como por ejemplo: «El órden que facilita la accion directa

de nuestros ejércitos, es el más fuerte.» «El que paraliza enteramente esta accion, es el más débil, etc.» Principios admirables como razonamiento; principios *exactos*, matemáticamente hablando, pero prueba inequívoca de un error largo tiempo en boga: el de la Matemática en la política, en la guerra, en todas las ciencias sociales.

Y tales proporciones ha tomado este error, que en fortificacion la mayor importancia de los modernos trabajos de Brialmont, Brunner, Girard, Popp y Wauwermans estriba, sin duda, en haber considerado ante todo el fuego, las armas, los elementos del atacante, la situacion táctica, el terreno, etc., y en que han conseguido establecer una série de principios y reglas perfectamente adaptadas al modo actual de combatir, sin necesidad de los cálculos y construcciones geométricas que ántes se creian indispensables.

Basta, en fin, ver la organizacion de los estudios militares. En todos ellos se reserva á la Matemática un puesto de predileccion; y no parece sino que el mundo entero está contenido en las propiedades matemáticas; que no hay nada útil que aprender fuera de esto; que, en suma, no hay otras ciencias fundamentales, entre las que la Matemática tiene sin duda un rango honroso y un dominio propio, pero limitado. De esta ignorancia viene probablemente esta matemáticomanía, y urge por esto plantear la cuestion matemática, para reformar los viciosos y rutinarios métodos de la enseñanza actual.

Se definen, áun hoy, hechos de evidencia propia. El punto, por ejemplo, que no necesita definirse. Definiéndolo como *un límite de extension sin dimension*, se oscurece más que esclarece esta nocion. El punto es inextenso. Luégo no cabe lógicamente en la Geometría, sobre todo si de ésta se dice solamente *que es la ciencia de la extension.* De pretender explicar el punto, sería preciso, ante todo, modificar esta concepcion estrecha de la Geometría. Porque la Geometría es la ciencia del espacio; pero como el espacio es engendrado por el movimiento, el movimiento entra tambien en la Geometría.

El movimiento en el espacio, desprovisto de toda extension, esto es, de toda materia, es lo único que puede explicar el punto.

Pero prescindiendo de esta teoría, es insostenible tambien esa série de errores dialécticos y metafísicos que abundan en las geometrías

euclidianas y en las impropiamente llamadas analíticas. Se sabe que la posicion de una recta es determinada por dos puntos, y sin embargo, se define la tangente: «una recta, que sólo tiene un punto comun con la circunferencia.» La contradicion es obvia. Si la tangente sólo toca en un punto con la circunferencia, ¿dónde está el otro punto que necesita para ser determinada? Fuera de la circunferencia no puede estar, tiene que hallarse precisamente en el contacto; luego la tangente toca en dos puntos á la circunferencia. Por otra parte, en el cálculo infinitesimal está bien demostrado que la secante es la que sólo tiene un punto comun con la circunferencia, y no dos, porque la circunferencia no es más que una curva cerrada.

Todas estas cuestiones están íntimamente ligadas á la de la línea recta, que algunos geómetras definen la *más corta entre dos puntos*, no siendo esta precisamente ninguna de sus tres propiedades fundamentales, y aparte de que puede ser explicada, en último término, por la ley del movimiento rectilíneo y la causacion.

Por esto damos nosotros una importancia excepcional al problema de la clasificacion de las ciencias, cuya solucion creemos bastante adelantada. Y por esto insistiremos siempre en que á todo estudio debe preceder el de los métodos generales y especiales, y el de una revision sumaria de las ciencias generales ó fundamentales.

De cualquier modo, un esfuerzo último es indispensable para que la Metafísica desaparezca de la Matemática, y la Matemática de todas las ciencias que invade con sus pretensiones de método trascendental.

La cuestion de método, sobre todo, es de prévio y especial pronunciamiento.

El método experimental ha trasformado por completo la Filosofía, y hoy parece volver ésta á ser lo que fué en su orígen: la ciencia universal. Pero, como dice muy bien el autor de la *Vida de Jesús*, en vez de pretender resolver el problema del universo por rápidas intuiciones, se ha persuadido de que es indispensable analizar ántes los elementos de que se compone, y construir la ciencia del todo por la ciencia aislada de las partes. De aquí el prodigioso esfuerzo de la induccion científica en nuestro siglo. Las ciencias morales se reconstruyen por la observacion, y los estudios psicológicos, subordinados á este método, son los únicos ya que proyectan alguna luz en los sombríos dominios de la conciencia humana.

La histórica polémica sobre el objeto y el sujeto ha terminado. No se trata ya de escoger entre un método exclusivamente objetivo ó subjetivo. La realidad contiene á ambos. Todo conocimiento es subjetivo-objetivo, y toda investigacion recorre así sucesivamente tres términos: una observacion, una suposicion ó conjetura, y una comprobacion.

Solo que la cuestion del método, dice un pensador moderno, no se agota en generalidades de esta índole. Al lado de la teoría está la práctica; y admitiendo teóricamente que todas las ciencias emplean á la vez los distintos modos de investigacion de nuestro espíritu, es imposible desconocer que tiene cada una un método propio, característico, único eficaz en el dominio de su exploracion especial. Por esto es inadmisible que sea más útil la enseñanza de la Matemática que la de la Lógica, la Dinámica, la Física, la Química, la Morfología y la Praxeología. Son todas estas ciencias, en sus lineamentos generales, las que deben constituir la instruccion fundamental, y ninguna debe ser preferentemente atendida en los Institutos de segunda enseñanza, porque todas son de igual modo necesarias para obtener un conocimiento general del órden entero del mundo.

A. Ordax.

CONCEPTO DEL DERECHO

I

La idea del Derecho no es una de las que arbitrariamente puede forjarse el hombre ó producir la imaginacion: está íntimamente unida á nuestra naturaleza y destino; en el mundo tiene profundísimas raices; en la filosofía, en la práctica, innumerables aplicaciones; abraza todo lo que somos y lo que valemos, y, á pesar de esto, no todos han estado conformes en su apreciacion, y las palabras justicia, derecho, ley, han sido diversamente explicadas por cada uno. Profundizando algo la materia, veremos que en ésta, como en todo, suele ser el error una verdad incompletamente considerada, más que una inteligencia de todo punto opuesta á la verdad del asunto á que se refiere.

Erraron y mucho los que quisieron medir el Derecho con la regla de la moral, dispuesta para mayores proporciones; y no se equivocaron ménos los que, empeñados en opuesto camino, separáronse hasta hacer contradictorias ambas ideas, poniendo la altísima nocion del Derecho en la deleznable base de la utilidad, ya del individuo, ya de la sociedad; teoría esta última más defendible, pero no más cierta. El primer error fué el de los tiempos antiguos, de más generosas ideas y elevadas tendencias; el segundo, muy propio de nuestros positivistas, se elevó á sistema por Bentham y su continuador Dumont. Y aquella y esta manera de considerar el Derecho, prescindiendo de

sus exageraciones, encierran, á no dudarlo, elementos de la verdadera teoría; son á manera de fases del prisma, que reflejan cada cual un matiz, y que juntas presentan el objeto con la luz compuesta y el verdadero colorido.

No ménos que las ideas que concibe la mente, entran las que debemos á la educacion en la formacion del derecho, y aquí empieza la parte más variable de su nocion, aquella en que reflejan sus tendencias los distintos pueblos, tiempos y climas. Si hubo uno en que los hombres no conocian los desordenados apetitos de la carne, y no se dejaban llevar de los extravíos de una mente que peregrinaba hácia la verdad, sin distraerse de su objeto á derecha ni á izquierda, claro es que el derecho estaba entónces refundido en la moral, y esta era la única regla de la vida.

Reunidos los hombres en sociedades más extensas que la de la familia, en cuyo seno les colocó la naturaleza aparentemente llevados por la fuerza, reuniéronse en imperios bajo la mano de Nemrod, que pasa á ser cazador de hombres después de serlo de fieras; pero en el fondo tambien obedecian á una ley natural, y ya se entregasen á las plácidas ocupaciones de la labranza ó el pastoreo, bien ensayasen en el comercio sus escasas fuerzas, hacian leyes para la mejor direccion de aquellas agrupaciones, leyes imperfectas, porque no eran todavía sus necesidades exquisitas, y porque ni áun el apego á la tierra que habitaban se habia desarrollado en aquellas primitivas sociedades; la ley, pues, en este momento histórico, como representante del Derecho, tenia que ser única hasta en sus personificaciones, atender á la Moral, al Derecho, á la Religion y á la Economía; y así vemos que en los primeros pueblos agrícolas, Céres es diosa de la labranza y de las leyes, y en su honor se celebran las Termophorias; y como el período de diferenciacion estaba todavía muy distante, la Moral y el Derecho y las ideas religiosas se regulaban por una única ley.

Que todo en las primitivas sociedades se enlace con la Religion, Ciencias, Artes, Derecho y Literatura, no es maravilla; que ántes de perfeccionar el hombre las relaciones con sus semejantes guste de ligarlas á las que tenía con Dios, de quien tomaba, como Prometeo, sin merecer por eso castigo, un rayo de luz para traducir á lo humano, la verdad, bondad y belleza del Altísimo, no es extraordinario. Pero mal haría el que quisiera siempre, porque *así convino* al principio, guardar la ley en el santuario, porque con el trascurso del tiempo puede ya salir

á la luz y estudiarse al aire libre, excepto en aquel pueblo á quien destinara Dios este régimen como el mejor y privativo. Bien conocerán nuestros lectores que hablamos del hebreo; todos los otros fueron llevados á él, mantenidos por la fuerza, sin que su inteligencia se mejorara, ni se robusteciera su ánimo templándose para las pruebas de la vida, ni se desarrollaran sus sentimientos, envueltos en inmenso y venerando sudario, como la momia egipcia.

La reaccion en pos de la accion es ley en lo moral, como en lo físico. El representante del poder civil, en uso primero de la fuerza, y subsidiariamente de la inteligencia, que trata de abrir nuevas vías, destrona al sacerdote legislador; y la ley, guardada en el arca del santuario, se traslada al templo, al tiempo que ántes habia dominado el sacerdote, primero por la inteligencia y el saber, y subsidiariamente por la fuerza que le proporcionaba la ley. Vístese traje humano, ya no son sus trasgresiones pecados, sino delitos, y consíguese con eso depurar de una manera conveniente las distintas ideas de la Moral y del Derecho.

El sentimiento de la Religion no es institucion humana, es suavísima emanacion de Dios, que desciende de su Trono en el mundo invisible á perfumar el áspero sendero de la vida; con él truecan su faz en ésta los placeres con las penas, y adquieren su verdadero valor los primeros castigos.

La Religion hace ver al hombre que aquí no termina su vida, confírmalo el Derecho como verdad fundamental; pero se vé precisado á desarrollarse en otros términos, y sin dejar de ser necesarios y elevados, son temporales y pasajeros y más concretos sus fines. Acorta, si se quiere, pero no altera esencialmente la regla con que mide la Religion los actos humanos; es la que ésta lleva en su mano, regla de oro como la que veian en sus éxtasis los profetas para medir las proporciones de un mundo más elevado, y es á su vez la del derecho elástica y flexible para que convenga á los distintos tiempos, naturalezas y países. Por eso las infracciones de aquella ley son pecados, y en los pecados se considera con escudriñadora mirada la intencion, y en todo lo que vale se aprecia el arrepentimiento; son las violaciones de ésta, delitos, y en ellos, áun constante el deseo del mal, se aplica distinto criterio á la tentativa y al delito frustrado, y no se puede apreciar como en la esfera de aquella el desistimiento del crímen. Son, pues, como dos círculos concéntricos de distinto rádio, de igual orí-

gen, mas tan extenso el uno que liga el cielo con la tierra, limitándose el otro á encerrar las relaciones entre los hombres. ¿Y cómo se explica la excesiva importancia que ciertos escritores dan al elemento moral y religioso, en períodos determinados, hasta no admitir más ley que su ley y ampliar al campo de la Moral el del Derecho? Por la ley de accion y reaccion que invocamos ántes; porque los extremos se tocan; porque el camino más corto para que llegue á la escena histórica una teoría radical y extrema, es la aparicion y predominio de su contraria.

¿Quién, después de oir que la Filosofía había de ser la *arcilla* de la Religion, que tal decantaba la Edad Media (cuando precisamente entónces se querian producir tipos cristianos vaciando las figuras en moldes gentílicos y aristotélicos), no habia de presagiar otros tiempos y otras escuelas, que exajeradas á su vez, habian de arrojarse por resbaladiza pendiente hasta el principio del materialismo? De estas vacilaciones, de estas dudas, de estas hipótesis distintas, que obedecieron al diferente estado del mundo en la época de su aparicion, van naciendo las ciencias, hijas de la experimentacion, pulimentándose con las contrariedades y *diferenciando* cada dia más, á medida que las necesidades son más exquisitas.

El llegar á formar concepto del derecho, le ha costado á la humanidad muchos siglos.

Tal vez se nos dirá que el Derecho, la justicia, su fuerte y más elevada concepcion, la verdad, la belleza, son nociones simplísimas que, ó no se conocen, ó se conocen por entero; que es temeridad buscar en estas piedras angulares del edificio social gran complicacion y variados elementos, y se dirá bien, pero no lo que conviene decir respecto á nuestra limitada naturaleza. Ve Dios el mundo, al decir de la Escritura, como rienda extendida á sus piés, uniéndose en un solo punto los polos opuestos, lo pasado, lo presente y lo futuro, un solo instante, las oposiciones y contradiciones, una sola é inexplicable armonía. Pero es el hombre como el observador que, colocado á mayor distancia de las cosas, no advierte la union de los opuestos, y concede á las partes mayor ó menor importancia que la que tienen respecto al todo; ó como quien ignora el juego de las distintas piezas de una máquina, en tanto que el constructor reduce á un punto todo su mecanismo. Ved ahí por qué aquellas ideas, en sí tan claras, cuestan siglos y más siglos, ensayos y más ensayos, en que malgastan sus

fuerzas físicas é intelectuales nuestros más privilegiados ingenios; ved ahí por qué la Metafísica nos parece oscura, y la Ciencia complicada y difícil, compuesta de excepciones más que de reglas, y por qué el grano de arena en pequeña eminencia, colocado en reducido horizonte, fija más nuestra atencion y nos parece más de admirar que el colosal Himalaya en la masa de nuestro planeta.

Como tantas cosas que mejor que se explican se sienten, como una de tantas voces que amorosamente nos dicen al oido cuán cortas son nuestras potencias y nuestro saber, debemos considerar esas vacilaciones, sistemas y teorías: nunca ridiculicemos á sus autores, nunca nos burlemos de sus fuerzas; dediquémonos sólo en su historia á desentrañar la parte de verdad que encierran, á tomar en su pureza el elemento de la nocion que ellos elevaron á la categoría del todo, para completar más la que la ciencia habrá de formar en su dia.

Volvamos al mundo físico, en que no puede desconocerse que sus infinitas piezas son componentes de una máquina de maravillosa construccion, que se mueven segun una regla que reciben del Genio que la concibió, y de la mano que la modeló movimiento y una especie de vida. Y si queriendo salir de nuestra cárcel corporal, elevamos la vista á los millares de mundos que giran sobre nuestras cabezas, y descendemos á los últimos séres de la Creacion, veremos que todo realiza un fin en virtud de una ley universal que, cuando en distintos casos produce iguales resultados, en identidad de condiciones crea una ley en virtud de la existencia del Derecho, que constituye la única atmósfera moral dentro de la que puede vivir el hombre.

Así como las relaciones constantes del mundo físico producen leyes, que han pasado mucho tiempo desapercibidas, hasta el dia destinado por la Providencia para que las revele un Newton ó un Klepero, así en el mundo moral existen leyes no ménos constantes, que á pesar de ser tan claras se desconocen y se falsean. Y es que en las ciencias morales y politicas, como en las naturales, se ha adelantado por hipótesis; y así como se ha hablado del horror al vacío y de los elementos, así tambien se ha sostenido la esclavitud y el derecho divino. Pero en las ciencias naturales, los astros y las plantas, y los animales y los fluidos, cumplen ciegamente el destino que les está impuesto, y son cuerpos de un alma que no está allí, marchando por un camino que ni conocen ni miden, y del que por su naturaleza no pueden desviarse, miéntras que el hombre, para recibir premio ó cas-

tigo, es dueño de sus actos, tiene conciencia de su sér, vive constantemente relacionado con sus semejantes, que tambien son dueños de sí mismos; y de aquí que las ciencias morales y políticas ofrezcan grandes dificultades en su desarrollo y avance.

Conste, pues, que *Derecho* tanto vale como relacion, así en lo moral como en lo físico, y que la ley es la enunciacion de esta relacion, tal como es, no como el legislador puede imponerla y presume hacerla guardar.

II

Veamos ahora quién puede ser sugeto y objeto del Derecho.

Dios, fuente de la Justicia, sin quien ésta, la bondad y la belleza, y el mundo todo no podrian existir, creó el Derecho, nos enseñó y comunicó la justicia, estableció, por su infinita bondad, relaciones entre su Sér y el hombre, y para que no se extraviase y confundiese nuestra inteligencia en busca de las más necesarias, ya que todos los pueblos y siglos conocieron que algunas se necesitaban, nos enseñó, mediante la revelacion, prefigurada desde los primeros dias, al hombre decaido, y esperando rehabilitacion del modo más aceptable. No hay, pues, otras relaciones entre Dios y la criatura, sino las que por infinita bondad le plugo establecer; y pues le plugo crearnos, quiere sostenernos y que le agradezcamos aquella creacion y esta conservacion de la vida y de las facultades inherentes á nuestra especie. Derechos en Él, deberes en nosotros, sobre todos los demás deberes—que van acompañados de su promulgacion en las sagradas letras ó en la voz íntima, que es mensajero y representante de Aquél en el seno de la conciencia—con medios para su cumplimiento, como los señala la Religion revelada, ó por la razon columbraron en las sociedades antiguas con los premios y castigos que la misma Religion enseña. Hay, pues, deberes del hombre para con Dios, en que el hombre no legisla: interroga á su conciencia y escucha, lee la palabra divina y obedece, son actos de la Religion, y de ningun modo se incluyen en la esfera del Derecho.

Pero ha nacido el hombre para realizar un fin conscientemente, siendo autor de él, ya que puede realizarlo de distintas maneras ú oponerse á su cumplimiento con inquebrantable voluntad, convirtien-

do la coyunda de la Religion en suave yugo y carga ligera. Él es un mundo en sí, y, por lo tanto, existen derechos y deberes en su propia personalidad. Él, pues, falla y obra en tanto que llega el juicio de Dios y el de la sociedad, y la ley, en las contadas ocasiones que pueden aquella y ésta penetrar en esta esfera, exige el cumplimiento de los deberes; pues en cuanto el hombre se opone á su destino obra mal, y son harto refulgentes los rayos de la Religion, y los de la razon sobrado claros, para que todos conozcan cómo y cuánto se separan de aquel fin los actos de su vida. Todavía recorremos el círculo de la moral; pero vamos á ver, dentro del mismo, y ya como en gérmen, el principio de la Filosofía y del Derecho.

Conócete á tí mismo, fué la más sabia palabra de la antigüedad: por tanto, colocada en el templo de Delfos. Preciso es que el hombre se estudie para conocer la humanidad, y para conocer los derechos de los otros ha de medir y pesar el propio derecho. Esta filosofía, que busca en el conocimiento del *Yo* el punto de partida de toda ciencia iniciada por el inmortal maestro de Platon, fué la que, desviándose del antiguo camino de investigaciones en ciencias físicas, donde más encontró hipótesis que teorías, y soñó más que demostró verdades, fué la que dió á conocer la Moral y el Derecho en su verdadero punto de vista. Sentado este principio, ya no hay que extrañar que Aristides, áun conociendo que era útil, desechase, por no ser justa, una proposicion de Temístocles, ni que andando el tiempo dijese: *Non omne quod licet honestium est*, un gran jurisconsulto romano.

Pero donde vemos más clara la idea del Derecho, es considerando las relaciones que tienen entre sí los hombres, no ciertamente por convenio, sino por necesidad derivada de su propia naturaleza. No pueden concebirse en una persona derechos sobre otra, sin que ésta se halle ligada á la primera por deberes no ménos sagrados, que ambas ideas van unidas como la sombra y el cuerpo. Ni puede la libertad de cada cual extenderse indefinidamente, si por ventura chocase, al hacerlo, con la libertad que reclaman los demás con igual fundamento. Y en esto basa Kant su doctrina reproduciendo en los modernos tiempos aquella otra doctrina iniciada por Sócrates, segun la cual *derecho era relacion*, y que debia concebirse en los términos que, si bien de una manera sumaria, acabamos de indicar en las anteriores líneas.

Consideremos, efectivamente, al hombre como sér físico, y le veremos de todo y en todo dependiente; él es un sér dotado de grandes

facultades, que sin los medios y esfera propios no pueden desarrollarse, y tal vez pasarian ignoradas del mismo que las posee. De esta natural dependencia nace toda la indisputable superioridad que hace rendirse á las fieras á los piés de su débil domador, y que le somete, como otros siervos, todas las fuerzas de la naturaleza, el aire, el fuego, la gravedad, y acaso algunos elementos y fuerzas que habrá de sujetar en adelante conforme progrese la ciencia. Esa desproporcion entre el fin que ha de realizar y los escasos medios con que para ello cuenta, es, repetimos, el secreto de todos sus estudios y la llave de sus asombrosos descubrimientos. Pues no de otra suerte, en el órden moral, se halla todo sujeto á concesiones, y limitadas en la práctica las más santas é imprescriptibles facultades. Su ejercicio libérrimo, en teoría, háse visto y debe siempre verse regulado para el buen órden de la sociedad, y por eso la libertad del pensamiento, que en sí no conoce límites, no debe prestar su misma extension á la de la palabra, que puede servir de instrumento á la maledicencia ó al crímen; el dominio, segun el cual el propietario es dueño de disponer de sus cosas, no puede extenderse á disipar la fortuna que otros, fundadamente, esperan, pues esta disposicion es libre, *nisi in quo vi ante jure prohibetur*. Véase, pues, cómo de concebir los derechos limitados anularíamos los deberes, y cómo siendo con estos demasiado rigurosos, destruiríamos tambien aquellos; luego la primera idea que en el Derecho descubrimos es la de relacion que ántes procuramos demostrar con el ejemplo de los fenómenos y leyes de la Física.

Ahora bien: esa relacion en todo y para todo existe en el órden moral y en el físico, pero no siempre puede apreciarla aquel que á ella está sometido. Los animales viven *nescii vitæ suæ*, como decia de los niños Ovidio; las leyes que los rigen, primero como á toda la maria, y luego como á séres organizados, no pueden conocerse ni apreciarse por ellos; y luégo, como donde no hay conocimientos no hay verdaderos deseos, como decia el antiguo axioma filosófico *Ignoti nulla Cupido*, ni acto imputable, ni castigo, ni premio, de aquí que ejecutan lo que les manda el instinto, sin que pueda sujetarse á reglas ni á fallo su conducta, si es que puede aplicársele la palabra. Si alguna vez, como en las leyes de Moisés ó en las de Dracon, se leen penas aplicadas á los animales, no es ciertamente porque se contravenga á este principio fundamental, sino para inspirar más horror á determinados actos culpables, ó causar más profunda impresion en

el ánimo de los pueblos, fácilmente accesibles á tales disposiciones. La racionalidad es condicion indispensable para el ejercicio del derecho y la práctica del deber, y tanto que en sus estados de disminucion ó de completa falta desaparece el uso de aquél y la razon de existir éste. Sólo, pues, en el hombre animal, *sociale et politicum*, como le llama Santo Tomás, concurren las condiciones necesarias para ser el sugeto del Derecho, en tanto que objeto pueden ser cuantas cosas les están sometidas, muebles inmuebles y semovientes.

Precisadas estas ideas, que durante siglos han sido desconocidas ó alteradas con la mezcla de sistemas filosóficos y de arbitrariedades elevadas á la categoría de leyes, si ahora tratásemos de recorrer las distintas opiniones de los jurisconsultos y publicistas desde aquella época en que se aplicó á estas materias la filosofía, ó sea desde Grocio y Puffendorf hasta Kant y Krausse, sin duda excederíamos los límites de este trabajo, y más confundiríamos que podríamos distinguir la nocion sencilla del Derecho, bajo el peso de tantas y tan encontradas opiniones. Nuestras indicaciones se limitan á fijar las bases sobre que descansa esta nocion, y de cuyo exacto conocimiento depende la definicion ó las definiciones del Derecho.

No podria, sin embargo, completarse este cuadro si no diésemos algunos ligeros toques, aunque con inexperta mano, á uno de sus principales rasgos en lo relativo al derecho natural, que para algunas esuelas abraza todo el campo, y para otras llena sólo pequeña é insignificante parte del mismo. Hay quien del todo lo niega, y quien, áun confesando su existencia, le concede muy limitada jurisdiccion. ¿Qué hay en esto de cierto? ¿Cuáles son los fundamentos filosóficos en que descansa? ¿Hasta qué punto se extiende? Cuestiones son estas muy debatidas, mas no mejor ilustradas, después de tanto discutir, que lo estaban ántes de suscitarse tantas dudas.

Desde luégo comprendemos que están sus leyes más consignadas en eternos principios y en sumarísimos preceptos que desenvueltas en extensas teorías; más impresas en el humano corazon que escritas en códigos, á no ser en los revelados con los carácteres de verdad, de universalidad y permanencia, que son inseparables de la obra divina, y que sólo muy imperfectamente pueden alguna vez encontrarse en las humanas. Esa ley, que es anterior á las escritas, indica ya cómo han de ser estas si aspiran con fundamento al dictado de justas, y se opone siempre y mina sordamente y hace sucumbir

á la larga á las que dicta el legislador en uso de su poder, sin consultar los eternos é indefectibles principios de la justicia; es la ley anterior á todas, suplemento contínuo de todas, ley de los pueblos en su infancia, de las relaciones que entre sí tienen los pueblos más desemejantes y apartados; ley por la cual, segun dice San Pablo, *gentes quæ leges non habent, naturaliter la quæ legis sunt facient*, aquella de la que Ciceron decia era la misma en Roma que en Atenas, igual ayer que mañana y tan permanente y fija, que se distingue esencialmente de las secundarias en la nobleza de su orígen, en la inflexibilidad de sus preceptos y en la naturaleza de sus sanciones. Veamos, por partes, tales caractéres, para mejor conocer su extension y sus límites en la forma que más conveniente creemos al más completo desenvolvimiento del asunto.

Dimana de Dios, y casi sin necesidad de promulgacion se da á conocer á los hombres. No bien despunta la razon, cuando lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto se presentan con los mismos carácteres con que aparecen después al adolescente y al hombre formado, y la sabia y benéfica Providencia no dejó que en el campo de nuestras inclinaciones creciese sólo la cizaña de las pasiones y de los malos deseos, sino que colocó á su lado la razon, y dentro de ella, la ley con que sofocar éstos y arreglar aquéllas, necesarias para la vida de tal suerte, que en vez de perjuicio trajesen provechosos resultados. Se dirá tal vez que hay instituciones de las que se duda si proceden ó no del derecho natural; que ciertos pueblos de la antigüedad sacrificaban á sus ancianos padres creyendo hacer una obra meritoria y de piedad, y que, por tanto, lo que puede desconocerse, ó acaso imperfectamente conocerse, ni es universal, ni permanente, ni de divina Providencia. Y tal vez habrá quien ose con profana mano oponer la ley divina claramente revelada á la inscrita en los corazones; las tablas del Sinaí á los eternos principios, que son luz de la conciencia y norma de nuestras acciones, sin comprender que aquí, como en todas partes, la vista humana, que sólo abarca un limitado horizonte, pretende darse cuenta de todo, y la impiedad se coloca siempre donde debiera confesarse la ignorancia. Ni existen esas contradicciones en la ley divina natural y revelada, ni tampoco porque ciertos pueblos falseasen los principios del derecho natural debe negarse éste; pues lo único que admitir podríamos, sería la necesidad de examinar más cuidadosamente lo que han hecho hasta el presente determinadas

instituciones, clasificadas por algunos entre las del derecho natural, cuando para considerarlas como tales faltan bastantes elementos.

La inflexibilidad de los preceptos del derecho natural es mucho mayor que la que se descubre en leyes de procedencia humana. Vemos, en efecto, que el mandato *no matarás* no es inconciliable con la propia defensa, con las condiciones que deben adornarla para ser proporcionada y justa; que la propiedad particular pugna en determinadas ocasiones con la satisfaccion de las necesidades comunes, y con esa especie de primitiva comunidad de bienes que nos describen los filósofos y moralistas. Mas no podrá negarse que en las leyes secundarias se sobreponen las excepciones á las reglas, y que precisamente en esta desigual proporcion, que varía, segun las exigencias de las personas y de los casos, está el principio verdadero de la humana justicia.

Est modus in rebus, sun certi denique fines
Quos netra citraque nequit consistere rectum,

como enseñaba, cuando trocaba por el ceño filosófico la sonrisa epicúrea y burlona, el poeta Venusino.

Las sanciones, por último, acompañan irresistiblemente al delito de las violaciones del derecho natural, y nacen, por decirlo así, de su propia comision, mas que proceda del exterior. La falsa direccion lleva en sí misma el extravío, la pérdida del verdadero punto á que se encaminaba el agente, el abuso de lo mejor, que produce las más lamentables consecuencias. Y luégo la sancion penal (que acompaña á las infracciones de la ley moral, penetra hasta el fondo del ánimo del agente, y no deja impune el mejor pensamiento), entiende perfecta la voluntad, consumado el acto. Así se dice en el Evangelio del que mira con ojos codiciosos á la mujer de su prójimo, que comete el adulterio de corazon, *in corde suo meceatur*, en tanto que las leyes secundarias, las humanas disposiciones, que no pueden penetrar en este terreno, no tienen siempre sancion segura, ni á las veces posible, y necesitan siempre, para imponer una que satisfaga las condiciones que deben exigírsele por un doble extremo tomado de la maldad de la accion de la mente del que delinque y del daño causado, el estado de madurez y perfeccion á que ha llegado el hecho que se persigue.

Negar, pues, el derecho natural, sustituyéndole el principio de la

utilidad, inadmisible siempre, bien sea del indivíduo, bien del mayor número, cuyo principio, aplicado por Rossi para combatirlo y ridiculizarlo, al derecho penal, ha venido, en último resultado, á reducirse al de la fuerza, es querer privar á la ley humana de principio, de regla y de ideal, de suplemento cuando algo le falta, de complemento cuando es en lo posible completa; pero todavía no alcanza á satisfacer las necesidades que fueran convenientes. Aquél es el arsenal de las leyes justas, aquella su medida, aquella su prueba; las que se encuentran en su balanza faltas de peso, jamás podrán dominar en los ánimos, aunque sometan y avasallen los cuerpos por esta ley, *legun condisore justa decernunt*. Hacer, pues, una ley, no ejercer, segun estos principios, un acto supremo de soberanía, no es decir: yo ordeno y mando, un monarca absoluto, ni dar el pueblo la respuesta que le agrade á la pregunta, *velitis jubeatis quiretis*; muy al contrario, es declarar comprendido tal caso ó hecho particular en aquella regla general. No es, en una palabra, inventar: es describir, y más bien que autor es intérprete el legislador de aquellos inmutables y venerandos principios.

El Derecho es la vida, ha dicho Lerminier en una de esas frases tan comunes en los escritores que más bien describen que definen, acaso con mejor acuerdo que de otros, porque así hablan más á la inteligencia y á los sentidos: es el conjunto de condiciones necesarias para que la libertad de cada uno coexista con la de los demás, segun han dicho los que han seguido al inmortal pensador de Kenigsberg. Es ley, dijeron los antiguos, *jus de justum*, y acaso profundizaron más en las entrañas del asunto, si se considera que sólo es Derecho (ley) lo que es justicia y con sus principios se encuentra conforme, que para esto se formó en las sociedades el poder, y el hombre aceptó con ánimo deliberado la sociedad, en la que ya con blando imperio le colocara la naturaleza; porque de la ley humana, regla ideal de perfeccion, no puede decir, como de la divina, que no le falta, *nec jota unum nec unus apese*; ántes, por el contrario, como todas nuestras obras, es casi siempre incompleta, pero debe cuando pueda acercarse á tan precioso é inimitable modelo. No disminuye el respeto que se debe á la imágen quien considera el metal de que está formada, ántes bien aprecia y admira que al servicio de la idea religiosa se haya como ennoblecido con el trabajo y el destino la materia; y por eso no falta á la consideracion que á las leyes se debe el que siempre las

examina á tan clara luz y toma con aquel exacto compás sus proporciones, refiriéndolas al tipo de la ley natural y divina, censurándolas, como se ha dicho, de *hinojos*, y confiesa que mucho hay y muy excelente en los códigos formados por mano del hombre; pero repetir con Montesquiu que reducir á sus proporciones lo justo y lo injusto, y decir que nada hay de una y otra naturaleza fuera de lo que consignan las leyes, ni anteriormente á ellas (como presumia Hobbes), equivale á sostener que ántes de trazado el primer círculo no eran todos los rádios iguales.

J. VALERO TORNOS.

AIXA

(LEYENDA ÁRABE-GRANADINA)

(*Continuacion.*)

XI

Cuando más dulcemente entretenidos se hallaban ambos enamorados en la sabrosa plática que sostenian, amenazando no tener fin, la impaciente sultana, fatigada en los estrechos límites de la *alhenia*, donde permanecia oculta, y harta ya de escuchar sus protestas de amor en cien tonos distintos repetidas, hizo en la oscuridad de su escondite un brusco movimiento de desagrado, que produjo un ruido perceptible y claro, hiriendo á Aixa en medio de sus alegrías.

Habia por un momento olvidado las miserias del mundo: juzgábase víctima de un sueño fascinador, y aquel ruido, que ella sola comprendia, deshaciendo el encanto la trasladaba en un momento á la realidad horrible de la vida.....

No vaciló, sin embargo; pero al ver al amir alzarse presuroso, comprendió el riesgo que corrian ambos si llegaba á descubrir la *alhenia* donde permanecia Mariem, y levantándose prontamente detuvo á Mohamad.

—Tranquilízate, bien mio—murmuró dulcemente, dirigiendo miradas recelosas á la *alhenia*.—¡Siéntate á mi lado..... que yo te tenga cerca de mí!

—Sí; pero ese ruido.....

—No temas..... el aire, sin duda.

Y miéntras que pronunciaba estas palabras, presentó al sultan otra vez, con ánimo resuelto, el *tabaque* donde estaba la emponzoñada fruta.

Ya no temblaba. Aceptado el reto, se disponia á la defensa para salvar la vida de su amado, y su única esperanza se cifraba en el precioso *alfissáss*, en cuyas piedras quebrábase la luz de la lámpara que alumbraba el aposento.

—¿Qué nos importa el mundo?.....—dijo.—Gocemos, Abdil-láh, y olvidemos en nuestro amor cuanto nos rodea.....

—¡Tienes razon!—exclamó el sultan.

Y como si una mano misteriosa hubiese guiado la suya, seducido por su belleza, tomó directamente la fruta envenenada por el asesino de su padre y cómplice de Mariem, y prosiguió:

—¡Ciertamente que sólo en los jardines de mi Granada puede criarse fruta tan hermosa como esta!..... Siento que sea única en el *tabaque* para ofrecerte otra; pero puesto que no hay sino una, no he de permitir que dejes de participar de ella.

Y partiéndola en dos mitades, presentó ambas á Aixa con ademan galante.

Si en aquel momento hubiera podido ésta ver el rostro de la sultana, habria retrocedido con espanto..... Tan repugnante era la feroz alegría que animaba sus facciones.

No la vió, sin embargo, y al escuchar la voz risueña de su enamorado, que sin saberlo le brindaba con la muerte, arqueó sus labios amarga sonrisa, y sin pronunciar una palabra, tomó el pedazo de la fruta y lo llevó á su boca decidida.

Después llenó de dorado vino las copas, y sirvió al sultan una de ellas, miéntras que de un sorbo apuraba la suya por su parte.

Abdil-láh, en tanto, habia comido la fruta y saboreaba con placer el licor delicioso que Aixa le ofrecia.

—Siéntate á mi lado—dijo ésta, reclinándose con voluptuosa coquetería en los almohadones de la estancia.—Aquí, cerca de mí, donde yo oiga tu voz, donde yo escuche tu acento melodioso que me enamora.....

—Sí; á tus plantas, dueño mio..... ¿dónde mejor?—replicó el jóven príncipe obedeciendo.—¡Qué breves son las horas á tu lado!..... ¡Qué grato el placer que me conmueve al sentir tu suave aliento acariciando perfumado mi semblante!..... Esta es la vida.

—Pero ¡es extraño!—prosiguió al cabo de algunos instantes.—No sé qué singular efecto me ha producido ese licor..... Siento arder mi lengua y abrasárseme el pecho..... ¿Qué es esto?

Y el califa, con los ojos extraviados, desencajado y lívido el rostro, oprimia con ambas manos su marlota.

—¡Aixa, Aixa!—exclamó de repente.—¿No me oyes?.....

Pero la niña á su vez sentia los estragos de la ponzoña, y se hallaba en un estado de postracion en que ya las fuerzas la habian abandonado.

Sin embargo, la voz de su adorado Abdil-láh resonó en sus oidos, y por un esfuerzo supremo de su voluntad recobró el sentido, y con él el conocimiento de su situacion horrible.

—¡Tengo sed!—gritó el amir con voz ronca.—¡Agua!..... ¿No me oyes? ¡Quiero agua! ¡Mis entrañas arden! ¡Mi cabeza vacila! ¡Mi vista se turba! ¡Agua!.....

—¡Cálmate, por mi amor, Mohammad!—murmuró la pobre Aixa desfalleciendo.—¡Aguarda!—Y vacilando como una mujer ébria, levantóse la infeliz para dirigirse á la *al-mayda* (1) de mármol, donde estaban las copas aún medio llenas de vino.

Venciendo grandes dificultades logró llegar por fin hasta ella; volvió á llenarlas con mano febril, y miéntras sus lábios trémulos pronunciaban una oracion, abrió el resorte del misterioso *alfissáss*, y una gota de un líquido desconocido cayó en la copa que empuñaba.

Acercóse á Mohammad, quien presa de horribles dolores se retorcia en el suelo, y llevó rápida á sus labios el vaso, haciéndole beber.

Después ella misma bebió con ánsia y se sentó al lado de su amante.

Un sueño pesado y reparador se apoderó de Abdil-láh, quien rígido como un cadáver habia caido sobre el pavimiento, miéntras que Aixa se mantenia firme en su custodia, sin que sus ojos se cerraran ni desfalleciese su espíritu, ya tranquilo.

Bien revelaban los sufrimientos de su alma el círculo amoratado que rodeaba sus ojos; pero su amor le prestaba fuerzas sobrenaturales, y herida y todo, defendia el hombre á quien adoraba, no dispuesta á ceder el campo á su enemigo.

---

(1) Mesa.

XII

Segura del éxito de sus reprobadas artes, la sultana Mariem, en tanto, miraba con satisfacion, á través del *almocárabe* de la disimulada *alhenia*, el grupo que formaban Mohammad Abdil-láh y Aixa.

Para ella era indudable el triunfo, pues testigo de cuanto acababa de ocurrir, habia visto caer sobre el pavimiento á su enemigo, y se juzgaba ya dueña de la situacion que ella misma habia preparado.

Su primer movimiento, después de la escena que acababa de presenciar, fué salir de la *alhenia*, y buscó en las sombras el resorte que abriese su voluntario encierro.

Pero en balde: sus manos recorrian las estrechas paredes de aquel recinto, sin tropezar en nada; y alentada por el imponente silencio que reinaba en el camarin, redobló sus esfuerzos.

—¡Aixa!... gritó por fin, retorciendo colérica sus manos, al sentirse presa en sus propias redes.

Sin embargo, Aixa no contestó: ocupada en observar con creciente afan los síntomas que presentaba el fatigoso sueño de su amado, ¿qué le importaban á ella la sultana y todas sus infames intrigas?.....

—¡Aixa! ¡Esclava! ¡Miserable!—volvió á gritar Mariem, ya desesperada y con voz ronca y atronadora.—Abre esta puerta, ó por Alláh que has de pagar bien cara tu perfidia..... ¡Abre!.....—continuó tras breve pausa. ¡Abre, ó haré pedazos el único obstáculo que me impide realizar mi venganza!.....

El mismo silencio contestó á sus palabras; y juzgando á la infeliz hechicera víctima de la ponzoña que con ella habia partido su enemigo, como si sus débiles puños fuesen bastante, comenzó á golpear la puerta con desesperacion.

Aixa, sorda á sus amenazas y dicterios, sólo atendia al príncipe, cuya respiracion se iba haciendo cada vez más igual y tranquila, cuyas facciones iban poco á poco perdiendo la horrible rigidez de la muerte, y cuyo pulso volvia á recobrar la lentitud acostumbrada.

Reclinada sobre los almohadones que habia podido arrastrar al lado de su amante, se hallaba de tal forma colocada, que le era imposible á Mariem distinguir desde su escondite ninguno de sus movimientos; así pues, no sabiendo qué partido tomar la vengativa sultana,

exclamó, apelando á la súplica, después de haberse convencido de que eran inútiles todos sus esfuerzos para salir de aquel paraje:

—¡Yo colmaré tus ambiciones, esclava!..... Doblaré la suma que te he ofrecido..... te daré ahora mismo la libertad que anhelas..... pero abre..... ¡Abre, ó por *Annabiy* (1) te prometo que no sobrevivirás á mi cólera!

Al escuchar las últimas palabras de Mariem, no pudo Aixa reprimir un movimiento de temor: sus ojos habian notado en Abdil-láh señales evidentes de que iba á terminar su letargo, y temblando por ella, si llegaba á percibir los gritos de la sultana, acercóse á la *alhenia*, y murmuró en voz baja:

—¡Por Alláh, sultana! ¡Ten paciencia! ¡Todo puedes perderlo si pronuncias una palabra más! ¡Mira!

Y con efecto: en el momento en que Aixa extendia el brazo en direccion de Mohammad, y la sultana miraba entre las caladas labores de la *alhenia*, movióse el príncipe y pronunciaron sus lábios una palabra.

—¡Aixa!..... dijo.

Fuera de sí por la alegría que no trató de ocultar á Mariem, corrió Aixa hácia el jóven emir, y sosteniendo su cabeza sobre su pecho, estampó un beso apasionado sobre su frente.

—¿Qué me quieres, dueño mio?—contestó—¡Aquí estoy, á tu lado!..... ¿No me vés? ¡Velando tu sueño!

Abrió Abdil-láh sus grandes y negros ojos, y los fijó en el semblante de la bella, cuyas facciones revelaban el placer que sentia.

—¿Dónde estoy?—preguntó aquél, tratando de incorporarse.

—En mis brazos, mi amor..... ¿Dónde mejor que en los brazos de quien te ama?—contestó Aixa con dulce y cariñoso acento.

—¡En tus brazos!—Exclamó Mohammad incorporándose y paseando una mirada extraña por el aposento.—¡Me he dormido!..... Pero ¿por qué?.....

Y tratando de coordinar sus ideas, interrogó á sus recuerdos.

Sus ojos casualmente distinguieron sobre la *al-mayda* de blanco mármol los *tabaques* llenos de dulces, y una expresion feroz se retrató en sus facciones.

Volvióse á Aixa, que anhelante le contemplaba, y asiéndola bruscamente por uno de sus delicados brazos, la miró con fijeza.

---

(1) El Profeta.

Bajó los ojos la infeliz, toda trémula, no pudiendo sostener la terrible mirada del califa, y una palidez mortal cubrió su rostro.....

—¿No me contestas?—exclamó por fin.—¡Bajas los ojos! ¡Oh! ¡No era mentira la horrible sospecha que desgarraba mi corazon!

Y soltando con violencia el brazo de Aixa, prosiguió con ronco acento:

—¿Querias envenenarme? ¡Oh! ¡No trates de negarlo, porque aún recuerdo todo lo ocurrido!... El peso de la ley caerá sobre tí, como la maldicion de Alláh, y será en vano cuanto digas..... ¡Tiembla, infame, porque aliento!

Tras leve pausa, y ante el mudo silencio de su antigua amante, dulcificando la voz, repuso con amargura:

—¿Qué te hice yo, mujer, para que así hayas querido pagar todo mi cariño?.... ¡Yo te amaba! ¡Alláh es testigo de la pureza del amor que engendraron tus bellos ojos en mi alma! Yo no sabia más que bendecirte, y te creia enviada por Alláh para hacer mi felicidad en el mundo: ¡te juzgaba una de las *hurtes* (1) del Paraíso!..... ¡Insensato!

Y ocultando su rostro entre las manos, se dejó caer sobre uno de los divanes de la estancia.

Por su parte Aixa, no pudiendo contener las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, lloraba en silencio, viendo de tal manera desvanecerse sus halagüeños sueños de ventura y morir, bajo la despiadada mano de la implacable Mariem, las bellas flores de su porvenir risueño.

Su rostro, animado por la profunda expresion del dolor que devoraba su pecho, aparecia más bello en aquellos instantes, y las lágrimas que surcaban sus pálidas mejillas semejaban hermosas perlas, perdidas en el encaje de su vestidura.

—Así, así estabas el dia malhadado que llegaste á mi Alhambra á demandar justicia..... Tus ojos estaban rojos como ahora, y tu faz, tambien como ahora, revelaba el distinto sentimiento que entónces comprimia tu corazon..... ¡Qué hermosa estabas!—exclamó Abdilláh involuntariamente, volviendo á esconder el rostro entre sus manos.

Dando tregua á sus sollozos, la hermosa Aixa, al escuchar á su amante, acercóse á él discretamente, y poniendo una de sus breves

---

(1) *Huri*, doncella del Paraíso.

manos sobre el hombro de Mohammad, así exclamó con voz suave y acento resignado:

—¿Por qué me injurias, Abdil-láh? ¿Por qué dudar de un amor que es mi existencia, de un amor que es la realizacion de mis sueños más deliciosos? Bien sabe Alláh cuán distante de mí la idea de arrancarte una vida en que se cifran todas las alegrías de esta pobre mujer, cuyo único delito ha sido amarte como al mismo Alláh. ¡Oh! Si hubiera tratado de envenenarte, como dices..... ¿á qué aguardar tanto tiempo? ¿No pude hacerlo cuando, postrado á mis plantas, demandabas el amor de quien hoy aborreces?..... Si yo probé contigo esos dulces y frutas, y bebí al mismo tiempo que tú el vino de esas copas, ¿cómo querer envenenarte sin morir yo? ¿Por qué me culpas? ¡Si supieras, cruel, que con tus palabras desgarras un corazon que es tuyo y que no dejará de amarte por más que me ofendas!.....

—¡Es verdad!—replicó Mohammad, recapacitando.—¡Es verdad! Tú tambien, yo lo ví, probaste conmigo los manjares que contenian esos *tabaques*..... y á ser ciertas mis sospechas, habrias como yo sufrido..... ¡Perdóname, Aixa! ¡Perdóname en nombre de Alláh, y olvida mis palabras! Ellas te prueban lo mucho que te quiero..... porque la sola idea de que tu amor fuese infame mentira, es para mí cien veces más horrible que la misma idea de la muerte.

Y el jóven califa, olvidando todas sus dudas anteriores, en un arranque de cariño cayó á los piés de Aixa, besando con pasion sus manos.

—¿Perdonarte, vida mia? ¿De qué? ¡No me has ofendido! ¡Ven á mis brazos, y olvida en ellos para siempre lo que yo no recuerdo!

Y ambos jóvenes se abrazaron llenos de amor, y sus almas se confundieron en un beso.....

Al mismo tiempo oyóse el eco lejano del *alidzan*, que desde los alminares de las cien mezquitas de Granada repetia el *almuedzin*, convocando á los creyentes para el último *assalá de alâtema* (1), y desprendiéndose Abdil-láh de los amantes brazos de Aixa, depositó un beso cariñoso en sus labios.

—¡Luz de mis ojos, sol de mi porvenir y mi ventura, llegado es el instante de separarnos!—dijo después que en dulce coloquio trascurrieron veloces los momentos.—¡No olvides que tu amor es mi vida! ¡Y

(1) Oracion del segundo tercio de la noche.

ojalá que á tu lado pudiera ésta deslizarse como el Çalom por su lecho de arenas!

Y estrechando entre sus brazos á la bella, salió de la estancia.

Poco después, envuelto en los anchos pliegues de su alquicel y henchido el corazon de felicidad, descendia por el pretilillo de la casa de Aixa, anhelando que amaneciese el nuevo dia para verle morir en breve y correr á los piés de su enamorada.

XIII

No bien hubo desaparecido Abú-Abdil-láh, corrió Aixa hácia la *alhenia* donde permanecia oculta la sultana, y abrió rápidamente la puerta.

—¡Se ha salvado!—rugió frenética de coraje Mariem, trasponiendo el umbral de su escondite.—¡Se ha salvado! ¡Esa ponzoña, tan hábilmente dispuesta, no ha producido efecto! ¡Oh! ¡Si esta vez has escapado á mi colera, yo te juro que seré más cauta! ¡Sólo Alláh sabe á dónde llega el encono de una mujer! ¡Tiembla Mohammad, porque aún no está segura en tu frente la corona que ciñes! ¡Y si esa ponzoña no ha logrado cortar el hilo de tu aborrecida existencia, no faltará quien decidido ponga fin á tus dias!

—Ciertamente—exclamó Aixa interrumpiendo su monólogo—que no puedes quejarte de tu fiel esclava..... No me dirás ahora que no he ganado mi libertad, ¡que harto me cuesta!....

—¡Estabas ahí, y has escuchado mis palabras!..... Pues bien..... ¡no me engaña tu hipócrita mansedumbre!..... ¡Tú, tú has sido, sierva infame, quien ha hecho estéril mi venganza!..... ¡No lo niegues!..... Sería en vano..... Te conozco, y sé que amas á ese aborrecido enemigo de mi dicha..... Pero son inútiles tus artes..... Yo te ahorraré el trabajo de consultar las estrellas para saber la suerte que espera á tu enamorado..... Sí..... porque mañana, ¿oyes bien? mañana morirá en *Bib-ar-Rambla*..... Y si el veneno no ha sido bastante, no habrá medio de evitar que penetre en su corazon la hoja de una gumía.....

—¡Perdon para él, sultana!....—Gritó Aixa, cayendo á los piés de la implacable enemiga de su amante.....—¿Qué te hizo para que le aborrezcas de ese modo?

—¡Imbécil! ¿Piensas que he de depositar en tí mi confianza?..... ¿Juzgas, por ventura, que estoy aquí para escuchar tus importunos ruegos?..... Antes que á mi venganza renunciaria gustosa á la existencia, ¿y quieres que le perdone?.....

—Pero ¿no hay medio alguno para aplacar tu cólera?

—Sí: uno nada más hay.....

—¡Habla pronto!.... ¿Qué no podrá alcanzar del califa quien posee su amor?

—¡Infeliz!.....—dijo con marcado desprecio Mariem.—¿Me ofreces proteccion y eres mi esclava?..... ¡Nécio es tu orgullo, Aixa!..... Pero no sé á qué me detengo en escucharte.....

—Tú has dicho, sin embargo, que sólo existe un medio de aplacar tu saña..... Y ese medio.....

—¿No lo has comprendido aún?..... ¿De qué te sirven, pues, tus artes?.....

—Pero ese medio.....

—¡Ese medio es la muerte de Mohammad!

Extraña reaccion se operó en Aixa al escuchar estas palabras; irguióse soberbia, y avanzando hácia Mariem con el rostro encendido por la ira, exclamó:

—¡Oh!..... ¡Pues bien, basta de súplica!..... ¡Si tú, mujer implacable, has jurado la muerte de Abdil-láh, yo te juro, á mi vez, que miéntras yo aliente no has de conseguir tus malvados fines! ¡Sí! ¡Yo, tu esclava miserable, la infeliz criatura á quien en mal hora arrebataste torpemente su libertad!..... Y sábelo, sultana..... Si la ponzoña preparada para el amir no ha colmado tus malditas esperanzas y reprobados deseos, yo he sido quien lo ha impedido..... Yo, que para defender y guardar al amado de mi corazon, débil mujer, sola y pobre, me hallaré siempre en tu camino, y siempre, como ahora, estorbaré tus planes! No me importa que llames á tus viles servidores..... ¡Desafío tu cólera, aunque estoy en tu poder!.....

Lanzó Mariem una carcajada burlona y despreciativa, y mal conteniendo su coraje, dijo, con calma amenazadora y terrible:

—¡Lo dicho, esclava! ¡Y ya que has logrado evitar la muerte de tu amado, desvirtuando esa ponzoña, evita tambien el que perezca mañana!....

Y, sin aguardar respuesta, salió del aposento, dejando á Aixa trémula de coraje.

XIV

—¡Alláh es grande! ¡No hay sino Él! ¡Sus arcanos son desconocidos para los creyentes! ¡Cúmplase su voluntad!—murmuró al cabo la muchacha.

—Pero—prosiguió después de breves instantes—yo necesito saber el significado de esa terrible amenaza que pesa sobre la vida del sultan..... ¡Mañana, ha dicho!..... Quizá alguna emboscada..... ¡Ah, sí! ¡Esa mujer es capaz de todo!—dijo reflexionando.—¡No era ilusion mi sueño! No, era un vano fantasma. ¡De nada habrá servido el precioso líquido de este *alfissás*, si no evito la muerte de Mohammad! ¡No cuentes, mujer infame, con la victoria! ¡Que si el señor de las tinieblas, si *Yaithan el Apedreado* te proteje, Alláh, en cambio, guiará mis pasos! ¡Mañana! ¡Sin duda que esperas lograr tu intento en *Bib-ar-Rambla*, cuando el sultan guerrero (¡ayúdele Alláh!) rompa la primera lanza en honor de *el divisor* (1); pero te engañas.... porque estoy yo aquí para impedirlo, y lo impediré! Más..... ¿Cómo?

Y levantándose rápida, permaneció un punto indecisa.

—¡Oh! ¡Yo le salvaré!—dijo.

Y salió del aposento.

Poco después, envuelta cuidadosamente en los pliegues de un *solham* (2) y oculto el rostro por la capucha, descendia ligera y silenciosa por la labrada escalera, llevando en sus manos un pequeño candil de barro.

Atravesó el anchuroso patio y se detuvo delante de una puerta, que cedió á su empuje.

—¡Protéjame Alláh, el excelso! ¡Bendito sea! ¡No hay amparo sino Él!—murmuró.

Y penetrando resuelta en el aposento, se adelantó por el estrecho corredor que se abria delante de ella.

Bajó precipitada la escalera que halló al terminar aquel corredor, y atravesó la *Sala del baño*, donde se encontraba.

Dirigióse á uno de los extremos de la estancia, y oprimiendo con

---

(1) *Al-forcan*, el divisor, nombre que, por excelencia, se dá al *Koran*.

(2) Especie de manto con capucha; se coloca generalmente sobre el *haique*.

vigorosa mano el surtidor del baño, cedió éste sin hacer el más leve ruido.

—No impedirás ahora, sultana, que conozca Abdil-láh tus actos reprobados..... ¡Nada importa mi vida, la vida de una esclava miserable como yo, cuando se trata de salvar al emir de los creyentes! ¡Nadie, sino yo, conoce el secreto de esta puerta! ¡Nadie, sino yo, conoce el subterráneo de esta casa maldita..... y una vez fuera de ella, soy libre, libre sin tu voluntad, sultana!

Y sin detenerse, comenzó á descender por una escalera de piedra que se perdia en la oscuridad, cerrando la entrada del subterráneo.

Poco después el aire húmedo azotó su rostro, y terminó la escalera.

Hizo luz, y alumbrada por la vacilante claridad que despedia el candil, siguió un largo subterráneo que se enroscaba y retorcia como una serpiente, no pareciendo sino que no tenia término.

El suelo estaba fangoso, y los menudos piés de Aixa se clavaban en el suelo, dificultando su camino.

Cansada al fin, se detuvo para tomar aliento, y escuchó.

Ningun ruido turbaba el silencio del subterráneo.

Poco después volvió á emprender la marcha con mayor ánimo.

Cualquiera que la hubiese visto discurrir en aquella forma por tal paraje, habria creido, sin duda, en la existencia de los fantasmas.

Al cabo de algunos minutos de camino, un ruido lejano la hizo detenerse y prestar atencion.

Siguió, no obstante, avanzando, y á medida que adelantaba, aquel ruido vago fué haciéndose más perceptible.

Detúvose segunda vez, y escuchó.

—¡Es el Çalom!—dijo.—¡Estoy salvada! ¡Se ha salvado el sultan! ¡Loor á Alláh! ¡Ensalzado sea!

Y apresuró el paso.

En breve el ruido se hizo más distinto, y al cabo terminó el subterráneo.

Espesas zarzamoras cubrian la salida, y Aixa se encontró detenida por aquel obstáculo, con que no contaba.

Pero su ánimo valeroso no vaciló un instante; desnudó una afilada *gumía* que se habia ceñido, apagó el candil y apartó con aquella arma las ramas de la zarzamora, saltando al cauce del rio.

Después, sin detenerse un momento, trepó por una de las orillas,

y en breve se halló en la poblacion, completamente desierta á tales horas.

La noche era oscura, y el cielo se hallaba cubierto de espesas nubes que arrastraba el viento en rápido torbellino.

A favor, pues, de la oscuridad, dirigióse Aixa hácia *Bib-Elvira* (1), empuñando en la diestra la *gumía* y dispuesta á cualquier evento.

Torció luégo á la derecha, subió una cuesta y se detuvo indecisa delante de una casa.

Llamó, no obstante, discretamente á la puerta, y aguardó oculta en el dintel de la misma, miéntras pensaba:

—No hay duda..... aquí debe ser su morada..... ¡Si me hubiera equivocado! Pero no, la calle es esta, y esa es la casa indudablemente.....

Entre tanto, oyóse dentro el ruido de unos pasos, y en breve se abrió la puerta.

Un esclavo asomó la cabeza, y al ver el oscuro bulto de Aixa, exclamó de mal talante:

—¿Quién eres tú? ¿Qué buscas á estas horas en esta casa?

—No te importa quién sea—dijo la muchacha con dulce acento.—Busco á tu señor..... Busco á Ebn-ul-Jathib.

—Duerme—contestó el mancebo—y no está.....

—Díle que es órden del sultan—exclamó Aixa en pos de breve vacilacion.

—¡Alláh le ampare!—replicó el esclavo, y sin cuidarse de cerrar la puerta, corrió presuroso.

Momentos después, y envuelto en un *haique* que le cubria por completo, apareció un hombre.

—¿Quién eres? ¿Qué orden traes del emir?..... (¡ayúdele Alláh!)—dijo, haciendo entrar á Aixa, y después que se hubieron quedado solos.

La enamorada del sultan, sin darle respuesta, le entregó silenciosamente un rollo de papel que habia sacado de su seno.

Aquel papel, donde apenas habia tenido Aixa tiempo para trazar breves palabras, era, sin embargo, sobrado elocuente para no producir efecto en el ánimo del poeta Ebn-ul-Jathib, pues él era quien se hallaba en presencia de la bella. Al recorrer sus ojos el escrito, re-

(1) Puerta de Elvira.

tratóse en su semblante la ansiedad que le dominaba, y asiendo á Aixa, exclamó con voz trémula:

—¿Quién eres, mujer? ¿Sabes lo que dice el papel de que eres portadora? ¡Oh, si lo supieras! ¡Pero no has de salir de aquí sin que te conozca.

—¡Mira, pues!—dijo Aixa, dejando caer la capucha del *solham*, que ocultaba su rostro, y mostrándose deslumbradora de hermosura.

Y como vacilase Ebn-ul-Jathib en reconocerla, prosiguió:

—¿No me conoces todavía? ¿Nada te dice mi presencia á estas horas en tu casa? Pues bien, los momentos son supremos; dirás á Mohámmad que Aixa, burlando la vigilancia de sus enemigos, te ha entregado ese escrito..... Que su vida corre grave riesgo, y que no fie ni de Mariem, ni de Abú-Said, ni de Ismaîl..... ni de ninguno de los que le rodean..... ¡Pero, sobre todo, que se guarde mañana de romper lanzas en *Bib-ar-Rambla*..... ¡Alláh sea contigo!

Y cubriéndose rápidamente la faz, avanzó hácia la puerta, aprovechando el estupor de que se hallaba poseido Ebn-ul-Jathib.

—¡Detente!—exclamó éste.—Tus palabras descubren á mis ojos un horizonte desconocido; y pues sé quién eres y lo mucho en que te estima nuestro señor el sultan, justo y generoso, me habrás de permitir que te acompañe á tu morada, si no quieres aceptar la hospitalidad que te ofrezco en la mia.....

—Alláh premie tus deseos—replicó Aixa—pero más importante que mi vida es la vida de nuestro señor Mohámmad, que es lo que interesa..... Y ya puedes comprender que mi ausencia excitaria sospechas, y acaso con esto comprometeríamos sériamente al amir..... ¡Salud y paz!

—¡Guárdete el Excelso, y ampárete su gracia!—replicó Ebn-ul-Jathib viendo alejarse á la encantadora niña y cerrando la puerta de su vivienda.

Por su parte Aixa, tranquilo el corazon y llena de fé el alma, atravesaba precipitadamente las solitarias calles de Granada, buscando la orilla del sereno Çalom.

—¡Oh!—exclamó al penetrar en el subterráneo.—¡Ahora puedo morir! ¡Mi vida por la suya!..... ¿Qué mayor ventura? ¡Mariem, Mariem! ¡No lograrás tu intento! ¡Yo te lo juro!

Y encendiendo de nuevo la lucerna, internóse en la oscura bóveda del subterráneo con valerosa resolucion.

XV

Miéntras la enamorada Aixa discurria por el desconocido subterráneo, ansiosa de evitar el inminente riesgo que amenazaba la vida del sultan, tenia efecto en el Zacatin escena de muy distinta índole.

Era el *Zacatin* (1) uno de los primeros mercados de España, y sin disputa el principal del reino granadino.

Tenian allí sus tiendas multitud de mercaderes á quienes sonreia la fortuna, y sobresalia entre todos ellos, por sus riquezas innumerables, un judío de edad madura, que habia buscado en el reino de los Al-Ahmares refugio á la fanática intransigencia de los castellanos.

Ambicioso por naturaleza y díscolo por carácter, manifestó desde un principio deseos de encargarse de la recaudacion de las rentas reales, pretendiendo apoderarse por este medio del ánimo del sultan; á la sazon era todavía muy reciente el triste acontecimiento en cuya virtud ocupaba el trono Abú-Abdil-láh Mohámmad V, y sus intentos fueron vanos.

Confundido con la cohorte de aduladores ambiciosos de mando, fué una y otra vez enérgicamente rechazado por el jóven emir, dando ocasion con esto á que, conocedor de las intrigas que comenzaban á urdir secretamente la sultana Mariem y Abú-Said, sedientos ambos de señorear el imperio islamita, se asociase con toda el alma á ellos, pensando de este modo obtener con el triunfo el codiciado puesto que anhelaba para aumentar sus riquezas.

Tenia la casa que habitaba un recinto subterráneo, donde se reunian los conspiradores, bien seguros de que en tal paraje no podrian hallarlos las jefes del confiado Mohámmad.

Pocos momentos ántes de que la valerosa Aixa hubiese puesto en ejecucion su atrevida empresa para salvar la vida de su amado, la sultana Mariem penetraba en el *Zacatin*, sin parar mientes en las cuadrillas de *alârifes* (2) que á la luz de las antorchas trabajan

(1) Mercado de paños.

(2) La creencia vulgar de que los *alârifes* eran sólo operarios del arte de *albañileria*, nos obliga á indicar aquí que en esta palabra genérica comprendianse tambien los *carpinteros*, *estuquistas*, etc.

en *Bib-ar-Rambla* (1) para levantar una inmensa cerca, destinada, sin duda, á las fiestas que con todo aparato se habian pregonado por toda la ciudad en los tres dias anteriores, y habian de verificar al siguiente.

Antes de llegar la sultana á lo que hoy se conoce con el nombre de *Puente de San Francisco*, detúvose delante de una casa de mezquina apariencia, como todas las de aquel mercado, y dió repetidos golpes en la puerta, dejando trascurrir entre ellos breve espacio de tiempo.

Abrióse aquella en silencio, y en medio de las oscuras sombras que reinaban oyóse el eco de una voz, que en tono misterioso pronunció las siguientes palabras, acaso contraseña para reconocerse los traidores:

—*¡Gloria á nuestro señor el sultan Abú-Abdil-láh!*

—*¡Protéjale Alláh!*—respondió Mariem en el mismo tono y franqueando la puerta, que con igual silencio volvió á cerrarse detrás de ella.

Hizo luz aquel personaje, y sin pronunciar una sola palabra se dirigió al fondo de la estancia, seguido por la sultana.

Llegado allí, levantó el hombre una pesada piedra que ocultaba la boca de un pozo, y asomándose á él, dejó oir un silbido agudo y prolongado que repitieron las angostas paredes de aquel antro.

Poco después, una gruesa escala de cáñamo retorcido era sujetada por una mano invisible en la boca del pozo, y la sultana Mariem comenzó á descender por ella, con igual confianza y ligereza que si se hallase habituada á tan extraños ejercicios.

Siguióla aquel hombre, que no era otro sino el judío en persona; y así que llegaron á tocar el suelo, húmedo y blando, se encaminaron por un estrecho subterráneo, á cuyo fin se abria una escalera, cuyos peldaños de piedra carcomida bajaron ambos en silencio: terminada la escalera, adelantóse el rabino, hizo girar por medio de oculto resorte uno de los sillares del muro, apareciendo entónces á los ojos de ambos un vasto aposento, labrado en la tierra y profusamente iluminado por la luz de las antorchas colocadas en las paredes.

Practicaron aquella especie de puerta, que volvió á cerrarse, y penetraron en el aposento referido, donde á la sazon se encontraban al-

(1) Puerta del *arenal*.

gunos hombres, en cuyos rostros veíase retratado el afan vivísimo que les dominaba al saber la llegada de la sultana, de cuyos labios esperaban noticias favorables al propósito que los reunia.

Sobresalia entre todos ellos, por su gallarda apostura y lo rojo de su barba, el príncipe Abú-Said, llamado por esta circunstancia *el Bermejo*, quien apartado de los demás fumaba sombrío en silencio las yerbas aromáticas que encerraba la larga pipa que entre sus labios apretaba, presintiendo tal vez, en su impaciencia, que no eran para sus planes tan lisonjeras las noticias que traia la sultana.

Al verla penetrar, dirigiéronse todos hácia ella con la ansiedad pintada en el semblante, y más que por las palabras de Mariem, conocieron en el gesto espantoso que contraia las facciones de la sultana que sus esperanzas se habian defraudado por entónces, y que Mohámmad vivia.

—¡Vive!—exclamó Mariem, dejándose caer furiosa sobre los escasos almohadones que adornaban aquella estancia sombría.—¡Todavía alienta nuestro enemigo! Fuerza es que concluyamos de una vez.....

—Tienes razon, sultana—repuso Abú-Said levantándose lentamente.—Pero nadie más que tú tiene la culpa del mal éxito de nuestra empresa. Si en lugar de esos filtros, que tanta fé te merecian, hubieses aceptado el único medio seguro para alcanzar el triunfo, Mohámmad há largo tiempo que habria reposado entre *Zacum* y *Guislim* (1).....

—Es verdad, Abú-Said, replicó Mariem; pero no es esta hora de reconvenciones: ha llegado el momento de obrar, y pues tú te ofreciste á dar muerte por tu propia mano á ese imbécil sultan, en cuya diestra descansa ociosa la espada de Al-Ahmar (¡perdónele Alláh!), preciso es que tu mano sea quien libre á Granada de la odiosa tiranía de Abú-Abdil-láh... Mañana correrá cañas y bohordos en *Bib-ar-Rambla*..... Pues bien, tu mismo, Abú-Said, eres sin duda el designado por el Sábio entre los sábios para justar con él y darle muerte.....

—¡No otra cosa era la ambicion que abrasaba mis entrañas!.... Yo te prometo por mi barba—prosiguió avanzando hácia Mariem y estrechando frenético una de sus manos, en tanto que sus ojos se fijaban en el ahumado techo de la estancia—que mañana cuando se crucen

(1) Árboles cuyo fruto, segun repetidamente consigna el Korán, sirve de alimento á los condenados.

en *Bib-ar-Rambla* nuestros valerosos ginetes, yo justaré con Mohámmad, y el agudo hierro de mi pica buscará entre el *alhame* y el oro de su marlota el lugar donde oculto late su aborrecido corazon.

Y arrojando al suelo la larga pipa, que se quebró en menudos fragmentos, desnudó con arrogancia la espada que ceñía, y exclamó con voz solemne, dirigiéndose á los circunstantes:

—¡Juremos todos, en el nombre del Misericordioso, no descansar mañana hasta haber coronado el triunfo de nuestras esperanzas con la muerte de Abdil-láh!

Un grito unánime de aprobacion agitó los lábios de los presentes: y dejando á cargo de la sultana el severo castigo merecido por Aixa, la rebelde esclava causa de la salvacion del amir, abandonaron silenciosos aquel recinto, y uno á uno la morada del ambicioso judío, para prepararse á la fiesta que en honor del Korán habia de celebrarse al dia siguiente.

Estaba, pues, decretada la muerte de aquel jóven generoso y valiente, que dueño del imperio granadino aspiraba sólo á fortalecerle con una paz bienhechora, ansiando emular los gloriosos triunfos de su padre; y habia de ser la mano de su primo, á quien protegia y amaba, la ejecutora de aquella sentencia de muerte, dictada por envidia misteriosa y terrible que devoraba el corrompido corazon de la sultana.

Y entre tanto, ¿qué podia esperar Aixa, entregada al ódio cruel de su enemiga? No era dudoso, por desgracia: pensamientos de muerte se agitaban en el cerebro de Mariem, y era seguro que no negaria á ambos amantes la dicha de beber juntos el agua del *Tesnim* (1), mas no sin destrozar ántes el corazon de la amante muchacha, que iba á ver sobre la arena el sangriento cadáver de su adorado.

AL-MAGHERITY.

(Continuará.)

---

(1) Fuente en cuyas aguas apagan su sed los próximos á Alláh: los que van á morir.

EL CRISOL ROTO

(NOVELA ORIGINAL)

(Continuacion)

XIII

Ninguno de los convidados abandonó el comedor. Los cigarros habian disminuido en la cigarrera de plata con relieves de oro; en la chimenea el fuego era hermosísimo. Serpeando las rojas llamas en torno de los secos troncos, que crugian al verse acariciados por ellas; y fumando en competencia, nadie pensó en irse hasta las diez, hora para la que el marqués habia pedido su coche.

Hablábase de la baja espantosa de los fondos públicos; y como el más competente en la materia, el futuro ministro de Hacienda púsose á explanar un plan rentístico capaz de contenerla en su descenso, y hasta de tornar á elevarla por cima de su antiguo tipo; mas de repente el marqués, dejándole con la palabra en los labios, volvióse á su ayudante de campo y le dijo:

—Ruiz: Vd. ha servido en cazadores, ¿no?

—Sí, mi general; desde que salí del colegio hasta que pasé por ascenso al regimiento del Príncipe.

—¿En Estella creo?

—No, mi general; en Arapiles.

—¿Hace muchos años?

—Ocho.

Las verdosas pupilas del marqués brillaron con extrañas irradiaciones.

—Siendo así—prosiguió con viveza—¿hizo Vd. la campaña de Africa?

—¡Ya lo creo! como que empecé el baile en el Serrallo.

—¿Conoceria Vd. un oficial, precisamente herido en aquella accion?

—Lo fuimos casi todos, mi general; así es que por esa seña...

El ayudante de campo habia tenido la dicha de no haber sacado un rasguño en la piel.

—Pero, sí—añadió, viendo el gesto que puso el marqués—debo conocerle como á todos los compañeros.

—Puedo darle á Vd. una seña que quizá le ponga en la pista. Tiene un nombre feo y raro; nombre de lego de comedia. Se llama Pacomio Villar, ó del Villar.

—¡Ah! sí, sí—exclamó el ayudante de campo riendo—el aragonés.

—¿Aragonés? Pues á mí me ha parecido más bien andaluz, porque el fuego arde en él en la cabeza.

—Yo no sé con seguridad á qué provincia pertenece. Lo de aragonés era mote, y se lo pusimos por su carácter firme y obstinado.

—Ya, ya; el hierro de su fundicion debió estar muy bien batido. ¿Y qué tal se comportaba?

—Yo no le traté mucho; pero en el cuerpo teníasele por oficial aventajado. Por lo demás, vivia con lujo: su padre era Gobernador no sé de qué, ni de dónde, ó consejero, ó qué sé yo...; mas fuera lo que quisiese, ello es que ocupaba muy buena posicion. Recuerdo que cantaba, era gran pianista, tirador tambien de florete... ¡bah! uno de los primeros papeles en la alferecía...

—Tiene una niña, creo que huérfana de otro oficial.

—Eso no sé. Yo le perdí de vista cuando se le trajeron con los demás heridos, y no he vuelto á tener noticias suyas. Quizá se haya casado.....

—Tal vez, pero no lo creo.

—¿Y de dónde sale ahora ese mozo?

Sin contestarla, el marqués volvió la pregunta diciendo:

—En definitiva, ¿cómo se portó en el cuerpo?

—Mi general—repuso el ayudante de campo sonriéndose—montaba la guardia como el mejor, en la Academia iba delante de todos; relativamente rico, no tenía nunca descuentos, y el tapete verde no rozó sus mangas, porque *sus puntos* eran *puntos muy altos*, y echándola de duque alternaba mucho, fuera de servicio, con los jefes.

—¡Vamos, ni pintado!

—Eso es, mi general: el alférez de la quinta valia para servido en bandeja.

La aguja del reloj hubo de señalar las diez, y con exactitud maravillosa asomó su peinada cabeza un criado diciendo:

—Señor marqués, el coche.

Al anuncio todos se levantaron, y el futuro ministro, acercándose para despedirse:

—¿Vá Vd. á la Presidencia?—le preguntó con acento singularmente insidioso.

—No pienso.....—respondió el anciano marqués dando desnuda y seca su evasiva.

—Esta noche—observó el coronel—todo converge al ministerio de la Guerra.

—¡Ya lo creo! á orientarse para seguir bien la ruta.

Por segunda vez el coronel, completamente desconcertado, guardó silencio. Su sonda no agarraba un solo grano de arena.

—¿De modo—dijo el ayudante de campo, quien gozaba de ciertos privilegios con su jefe y protector—que vamos á Guerra?

—*Menísimo*, como diria nuestro aragonés, duque de la Empalizada.

Riendo, riendo, pero muy falsamente, el futuro ministro añadió:

—Su puesto es en Palacio.

Riendo tambien, y mostrando en su risa franca y burlona sus dientes, hermosos aún á los setenta años, replicó encerrándose herméticamente en su reserva.

—¡Que se quema Vd., D. Rufo!

—Pero, mi general—exclamó el ayudante de campo en tono festivo—¡Que Vd. es la luz!

—Pues me doy un soplo y..... ¡buenas noches!

Momentos después la verja se abria para que saliera su coche, y el del futuro ministro paraba ante la escalinata del vestíbulo. Miéntras descendia por aquella para tomar éste, dijo, en tono sentencioso y acriminador, á los dos militares que le seguian:

—Ahí va uno de los hombres de más poder é influencia que hay en España. En la Presidencia, en el Ministerio, en las Direcciones, se le acoge con palmas y se le concede cuanto pide y como lo pide. En Palacio es más todavía: allí se le brinda todo; pues bien, véanle ustedes: en estos momentos de crísis, de peligros, vuelve la espalda á la situacion y al trono... ¡Esos son los hombres!

Iba á replicar el ayudante de campo; pero no lo hizo, ni el coronel de Estado Mayor tampoco; llegaban al coche, fueron invitados á subir á él, y la cortesía contuvo en sus lábios las rectificaciones que el juicio temerario del egregio hacendista merecia.

El primer coche, tirado por su magnífico tronco, corria á escape, hundiendo la estrecha yanta en el barrizal, y al acercarse al grupo de casas donde vivia el ex-alférez, inclinóse el marqués, miró por el cristal, y moviendo la mano en ademan amenazador:

—¡Padre Pacomio!—gritó á voz en cuello, como si pudiera oirle desde su alto y escondido aposento—¡ya veremos quién lleva el gato al agua! ¡Como haya una vacante en los colegios de patronato real, será para la niña, y tres más nueve!

Hasta las cuatro no se volvió á abrir la verja para que entrara el coche, y media hora más tarde, sentado en el lecho, atábase las cintas del gorro de dormir, diciendo con singular delectacion:

—Pues, señor, mañana á Loreto con la niña y el mozo á Gobernacion de tercero, y con la seguridad de subir pronto á segundo.

Y echando la cabeza en la almohada, se dispuso á dormir tranquilamente.

XIV

A las nueve de la mañana paró un coche á la puerta del ex-alférez, abrióse la portezuela y descendió un sacerdote de edad avanzada y aspecto venerable. Miró el número, la casa; cercioróse de ser aquella la misma que buscaba, y entrando en el portal dirigióse á la portería, donde por más asegurarse, preguntó:

—Don Pacomio Villar, ¿vive aquí?

No estaba la portera, ni su gato; era el portero quien hacia de guardian, y puesto en acecho desde que el coche se detuvo, tenia preparada la respuesta, dándola breve, terminante y negativa.

El sacerdote, sin insistir, sacó del bolsillo una cartera, de ésta una nota, y después de consultarla, dijo afirmando con mesura:

—Sí vive.

—Cuando he dicho que no...

—Ha sido una equivocacion; vive.

—Perdone Vd.: no vive, y la prueba es que el cuarto se halla desalquilado.

—No es posible.

—¡Si me lo querrá Vd. decir á mí, que soy el portero!

Volvió el sacerdote á mirar la nota, y más convencido, si cabe, repuso con decision:

—A las altas horas de la noche vivia.

—Le repito á Vd. que no.

—¡Pero, hombre!.....

—Permítame Vd., Padre. A las seis despidió la casa, á las siete se llevaron los muebles, y á las siete y media salió para la estacion.

—Pero, ese señor don Pacomio, ¿no está enfermo?

—Enfermo está.

—¿Paralítico?

—Se me antoja que sí.

—Pues entónces, ¿cómo se ha puesto en camino?

—Va con su criado, un muchachon como una torre. Él le bajó en brazos, le metió en el coche, y no pararia hasta dejarle en el tren.

—¿Y la niña que tiene consigo, qué ha hecho de ella?

—Se la ha llevado delante.

—¿A dónde se dirige?

—Eso no sé; pero quizá sea á Búrgos.

Reflexionó el anciano breves instantes, y luégo, sin darse por convencido:

—La llave del cuarto—dijo con autoridad.

—Está puesta, Padre; pero si quiere Vd. subir á verle—añadió con socarronería—debo advertirle que mi mujer le está barriendo, y se va Vd. á llenar de polvo.

Desentendiéndose el anciano clérigo de la intencion, pero sin apartarse de su intento, repuso:

—No importa, subiré.

Hízolo, en efecto, y, como habia dicho el portero, la buena de Pascuala estaba limpiándole á más y mejor.

Interrogada á su vez, no difirió un punto de lo dicho por su marido. Era, á clara vista, una leccion tomada á la memoria.

—A mí me ha dejado todos los cacharros y cosas menudas, porque era un señorito muy generoso, no bueno, sino retebuenísimo, y á quien se le podia servir de balde; pues la niña ¡no digo nada! un hechizo: mejor no vendrán otros.

—¿A dónde van?

—*Eso no sé; pero quizá sea á Búrgos.*

Cesó el anciano en su averiguacion, despidióse lacónicamente, y al subir al coche dijo al cochero:

—Cruce Vd. al hotel de Arol del Rio.

—¿Ese de ahí?

—Ese.

Al oirlo el portero, hubo de sobresaltarse.

En aquel juego tomaban cartas personajes muy altos.

A las once se presentó en persona el inspector jefe de policía, y no hay que decir cómo con él se presentó la alarma en la portería, trascendiendo instantáneamente á todos los inquilinos.

Sin embargo, los porteros se mantuvieron en lo dicho, sin que dieran, por indiscrecion ó por temor, un indicio que aclarase el misterio del súbito viaje del ex-alférez.

Prosiguió la policía sus averiguaciones, mas inútilmente: los viajeros no habian dejado huella alguna de su paso.

¿Permanecian en Madrid? ¿Se fueron aquella noche, como los porteros sostuvieron? No se pudo saber: lo único cierto era que el marqués habia perdido la partida, lo cual le tuvo de negro y perverso humor, no un dia, sino muchos, y durante ellos reprendió sin piedad hasta á su nieta, que era el amor de sus amores, la sonrisa inefable de su vejez.

TERESA DE ARRONIZ BOSCH.

(Continuará.)

REVISTA CRÍTICA

Va tocando á su término el presente curso académico, y en las corporaciones doctas se reaniman las discusiones, como la luz próxima á extinguirse.

El Ateneo de Madrid ha declarado, por el presidente de su sección de Literatura, Sr. Campoamor, suficientemente discutido el tema del *ideal universal representado por los grandes hombres, en la historia, la filosofía y el arte*, y, al efecto, el famoso vate *leyó* el resúmen ante un numerosísimo y escogido público.—Subrayamos la palabra porque, consecuente el autor de las *Doloras* con su rara originalidad, se separa de la tradicion del Ateneo, cuyos presidentes acostumbraron á pronunciar y no á leer los resúmenes.—Este quebrantamiento del formalismo y prácticas de *la casa*, nos complace, por cuanto de esta suerte, con más holgura, proligidad y conocimiento, habremos de emitir nuestro juicio.

La sección de Ciencias morales y políticas ha reanimado el decaido espíritu que se observaba en sus discusiones, que han levantado á gran altura los Sres. Azcárate, Pedregal y Arnau. Es de presumir que, muy en breve, el Sr. Gonzalez Serrano imite al Sr. Campoamor, teniendo en cuenta que sólo resta conocer el discurso del señor Rodriguez (D. Gabriel) y las rectificaciones á que dé lugar.

El tema de la sección de Ciencias naturales, si no agotado, porque esto es imposible, dada su complejidad, se ha tratado por los oradores que, realmente, en esta ocasion, más han sido informadores y propagandistas que polemistas; y á juzgar por nuestras impresiones, no se

muestran muy ardorosos y dispuestos los *leaders* de las diferentes escuelas representadas en la sección, á romper lanzas en este palenque.

Indicamos en una de las Revistas anteriores, y repetimos hoy, nuestro propósito de dar cuenta de las discusiones, y emitir nuestras opiniones, acerca de los tres temas que se han discutido y discuten, tan luego hicieran los resúmenes los respectivos presidentes; y áun cuando ya podríamos cumplir la promesa por lo que respecta á la sección de Literatura, esperamos la publicación del libro del señor Campoamor, para dedicarle una atención detenida y un estudio maduro: que bien lo merece, dada su belleza de forma y su gravedad de fondo.

Al objeto de realizar anticipadamente parte de nuestro trabajo, nos proponemos dar una idea sucinta, y á modo de esbozos, de los caractéres y lineamientos generales de la oratoria de aquellos socios que han intervenido en los debates; trabajo que ha de facilitarnos, en gran manera, el estudio y crítica ulteriores de sus opiniones y doctrinas.

Varios y de varia tonalidad son los obligados y comunes á las tres secciones, á saber: en la derecha, el siempre esforzado polemista D. Miguel Sanchez y los Sres. Henestrosa, Pintado, Botella, Perez del Toro, Valero de Tornos, y revelado en las postrimerías del debate, para contentamiento de todos, el Sr. Andrade; y en la izquierda, los Sres. Azcárate, Pedregal, Rodriguez, Calderón, Burell, González Serrano, Carracido, Colorado, Fatigatti, Solsona, Mártos Jiménez, González Encinas, Ezquerdo, Pulido y Zahonero.

Siguiendo el órden de enunciación, aparece primero en la izquierda el Sr. Azcárate, legítimamente—y harto tiempo hace— tenido por uno de los ateneistas más distinguidos y más prestigiosos oradores. La consideración de estar ya juzgado y de no ser nuestro ánimo el hacerlo aquí, como de ningún otro, nos relevan de un estudio sério y detenido.

Cumple sólo á nuestro deseo señalar, como anteriormente indicamos, la característica, el rasgo más saliente de la oratoria de cada uno de los indivíduos que tercian en los debates.

El Sr. Azcárate une á su cultura é ilustración un juicio propio y levantado, y una sinceridad é integridad que avaloran su palabra y le hacen respetable. Aquella, es abundosa y elocuente, y cuando se revela su personalidad, cuando, apartándose de todo artificio retórico,

surge en toda su plenitud su carácter, esto es, en los arranques, en los ímpetus propios de su temperamento nervioso, en que los alientos parece le faltarán para redondear un largo período, nutrido de pensamiento y de doctrina, y en que se extremece todo su organismo á impulsos de la velocidad vertiginosa que desarrolla su cerebro.

El Sr. Pedregal, reposado de suyo, discurre sin apasionamientos, y, por tanto, su oratoria no es la vivísima de su colega, ántes por el contrario, es su antítesis. Su palabra, que generalmente no afluye á sus labios con el caudal y la energía que á los del Sr. Azcárate, decae no pocas veces hasta hacerse rebelde y perezosa; pero una vez pronunciada, sirve lealmente á su pensamiento, grabándolo en la mente del auditorio.

La tercera persona de la trinidad ya consagrada por la opinión en el Ateneo, el Sr. D. Gabriel Rodriguez, distínguese por su claridad en el concepto, su fluidez en la palabra y la perspicuidad de su entendimiento, al propio tiempo que por la frialdad, mejor dicho, por la uniformidad del discurso. Rasona, argumenta, bate y aniquila no pocas veces, más sin desbordamientos, sin rebasar la línea media del calor, que de tibio, jamás llega á enardecerle ni á enardecer al auditorio.

D. Laureano Calderón, espíritu circunspecto y esencialmente científico, revelado en su discurso tratando el tema de la Sección de Ciencias morales y políticas, sujeta su oratoria á la inflexibilidad de la lógica de los conocimientos que cultiva: metódico, clarísimo en la idea, leal en el combate, amante apasionado de la verdad y la justicia, de palabra persuasiva y siempre solícita á servirle, en nuestro concepto se abrillanta y crece en las rectificaciones, en la lucha, en el fragor de las contiendas, cuando está solicitado su pensamiento y herido su temperamento nervioso por el preopinante, prestándole amenidad y riqueza de color su cultura indiscutible.

Burell, que ha reñido peleas sin cuento este curso en la Sección de Literatura, vehemente y de facilísima palabra, no es el orador académico, atildado y relamido; la entonación de su voz, exuberante y tempestuosa, no es hija de la velocidad adquirida á que conspiran, generalmente, de consuno, el entusiasmo del orador y el auditorio; muéstrase vigorosa desde un principio, como desde un principio lo es tambien vigoroso su pensamiento, que ya viene templado por el fuego de su alma, nacida, en nuestro concepto, más para las luchas

de la vida pública y los torneos del parlamento, que para la discusión ateneista.

Gonzalez Serrano, integérrimo y honrado justador, que habla, como vulgarmente se dice, con *el corazon en la mano*, que tiraniza la voluntad con la expresión cariñosa y franca de su pupila y la bondadosa sonrisa asomada eternamente á sus gruesos labios, es el orador natural por excelencia, rebelde á todo precepto que no se ajuste á su personalidad, dueño de la palabra, que la hace surgir á su conjuro y brotar espontánea, viva y elocuente, rotunda y sin acerados filos.

Carracido, el Menendez Pelayo de la escuela liberal, que habla cual si leyera de corrido y sin un punto los períodos más largos del *Quijote*—tanto, que rinde y fatiga la atencion del auditorio al seguirle en la idea y en la frase—y que, á ser más accidentada la entonación, las modulaciones varias, el accionado más movido y la expresión, ora apasionada, ora apacible, poco tendria que envidiar á los escogidos por la naturaleza como los más predilectos oradores.

De Colorado, anárquico y desordenado en el método—del cual se aparta en constante divorcio, para vivir en íntimo maridaje y en medio del intensísimo é inextinguible fuego de su corazón, abrasado por la pasión de sus profundas y naturales convicciones—puede decirse lo que el vulgo de los hombres de baja estatura y bien templada alma, á saber: que tienen *más tulla bajo tierra*, dando á entender, sin duda, que suplen su energía, su sentimiento y su entendimiento á la deficiencia del organismo físico.

Serrano Fatigatti, protestando modestamente de su insignificancia, trayendo á este fin la autoridad de pensadores eminentes, con lo cual, si muéstrase tímido en la emisión de sus juicios propios, revélase diligente, estudioso y solícito cultivador de los conocimientos humanos.

Conrado Solsona, pintoresco en la frase, genial y sonriente, sin curarse de métodos ni preceptos, brotando espontánea y natural la palabra, cariñoso de hacer frase y de producir espegismos y efectos, ameno y vário en el colorido....., artista de *género* en la oratoria—si vale la frase.

Mártos Jimenez, retórico consumado y esclavo de las proporciones preceptivas del discurso, que deja su natural para producir la oración acabada y perfecta, limpiando de ripios la frase, aderezando prolijo la oración, poniendo las tildes sobre las *ies* y haciendo de su voz pro-

digios de artificio, ora apacible, ora estruendosa, como si escribiera *renglones cortos* de poesía invitativa.

Gonzalez Encinas, despreocupado é indolente, rudo en la franqueza, parece como que prescinde de su auditorio y se solaza con su palabra, que no atormenta, dejándole discurrir á su antojo y placer: mas, revelando en su desaliño y descuido que, no hubo esa *laboriosa preparación* que los más necesitan—y que, en la generalidad de los casos, acusa inseguridad en el dominio del tema que se discute—sino que, por el contrario, conoce y de cerca é íntimamente, el asunto que trata.

El Dr. Ezquerdo, que templa y forja la palabra en el fuego vivísimo de su alma apasionada, y que imprime á su oratoria la vehemencia y la convicción del apóstol, seguro de la bondad de su doctrina y amoroso de su propaganda.

El Dr. Pulido, discípulo y émulo del anterior—que lucha y vence la ingratitud de su voz, mal querida de su garganta, un tanto quebrantada y esquiva, á la sonoridad y limpieza de la entonación—ábrese ámplio camino por la virtud de su conocimiento copiosísimo y de su imaginación exuberante.

Y, por último, Zahonero, que há menester siempre el excitante de la empeñada controversia para lanzarse, entusiasta y como por asalto, en el palenque, navegando en el océano de su rica fantasía, mal seguro, sin brújula y al azar de su propia impetuosidad.

Hé aquí, en mi sentir, por impresión y á vuela pluma, los trazos generales que, si no dibujan, marcan la silueta de los batalladores de la izquierda.

Volviendo la vista á la derecha, evoca nuestro recuerdo la figura del P. Sanchez, arsenal nutridísimo é inagotable de habilidades y discreteos, estratégico sin par, perseguidor infatigable de las manifestaciones de la inteligencia—y no se entienda por gente zumbona que esta persecución es de grosero corchete, sino de rendido y fino amante—nunca vencido, jamás agotado en los recursos para sus contínuas campañas de guerrilla, amoroso con todos y de todos respetado.

Henestrosa, una de las columnas miliarias del grupo del relój, simpático, dulce en el decir, tan dulce, que semeja su voz el apacible murmurio de arroyuelo escondido; apacible y sereno, que no se arrebata ni en la idea ni en la palabra, ni levanta tempestades en el

campo enemigo, ni arranca de éste protestas ni interrupciones vivísimas y apasionadas.

Pintado, neto andaluz, meridional y, por tanto, impresionable, que cuida de la apostura, el ademán, el accionado y la inflexión de la voz, como de sus quevedos y detalles de su vestir pulcro y correcto.

Botella, abundoso de palabra—que tortura por la imitación del maestro con que se encariña—cuidadoso del exórdio, la proposición y el epílogo, esmerado en la proporcionalidad del discurso que, copiando una frase felicísima, resulta tan acabado y perfectamente hecho «como el lazo de su corbata.»

Perez del Toro, que á pesar de su tono melífluo, mantiene con sus peregrinas y geniales ocurrencias en perenne excitación á la izquierda.

Valero de Tormos, punzante y ocurrente, esgrimiendo el arma del ridículo bajo la forma del chiste y el donaire, en contraste felicísimo cuando le sirve de remate ó claro-oscuro á las más serias y áridas disquisiciones.

Y para cerrar esta galería de bocetos, cumple á nuestro deber, impuesto por la conciencia, aplaudir al Sr. Andrade, joven de brios, vivísimo en el decir, verboso en la palabra, templado, comedido y temperante en la idea, condición que, avalorando sus méritos oratorios, ha arrancado nutridos aplausos de los bancos de la izquierda, al romper su primera lanza en la sección de Ciencias naturales, de cuyo discurso habremos de ocuparnos al tratar el tema.

Con tales adalides de uno y otro bando ha contado el Ateneo en el presente curso; conocemos, aunque imperfectamente, por razón de lo ligero del estudio, las armas oratorias que se han esgrimido en la liza; réstanos, para cuando completemos el trabajo y tratemos la cuestión de fondo, contar las victorias y rotas que hayan podido sufrir en las lides que hoy espiran.

***

Dos acontecimientos literarios, que tal pueden llamarse, tanto porque lo determina el valer de las personalidades, cuanto porque rompen una ya tradicional monotonía, han realizado últimamente las Academias de la Lengua y de la Historia, al dar posesión, respectiva-

mente, en ellas, á los Sres. D. Alejandro Pidal y Món y D. Marcelino Menendez y Pelayo.

De este último trataremos en la próxima Revista, que es mucha la importancia de ambos trabajos y exigüo el espacio de tiempo de que disponemos para discurrir acerca de ambos.

Regocija en extremo y produce general contento á la Academia que limpia, fija y da esplendor á la lengua de Cervántes y de Solís, estrechar en apretado abrazo á aquellos que, alcanzando la ejecutoria de académicos por la cancillería de la pública y universal opinión, comulgan en la que el Sr. Alarcón llamaría *derecha científica*. Bien se advierte este júbilo en el notable discurso del autor del *Niño de la Bola*, llevando la voz y el alma de la corporación docente de la calle de Valverde. Pero no adelantemos el discurso, que ya daremos alcance á este punto, si, con la ayuda de la Providencia, como esperamos, damos cima al exámen del pronunciado por el adalid de la Union Católica.

De ilustre prosapia, de timbre nobiliario y linajudo procede el Sr. Pidal, y no ha desmentido la estirpe, ántes bien, ha dado brillo y realce al blason de su casa.

Inútil, por lo sabido de todos, y más que inútil innecesario, sería el propósito de dar aquí noticia de los antecedentes literarios y políticos del Sr. Pidal; cuantos sigan con amor el curso de la política pátria, habrán admirado las raras dotes oratorias del católico tribuno y sus infatigables campañas en el Parlamento y en la prensa en pró de los intereses del Pontificado y de la Iglesia; y cuantos estudien el movimiento intelectual reflejado en la bibliografía, conocerán la obra del discípulo del arzobispo de Sevilla, titulada *Santo Tomás de Aquinó*, verdadero talisman que le ha abierto las puertas de la Academia.

Cumple el Sr. Pidal con largueza, y ocupando una buena parte —de las mejores, en nuestro sentir, de su discurso—el precepto reglamentario instituido por el deber de honrar la memoria de los varones ilustres que fueron, y á este propósito, en galano estilo, y sin duelo de las flores que prodiga sobre la tumba de su antecesor en el sillón académico, traza de mano maestra el panegírico del conde Guendulaín.

El tema sobre que ha de versar la disertación que le ratifique en sus méritos como maestro de la lengua, búscalo en el campo donde

cosechára nombradía..... fama, á saber: la elocuencia; y elevándose á impulsos de su fe católica, recorre las alturas, convierte la mirada á los siglos esplendorosos de la Iglesia, y póstrase de hinojos en dulce arrobamiento ante la figura sublime de Fr. Luis de Granada. El tema, se concreta á discurrir acerca de la *filosofía* de la *elocuencia:* en otros términos—los propios del Sr. Pidal—y diluyendo la idea: *Siendo la verdad y la belleza ontológicas propiedades trascendentales del ente; siendo la filosofía el conocimiento más cierto y evidente de la verdad y la elocuencia la expresión más bella de esta verdad misma, la filosofía es la fuente más pura de la elocuencia.*

Enunciado así el tema, claro está que, informándose el espíritu del Sr. Pidal en la *derecha de la ciencia*, dirige su esfuerzo á proclamar á Fr. Luis de Granada el más grande orador de la humanidad.

Cómo realiza su trabajo el Sr. Pidal, y en qué condiciones, será nuestra principal tarea: más atentos á la forma de su discurso que al fondo de la doctrina, pues de abarcar ambos puntos, tras de enojoso—por el abismo que se abre entre el pensar del Sr. Pidal y del que suscribe estas líneas—habia necesariamente de ser indigesto y árido, y ocasiones vendrán de suyo propias á dar plaza á nuestro deseo de controvertir las afirmaciones del discurso que ocupa nuestra atención.

Es evidente que el hombre imprime en todas sus creaciones el sello característico de su personalidad, revelándose en alto grado, lógicamente, aquél destello culminante de su sér que, ahogándolos todos, se impone á sus actos con avasalladora energía.

Prueba incontrastable nos presta el discurso del Sr. Pidal.

Y no podia ser de otra suerte, á poco que se medite en los factores del tema elegido. Una riqueza inmensa de fantasía tiraniza al señor Pidal..... ¡cómo no habia de estar solícita á prestar sus tesoros más preciados, si de consuno la excitaban elementos tan poderosos como su fé, que raya en la exaltación, las colosales proporciones del siglo que estudia, el amor vehementísimo que le inspira el arte de la palabra, el arsenal de su conocimiento en materias que tanto y tan felizmente cultiva y la figura sublime de Fr. Luis de Granada!

Al conjuro de tales poderes, desata el Sr. Pidal las cataratas de su vivísima imaginación, y merced á ella y á las joyas con que esmalta el camino que recorre, hace olvidar lo familiar y común, que este es á todo el que posea una mediana cultura.

Parece cada dia más agotada la paleta de ricos colores con que

del corte de Volney y de Pigault Lebrun, cuyos librejos racionalistas se apolillan hace diez lustros en prenderías, baratillos y férias, sin hallar quien los compre ni los prohiba; oficio, en suma, que revela en sus maestros y aprendices *tan mala educación como pésimo gusto, y tanta sandéz como feroces entrañas.....*»

Aparte esta *razzia* de indudable mal humor, de entusiastas maldiciones como la de: «¡Escriban otra media docena de libros estos realistas y naturalistas franceses, y habrán enterrado en su propio fango esa triste escuela que yo apellidaré, no precisamente la *mano negra*, pero sí la *mano sucia* literaria!» y de aquella felicitación que dirige á la Academia por el ingreso en ella del Sr. Pidal, el cual podrá suplir dignamente en las juntas la ausencia, total hoy, de académico eclesiástico—en la cual va envuelta nna media tonsura—aparte estas y otras llamaradas de su irritación, el autor del *Capitán Veneno* vierte miel dulcísima y de finísimo aroma en su notable discurso de contestación, especialmente cuando habla como biógrafo de Fray Luis..... «¡el de su tierra!»

RAFAÉL CHICHÓN.

En cambio, y como en función de desagravios, al engolfarse con las glorias de España, vierte frases como la de: «....., y arrollando al Africa y al Asia y á Europa entera en ocasiones, hace del Mediterráneo *un lago español, que no pueden surcar los peces si no llevan sobre sus escamas las barras de Cataluña.....*»

Del natural impetuoso de su elocuencia da muestras el Sr. Pidal, tal vez con descontento de muchas almas cristianísimas, ya cuando exclama: «¡San León, que cierra el paso de su botin al bárbaro emplazado por la cita misteriosa del destino en el corazón enfermo del imperio, para crugir, *como el azote de Dios* (!) sobre la Europa desgraciada!»; ya cuando arrastrado por la fecunda y avasalladora corriente de su palabra, dice: «..... veríais como, al eco potente de aquella voz, se calman las aguas y los vientos, suelta el sepulcro su presa, el demonio sus víctimas, el cuerpo sus dolores, sus pasiones el alma, y cómo, resonando desde la Cátedra de la Cruz, elevada entre la tierra y el cielo, sobre el horizonte de la humanidad, en medio de los tiempos y á la faz de todas las naciones, pronuncia aquella palabra de reconciliación, tan prometida y esperada, aquella palabra final que ha de extremecer los fundamentos de la tierra, romper el cetro de la muerte, forzar las puertas del infierno y *descoger el ceño airado de Dios: Consumatum est:* Todo está consumado.»

En suma: el discurso del Sr. Pidal es una filigrana de forma, cuya lectura deleita y hace olvidar ó, al ménos, no posar tenazmente el pensamiento en aquellos fondos oscuros ó vagos que viste de lentejuelas de mil colores y facetas, por la mágia de su palabra.

En cuanto á la contestacion del Excmo. Sr. D. Pedro Antonio de Alarcón, ¡qué decir circunspecto, y serio y apacible, si él,—que, según declaración de parte, es *semi viejo* y académico,—se lanza por los caminos de la pasión y corre por ellos con igual descuido y ligereza cual si peinase blondos y rubios rizos?

Arremete furioso, y tocado de los nervios, contra los doctores de la *ciencia de la izquierda*, y busca para blanco de sus tiros..... Más claro y con más calor nos lo ha de decir el mismo Sr. Alarcón.

Oigámosle:

—«Y lo más ridículo de todo, es que estos voluntarios de la impiedad, apóstoles imberbes del ateismo, ejercen en definitiva un oficio muy anticuado y grotesco; oficio que ya desempeñaron, ántes de que naciéramos los que hoy peinamos canas, *una porción de filosofastros*

pintaron escritores ilustres las glorias de la humanidad y de la pátria, y el Sr. Pidal, tal vez de propósito, recorre con vuelo de águila caudal los pueblos y los siglos, y en estilo grandilocuente y con exuberancia poética, entona himnos llenos de armonía que revisten de novedad los lugares más comunes y los hechos de todos más conocidos.—¡Raro privilegio que nos ha revelado el Sr. Pidal, cuando nos habla de los siglos de Pericles, de Augusto, de Leon X y de Luis XIV; y nos lleva á los tiempos de Colón, Vasco de Gama, Elcano, Isabel la Católica, Pelayo, el Gran turco y Torquemada, Luis Vives y el Padre Mariana, la Casa de Austria, Platón y Aristóteles, la expulsión de los judíos y los moriscos, etc., etc., etc!

Verdaderamente inspirado en algunos pasajes de su oración—que más parece recogida de labios del autor por diligente taquígrafo, que escrita en páginas en el mutismo con que en ellas estampamos los pensamientos—el Sr. Pidal produce períodos como el que trascribimos, en que describe la elocuencia:

«Nacida de la contemplación del ideal en su concepto más puro, el inteligible, se transfigura, al pasar por el mágico prisma de la imaginación que la delinea y la colora, y aparece en los labios abiertos, en el nobilísimo rostro del hombre, como revelación sublime del espíritu. La voz le presta sus más suaves melodías y sus armonías más solemnes; el brillo de los ojos, los rasgos de la fisonomía, la animación del semblante, le dan vida con su expresión; y la gentileza y apostura del cuerpo, con sus gallardos ademanes, la acentúan á compás de las cadencias del ritmo que le imprime la violencia de la pasión, encedida en la llama que brota del corazón como de un horno caldeado. Al oido recoge entónces aquellos sonidos armoniosos con inefable curiosidad y placer; la fantasía reproduce, con líneas y colores, la imágenes evocadas del panteón de la memoria; el entendimiento abstrae la pura esencia de la idea, y el corazón, afectado, acelera sus palpitaciones, y la voluntad, rendida á tantos encantos, obedece.»

Alguna vez, en el calor de la improvisación, dora con su fantasía lo que, ni dicho por el Sr. Pidal, puede ser bello, como «el hallarse revestido con la *librea* de la elocuencia,» porque jamás se separa de tal palabra la idea que implica servidumbre de las más ruines, cosa que, en verdad, no se acomoda á dar realce y brillantez á la elocuencia y á sus más legítimos representantes.

CRÓNICA POLÍTICA

Habia comenzado el último debate político con un discurso poco afortunado del Sr. Montero Rios y una improvisacion magnífica del Sr. Sagasta. Pues bien; continuó la discusion con otra oracion parlamentaria del señor Romero Robledo, elocuente, como siempre lo son sus discursos, apasionada, como siempre lo es su oratoria, é injusta, como la es á menudo la oposicion conservadora con el gobierno liberal. Opuso la argumentacion ministerial al segundo jefe de la minoría el ministro de la Gobernacion, parco en el decir, polemista cortés y razonador sereno, y levantóse de nuevo á rectificar el Sr. Montero Rios.

Merece análisis más detenido esta rectificacion, porque es conveniente que quede bien fijado dónde surgió la iniciativa y qué palabras fueron las primeras, si es que de las palabras podia deducirse el desenlace, para apreciar el mismo desenlace imparcial y serenamente. El Sr. Montero Rios tomó la cuestion política en sus mayores alturas, en la region de los principios y de las nobles intenciones, y declaró su amor al propósito comun, al afan de todos porque de una vez se constituya y para siempre se organice el partido más avanzado de la monarquía. Si las ideas y los sentimientos no pueden separarnos, dijo, ó pareció decir, aproximemos nuestras fuerzas á las fuerzas liberales de la mayoría; y si acaso el recelo y la suspicacia creyeran en el imposible, en que hoy nos dividia una cuestion personal, en que hoy nos separaban incompatibilidades de personas y abismos de enemiga interesada, yo declaro que todo sacrificio sería pequeño ante la grandeza de mirar com-

pacto y unido al partido liberal, y que así el duque de la Torre, jefe de la izquierda dinástica, como todos nosotros, como cualquiera de los afiliados entre los nuestros, así el primero como el último de los liberales demócratas, dispuesto está y dispuestos estamos, si del sacrificio personal dependiera, á separarnos de la corriente política, penetrado el corazon de las más dulces esperanzas y entregado á los entusiasmos más sinceros ante el bien que resultaria para la pátria, para la libertad y para la monarquía de alcanzar el supremo y anhelado fin de la formacion del partido liberal-dinástico.

Nobleza obliga, y los deberes de la cortesía parlamentaria pocos los llenan con tanta conviccion, y nadie con más sinceridad que el Presidente del Consejo de Ministros.

Levantóse á contestar el Sr. Sagasta á las últimas rectificaciones del señor Montero Rios, y si fué enérgico, audaz y elocuente su primer discurso, fué hábil, política y levantada su segunda declaracion. El jefe de todo Gobierno tiene como principal mision y fin esencialísimo favorecer el espíritu de concordia, siempre y tan pronto como se manifiesta en todo debate parlamentario. Así fué que las palabras del Sr. Montero Rios encontraron en el Sr. Sagasta la acogida desinteresada que se debia esperar, no ménos convencida que desinteresada y elocuente.

Llególe el turno al Sr. Moret, y su palabra inspiradísima y movida, tanto por el sentimiento como por un espíritu práctico, positivo y manifiesto, respondió al unísono y en la misma actitud del Sr. Montero Rios y del Sr. Sagasta. La mayoría sintióse halagada en su actitud, el Gobierno reconocido á las afinidades confesadas por el Sr. Moret entre su conducta y los propósitos de la izquierda, el debate tomó un carácter esencialmente político, la atmósfera intransigente fué aventada por aquellas corrientes más puras de una próxima inteligencia favorable á todos los elementos avanzados y de gobierno, y la impresion final lisonjeó por todo extremo y por modo igual á unos y á otros partidarios de las soluciones liberales; sin exclusivismos, que no procedian de ninguna persona, sin prescindir tampoco del valioso concurso de la derecha fusionista, sin votacion que deslindase los campos, porque se trataba de sumar voluntades, y sin aquel recuerdo de amarguras que traen siempre como consecuencia inmediata las grandes discusiones del Parlamento.

Este fué el coronamiento feliz de la tremenda lucha, el desenlace inesperado y dichoso de la descomunal batalla.

¿Pudo contrariar esta solucion el amor propio de la minoría conservadora? ¿Puede la misma minoría conservadora dolerse del mismo resultado?

Si no atendieran los partidos políticos á otras conveniencias que á las del amor propio, ni á otros intereses ni á otros éxitos que á los de la pasion y á los del momento, seguramente que no sería satisfactorio el desenlace para el partido conservador-liberal; pero levantando la mirada y elevando el pensamiento á más serena region, es preciso convenir en que para todos debe considerarse favorable el debate político.

Aquella misma tarde quedó la izquierda sin fuerza moral para mantener la existencia de un tercer partido; aquella misma tarde hubiera deseado la misma agrupacion conservadora el deslinde definitivo de los campos; y tanto es así, que la prensa que inspira, y la parte de opinion que agita y mueve, procura encauzar las aspiraciones izquierdistas en el mismo camino por donde van las aspiraciones liberales de la mayoría parlamentaria.

La lógica decreta con más eficacia que los Gobiernos, aunque decrete á plazo, y la lógica pide la disolucion de la izquierda, y algo así como un nuevo derecho político de *acrecer* que tiene reconocido por la opinion pública el partido liberal-dinástico, tomando de la izquierda las fuerzas y los hombres aptos para la gobernacion del Estado, que de otro modo consumirian sus aptitudes en una intransigencia estéril y no perturbadora, porque en ningun caso sería razonable.

***

La reforma constitucional.

Ocurre en estos momentos en la política española un fenómeno curioso, que á primera vista parece producido y determinado por la actitud de un sólo hombre, pero que no es otra cosa que un reflejo del absoluto poder de las circunstancias sobre el ánimo de las muy claras inteligencias y de las influencias más legítimas. No de otro modo se explica que al discurrir sobre los intereses políticos de la izquierda dinástica, y sobre los afanes reformistas del Gobierno liberal, sean factor preciso la opinion del Sr. Mártos, el pensamiento del Sr. Mártos, las declaraciones políticas del Sr. Mártos. Aceptadas las disposiciones conciliadoras de la familia liberal, hubo de pensarse en la fórmula de la inteligencia definitiva, y á la iniciativa del Sr. Mártos se

atribuye desde entónces esa misma fórmula, reducida á una reforma constitucional, tomando como base la Constitucion vigente, y como novedad la nueva redaccion de alguno de sus artículos, sometiendo la misma redaccion á las palabras del Código revolucionario de 1869. Dígase lo que se quiera, y sin que nosotros aceptemos aquellas fórmulas, y más todavía, rechazándolas en absoluto, nos parece ese instinto reformista la primera palabra para mayores concesiones; un nuevo reparo accidental, una nueva confesion implícita de la necesidad que todos sentimos para borrar las diferencias doctrinales. Y permítasenos que al oponernos á la misma reforma, no expongamos todo el razonamiento en contra, porque no es llegado el instante de discutir las palabras, sino las intenciones, y las intenciones de la izquierda nos parecen todavía más conciliadoras, las creemos todavía más conciliadoras que sus discursos.

¿Será una ilusion nuestra? Pues al derecho de las ilusiones no ha renunciado jamás ningun sér inteligente, ninguna colectividad que tenga el instinto de la conservacion.

¿Será un sentimiento de concordia el que nos mueva á creer en las buenas intenciones ajenas? Pues todo lo que sea móvil de conciliacion nos contará en adelante como sus defensores más decididos.

¿Será una vana esperanza, que nos aliente en nuestro empeño de anunciar dias completamente prósperos y felices para el partido liberal español? Seguramente será una esperanza, y seguramente no es vana, sino bien nutrida de fundados y lisonjeros presentimientos.

Ya no se trata de mantener en su integridad la Constitucion de 1869, ya no se discute la conveniencia de llevar el espíritu de esta Constitucion á las leyes orgánicas. El proyecto de la reforma constitucional reconoce como base la Constitucion vigente, y nadie duda que el sentido más avanzado inspira todos los proyectos del Gobierno.

Hoy es pronto para que renuncien á esa ilusion reformista los demócratas de la tendencia Mártos, y los izquierdistas de la actitud Moret. Pero el cambio de la sintáxis en media docena de artículos, ¿puede ser exigencia bastante razonable para abrir un período constituyente?.....

Hemos dicho que no queremos abusar de la lógica que nos mantiene en la situacion contraria á tales própositos, porque esperamos no necesitar de la insistencia para llevar el convencimiento al ánimo de nuestros *cuasi correligionarios*; y en este punto de controversia, el tiempo hará con más fortuna lo mismo que nosotros anhelamos con grandísimo y vehemente deseo.

La controversia dulcifica siempre la energía en los propios convencimientos, y debe considerarse esta misma inclinacion á depurar las líneas desvanecidas que separan á las fracciones políticas más cercanas en sus aspiraciones, como un paso en favor de la fusion definitiva. En otras ocasiones, el sólo anuncio de la reforma constitucional en los términos que viene propuesta, hubiera producido airadas rectificaciones en el seno de la izquierda dinástica, y en estos dias que corremos fué recibida con cierta especie de tácito asentimiento que significa, pensando lógicamente, una mayor disposicion al desenlace esperado.

El directorio no se ha visto obligado á reunirse para rechazar la fórmula; parece que tambien influyen sobre los fundadores de aquella junta los mismos aires amistosos y componedores, y poco á poco va cediendo hasta la curiosidad noticieril sobre los secretos de las intimidades políticas del directorio.

Después de aquella declaracion, el Sr. Mártos hizo un acto. Presentó á los reyes, en el palacio de la plaza de Oriente, una comision de agricultores valencianos.

Después fué al salon de conferencias y dijo:—Cuando encuentro asociada la monarquía al bien del país y á la práctica sincera de las libertades, colaboro con la monarquía; y si para la institucion resulta una ventaja de esta misma actitud, tambien me regocija el que la obtenga. Sigo creyendo accidentales las formas de gobierno; pero ni aspiro á más recompensa que á la satisfaccion del bien obrar, ni solicito el gobierno, ni podria aceptarlo para servir más de cerca á la monarquía en la actitud en que me encuentro ahora y con las convicciones que expongo, en modo alguno definitivas, y que podrán cambiar y colocarme aún más cerca de las instituciones y del Gobierno.

Comprendemos este lenguaje del Sr. Mártos. La protesta de rechazar toda participacion en el poder, es como el permiso que á sí propio se concede el Sr. Mártos para seguir discurriendo sobre lo supuesto accidental de las formas de gobierno. Pero los hechos se imponen, su presencia en Palacio es, en cierto modo, un homenaje, y del homenaje á la adhesion va tan poco que, fiando en aquellas intenciones de las que esperamos tanto, podemos aventurar una afirmacion más precisa. El Sr. Mártos ha prestado ya su adhesion á la monarquía.

Las distancias están salvadas, la honestidad política que contenia en el reposo al Sr. Mártos ha cesado, é importa poco que después de ir á Palacio explique su actitud con frases desautorizadas por los actos. Ha perdido la

honestidad de la evolucion, y necesita todavía el pudor de las palabras.

El velo que rodea y encubre las convicciones monárquicas del elocuente orador, ¿desaparecerá con las primeras brisas liberales del Gobierno así que vuelva á agitarse la tribuna parlamentaria?

¡Quién sabe!

***

El incidente de los últimos dias, lo que ha movido después de aquellas grandes sorpresas á la gente murmuradora de la política, tiene un sólo aspecto, pero afecta á dos proyectos de ley. El aspecto parece conservador, y es sencillamente gubernamental; la reforma que afecta á dos leyes, es en la del Jurado unos artículos adicionales propuestos en el Senado por el señor Silvela con objeto de que, si el Jurado no ofrece ventajas en la práctica, pueda prescindirse de su planteamiento, y la exencion del servicio militar á los seminaristas, reclamada por el obispo de Cádiz. El ministro de Gracia y Justicia aceptó estas dos enmiendas, proposiciones ó ruegos, y así pasarán las leyes al Congreso.

Pues bien; esta aceptacion de tales reformas ha producido ciertas inquietudes y desconfianzas en el campo demócrata-monárquico. Se dice que el Congreso *enmendará* aquellas *enmiendas*, y en las conversaciones íntimas de los políticos más impresionables, se habla de lo ocurrido con alguna viveza. En contra de la exencion del servicio militar para los seminaristas, se argumenta diciendo que hoy es idea que corre como poco ménos que axioma entre todas las agrupaciones políticas la de favorecer el servicio militar obligatorio, y alguna fuerza tiene el argumento. En contra de las disposiciones adicionales á la ley del Senado, se añade que la institucion queda con poco prestigio establecida, desde el momento que en la misma ley se pone en duda su eficacia; y tal argumento no hace otra cosa, en nuestro sentir, que aumentar el recelo, y lo más sensible es que á la misma creencia contribuyen los que con demasiada energía combaten los artículos adicionales. Si el Jurado da los resultados apetecidos, no hay que temer el uso que podrá hacerse de la facultad que, como adicion, se concede al Gobierno, porque lo

que pugna con las costumbres está siempre de adorno y como lujo en las leyes, y esto de señalar en las mismas leyes el procedimiento de la suspension para sus efectos, en tésis general es un adelanto. Lo mismo se hizo, previsoramente, en la Constitucion de 1869. ¿Se dirá que no es de lo más hábil repetir el caso en la que se establece el juicio por jurados? Quizá hay un fondo de discrecion en la pregunta, pero hay tambien que suponer la buena fé en el adversario, para que no pueda dudarse por nadie de la buena fé, de la sinceridad, del convencimiento con que se propone la reforma más radical por parte del Gobierno que rige hoy los destinos del país.

Nuestra opinion, y más que nuestra opinion nuestra confianza en el éxito que espera al planteamiento del Jurado, hace que no concedamos la importancia que los más radicales pretenden atribuir á las adiciones del Sr. Silvela. Lo necesario es que sea pronto un hecho, para que más pronto se pruebe su bondad, y una vez que así sea, ¿por qué temer la continuacion del nuevo procedimiento, cualesquiera que sean las vicisitudes de la política?

***

La discusion de los presupuestos no ha comenzado todavía. Se ha discutido, sin embargo, el voto particular del presidente de la comision, Sr. Moret, que más que un plan nuevo y radicalmente contrario al plan del ministro de Hacienda, ha sido una satisfaccion dada á su conciencia por el elocuente orador demócrata. Y llegamos al acontecimiento que en estos dias ocupa al pueblo madrileño; llegamos á la visita que los reyes de Portugal devuelven á los reyes de España, como un acto de su régia cortesía.

La agitacion de los partidos ha cesado, para que se manifiesten las explosiones de la simpatía entre los dos pueblos hermanos; el rumor de las contiendas parlamentarias ha cedido, para dar ocasion á que se oigan los votos por la prosperidad de las dos naciones independientes; y en estos dias, en que sin interrupcion se suceden las músicas y los festejos, los espectáculos populares y las recepciones cortesanas, se aprecian mejor que en otra ocasion alguna los beneficios de la paz asegurada, del órden afirmado sobre la volun-

tad nacional, y las ventajas del turno dichoso para todas las aspiraciones políticas del país.

Algo queda siempre como ejemplo y mucho como demostracion del progreso y adelanto de nuestras costumbres, de estas fiestas, que no se reducen á despertar el regocijo, sino que pueden ser, y en la historia han sido, causa de mayor intimidad en las relaciones internacionales; y no habrá gobernante, ni político, ni pensador, ni estadista que pueda borrar de nuestro ánimo el convencimiento firmísimo de que es una misma, y lo será ante las eventualidades todas del porvenir, la suerte de Portugal y España. El mismo cielo nos cobija, la misma atmósfera nos envuelve, nos mantiene el mismo suelo, y del mismo sol tomamos el calor de nuestra vida. Podrán los hombres encargados de dirigir los gobiernos, podrán, repetimos, equivocarse; podrán la ciencia política, el impulso ejecutor, la intuicion individual, la pasion interesada no acertar: pasarán gobiernos y pasarán agrupaciones, como pasan las nubes sin empañar el horizonte más que pasajeramente y sin dejar huella; sería estéril la propaganda de un apóstol, el programa de un gobernante y la pasion de un sectario; pero á las naciones toca acertar siempre. Hoy estamos bajo la amenaza de grandes conflictos europeos, hoy como nunca están aseguradas y garantidas la independencia de Portugal y de España, como distintos Estados, con propia manera de ser, con organismos propios tambien, y con todos los signos y todas las eficacias de una vida independiente; pero al mismo tiempo, el reconocimiento de la recíproca independencia obliga más á que todos consideremos como nuestras las glorias de los que el mismo orígen tenemos, y como nuestros hayamos de considerar tambien sus infortunios y sus desgracias.

Por lo mismo, al dirigirnos á Portugal, como al dirigirnos á España, debemos insistir en afirmar que, si al temer los grandes cataclismos internacionales puede un gobierno equivocarse, á las naciones toca á la larga acertar, y hacerse tan grandes, segun la frase del Sr. Cánovas del Castillo, y más grandes aún de lo que las hizo en el Génesis la naturaleza.

***

Las fiestas han aplacado el movimiento político de los círculos más animados y calientes; pero, segun costumbre, se anuncia ya algo nuevo, espe-

cie de interpelacion política ó discurso de mal humor, para el momento en que las Córtes emprendan otra vez sus trabajos. Es hecho conocido que siempre pasa otro tanto después de trascurrir algunos dias de vacacion parlamentaria; y como no es posible, ó, por lo ménos, no sería discreto ni racional hablar de crísis, ni de ódios furibundos de la democracia al Gobierno, ni de especiales campañas de la minoría conservadora, se dice que el debate que viene, que casi le vemos, que ya parece que comienza á pesar, le provocarán los amigos del Sr. Mártos contra el Sr. Romero Giron. El pretexto que toman los anunciantes de tal propósito, es el que apuntamos en otro lugar de la *Crónica;* mas parece que hasta el instante de escribir estas líneas, nada hay resuelto ni acordado con verdadera autoridad.

Se hablará de tal cosa, como se habla de todo, siquiera porque en política no se pierde aquel axioma que dice: «Cuando no se puede hacer daño al enemigo, conviene hacer ruido para molestarle;» pero llegaremos al fin de las fiestas con la misma tranquilidad que ahora se disfruta.

Con este pronóstico acaba la política, hasta el momento de comenzar la impresion de la REVISTA.

*
* *

Continuamos sin novedades que referir del extranjero. Los preparativos para la coronacion del Czar de Rusia están acabados. Se ha negado que hayan ocurrido explosiones ni voladuras, como algun periódico francés aseguraba, y lo que es cierto se refiere á las extraordinarias precauciones que ha tomado el Gobierno y á la exquisita vigilancia de la policía para evitar aquellos atentados y prevenir las tristes consecuencias que pudieran tener.

Escriben de Roma que el Papa ha protestado contra la persecucion de que supone objeto al clero francés, y se anuncia la celebracion de un Consistorio para fines del mes actual.

El telégrafo nos trae el discurso pronunciado por el príncipe Cárlos de Portugal, encargado de la regencia del reino durante la ausencia del rey don Luis. Es una manifestacion digna de conocerse, que dice así:

«Dignos pares del Reino y señores diputados de la Nacion: En la corta

ausencia del rey de Portugal, mi muy respetado y amado padre, las leyes del Reino me encomiendan la Regencia, y de conformidad con sus disposiciones, acabo de prestar juramento de mantener la religion del Estado, la integridad de la pátria, de respetar y hacer respetar sus leyes, proveer al bien de la nacion y ser fiel al rey Fidelísimo, entregándole el gobierno así que regrese al Reino.

»Siendo esta la vez primera que me corresponde asumir la Regencia, me es grato verme en el seno de la Representacion nacional, para protestarle mi amor á las instituciones liberales que nos rigen, y á la independencia, progreso y dignidad de la gloriosa pátria en que me honro haber nacido.

»El Rey mi augusto padre y soberano, cumplido el agradable deber de recíproca amistad para con los augustos monarcas de la nacion española, volverá á su país, al que ha de encontrar, con la proteccion divina, las virtudes de la nacion y el cuidado incesante de los poderes del Estado, gozando de la fecunda paz en que le dejó al partir. En esta, felizmente cortísima interinidad, sólo tengo que prometer mi fidelidad escrupulosa al juramento que he prestado.

»Hago votos por el feliz viaje de SS. MM. mis augustos y muy amados padres. Declaro que los actuales ministros seguirán en el ejercicio de sus funciones.»

La República francesa sigue empeñada en sus cuestiones económicas, y al mismo tiempo, los hombres que allí se preocupan del porvenir manifiestan cierta alarma por el supuesto movimiento de alianzas que más ó ménos agita hoy á todas las naciones europeas. Las relaciones entre Rusia y Turquía son más estrechas cada dia, ante el comun interés de que no llegue á Oriente la influencia de las naciones occidentales. Los imperios del centro de Europa parecen perseguir esa política de alianzas, y la República francesa teme que en un momento se encuentre rodeada de espectadores, si no es que se encuentra rodeada de enemigos. Entre tanto, por unas y otras corrientes latinas y germánicas, España y Portugal son vivamente solicitadas. El tiempo dirá.

X.

EL IMPERIO IBÉRICO

(*Continuacion.*)

XI

Lo expuesto demuestra que, si la España cristiana no se adelantó á las otras naciones del Continente en el establecimiento de centros de enseñanza, escuelas y Universidades, lo tomó, sí, con tal ahinco, que parecia como que estaba avergonzada del tiempo que habia perdido: tuvo que mendigar los conocimientos que le trajeran hombres de otras naciones; pero al poco tiempo hallábase en disposicion de sostener, sin desventaja, la competencia con aquellos países que se le habian adelantado. Difícil hubiera sido entónces á ningun pensador el preveer la grandísima decadencia á que habia de llegar más adelante: claras se ven hoy las causas deletéreas que la determinaban, y áun las que, íntimamente unidas á su creacion y progreso, habian de producir, *à fortiori*, funestos resultados andando el tiempo; pero nunca pudiera pretenderse que los hombres de aquella época se apercibieran de ellas: por razones repetidamente expuestas en el curso de estos trabajos, es dado á muy pocas inteligencias hacerse cargo de todos los términos de la evolucion porque pasan las sociedades, y *à posteriori*, y cuando nuevos datos y progresos realizados han venido á poner de manifiesto aquellos defectos ó deficiencias que, en último término, no importaba tanto conocer á las generaciones pasadas como á las que las suceden, es cuando únicamente se aperciben. Una observacion un poco atenta basta para patentizar que, las naciones que marchan por el camino del progreso y las civilizaciones que no han desaparecido, siguen constantemente un camino de eliminacion prác-

tica, desechando métodos, errores, leyes é instituciones que tuvieron su razon de ser allá en su dia.

Si por todas partes abundaban escuelas, Universidades y colegios donde intelectualmente se mantenia á la juventud, no pueden perderse de vista varios hechos. En primer lugar, los que recibian aquella enseñanza eran, en términos generales hablando, los hijos de las familias más acomodadas; y aunque es cierto que la gratuidad de los estudios, en muchas partes, y áun el proveer al sustento de los estudiantes pobres han producido, como efectos saludables, el que varios hombres, salidos de las clases más humildes, llegaran, por su aplicacion y aptitud, á ocupar los primeros puestos del Estado, de tal suerte que aquellos descendientes de la antigua nobleza, léjos de avergonzarse, se creian muy honrados sentándose á su lado, no es ménos verdad que el número de aquellos que, salidos de las clases populares, llegaban á encumbrarse, por medio de sus estudios, era relativamente corto, dejaban de pertenecer á la muchedumbre, y venian, de una manera ú otra, á engrosar las filas aristocráticas. Además, todos los estudios que se hacian no estaban informados por la idea de que el país llegase á alcanzar, en general, una mayor cultura, sino por la de reclutar jóvenes aprovechados, instruidos á la manera que por entónces podian serlo, para las carreras del Estado, que á la sazon se reducian, en último término y principalmente, á dedicarse á la Iglesia y á la magistratura; porque la escasa instruccion militar que algunos recibian, no era en estos centros ni tampoco se extendia á todas las clases, sino privada, únicamente para los hijos de familias nobles ó alta alcurnia, que la consideraban, á la par que de adorno, como necesaria á su categoría. En último término, se establecia cierta relacion entre el número de jóvenes que habian concluido sus estudios y las ocupaciones que el Estado pudiera proporcionarles; relacion fatal que, si por una parte despoblaba los campos y las industrias, para hacer que la juventud estudiosa fuera á engrosar el número de habitantes de los conventos y las diferentes jerarquías eclesiásticas, por la otra se producia y aumentaba diariamente el de aspirantes á los diferentes empleos de que el Estado podia disponer: gravísimo mal que es antiguo en España, y que está léjos de haber desaparecido en las naciones civilizadas, y ménos en nuestra pátria.

No dejaria de ser curioso el cálculo sencillo que resultara de la comparacion del número de indivíduos que concluyen facultad ma-

yor y del cortísimo de los que viven del ejercicio de su profesion libre. La diferencia entre estos dos números, no corta, por cierto, nos suministraria, con alguna rebaja de aquellos que por su posicion social han seguido una carrera más por lujo que movidos por otro interés, el de los que, sin tener bienes de fortuna con que vivir, ni saber ganarse su sustento por medios industriales, engreidos además con el orgullo de haber concluido una carrera literaria, sólo esperan que los gobiernos les den ocupacion, gravitando con inmensa pesadumbre sobre los hombres que ocupan el poder, y suministrando un grandísimo contingente á las antesalas de todos los ministerios y á todos los partidos que tienen alguna probabilidad de llegar á regir los destinos de la nacion, y no siendo el factor ménos importante para poder explicar las impaciencias que caracterizan á todas las parcialidades que luchan en la política. Consecuencia de lo dicho era, y áun es hoy, que, así los jóvenes que se dedican á cierta clase de estudios, como sus familias, den una importancia secundaria á los conocimientos que en los centros oficiales de enseñanza puedan adquirir, dándola muy principalmente al que obtenga el título ó certificado, que, si no siempre asegura la subsistencia, autoriza para toda clase de pretensiones. De suerte que, cuando tanto abundaban en la Península los centros de enseñanza, aquí, lo mismo que en las otras naciones, á nadie se le ocurria que la importancia decisiva para el bien general del país no era tanto el que de aquellos centros salieran teólogos y predicadores, argumentadores y voceros, como que la masa del pueblo recibiera una instruccion, y, lo que es más importante aún, una educacion que la hiciera apta para seguir por el camino del progreso y de la cultura. Pero del pueblo nadie se habia cuidado, y seguia, en términos generales, tan ignorante, tan atrasado y tan lleno de supersticiones como ántes. Lo cual, además del daño inmenso que acarreaba á la cultura de la generacion en general, más tarde habia de producir funestos resultados, llevando inmensa fuerza en apoyo de aquellos que, por sus honradas creencias, por su ignorancia no pocas veces, por razon de los puestos que ocupaban, por haber sido imbuidos en ideas anacrónicas en su juventud, y por una fé ardiente, aunque pervertida ó errónea, estaban llamados á sostener las ideas tradicionales y oponerse con fuerza á todo adelanto que con ellas viniera á chocar. Por las condiciones mismas de la naturaleza humana, aquellos que se creian dueños del saber y que algunos es-

tudios, aunque fáciles, habian hecho, miraban con desdén á los que se dedicaban á las artes manuales, que con frecuencia exigian y exigen más delicadeza de entendimiento, más constancia y mayor inventiva que la que necesitan ciertos doctores para ejercer la profesion á que se dedican, y sin embargo de lo cual miran con más ó ménos oculto desprecio á todos aquellos que, por razon de sus ocupaciones, no tengan la misma facilidad de exponer con palabras sus ideas, aunque frecuentemente éstas sean como una gota de aceite desleida en un mar de palabras. No era sólo el desdén á los que no tenian la fortuna de frecuentar las aulas: los que se ocupaban de la Teología ó ciencia divina, y los del Derecho, que segun una definicion tan pedantesca como hueca, debió ocuparse de todas las cosas divinas y humanas, miraban de igual manera tan poco piadosa á aquellos que se dedicaban á la Medicina ú otros ramos del saber.

En los mismos dias que esto se escribe, los hombres de cierta edad pueden recordar perfectamente el tiempo en que ninguna familia regularmente acomodada, creia que podia, sin derogar, dedicar un hijo suyo al estudio de la Medicina ó Farmacia; y hoy mismo, sea por restos de tal preocupacion, sea por mayor facilidad de estudios, sea por las grandes ventajas que con los sistemas parlamentarios trae la elocuencia, ello es lo cierto que son bien contados los casos en que los jóvenes de las familias aristocráticas se dediquen á otros estudios que no sean los de las leyes. Si la cultura y respetos que en trato social hemos alcanzado, hacen que los sentimientos no se manifiesten tan en crudo como otras veces, no es, sin embargo, difícil, en ocasiones determinadas, apercibirse que los hombres que se han dedicado á cierta clase de estudios, á pesar de ser los que ménos trabajo, constancia y fuerza de inteligencia han necesitado, se crean sinceramente superiores á los que han empleado su tiempo en otros ramos del saber; y no sería imposible encontrar más de un padre que, brillando más ó ménos en el foro y en la jurisprudencia, se contraríe al pedirle la mano de su hija, por ser el pretendiente un jóven que, si ha seguido con aprovechamiento su carrera, tenga por objeto ésta el difícil cuanto importante arte de curar.

Por el enlace que tienen entre sí todos los hechos sociales, la direccion dada á los estudios, de que tantos vestigios quedan en las Universidades, y que tal necesidad hay de cambiar, influyen no poco, y de una manera harto inconveniente, en el sistema no ménos vi-

cioso de aprendizaje para las artes mecánicas, el cual, entónces y ahora, de tal manera se resiente de la rutina, del estado deprimente en que se le conservaba y conserva, y de la falta de conocimientos y nociones científicas, que puede asegurarse que una buena parte de los sendos años de aprendizaje que pasa un jóven para aprender un oficio, son empleados pura y simplemente á que el aprendiz sea el criado del maestro, de los oficiales y demás que le han precedido en el taller; y sólo teniendo esto en cuenta, se explica el que, oficios que sin esfuerzo ninguno debieran aprenderse en ménos de un año, se empleen en ellos cuatro, cinco y más para no saberlos bien.

Varias causas contribuyeron á que la instruccion pública, que bajo tales auspicios se presentaba en España, y que con un entusiasmo poco comun todos contribuirían á fomentar, aunque con más generosidad y patriotismo que prevision y buen sentido, llegárase á un estado de decadencia de que hay pocos ejemplos, que á tal distancia nos ha dejado atrás de otras naciones que hoy mismo nos llevan una inmensa ventaja, y que se necesitan grandes y constantes esfuerzos si no hemos de seguir separados de ellas para nuestra desgracia y vergüenza. Entre otras, no ha contribuido poco el que, como ya hemos expuesto, para nada se hayan ocupado de la instruccion y educacion del pueblo. El amor propio y la vanidad, que á veces si son estímulos beneficiosos, ordinariamente constituyen la perdicion de los hombres y de las naciones. No era España en esto una excepcion, y, lo mismo que los otros países europeos, encontraba su orgullo satisfecho porque podia exhibir algunas notabilidades en los ramos del saber que entónces se cultivaban. Cuando se habla de la civilizacion y cultura de un pueblo, no se puede ésta juzgar por el corto número de hombres notables que en una época dada tuvo, sino por el término medio de la suma de conocimientos que tienen todos los indivíduos. Puede suceder, y sucede, que en época determinada tenga una nacion uno ó más hombres que descuellen en un ramo del saber, y, sin embargo, la inmensa masa que compone aquella se halla en un estado próximo á la barbarie, ó, lo que tal vez es peor, en un estado de ignorancia, de supersticiones y preocupaciones que lo hagan refractario á todo adelanto: varios ejemplos nos presenta la historia, y hoy mismo la Europa civilizada. Los establecimientos de enseñanza que alcanzó á tener España hasta llegar al Renacimiento, tenian por objeto, como se ha visto, preparar para las carreras del Estado, que

podian entónces considerarse reducidas á la de la Iglesia, y la de ciertos empleos ligados más ó ménos íntimamente con la de administracion de justicia. De manera que, áun prescindiendo de lo vicioso de los estudios que pudiéramos llamar superiores, resultaba un tránsito brusco, que pasaba sin intermedio, de lo que creia el supremo saber y la ignorancia más completa, tránsito que habia de ser abundante en funestas consecuencias. Cierto que en escuelas y monasterios se enseñaban las primeras letras, pero sólo porque eran indispensable para aprender latin y Teología.

Hemos dicho las primeras letras, pero en realidad era esto mismo de un modo rudimentario; y de tal manera se propagó este vicioso sistema, que todos hemos conocido y conocemos personas que aseguran poseer perfectamente el latin, y que ignoran bastante la lengua castellana, que pueden entretenernos sendas horas—con alguna errata—de cómo escribia Ciceron, y ellos lo hacen de tal manera con la lengua pátria, que ni por su correccion ortográfica ni caligráfica producen en nosotros ningun deseo de leer sus escritos.

De la humilde escuela donde el pueblo debia adquirir gratuitamente ó á poca costa los primeros rudimentos de todo el saber, diremos más, lo absolutamente indispensable á todo sér despues que los alfabetos se han inventado, de eso nadie se cuidaba: era mirado con profundo desdén y áun con antipatía. Y ¿cómo no, si hoy mismo existen pensadores, hombres políticos y gobernantes que sostienen que son innecesarios al pueblo esa clase de conocimientos? Y van mas adelante en su ceguedad, afirmando que es peligroso el que algunos hombres de oscuro nacimiento y ninguna fortuna sepan leer y escribir. Y cuenta, que esto es refiriéndome al sexo varonil; en cuanto á la enseñanza y educacion de la mujer, era poco ménos que una herejía el hablar de ello.

Dice un escritor francés que la vanidad del hombre le lleva á tal extremo, que hace alarde de ignorar aquello que, por su falta de aptitud, no ha podido aprender. Y esto tiene aplicacion al asunto de que venimos ocupándonos. Habia muchos hombres pertenecientes á las clases más poderosas é influyentes de la sociedad, que creian derogar de su importancia al seguir una carrera que pudiera proporcionarles emolumentos y recursos; y como las primeras letras se enseñaban para seguir estudios superiores, hacian alarde de no saber leer ni firmar. Hablar de lo que fué en España la instruccion primaria en aque-

llos tiempos, es punto ménos que imposible, porque mal pueden hallarse datos de lo que en realidad no existia. Los primeros vestigios que de ella pudieron buscarse, se hallaban en manos del clero, y los fueros de la justicia exigen decir que los Concilios se ocuparon con frecuencia del asunto, y establecieron muchos cánones recomendando á los eclesiásticos como uno de los deberes de su ministerio la educacion primaria; en el capítulo III de las Decretales de Gregorio IX se dice: «A cada párroco debe acompañar un clérigo adjunto que tenga á su cargo la enseñanza de las primeras letras y rudimentos de la Religion.» No fueron completamente inútiles tales preceptos, y en algunas iglesias y monasterios se establecieron escuelas, donde los pocos padres que creian conveniente que sus hijos asistieran, les mandaban á aprender las primeras letras; pero además de que en dichos centros de enseñanza se tenia por objetivo principal reclutar jóvenes para la Iglesia y para el claustro, la inmensa mayoría de ellos no se ha ocupado de semejante cosa y se contentaban con algunas lecciones, ó mejor dicho exámenes, en determinadas épocas del año, de doctrina cristiana. Y, para que nada faltara, añádase á esto la idea generadora que dominaba en aquellos tiempos, y que, áun muy modificada, no ha desaparecido por completo, de que el hombre es un sér caido, incapaz de hacer nada bueno por sí propio sin la gracia especial del Altísimo ó el miedo al castigo, y de que era convenientísimo, y áun necesario, prepararse contra la soberbia de la mala naturaleza, doblegando en la infancia la altivez de los caractéres, y haciéndoles propios para la sumision y la humildad; y el resultado práctico de tan descabellada teoría se traducia en la fórmula vulgar, llegada hasta nosotros, que dice: «la letra con sangre entra.» De suerte que, lo primero que se presentaba ante la vista de los pocos niños que recibian aquella escasa educacion, eran los instrumentos de tormento que, con frecuencia, habian de ponerse al contacto de sus delicados cuerpos; las disciplinas, la vara, la palmeta, eran su constante amenaza. Y, por si esto no bastaba, la mano venia á suplirlos, y casi todas las partes de su cuerpo eran útiles para producirles dolor.

Miéntras que nuestras ciudades, villas y aldeas fueron en progreso, y el comercio sostenido por árabes y hebreos, y la industria por ellos alimentada, hicieron necesario el poder calcular los provechos y entenderse con los comerciantes de otros pueblos; evidenciaron que, no sólo los clérigos necesitaban leer y escribir, sino que tam-

bien era elemento indispensable para varias industrias y toda clase de comercio: de aquí que en los centros más populares se establecieran asociaciones de padres de familia para pagar á un maestro que, mejor ó peor, enseñara á leer y á escribir á sus hijos. Y aunque los resultados no fueron tan generales como era de desear, de lo cual tenemos hoy vestigios irrecusables, sin más que fijarnos en que todos hemos encontrado personas que, no sólo están dedicadas á los negocios, sino que manejan capitales de alguna importancia, y sin embargo sacan cuentas de memoria y por los dedos de su mano; pero no puede negarse que al fin, como todo trabajo, dió su resultado, y la escritura, la forma de letra española se perfeccionó notablemente, en lo cual cabe no poca gloria al célebre maestro Palomares y otros compañeros suyos que, como sucede siempre, por lo mismo que sus adelantos eran de grandísima importancia para la sociedad en general, y especialmente para las clases ménos acomodadas, se han acordado poco de hacerles justicia, miéntras llegó á la memoria de todos la de un teólogo argumentador, el cual haya producido muy discutibles beneficios á la sociedad en que vivió al pueblo y á su pátria. La necesidad se hacia sentir, sin embargo, y algunos hombres previsores consiguieron, en varias partes, que se declarara como obligacion de los Ayuntamientos, y se consignara en las Ordenanzas municipales la de crear y sostener escuelas gratuitas; y fuerza es confesar que la punible descuido del clero correspondió la apatía de las Corporaciones populares; y si alguna vez cumplian las Ordenanzas en lo relativo al particular, era debido, más que á todo, á hombres ilustrados que empleaban su fuerza con los Gobiernos para obligarles á que cumplieran sus compromisos. Debido á los esfuerzos de algunos ilustres prelados, magnates y corporaciones benéficas, fué aumentándose, aunque con harta lentitud, el número de personas que tomaron por industria el enseñar las primeras letras; y aunque sus conocimientos dejaban mucho que desear, no empeció eso para que ganaran en importancia, hasta el punto que Enrique II en 1370, los Reyes Católicos en 1500, Cárlos I y Felipe III, respectivamente en 1540 y en 1610, les concedieran varias exenciones y privilegios. Por fin, merece especial mencion un hombre piadoso que, con más razon que otros muchísimos, figura en el número de los santos, convencido de que la obra más meritoria á los ojos de Dios debia ser el sacar de la ignorancia á sus semejantes, siguiendo en esto las máximas tantas veces repetidas por

los árabes españoles, siendo á la vez piadoso y patriota; San José de Calasanz, estableció la congregacion de los Escolapios, que tenia por objeto enseñar las primeras letras á la masa del pueblo sin fortuna para pagar la enseñanza, ó lo que es lo mismo, para el establecimiento de escuelas gratuitas. No puede negarse que esta célebre Órden, que más tarde, por deseo de lucro, obtuvo el permiso para establecer enseñanzas superiores y colegios que, prévio exámen y ciertas disposiciones, pudieran obtener grados como incorporados á las Universidades, áun con los inconvenientes del espíritu de organizacion, máxime cuando este es religioso, y la corporacion debe obediencia á un jefe supremo que está en el extranjero, no puede negarse, repetimos, que ha prestado servicios, y aún está prestando, á la educacion de las clases populares. Jamás hubo grandes simpatías entre esta Órden y la de Jesuitas, de que hablaremos más tarde; y si no pueden vanagloriarse los Escolapios de haber producido tantos hombres notables como la de sus rivales, tampoco puede negarse que de ellos han salido más de un notable matemático, y sobre todo, que sus pretensiones no han llegado jamás al grado excesivo de la de sus rivales, ni han concitado contra ellos los ódios de los reyes y los pueblos, y la justicia exige decir, en honor suyo, que no sólo han dado y siguen dando instruccion gratuita á las clases pobres, sino que han contribuido, en la medida de sus fuerzas, á suministrar el alimento del cuerpo á aquellos á quienes daban el de la inteligencia, y pudieran citarse muchos casos en que el niño pobre, que con su aptitud y aplicacion se hacia querer de sus profesores, contribuia y contribuye á aliviar la miseria de sus padres con el alimento que se le suministra en la misma casa donde va á recibir su educacion.

Este proceder, digno de todo encomio, ha tenido en parte su recompensa y ha comprobado una vez más aquel proverbio popular: «Haz bien, sin mirar á quien.» Así que, durante nuestras contiendas políticas, y cuando las pasiones estaban más enardecidas contra un clero que en su mayoría se le creia agente decidido del absolutismo, y cuando, á consecuencia de esta misma existencia, otras corporaciones religiosas eran lastimosamente atropelladas, los establecimientos de los Escolapios eran respetados, y no faltaron jamás en ninguna de tantas conmociones hombres pertenecientes á todas las clases sociales que enérgicamente levantaban su voz en defensa de aquellos bienhechores del pueblo.

El espíritu de asociacion, bien poco desarrollado en España en los tiempos de que nos ocupamos, y áun hoy mismo, produjo, sin embargo, un hecho que tuvo su influencia en el adelanto de la instruccion primaria: en 1642, prévio el permiso de Felipe IV, formaron los maestros de Madrid, con el objeto de protegerse mútuamente y propagar la enseñanza, la Sociedad de San Casiano, á la cual concedió el rey el privilegio de examinar todos los maestros del Reino; paso muy embrionario, es verdad, pero paso al fin para la organizacion de la enseñanza primaria. El primero de los Borbones de España, Felipe el Animoso, concedió á los maestros de primeras letras los privilegios y prerogativas de que gozaban los de las artes liberales, declarando noble la de enseñar; y no sólo ratificó á la Hermandad la de examinar á los aspirantes, sino que la facultó para nombrar veedores que, con el título de visitadores, vigilaran las escuelas; segundo paso dado á la organizacion de la enseñanza. Y por provision de 11 de Junio de 1771, tratando de dar nuevo impulso á la primera instruccion, se señalaron las condiciones que habian de satisfacer los que aspiraran á ser maestros: consistian éstas en haber sido examinados y aprobados de doctrina eclesiástica por el Ordinario eclesiástico, acreditar buena vida y costumbres y limpieza de sangre, ser aprobado en un exámen relativo á la pericia en el arte de leer, escribir y contar, y haber conseguido aprobacion de estos ejercicios por la Hermandad de San Casiano. Cumplidos dichos requisitos, ésta concedia el correspondiente título al examinado, y le autorizaba para poner escuela donde ella le señalara. Estos privilegios de la Hermandad de San Casiano, que habian tenido su razon de ser, vinieron, andando los tiempos, á constituir una traba incómoda para el desarrollo de la enseñanza, porque coartaba la libertad de los que á ella querian dedicarse, no permitiéndoles establecerse más que en los puntos que se les señalaba. Así que, por provision del Consejo, en 22 de Diciembre de 1780 fué sustituida ó reemplazada por el *Colegio Académico del noble arte de primeras letras*; un paso más dado en la organizacion de la enseñanza primaria. La citada provision dice: «que el objeto del Colegio Académico es formar, con trascendencia á toda la juventud del Reino, la perfecta educacion en los rudimentos de la fé católica, en las reglas del bien obrar, en el ejercicio de las virtudes y en el noble arte de leer, escribir y contar.

Componíase dicho Colegio Académico de todos los profesores de

primeras letras destinados á las regencias de las escuelas públicas establecidas en la córte; pero ni el Estado ni la villa de Madrid subvencionaba dichas escuelas; de suerte que, sólo podian asistir á ellas los niños cuyos padres se hallaban en estado de subvenir á los gastos de la primera educacion de sus hijos. Una de las primeras condiciones de la instruccion del pueblo, la gratuidad, faltaba. Así lo comprendió el Colegio Académico, y á la par que aumentaba sus privilegios más allá aún que la Congregacion de San Casiano, de tal suerte que sin su anuencia no podian establecerse escuelas públicas en la córte, ni las vacantes eran provistas más que en indivíduos de su seno y hechuras suyas, no siéndole permitido á nadie dedicarse á la enseñanza en ningun pueblo del Reino sin permiso suyo, privilegios odiosos y contraproducentes á su objeto, pero enérgicamente sostenidos y apoyados por las personas más distinguidas y que gozaban mayor influencia; á pesar de tales trabas, éste seguia desarrollándose, y el Colegio Académico, que con tal avaricia sostenia sus privilegios, comprendió, no obstante, que la inmensa masa pobre de la poblacion no recibia los beneficios de la primera enseñanza; y á fin de remediar en lo que podia este mal, estableció varias escuelas gratuitas en distintos puntos de Madrid.

Bueno es advertir, como de pasada, aunque haya de tratarse con mayor extension cuando nos ocupemos de la enseñanza de la mujer, que todo lo que expuesto queda se refería única y exclusivamente á la educacion é instruccion de los niños; por lo que hace á la de las niñas, solo se encuentra alguna indicacion, más bien para probar la poca importancia que se le daba, que nada que indicara la pretension de establecerla. Cúpole la honra de ser una de las primeras que sériamente se ocupó de este asunto, á la diputacion de caridad del barrio de Mira el Rio, de Madrid, que estableció una escuela gratuita para las niñas pobres, cuyos resultados, mayores de lo que podia esperarse, dado el atraso de los tiempos, tardaron poco en poner de manifiesto que el bello sexo no es ménos susceptible de instruirse y educarse que lo es el varonil. Ya fuera por este ejemplo, ya por el deseo natural que mostraba Cárlos III por traer á su nueva pátria los adelantos y mejoras que habia visto en otros países, ya por los sabios consejos de los ministros de aquel rey, que tan adelantados estaban á su época, ello es lo cierto que, por Real cédula de 11 de Mayo de 1783, se ordenó establecer escuelas gratuitas de niñas, no sólo en los

diversos barrios de la Córte, sino tambien en las diversas capitales, ciudades y villas populosas del Reino, aprobando un reglamento que tenia por objeto dar una forma de organizacion á dicha enseñanza. La ignorancia, apatía y supersticiones del pueblo, los prejuicios, preocupaciones y mala voluntad de la teocracia, fueron bastante fuertes para impedir que los deseos del gobierno se realizaran, pero no suficientes á estorbar que se adoptaran algunas medidas para formar maestras, que si honran mucho al rey que las promulgó, atestiguan una vez más la pobre idea que se tenia de lo que la mujer debe saber. Lo que se exigía para ser maestra estaba reducido á comprobar sus buenas costumbres, saber enseñar la doctrina, la costura y, como complemento, la lectura. El Patrimonio estableció, además, ocho escuelas, llamadas Reales, que sostenia á sus expensas, y cuya enseñanza era gratuita, y éstas y las Escuelas Pías eran las únicas que habia en la Córte donde los niños de los pobres podian recibir los primeros elementos de instruccion primaria.

La ilusion más comun á reformistas y legisladores, consiste en la creencia sincera de que la reforma que han conseguido, la ley que han llegado á plantear es definitiva, y corresponderá, en todas las épocas y en los tiempos futuros, á todos los términos de la série del progreso, sucediendo generalmente todo lo contrario, es, á saber: que lo que ha servido para un período dado, lo que fué indispensable hacer para conseguir lo que de otra manera no se hubiera alcanzado, viene más tarde á ser un obstáculo, que se opone á nuevos desenvolvimientos. Sin duda, á una idea más ó ménos clara de lo que acabamos de exponer obedece el buen sentido de la familia anglo-sajona, al emplear en sus leyes fundamentales, siempre que el caso lo permite, la fórmula negativa, estatuyendo que ninguna otra de poder público podrá legislar sobre ciertos derechos que pertenecen al indivíduo. Esto sucedió en el Colegio Académico, que al sustituir á la Sociedad de San Casiano, vino á ser un adelanto útil y necesario, llegando con el tiempo á no serlo para la instruccion popular. Así, pues, por Real decreto de 25 de Diciembre de 1791 se le sustituyó por una Academia de primera educacion, bajo la dependencia de la primera Secretaría de Estado. Pero no desapareció por esto la Junta de Caridad, sino que las dos se entendian para todo lo concerniente á la primera enseñanza. Al poner la Academia de educacion bajo la dependencia de la primera Secretaría de Estado, empezaba á apuntar la idea de que el

Gobierno, en representacion suya, desempeñaba una funcion propia encargándose de la educacion del pueblo; y sacando las consecuencias de esta idea, se decretó, en 1804: primero, que los maestros eran libres de establecerse donde tuvieran por conveniente; segundo, que se creara una Junta de exámenes, compuesta del presidente de la Caridad, del visitador de las Escuelas Reales, de un Padre de las Escuelas Pías, de dos indivíduos de la Academía y del secretario de la Junta general de Caridad. Ahora, como en otras ocasiones, los esfuerzos de los hombres de gobierno, si no se estrellaron, encontraron sérios obstáculos en las preocupaciones de los unos, la ignorancia de los otros, y alguna que otra mira interesada. Y los fueros de la verdad exigen estampar aquí que los mayores esfuerzos que á principios de este siglo se hicieron en favor de la enseñanza, fueron debidos al célebre favorito Godoy, ó sea el Príncipe de la Paz, que cualesquiera que fueran los medios que habian servido para su encumbramiento, no puede negarse, sin notoria injusticia, que era uno de los hombres de más valía de cuantos figuraban en la córte de los Borbones de aquella época. Comprendió el antiguo guardia de Corps que la necesidad más urgente para levantar á un pueblo del estado de abatimiento en que yacía el español, era la educacion popular; que para conseguirlo era indispensable tener maestros aptos é idóneos, y que esto no podria conseguirse sin sacarlos del estado de miseria y de abyeccion en que se encontraban. El amigo de María Luisa empleó toda su influencia, no sólo para conseguir la Real órden ántes citada, sino tambien la del 19 de Mayo del mismo año, por las cuales se constituia una carrera para aquel importante magisterio; se concedieron á los maestros opciones y derechos, imponiéndoles á la vez reglas y nuevas condines en materias de costumbres; se les sujetó á exámenes y áun á concursos, donde esto era posible, haciendo que formaran corporacion en las ciudades y pueblos populosos, señalando dotaciones á todos los maestros titulares de los pueblos y haciendo grandes esfuerzos para dar á la enseñanza la uniformidad de que carecian. Hizo más: trabajó sin descanso para que en las Escuelas Pías y en los demás puntos donde se encontraran maestros á propósito, se extendiese la enseñanza primaria á la del dibujo lineal, á nociones de Geometría, á cursos de Física contraida á las aplicaciones de las artes, y nociones de Historia natural; y en varias escuelas, especialmente la córte, se establecieron las lecturas graduales. Constante en la idea de que la primera

condicion para que la educacion popular adelantase era la de tener buenos maestros, y que éstos conocieran los tratados de Pedagogia, que ya estaban en boga en otras naciones, no escatimó ni la grande influencia de que gozaba, ni sus propios intereses, para conseguir que se vertieran al castellano las obras de Berquin, Gauthier, Blanchard, Bauffret, Campe y otros escritores que se habian ocupado del asunto. Persistiendo constantemente en la misma idea, á los literatos, que eran sns protegidos y comensales, entre súplica y órden, exigia de ellos que emplearan una parte de su tiempo en escribir manuales y cartillas al alcance de la tierna inteligencia de los niños, manuales y cartillas de deberes religiosos y civiles, de economía doméstica y rural, de higiene, etc., etc.

Sin duda hay mucho de ilusorio en lo que dice en sus Memorias cuando asegura que en su tiempo se habia llegado á lograr el que en cada pueblo hubiera un maestro: el estado en que se encontraba este importante ramo de la enseñanza á fines de la primera mitad del siglo actual, y los vestigios que aún quedan en los tiempos que corremos, ponen bien de manifiesto hasta qué punto exageraba el célebre favorito los resultados de sus esfuerzos; pero esta ilusion es bien natural en el hombre que tantos esfuerzos habia hecho en favor de esta enseñanza, tan necesaria para los pueblos; y si no era dado á un hombre, ni áun á un grupo de ellos, vencer las resistencias que habian de presentar la ignorancia y supersticiones de un pueblo rebajado por toda clase de despotismos, el inmenso poder de la rutina en unas clases, y la antipatía interesada y punible de otras en que el pueblo español no saliera de aquel estado lastimoso á que habia llegado, justo es confesar que él conoció esto mismo, y que era necesario, por consiguiente, crear medios más eficaces y seguros para vencer aquellas resistencias; y al objeto hizo que se formase una comision, compuesta de personas sabias y entendidas, que se encargara de proponer las reformas oportunas para conseguir lo que se proponia. Y no se contentó con esto; consiguió que se encargara á todos los agentes de España en el extranjero que estuvieran con cuidado y remitieran á España todos los métodos de enseñanza popular que se encontraran en boga y mereciesen estima en las extrañas naciones. Sometidos á dicha comision todos los antecedentes, ésta, despues de maduro exámen, se decidió unánimemente por el método de Pestalozzi, y Cárlos IV, que, como es sabido, seguia en un todo las indicaciones del

príncipe de la Paz, ordenó que se procediese á establecer algunas escuelas, en las que se enseñara por el método del célebre pedagogo, instalándose una modelo en las Casas Consistoriales de Madrid el dia 4 de Noviembre de 1806, que tardó tanto como el tiempo trascurrido para verificar los primeros exámenes en probar las excelencias de aquel método. Cualesquiera que hayan sido los encumbramientos y desgracias del príncipe de la Paz, la pátria le deberá constantemente un eterno recuerdo al hombre que trabajó sin descanso, empleando su influencia é intereses para conseguir que el pueblo se educara é instruyera, y al hombre que, segun aseguran sus contemporáneos, cualesquiera que hayan sido los medios porque llegó al pináculo del poder y de la fortuna, no fueron bastantes á desvanecerle ni á hacerle olvidar los que, en tiempo de desgracia, habian sido sus amigos. Si los pueblos, con razon bastante, han mirado con antipatía á todos los favoritos, ¡qué diferencia entre éste y los que le han sucedido!

Al fin, como acostumbra á suceder, los hombres que tenian influencia en el gobierno formaron la idea más ó ménos clara de que una de las funciones del Estado es facilitar todos los medios de progreso y tomar á su cargo aquellas cosas en que el interés social está muy por encima del individual, ó, lo que es lo mismo, aquella clase de empresas en las cuales el capital invertido, si es reproductivo y altamente provechoso para la sociedad, no produce el rédito ó interés que á un particular pudiera convenirle. Comprendiendo, por lo tanto, el Consejo de Castilla, que la primera necesidad para todo ulterior progreso era enseñar á las masas esos elementos indispensables para toda clase de saber, y, además, que la condicion *sine qua non* para conseguir lo que se deseaba era tener buenos maestros, se ocupó en formar un plan general de escuelas para todo el Reino; y miéntras concluia este trabajo, siempre difícil y delicado, y más en aquellos tiempos, publicó una circular, con fecha 5 de Abril, para que se formara en todas las capitales una Junta de exámenes, compuesta del gobernador ó Corregidor, como presidente; de dos ó tres maestros de los más acreditados, y un secretario, que podia serlo, en caso de necesidad, el escribano del pueblo. Cuando estas medidas empezaban á dar sus resultados, y la escuela Pestolozziana de Madrid evidenciaba en los exámenes públicos la bondad del método, y en virtud de tan felices resultados se preparaba el gobierno á extenderlas á todos los pueblos del Reino, la invasion francesa vino á paralizarlo todo.

La ignorancia, la apatía y la mala fé aprovecharon aquel período, en que todas las fuerzas del país estaban ocupadas en la defensa comun, y les fué fácil vencer los esfuerzos que las Sociedades económicas y de Amigos del País hacian en favor de la enseñanza. Por la naturaleza de las cosas, aprovechándose los maestros de la libertad que se les concedia para establecerse donde tuvieran por conveniente, abandonaron las aldeas y pequeñas poblaciones para concentrarse en las capitales y ciudades populosas, en donde la concurrencia de niños les permitia vivir, no diremos con más comodidad, pero sí con ménos escasez que en las de pequeño vecindario; pero, esto mismo, á la par que dejaba sumida en la mayor ignorancia á la inmensa mayoría del país, pone de manifiesto que, áun en las grandes poblaciones, sólo recibian la primera enseñanza los hijos de aquellos que podian pagarla. Puede juzgarse del estado de la nacion en general por la exposicion que elevaron las diputaciones de Caridad de los barrios de Madrid, manifestando al gobierno la conveniencia de establecer escuelas gratuitas, si no habian de quedarse la inmensa mayoría de los niños de esta coronada villa sin los primeros elementos de enseñanza primaria.

Si esto sucedia en la capital de la monarquía, el lector juzgará en qué estado se encontrarian las demás poblaciones, ménos afortunadas y con ménos recursos. Así lo comprendió el Gobierno, disponiendo, por Real órden de 30 de Enero de 1816, que se establecieran algunas escuelas gratuitas en Madrid; pero, con tan escasa voluntad y acierto, que se contentó con encargar á los prelados regulares y órdenes religiosas la creacion de escuelas; y por una feliz contradiccion, á la par que se devolvia la enseñanza á las corporaciones religiosas, que jamás habian querido ejercerla, por iniciativa de varios aristócratas, se trajo á España al inglés Kearney, á fin de que estableciera una escuela-modelo, con el método de enseñanza mútua, y otros ya acreditados en Europa, con el objeto de formar buenos maestros; y como sus recursos, en concepto de sus iniciadores, no fueron bastantes á llevar á cabo la empresa, acudieron al gobierno para que les auxiliara; y, en efecto, por órden de 30 de Marzo de 1819, á la par que se creaba una Junta protectora, compuesta de los grandes promovedores de aquel feliz pensamiento, se dotaba de los recursos necesarios á la escuela de Madrid, y declarando que debia servir de norma á todas las del Reino.

En 1821, durante el azaroso mando de los liberales, decretaron las Córtes un plan de estudios sobre enseñanza pública, estableciendo la primaria gratuita dentro de ciertas condiciones, y ordenando que todo pueblo de cien vecinos tuviera una escuela, y otra por cada quinientos en las grandes poblaciones, al mismo tiempo que se creaba una Direccion general de estudios bajo las inmediatas órdenes del gobierno. Con profundo buen sentido comprendieron aquellos patriotas que la primera base para toda clase de libertades es la instrucción general. Pero debido á las anormales circunstancias porque atravesó aquel gobierno, cuya vida era harto difícil entre los escollos de una inocente anarquía y las felónicas conspiraciones del rey, de la teocracia y de sus adherentes, estuvieron bien léjos de corresponder los resultados al buen deseo de aquellos patricios; nuestros lectores conocen la desatentada reaccion que siguió á aquella cándida y anárquica situacion, y aquella famosa liga del trono y el altar, que empleó todos los medios que su calenturienta imaginacion le sugeria para perseguir y exterminar todo lo que se le hacia sospechoso de querer sacar al país de aquel estado de ignorancia en que se encontraba. Dada semejante situacion, natural era que prelados, obispos y sacerdotes, más políticos que religiosos, más fanáticos que ilustrados, pretendieran volver la instruccion exclusivamente á manos del clero, para que éste fuera el regulador de la que habia de suministrarse á los pueblos, que no fuera peligrosa para los *sagrados derechos del trono y el altar*. Pero el impulso estaba dado, y la sociedad española, aunque con hartas dificultades, marchaba, en virtud de la velocidad adquirida, por el camino del progreso; y si bien les fué dable á los partidarios de lo antiguo buscar por todas partes punibles é insensatas trabas que detuvieran aquel progreso, se vieron arrastrados, sin quererlo y sin saberlo, á tomar algo de aquellos mismos á quienes querian combatir. Ya fuera por esta fuerza oculta que á su pesar les dominaba, ya porque el célebre Calomarde, por muy sumiso que fuera de la reaccion, no olvidase que habia salido de las filas del pueblo, ya por estas y otras razones, es lo cierto que en 1825 se publicó un reglamento general de escuelas, dividiendo éstas en cuatro clases, exigiendo á los maestros exámenes y títulos, creando en todas partes comisiones, cuyo objeto era el fomento de la instruccion primaria, como una Central en Madrid, de la cual debia partir el impulso y direccion para todas las del Reino, para el que se creaba un sistema

regular y uniforme, y los medios de llevar á cabo lo que se deseaba. Los fueros de la verdad exigen decir que, si dicho reglamento dejaba mucho que desear para la idea que hoy tenemos de lo que debe ser la instruccion primaria, no era, seguramente, inferior á los que por aquel entónces existian en las demás naciones de Europa.

Es más frecuente de lo que se cree que en los países de tradicion y de anticuada organizacion social, no sólo los gobiernos reformadores se adelanten á los deseos y opiniones de la mayoría de los habitantes del país, sino que, áun en las épocas de reaccion, sean ménos intolerantes que la gran masa que les apoya; y no pocas veces estos mismos gobiernos se ven contrariados en sus planes de reforma y adelanto; lo cual tiene fácil explicacion, si se tiene en cuenta que, en términos generales hablando, las personas encargadas de dirigir la cosa pública están, por su ilustracion y conocimientos, muy delante de esa misma masa ignorante á la cual representan. De suerte que, en último término, vienen á formar como dos sociedades distanciadas de algunos años, y áun siglos. De todo lo cual se infiere, con rigorosa lógica, que la mision principal del gobierno, en representacion del Estado, es la de ir suprimiendo, tal como los tiempos lo permitan, pero con energía y resolucion, los obstáculos que añejas preocupaciones, supersticiones anacrónicas é injustos é irritantes privilegios oponen á la marcha de la sociedad, y que no es tan axiomático como á primera vista se cree aquello de que las reformas deben hacerse solamente cuando la opinion las reclama. Verdad que en los gobiernos libres, y en pueblos que alcanzaron cierto grado de civilizacion y cultura, es la opinion pública ó las necesidades que ésta crea lo que debe indicar el modo y manera cómo deben efectuarse las reformas, y hasta qué punto han de ser más ó ménos radicales; pero no lo es ménos que se encuentre en esto cierta confusion de términos que necesitan aclararse. Hay reformas de tal índole, que siendo indispensables para la instruccion del pueblo y el progreso social, es sólo dado á un número escaso de inteligencias el comprender la necesidad de su planteamiento, miéntras que la inmensa mayoría del vulgo—esta es más grande de lo que se cree—por la fuerza conservadora que hay en toda personalidad, por la de la herencia orgánica, por las preocupaciones adquiridas y heredadas, por los hábitos y costumbres, por el amor propio, que nos lleva á creer que aquello que hacemos es lo mejor, etc., presentan tenaz resistencia, y no pocas veces

hacen inútiles los esfuerzos del gobierno; pero que una vez planteadas las reformas y sostenidas con vigor, concluyen por crear hábitos y costumbres, y porque aquellos en favor de los cuales han sido hechas se convenzan, más ó ménos pronto, de su utilidad, y concluyan por defenderlas con el mismo teson con que ántes las habian rechazado.

No dejó de pagar su tributo á las preocupaciones del país, ó lo que es lo mismo, no se exceptuó de la ley general ántes indicada el decreto á que venimos refiriéndonos; la mayor parte de sus disposiciones quedaron sin cumplimentar; la mayor parte de las comisiones de las provincias, ni siquiera llegaron á constituirse; y, lo que ha sido más sensible por su importancia, tampoco lo hizo la Central de Madrid. Se conservó, más que todo, en nombre, la clasificacion de escuelas, y escrita en el papel la exigencia de que los maestros sufrieran exámenes y obtuvieran títulos; pero en la práctica no fué, en la mayoría de los casos, más que una mera fórmula. Seguramente no era la llamada á vencer estas resistencias ni á tomar el asunto con el entusiasmo y persistencia que requeria aquella famosa alianza del trono y el altar, que proporcionó á España diez años de un absolutismo tan desatentado y repugnante como hay pocos ejemplos entre todas las naciones civilizadas, y estaba reservado este papel, como era natural, á los gobiernos liberales en sus diferentes matices, que con distintos puntos de vista sobre el desarrollo más ó ménos grande que debia tener la instruccion pública, especialmente la primaria, y con distintos procedimientos prácticos, segun los diferentes criterios de las parcialidades políticas, tenian todos por objetivo el conseguir la ilustracion del país; ó lo que es lo mismo, convienen todos en que la libertad y la ignorancia son incompatibles. Así lo comprendió don José Moscoso de Altamira, conde de Fontao, el cual miraba con marcada predileccion cuanto á la instruccion primaria se referia; así que, á pesar del corto tiempo de su estancia en el ministerio, tuvo el honor de ser el que dió el primer paso en la generacion de nuestra instruccion popular, creando en 31 de Agosto de 1834 una Comision que debió ocuparse en formar un plan general de instruccion primaria, y á la Reina Gobernadora, doña María Cristina de Borbon, cupo la gloria de sancionar aquel decreto, que tuvo beneficiosa influencia en el progreso y educacion popular.

Son dignas de citarse algunas palabras del notable preámbulo de aquel decreto. Hélas aquí: «Intimamente persuadida de que la ense-

ñanza primaria es uno de los más importantes beneficios que pueden dispensarse á los pueblos, y de que ningun otro puede contribuir más eficazmente á la felicidad de las familias, á las mejoras de las costumbres públicas, al conocimiento y reforma de los abusos y á la consolidacion de las buenas instituciones políticas, y enterada del estado deplorable en que se halla este importante ramo en algunas provincias de la Monarquía, á consecuencia de las desgracias que por tan largo tiempo les han afligido, he tenido á bien resolver, en nombre de la Reina, mi Augusta Hija, que una Comision, compuesta de sujetos ilustrados y celosos, que me propondreis, se ocupe, con preferencia, de los reglamentos actuales y de las noticias que habeis reunido en el ministerio de vuestro digno cargo, en la formacion de un plan general de instruccion primaria aplicable á todos los pueblos de la Monarquía, segun permitan sus respectivas circunstancias, y en el que, sin perjuicio de atender á la economía que exige el estado de los fondos públicos, se asegure la subsistencia de los profesores y el decoro que les es debido, estableciéndose la correspondiente vigilancia en el régimen moral y administrativo, á fin de que se eviten los abusos que han impedido hasta ahora los progresos de la enseñanza primaria. Y es mi voluntad que la Comision se ocupe con preferencia, como del objeto más interesante y urgente de sus tareas, de todo lo que convenga para restablecer en esta Córte las escuelas de enseñanza mútua lancasteriana, y, sobre todo, una Normal en la que se instruyan los profesores de las provincias, que deben generalizar en ellas tan benéfico método por los medios que me propondré con este objeto.»

La justicia y el agradecimiento de la pátria exige recordar aquí los nombres de aquellos ilustrados patricios que, con entusiasmo y constancia no desmentida, trabajaron en la Comision para que fueron nombrados, á fin de lograr que los deseos de aquella ilustre señora y su patriota ministro fueran llevados á la práctica lo ántes posible. Hé aquí aquellos nombres, que recomendamos á la gratitud de todos los que se interesan por la ilustracion de la pátria: D. Manuel Fernandez Varela—duque de Gor.—D. José Escario y D. Pablo Montesinos, á quien se deben la mayor parte de los trabajos llevados á cabo con tan laudable fin. Tuvo la honra de ser secretario de esta comision don Alejandro Olivan. Todos ellos han descendido al sepulcro, pero á sus nombres se levantó un templo duradero en el corazon de todos los españoles amantes de su pátria.

(Continuará). MANUEL BECERRA.

MEMORIAS SALMANTINAS

(Continuacion.)

ARTÍCULO V

El Fuero de Salamanca.

SUMARIO

Olvido de los cronistas salmantinos.—La historia de Salamanca.—La compilacion foral.—Sus caractéres.—Análisis del Fuero.

«Muchos hubo que, tratando de ponderar las glorias y ex»celencias de Salamanca, escribieron, de propósito y con celo »sumo, cuanto dice relacion á sus timbres eclesiásticos, número »de obispos, origen de cofradías y parroquias, fundacion de ca»pillas y conventos, de colegios y ermitas, y aniversarios, pri»vilegios del Cabildo, memorias pías y visitas de reyes, y pompa »y esplendor de su recibimiento; pero no sé por qué fatalidad »descuidaron y olvidaron siempre la noticia circunstanciada y »el relato fiel de sus timbres legislativos: olvido verdadera»mente singular, y no sé si más digno de reprension que de lás»tima.» Así escribia el malogrado D. Julian Sanchez Ruano, en su *Discurso preliminar al Fuero de Salamanca*, que por primera vez (1) sacaba á luz, no sin regocijo de los salmantinos,

(1) El inolvidable Ruano publicó el *Fuero* en 1870 (Salamanca, Cerezo, editor) Posteriormente, y con motivo de la régia visita de D. Alfonso XII, lo reprodujo en otra edicion, por encargo de la Diputacion provincial, su cronista D. Manuel Villar y Macías (Madrid, 1877, imp. de Aribau) D. Manuel Villar, ya por falta de tiempo, ya por no acumular noticias, ya por cualquier otra causa, no ha querido comprometer su erudicion, limitándose á reproducir el *Fuero*, casi enteramente desnudo de comentarios, y precedido tan sólo de un *prólogo* y dos notas inconcloras, defraudando así las esperanzas de los que, conociendo su valer y sus estudios, confiábamos en que dotase á Salamanca de un trabajo de más cuantía.

enriqueciéndole con notables apéndices y eruditas notas, en las que, si no siempre brilla la ciencia arqueológica, se deja admirar el buen deseo del acierto.

Hoy las cosas apénas han cambiado; la historia de Salamanca sigue siendo revuelto cáos de contradictorias noticias sobre fundaciones de iglesias y hospitales, conventos y colegios, sucesion de obispos y celebracion de fiestas, amontonadas, sin órden ni concierto, con absoluta falta de espíritu histórico y con notorio é indisculpable olvido de las más rudimentarias reglas de la crítica, y á veces hasta del buen decir (1). Desde Gil Gonzalez y Dorado (repletos de excelente intencion, pero faltos de las dotes necesarias á la empresa en que se comprometian), cuyos méritos somos los primeros en encomiar y cuyos trabajos somos los primeros en agradecer, la historia de Salamanca no ha dado un solo paso; como si para ella fueran nulos los progresos realizados en la última centuria y la presente por la crítica histórica, sigue todavía en mantillas, viviendo, no en el siglo XIX, sino en la época de los cronicones monacales y de los libros-becerros; y sin embargo, tenemos de nuestro tiempo, modernísimos, de hace sólo cuatro escasos lustros, dos libros anunciados pretenciosamente, llamados á llenar el vacío de nuestra historia, poniéndola á la altura que los adelantos realizados exigen, pero que, léjos de responder á la general espectacion, han burlado el público anhelo.

Pero nuestros lamentos se van extendiendo demasiado, y si les diéramos espacio, llenarian este volúmen; volvamos al *Fuero*, importantísimo documento de nuestra historia, al que nuestros cronistas han negado, cual á protervo criminal, el pan y el agua, desterrándole de sus libros. ¿Qué es el *Fuero* de Salamanca? ¿En qué época se formuló? ¿Qué disposiciones contiene? ¿Qué espíritu le informa? Hé aquí las preguntas á que nos proponemos contestar; seremos breves, pues no es, ciertamente, este lugar el más á propósito para largas disquisiciones; ya lle-

(1) Sensible nos es expresarnos de esta suerte; pero el culto que á la verdad rendimos no nos permite otra cosa. Por desgracia, es tan general la censura, y tan reconocidamente justos sus motivos, que al acogerla en esta obrilla, no hacemos más que hacernos intérpretes de la opinion. ¡Ojalá que este nuestro ensayo señale nuevo rumbo á nuestros cronistas y marque derroteros nuevos en la direccion de sus estudios! A ello aspiramos con legítima esperanza: ¿Por qué lo hemos de ocultar?

gará el tiempo de dar al pensamiento más holgura y á la pluma ménos prisa (1).

El *Fuero* de Salamanca, descartadas las varias opiniones que juzgamos erróneas (2), es una compilacion formada por el Ayuntamiento en los últimos años del siglo XII (3); persuádelo desde luégo el encabezamiento, en el que se consigna de un modo terminante que fué hecho para utilidad de grandes y pequeños por los buenos hombres, *boni homines*, de la ciudad (4), y las fórmulas de expresion que emplean muchas de sus disposiciones, *progo á nos*, *sta esalude vieron los alcaldes*, *los alcaldes e las justicias lo ponen por medra*, *plogo al Conceio*, *este pleito faz el Conceio*, *esta medra fezieron los alcaldes*, *aquesto fezieron los alcaldes e los buenos ommes*, *esto fazen los iurados* (5) acaban de llevar la conviccion al ánimo. Trescientas setenta rúbricas le integran, tan caprichosamente barajadas, con entero olvido de todo método y clasificacion, como en todos los documentos de su índole, cualquiera que sea su procedencia. No todas ellas, sin embargo, reconocen el mismo orígen; englobadas en la Compilacion se encuentran, en efecto, leyes dictadas por el Conde repoblador (6), concordias celebradas por el Concejo con el Obispo

---

(1) Declaramos en el *prólogo* que la presente obrita es sólo un ensayo, escrito con premiosa urgencia, y repetimos aquí nuestra declaracion, reiterando nuevamente la promesa que allí hacemos.

(2) Cree Llorente que lo dió el conde D. Ramon á la Ciudad en 1081; opinan Laserna y Montallan que es debido á Alfonso VII en 1118; afirma Cantú que fué otorgado por el Emperador en 1076; limítase á decir Quadrado que el códice que existe en el Ayuntamiento es de fines del siglo XIII ó principios del XIV; no dice más tampoco Falcon, refiriéndose á los inteligentes en letra antigua, y uno y otro convienen con el dictámen de Mariana.

(3) Así opinan Fernandez-Guerra, Ruano y Villar. Nosotros tenemos formado nuestro juicio; pero aquí tenemos que contentarnos con ligeras indicaciones, y lo reservamos para más oportuna ocasion, cuando nos sea dado ampliar estos apuntes. Tan sólo haremos constar que nada, sin embargo, hay de contradictorio entre lo que aquí consignamos y lo que reservamos por falta de espacio en que desenvolvernos.

(4) «Hæc est carta—dice—quam fecerunt boni homines de Salamanca ad utilitatem Civitatis maiorum etiam minorum.» Debemos declarar que nos servimos, en cuanto al Fuero se refiere, de la edicion de Ruano; ni ésta, sin embargo, ni la de Villar, que es ó parece su copia, hasta en muchas de sus erratas ó errores, son enteramente exacta reproduccion del códice original, si bien las faltas de que adolecen, puramente ortográficas por lo comun, no son de trascendencia. El códice original, que por cierto no se halla encuadernado con pasta verde, como dice Ruano, sino encarnada, se conserva en el archivo reservado del Ayuntamiento, y su hermosa letra parece del siglo XIII ya declinante.

(5) Números I, CLXXIII, CLXXVI, CXCV, CCXLV, CCCVII, CCCXIV, CCCLXVII.

(6) Empiezan en el número CCCXV, precedido de la advertencia *incipit carta de populatione de Salamanca super foro quod est inter et clericos de immunitate clericorum*, en la que hay evidentemente la omision de la palabra *laicos* que contienen los códices escurialenses. No ofrece duda el orígen atribuido á dicha ley y las siguientes, por cuanto que se halla terminantemente consignado en ella, diciendo en sus comienzos: *In dei nomine et*

y Cabildo (1) y con los judíos (2), decretos emanados de la suprema autoridad del Emperador Alfonso VII y del Rey Fernando II (3), y acuerdos, en fin, adoptados por el Concejo y los hombres buenos para el mejor régimen de la ciudad; estos últimos son los que predominan y los que dan tono y carácter á la Compilacion, conquistándola honrosísimo puesto en el desarrollo de la legislacion foral de Castilla, no sólo por el gran número de leyes que comprende, sino por su relativo adelantamiento, en lo que hace al desenvolvimiento del derecho penal especialmente.

Sensible nos es no poder hacer, no ya un exámen comparativo que pusiera de relieve las excelencias de nuestro Código municipal, pero ni siquiera minucioso análisis que mostrara, en acabado cuadro, sus méritos, fruto granado de la experiencia de los hombres buenos de Salamanca y de su superior criterio, de su independiente espíritu y de sus humanitarios sentimientos. Dejando para más oportuna ocasion tan grata tarea, forzoso nos es contentarnos al presente con ligeras indicacio-

---

eius gratia amen: este fuero trovamos de la poblacion del conde don remondo que pobló á Salamanca. Ruano cree que el Fuero del Conde se extiende hasta el número CCCLXV, abarcando, por lo tanto, LI números del código municipal; sentimos no estar de acuerdo con él, y creemos que la parte de la compilacion debida á D. Raimundo sólo se extiende hasta el número CCCXLIII.

(1) Números CCLXXII y siguiente: «Esto plogo—dice la primera—al obispo e á los alcaldes, etc.»

(2) El número CCCLXII, que comprende la ya referida ley *D'amparancia de iodios*, de que nos hicimos cargo en el artículo anterior.

(3) Números CCCLXV y CCLXXIV; este se refiere á la ya analizada disposicion *de como sea todo el pueblo uno*, y la CCCLXV trata *de los escusados d'ovra*, y dice así: «el emperador lo fizo; el emperador de spania, fizo esta mercede al conceio de Salamanca e el rei don ferran e otorgolo su fiio por los que moravan enna ovra, que en aquellas aldeas aian escusados mientre que fueren en aquel taiamiento que fecieron el conceio e seer escusados de sennor e de conceio e de todo danno; esta medra non sea desfecha, e todos los alcaldes e las iusticias qual quessieren facer sean periuros e non se desfaga nin caia en medra. E los d'ovra por apellido que sacudieren non entren á fierro nin á lide. Et si omne rancura ovier del conceio d'ovra que non sacudieron su ganado, uaia al conceio d'ovra e escoian X omnes de conceio, e destos X tome V e iuren e si iuraren salvense, et si iurar non quessieren pechen el ganado. Et tod'omne que pasar sennal á uecino si voz d'apellido uenier uaia en el apellido e despues que uenier del apellido á tercer dia uaia á dar derecho, e non caia de plazo; e si lo non creier iure con un uezino e non caia. Hec fuit afirmatum sub era millessima XIX.» Esta ley ha sido causa de no pocos errores; en ella fundó Llorente su opinion de que el Fuero le otorgó el conde D. Raimundo en 1081 (era 1119), incurriendo en palmario anacronismo, pues Toledo se conquistó en 1085, el conde se casó con doña Urraca, nacida en 1080, en 1092; y en una palabra, en 1081 ni siquiera habia venido á España D. Ramon; no es ménos grave error el en que cayó el malogrado Ruano, afirmando en una nota que en este artículo ú ordenamiento concluye lo que resta del antiguo Fuero del conde D. Ramon. La fecha que le termina es evidentemente errónea, y ni áun logra revalidarla el suponer que el copista suprimió ó aumentó una C ni dos, pues ni las fechas resultantes 1019, 1119 y 1219 (981, 1081 y 1181) nos dan año alguno aceptable. Quadrado tambien se equivocó al atribuir este ordenamiento á Alfonso VI, pues el emperador citado en él es sin duda alguna Alfonso VII.

nes y brevísimo exámen de lo más notable y saliente de su contenido; al hacerlo no nos detenemos en agrupar metódicamente sus disposiciones, y preferimos pasarlas ligera revista en el mismo órden pintoresco en que se ofrece á nuestra consideracion.

La primera que llama nuestra atencion, pasadas por alto la inicial referente á la muerte de hombre, y las siguientes, sus derivadas y amplificatorias es la quinta, que trata *de casa escudrinnar*, y ordena que «si dueño de la casa non quisier su »casa dar á escudrinnar, peche quinientos soldos.» Son notables, bajo el punto de vista histórico, aunque siguen sin sensibles variantes lo establecido en la mayor parte de los fueros, las que tratan de muertes y desafíos y de las declaraciones de *enemigo*, más terribles contra quien se fulminaban que cualquier otro castigo, y las que versan sobre la *segurancia* y las treguas. El artículo XXXI es digno de mencion, aunque de general observancia en aquellos tiempos, por el espíritu previsor y receloso que revela al declarar válidos cuantos legados se hiciesen por el alma gozando de salud, miéntras que si se hiciesen durante una enfermedad, se limitan á la mitad de los bienes muebles, siendo nula toda manda que la exceda: el XXXII, declarado ya en el anterior que se debe dar al alma «el quinto del mueble e de la heredat» dispone, modificando la *luctuosa*, que «todo ome que pasar de este sieglo mande por su »alma su caballo o la mejor bestia que ovier con sus armas o »quisier, e si muere sin lengua (1) dénlo sus parientes por su »alma alli o vieren por bien, e la mugier por esto non tome en »tercia.» La siguiente declara que «todo ome a quien murier »la mugier, tome el marido la meior bestia que oviere con to»das sus armas e los parientes della non tomen entrega.» La XXXVII manda que «en el mercado de Salamanca non »lieve ninguno lanza ni azcona, nin espada se non a vender e »alla la venda hu venden los astiles, e si otra guisa le trogier, »tómela quien quier e peche dos maravedís.» La XXXIX dice que «todo ome que armas portar, lanza, espada, o porra, o al»fange, o bullon, o cochiello con pico o otra arma en Sala»manca, peche dos maravedís.»

---

(1) *Sin lengua* es lo mismo que *sin fabla*: es decir, *intestado*.

Las tres siguientes prohiben á los herreros hacer ni vender cuchillos *picagudos* de más de un palmo entre mango y hoja, castigando al contraventor, y tasan el precio de las herraduras (1). La XLIV multa en un maravedí al herrero «que clauo »fecier malo o que non sea bien cabezudo e con buen astil e de »buen ferro.» La XLVIII castiga con mil sueldos de multa á todo el que hiriere á *ome de Salamanca* en su casa, y las que siguen penan el allanamiento de morada en trescientos sueldos, si es en Salamanca, y en setenta si en aldea, multándose en quinientos sueldos á la aldea que se alzare en armas contra otra aldea, y en cien maravedís si de resultas muriere algun hombre. Impónese multa de veinte maravedís al que hiera con el puño á todo vecino «de ombros arriba» la misma al que hiera vecino, tendero ó solariego (2) con arma, cortándosele la mano si no tuviese para pagarla, y diez maravedís al que con arma hiera á un aldeano con casa propia, cinco si no la tiene, y once si le golpeare con el puño, ó le messare, ó le azotare. Asimílase, para los efectos del fuero *de mesaduras, feridas e coces ó muerte* á los tenderos y solariegos con los vecinos de Salamanca; castígase con pena de cien sueldos la muerte de mancebo ageno, ó yguero, ú hortelano, ó pastor; con un maravedí la herida hecha «con punnos, o á cabellos o coces» á los moros ó moras, debiéndose pechar el daño al dueño si lo matasen; con pena ca-

(1) «Las ferraduras anden á cuenta de treinta y seis pares, á marauedí dos pares de mulares e tres de cauallares e las ferraduras e los clauos sean de bon ferro e las iusticias den la cauanna de las ferraduras e de los clauos. Et todo ferrero que tal non la fecier qual fuere la cauanna peche un marauedí cada domingo e fagalas á las cauannas e si por esto las dexar de lavar peche un marauedí cada domingo e si dixiere que por este taxamiento non dexo de lavar iure con dos uezinos e si non podier iurar peche un marauedí cada domingo.»

(2) En nota á esta ley, que es la LIV del Fuero, enumera Ruano las varias clases sociales de la Península durante el período de la Reconquista; nada objetaríamos á su exposicion, como nada objetamos á sus notas interpretatorias, no obstante haber muchas equivocadas, si el empeño que muestra en determinar lo que eran las *familias de criacion*, empeño manifiesto por la repeticion con que insiste en sus ideas en varios lugares, no nos obligara á evidenciar su error. Dice, en efecto, que constituian estas familias «los moros conversos y sus descendientes, que apenas tenian consideracion de personas y que estaban relegados al ejercicio de los oficios más humildes, en los que se sucedian de generacion en generacion.» Nos contentaremos (pues no son propias de este lugar tales controversias) con traer á juicio un testimonio que seguramente no hubiera recusado Ruano: el del preclaro sobrino de D. Alfonso el Sábio, D. Juan, hijo del infante D. Manuel, y no ménos sábio que su tio; D. Juan Manuel, en el capítulo XCIII de su *Libro de los Estados*, dice así, hablando de los hijos de los mercaderes y labradores: «Et dellos toman los sennores algunos dellos, seyendo moços et criados en sus casas, et por la buena crianza que an muchos dellos recuden muy buenos omes et llegan á grandes honras et á muy grandes riquezas. Et estos llaman en Castiella, donde yo so natural, omes de criazon.» El mentís no puede ser ni más terminante ni más autorizado.

pital y pérdida de bienes, sin que la mujer y los hijos perdieran lo suyo, la muerte de hombre «si non es desafiado por conceio;» con veinte sueldos el robo de una cabeza de ganado lanar; con cinco maravedís al que vendimiare en las aldeas ántes de San Miguel, ó en la villa ántes de pasada su octava, y con sesenta sueldos al que cogiere castañas ántes de dicho dia; se prohibe solemnemente que en todo el término se establezca labrador alguno sin colmenar y su casa con torre; se prescribe á todo el que quisiere lidiar, que no pase de la señal que los fieles pusieren en el arenal (1) so pena de un maravedí, ni se ampare entre los cantos, ni en el puente ó debajo de él, so pena de dársele por vencido si no saliese fuera á la órden de las justicias, ni se le esfuerce con palabras, bajo multa de diez maravedís, ni se ponga, bajo la misma multa, á lidiar estando en pecado.

Se dispone que «quando las iustizias de Salamanca ouieren »ladron o traydor a enforcar o quando lidiar caballero o peon, »ningun ome non pase del toro de la puente (2) adelante e de »la oriella del rio como tien desta parte si non fuer alcalde o »escribano de conceio, o andadores, o sayones; e quien alende »pasar sobre este vedamiento peche un maravedí, et el que »quesiera enforcar que en (3) lo toller o lo descolgar, uiuo »siendo, peche cient maravedís al conceio e ponga el ome en la »forca con su mano, et quien lo desenforcar muerto peche veinte »maravedís.»

---

(1) El coto de los lidiadores lo determina el número XCIII, que dice: «Los lidiadores lidien en mano de los fieles, e los fieles sean de los alcaldes, e las justicias sean fuera del moion con la otra giente e demanden su calonnia como iaz en la carta. Et el coto de los lidiadores sea de la riua de allende fasta u cae y coguen en el rio, e de la oriella del rio por todo el araual, e se al rio ó la riba del brazo de alende pa pasar sea arancado se non pudier iurar que el cal allo lo saco sin grado. Et todo omé que parabla dixier que á lide pertenesca peche diez maravedís por quantas ueces y fablar.»

(2) Este es el famoso toro de piedra que figura en el blason de la ciudad, habiendo tambien logrado cierta popularidad por la aventura que en él ocurrió al *Lazarillo del Tormes*, y que tanto ha dado que hacer, como sus similares de Guisando y de otras localidades, á eruditos y anticuarios; sólo en esta provincia se han contado nueve de estas piedras: en Salamanca, Ciudad-Rodrigo, Ledesma, Lumbrales, Monleon, Tordillos, San Félix de los Gallegos, Contienza y Berrocal de Padierno; unos creen que estaban dedicados á Hércules, y otros que fueron piedras terminales, opinion esta última inaplicable en nuestro sentir al del puente, aunque la sustente el respetable nombre de un Fernandez Guerra. El toro, derribado del puente en 1134, permaneció medio enterrado á orillas del rio hasta 1867, en que la Comision provincial de monumentos lo trasladó al convento de San Estéban, donde hecho tres piezas y hasta dificil de reconocer, se encuentra todavía á la entrada del cláustro.

(3) En una nota á esta frase dice Ruano. «*Que en*: así en el códice; pero debe decir *quien*.» No estamos de acuerdo, y el códice dice bien; en todo caso la equivocacion estaria sólo en el *que*, en lugar de *qui*, que debiera decir; pero siempre serian dos palabras *qui en*, es decir, *quien de alli*.

La ley CVI castiga con multa de cien sueldos á todo el que se atreviere á decir á un alcalde «tuerto iulgas o non feziste iusticia o periurado heres de la iura que iureste,» obligándole además á la retractacion. La CXXXVI declara que todo juicio que verse sobre cuantía de hasta cinco maravedís, sentenciado por dos omes buenos «así preste como si lo iulgasen los alcaldes.» La CXXXVIII es muy importante: «nuestros alcaldes—dice—iulguen lo que iaz en la carta, iulguen derecho a su saber, e aquello que iulgaren otórguenlo al ome que lo ouier menester» declaracion que manifiesta la inmensa parte otorgada á la equidad y buena fé, siquiera fuese supletoriamente en la administracion de justicia. La CXLVII castiga con trescientos sueldos de multa á «todo ome que otro metier cabeza so agua o el rostro so el lodo, o le echar agua sucia sobre su cara.» La CLIII prohibe el recurso de alzada al rey «por armas, nin »por quien armas sacar a buelta, nin por pennos revellados, »nin por puerta cerrada, nin por quien non quisier yr a fiel, »nin por quien pedir lide sin iuyzio de alcaldes nin por merca»dero.» Castigan la CLIX y siguientes con cinco maravedís, mitad para el concejo y mitad para el querelloso, al que «pesquera agiena de acenna desfecier o furadar pretil;» con sesenta sueldos á los que «non posieren aro a redor de las muelas de las acennas;» con diez maravedís á quien «pesquera agiena desfecier a virto o a forçia o heredat agiena entrar con armas;» con la misma multa á «quien ferier con punno en todo el cuerpo,» y con doble «si ferier en cara;» con un maravedí al que «mayior presura fecier en mercado de Sant martin si non como touier su mercadura;» con treinta sueldos y el daño doblado al que «en el mercado de Sant martino (1) alguna cosa presier á virto;» con dos maravedís al «que engañase en la medida;» con diez á los revendedores de granos y sal, con sesenta sueldos á los de pescado y con dos maravedís al que metiese heno entre el trigo, cebada, centeno ó sal; con prision á los «ochaueros ú ochaueras» que anduviesen en el mercado, per-

(1) Ya entónces se hallaba el mercado en el Corrillo: la moneda allí corriente servia de tipo para los pagos por el valor que en el mercado alcanzase, segun se desprende del número CXLIII del Fuero «de qual moneda andar por Sant martin de tal coyan su soldar,» que Ruano interpretó equivocadamente, pensando que se referia á *tiempo* y no á *lugar*.

diendo además *la mercadura*, «quien ochaua derecha de conceio non touier,» á cuyo efecto tenia el Concejo «dos ochavas derechas,» puestas la una en Santa María y la otra en San Martin, que servian de modelo. Las leyes CLXXXVII y siguiente establecen el derecho de asilo, declarando la primera que «en toda eglesia de Salamanca preso que fuier e dentro se metier quien lo sacar ende peche trezientos sueldos a la colazion e torne el preso a la eglesia e velenlo fuera de sagrado fasta el terzero dia, e despues vaia suelto,» y excluyendo la segunda de este sagrado á los traidores y ladrones, igualando con estos últimos la siguiente á los que de cualquier modo les favorezcan ocultándoles ó dándoles de comer ó no gritando y siguiéndoles si los viesen. La CCXIII exige tres años de término para la prescripcion de heredades de pariente, y la que sigue seis para las heredades de *su iuro;* la CCXXVII multa en un maravedí á los que se nieguen á *facer linde*; la CCXVIII establece el derecho de tanteo y retracto á favor de los parientes, diciendo que «todo omme que uendier heredat faga testigos a sus parientes que an a heredar; e si testigos non fecier duple el aver que pussier si lo arrancaren; e los parientes que ouieren raucura de la heredat e fasta seis annos non demandaren, non respondan mais por ella.» Múltase en sesenta sueldos al que «arbol agiena taiar;» se marca la ofrenda que ha de llevar la viuda á la iglesia, consistente en el histórico *bodigo* y *dinero*, y la que han de llevar los parientes del muerto, *dineros* ó *cera* (1); se dispone la que ha de dar la viuda por viudedad (2); se declaran válidos

(1) Esta ley y la siguiente son muy curiosas, y llevan en el Fuero los números CCXX y CCXXI. La primera, *Vilda que vildade pressier*, dice: Viida que vildade pressier despues que pan e vino coxier lieue siempre oblada e oblacion de so uno: e todos los lunes lieve uodigo e dinero: e si non lo fezier, los parientes del muerto prindenia fasta que lo faga; e el primer anno desque pan e vino ouier de suio, faga bodigo e oblacion e los parientes del muerto den dinero e cera.» Esta costumbre aún no ha desaparecido del todo.

(2) Es la ley CCXXI, *Esto den à la uilda en uildedade*, que dice: «Esta es la uildedade: una tierra de tres catices senuradura en uaruecho e una casa, aranzada de vinna, e una vez de acenna, e un iugo de bues, e un asno, e un lechon, con una quenabe, e un liechero, e fieltro, e dos sabanas, e dos cauezales, e espetos, e mesa, e artesa, e escudellias, e meseros, e nasos, e cuchares, quantas ouiere de madera, e escannos, e sedazos, e archas, e badil, e escamielos, e calderas, e criuas, e una carral de treinta medidas; todo esto quando lo ouieren de suio tomelo entrego; e aquello que fuer parte del marido prinda el medio; e aquello que non lo ouieren de suio nin de parte del marido, e non gelo den; e todo esto qual ella quessier tal tome, e ó ella quessier, e non lo uenda nin lo done; e si marido pressier, duple esto que tomar; e se morier qual lo fallarem de tal prendan parientes del muerto su parte.»

cuantos contratos celebraren en su salud, tanto el marido como la mujer; se asienta el fuero de troncalidad, disponiéndose que «fiio se morier erede su padre o su madre; e despues que morier el padre o la madre tórnese erencia a erencia e quanto gano remanezca a sus parientes,» y ordenándose que «fiio de barragana non erede a su madre en la buena de su padre,» se declaran nulos los contratos celebrados por huérfanos menores de quince años; se multa en cinco maravedís cada domingo al que por su hija ó pariente tomase más de treinta maravedís en boda ó veinte en vestidos; castígase con cierta severidad al que forzare á mujer viuda ó manceba, desheredándose á ésta si se negara á separarse del violador, siendo preciso, para que la accion de violencia prosperase, que la mujer se viniese «rascando a fuero» (1); se sujeta á las viudas á vivir honestamente, disponiéndose que la que «ante del anno pressier marido peche IIII maravedís e métanlos en lauor del muro e pierda la manda quel fecier su marido;» se exime de *pechar* á los vecinos que no tuvieren «valía de diez maravedís;» se declaran *quitos de toda renda* todos los pesos, «fueras el peso de los maravedís,» y se ordena que quien «los quisier meter en renda o fructo sea aleuoso de conceio e peche cient maravedís;» se asienta que «el conceio se faga hu mandaren los alcaldes,» y se multa en dos maravedís y pérdida de la *mercadura* al que comprare, para revender, liebres, conejos, perdices, pescado reciente, ferren ó yerba y lana.

La ley CCLI dice que «quando moneda entrar en Sala»manca, an á dar los monederos al conceio doscientos mara»vedís, e ansi lo firmo el rey e los alcaldes encoten la moneda; »e despues que la moneda entrar en Salamanca quien desechar »dinero si non fuer quebrado fasta la cruz peche diez sueldos e »non iure manquadra, e si negar iure con un uezino;» la CCLIII dispone que se den «los dineros de Sant boual entrante maio, que Dios nos dé luuia,» la CCLVII, que el voto de Santiago «se

(1) «Todo omme—dice—que mugier uilda pressier, ó manceba á forcia ó a virto, firmelo con dos alcaldes que se uieno rascando á fuero, e iurelo con doce uecinos; e se non se uenir rascando assi como es fuero, iure con un uezino; e se de estas iuras non le complieren, pechenle á la pena que iaz en la carta peche trescientos soldos, e sea enemigo de sus parientes, e metan su auer del en proy de conceio. Et si ella non se quissier partir del, sea desheredada, e los parientes que mas cerca ouer hereden su buena.»

coga dende santa maría dagosto fasta navidade; e despues non respondan,» y la CCLX, con espíritu preventivo, aunque con exceso rigoroso, manda á quien hallare «moro o mora que se aiuntar en otra casa o en tauerna por comer o por beber se non en casa de su duenno» que se apodere de *todo el despoio* y dé el moro *á iusticiar*. La siguiente dispone que el moro ó mora conversos á quienes su señor diese carta de *libedumbre* y la depositasen ó diesen á guardar á alguno y después éste lo negare, se habia de someter á la prueba de la lidia ó del fuego, á eleccion del moro ó mora, para demostrar su inocencia, disposicion conforme con la establecida para los depósitos de dinero en que los depositarios *niegos* habian tambien de prender el *fierro caldo* si el depósito excedia de tres maravedís. Notable es la CCLXXII, que trata *de rancura de clerigo de le liego*, siendo como manera de transacion ó pacto entre el obispo y el concejo, por el que se creaba, para discutir las cuestiones entre clérigos y legos, un tribunal mixto, exigiéndose préviamente, para afianzar el resultado, que el lego *metiese bestia* en casa del arcipreste si era clérigo el demandante, ó que éste la *metiese* en casa de *una justicia*, si lo era el lego: de esta disposicion parece ser derivada la siguiente en la que se ordena que el que denostare al obispo «peche cient maravedís, los medios al conceio e los medios al obispo e derríuenle las casas.» La ley CCLXXXI dice: «et todo esto como es escripto en esta carta aiudelo el conceio a facer, e sinon lo fecieren caia a todo el conceio en periurio:» lo que nos hace presumir si acaso aquí se detendria la primitiva relacion de la Compilacion foral (1). La CCXCI enumera los *sesmos* por el órden con que deben llevar la senna, dando el primer lugar á los francos y siguiendo después los portugaleses, bregancianos, serranos, mozárabes, castellanos y toreses (2).

---

(1) Nos confirma en esta apreciacion el exámen de las leyes que siguen, muchas de ellas referentes á materias ya anteriormente legisladas, y en las cuales introducen reformas ó ampliaciones. Compárense, entre otras, las leyes CCLXVI y CCCVIII, y se comprenderá la razon que nos asiste.

(2) Es de notar la distinta manera con que son enumeradas las colaciones en diversas leyes; para llevar el pendon van en el órden arriba indicado: francos, portugaleses, bregancianos, serranos, mozárabes, castellanos y toreses; para la mayordomía se les cita en este otro: serranos, castellanos, mozárabes, portugaleses, francos, toreses y bregancianos; y para *andar el iulgado*, en este otro: serranos, castellanos, mozárabes, francos, portugaleses, bregancianos y toreses. Obsérvese que en ningun caso se nombran los gallegos, debido, sin duda, segun hemos ya indicado, á que serian traidos por el monasterio de San Vicente y sujetos á especial fuero.

La CCXCVIII declara que en Salamanca no haya más que siete alcaldes y siete justicias (1). La CCCII exime de pecho al caballero «que touier cauallo de X maravedís;» la siguiente condena á la horca y cien maravedís de pena al que matare á otro «si non es desafiado por conceio;» la CCCX, con terrible laconismo, prescribe que «todo ome que iugar tablas o dados enfórquenlo;» la CCCLV, con no ménos lacónica entereza, declara que «uezino de Salamanca que en fonsado fuer e con la senna non posar, menos valiente sea por ello;» la CCCLX prohibe las *tornaias* en las bodas y manda que ninguna mujer sino la madrina cavalgue con la novia;» la CCCLXVII contiene curiosas disposiciones acerca de *las mesas de los carnizeros*, y la siguiente sujeta al Fuero del concejo á las *freyrias* de Paradinas, Fresno Viejo, Topas, y demás de Salamanca y su término, declarando que siempre fuero fué que marcharan con él juntos en hueste sobre moros y cristianos.

Tal es el Fuero de Salamanca, tan desdeñado por nuestros cronistas que, no ya el análisis que se merecia, pero ni siquiera breve mencion han hecho de él, con grave mengua de su reputacion, harto menguada ya, desgraciadamente, por otros muchos conceptos; hora era de que se le vindicase de tamaño olvido ú ojeriza, y lo que únicamente sentimos es no poderle colocar en más adecuado marco. Excusado es insistir ahora en poner de resalto las excelencias que le avaloran, conquistándole preferente puesto en la legislacion foral de Castilla. Su orígen popular, su extension, que le permite atender con igual anhelo, ya al derecho civil, ya al penal, ora á la administracion municipal, ora á los procedimientos, aquí á la política y allí al servicio militar; la relativa benignidad de sus castigos, que le diferencian notablemente de la mayor parte de los fueros contemporáneos; todo, en fin, le hace altamente interesante y digno de aprecio; y no hablamos de sus méritos en la relacion histórica, por lo que á las costumbres y hechos locales atañe, pues salta desde luégo á la vista su inmenso valor en tal sentido, siendo verdaderamente inapreciable. ¿Cómo sin él co-

(1) Esta ley confirma nuestras conjeturas sobre la omision de los gallegos, representados en el Concejo por el Prior de San Vicente, teniendo en él cada una de las otras colaciones un alcalde.

noceríamos las naturas de los repobladores? ¿Cómo las parroquias fundadas? ¿Cómo la fábrica del muro? ¿Cómo la jura de los revoltosos de la Vega? ¿Cómo tantas y tantas otras cosas que, ya por enseñanza directa, ya de una manera derivada ó conjetural, se desprenden de tan interesante documento, hasta el punto de poder reconstituir, con su atento estudio, el cuadro entero de la vida de Salamanca, sus leyes, sus costumbres, sus instituciones, sus monumentos, y áun sus abusos en la Edad á que se refiere?

FERNANDO ARAUJO.

(Se continuará)

EMPERADORES ROMANOS

DESDE GALBA HASTA CONSTANTINO

El movimiento de decadencia del pueblo romano, que habia empezado desde las guerras civiles entre Mario y Sila, continuó cada vez más rápidamente durante el Imperio; y si bajo el mando de algunos buenos emperadores se detuvo un momento, no fué sino para precipitarse después con mayor fuerza.

Cuando Vindex, desde las Galias, proclamó destituido á Neron, ofreció el Imperio á Servio Sulpicio Galba, gobernador de la España tarraconense, y hombre muy considerado por sus riquezas, su habilidad y sus victorias. Descendia de una ilustre familia, habia sido Pretor en Roma, y durante su pretura habia logrado el favor popular, no por ningun beneficio positivo, sino por haber presentado por primera vez al pueblo romano elefantes que bailaban en la cuerda.

Galba aceptó el trono; pero muerto Vindex, y sabiendo que Rufo habia declarado que no consentiria emperador que no fuese admitido por el Senado, temió que sus tropas le abandonaran y se retiró á Clunia (hoy Coruña del Conde, en la provincia de Segovia), abandonando su gobierno. En Clunia supo la muerte de Neron, de Vindex y de Rufo; y tal alegría tuvo al ver reanimadas sus esperanzas, que al jóven mensajero que le llevó estas noticias le prodigó todas las caricias imaginables, y áun no imaginables.

Después se puso en marcha para Roma, y apoderándose sin dificultad del mando, creyó que no tenia nada más que hacer; se entregó al ócio y á los placeres, encomendó el gobierno á libertos y aduladores, que vendian los empleos, y la justicia al mejor postor, y por avaricia más que por otra cosa, negó á los pretorianos el donativo prometido y

á que estaban acostumbrados. Con esto y con mostrarse severo en materia de disciplina, desagradó á las tropas.

Oton, antiguo partidario suyo y que aspiraba á sucederle, conspiró con veintitres guardias pretorianos, ganados con dinero, los cuales acometieron la empresa de destronar al emperador, y en efecto, salieron á la calle proclamando su destitucion. Indignado Pison, á quien Galba habia nombrado sucesor, de que veintitres desertores quisieran imponer su voluntad á todo un pueblo, excitó á los ciudadanos contra ellos.

El pueblo, en efecto, se amotinó y penetró en el palacio imperial, gritando: ¡muera Oton! pero Oton se presentó en actitud suplicante, extendiendo los brazos, dándose golpes de pecho y enviando besos á todo el mundo, y entónces la multitud veleidosa cambió su saña en favor; los pretorianos prestaron juramento á Oton, y cuando á su vez salió Galba de sus habitaciones, conducido en una silla por faltarle las fuerzas á causa de su avanzada edad de setenta y tres años, fué muerto á puñaladas en medio de la indiferencia general (16 de Enero de 69).

Oton quedó, por entónces, dueño del Imperio; pero miéntras urdia su conspiracion para matar á Galba y sucederle, se levantaba Vitelio en la Germania con sus legiones, proclamándose á su vez emperador y enviando á Italia á dos de sus generales, seguidos de tropas escogidas. Oton y Vitelio eran igualmente corrompidos y disolutos, y el pueblo romano, sumido en la abyeccion, no sabia entónces á qué dueño entregarse. Los senadores se inclinaban á Oton, que estaba presente, pero no se atrevian á decretar nada en contra de Vitelio; los partidarios de uno y otro, para hacer prosélitos, acudieron cada cual por su parte á los milagros; aparecian fantasmas, amanecian derribadas estátuas por manos invisibles, se hacia creer á la multitud ignorante que habia hablado un buey en Etruria, y se aprovecharon los desbordamientos que entónces tuvo el Tiber como presagios en favor de uno y otro de los contendientes.

Oton salió al encuentro de las tropas de su enemigo, y fué derrotado en Bedriaco el 14 de Abril de 69. Cuando supo el resultado de la batalla, decidió matarse aquella noche; después mudó de parecer, lo dejó para la mañana siguiente, pasó la noche en sueño tranquilo, y al despertar al otro dia se mató. Aquel hombre, tan indiferente á la vida, se afeitaba la cara y todo el cuerpo diariamente; se ponia com-

presas de miga de pan empapadas en agua ó en leche, para tener suave la piel, y llevaba un espejo en que se miraba á cada momento.

El Senado, tan pronto como supo la muerte de Oton, conoció que la razon estaba de parte de Vitelio, y votó acciones de gracias á las legiones de Germania. Vitelio, que se hallaba en Cremona, pasó á Bedriaco y recorrió el campo de batalla, cubierto de cadáveres insepultos, diciendo que el cadáver de un enemigo siempre huele bien; y habiendo mandado llevar vino, se emborrachó con los que le acompañaban. Este emperador era uno de los mayores glotones que se han conocido en Roma, donde los hubo siempre famosos. Por donde pasaba dejaba exhausto el país de carnes, frutas y manjares de toda especie. Sin embargo, al presentarse en el Senado, los senadores le elogiaron á porfía por su moderacion, su *sobriedad* y su *templanza*.

Vitelio se manchó con multitud de crímenes, entre ellos el asesinato de su propia madre; pero su principal pasion era la gula. Hacia cinco comidas al dia. Inventó un plato, al cual puso el nombre del *escudo de Minerva*, por los muchos ingredientes de que se componia; y en un banquete que le dió su hermano Lucio, se sirvieron dos mil platos de pescados y siete mil de aves. Pero miéntras Vitelio se entregaba en Roma á todos los excesos, se formaba contra él una tempestad en Oriente. Vespasiano, general de Neron, hacia la guerra á los judíos cuando murió este mónstruo; y noticioso de la elevacion de Galba, comisionó á su hijo Tito para que pasara á Roma á felicitarle. Pero en aquella época no se viajaba con tanta celeridad como ahora, ni habia medios de comunicacion tan rápidos. Tito se puso en camino para Roma; pero ántes de llegar supo la muerte del personaje á quien estaba encargado de felicitar, y la contienda que se habia suscitado entre las legiones de Germania mandadas por Vitelio y las de Italia á las órdenes de Oton. Ocurriósele entónces que las legiones de Oriente tenian tanto derecho á nombrar emperador como las de Germania y los pretorianos, y volviendo á Judea, excitó á su padre á que tomara el imperio. Vespasiano vaciló por algun tiempo, porque tenia sesenta años, y á esa edad no se está para correr muchas aventuras; pero al fin se dejó persuadir: las legiones de Oriente le aclamaron emperador; confió á Tito la guerra de Judea; se situó en Alejandría, rodeándose de un Senado, elegido entre sus parciales, y envió á Europa á su teniente Licinio Muciano con el ejército de Siria. Al entrar Licinio en Europa se le unieron las legiones de Iliria, España y Bre-

taña, aclamando á Vespasiano. Vitelio confiaba en las legiones de Germania; pero Cecina, que las mandaba, se pasó con ellas al enemigo; la escuadra de Rávena se declaró tambien por Vespasiano, y, por último, entre las tropas de uno y otro contendiente se dió una batalla al pié de los muros de Cremona, en la cual fueron vencidos los vitelianos, con muerte de treinta mil de ellos. La ciudad, no obstante la capitulacion, fué entregada al saqueo y al incendio, y sus habitantes pasados á cuchillo.

Vitelio, entre tanto, pensaba disminuir el peligro imponiendo silencio á todo el mundo. Enviaba espías al campo enemigo, y cuando volvian con noticias les mandaba matar, para que no las divulgasen. Por fin se puso al frente del ejército que habia mandado á ocupar las gargantas del Apenino; mas cuando llegaron las tropas de Vespasiano á aquellos montes, los soldados de Vitelio desertaron ó se dispersaron, y Vitelio volvió á Roma apresuradamente pidiendo misericordia. Gobernaba en Roma Sabino, hermano de Vespasiano, el cual, á pesar de su parentesco, como soldado disciplinado se habia mantenido fiel á Vitelio. Cundió, sin embargo, la noticia de que Vitelio estaba dispuesto á abdicar, y entónces Sabino proclamó á su hermano y se situó en el Capitolio. Allí le cercó el pueblo enfurecido, é incendiando los pórticos y las casas inmediatas, penetró donde estaban Sabino y sus partidarios y los pasó á todos á cuchillo.

Primo, general de Vespasiano, al tener noticia de la muerte de Sabino y del incendio del Capitolio, marchó sin detenerse sobre Roma; los soldados de Vitelio sostuvieron un combate en las calles, donde perecieron 50.000 hombres, en presencia del pueblo y de los curiosos, que acudieron como á un espectáculo, y aplaudian ó silbaban, segun los casos. Vitelio trató de huir de Roma, y no pudiendo conseguirlo, se escondió en una pocilga, digna habitacion del que habia vivido como un cerdo. Allí fué descubierto y después llevado por las calles de la ciudad con una cuerda al cuello, entre los silbidos del populacho, que dos dias ántes le adoraba, hasta que, por último, el puñal asesino acabó sus dias.

Era el octavo Emperador de Roma y el sexto que moria de muerte violenta. En ménos de un año habia conocido Roma tres emperadores.

Vespasiano nació en 17 de Diciembre del año 9. Era hijo de Tito Flavio, recaudador de tributos y prestamista en Helvecia, y de Ves-

pasia, su mujer. Fué primero soldado, y habiéndose distinguido, le nombró Calígula senador y luégo Procónsul en Africa, donde se casó con una esclava. Hízose notable y llegó á medrar por el arte, ya antiquísimo y siempre eficaz, de adular á los poderosos; pero una vez estuvo á punto de perecer por haberse dormido en una reunion en que Neron leia sus versos. Su humilde condicion le salvó entónces de la muerte, y la oscuridad de su nacimiento fué uno de los motivos que tuvo el tirano para confiarle la direccion de la guerra de Judea.

Miéntras sus tropas marchaban sobre Roma, aumentándose con los descontentos y con los adoradores del sol naciente, Vespasiano se entretenia en hacer milagros en Alejandría. Daba vista á los ciegos humedeciéndoles los ojos con su saliva; curaba á los paralíticos imponiéndoles las manos, y hacia otra multitud de maravillas en honor y gloria del dios Serapis, de las cuales hacen mencion Tácito y Suetonio. Lo extraño es que haciendo milagros en nombre del dios Serapis, no habia, sin embargo, hombre más descreido y escéptico que Vespasiano, ni más zumbon y malicioso. La gran ciudad de Alejandría no bastaba para albergar toda la gente que, llevada de la fama de sus prodigios, acudia á reverenciarle; y, sin embargo, el espectáculo de los milagros de Alejandría no fué nada en comparacion del que ofreció Roma cuando tomó posesion del trono aquel hombre de virtudes tan extraordinarias.

Para poner en órden la Hacienda, restableció algunos impuestos abolidos por Galba, y creó otros nuevos, entre ellos uno que pagaban los que hacian uso de las columnas mingitorias. Tito, su hijo, le reprobó la pretension de sacar dinero de tal fuente de ingresos. Vespasiano no respondió, y, al cabo de algun tiempo, estando á solas con su hijo, tomó un puñado de monedas que le habian llevado, y, acercándoselas á Tito á las narices, le preguntó si notaba algun mal olor. —No tal, contestó Tito.—Pues, sin embargo—dijo Vespasiano—es de aquella fuente de ingresos que tú repugnabas tanto. Otra vez los delegados de una ciudad de provincia le anunciaron que el Senado de aquella ciudad habia resuelto erigirle una estátua de gran valor. —No es necesario—dijo extendiendo la mano—poned aquí el valor de esa estátua y yo la doy por levantada. Su avaricia era tal, que no habia delito de cuya pena no pudiera el delincuente librarse por dinero. Confiaba los cargos de administradores de las rentas, recaudadores y otros que llevaban consigo manejo de caudales, á los hombres

más conocidos por sus violencias y latrocinios, y decia que eran como las esponjas, que, después de haberse empapado bien, soltaban el agua esprimiéndolas. Un favorito suyo le pidió la plaza de administrador de la Casa Imperial para otro que decia ser su hermano. Vespasiano aplazó la contestacion hasta el dia siguiente; y haciendo llamar entretanto al recomendado, le preguntó cuánto habia ofrecido al favorito por su recomendacion. El supuesto hermano dijo la cantidad, y el emperador añadió:—«Dámela á mí y obtendrás el destino.»—Cerrado el trato y recibido el dinero, cuando al dia siguiente se presentó el favorito por la respuesta, le dijo el Emperador:—«Busca otro hermano, porque el que me recomendaste ha resultado que lo era mio, y no tuyo.»

Sin embargo, esta avaricia no le impidió favorecer á los senadores pobres, levantar ciudades arruinadas, componer caminos y acueductos, y proteger las ciencias y las artes.

En su tiempo hubo tres sublevaciones en provincias, además de la guerra de Judea; la insurreccion de los dacios, la de los bátavos y la de los galos; las tropas de Vespasiano vencieron á todos. La Judea hacia muchos años que se consumia en guerras civiles, y miéntras éstas duraron, Vespasiano habia preparado sus fuerzas y atizado la discordia, diciendo á los que le acusaban de inaccion:—«Aguardo á que los judíos me den la tarea hecha.»—Cuando los vió debilitados, los acometió, sometiendo en breve toda la Judea; y, por último, se presentó delante de Jerusalem. Elegido Emperador, confió la guerra á Tito, el cual comenzó ofreciendo perdon á todos los que se rindiesen. Los judíos le opusieron una séria resistencia, despreciando sus intimaciones y sus ofertas, y Tito, irritado, mandó matar á 13.000 prisioneros que tenia. Un soldado romano, abriendo el vientre de un cadáver, encontró en él una moneda de oro; corrió entónces la voz de que los judíos se tragaban las monedas para ocultarlas, y, desde entónces, todos los prisioneros fueron sacrificados á la codicia de la soldadesca, que buscaba en sus entrañas el oro de que las suponia llenas. La ciudad fué tomada calle por calle, y hubo que sitiar después el templo, que fué incendiado y reducido á cenizas. Durante el sitio de Jerusalem habia perecido más de un millon de judíos, y medio millon en el resto del territorio. Vespasiano exterminó á toda la descendencia de la casa de Judá; con los despojos del templo de Jerusalem adornó el de la Paz de Roma, al cual destinó el candelabro de siete brazos y los

demás objetos sagrados. Los judíos prisioneros á quienes no se habia abierto el vientre para buscar el oro, fueron reservados para los espectáculos del circo, y obligados á combatir entre sí ó con las fieras en las fiestas que se dieron para celebrar el triunfo del clemente Tito, á quien sus contemporáneos llamaron *delicia del género humano.*

Vespasiano murió como habia vivido, burlon, escéptico y avaro. Quiso morir vestido, porque decia que un emperador debia morir en pié; y sintiendo que se le acababa la vida, exclamó:—«Sospecho que me voy convirtiendo en dios.»—Aludia á la costumbre de elevar á los altares á todos los emperadores difuntos. Murió en 24 de Junio de 79, á la edad de sesenta y ocho años, y le sucedió su hijo Tito, que tenia entónces treinta y dos.

Tito habia sido, durante la vida de su padre, algo ménos avaro y mucho más cruel; pero cuando heredó el trono se hizo pródigo, afable y clemente. En el primer año de su reinado la erupcion del Vesubio destruyó á Herculano, Pompeya, Pozuoli y Cumas. Tito recorrió el país, repartiendo auxilios de su tesoro particular; y en la peste que afligió por entónces al imperio, hizo tambien muchas limosnas y abolió la ley que condenaba á muerte al que hablase mal del emperador ó de sus antecesores. Pero á los tres años escasos de reinado, en 13 de Setiembre del año 81 murió Tito, cuando más esperanzas fundaban en él los romanos. Su hermano Domiciano, deseoso de enviarle á gozar en el cielo el premio de sus virtudes, le apresuró la muerte y ocupó su lugar.

Domiciano, durante su juventud, habia llevado una vida disoluta. En la guerra sólo habia mostrado habilidad para evitar los peligros y las fatigas. A la muerte de su padre Vespasiano, conspiró contra su hermano Tito, para suplantarle, intentando con este objeto sobornar la guardia pretoriana. Tito le perdonó, y Domiciano, en muestra de gratitud, buscó y halló después un medio más fácil y seguro de poner á su hermano en el número de los dioses. Sin embargo, fué aclamado emperador y se le dieron de una vez todos los títulos y honores que ántes se conferian uno á uno.

Por lo mismo que no se sentia apto para la guerra, quiso obtener triunfos, y para ello apeló al medio sencillo de atribuirse las victorias de sus generales. Puesto al frente del ejército de Germania, penetró entre los Cuados y Marcomanos; fué vencido, y pidiendo la paz por medio de ricos presentes al jefe de los enemigos, pudo al fin volver á

Roma. Allí celebró un triunfo que cantaron los poetas, comparándole con los Césares y Scipiones.

Se entregó después á las crueldades acostumbradas, y que por ser de todos los emperadores hasta entónces conocidos, pudieran llamarse imperiales, añadiendo á las culpas, verdaderas ó imaginarias, que trataba de castigar, una culpa hasta entónces desconocida.

Mandó, en efecto, sacar el horóscopo de todos los ciudadanos más notables de su imperio, y el que tenia la desgracia de haber nacido bajo la influencia de una constelacion juzgada favorable, ó aquel á quien los astrólogos señalaban como protegido de las estrellas, era condenado á muerte. Para Domiciano eran sospechosos los que tomaban parte en la vida pública y los que vivian retirados, los ricos y los pobres, los escritores, y principalmente los historiadores, los filósofos y los que cultivaban las ciencias. Acusaba á los hombres públicos de preparar la guerra civil; á los que vivian retirados, de censurar su conducta; á los ricos, de hacer uso de su riqueza para excitar sublevaciones; y á los pobres de estar dispuestos á lanzarse á los motines, por lo mismo que no tenian nada que perder. Muchos historiadores murieron por haber escrito elogios de los grandes hombres sin mentar al emperador; y los que habian ayudado á sacar copias ó á vender ejemplares de las obras, fueron tambien sentenciados á muerte ó á destierro. Mandó quemar los libros de mayor fama; desterró á los que cultivaban la filosofía y las ciencias, y condenó á muerte, como enemigos de la pátria, á los que profesaban el Cristianismo. El se daba los nombres de Señor, Dios, Hijo de Minerva, y tenia tambien poetas que se los prodigasen, entre ellos Marcial, Quintiliano y el mismo Juvenal.

Temiendo á cada momento una conspiracion contra su persona, después de tantas muertes y destierros, habia formado una lista adicional de sospechosos, á quienes pensaba quitar la vida. Un niño con quien jugaba en su aposento, viéndole dormido, registró lo que habia por el cuarto, encontró la lista y la sacó fuera como un juguete. Tomóla la emperatriz, la leyó, y viendo en ella su propio nombre y el de una multitud de personajes, conspiró con ellos para matar á Domiciano, y, en efecto, le mataron (año 96).

El Senado, que le habia adulado hasta entónces, cantando con el poeta Estacio los méritos de un leon que tenia domesticado y llorando la muerte de la fiera imperial, destrozada por las garras de un

tigre recien llevado de Africa; aquel Senado tan humilde y abyecto en vida del tirano, le llenó de maldiciones á su muerte, y mandó derribar sus estátuas y borrar su nombre de las inscripciones. Sin embargo, los pretorianos, cuya paga habia aumentado, le lloraron más que á Vespasiano y á Tito.

El Senado, en el cual habia logrado introducirse una mayoría de filósofos estóicos, dió el imperio á Marco Coceyo Nerva, uno de su secta, hombre bondadoso y humano, pero débil.

Nerva fué el primero que quiso conciliar las agitaciones de la libertad con la tranquilidad de la monarquía; distribuyó muchos terrenos entre los pobres, vendiendo para ello parte de sus bienes; hizo educar los niños pobres á expensas del Erario público, y no queriendo condenar á muerte á nadie, dejó de castigar áun á los más perversos. De esta bondad se aprovecharon los pretorianos, los cuales se amotinaron, exigiendo el castigo de los asesinos de Domiciano. Nerva les presentó su pecho para que hiriesen; pero ellos, sin querer herirlo, insistieron en su demanda, y Nerva cedió, y aún tuvo que darles las gracias, después de haberles entregado los causantes de la muerte de su antecesor.

En Nerva comenzó la costumbre de asociar al imperio durante la vida del imperante al que habia de sucederle. Comprendiendo que necesitaba un auxiliar vigoroso, compartió su autoridad con Marco Ulpio Trajano, y poco después murió, habiendo reinado tan sólo diez y seis meses.

Trajano era de una familia antigua de Itálica, cerca de Sevilla; habia adquirido fama en la guerra contra los Partos, y gobernaba la baja Germania, cuando se encontró nombrado colega y sucesor de Nerva. Era el mejor capitan de su época, y aunque poco versado en los estudios, procuró rodearse de hombres entendidos. Tenia espíritu recto y justiciero, y buscaba á los más dignos para confiarles los cargos públicos. Sus vicios eran la embriaguez y la vanidad; pero logró disminuir los efectos del primero, mandando que no se ejecutara ninguna órden que él diera después de comer. Sus aduladores se aprovecharon del segundo para poner su nombre en todas partes, no sólo en las construcciones de nueva planta, sino tambien en los revoques y reparaciones de edificios viejos. La gente zumbona y maliciosa le llamaba la yerba parietaria, porque siempre se veia su nombre en las paredes. Consintió con mucho gusto en que le dieran el título de *Se-*

ñor, cosa apenas usada ántes de Domiciano, aunque después se ha prodigado tanto; que se hiciesen sacrificios delante de sus estátuas y se jurase por su vida y por su eternidad; y como los cristianos no se prestaran á ello, persiguió á los cristianos é impuso varios castigos á los que no reconocian su divinidad.

Como sus virtudes superaron á sus vicios, puede decirse con verdad que el reinado de Trajano fué un paréntesis en la decadencia del imperio, y áun una época de gloria para éste. Venció á los Dacios, reduciendo la Dacia á provincia; penetró hasta la capital de los Partos, apoderándose de sus tesoros, y formó de la Asiria otra provincia romana.

Al regresar con su ejército vencedor á Antioquía, un temblor de tierra destruyó la ciudad, extendiéndose tambien á otras muchas poblaciones, calamidad que la supersticion de los judíos tomó como indicio de la caida del imperio, y excitó sublevaciones, principalmente en Africa. Muchos pueblos recien conquistados siguieron aquel ejemplo, y Trajano tuvo que llevar la guerra de un lado á otro durante su vida, que acabó en Selinunte, en Cilicia, en Agosto del año 117, después de haber reinado diez y nueve años y medio.

Dícese que el Papa Gregorio VII obtuvo con lágrimas y oraciones librar del infierno á Trajano, donde estaba hacia cuatro siglos, y llevarle á la gloria. Juan de Salisbury, que fué el primero que citó esta tradicion, dice que Dios, en una revelacion, anunció al Papa que en virtud de sus súplicas habia concedido aquella gracia al emperador pagano, pero con la condicion de que no le pidiera en adelante igual beneficio para ningun infiel. ¡Buena idea se tenia de Dios y del Papa en tiempo de Juan de Salisbury!

A las órdenes de Trajano habia servido en el ejército Publio Elio Adriano, natural de Roma, pero hijo tambien de padres españoles. Trajano le cobró afecto, le casó con la sobrina de su hermana, y le nombró sucesor. Proclamado emperador por el ejército de Antioquía, escribió al Senado pidiendo su confirmacion, y el Senado se apresuró á decretarla, concediéndole además los honores de un triunfo. Cuéntase que Adriano era una mezcla portentosa de vicios y de virtudes. Sabia más que ninguno de su siglo en materia de ciencias, literatura y poesía. Dictaba á cuatro escribientes á la vez, y tenia tan gran memoria, que recordaba los nombres de todos los soldados que habian servido á sus órdenes. A esta memoria se debe, sin duda, su fama de

científico, pues en muchos la memoria suple al entendimiento. Era escultor, pintor, músico y poeta; bajaba á la arena con los gladiadores, y queria sobresalir en todo y obtener la palma, cosa fácil para él, no porque realmente sobresaliese, sino porque el desdichado que se atrevia á disputarle la victoria en cualquier asunto, era condenado á muerte. Habiendo criticado al filósofo Favorino cierta expresion de que se habia valido en una obra, el filósofo, aunque podia justificarla, confesó su supuesto error y se apresuró á enmendarlo segun la opinion de Adriano. Admirándose sus amigos de tal condescendencia, les dijo:—¿Queríais que me pusiera á disputar con quien manda treinta legiones?—Hizo muy bien el filósofo Favorino, y debiera haberle imitado el grande arquitecto Apolodoro, que habia dirigido las obras públicas en tiempo de Trajano. Habiéndole Adriano criticado la forma de una construccion, Apolodoro, herido en su amor propio, le dijo enfadado:—«No hables de lo que no entiendes, y vete á pintar sandías, que es lo que sabes hacer.—Otra vez Adriano le enseñó una Vénus sentada que habia pintado, y que era desproporcionada para el templete á que se la destinaba. Apolodoro dijo:—Si se pone en pié, ¿dónde la vas á colocar?—Esta franqueza le costó la vida.

Atacado Adriano de hidropesía, adoptó á Elio Vero, pero este murió al poco tiempo, y en su lugar nombró sucesor á Tito Antonino, á condicion de que éste á su vez adoptase á los dos hijos de Elio Vero, Aurelio y Lucio Vero. Después Adriano se retiró á Tívoli, posesion que habia hermoseado con magnificencia y donde se entregaba á todas las lascivias que le permitia el mal estado de su salud. Allí murió á la edad de sesenta y dos años, después de haber reinado veintiuno. Fué elevado á los altares, se le dedicó un templo y se depositaron sus cenizas en el magnífico sepulcro que habia mandado construir, y que hoy se conserva todavía con el nombre de Castillo de Sant-Angelo.

Antonino, que le sucedió, vivió en paz y tranquilidad durante los veintiun años de su reinado, sin hacer más excursiones que desde Roma á su quinta de Lanuvio, y desde ésta á Roma. Era afable, bondadoso, amigo de los placeres campestres, observador de los ritos de su religion, pero sin perseguir á los cristianos, antes bien, prohibiendo que fuesen molestados. Mereció, pues, el título de *Piadoso* que le dieron sus contemporáneos. Lo que no estuvo justificado fué el título de *Feliz* que tambien le dieron. Hubiéralo sido si no hubiese estado casado con Faustina, mujer cuyas disoluciones recuerdan las de la

antigua esposa de Claudio. Faustina, sin embargo, no murió como Mesalina; el pobre Antonino sufrió con resignacion su desgracia, y áun después de la muerte de su infiel esposa consintió que fuera divinizada y se acuñaran monedas en su obsequio. Fiel Antonino á la promesa que habia hecho á Adriano, adoptó á los dos hijos de Elio Vero, Marco Aurelio y Lucio, los cuales se distinguian: el uno por sus buenas prendas, y el otro por sus perversas cualidades. Antonino, poco ántes de morir, en 161, designó por sucesor al primero; despues murió, y fué colocado entre los dioses, ni más ni ménos que sus antecesores.

Así como Nerva se habia asociado á Trajano, Marco Aurelio se asoció á su hermano Lucio Vero, nombrándolo augusto y colega. Este nombre de agusto empezó entónces á significar el segundo emperador. Lucio Vero pasaba los dias en los banquetes y las noches en recorrer las calles de Roma, rivalizando en libertinaje con la gente más perdida. La noche que no salia cenaba con su hermano, y después, retirándose á sus habitaciones, se entretenia allí con sus esclavos y mancebas en las orgías más escandalosas. Una vez gastó en un sólo banquete seis millones de sextercios, que vienen á ser unos cinco millones de reales. No convidó á este banquete más que á doce personas, pero regaló á cada una de ellas una corona de oro, un hermoso esclavo, un mayordomo, una vajilla de plata y oro, varias copas mirrinas ó de cristal de Alejandría, de inestimable precio, es decir, una para cada vez que se bebia; otras copas preciosas engastadas de piedras, varias coronas de flores que no producia la estacion; y por último, para que pudiesen retirarse cómodamente á su casa, una magnífica carroza de marfil con mulas ricamente enjaezadas. No era extraño que así tratase á sus convidados el que levantaba estátuas de oro á su caballo, le tenia alojado en un magnífico palacio, le cubria de mantas de púrpura, le alimentaba con pasas y almendras, y á su muerte le construyó un mausoleo en el Vaticano.

Por aquel tiempo, además de las pestes, terremotos, incendios é inundaciones, afligieron al imperio varias guerras. Los Galos invadieron la Germania; los Britanos se rebelaron y se agitaron tambien los Partos y los Armenios. Marco Aurelio, queriendo sacar á su hermano de la vida disipada que hacia en Roma, le envió á hacer la guerra á los Partos. Lucio Vero salió de Roma, se detuvo en Cápua miéntras se curaba una leve enfermedad, después pasó á Grecia y al Asia, y allí, y sobre todo en Antioquía y en la deliciosa residencia de Dafne,

volvió á entregarse á los deleites y á pasar el tiempo entre bufones y meretrices, miéntras que sus generales recobraban las ciudades invadidas por los Partos, y en Selencia, á orillas del Tigris, pasaban á cuchillo á 400.000 habitantes. Lucio Vero, proclamado vencedor, repartió las provincias entre los senadores que le acompañaban en sus orgías, y de regreso por la Germania, murió allí á consecuencia de sus excesos.

Marco Aurelio continuó la série de las victorias romanas; arrojó á los bárbaros más allá del Danubio, celebró triunfos en Roma, fué generoso y hasta blando con sus enemigos, y por parecerse en todo á Antonino, tuvo una mujer, llamada tambien Faustina, tan disoluta como la primera y tan consentida como ella. Este emperador filósofo murió en Viena de Austria llorado por todos, ménos por su hijo Comodo, de quien se sospecha que le apresuró la muerte.

Aunque Comodo pasaba por hijo de Marco Aurelio, su madre Faustina era tan disoluta y el muchacho habia salido tan forzudo y robusto, que no faltó quien atribuyese su paternidad á alguno de aquellos gladiadores de la época, que con sus prendas corporales, su destreza y valor en el circo, solian conquistar los favores de las damas romanas, y principalmente de Faustina. Por más que Marco Aurelio le daba buenos ejemplos y procuró darle excelente educacion, no consiguió variar su índole perversa, de la cual dió muestras desde edad muy temprana. No tenía más que doce años cuando cometió el primer asesinato. Encontrando demasiado caliente el agua del baño, castigó al bañero mandándole arrojar vivo á un horno. Subió al trono á la edad de diez y nueve años, y con el poder absoluto se desarrollaron más sus instintos feroces. Se jactaba de ser hábil cirujano, y obligaba á muchos infelices á que asistieran á sus consultas, cortando y rajando en ellos por donde le parecia. De noche recorria las calles ejerciendo su habilidad en los transeuntes, cortando á uno un pié, á otro una mano, extirpando á este un ojo, á aquel la nariz, etc., después de lo cual se retiraba muy satisfecho de las excelentes operaciones que habia practicado. Tenía una fuerza prodigiosa y una destreza singular en el manejo del arco. Arrancaba con las flechas el pescuezo á los avestruces en medio de su carrera; traspasaba á una pantera sin tocar á la víctima que tenía entre sus garras; bajaba desnudo á la arena del circo á combatir con los gladiadores; y para que no faltasen fieras en los espectáculos, prohibió que en el Africa se mataran leones

ni se les ahuyentara cuando se acercaban hambrientos á las aldeas.

Su disolucion igualaba á su crueldad: tenía en su palacio trescientas concubinas y otros tantos cómplices de las más inmundas obscenidades, no habiendo infamia que no cometiese hasta con las personas de su propia familia. Perenne, su primer ministro, se habia conquistado el favor fomentando las pasiones imperiales. Un dia en los juegos capitolinos, un filósofo cínico, dirigiéndose á Comodo, gritó: —Perenne y sus hijos atentan contra tu vida. El ministro mandó inmediatamente quemar vivo al filósofo; pero Comodo concibió sospechas, y poco tiempo después, habiendo las legiones de Bretaña, pedido la cabeza de Perenne, le mandó matar, lo mismo que á su hermana y sus tres hijos. En su lugar nombró ministro á Cleandro, esclavo de Marco Aurelio, á quien casó con una de sus concubinas. Cleandro lo vendió todo, empezando por su mujer, continuando por los empleos, las provincias y las rentas públicas, y acabando por vender tambien la vida de los inocentes de quienes algunos malvados querian vengarse. Con esto acumuló grandes riquezas, compró muchos esclavos, y á gran parte de ellos les hizo senadores.

Pero un dia se armó un motín contra él, y viendo Comodo que los pretorianos no podian sosegarlo, mandó que arrojaran al pueblo la cabeza de su ministro, y el pueblo se sosegó después de haber arrastrado por las calles los cadáveres de Cleandro, de su mujer, de sus hijos y hasta de sus amigos. La magnanimidad de Comodo corria parejas con la moderacion del pueblo.

Un príncipe tan infame, se llamaba feliz y hasta piadoso en las medallas; y el complaciente Senado llamaba Casa de Comodo al edificio en que celebraba sus sesiones. Véase el encabezamiento de las cartas que Comodo escribia al Senado: «El emperador César, Lucio, Elío, Aurelio, Comodo, Antonino, feliz, leon, piadoso, sarmático, británico y germánico, pacificador, invencible, Hércules romano, padre de la pátria, á los ilustres senadores comodianos, salud.»

Tres conspiraciones hubo para matar á este mónstruo, y la primera fué nada ménos que de su hermana Lucila. Descubierta esta conspiracion al mismo tiempo que las infidelidades de la emperatriz Crispina, que se habia propuesto exceder, ó por lo ménos imitar, en disolucion á su marido, fueron las dos desterradas á la isla de Caprea, y allí asesinadas por órden imperial.

Muchos senadores habian sido cómplices de Lucila, y Comodo es-

tuvo á punto de sucumbir en esta tentativa, porque el asesino alquilado por el Senado tuvo medio de llegar hasta el emperador, levantar el puñal é intentar el golpe, diciendo:—«Este regalo te envia el Senado.»—Pero los guardias que rodeaban á Comodo detuvieron la mano del agresor. Comodo, temiendo que otro asesino fuese más afortunado, y sospechando de todos, multiplicó los suplicios, aceptó todas las delaciones y Roma se cubrió de luto.

La segunda conspiracion contra Comodo ocurrió en la España y en la Galia, y fué dirigida por un soldado llamado Materno, que levantó algunas tropas. Los generales de Comodo acudieron á sofocar el incendio, y Materno, viéndose cercado, dispersó su gente en todas direcciones, y con unos cuantos hombres penetró en Italia disfrazado, con ánimo de matar á Comodo y declararse emperador; pero, vendido por uno de sus compañeros, fué hecho prisionero y condenado al suplicio.

Por fin, la tercera conspiracion acabó con la vida del mónstruo. Marcia, una de sus concubinas, Leto, capitan de su guardia, y Cleto, su mayordomo, habiendo sabido que estaban condenados á muerte, se concertaron para envenenar al emperador, y, en efecto, lo consiguieron el 1.° de Enero del año 193. Comodo habia reinado trece años: el Senado que le habia adulado en vida, le maldijo cuando le vió muerto, llamándole vil gladiador y parricida, mandó derribar sus estátuas y le negó la sepultura. Verdad es que posteriormente, con beneplácito y aplauso del mismo Senado, se le colocó entre los dioses y se decretaron sacrificios y fiestas anuales en su obsequio.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA

(Concluirá.)

LA BIBLIOTECA DEL REAL MONASTERIO

DE SAN LORENZO DEL ESCORIAL

I

Achaque harto comun es, entre las personas que han tratado ó tratan del famoso monumento, apellidado por uno de sus primeros y más entusiastas historiógrafos (1) *única maravilla* del mundo, no ver en aquél sino el convento, el alcázar de los Padres Jerónimos, el poderoso baluarte que el rey D. Felipe II levantó á la Religion católica para su defensa contra el espíritu de reforma, tan prepotente ya á la sazon.

Distraidos por la magnitud de la empresa, que bien retrata el majestuoso y sólido edificio, cuya apariencia, en efecto, más que de pacífico asilo monástico es de soberbia fortaleza; deslumbrados por la ecléctica ornamentacion que numerosas generaciones de artistas han ido acumulando en su recinto durante tres siglos, hay muy pocos, ni entre sus simples admiradores platónicos, ni entre los que por escrito han consignado sus impresiones, que se percaten de la parte más trascendental del pensamiento del fundador, sintetizada, empero, bien claramente, en la creacion y organizacion de la famosa Biblioteca Laurentina.

Grande, cómodo y suntuoso fué el edificio que Felipe II levantó á la órden de San Jerónimo; majestuoso y enriquecido con todas las joyas que su magnificencia pudo allegar, el templo que erigió á la Religion; pero no quedaba, con todo esto, cumplido el principal objetivo

(1) El P. Prior Fr. Francisco de los Santos, en un Ms. inédito.

de aquella su política que, en esta, como en todas las empresas de su reinado, informaba sus concepciones y planes, meditados, acaso con frecuencia, sobre aquel famoso libro que tanto renombre ha dado á Machiavello, y del que se asegura existir un ejemplar profusamente apostillado por la régia mano.

Pretendiendo restaurar, tan cumplidamente como le fuese posible, la institucion monástica, ajustándola á nuevos moldes, quizá pretendió Felipe II que el nuevo convento de San Lorenzo fuera fiel trasunto de aquellos famosos cenobios de los tiempos medios, en los que, al amparo de la Religion, se refugiaron las ciencias y las artes, cuando los hombres del siglo, tan sólo en la reconquista del territorio, en contiendas intestinas, guerras y depredaciones se ocupaban; pues, segun sus mismas palabras, proponíase *que el Monasterio que edificaba fuese un perpétuo Seminario de santos y sábios*. El movimiento filosófico y racionalista iniciado en el siglo XV, amenazaba ya asentar sólidamente su predominio, y el *rey prudente*, viendo, acaso, con su acostumbrada perspicacia, la insuficiencia de la fuerza contra la idea, no habia de satisfacerse con encomendar tan sólo á sus ejércitos la defensa de las suyas; trató de entablar tambien la lucha, y de hecho la inició briosamente con las armas del razonamiento.

A este propósito respondia la creacion del Colegio y Seminario, á los cuales destinó casi una mitad del extenso edificio que levantaba sobre la villa del Escorial. Un convento establecido con gran magnificencia, dotado de enormes rentas, protegido por toda clase de derechos é inmunidades, con un abad mitrado, con jurisdiccion *verè nullius*, que fué una potencia en la córte y en el Estado, sólo era una casa más para la órden de los Jerónimos, quienes más bien fueron siempre dados á la vida contemplativa, que á las agitadas luchas de la inteligencia.

Pero no se limitaban las aspiraciones de Felipe II á restaurar la institucion: soñaba con la regeneracion de una órden que, en sólo dos siglos de vida, habia llegado á gran decadencia; y al lado de la comunidad constituida, puso la escuela en que debian formarse los futuros soldados de la fé, sin apartarse de la tradicion, pero templando nuevas armas, estudiando planes nuevos para la encarnizada guerra que habia declarado el Renacimiento á todo lo antiguo. A la sombra del árbol vetusto, pero robusto aún, estableció el vivero que habia de producir fuertes columnas para el edificio católico.

A la organizacion y dotacion de estas dos escuelas atendió con especial esmero, y los dos grandiosos salones, severos y majestuosos, como naves de iglesia, que destinó á las cátedras de Teología y Filosofía, bien dicen la importancia que daba á la enseñanza de estas ciencias, por tan múltiples vías combatidas, á la sazon, en el mundo. Reservóse el nombramiento de los maestros que debian *leerlas*, siendo doctores seglares los que regentaron sus cátedras hasta el año de 1603, desde cuya fecha los sustituyeron frailes, profesos en el Monasterio y de aquellas áulas, así como de las de Gramática y Artes salieron, en el trascurso de dos siglos, cerca de doscientos varones, más ó ménos ilustres en la historia de la casa, entre los que se nombran con especial mencion los Sigüenzas, Alaexos, Veras, Mauricios, Oropesas, Oñates, Villanuevas, Reyes, Victorias, Ximenez, Santos, Quemadas, San Jerónimos, Pueblas, Santamarías, Torres y otros, quienes, empero, ni en el progreso de las ciencias filosóficas, naturales y exactas, ni en la literatura dejaron huella visible, ni áun bajo el punto de vista de la escolástica, que necesariamente habia de informar sus trabajos.

Ya fuese por la estrecha pauta á que debieron necesariamente sujetarse, ya porque el estudio y la enseñanza hubieron de permanecer encerrados en el estrecho círculo de hierro del escolasticismo en aquel magno Colegio, es lo cierto que los propósitos de su ilustre fundador no llegaron á positiva realizacion ni pudo nunca constituirse en el *Seminario de santos y sabios* con que soñó, aquella escuela á que nada hubo de faltarle, desde los más eximios maestros, elegidos por el mismo rey entre lo más granado de los sabios de su tiempo, hasta el más rico caudal de obras buscadas con gran empeño por toda Europa y hasta en el Oriente, y que habia de ser necesario y utilísimo complemento del gran Instituto Laurentino.

II

Al idear el proyecto de la Biblioteca de San Lorenzo, inspiróse, á no dudarlo, Felipe II en la respetada tradicion que desde los primeros tiempos del Cristianismo iba unida á las librerías monásticas, siquiera en la época de aquel rey no fuera cosa peregrina el mirarlas como artículo de puro lujo. Mas acaso este mismo decaimiento fué parte á que emprendiera con tanto empeño y tan enérgica decision

el proyecto de organizar una Biblioteca como nunca, á su juicio, la hubiera habido en España, y que pudiera allegar la mayor suma de libros para utilidad, no sólo de los frailes de San Lorenzo, sino de cuantas personas quisieran ir allí á estudiar. Este, ni más ni ménos, fué el verdadero pensamiento de Felipe II, como adelante demostraremos.

Como decimos, la tradicion de las antiguas librerías monásticas arranca de aquellos primeros tiempos en que la fé cristiana vino á sustituir en el mundo civilizado al paganismo. Establecidas en el siglo I las siete sedes apostólicas primitivas de la Península ibérica, puede afirmarse, sin gran atrevimiento, que de esta época datan las colecciones de manuscritos de todas las diócesis, puesto que, dedicados con ardor incansable aquellos siete varones que envió á Iberia el Príncipe de los Apóstoles á la propagacion de la fé cristiana, érales indispensable allegar libros de doctrina y obras litúrgicas, así para instruccion de los neófitos como para estudio de los sacerdotes, pues no podia bastar en manera alguna la simple tradicion oral en aquellos tiempos de lucha y de creciente civilizacion.

El furor de los perseguidores de la ley nueva ensañóse, pues, en los ya numerosos manuscritos que para su difusion se habian compuesto y seguian escribiéndose con incansable y heróico afan. Ya en esta época existian abundantes depósitos de manuscritos en las iglesias cristianas, y contra ellos expidieron varios edictos los emperadores romanos, prescribiendo la destruccion, por el fuego, de todo escrito cristiano; pero los fervientes adoradores de Cristo, léjos de intimidarse, reputaron y declararon delito de traicion la entrega de los manuscritos que guardaban su ley, y arrostraron heróicos el martirio por conservarlos ocultos. Así pereció en Valencia el diácono Vicente; y tan grave consideraron el asunto los cristianos, que el Concilio Cirtense tuvo por objeto anatematizar á los falsos cristianos que habian presentado á sus perseguidores los vasos sagrados y los manuscritos de algunas iglesias. Los frecuentes viajes ó peregrinaciones que á los países de Oriente se hacian ya por esta época, con objeto de visitar los Santos Lugares y conocer á los sapientísimos doctores Agustin y Jerónimo, cuya fama se extendia por todo el mundo civilizado, fueron orígen de que se acrecentara rápida y abundantemente el número de manuscritos en los archivos eclesiásticos de la Península; y presbíteros como Paulo Orosio, Avito, Luciano, Eucha-

rio, Licinio, el insigne Pontífice Dámaso y otros muchos, hicieron frecuentes expediciones á Roma, Jerusalen y Constantinopla en los siglos IV y V, cuando ya España contaba en Idacio el sabio obispo de Lamego, al primer cronista ibero.

Aunque posteriormente, el mismo orígen tuvieron las colecciones de manuscritos de los conventos, contándose como primera, por lo que dice San Ildefonso, la del monasterio Servitano, fundado por el abad Donato, quien, segun el ilustre prelado toledano, trajo desde Africa, con setenta monjes, *muchos Códices*

En adelante prosiguieron de mancomun clérigos y cenobitas la obra de propaganda en la forma indicada, y, como dice muy bien un sábio historiógrafo de esta materia, todos se proponian «un fin generoso y grande; y con más avidez que han ido los pueblos á las Indias orientales y occidentales en busca del oro que corrompe al hombre, nuestros compatriotas marchaban al Oriente á saludar el estandarte de la civilizacion, que se plantó en el Calvario..... y adquirian para su amada pátria el oro preciosísimo de la ciencia.....»

Esta continuidad de relaciones entre los españoles y los imperiales de Oriente, fomentada á mediados del siglo VI por la ocupacion que los soldados y súbditos del emperador Justiniano hicieron del litoral de la Bética, desde Gibraltar hácia el Este, cuando fueron llamados por el rey Atanagildo, facilitó así la formacion de aquellas colecciones canónicas tan puras, y que multiplicadas sin descanso en iglesias y conventos, ya en gran número existentes en las extensas provincias de la Península, constituyeron los ricos depósitos de Códices, que empezaron á tener gran renombre en el siglo VII; y así vino á hallarse España, en punto á pluralidad de conocimientos y riqueza de manuscritos, en una situacion en que ninguna otra nacion se encontraba, excepcion hecha del poderoso imperio greco-romano. A San Leandro, arzobispo de Sevilla, se debió en el siglo VI que las iglesias de España enriqueciesen considerablemente sus archivos, pues ya trascribia, de su mano, las obras de mayor utilidad, ya procuraba que se hiciesen otras copias con la mayor exactitud. Sabido es, y hasta el Dr. Cardona lo cita en su informe á Felipe II—que adelante detallamos—que era un medio eficaz de que se valian los herejes para autorizar sus errores, la adulteracion de los textos, al tiempo de hacer las trascripciones de los Códices.

Y esta obra civilizadora de San Leandro, su importante viaje á

Constantinopla, que tantos bienes reportó á la literatura de la España visigoda, se realizaban precisamente cuando los iconoclastas preparaban ó habian empezado ya sus bárbaras devastaciones en los archivos y bibliotecas de Oriente y de otras regiones.

Por lo demás, fuera de España no era menor el afan de allegar colecciones de manuscritos.

No habian esperado los monjes, para entregarse á los estudios y para reunir obras que se los facilitasen, á que la ciencia, proscripta de la sociedad en cierto modo, buscase, como supremo refugio, el recinto de los monasterios; la regla de San Pacomio, formulada en el siglo III así lo demuestra, y de ella se desprende que la cantidad de libros de que disponian los cenobitas á ella sujetos era ya considerable, pues preceptúa que haya dos religiosos que tengan á su cargo la biblioteca; que cada solitario tenga su libro de lectura, segun la regla; y como quiera que los monasterios de la órden se componian de treinta ó cuarenta casas, en cada una de las cuales habitaban, por lo ménos, unos cuarenta monjes, puede presuponerse la importancia de su librería. Y si un abad de los tiempos cenobíticos, Petrus Acotantus, se espantaba del lujo introducido en ciertos libros, otros hombres no ménos austeros, como dice el P. Cahier, fueron ajenos á esta severidad de los censores: San Ephrem, citado por Mabillon, elogia á los solitarios del siglo VI, quienes escribian con oro ó plata sobre pieles teñidas de púrpura, y estos hechos delatan la importancia que tenian ya en aquella época remota los libros y las bibliotecas, á las cuales se dedicaba en todas las abadías la mejor y más vasta estancia. Y si poco después los iconoclastas causaron en las bibliotecas irreparables devastaciones, Carlo Magno y Alcuino diéronles un desarrollo y un esplendor que cambió la faz del mundo intelectual en todo el Occidente, siendo éste uno de los rasgos más característicos de aquel período, por historiadores modernos, apellidado con justicia primer renacimiento, y que si debia de sufrir momentáneo eclipse hácia los fines del siglo IX, habia de ser para brillar á poco con nueva y más esplendente luz. Durante algunos años pareció extinguirse el arte de los *antiquarii;* quedó abandonado el *scriptorium*, es verdad; pero, áun en la segunda mitad del siglo X, el de Abbon no contenia ménos de cien cuerpos.

La historia de la calygraphia y de la chrysographia nos revela á cada paso la solemne consagracion que, áun en esta época de transi-

cion, concedian los príncipes de la Iglesia y los monarcas á las bibliotecas monásticas: los Concilios velaban por su conservacion y aumento, y un célebre abad del siglo XI, cuyos trabajos monásticos tanto edificaron á su época, y á quien llamaron el hombre de Dios, el abad Teodorico, de la abadía de Ouche, repetia incesantemente á sus monjes: «¡Escribid! Una letra escrita en este mundo os redime en el cielo de un pecado.» Fué muy general el recitar una oracion al comenzar en el *scriptorium* sus trabajos los copistas, para glorificarlos y santificarlos, así como en el refectorio se recitaba el *Benedicite*.

Harto conocidas son las palabras con que el gran regenerador de la chrysographia, el monje Alcuino, dirigia á sus contemporáneos, excitándoles á que se dedicasen á la transcripcion de los Códices, obra que consideraba más meritoria y más útil que el trabajo de los campos, que sólo aprovecha al cuerpo, al paso que la ocupacion del copista era beneficiosa para el alma.

Pero mucho ántes que Alcuino, el sábio Isidoro, síntesis de la tradicion literaria y científica de una dilatada época en que se cumplió la unidad política y religiosa de la monarquía española por vez primera, reunió una gran cantidad de libros, estableciendo una rica librería, en la que figuraba cuanto de notable existia en su época, y en la que brillaba con eximio esplendor la coleccion de sus propias obras, que han guardado incorrupto á la posteridad, como en arca santa, el tesoro científico de los antiguos imperios de Oriente y Occidente.

En un Códice gótico de la Biblioteca Nacional hállase una Memoria de esta magna librería, y consiste en los títulos ó inscripciones en versos latinos que mandó colocar el mismo sabio arzobispo en el local de la biblioteca. El P. Florez los publicó en el tomo IX de su *España Sagrada*, y es de admirar la delicadeza con que San Isidoro se dirige al que la visita, instándole al estudio, los elogios con que ensalza á los grandes varones Agustin, Jerónimo, Hilario, Ambrosio, Cipriano, Juan Crisóstomo, Gregorio y Leandro, á varios célebres autores, á los príncipes de la medicina Hipócrates y Galeno, sin que falten imprecaciones á los que visiten la biblioteca y á los copistas que en ella trabajen, las cuales, por su interés intrínseco y por el extraordinario afan que demuestran en el santo sabio por su fundacion, hemos de trascribir aquí.

Al simple visitante, dice:

Si plus, bis, terque, quaterque fieri quod vult
Scriba magis nosset eo, oportet amice.
Si sapis et sentis hoc tibi dico, tace.
Non patitur quemquam coram te scriba loquentem.
Non est hic quod agas garrule, perge foras.

Y al copista:

Qui calamo certare cupit cum montua pelle
Si placet hic veniat: hic sua billa gerat.
Qui vagus hic fuerit, media librarius hora
Suspensus binis feriatur terga flagellis (1).

Sería apartarnos demasiado del objetivo de este escrito continuar esta digresion, siquiera de ella hubiera de desprenderse la refutacion completa del error, comun todavía en la época presente, acerca de que la cultura científica y literaria de España en la época visigoda y áun durante los primeros tiempos de la invasion sarracena, fué, no sólo inferior á la de los demás pueblos de Europa, sino por todo extremo abatida y nula.

Por lo que respecta á los archivos y librerías, ya en completo desarrollo al librarse la batalla del Guadalete, si bien es verdad que hubieron de sufrir gran detrimento con las peripecias de la lucha, es un hecho incontrovertible el de que en las montañas de Astúrias, en Cataluña y otros puntos conservároose incólumes muchas colecciones, afluyendo las de otras partes que en aquellos refugios se pusieron á salvo, y que allí se acogieron asimismo los *crysographos* y *calygraphos* que habian de producir los monumentos bibliográficos que nos han trasmitido muestras indudables de una civilizacion tanto más apreciable, cuanto que no sólo era genuinamente española, sino que á ella acudieron en demanda de inspiracion y de enseñanza los sabios y los artistas de otros países.

Así pudieron conservarse los archivos y librerías de San Martin de Liébana, el más antiguo acaso de la Península; el de San Millan de la Cogolla; del Salvador, de Oviedo; de San Isidoro, de Leon; de Albelda, Gerona, Tarragona, La Murta, Ripoll, Poblet, Toledo y tantos otros, cuya veneranda tradicion é incalculable riqueza no llegaron á ser detalladamente conocidas hasta que Felipe II comisionó á peri-

(1) Para la completa inteligencia de este último verso, hay que recordar que en una estancia inmediata al *scriptorium* era donde se disciplinaban los monjes

tas y diligentes personas para que reconociesen aquellos preciosísimos depósitos.

En esta autorizada tradicion, pues, inspirado, concibió y desarrolló el proyecto de centralizar en la Biblioteca Laurentina cuanto pudiera obtener de tantos tesoros que, á la verdad, yacian olvidados, ó lo que era peor, amenazados de inminente destruccion. Realizó, si no por completo, en gran parte, tan ilustrada y generosa idea, allegando así «una de las principales riquezas que quería dejar á los religiosos que en ella (aquella casa) hubiesen de residir, como lo más útil y necesario.»

III

Procediendo en esto como en todo Felipe II, que así era hombre de detalle (1) como de vastas concepciones, ocupóse muy detenidamente en la formacion y organizacion de la Biblioteca, empezando por encargar al ilustradísimo canónigo de Valencia, Dr. Cardona, la redaccion de un plan detallado y completo para aquella. Consérvase este original en aquel rico depósito, y contiene curiosos datos, demás de útil enseñanza que los vastos conocimientos del autor y su espíritu práctico pueden facilitar hoy áun al más curtido bibliófilo (2).

---

(1) Existe un ms., en el cual se ve anotado de mano del rey el párrafo del capítulo de las *Costumbres del Monasterio*, que trata de las horas que se han de decir cantadas. De estos casos podríamos citar muchos.

(2) De D. Juan Bautista Cardona, valenciano, doctor en Sagrada Teología, dice Ximeno que «fué varon peritísimo en divinas y humanas letras, célebre canonista y predicador famoso. Primer canónigo magistral de la Santa Iglesia de Orihuela por nombramiento de Felipe II, juez de residencia del Hospital general de Sevilla, Inquisidor Apostólico con título de Comisario de las Galeras de España y Canónigo de Valencia. En el año de 1575 oró en Roma de las glorias de San Estéban protomártir ante Gregorio XIII, con superior erudicion y elocuencia. Trabajó allí mismo en la enmienda del *Decreto* de Graciano. Enmendó las obras de San Hilario, asimismo las de San León, Papa, restituyéndolas á su primer ser; escribió *varias lecciones* y otras obras. Fué Obispo de Elna, Vique y Tortosa. Murió en el convento del Puig á 30 de Diciembre de 1589. Escribió la obra *De Regia S. Laurentii. Bibliotheca* (libro verdaderamente precioso), primero en castellano, y le presentó al rey Felipe II, el qual le puso en la misma librería de San Lorenzo, donde se conserva ms.»

Con efecto, así es, y lleva por título *Traza para la libreria de San Lorenzo el Real por el Dr. Juan Baptista Cardona*. No tiene fecha, pero fácilmente se averigua que fué escrito entre 1578 y 1579.

Pudo muy bien el Dr. Cardona conocer la regla de San Pacomio, que ya en el siglo III prescribia con la más pulcra minucia á su órden el método y manera de organizar y conservar sus bibliotecas, las atenciones que deben guardarse á los lectores, consignando en aquel código monástico un verdadero reglamento bibliográfico. Pudo conocerlo, decimos, aunque sea algo arriesgado afirmarlo, dada la rareza de las noticias que á mediados del siglo XVI se tenia aún de estas antigüedades; pero es lo cierto que el informe del Dr. Cardona á Felipe II, revela un gran conocimiento del asunto y un detenido estudio de la materia acerca de la cual se le pedia dictámen.

Debieron servir de modelo en gran parte al sábio canónigo, al trazar su plan, las bibliotecas Vaticana, Florentina, la de Venecia y otras, que demuestra conocer á fondo; y así de ellas como de particulares librerías, que le fué dado conocer á fondo, tanto en España como en Italia, principalmente, da interesantes y utilísimas noticias en su informe á Felipe II, quien positivamente las utilizó al disponer la organizacion de la Biblioteca Laurentina.

Proponia el Dr. Cardona que se mirase mucho á la cualidad y rareza de los libros que se reuniesen, advirtiendo que ésta consistia en que fuesen manuscritos antiguos de todas lenguas, y particularmente griegos, latinos y hebreos, escritos en pergamino, lo cual respondia, en primer término, á la idea capital del rey de formar una coleccion numerosa de los libros sagrados más auténticos y antiguos, para lo cual, además, se recomendaba la adquisicion de manuscritos originales de ediciones antiguas, por cuanto, segun dice el Dr. Cardona, diariamente se veia que en las imprentas «o por descuido o por ignorancia o bachillería de los correctores se corrompen en los libros muchísimos lugares» y por esto importaba mucho poseer los originales, «para recorrer y consultar con ellos y conferir atentamente y desta manera enmendallos y sacallos limpios.» Cita á este propósito varios ejemplos de estas correcciones que personalmente habia hecho, y cuya importancia era grande en aquellos tiempos «tan trabajosos, dice, en que vemos que los enemigos de la Iglesia corrompen muchos lugares para conuencerles de sus maldades y ver clara y limpia la verdad.»

Tradujo al latin é imprimió este opúsculo en 1583, siendo ya obispo de Tarragona, con este título: *Ioan Bap. Cardonæ Episc. Dertosani De Regia S. Laurentii Bibliotheca.*

Adelante tratamos más extensamente de este plan diversamente apreciado por varios autores.

No de otra suerte se expresaban en los siglos V y VI San Leandro y San Isidoro, y así venian á darse la mano los partidarios de la Reforma en el siglo XVI y los primeros heresiarcas del Cristianismo.

Tanta importancia tenia entónces este punto de la depuracion de los libros escriturarios, canónicos y hasta los litúrgicos, que el ilustrado canónigo valentino concedióle no pequeña parte en su informe, como se verá por las siguientes líneas, en las cuales aparece, demás de esto, el propósito verdaderamente levantado, favorable á la difusion de los conocimientos que animaba al Dr. Cardona, el cual, por otra parte, fué de todo punto atendido por el rey.

«Una cosa—dice—mandará V. mgd. proueher con su grandeça: que si algun hombre huuiere insigne el qual el mismo en persona fuere o ymbiare a otro para que le traslade o le confiera *(copie* o *colacione)* algunos lugares con exemplares antiguos, este tal tenga donde se haya de rrecoger, donde podrá biuir, donde entretenerse hasta que acaue su trabajo. En rroma ha muchos años que se trauaja en corregir el decreto de Graciano por estar notablemente viciado y para esto se embio orden expresa y breue particular para que mirasen ciertos concilios antiguos de la librería de Sant Lorencio el Real que V. mgd. hace; de donde sacaron grande prouecho asi por auer hallado concilios que nosotros en rroma no los teniamos como por que los escriptos a mano eran mejores y más correctos que los que tenemos estampados en flandes. Enmendar ahora a Tertuliano y a Ireneo y a las obras de S. Agustin y estos que hacen estas diligencias y despues haran otras embiaran a la libreria de V. mgd. para que confieran y cotejen con los exemplares antiguos que allí uuiere y esto sera muchas veces y es lo mas graue y de mas reputacion que haran y para esto es bien tengan donde recogerse con solo precurar tengan posada franca y lo demas que sea a su costa y aun en esto a de auer mucho miramiento y de manera que no se haga grangeria y modo de entretenerse y se mezcle artificio y engaño en ello como en las demas cosas pues muchos dicen que hacen profesion de letras y son gente perdida que andan entreteniendose por el mundo y conuiene proueer esto con mucha madurez y estrechez.»

Bien se echa de ver que el P. Cardona carecia de un conocimiento exacto de lo que eran los frailes españoles de su época, ó, por lo ménos, los Jerónimos de San Lorenzo, lo cual no es de extrañar, dado que habia pasado en Italia gran parte de su vida, y que, cuando es-

cribia su informe, no habia visitado aún el Escorial. Pensar que una biblioteca como la que proyectaba Felipe II habia de estar encomendada á los frailes Jerónimos y ser asequible á cualquier hombre sabio ó *de profesion de letras*, era pensar en lo excusado. Multitud de documentos, y la misma organizacion de la Biblioteca Escurialense, tal cual es hoy, patentizan que el rey siguió, *ad verbum*, todas ó casi todas las indicaciones del experto canónigo; mas hubo de estrellarse su misma energía, con ser tanta, contra la pasiva tenacidad de los monjes, áun en aquellos primeros tiempos de la casa, en los que de contínuo asistia el fundador á su organizacion. Ciertamente que, al recomendar el Dr. Carmona que se proveyese al alojamiento de los sábios y literatos legos, ó á la casa extraños, y que esto se hiciese *con mucha estrechez*, no podia imaginarse que llegase ésta, desde un principio, á la menguada angostura que, á poco, consignaba, en dolientes frases, el erudito Dr. Valverde, el primer sabio, acaso, enviado por el rey á San Lorenzo con mision especialísima de examinar los Códices griegos y hebreos que á su librería se habian remitido. Dirigiendo á Felipe II una breve relacion de algunos cuadernos de glosas escriturarias en hebreo, que habia examinado, dícele al terminar: «..... le suplico torne á acordar lo de mi posada, que está baja y yo estoy tan al cabo, que ni puedo estar aquí ni tengo con qué salir.»

Agréguese á esta noticia otra que nos suministra cierto Memorial del P. Prior de San Lorenzo, Fr. Miguel de Alaexos, fechado en Agosto de 1584, quien se dirige al rey en queja encubierta contra aquella primera intrusion de sabios en su casa, y le dice, entre otras mal pergeñadas impertinencias: «..... *y si su mag. quiere haçer merced al doctor valverde y darle en que entienda, en madrid podra ocuparse*..... (1).» A las cuales impertinencias contestaba Felipe II al pié del memorial y de su puño, que quedaran las cosas como estaban, y aguardase el prior la llegada de Arias Montano. Este y el Dr. Valverde fueron los primeros comisionados para el exámen, clasificacion y catalogacion de los libros orientales que iban llegando á San Lorenzo.

Por la misma época, en una donosísima carta, gráfica y fiel descripcion de lo que era ya á la sazon *el Sitio*, la comunidad y la córte, epístola digna de la discreta pluma del autor de *El lazarillo de Tormes*, léese:

(1) Hállanse estos curiosos documentos, originales, en un Códice de Varios de la Biblioteca de MMss., en San Lorenzo.

«¿Qué puedo más dizir de los hombres, si áun los mismos libros se hazen allí selvajes, huyendo la vista de los hombres doctos, escondiéndose por aquellos encantados caxones de la invisible librería.»

Fué este punto de la hospitalidad á los sabios y literatos, aconsejada por el Dr. Cardona, uno de los pocos en que su bien meditado plan no pudo realizarse, y en el curso de este escrito veremos cuán fielmente se ha conservado en aquella casa, hasta tiempos modernos, tan egoista tradicion.

FELIPE BENICIO NAVARRO.

(Continuará.)

LAS ISLAS FILIPINAS

(SEGUNDA PARTE)

ESTUDIOS DESCRIPTIVOS

(*Continuacion.*)

III

Continúa el P. San Agustin:

«Viven de mala gana en conventos ó casas donde no pue-»dan estar al olor siquiera de mujer.»

«No se sabe qué indio haya quebrado plato ó escudilla en »su casa, y así se hallan en ellas platos de ántes que viniesen »á esta tierra los españoles; pero en los conventos ó casas donde »sirven, quiebran tantos, que parece que lo hacen adrede, por »hacer mal á sus amos.»

«No se les puede fiar espada, espejo, vidrio, escopeta, reloj »ni cosa curiosa que lo toquen siquiera con las manos, porque »luégo, con sólo el contacto físico, lo desconciertan, descom-»ponen y quiebran. Sólo pueden manejar caña, bejuco, nipa, »un bolo, y pocos una azada.»

No debe olvidarse un sólo momento, como ya hemos indicado, que el indígena que se describe es el dedicado á la servidumbre. Este es el más torpe de toda su raza; perezoso y gandul, sólo espera el momento en que el amo duerme, ó sale á paseo, para abandonar la casa, que las más de las veces deja

desierta. Cuando está empleado en las faenas domésticas, siempre distraido, deja caer los objetos que tiene en la mano con el mayor descuido; y llega á tal límite su pereza, que suele quedarse dormido en las faenas de la casa, ya con una bota en la mano, ya en la silla que al acaso cogiera para limpiar. Extraño á todo lo que no es del país, es inútil encargarle, áun con el mayor cuidado, que limpie un objeto al que no esté acostumbrado, pues pudiendo en él más la curiosidad que el respeto, le dará vueltas y revueltas hasta que lo destruya por completo. En ciertas cosas delicadas, vale más que advertirle, dejar á sus alcances la comision. Si, por ejemplo, se trata de abrir una botella y no se tiene á mano un tirabuzon, debe entregársele con la frase: *tú, cuidado*, que para él significa todo, y él se encargará de colocar en la mesa la botella abierta é intacta. Si, por el contrario, se le explica cómo la ha de abrir, sólo se conseguirá que la rompa. El filipino, industrioso para todo, como él quiera, saldrá siempre airoso de cuanto se le encomiende.

«Son insolentes y desenfadados en pedir cosas injustas y »disparatadas, y esto sin reparar en tiempo ni coyuntura: »cuando me acuerdo de aquel caso que le sucedió á Sancho »Panza, gobernador de la ínsula Barataria, un dia después de »comer, ó de no comer, con un labrador pedigüeño é impertinente, que dijo ser de Miguel-Turra, se me representan los in»dios cuando piden.» .....

«Al señor obispo de Troya, D. Fray Ginés Barrientos, pre»lado sumamente circunspecto (segun me contó su Ilustrísima), »se llegó un indio á pedirle prestados cincuenta pesos, porque »le llevó un pañuelo de guayabas; y al señor Marqués de Villa»Sierra, D. Fernando de Valenzuela, estando en el castillo de »Cavite, llevó un indio un gallo, y mandándole dar más de lo »que él valia seis veces, dijo que lo que él queria era que le »diera ochenta cavanes de arroz, y esto en tiempo de tal cares»tía, que no se hallaba por dos pesos un cavan. Pero tienen una »propiedad rara: que tan contentos se vuelven si no les dan »como si les hubieran dado, porque hacen poquísima ó ninguna »estimacion de lo que les dan los españoles, y más el Padre. Y »así, cuando venden algo que vale, v. gr., seis, piden treinta, »y dándoles seis, van contentos.»

«Quieren más un real de mano del Sangley que un peso del »español, y es de admiracion el dominio que sobre ellos tienen »los sangleyes, que les engañan como bobos, y ellos están con»tentos de ser engañados de ellos.»

No es en absoluto que quieran mejor la proteccion del chino que la del español, pues precisamente los chinos é indios siempre están como perros y gatos. Lo que efectivamente sucede es que, aviniéndose mejor el chino que el español á sus costumbres y trato, los explota valiéndose de esa habilidad comun en todos ellos para el negocio, y el indio es muy aficionado, como el chino, á pasar horas y horas volviendo y revolviendo los objetos, defendiendo cuarto á cuarto su mercancía, pesadez que no se aviene con nuestro carácter.

«Son muy dados al juego, por parecerles que es oficio des»cansado para ganar mucho, y muy propio de su pereza y ace»dia, y así quiere más el indio estar tendido en su casa, que »ganar el mayor jornal, y por esta causa, en teniendo un peso, »se está en su casa sin trabajar, hasta que se lo come todo ó se »lo bebe, que es casi lo mismo, y esta es la causa de que sean »tan pobres á vista de los sangleyes y mestizos, que viven en »la abundancia, porque lo saben buscar y trabajar.»

El juego en Filipinas no es desastroso como en Europa, pues allí es rara la *casa de juego* que se conoce; el juego que se cita en el párrafo anterior es el llamado en el país *panguingui*, juego, si se quiere tonto, pero en el cual pasan los naturales la mayor parte del dia arriesgando lo que ganan en un mes. Estos juegos tienen su asiento en los portales y tiendas, de modo que pueden dominarse desde la calle.

«Tienen propiedades contradictorias, como ser muy cobar»des en unas ocasiones, y en otras ser temerarios, porque con»fiesan que quieren más cien azotes que no se les dé un grito, »el cual dicen les penetra hasta el corazon, sin conocer la causa. »Es caso de reir verlos dispertar á otro que esté dormido como »una piedra; se llegan á él sin hacer ruido alguno, y dándole »blandamente con la punta del dedo, muy despacito, lo están »llamando dos horas, hasta que el otro cumple enteramente »con su funcion y despierta. Lo mismo es cuando llaman de »fuera á los que están arriba, ó cuando está cerrada la puerta,

»que se están dos horas llamando muy bajo hasta que casual-»mente les responden ó abren.»

«Por otra parte, tienen acciones temerarias, donde se conoce »que la temeridad es más hija de la ignorancia y barbaridad »que del valor, porque sucede que va un indio ó india por su »camino y siente un caballo que viene detrás corriendo ó con »paso acelerado; pues no volverá este indio la cara, y si viene »por delante de él, no se apartará del camino para que no le atro-»pelle, si el que viene á caballo, con mayor consideracion, no »lo hace. Lo mismo sucede si yendo en una *banca* pequeña ven »venir una *banca* grande, á boga muy arrancada sobre ellos, »que se dejarán ir sobre ella á riesgo de ahogarse ó zozobrar.»

«Lo mismo es en los rios donde hay caimanes, aunque los »vean nadar alrededor, porque dicen, lo mismo que los moros, »que si está de lo alto, ha de suceder aunque lo eviten.».....

«Siendo así que son sumamente crédulos unos de otros, no »creen de los españoles sino lo que es contra ellos, y se hace »evidente ser la fé acto sobrenatural, en que crean los divinos »misterios enseñados por los españoles. Pero algunas cosas no »los creen, ó no los quieren creer, porque hallan utilidad en lo »contrario. Y así no habrá quien les pueda persuadir ser pe-»cado hurtar á los religiosos ministros, ó á los españoles, y de »esto tenemos evidencias tales, que no nos queda la menor »duda de ser así, sino sentir el no poder remediarlo.»

«Es tanta la tenacidad y facilidad de creer los mayores dis-»parates, como sea en descrédito de los españoles ó contra »ellos, que fuera larga empresa contar algunos: solamente de »dos que ví y fuí testigo, me ha parecido hacer memoria para »que de ellos se infieran los demás. Estando yo en Visayas, el »año de 1672, se comenzaron á despoblar é ir á los montes los »indios de las Visitas de Jaro, porque un bellaco les dijo un »disparate como este: díjoles que el rey de España habia ido á »pescar, y que llegó el turco y le habia hecho cautivo, y que »el rey por su rescate le daba todos los indios de Oton: y esto »se lo creyeron tan de veras, que les costó al alcalde D. Sebas-»tian Villareal y á los Padres ministros el aquietarlos; y tardó »mucho, ántes que se asegurasen de todo.»

«El segundo es que, estando en el pueblo de Lipa se descu-

»brió en el de Tanauan una mina, que decian ser de plata, para »cuyo reconocimiento y ensayo envió ministros y oficiales el »señor gobernador, D. Fausto Cruzat y Góngora: hicieron éstos »sus diligencias, pero la mina sólo decia: *argentum et aurum non »est mihi*, y quiere el diablo que algun bellacon por este tiempo »sembrase este embuste: que los ministros decian que no daria »plata la mina hasta que se cogiesen todas las viejas de la co»marca y las sacasen los ojos y los amasasen con otros ingre»dientes, para untar la veta de la mina con aquella masa. Esto »se creyó de manera, que todo era alboroto y lloros, y esconder »viejas por sementeras, y se tardó harto tiempo para aquietar»los, con mucho trabajo de los ministros, á quienes no creian »por ser castilas, hasta que el mismo tiempo los desengañó.»

«Son sumamente soberbios, y así no obedecen el hijo al pa»dre, al cabeza ni al capitan del pueblo, si no les obliga el »miedo; y así, en faltando éste, no obedecen; solo al español re»conocen ser más.».....

«Son muy amigos de imitar al español en todo lo malo, »como es en la variedad de trajes, echar votos y todo lo demás »que ven hacer á los zaramullos, y huyen de imitar lo bueno »del trato y política de los españoles, y la buena crianza de »sus hijos; pero en todo lo de farándula y borracheras, en sus »ceremonias de casamientos y entierros, y tiranías de unos »contra otros, guardan exactamente lo que aprendieron de sus »antepasados, y así juntan en uno los vicios de los indios y de »los españoles.»

Sucede así, efectivamente; el indio que se vé con alguna autoridad, es en extremo insufrible con los de su raza, y amigo de las mayores ceremonias, con que siempre reviste sus empleos, por pequeños que sean, llegando á poseerse de ellos en tal grado, que logra constituir una especie de tipo en cada clase. Sus hechos oficiales para el observador, no dejan de tener su parte cómica. Un gobernadorcillo de una de las provincias del Archipiélago, habiendo recibido varias quejas de los *cabezas*, respecto á la morosidad que en el pago del tributo presentaban algunos naturales, envió un comisionado expreso, portador de una circular para los rezagados, que á la letra decia lo siguiente: «*Muy señores mios suspechosos, el que suscribe*

á la residencia de los endividos espresados al márgen, que son insolventes al Real Haber, y demás anesos del presente económico, que segun motivos figos, ses tan baguiando en sus vuestras jurisdiciones, en meritos del servicio, se sirviran franquiar ausilio al mismo portador, para la busca de dichos personas, y en encontrándolas que las encuentren, las traerán bajo las más severas penas á mi superioridad. Favor que espero merecer y viviré siempre muy agradecido.—Dios guarde á V. m. a. etc., etc.—F. de tal.»

«Así como son pobres soberbios, son viejos ignorantes, y »que no se distinguen de los mozos; y ásí, en sus bodas, convi»tes ó borracheras, se verán mezclados con los muchachos, vie»jos y viejas perdularias, con sus escapularios, dando palmadas »y cantando boberías con las dalagas. Apenas hay indio que »sepa cuántos años tiene, y muchos no saben los nombres de »bautismo de sus mujeres despues de cincuenta años que lo son.»

«Son tan ignorantes, que no tienen la menor noticia del prin»cipio de sus antepasados, de dónde descienden y de dónde vi»nieron á poblar estas islas, ni dan noticia de su gentilidad »(que no es lo peor), y sólo conservan en algunas partes algunos »abusos ridículos que usan con las paridas y enfermos, y la »maldita creencia que les persuade, que las almas de sus ante»pasados ó abuelos de familias existen en los árboles y pies de »cañas, y que tienen poder para dar y quitar salud, logro y ma»logro á los sembrados, para lo cual les hacen ofrendas de co»midas, á su usanza, sin que valga lo mucho que se ha predi»cado é impreso en los libros, porque es para ellos de mayor »autoridad el dicho de cualquiera vieja, tenido por sabio, que »el de todo el mundo.»

Propias son de toda raza pobre y pusilánime las ideas supersticiosas, y ya hemos tratado sobre este particular al hablar de los naturales, por lo que sólo nos detendremos sobre las creencias mas generales.

Una de las mas arraigadas, áun entre los indios instruidos, es la existencia del *Asuang*, duende ó fantasma, causa segun ellos de todos sus infortunios. Cuando á un indio se le mete en la cabeza que el *Asuang* escondió este ó el otro objeto, ó que se le presentó en sueños vaticinándole sucesos terribles, es inútil todo raciocinio, y hay que estar con cuidado, pues presa su

imaginacion del pavor y la ceguedad, irremisiblemente marchará al objeto que soñó. Creencia es tambien general, en el pueblo, el que los recien nacidos necesitan para asegurar la vida alejar de sí los malos espíritus; y al efecto, unas veces los hieren para sacarles la sangre mala, y otras les aplican cerillos encendidos en diversas partes del cuerpo. Con las recien paridas ejecutan tambien operaciones bárbaras, como son apretarlas el vientre y las caderas, estrujándolas en todos sentidos para hacer volver los órganos á su estado primitivo. Estas operaciones las lleva á cabo la llamada *Mangagamot*, *Manhihilot*, *hilot*, *Mamamahiin* ó *Mangcuculam*, que vienen á ser las viejas *mediquillas*, *parteras*, *sobanderas*, *agoreras*, etc. Estas mujeres sin ciencia, ni conocimiento alguno, son entre la clase india consideradas en alto grado, y raro es el nacimiento que sobreviene sin su presencia, como rara es la madre ó criatura que sale ilesa de sus manos. Desde el momento en que una india siente los primeros dolores, anuncios del parto, la *Manhihilot* empieza á estrujarla bárbaramente con puños y rodillas, sin consideracion á los gritos de la paciente, que ya de antemano tiene en el cuerpo una buena dósis de aceite, necesaria, segun aquella, para la lubrificacion de todos los órganos y para que la criatura salga fácilmente del cláustro materno; y una vez ésta en manos de la partera, sufre igualmente sobos y golpes hasta que creyéndola útil, la dejan descansar con la madre, pocas veces ilesa de tamaños tratamientos. Durante la cuarentena, la partera visita diariamente á su víctima, que tiene que sufrir, á más de sus sobamientos, las espeluznantes descripciones que aquella le hace de las indias que, por no sujetarse á su plan curativo perdieron la existencia. De este modo la vieja va preparando el terreno para que los honorarios sean crecidos, no dejando de ponderar, cuando vé reunida la familia, el peligro del parto y el verdadero milagro operado por su tratamiento y sus brebajes.

La ciencia de la partera no acaba aquí, por desgracia; como hemos dicho, mediquilla y agorera, es consultada en todas las enfermedades de sus vecinos, especialmente en los casos de *embrujamiento*, que suponen los indios cuando no se dan cuenta de la enfermedad. De estos casos suelen provenir bárbaros crí-

menes, y entre los muchos que pudiéramos citar, sólo hablaremos de uno que conocimos, del que largamente se ocupó la prensa de Manila en el año 1879. En el barrio de Malate, la noche del 4 de Noviembre, cuando los habitantes, cansados de las faenas del dia se habian retirado á sus moradas, unos lamentos agudos, y el correspondiente alboroto, producido en una de las casas, puso en alarma al vecindario é hizo acudir la fuerza pública, que no recibiendo contestacion de los dueños del domicilio, forzó la puerta y penetró en el local, encontrándose en la primera habitacion, una jóven, como de veinte años, revolcándose en el suelo, presa de los mayores dolores. Preguntada la familia, que impasible contemplaba el cuadro, se supo que aquella jóven, soltera, enferma hacía algun tiempo, estaba *embrujeada*, y que con objeto de curarsu enfermedad, la mediquilla, allí presente, Dominga Inzon, vieja y ciega, se habia ofrecido á sacarle los espíritus del cuerpo, por un sistema *sencillo*, cual era hacer pasar los pechos duros de la jóven por un orificio hecho en un *bombon de caña*, á cuyo efecto la vieja habia ablandado y estrujado éstos con grandes golpes de mazo. Excusado es decir que la autoridad tomó cartas en el asunto, prendiendo á todos los allí presentes y llevando á la jóven al Hospital, donde falleció á las pocas horas, víctima de sufrimientos acerbos.

Las bestialidades cometidas por los curanderos indígenas, no son, en verdad, para descritas: el mismo año, en el arrabal de Tondo, un jóven desgraciado que padecia una enfermedad cutánea, se puso en manos de un mediquillo, que con el fin de curar su enfermedad le hizo sentar en una silla, cubriéndole con una gruesa manta, y encendió debajo un enorme brasero de carbon, asegurando á la familia que con la fumigacion no volveria á quejarse de aquella dolencia, cosa que en verdad ocurrió, pues el jóven quedó muerto en la experiencia.

El mediquillo, como la curandera, son siempre viejos; un amigo nuestro, muy decidor, decia que ignoraba si es que eran tipos especiales que nacian en este estado, ó siendo unos hombres como todos, tomaban el oficio á la vejez, para mantener su holgazanería; prescindiendo de la buena salida en la primera consideracion, la segunda tiene muchos visos de verídica. El mediquillo es un tipo digno de estudio, y para definirlo lo con-

sideraremos en el uso de sus funciones. Cuando llega á la casa del enfermo, entra grave y reposado hasta la alcoba del paciente; una vez cerca del petate donde éste descansa, se pone en cuclillas, extiende las manos, le palpa las piernas y el vientre, mira á su alrededor é inspecciona la casa; si ésta le parece pobre, dice solo: *no es nada*; si le parece de gente acomodada, vuelve otra vez á tocar al enfermo, mueve la cabeza, escupe, pregunta: *¿qué cosa?* y acaba por enderezarse diciendo gravemente: *viento malo*. Esta expresion produce en la familia el mayor desconsuelo, porque significa largas visitas y costosas pócimas, pero no hay otro remedio. El mediquillo, si el enfermo padece la dislocacion de algun miembro, aplica desde luégo el aceite, el llamado *suelda con suelda*, y otras unturas sobre la parte dolorida, y empieza sus sobamientos, diciendo que la vena tal no está en su lugar, que la curacion será larga por no haber acudido á tiempo, etc., etc. Si el enfermo tiene calentura ú otra indisposicion, prepara cocimientos ó manda por específicos á casa del chino, y miéntras dura la enfermedad, come, bebe y duerme en la casa, no faltando al duelo si su víctima, como es regular, muere desastrosamente.

Las cuentas y recetas del mediquillo, célebres como su persona, deben conocerse. De números antiguos de *La Ilustracion Filipina* tomamos las siguientes, por considerarlas las más típicas:

RECETA. † *Por lavativas con sale, de higuerras—y pone agua tibio en un taza, poniendo mielde panilan, que dice ovejas, y un punta de tabaco quemado—Pide con el Among y échale tres.*

. . . . . .

CUENTA DEL CURAR Á D. N. N. HASTA QUE MUERE.

1.° *Por el corteza santo y los polvos quedió primero*	2 *pesos.*	»	»
Por el cataplasma, siete beringenas conaquel agradiente, son todo	5	2 *rialis.*	»
4.° *Lo mismo; dia que desmeyá, dí aquel bebida del bote y puso bueno*	8	»	4 *cuartas.*
Por la ceite de S. Ignacio (no tuvo el Padre)	2	»	»
8.° *El cremol y manesia, junto por aquel polvo que puse mio*	13	»	»
QUESON ENGUNTO...	30 *pesos.*	2 *rialis.*	4 *cuartas.*

Cages mios de los nueve dias, con tres, mucho trabajo, y no duerme bueno, á 3 peso, por todo esto.....	36 *pesos.*	»	»
QUESON POR TODO...	66 *pesos.*	2 *rialis.*	4 *cuartas.*

Poco podemos añadir al cuadro que cumplidamente cierran ambos documentos; sin embargo, habiendo tratado á la curandera bajo el punto de vista de la brujería, oportuno nos parece tratar tambien al mediquillo, para lo cual nada mejor que unos párrafos de un distinguido médico americano, que se publicaron en *La Oceania Española*, del 13 de Noviembre de 1879, que á la letra dicen:

«El suceso es el siguiente: un maestro sastre, mestizo, que »tiene su taller en la plaza de Santa Cruz, me visitó, suplicán»dome le acompañase á su casa para ver á su mujer, con ob»jeto de reconocer una enfermedad que padecia de mucho »tiempo en los órganos pudendos. Accediendo á ello, practi»qué, en debida forma, el reconocimiento, encontrando el cue»llo del útero invadido por un cáncer ulceroso y maligno, ya »en tal estado de avance y destruccion de tejidos, que anulaba toda esperanza de, por operacion quirúrgica ú otros medios, »mejorar el estado deplorable de la pobre mujer, que rápida»mente marchaba al sepulcro. Llevando aparte al marido, le »comuniqué la triste situacion de la enferma, y la naturaleza »incurable de la enfermedad, retirándome sin practicar cura»cion alguna. Pocos dias después apareció por segunda vez en »mi gabinete el sastre, pidiendo que le prestara el instrumento »(*especulum vaginal*) que usé en el reconocimiento de la en»fermedad de su mujer, diciéndome que, un sabio practicante, »procedente de Malabon, se proponia curar el cáncer expulsán»dolo del cuerpo de la afligida por un sistema especial suyo, »pero que carecia de instrumentos para poner en ejecucion el »remedio que iba á practicar. Congratulándome yo por el feliz »encuentro de un facultativo tan sabio, me confió que el re»medio ó secreto del sabio consistia en que poseia un animal »negro, en forma de una lagartija, que segun su descripcion »era un escorpion, el cual iba á colocar vivo en las partes in-

»vadidas de la enferma, donde lidiaria con el cáncer su ene-»migo mortal, hasta batir, destruir, esterminar ó expelerlo. »Innecesario es decir que me negué á prestar el *especulum*, é »ignoro si tuvo ó no efecto la operacion; sólo sé que al poco »tiempo encontré al sastre enlutado por la ausencia de su in-»fortunada esposa.»

Muchos casos pudiéramos citar; pero, como dice el refran: «Para muestra basta un boton.»

FRANCISCO J. DE MOYA Y JIMENEZ.

(Continuará.)

FEUCHTERSLEBEN—LEOPARDI—SCHUMANN

El excepticismo sombrío del hombre de mundo, no es más que debilidad é impotencia. Lo bello tiene derecho á que lo busquemos. Lo bello es el alimento del bien y de la salud.

(*Baron de* FEUCHTERSLEBEN).

Yo no puedo decir como el Petrarca:

«*Ed io son un di quei* che'l pianger giova,» porque mi llanto no es inclinacion propia, sino necesidad del tiempo y querer de la fortuna.

LEOPARDI.

Tristes presentimientos.

SCHUMANN.

No es, por cierto, pretencioso alarde ni pedante extremo colocar al frente de este humilde estudio tan desusada cantidad de epígrafes, sino deseo de expresar en ellos la idea que me guia al pretender comparar el genio de tres desgraciados, que pagaron á la fortuna sus reveses dejando tras de sí un rastro de luz y de poesía, cuyo perfume despierta las almas, iluminándola con la ya olvidada luz del sentimiento.

Error es, á mi ver, fiar en el juicio de la historia; que la historia, hecha bajo las influencias de escuela, perturbada por los errores de la época y sujeta á la pasion política, no ha hecho, por punto general, sino idealizar repugnantes caractéres y manchar con indigna cólera nombres ilustres, cuando no la ignorancia y el olvido de la nobilísima independencia, de la inmaculada buena fé, que son el título y la aureola del historiador, han degradado este título glorioso con los errores más oscuros. Algo de eso se echa de ver en una historia de España, hoy popular, que ha esparcido en el vulgo las falsedades más

crasas. Hacer del levantamiento de los Comuneros una sublevacion liberal, cuando precisamente se oponia á este sistema, rebajar el carácter de Felipe II, en cuyas manos llegó la pátria á la mayor grandeza que el mundo ha respetado, y dejar aparte las artes y las ciencias, la literatura especialmente, que es la hoja más brillante de la corona de nuestras glorias, pruebas son de un espíritu estrecho y una inteligencia escasa, inspirada en la estéril pasion política y en el criterio de la vulgaridad.

Ningun crímen moral tan grande para el que anhela el nombre de historiador, no ya la falsedad, no la disidiosa confianza en noticias injustificadas, sino la falta de una íntima conviccion en todas sus afirmaciones.

La historia es la biblia de la humanidad, y en ella debe resplandecer la verdad como luz vivísima que ilumine el camino de las generaciones presentes y venideras.

Y si el descuido y la pasion tanto pueden respecto á los hechos, ¿qué no ocurre respecto al juicio?

Recientemente murió un aventurero, incapaz de un plan sério, atolondrado por un afan de gloria, que no definia su inteligencia nebulosa, cuyo carácter atropellado hizo derramar sangre inútil en ridículas empresas, para hacerse cantar héroe cuando la caida de un poderoso imperio dejaba camino libre al miedo para conseguir su deseo, y mil plumas, no amantes de honrada gloria, sino del hueco clamoreo del vulgo y de su propia vanidad, intentaron cubrir de laureles la tumba de un hombre indigno de ser recordado.

Canten, pues, los fariseos de la popularidad sus grotescos dioses, y siguiendo el consejo del noble vienés, que encabeza este artículo, «Busquemos lo bello, que es el alimento del bien y de la salud,» preocupándonos poco de los aplausos de los más y procurando con noble intencion la simpatía de los ménos.

El arte es la forma, verdad innegable cuando se recuerda á Grecia; pero aquel arte ha muerto. La contemplacion de sus obras infunde en el alma una mansa impresion, que recrea la vista y acaricia el espíritu; pero en estos tiempos en que la belleza no es ya una religion, y Dios ha sido sustituido por una moneda, en que la fiebre del oro y de los goces materiales mancha, deshonra y atropella toda idealidad, toda noble aspiracion. La inteligencia de los que aman el bien, irritada por el triste espectáculo de una sociedad prostituida, bus-

cando el bien encuentra el mal, y no pueden detener el cincel para modelar hermosas formas, sino que temblorosa, meditando sobre la degradacion de los hombres y las desventuras de la vida, rompe en gemidos que sólo escuchamos los que, como ellos, tenemos el corazon lleno de amargura y muerta la esperanza. Por eso buscamos con afan y elevamos un templo á los que, como nosotros, han encontrado la vida amarga y los hombres malos, y acompañándolos en su desgracia, somos adoradores del dolor, áun siquiera sea representado por la imaginacion del poeta, por el toque vigoroso del pintor ó la magnificencia de la estátua; y hallamos fuentes de afectos purísimos, de nobles intentos.

Hé aquí por qué hoy el dramatismo ha sustituido á la forma sin desterrarla de su reino, y el sentimiento reina sin rival en los espíritus elevados. Parece que se halla consuelo contemplando las grandes desventuras, que nos hacen ver más pequeñas las que sufrimos.

Áspero, pero sabroso y aromático como el Jeréz, es el genio sin rival en la poesía italiana de Leopardi, aunque en medio de sus quejas no faltan notas de dulcísimo eco; los honrados y consoladores pensamientos de Feuchtersleben tienen un perfume de honda tristeza mezclado con tiernísima intencion; las melodías de Schumann vuelan desde las tiernas poesías de la infancia hasta la última desesperacion de un génio, contrariado en su gloriosa carrera por las influencias del dinero y de la envidia.

Al uno inspira la caridad, al otro la tristeza, al último el arte, á todos tres la desventura.

Eduardo de Feuchstersleben, nacido en Viena en 1806, cuando apénas la luz del sol habia acariciado sus ojos, tuvo que someterse al destierro para salvar su vida, pasando los primeros años en el campo. Las eternas y variables maravillas de aquella vida feliz en que sus fuerzas se desarrollaban y la salud le sonreia, despertaron en su inteligencia de niño la idea de lo bello, cuya adoracion consoló con dulce bálsamo lo amargo de su existencia, que era una lucha perpétua entre la materia y el espíritu. Al comenzar sus estudios, la belleza inmortal de las literaturas griega y latina hicieron ménos dolorosa la separacion de la naturaleza á que le obligaban los deberes sociales, y se entregó con ardor al trabajo.

Como prueba de su carácter generoso, copiaremos del libro de

memorias que á poco de entrar en el Instituto imperial de María Teresa comenzó, continuándole toda su vida, no con datos y acontecimientos, sino con meditaciones y con ideas en las que se retrata aquel noble carácter, aquel profundo pensamiento, que es una gloria de la humanidad.

Su amigo más querido, queriendo medir su cariño, le denunció un dia á los profesores como culpable de un grave abuso. Preguntó Feuchstersleben el nombre del delator, y cuando lo supo se sometió al inmerecido castigo que le fué impuesto. Afligido y pesaroso de su imprudencia, confesó el amigo la verdad, pidiéndole perdon y arrojándose en sus brazos, á lo que el ofendido Feuchtersleben contestó:

—«El único disgusto que me has dado, es que te haya sido necesario mentir para convencerte de mi amistad.»

El instinto del bien, el noble anhelo de la caridad, despertaron en aquel corazon generoso una pasion por el ejercicio de la medicina, que la oposicion de su padre no pudo vencer, consiguiendo, por fin, dejar el Instituto, ingresando en la Universidad para terminar brillantemente su carrera.

La influencia materialista de los estudios médicos no logró entibiar sus ideas, sino que, por el contrario, sentó la teoría de que el cuerpo está animado por el alma, y el alma por Dios, haciéndose superior á las influencias de la materia para subordinarlo todo al principio de todas las cosas.

Parecia que la felicidad venia á recompensar los honrados trabajos y el alma caritativa, cuyo recuerdo nunca morirá en Austria, pero la dicha en la tierra es fantasma que se desvanece como el humo.

Una noche fué llamado con su hermano á la habitacion del padre que, después de entregarles una cantidad de dinero como recompensa de sus adelantos, se despidió de ellos abrazándoles.

Al siguiente dia el padre no concurrió al desayuno; buscáronle por todas partes inútilmente, y una horrible conviccion fué el resultado de sus pesquisas. El padre se habia arrojado al Danubio, hallando en sus ondas la muerte. Arruinado en un negocio, habia acudido al crímen contra sí y contra la sociedad, tan comun hoy en nuestra pátria.

A tan terrible desgracia uníase la miseria, y Feuchtersleben se vió obligado á ganar el pan con su trabajo. No contento con las obligaciones de su existencia, hízolas mayores uniéndose con una mujer sin fortuna y plebeya, á quien amaba con todo su corazon.

Este nuevo lazo, á la vez de aminorar el dolor de la muerte de su padre, á quien amaba como padre y amigo, dió nuevo brío á su inteligencia, con el deseo de alcanzar para la elegida de su alma una vida feliz.

Su edad juvenil y el título de baron, que nunca habia llevado por no mortificar á su hermano, y que comenzó á usar después de su matrimonio, fueron al principio grave dificultad para lograr sus deseos, pues unos por temor de agraviarle con escasos honorarios, olvidaban satisfacer la cuenta, y otros pagaban sus cuidados con obras de arte y caprichos de lujo, lo que daba al domicilio del doctor un aspecto de riqueza, en tanto que el matrimonio veíase reducido á suprimir algunas de sus humildes comidas, y la velada de las noches por falta de luz.

No vencieron la firmeza del noble escritor estas contrariedades, y acudiendo á la literatura, cuyo estudio nunca habia abandonado, publicó en 1835 y 36 algunas poesías, que llamaron sobre él la atencion, comentando con otras obras su fama, que se vió coronada por un triunfo sin enemigos, al dar á la estampa ese prodigio de talento, de honradez y de humanidad que tituló su autor *Higiene del alma*.

Algo de la justicia divina pudo verse en el premio que alcanzó aquel trabajo, sin igual en el mundo por su originalidad y noble intencion. Su clientela se hizo más numerosa y más espléndida, la opinion le colocó entre los eminentes en las letras, la Sociedad médica de Viena le eligió para compartir sus trabajos, y poco después Secretario de la misma. Pasado algun tiempo fué nombrado profesor de la Universidad, inaugurando sus trabajos con varios discursos sobre «La ciencia del alma bajo el punto de vista de la Medicina,» produciendo con ellos tal entusiasmo en la escuela, que las clases que se explicaban á la misma hora veíanse desiertas, y la edicion obtuvo un éxito ruidoso, siendo traducidos al inglés por Lloyd y Babington, quedando en Inglaterra, como en toda Alemania, aclamada obra clásica, calificacion que dura todavía. Los hombres más eminentes de Austria se honraron con su amistad, y Feuchtersleben convirtióse en el consejero de los jóvenes amigos y cultivadores de las letras, sin que lo amable de su cortesía hiciera ménos severa su crítica. En su hogar reinaba la abundancia, y la general admiracion mantenia viva aquella inteligencia poderosa, que los males físicos combatian constantemente.

Diez años de felicidad, de 1837 á 1847, durante los que vióse rodeado de toda clase de consideraciones, elegido decano de la Facultad de Medicina y vice-director de los estudios quirúrgicos, pasaron como la flor de su vida, precursores de una época de agitacion y desengaños que habia de influir hondamente en la débil naturaleza del sabio, pobre albergue para guardar tan elevado espíritu.

Feuchtersleben sabia bien que las revoluciones son agitaciones violentas sin freno que las dirija, que siempre van á estrellarse en sus propios errores, mancillando el ideal de que nacieron y creando la tiranía de los ignorantes. Por esto sus deseos no secundaban los de los revolucionarios que en 1847 produjeron los acontecimientos de Viena, aunque sus ideas eran simpáticas á las reformas, por que sabia bien que todos los ambiciosos engalanan su bandera con ellas para conseguir el triunfo y arrojarlas al lodo después de la victoria.

No pudo, sin embargo, evadirse, á pesar de sus negativas, de aceptar un puesto, con la esperanza de conseguir alguno de sus ideales, especialmente la libertad de enseñanza, cuya aspiracion habia explanado en su discurso inaugural como decano de la Facultad en 1847.

Al hablar de su gestion, poco enterado del movimiento político en Austria en aquel tiempo, cedo la palabra, para honra de mi trabajo, al distinguido escritor S. Pellagot, cuya recta intencion y sincero lenguaje prueban bien un espíritu escogido:

«Se reclamó su concurso, que rehusó decididamente; pero hicierónsele reflexiones sobre los males que podia evitar y el bien que debia hacer, y cedió. Era esto en Julio de 1848; un nuevo ministerio iba á formarse, y se le ofreció el de Instruccion pública.

»En aquellas circunstancias, para llenar útilmente aquel cargo, era necesario un vigor físico y una importancia política que Feuchtersleben no creia tener. Rechazó la oferta y, renunciando á un primer papel, aceptó solamente el cargo de subsecretario de Estado, que juzgaba más acordado con sus conocimientos especiales. Apenas se halló en posesion de él, sin perder momento, se puso resueltamente á la obra; pero la carga que se habia impuesto estaba por encima de las fuerzas humanas. Queria á la vez reformar y moderar, corregir sin destruir, en los momentos en que todo se precipitaba á su alrededor hácia la confusion y la ruina. Cada dia los hombres y las cosas le aparecian más extrañas; se dirigia á la razon, y sólo la

pasion le respondia; queria encauzar los acontecimientos, y los acontecimientos le arrastraban. Pronto comprendió que en esta lucha ingrata gastaba inútilmente sus fuerzas y comprometia su carácter. Desde entónces tomó su resolucion.

»Hácia fin de Setiembre, con pretexto de restablecer su salud, gravemente alterada, partió al campo, desde donde envió su dimision, al saber la catástrofe del 15 de Octubre.

»Nuevamente el campo, fuente de salud y de regeneradora libertad, templaron la fiebre producida por tanto desengaño en aquella alma sincera, que habia pensado hallar en la política algo que no fuera la avaricia ruin, la negra falsedad y la traicion cobarde. El trabajo, compañero constante de su vida, y el amor de su esposa y su hermano, ayudaron con sus cariñosas atenciones á la mejoría del sabio.

»Cuando sintió renovadas sus fuerzas, comenzó un nuevo trabajo sobre antropología, y marchó á Viena para empezar sus lecciones. Allí, en vez de la felicidad, halló la muerte á manos de los mismos que le habian aclamado. Al tomar posesion del cargo de decano en la Universidad, los profesores se opusieron á ello y firmaron un documento pidiendo la destitucion del que valia más que todos ellos juntos; la envidia habia convertido en enemigos á los aduladores del tiempo de la fortuna, y la naturaleza humana mostrábase en su asquerosa desnudez, adornada la cabeza con todas las hidras de la rabia y los ojos con los fulgores fúnebres del ódio. Habia algo bueno que destrozar, y allí concurrian los impotentes, los nécios, que forman siempre la cohorte de los malvados, y todos los que nacen sin ideal en el alma y sin esperanza en nada, sin otro goce que el mal ajeno.

Feuchtersleben presentó su dimision; pero aquello no le preocupaba, era cuestion de dignidad. El terrible desengaño de ver desvanecerse sus ilusiones, el agravio inmerecido, el olvido de su mérito, destrozaron su corazon: la duda oscureció aquella fe purísima que le animaba, y la amargura desvanecia el dulzor sabroso de su poderosa inteligencia, robándole su único bien: la esperanza. Ante esta derrota, la materia, domada durante cuarenta y tres años por la inteligencia, recobró su poder destructor, y Feuchtersleben cayó en cama. Paralizado su cuerpo, atacado de frecuentes síncopes que semejaban la muerte, sufria horribles dolores, que eran impotentes para vencer á su espíritu, don de Dios y único bien que hay para el hombre en la tierra. En uno de estos ataques estuvo oyendo á un sacerdote rezar

las oraciones de los agonizantes á su lado, pero esto no le impresionó; tenía conciencia perfecta de que su carrera habia concluido, y esperaba con calma el momento de partir, que llegó el 3 de Setiembre de 1849.

»Rodeado de sus amigos pronunció sus últimas palabras:

—«Hasta la vista. Os dejo; voy á otro mundo más hermoso y puro.»

Expresion bellísima que, como dulce promesa, recogemos en nuestro corazon los que aún no hemos descendido al nivel comun de una civilizacion impura y descreida.

Al saber aquella pérdida, los más, cuya opinion es la del que más grita, comparsas de toda solemnidad, inútiles en la vida de la inteligencia, uniéronse al dolor de los que estimaban en cuanto valia al desgraciado, acudieron al suntuoso entierro, comentaron sus méritos; los que comprendian su valor, lloraron en silencio la partida del amigo y la ingratitud de la pátria.

Leopardi.

La voz del dolor, buscando una inteligencia capaz de expresar toda su amargura, encarnóse en el alma de un niño que el 29 de Junio de 1798 vió la luz en Recanati, ciudad de la Marca de Ancona.

Aquel niño llamóse Giacomo Leopardi.

Hijo del conde Monaldo Leopardi y de la marquesa Adelaida Antici, permaneció hasta la edad de veinticuatro años en el domicilio natal, sin más enseñanza que los conocimientos elementales proporcionados por preceptores mantenidos en la casa de su padre. Pero aquella inteligencia superior no necesitaba guía alguna para penetrar en el saber, y aún de corta edad, aprendió solo el griego en la rica biblioteca de su padre, donde pasaba el dia desde los diez años. Trabajo que continuó siete, hasta que su vista se resintió de el exceso, viéndose privado un año de leer y continuar sus estudios de Filología y Bella literatura.

Entregado, una vez libre de esta dolencia, al cultivo de las letras, comenzó por las del siglo XV, de cuyas impresiones quedaron profundas huellas en su prosa, y las de las épocas posteriores, cuya comparacion con las de su pátria, ayudado por el griego y el latin, que conocia concienzudamente, hiciéronle apreciar la pobreza de la lengua italiana en su prosa, escribiendo, en 1821, á Giordani una carta sobre la regeneracion de la literatura italiana, en que decia:

«En vano es edificar, si no empezamos por los cimientos. Quien quiera hacer bien á la Italia, ántes de todo, deberá enseñarle una lengua filosófica, sin la que creo que no tendrá nunca literatura propia, y no teniendo nunca literatura moderna propia, no será nunca nacion. Hé aquí el efecto que yo desearia conseguir principalmente: que los escritores italianos pudieran ser filósofos inventivos y acomodados á la época, que, en suma, es ser escritores, y no copistas; y no por esto debian, en cuanto al idioma, ser bárbaros, sino italianos.»

Tal era su amor al lenguaje que, asegurando en una carta que Recanati, donde habia nacido, hubiera podido suministrarle asunto para un *Tratado del ódio á la pátria*, porque era *un país privado de toda distraccion posible, separado de todo comercio literario, muerto del todo, ayuno de toda novedad, verdadero sepulcro de los vivos*, pero le era *cara* por el *bel parlare*.

Mal pagaban aquellos cuya cuna honró con su gloria los méritos del ilustre sabio, persiguiéndole con sus burlas, por su figura raquítica, amargando la existencia de aquel noble sér, que nunca halló en su vida el amor, como él mismo declara en las siguientes cartas:

A Paulina, remitiéndole desde Roma su retrato, en 1830, le decia:

«Cara Pilla: el retrato es feísimo; pero áun así, hazlo correr por ahí, para que los de Recanati vean con los ojos del cuerpo (únicos que tienen), que *el..... de Leopardi* es tenido en algo en el mundo, donde Recanati no es conocido ni de nombre.»

A su padre, en 1827:

«Cuando pueda vivir en Recanati, con salud suficiente y suficiente posibilidad de dedicarme al estudio, por pasatiempo, no tardaré un momento en volar á vuestro lado; y renunciando á la gloria, renunciando al placer y á la ventaja de vivir en otro lugar donde sea apreciado, buscado, casi cortejado, en vez de ser despreciado y huido, como lo soy, necesariamente, en Recanati (cosa que, por otra parte, ha perjudicado para siempre mi carácter), me estableceré ahí para vivir á su lado y no volver á alejarme jamás.»

Recorrió en este viaje Pisa, Bolonia, Florencia, Nápoles, donde halló á La Menais, y Milán, recogiendo en todas partes mil manifestaciones de afecto y admiracion, pero sujeto á mil privaciones y penas, teniendo que atenerse á la humilde pension de su casa, que apénas bastaba á cubrir las más precisas necesidades.

Pensó en el medio de vivir léjos de su familia, con el trabajo; pero

comprendió que su salud no habia de permitirle el esfuerzo necesario para lograrlo, y anuló el contrato hecho con el editor Stella, de Milán (veinte escudos romanos).

Por recomendacion del consejero Niebuhr, enviado extraordinario de Prusia en Roma, el cardenal Consalvi le ofreció un puesto en la iglesia, con promesas de rápidos adelantos; pero Leopardi se negó, por una justa repugnancia de su conciencia, en la que las tristezas de la vida habian borrado el ideal cristiano.

Véase un trozo de la carta dirigida á Luis de Sinuer en 24 de Maggio de 1832:

«He recibido la hoja del *Hesperus*, por la que os doy las gracias. Decís muy bien que es absurdo atribuir á mis escritos una tendencia religiosa. Cualesquiera que sean mis desgracias, que han creido conveniente propalar, y que tal vez están exageradas en el diario, tengo bastante valor para no tratar de disminuir el peso de ellas, ni por frívolas esperanzas de una pretendida felicidad futura y desconocida, ni por una cobarde resignacion. Mis sentimientos sobre el destino han sido siempre los que esprimí en *Bruto Minore*. Por este mismo valor, habiéndome llevado mis investigaciones á una filosofía desesperante, no vacilé á abrazarla entera.»

No condenemos sin oirle al mártir de la materia, á la víctima de la desgracia, que aspirando al amor no le halló en la tierra y dejó honda huella de su paso, produciendo bellezas que le proclaman el primer poeta de Italia.

Habla él propio:

«De diez á veinte años me concentré en mí mismo á meditar y á estudiar los libros y las cosas. No sólo no he gozado una hora de asueto, sino que los mismos estudios no han exigido ni alcanzado que tuviera otra ayuda que mi paciencia y mi trabajo. El fruto de mis fatigas fué despreciado en mi condicion, especialmente en un pequeño país. Tras de haberme abandonado todos, aún la salud ha tenido el placer de seguirlos. En veintiun años, habiendo comenzado á pensar y á sufrir de niño, he cumplido el curso de la desgracia en un largo camino, y soy moralmente viejo y decrépito, porque áun el sentimiento y el entusiasmo, que eran el compañero y el alimento de mi vida, se han extinguido en mí de un modo que me espanta. Es tiempo de morir, es tiempo de ceder á la fortuna, la cosa más horrenda que puede hacer un jóven, ordinariamente lleno de hermosas

ilusiones, pero el sólo placer que queda al que, después de largos esfuerzos, se convence de haber nacido con la sagrada é indeleble maldicion del destino.»

.....

«Estoy cansado de la vida, cansado de la indiferencia filosófica, que es el único remedio de las enfermedades, del fastidio, pero que al fin se fastidia á sí misma. No tengo otro deseo, no tengo más esperanzas que morir. Verdaderamente, no traia cuenta tomarse tanta fatiga para este fin.»

¡Terrible sarcasmo!

«Si jamás alguien deseó la muerte tan sincera y vivamente como la deseo hace mucho tiempo, ciertamente ninguno fué en esto superior á mí. Invoco á Dios como testigo de la verdad de mis palabras. Él sabe qué ardientes plegarias le tengo hechas (hasta tríduos y novenas) para obtener esta gracia, y cómo á cada ligera esperanza de peligro, próximo ó lejano, la alegría brilla en mi corazon.»

Extremécese el alma, núblase el pensamiento y la fé vacila al escuchar estas espantosas palabras, que delatan un martirio nunca conocido. Surgen en la memoria Prometeo y el conde Ugolino, todos los honores del pasado y todos los del presente, y la tristeza envuelve y desvanece con su bruma el juicio atraido por la compasion y el dolor.

Repercuten en la conciencia horribles ideas que ya han pasado por nuestro cerebro, y una atraccion dolorosa arrastra hácia el descreimiento y la desesperacion, á la que han ido tantos genios y tantos desgraciados.

Cristo, el Legislador divino, el creador de la fraternidad, el poseedor de la verdad eterna, debió sentir algo de esto en el Calvario, oyendo á Pedro negarle tres veces y recordando á Júdas.

Habiéndose extendido la fama del poeta, le fué ofrecida una cátetedra en Prusia, que tampoco quiso aceptar, por no abandonar su familia y la Italia, y temeroso de no poder resistir el clima de Alemania. Otra de Historia natural ofreciéronle en Parma; pero, no encontrándose bastante ilustrado en la materia, renunció á ella.

Por uno de esos movimientos de la opinion en que la envidia logra el triunfo, abandonáronle sus amigos y admiradores de Italia y del extranjero, excepto Giordani, Tommacini, Paccinoti y Colleta,

colmando de amargura el alma nobilísima y arrastrándola al camino de la desesperacion.

En medio de la actividad maravillosa que puso en los trabajos filológicos, brotaron de su alma dolorida un torrente de poesías, entre las que descuella la oda á Italia, llena de calor, de tristeza y de hermosas imágenes, y otras muchas que, por lo original de la idea, la ternura y el estilo, puede considerarse como obra maestra de la poesía italiana.

Por fin aquella triste vida iba á terminar. La idea del suicidio pasó por la mente de Leopardi, pero la rechazó. El cólera reinaba en Nápoles, y en 27 de Mayo de 1837, escribió una carta á su padre, anunciándole su regreso, con la esperanza de morir pronto en sus brazos; pero hasta este último bien quiso negarle su mala fortuna. La segunda invasion del cólera le arrebató la vida en Capodimonte el 14 de Junio del mismo año.

Una vez sin vida aquel cuerpo en que moró un alma noble y recta y un entendimiento superior, suspendió sus rigores la fortuna como si estuviera satisfecha. La ley vigente durante la epidemia, que disponia fueran enterrados indistintamente los poderosos y los pobres, los atacados y los que no lo habian sido, en la fosa comun, fué eludida felizmente, y el cuerpo de Leopardi halló reposo en digna sepultura en la pequeña iglesia de San Vital, situada en la calle de Pozzuoli.

Ranieri, describiendo al gran poeta, dice así:

«Fué de estatura mediana, encorvado, débil, de color blanco que se convirtió en pálido, de cabeza grande, frente cuadrada y larga, ojos azules y lánguidos, de nariz perfilada y una sonrisa inefable, casi celestial.

»Entre los muchos estudios morales que de aquel hombre infeliz se han hecho, supónese que sus ideas obedecian á impresiones de este ó de aquel filósofo; suposiciones erróneas tratándose del que jamás escuchó, al formar su inteligencia, más ideas que las propias, discutiendo aún muy jóven sus opiniones con Giordani y convenciéndole de ellas; el que, seguro de su valor, se veia perseguido por la naturaleza, por los incultos habitantes del pueblo que fué su cuna, enfermo y débil y siempre empleado en crear bellezas, por todos abandonado y hasta huido, herido en el alma por un amor ardiente, que no halló quien gustara las ternuras de su alma; rodeado de privaciones é imposibili-

tado de dar vida á todas las maravillas que bullian en su mente, contemplando el asqueroso espectáculo de la humanidad, que le llevó á decir, cuando conoció el mundo, haciendo de él exactísimo retrato:

«Digo que el mundo es una liga de bribones contra los hombres »de bien, y de los viles contra los generosos.»

«Enamorado del bien, y hallando el mal por doquiera, no encontrando en ninguna parte el ideal de su alma rectísima, volvió el espíritu de la esperanza á la desesperacion. Culpa suya no fué si la naturaleza, en uno de sus bárbaros caprichos, reunió, con todas las bellezas del cielo, todas las asquerosas creaciones de su poder insensato.»

La vida y los escritos del mártir de Recanati, le dan derecho á la admiracion y al dolor de los que su triste vida conocen; Dios no habrá sido ménos misericordioso.

Schumann.

Obligado por la necesidad de buscar datos para mejor comprobarlos, por más que Schumann fué de este siglo, cayó en mis manos, en mal hora, aunque por buena mano, un libro escrito en francés por Félix Clement, titulado: *Los músicos célebres desde el siglo XVI hasta nuestros dias.*

Abrí el tomo, y hojeándolo encontré un articulo sobre Offenbach, del que me permito copiar aquí un párrafo, como ejemplo de altitud de miras y amor á los grandes artistas, del autor:

«Ni Boieldieu, ni Auber, ni Herold, ni Rossin, ni Meyerbeer han obtenido las muestras de un éxito tan popular, ni ocupado, para la ejecucion de sus obras, tantos directores, autores, músicos, cantantes, bailarines, figurantes, sastres, decoradores, maquinistas, gasistas, periodistas y agentes dramáticos como Mr. Offenbach.»

Ya se echa aquí de ver la profunda inteligencia de un crítico de *la crême*. Lamenta el estado del arte en Francia, porque la ignorante multitud llenó de lauros al cantor de las obscenidades, cuyo negativo talento quedó probado en la única obra séria que nació en su imaginacion, con una derrota que aún se recuerda. Jamás el gusto ni la verdad han sido patrimonio de los más; sólo la religion del Cristo por ser la suprema verdad y la más alta belleza, venció la insensatez congénita de la naturaleza humana, por su fuerza incontrastable y por voluntad de Dios, agrupando á millones los prosélitos y haciendo germinar de la sangre de cada uno de los mártires mil mártires más, que daban la vida por su fé sonriendo ante sus verdugos.

Y hoy ménos que nunca. Cuando aquella bendita Víctima esparció, desde el Gólgotha, el perfume de su último aliento; cuando casi hubo llenado el mundo con el instinto de su belleza, era patrimonio de gran parte de la humanidad; hoy, que de aquél perfume sólo quedan ráfagas sutiles, depositadas por los padres en el corazon de sus hijos, la belleza hace reir, y sólo unos cuantos desventurados, que no pueden brillar en la *high life* ni hacerse célebres, guardan, como religion purísima, esa primera condicion del Sér Todopoderoso.

La popularidad es la ignorancia, la suma de las nulidades cantando himnos á un malvado ó á un nécio.

Aquella primera impresion del libro no me habia engañado: sobre la tumba de un artista de esos que aparecen rara vez en la tierra; sobre las cenizas de un hombre muerto loco, ni la humanidad ni el buen gusto pudieron contener el aticismo grosero del ilustre crítico, y comenzó así:

Un singe montrait sa lanterne magique mais
Il n'avait oublié qu'un point,
L'etait d'allumer sa lantarne.

¡Cómo brilla en esta preciosa frase la delicadeza del artista! ¡Qué alma tan tierna! ¡Qué respeto á la desgracia! ¡Qué dulce piedad á la memoria del que ya no era!

¡Schumann! ¡Yo te saludo en la tumba! ¡Yo bendigo tu memoria! ¡Tus incomparables melodías han llenado mi espíritu de consuelo, y resuenan constantemente en mi cerebro! Ellas son fuente de poesía y luz vivísima que alumbra los tenebrosos abismos de estos tiempos. La niñez, la primavera, las tempestades de los cielos y las de las almas, el misterioso remordimiento de Manfredo, el amor doliente de Mignon, todo cuanto es pasion y ternura, todo lo que alegra y todo lo que entristece, has sabido tú expresarlo como Meyerbeer no supo, como Schubert ya vislumbró, como Weber ya conocia. Sin embargo, somos pocos los que te entendemos: esa es tu mayor gloria.

Vanagloríate de que el autor de *Los Hugonotes* te persiguiese con su envidia; eso acredita tu valor; y con las críticas de tus detractores teja la que fué tu compañera en la vida y tu defensor en la muerte una corona, que los amantes de tu genio dedicaremos por mitad á Offenbach y á Wagner, que algo te debe.

Roberto Schumann nació en Zwiękan, Sajonia, el 8 de Junio

de 1810, hijo de un librero. Niño aún, cuando apenas contaba diez años, habiendo concurrido á tomar las aguas de Carlsbad y oyendo al célebre pianista Moschelés, las facultades creadoras que en su imaginacion dormian levantáronse al llamamiento de una impresion poderosa, señalándole el luminoso camino donde le esperaba el martirio que el mundo guarda á los hombres superiores, y al fin la gloria.

La música fué desde aquel instante el objeto de sus trabajos, el dios de sus pensamientos; y dedicándose con ardor al estudio del piano, pronto logró organizar en su casa audiciones, en la que los primeros gérmenes de sus grandes obras alternaban ruborosamente con las de los maestros del arte. Admirado de los progresos del niño, su padre se dirigió á Cárlos María Weber, rogándole se encargase de la educacion artística de su hijo, lo que no consiguió, quedando el jóven entregado á sus propias fuerzas, sin otro maestro que su imaginacion florida y su instinto poético, excitado por la lectura de libros fantásticos, donde hallaba el encanto de lo maravilloso, que bullia en su alma con luces fosfóricas y dorados reflejos, y de cuya fantasmagoría habian de destacarse las sencillas bellezas de la verdad, dibujadas con lápiz de oro en sus obras incomparables.

Byron fué su favorito, y este amor de los primeros años dió vida muchos después á la creacion de una obra, *Manfredo*, de la que hablaremos.

En Agosto de 1826 Schumann tuvo la desgracia de perder á su padre, lo que puso en grave riesgo sus aficiones; pues obligado por su madre á estudiar el Derecho, tuvo que abandonar la música, sacrificio que da á conocer lo profundo de su amor filial.

Ingresó en la Universidad de Leipzick, trasladándose en breve á Heidelberg, donde el estudio de la Filosofía, más conforme con su talento, consoló al artista de las arideces ingratas del Derecho, pero sin que una ni otra ciencia consiguieran apartarle de la hermosa aspiracion de la infancia. Ya durante la residencia en Leipzick habia comenzado sus estudios con Wieck, no continuándolos por su traslacion á Heidelberg. Al fin de muchos años de lucha pudo obtener el consentimiento de su madre para dedicarse á la música bajo la direccion del mismo Wieck, que apoyó con interés estas pretensiones.

Como Gœthe y Mozart, al respirar el aire perfumado de Italia, pátria de las artes, su talento sintió la influencia del Dante y de Galileo.

A su vuelta dedícose con ardor al piano, y estudió la armonía y el contrapunto, con el deseo de manejar la orquesta, produciendo unas variaciones para piano, una sinfonía y varias otras para piano, entre ellas la fantasía en *do* mayor y los estudios sinfónicos.

Schumann habia ya formado su criterio, y se presentaba al frente de la nueva pléyade que habia de seguir la huella inmortal de Beethowen, publicando un periódico titulado *Neuezeitschifrt fur musick* (Nuevo periódico escrito sobre la música), en el que tuvo la ayuda de importantes autores para combatir aquel pálido sistema que, dándolo todo á la forma y al acabado, y creando un género de manera en que la poesía y la pasion no tenian lugar, reducia al gran arte á un ingenioso juego de notas, obstáculo á la marcha y adelanto iniciado por la inspiracion del músico sordo.

Dios quiso coronar la frente del genio con la diadema más esplendente que el hombre encuentra en la vida. Una mujer supo comprenderle y amarle, y unidos en santo lazo pasaron la vida. Templó ella con su amor ardiente y puro los arrebatos y los dolores de aquel mártir de la envidia, perseguido por una turba de insensatos que no entendian su lengua, y levantando sobre su tumba después de muerto con tal constancia, con tal amor el monumento de la gloria del perdido cónyuge, que deja á la historia el nombre de Clara Wieck como ejemplo de nobles corazones y apasionadas esposas, como flor que descuella con perfume purísimo sobre los fértiles ejemplares que hoy pueblan las naciones.

El 12 de Setiembre de 1840 uniéronse aquellos dos séres, que uno á otro se honraron en vida y en muerte.

El maestro Wieck, que se habia opuesto al matrimonio, terminó por reconciliarse con sus hijos. Al poco tiempo Schumann era recibido doctor en Filosofía en la Universidad de Jena.

La lucha sostenida para alcanzar aquella felicidad inspiró al artista algunas de sus obras: el *Concierto*, *La danza de David*, la sonata en *sol* menor y la *Novelillas*, segun en una carta dirigida á Doru declara él mismo.

Durante aquel año, la dicha de que gozaba aumentó su actividad, escribiendo para piano y canto su *Lieder*, á cuya brillantez y carácter nadie habia podido llegar todavía, y las sinfonías en *si* bemol y *re* menor.

En 1844 abandonó la direccion del periódico en que habia acredi-

tado sus grandes dotes y propagado con el ardor de sus convicciones y la grandeza de sus ideas la nueva era del arte divino.

Todas las contrariedades de la envidia y de la ignorancia, todas las detracciones de los que comprendiendo su grandeza le temian, amargaban la vida del cantor de los niños y único intérprete de *Mignon*, agriando su carácter excitable, y desde 1833 accesos nerviosos empezaron á alterar la salud del que se habia encontrado digno de interpretar *Julio César*, *Herman y Dorotea*, *La desposada de Medina*, *Mignon*, *Manfredo*, trozos del *Fausto* y el canto de muerte *Misa de Requiem*, en el que, rompiendo con las tradiciones de la Iglesia, supo llegar desde el tenor á la adoracion, con tal vigor y alteza de ideas como nadie soñó, llevando á sus cantos las armonías de la naturaleza, los vivos cuadros de la vida humana y el calor ardiente de la pasion. La enfermedad fué creciendo, y en 1854 era ya indudable que sus envidiosos habian vencido á aquella inteligencia poderosa, mas sin poderle arrancar la gloria que le espera en la posteridad.

El 7 de Febrero de aquel año, Schumann abandonó su casa con pasó rápido y corrió á sepultarse en el Rhin.

Salvado por sus ropas, volvió á la vida, pero no á la razon. Dos años encerrado en un manicomio, extinguida la luz potente de aquel artista inimitable, calladas las hermosas melodías, mudo el piano en que su mano temblorosa las hacia resonar, y triste la amante hada que las habia inspirado, todo fué dolor.

Schumann pasaba tan largo paréntesis entre la tierra y la vida eterna encerrado en el manicomio de Eudenich. El término llegó, y aquel cuerpo sin alma volvió á la madre comun el 29 de Julio de 1856.

La viuda, desconsolada, no gastó en inútiles lágrimas su dolor, sino que, buscando en él nuevas fuerzas, reunió cuanto pudo con exquisita minuciosidad de las obras del artista; recorrió Alemania, Inglaterra, Holanda, Rusia y Francia, dando conciertos para popularizar aquel artista excepcional, pero casi ignorado, que habia sido el dueño de su corazon, uniendo al nombre de artista del perdido esposo el suyo coronado con la veneracion de todas las almas honradas.

La fama de Schumann no ha llegado aún á las muchedumbres, ni acaso llegará, nunca si la humanidad sigue el desastroso derrotero que ha emprendido; pero allí donde haya una inteligencia elevada,

donde haya un corazon que sienta, sus obras tendrán un sitio privilegiado, santuario de las hermosas creaciones del autor de las *Escenas de niños*.

Resúmen.

En breve espacio he procurado dar idea de la triste vida de los tres genios sobre quienes sólo el afecto y la admiracion me han animado á tratar, sin desconocer mi influencia para ello, y limitando mi trabajo á un espacio estrecho para tanta grandeza.

Represéntome yo á Feuchtersleben rodeado de las privaciones de la vida, abandonado y perseguido, muriendo en la soledad; á Leopardi, con el espíritu destrozado y el alma alejada de Dios, y á Schumann con la razon perdida, vagando por las galerías de un manicomio; y cuantos sentimientos viven en mi alma sublévanse, y volviendo los ojos á la humanidad, siento una nostalgia congojosa de otra pátria, y horror profundo, imperecedero, que por todas partes me muestra feliz y encumbrados la ignorancia y el crímen, y llenando su hogar con lamentos las hombres buenos. Do quiera se oyen protestas de los espíritus rectos, que se ahogan en el ruido de los carruajes y en las carcajadas de las mujeres; llenan los puestos destinados á los sabios indignas nulidades, sin más mérito que su hinchazon y su adulacion eterna; muerto el teatro, gloria de España, abolida la moral y el pueblo sin creencias, amedréntase el espíritu y vuelve la mirada á lejanos tiempos, sin esperanza para el porvenir.

Parece que el genio lleve consigo la desgracia. ¡Qué pocos han logrado la dicha de Rubens, de Göethe y de Wandyk! Séneca, Cervantes, Schiller, Galileo, Colon, Beethowen, Mozart, Quevedo, Weber, Rosales y tantos otros cuyos nombres harian interminable la relacion, llevaron, como castigo á la superioridad de su inteligencia, una triste vida y una muerte triste, como si la naturaleza y la suerte quisieran vengar su afrenta, que la Primavera pasa y los rigores de la fortuna terminan; pero la gloria de los hombres grandes triunfa del tiempo y de la muerte.

Aparecen uno y otro dia nombres ilustres, que surgen de las sombras del pasado con sus títulos á la gloria, y los amantes de lo bello hallan un mundo de pensamientos y bellezas, una cohorte de nobles

amigos, con cuyo trato gozan solaz, alegría y provechosas lecciones, sintiéndose orgullosos del noble abolengo.

Poco importa el morir; cuando se dejan como herencia los prodigios del saber ó las hermosuras del arte, la materia es impotente.

Si un distintivo pudiera aplicarse á Feuchtersleben, ninguno mejor que el de escritor cristiano. Apóstol de la resignacion y del trabajo, enamorado de la humildad y buscando olvido á sus dolores, esforzándose por mejorar los ajenos, es, á no dudar, la figura más hermosa de la literatura austriaca.

La concision y claridad de sus ideas dan á sus obras el sello de la verdad y la buena fé. Dice, definiendo la voluntad:

«Cuando hablo de voluntad, no entiendo por esta palabra la facultad de desear, sino la energía vital que resulta de la accion de todas las fuerzas del alma, que se siente y no se define, y que podria llamarse propiamente la *facultad práctica del hombre.*»

En el capítulo de «Temperamentos y pasiones» de *La higiene del alma*, dice:

«La calma verdadera no se encuentra en la inmovilidad absoluta, sino en el equilibrio de los movimientos.»

«Se ha confundido frecuentemente la apatía divina con la indiferencia animal: es necesario distinguir la larva de la mariposa.»

En el de «Oscilacion» sienta que «el hombre tiene el poder de establecer el equilibrio de su alma. *Este es el fundamento de toda higiene moral.*»

No ménos bellos sus pensamientos y máximas, encierran felicísimas ideas, de que daré breve muestra:

«Para conservarse sano de cuerpo y de espíritu, es necesario interesarse desde muy pronto en los asuntos generales de la humanidad.»

«Nadie se inquietaria de sus pasiones, si pudiera solamente medirlas.»

«Todo el secreto de prolongar la vida, es no abreviarla.»

«La paciencia es apoyo de la debilidad; la impaciencia es la ruina de la fuerza.»

«Paciencia, hermana de la esperanza, bálsamo saludable que cicatriza el alma, que halla en la inercia una fuerza maravillosa y bienhechora: ¿qué enfermo no bendecirá la dulce magia? ¿Qué médico po-

drá ignorar que los paroxismos de su fiebre desaparecen ante tí, que redoblan si te alejas, que ayudas á vencer los más violentos dolores y apresuras las curaciones más difíciles? Sólo tú eres fuerte en el débil; sólo tú eres la revelacion la más perfecta, la más delicada del alma humana, miéntras es capaz de arrojar del cuerpo las enfermedades.»

—«No sé, pero tendria más horror de un veneno negro que de agua trasparente como ésta.» Dice en un drama de Clara Gazul una jóven que ántes de envenenarse contempla el brebaje límpido. Estas palabras contienen una leccion. Todo depende del color que damos á las cosas que el destino nos envía.»

—«Sabe querer; haz lo que debas: hé aquí en dos palabras toda la higiene del alma.»

«Por el sentimiento doloroso que producen en nosotros las imperfecciones de este mundo, la Providencia ha querido excitarnos á desenvolver activamente nuestras fuerzas y á buscar los remedios de estos males.»

«Se pretende haber observado que el aspecto de lo bello ejerce sobre el órgano de la vista una influencia saludable, como el verde de las praderas y el azul de los cielos.»

Leopardi es la antítesis de Feuchtersleben: éste piensa para los demás, llevando á la razon de sus lectores sana doctrina y una idea de superioridad del hombre sobre la materia, que consuela y anima á combatir con las exageraciones de la imaginacion, y á veces con fundados temores y justos desalientos. Leopardi, sumido desde niño en graves estudios, hijo menospreciado de la naturaleza, burla de sus convecinos, amante desdeñado y teniendo por eterna compañera á la desgracia, canta el dolor, pero siempre con intencion honrada. ¿Qué más hermoso que esta queja dulcísima y vigorosa de su oda á Italia?

«¡Pugnan per altra terra ítali aciari!
¡Oh misero colui che in guerra é espento,
no per li patri lidi é figli cari,
ma de nemici altrui,
per altra gente, é non puó dir morendo:
¡Alma terra natia,
la vita que mi desti ecco ti rendo!»

A un vencedor en el Pallone es acaso la más hermosa y varonil poesía inspirada por la pátria al poeta, cuya forma inimitable despierta en el alma la idea del valor.

La terrible desesperacion que le abrasaba, muéstrase ya en *Bruto*

menor y en el *Himno á los patriarcas:* y la idea de la muerte, que desde niño le perseguia, vése aparecer en el siguiente fragmento, que no sin miedo me atrevo á traducir, conservando el verso libre:

«Ya en el primero juvenil tumulto
de contento, de angustia y de deseo
á la muerte llamé mil veces. ¡Cuántas
me recosté en los bordes de la fuente
pensando terminar en su agua pura
mi esperanza y mi amor! Despues, por ciego
sino guiado, hácia la vida, acaso,
lloré mi juventud, la flor marchita
de mis dias sin sol, que iba cayendo
rápida; y á menudo, en altas horas,
en el lecho apoyado tristemente,
al fulgor de la luz poetizando,
lamenté con la noche y el silencio
del espíritu el vuelo, y á mí mismo
en mi dolor canté fúnebre canto.»

Il primo amore, Alla sua donna y *A Silvia*, son acabados modelos de poesía amatoria, llenos de pasion y verdad. No ménos bella y sentida es la titulada *Le recordanze*, en la que resplandece una profunda melancolía que deja una impresion inolvidable.

Pero donde el gusto y la espontaneidad llegan á su cumbre adornando un pensamiento original y grandioso, es en la que tituló *Canto nocturno de un pastor errante en el Asia.* Un pastor pregunta á la luna cuál es su vida, compárala con la de los hombres y siente envidia de la del astro, y termina con estas palabras:

«in quale
Stato que sia, dentro covile ó euna,
E funesto á chi nasce il di fatale.»

Il sabato del Villaggio, Amore e morte, Sobre un bajo relieve antiguo sepulcral en que una jóven está representada despidiéndose de los suyos, modelo de ternura; *Sobre el retrato de una dama esculpido en el monumento sepulcral de la misma*, terrible inspiracion de la musa desesperada del mártir de Recanati, de la que puede considerarse como pareja *La retama*, tan amarga como la planta que le da nombre.

Sus imitaciones del antíguo dan fé del amor con que admiraba aquellas lenguas gloriosas, y el afan y conciencia con que las habia cultivado. Su prosa resplandece de pureza y dignidad, y el íntimo dolor, la lealtad en expresar sus ideas, le hacen digno de la áurea corona que la posteridad ha fundido para honrar su tumba.

Muerto en 26 de Marzo de 1827 el padre de la sinfonía, el genio de la música, el rey de la orquesta, cuyo carácter y desventuras tienen mucho de los de Leopardi, coincidiendo hasta en un amor desgraciado que duró toda la vida, y al que dió forma en la sinfonía en *do sostenido menor* y en la balada *Adelaida*, vanos intentos procuraron seguir el camino iniciado por el hijo preferido del arte de los querubines.

Diez y siete años ántes, venía al mundo el destinado á mantener la tradicion gloriosa del maestro, no siguiéndole servilmente, sino buscando en las propias impresiones, en la naturaleza, en el amargo peso de sus desgracias y en la ternura de su alma, ya la *Cancion popular*, ya las *Escenas del campo*, en las que descuella el *Lieder*, *El mensage*, ya el doloroso gemido que tiembla en la dramática melodía *Tristes presentimientos*, que inspiró la adivinacion de su triste muerte, ya ese encantado ramillete de preciosas joyas, que tituló *Album de la infancia*. *Escenas de los niños*, donde se admira cómo su pincel vigoroso con el color de su ternura de madre da á fútiles escenas el sentimiento más humano y la gracia de un ingenio privilegiado. *Primer disgusto*, *La gallina ciega*, *Sobre el caballo de madera*, y *El coco*, *cancion popular*, no tienen precedente en el mundo, y en vano lucharia ninguno de los que han cultivado este género en imitar al dulce poeta. *El alegre labrador*, *El hermoso mes de Mayo* y *La vendimia*, tienen en sus notas el sol de la primavera, el aire regenerador de los campos y la alegría de la cosecha, y recuerdan por su belleza y su verdad los *lieders* de Beethowen, *País feliz* y *Mes de Mayo*.

Mignon, la creacion misteriosa, representacion de un amor que llega á la esclavitud, pasion de la pubertad llena de dulces sueños, que en vano han intentado interpretar numerosos músicos, vive y se presenta con sus rizos negros y sus ojos ardientes con la vida que Schumann ha conseguido darle.

El niño reza y *El niño se duerme*, tienen el perfume del aliento sin mancha del párvulo, aún no contagiado con el veneno del mundo.

La Reverie, ya aplaudida por el público de Madrid, y la titulada *Dicha perfecta*, dedicada á su esposa, son de la más hermosa poesía.

Escenas del campo, copia de la naturaleza, llenas de verdad y encanto; *Carnaval*, coleccion de melodías tan notables por las ideas como por la originalidad; *Novelletes*, caprichos; *Fantasías-estudios*, entre las que se hallan prodigios de sentimiento y carácter, particularmente en *A la tarde*, *¿Por qué?* *Mariposas negras* y *Alucinaciones*; *Hojas de*

album, compuesto de veinte melodías, como todas bellas, de las que recuerdo la *Cancion de la Cuna*, *Tristes presentimientos*, *El Largheto* y *Arabeske*; *Blumenstücke*, *Humoreske*, que forman otro tomo.

El creador de tantas bellezas ha sido acusado de maltratar la armonía, como si en arte las reglas fueran inviolables y no cedieran siempre á la fuerza poderosa del genio, á la que Beethowen dió libertad. Las disonancias, cuando no nacen de un arranque de inspiracion en consonancia con el sentimiento que se interpreta, producen un efecto desagradable; mas si el arte la reclama para realizar la belleza, estalla con luminosa luz conmoviendo el alma.

Sobre todas las condiciones de Schumann figura el leal estudio que hace de la verdad del asunto que trata. Compárense las melodías campestres, siempre sujetas á las ilusorias cortesías de los campesinos de égloga que Mendelssoh y Schubert produjeron, con los cuadros frescos y reales de Schumann sobre el mismo asunto, y será preciso confesar lo que va de la manera á la verdad.

El vulgo, y al decir el vulgo quiero decir la generalidad de las gentes que aplauden con furor las fútiles obras de casi todos nuestros maestros, como en todas las naciones á los suyos; dígalo Offenbach, que no puede llegar á las profundidades del arte, porque una educacion ligera y pervertida, una falta de altas ideas en unos y las apremiantes necesidades de la vida, privan á los otros que en su mente brille el ideal, y buscando con ardor una sonrisa, siquiera sea producida por un chiste infame y no las dulces emociones de lo honrado.

Así, pues, podemos despedirnos de la esperanza de oir las obras dramáticas de Schumann, porque el público no sabe quién es *Manfredo*, ni *Mignon*, ni *Genovera de Brabante* (no la de Offenbach), ni la tercera parte del *Fausto*, ni la *Peri*, ni lo que es bueno, y ya ha tenido el honor de rechazar una obra del gran maestro en los Jardines del Retiro, donde se repiten sinfonías francesas y polkas de Farbach.

¿Cómo entenderian nuestros *dilletanti* la *Misa de requiem* ni el monólogo y evocacion del *Manfredo* y el *Himno de los génios de Arimanes* en la misma obra?

¿Qué más? y perdóneme la modestia del autor; existe en España un jóven compositor de altas dotes y grandes alientos, que aspiró en Italia los perfumes de la grandeza romana, y á su vuelta á la patria publicó un cuaderno con seis melodías, entre las que descuellan, por su carácter y su inspiracion, una serenata toledana, en la que están

fotografiadas las altas, tortuosas y estrechas calles, la bruma del Tajo, las costumbres caballerescas de la Edad Media, el encanto y misterio de la noche, y otra en que la terrible poesía de Becquer

«Antes que tú me moriré, escondido
en las entrañas ya
el ancho hierro con que abrió tu mano
la ancha herida mortal.»

interpretada con todo su dolor y su triste esperanza.

Mucho de Schumann hay en aquel ensayo, como tendencia y sentimiento; de seguro no las conoceis.

José Campo-Arana.

LA DEMOSTRACION

La demostracion consiste en referir un hecho á otro que constituye una generalidad más alta. Para comprobar esta misma generalidad, necesitamos recurrir á otra mayor, y al término de esta série ascendente de raciocinios, llegamos á un principio que es el último, que es evidente; que no puede ser demostrado; que es indispensable admitir sin demostracion.

El razonamiento debe, pues, descansar sobre una verdad última: sobre algo, en fin, que imponga el asentimiento universal, que haya sido convenido, reconocido, aceptado de antemano por todos.

Y esto es lo que tan propiamente ha designado Herbert Spencer con la famosa expresion de Euclides, el *postulado universal*.

Lo pedimos todos: lo necesitamos todos; nos es imposible á todos *razonar*, sin haber esclarecido préviamente la naturaleza de estos fundamentos supremos de la certidumbre.

Hamilton ha propuesto á este fin un análisis rigoroso de los datos originales de la conciencia, así como de sus respectivos resultados. Se ha encontrado este criterio vago é insuficiente. En primer lugar, es posible no estar de acuerdo áun sobre hechos de conciencia actual, y en todo caso, la conciencia no puede enseñarnos nada sobre los acontecimientos pasados ni futuros.

Spencer propone otra forma de postulado universal: la *inconcebibilidad de la negativa*. Cuando lo contrario de una proposicion (dice) es enteramente inconcebible, debemos admitirla como verdadera.

Bain expone gran número de dificultades al empleo de este criterio. Implica y prejuzga, además, una solucion al árduo problema de la percepcion exterior, y es una grave infraccion de lógica el adoptar como criterio supremo un principio que garantiza el punto precisamente en cuestion.

Por otra parte, hasta hoy se han admitido dos categorías de verdades: formales ó necesarias, y reales ó contingentes; y si hay dos diferentes formas de certidumbre, es ilógico establecer un solo postulado universal. Puede admitirse uno para las verdades necesarias, y otro *ó varios* para legitimar todas las conclusiones derivadas de la experiencia. Hé aquí ahora cuáles propone Bain:

1.° La conformidad de la ciencia consigo misma *(consistency)*, ó ausencia de contradiccion. Yo no puedo creer que no existo en este momento, porque estas dos suposiciones se excluyen recíprocamente. Son incompatibles, son contradictorias.

2.° La fé en la *conciencia actual* ó de otro modo: admitir que sentimos realmente lo que sentimos.

3.° La fé en la *conciencia pasada* ó *memoria*, pero fé condicional, limitada, calificada.

Y 4.° La fé en la uniformidad de la naturaleza, ó en otros terminos, la creencia de que lo que en numerosas experiencias pasadas no ha sido contradicho, será confirmado en las futuras. Esta creencia no puede apoyarse en la razon. Y si fuera posible razonarla, su razonamiento sería necesariamente práctico, no teórico. Es un principio sin el cual nos sería imposible realizar ningun fin en la vida, y se reduce á obedecer al instinto natural, que nos impulsa á *admitir—sin discusion—que lo que ha sucedido uniformemente en el pasado, sucederá en el porvenir.*

Sin duda, este último postulado es el más eficaz, el verdadero, el gran postulado de la *experiencia*.

Sólo por él es posible la unidad fundamental del método.

Creer, convenir en un hecho de conciencia actual: convenir en que es verdad, por ejemplo, *que el fuego quema*: creer, convenir, un momento después, en que es tambien verdad este hecho pasado, *que el fuego quemó;* creer, conjeturar que este mismo hecho se reproducirá; que será *verdad* que *el fuego quemó* y *quema;* y subordinar, en fin, á la accion, estos actos de fé irresistible, de creencia primitiva, fundamental: subordinarlos, someterlos á la suprema garantía de la experiencia, á la observacion más especialmente adaptada á los hechos, para poder continuar afirmando la propiedad atribuida al fuego: hé aquí el más sólido, el más ventajoso punto de partida para toda investigacion que aspire á tener un carácter científico, un carácter *de verdadera racionalidad*, de incuestionable y de suprema autoridad.

Y sobre esta autoridad se funda una clasificacion de las ciencias, que es demostrable por la intervencion de este postulado, y constituye así un segundo principio fundamental de una filosofía rigurosamente científica ó mejor, un sistema de *ciencia integral.*

La expondremos con toda la claridad y concision posible.

Las ciencias emplean todos los medios de investigacion que les ofrece la constitucion íntima de nuestro espíritu, para comprobar relaciones de semejanza, y de semejanza entre los fenómenos que estudian. Pero es imposible desconocer que cada ciencia posee lo que se ha convenido en llamar métodos particulares, esto es, una técnia especial, una eleccion de artificios eficaces, una adaptacion particular de los métodos generales á las exigencias de cada caso especial, á las condiciones diversas en que se encuentran el observador y el fenómeno observado.

En una palabra, los métodos particulares de cada ciencia son, propiamente hablando, herramientas, instrumentos de trabajo.

Trabajo viene á ser, pues, como la base, la raíz comun de todas las ciencias; pero como este trabajo es diferentemente condicionado, no basta dar al obrero trozos de hierro ó acero.

sino que es preciso proporcionarle herramientas adecuadas, y á uno hay que darle, por ejemplo, una azada, á otro un hacha, á otro un martillo, etc.

Lo mismo acontece en las ciencias. Tienen todas una base comun; tienen todas los mismos métodos lógicos en general. Pero segun el distinto órden de hechos que estudian, así son distintos tambien sus procedimientos especiales de observacion é investigacion.

Y vemos así que, en la Lógica, el modo particular de observacion es tan rápido, tan primordial, que con razon se denomina *ciencia intuitiva*. Lo es, efectivamente, sin desmentir por esto su origen experimental; y su modo característico de desenvolvimiento, su método especial, su método propio, es la observacion instantánea, inmediata. La Matemática, partiendo de los principios lógicos, construye esa admirable obra de razonamiento que se llama la Geometría. Su método es la deduccion. Si de la *Matemática* pasamos á la *Dinámica*, la observacion ya toma otra forma. Es observacion pura, pero es la observacion propiamente dicha, la observacion fija, detenida, reiterada en gran variedad de circunstancias y condiciones. La Física da á esta observacion un carácter más activo: *experimenta;* la Química, *integra*. En el dominio de estas dos últimas ciencias, la observacion varía ya extraordinariamente. El experimento las da un carácter particular, único. La observacion experimental no es esencialmente distinta de la observacion ordinaria; pero la compendia, la resume, es su quinta esencia. Ya no hay necesidad de una larga série de observaciones fijas y constantemente variadas. *Un hecho* las sustituye con inmensa ventaja.

Llegamos, en fin, á la *Morfología*, ciencia de las formas ó estructuras, y la *Praxeología*, ciencia de las funciones ó influencias del medio. Aquí las experiencias físicas son rara vez decisivas. No pueden eliminar todas los causas, ni prever todos los efectos de un fenómeno dado. La observacion, pues, en su sentido ordinario, vuelve á ser su principal apoyo; pero esta observacion no es intuitiva, como en Lógica, ni pura, como en Astronomía, sino eminentemente *comparativa* y *conexiva*. En la *Morfología* hay que confrontar pacientemente las cosas, esclarecer sus ca-

ractéres, agrupar las semejantes, oponer las diferentes, apreciar su valor relativo, establecer, en fin, la balanza de las unas y de las otras. En la *Praxeología* hay que *conexionar*, esto es, sorprender los hechos de funcion en su movilidad fugitiva, aproximar los fenómenos de todo órden, escrutar sus reacciones mútuas, y coordinar, en fin, modos de actividad que cambian incesantemente.

Pueden, pues, ser distinguidas las ciencias por sus procedimientos de investigacion, y áun tambien por los de demostracion ó prueba. Porque las verdades lógicas, aunque no tienen necesidad de demostracion, pueden considerar como criterio de prueba la inconcebibilidad de la negativa.

En suma: el postulado que dejamos arriba explicado, y la presente clasificacion científica son, en el estado actual de los conocimientos, medios seguros para evitar escollos metafísicos, en toda séria investigacion científica.

A. Ordax.

DON ÁLVARO DE LUNA Y SU OBRA (MS.)

LAS CLARAS E VIRTUOSAS MUJERES

I

La obra que sirve de objeto á este artículo, fué terminada por el Condestable D. Alvaro de Luna en 1446, en el real de sobre Atienza, entrada la dicha villa, permaneciendo desconocida ú olvidada hasta que, no muchos años hace, se ocupó de ella el Sr. Amador de los Rios en eruditos artículos dedicados á apreciar las doctrinas políticas y morales y la poesía del siglo xv, relacionándolas con la privanza del célebre y desgraciado Condestable (1). A pesar de esos estudios y de lo que más detenidamente expuso en su *Historia crítica de la literatura española* (tomo VI, cap. VII y siguientes), no serán del todo inoportunas algunas observaciones, por lo mismo que el manuscrito aludido permanece olvidado, siendo difícil que á publicarse llegue, aunque por su autor y por su época algo lo mereciera.

Es extraño—y de ello no hallamos explicacion satisfactoria—que tanto tiempo haya trascurrido sin tener noticia de la existencia, ó sin haber fijado los historiadores y literátos su atencion en la mencionada obra. ¿Cómo pudo no ser conocido y elogiado ó zaherido el trabajo literario del magnate, que personifica el reinado de D. Juan II?

(1) Los aludidos artículos se publicaron en la Revista de España (tomos XIX, XXIII y XXIV). Padeció el Sr. Amador un error en cuanto á la fecha de la obra, que supone constar en el Códice existente en la biblioteca de la Universidad de Salamanca, del que hizo sacar copia el ilustrado académico, y antes profesor de dicha Universidad, señor don Vicente La Fuente. Por mala inteligencia del copiante pondria el año 1436, pero en el original está bien claro: «qtorce de Agosto, diez y nueve Calendas de Setiembre año del nascimiento de Nro. Señor ihuxpo de mil e qtrocientos e qrenta e seis años.»

¿Cómo cuando rodeábanle tantos aduladores, y perseguíanle tantos enconados enemigos; cuando el Rey y otros ilustres personajes hacian gala de sus aficiones literarias; cuando escribia su amigo Juan de Mena y el Bachiller de Cibdad-Real recogia en sus cartas datos á los que no se ha negado crédito, describiendo y lamentando la caida del Condestable, y redactaba Fernan-Perez del Pulgar sus *Generaciones y semblanzas*, incluyendo en ellas y con severidad juzgando al D. Alvaro; y cuando se publicaban crónicas, casi á la raiz de los sucesos, no hubo quien mostrase tener noticia del libro de *Las claras e virtuosas mujeres*.....? Y á otro motivo de extrañeza da tambien ocasion el hecho de no conocerse más ejemplar que el de la biblioteca salmantina, áun cuando el Sr. Amador de los Rios habla de uno que *se decia existir en la biblioteca de la Reina Isabel*.

Algo puede todo esto explicarse recordando que el Condestable *dió á publicacion* el libro á fines de 1446, época en que empezaba ya á declinar su estrella, acentuándose cada vez más las trabajosas vicisitudes que le fueron llevando al sangriento desenlace de 1453. La copia no era obra de breve ejecucion, y ménos haciéndose con el esmero del ejemplar á que nos referimos, en el cual no se llegó á completar la iluminacion de las letras iniciales de varios párrafos. Prueba es esto de la lentitud con que se procedió, y en verdad que no iban siendo las circunstancias muy propicias para pensar en vanidades literarias, ni estimulaban á difundir copias de la obra del ya decayente valido. ¿Influiria esto tambien en el descuido de hacer mencion de ella los escritores contemporáneos.....?

El Sr. Amador de los Rios opina que el Condestable se propuso, como principal objeto, utilizar sus biografías para formar una especie de tratado ó exposicion de doctrinas políticas y morales. Parécenos más bien que el verdadero motivo fué el mismo que á la generalidad de los *grandes* incitaba á figurar como hombres de letras, ó al ménos como protectores de ellas; pero natural era tambien que en los numerosos capítulos de la citada obra, redactada en estilo acomodado al gusto dominante en aquel tiempo, procurase lucir erudicion, estampando, segun mejor viniese á cuento, consideraciones de política y de moralidad. ¡Y cuánto hacen resaltar la contradiccion entre el escritor y el hombre de Estado! «Solamente la virtud nos hace dignos de reverencia.» «El que es temprado, conviene que sea fuerte; el que es fuerte, conviene que sea justo; el que es justo, conviene que sea

prudente; el que es prudente, que sea manso; el que es manso, que sea apartado de toda tentacion.» Ni el Condestable ni sus adversarios ajustaron la vida al tenor de estos consejos.

La idea política, en su buen sentido, tampoco era la que dominaba, ni á la que atendia el *privado absoluto* de un rey débil, cuyo supremo derecho se ensalzaba, sin perjuicio de acometerlo y menoscabarlo por todos los medios consiguientes al sistema de rebelion de que hacia uso aquella aristocracia. Interesantes lecciones ofrece la historia, recordando lo que sucedia al poder real en los tiempos en que por más absoluto se le tenia, pero en que por más débiles manos y flacos espíritus era regido. Los *ministros favoritos* oscurecieron el nombre de reyes como D. Juan II, Enrique IV y los inmediatos sucesores de Felipe II, á los que hizo guerra de intrigas, que ya no de armas, aquella alta nobleza que trasladó el teatro de sus glorias desde los campos de batalla á las antecámaras de palacio. Al lado de ese fenómeno tenia que resaltar otro opuesto, ocasionando que los que en el silencio de su conciencia conocian y apreciaban los males del pueblo, buscasen en la filosofía el antídoto de la política cortesana; y eso quiso imitar D. Alvaro de Luna cuando, al escribir su libro, de sí mismo y de sus actos se olvidaba. «El ciudadano—decia—debe sacrificarse en aras del bien comun, porque non es nacido para sí sólo.» «Nada hay tan honesto, ni virtud más cumplida en el hombre, que la de ponerse en grandes peligros y trabajos por librar á su pátria de la servidumbre, restituyéndola á la libertad y á la gloria.» «¿Cuál cosa puede ser más honesta que la de matar al tirano por la libertad de la tierra?» Reflejo era esta doctrina de la que entónces, por su verdadero mérito y por su procedencia, mayor aprecio merecia. Era la de Santo Tomás, el filósofo que en la Edad Media escolástica descollaba, que lugar distinguido ocupa entre los modernos, y al que hoy mismo se acude, en contraposicion á otros que con mira á temporales intereses dan un giro contrario á la filosofía religiosa. Hállanse, en efecto—y dispénsenos esta digresion—hállanse en las obras del Santo proclamados principios muy acordes con las de alguna moderna escuela filósofica, y teorías políticas parecidas á las de Ciceron en su *República*, que, salvas las diferencias de estilo y alusiones de la época, pudieran conceptuarse escritas en el primer tercio de nuestro siglo. La ley, decia, es lo que el pueblo decreta *(constitutio populi)*, y sostenia que, ordenar lo que al bien comun toca, es propio

del pueblo (*totius multitudinis*), ó del que lo representa y hace sus veces; y en su concepto, la república mejor ordenada sería la que lo estuviese, no por los opulentos (*excelenter divites*), sino por los medianos. Pero prescindiendo de esto, y en prueba de que las precitadas palabras del Condestable eran eco de la filosofía Thomasiana, basta mencionar que ésta no consideraba permanente el dominio tiránico, por ser odioso á la multitud: «y no poder conservarse lo que repugna á los votos de aquella.» «Acaso (palabras textuales) ni áun se reputara contrario á la fidelidad, segun opinion de muchos, si de cualquier modo (*qualitercumque*) se echa á un lado la maldad tiránica.»

«D. Alvaro de Luna fué, á no dudarlo, *un gran político*,» ha dicho el ilustrado autor de una Memoria premiada en 1863 por la Academia de la Historia (1). No nos parece exacta semejante afirmacion. Mantuvo, ciertamente, abierta lucha con la turbulenta aristocracia, y con aquel alto clero, codicioso de temporalidades, que la conciencia pública condenaba hasta en sus vulgares *decires*. Pero, ¿comprendió la necesidad de contener aquellos poderes, levantando la fuerza de los Concejos y Comunidades? ¿Estudió ó promovió los medios económicos y políticos de desvirtuar los resabios del poderío semi-feudal que hizo tambien sentir su triste influjo?..... ¿Impugnó y abatió alguna vez tan desordenadas pretensiones de las clases elevadas, y favoreció al poder real, débilmente representado por D. Juan II, que con razon pudo quejarse de hallarse oculto y como perdido en la sombra que proyectaba su valido? Más en todo esto no obró con miras políticas, sino en defensa de su poder y fortuna. Hay, sin embargo, que consignar algo que le favorece.

La gente *noble* era de condicion subversivamente belicosa, y él la dejó conmovida, *promoviendo* así que en la temporada posterior á las Comunidades y á la no derrota, sino anulacion algo despreciativa que sufrió en las Córtes de Toledo, acabase de ser batalladora como clase—aunque haya dejado memoria de ilustres capitanes— cambiando sus campañas en intrigas palaciegas ó camarillescas. Los favoritos de posteriores reinados no se valieron, para sostenerse, de la lanza y de la espada; no fueron ya más que parásitos adheridos al árbol del absolutismo en su más desdichado período. Que D. Alvaro de Luna fué superior á sus adversarios, puede muy bien afirmarse;

(1) D. Juan Rizo y Ramirez. Juicio crítico y significacion política de D. Alvaro de Luna.

que le faltó sosiego para demostrar dotes de buen gobernante, tambien lo acredita la historia; pero que en medio de sus méritos participó de los vicios de codicia, arbitrariedad y soberbia de los mismos á quienes combatia, esa fué la nube que oscureció sus buenas prendas. Contábase que, cuando de su afan de adquirir le hablaban, respondia con un texto sagrado, que á muchos *escudos de fortuna* pudiera servir de mote: *quidquid venerit ad me, non ejiciam foras.*

Respecto al influjo que ejerciese en la literatura—representada entónces por la poesía—poco es lo que decirse puede. Su principal mérito se halla en la obra de las *Claras y virtuosas mujeres.* Tiempo era el suyo de transicion para todo lo de la vida pública, y figurando en lugar privilegiado la literatura, no podia dejar de ser atendida.

La clase elevada por sus dignidades y riqueza, siguió las viejas costumbres de los alcázares; procurando ensalzar su fama con el aplauso de los trovadores, y aunque fuese ajeno á los hábitos é inclinaciones de la region castellana, dióse preferente acogida al gusto y rebuscadas sutilezas de los poetas provenzales. Tenia ésta que desaparecer con las instituciones, ó, mejor dicho, costumbres de que emanaba; pero, entre tanto, causó el mal no leve de que se menospreciase la poesía indígena, concentrada en los romances populares, que narraban los hechos heróicos y constituian la epopeya del pueblo. Pesarosos de abandonar las antiguas formas, resistíanse á acoger las más graves en metro y pensamiento, que brillaban en Italia, bajo las inspiraciones de Dante y de Petrarca. Y no era que por nuestros poetas fuesen desconocidas, sino que lo antiguo se defendia obstinadamente, dejando en las obras de algunos honrosas pruebas de la campaña que sostuvo.

Punto es este interesante en la historia literaria, y hacemos esta ligerísima referencia por la participacion que en él cupo al Condestable, quien—como tambien se observa en otros favoritos de su especie—algo procuró fomentar las letras, siquiera no fuese más que honrándose con la amistad y protegiendo á los que á ellas se dedicaban. El fulgor que el genio esparce, ilumina tambien á los que á él con respecto se aproximan. Aún hizo más: quiso tomar puesto en las filas de los escritores, y á eso se debe la obra que estas consideraciones nos ha sugerido. El asunto que escogió era acomodado á su característica galantería. Acosábanle los *nobles varones*; él dedicó sus elogios á las *claras mujeres.*

Terminaremos describiendo brevemente su poco conocida obra, y ofreciendo muestra del estilo con que se halla escrita; pero ántes añadiremos algunas palabras sobre otro documento interesante, al par que curioso, que tambien ha estado casi desconocido. Es la «carta y provision ejecutoria del Rey D. Juan el II sobre los deméritos y confiscacion de D. Alvaro de Luna, y revocacion de mercedes y privilegios.» Grande estupor tuvo que ocasionar la repentina caida del que tan extremado poder habia ejercido, y las circunstancias de su prision, la falta de verdadero y formal proceso, y la muerte en el cadalso el dia 2 de Junio de 1453, produciria dudas, escrúpulos y acaso irritacion en la conciencia pública. Los promovedores de aquella catástrofe debieron comprender que era necesario justificarla de algun modo, y escogieron el de reseñar los delitos que se le imputaban en el mencionado documento, redactado á manera de alegato, más bien que de Real carta sentencia. Hicieron en él extensa mencion de cuantos cargos pudieron, ciertos generalmente en el fondo, exagerados por la pasion enemiga, comunes tambien á los mismos que los formulaban. Constituye—y por ello merece estudio—una lamentable historia de las miserias de la época. La multitud de acusaciones que contiene, y el aparato con que se refieren, demuestran que su autor ó autores conocian la necesidad de dar al acto realizado algun aspecto de legalidad y justicia; pero no faltan, sin embargo, motivos para sospechar que no circulase mucho aquel *manifiesto*, como ahora se diria, cuya autenticidad llegó á ponerse en duda (1). Publicado en el apéndice núm. 14 de la obra citada del Sr. Rizo, á él remitimos á los que conocerlo deseen; y volviendo á la del Condestable, concluiremos haciendo un breve extracto de ella.

II

Aunque no tenga importancia histórica, presenta á su autor bajo un punto de vista en que no se le ha considerado hasta estos últimos

(1) En pleito que en 1591 seguia D. Diego de la Cueva, marqués del Adrada, con D. Diego de Luna, se presentó un traslado que lleva la fecha de 14 de Junio de 1543; pero como su redarguyese de no merecer crédito la expresada «carta-revocatoria de las mercedes hechas al Condestable, por no haberse llevado la original, ni con el sello y firma del Rey D. Juan,» se hizo presentacion por parte del Marqués, despues de visto el pleito, «por no haberla habido ni venido ántes á su noticia.» Dióse auto de «traslado sin perjuicio de la determinacion, y póngase en el proceso.» Esto es lo que consta en un manuscrito obrante en la Biblioteca de Salamanca, el cual debió formar parte del pleito. En notas marginales se dice que la Real cédula «fué encontrada en Portugal,» sin expresar cuándo ni dónde, y que «el pleito no parecia, aunque se le habia buscado con cuidado.»

tiempos. Su vida de intrigas, de ambiciones y de encarnizadas luchas; su afan contínuo de dominar al débil espíritu del rey D. Juan, no ofrecian motivo para creerle entendido en letras, en filosofía ni en historia; y, sin embargo, prueba en contraria forma la obra de que nos ocupamos. De ella ofreceremos un brevísimo extracto, utilizando el Códice manuscrito, único original que se conoce (1).

«Comienza (esta es su primera página) el libro de las virtuosas e claras mugeres asi santas como otras que ovieron espiritu de prophecia, e reynas e otras muy enseñadas; el cual fizo e compuso el muy noble magnifico e inclito e muy esforzado caballero e muy virtuoso Señor varon siempre vencedor e de muy claro ingenio, Don Alvaro de Luna, maestre de la órden de la Cavalleria del apostol Santiago del espada, condestable de Castilla, conde de Santestevan e señor del infantadgo: si el señorio e imperio del muy alto e muy excelente soberano principe e muy poderoso rey e señor Don Juan, rey de Castilla e de leon etc., segundo de los reyes que en los sus reynos ovïeron este nombre: el volumen del cual contiene tres libros ó partęs principales. El primero trata de las virtudes e excelencias de algunas claras e virtuosas e santas mugeres que fueron desde el comienzo del mundo e sola ley divinal de escritura fasta el avenimiento de nuestro Señor, en el qual libro se face especial e primera mencion de la santísima nuestra Señora Santa Maria.

»El segundo libro fabla de las claras e virtuosas mugeres asi romanas como otras del pueblo de los gentiles que fueron e bivieron so la ley de natura e non ovieron conocimiento de la ley de escriptura nin de la ley de gracia.

»El tercero e postrimero libro trata de algunas muy virtuosas e santas dueñas e doncellas del nuestro pueblo catolico cristiano, que fueron so la nuestra muy santa e gloriosa ley de gracia.»

En el proemio con que da principio á la obra, explica las razones que á escribirla le impulsaron. «Inumana cosa nos pareció (dice) de sofrir que tantas obras de virtud y egemplos de bondad fallados en el linage de las mugeres fuesen callados e enterrados en las escuras tiniebras del olvidanza. No poco maravillandonos de tantos prudentes e santos autores que de los fechos e virtudes de los claros varones ha-

(1) Está en la Biblioteca universitaria de Salamanca. Consta de 315 hojas vitela, de las cuales sólo están foliadas 17, caractéres góticos, é iluminadas algunas letras iniciales, hallándose muchas en blanco.

yan fecho estendida e complida mencion: entre los cuales fueron el bien aventurado Geronimo e los dos Isidoros é Gemnadio obispo de Constantinopla e Braulio e el sagrado Alifonso arzobispo de la toledana silla e Francisco Petrarca; del cual mas es de maravillar porque vido el olvido de los otros e fue mas cercano á nuestros tiempos. Por cual razon la memoria de las virtuosas mugeres e sus claros fechos hayan asi callando traspasado aquestos en los sus libros e tractados, salvo Juan bocacio que de aquellas algunas cosas tracta. Pues estas causas nos ficieron que este trabajo oviese lugar entre nuestros trabajos e este cuydado fuese uno de nuestros cuydados. Pues porque salga con mayor lus la gloria de las virtudes de aquellas, daremos obra como todo lo que se fallase derramado en diversos libros e tractados á esta materia tocantes con algunas enmiendas e correctiones e otras cosas por nos añadidas autenticas e verdaderas en el siguiente libro sea todo pintado e acopilado e para que la gloria de las virtuosas mugeres resplandesca e la su honra vaya mas cresciendo, non solamente sera menester mostrarlo por egemplos e vidas de las pasadas, mas provarlo por razones asi de la Santa escriptura como naturales que por ellas fagan, e contra aquellas que siniestras cosas contra ellas non se averguenzan ni dubdan de decir, las cuales pruebas e autoridades e razones en cinco preambulos ó departimientos que aqui facemos antes que á las vidas e obras virtuosas suyas vengamos, claramente seran demostradas.»

Siguen á esto los referidos preámbulos, y en el primero prueba, «por sotiles razones,» que los vicios ó menguas «non vienen a las mujeres por naturaleza, mas por costumbre,» sin más que á ellos tengan inclinacion que los hombres: en el segundo declara qué cosa sea bien aventuranza, y cómo en ella «es dada igual entrada a los hombres e a las mujeres:» en el tercero, «por razones de santa escriptura,» muestra que por el pecado original no deben ser más culpadas las mujeres que los hombres: en el cuarto se prueba «que los sabios que dijeron mal de las mujeres, lo entendieron por las desordenadas, mas non por todas;» y en el quinto da «razones por que debe comenzar en Nuestra Señora.» Curiosos son estos temas, y no sin *sotileza*, como él dice, y erudicion desenvueltos, pudiendo de esas defensas inferirse que no se juzgaba muy bien, en aquel tiempo, el carácter de las mujeres, áun cuando no carecian de influencia y poéticos elogios.

Las biografías que á continuacion en sus tres libros inserta, son

las de Santa María, Nuestra Señora.—Eva.—Sarra.—María, hermana de Moysen.—Judit.—Ester.—Delbora.--La reina de Saba.—Sephor.—Ana.—Oldra, que ovo spiritu de prophecia.—La dueña que mató Abimelech, defendiendo la ciudad de Sichem.—Jeptecinco mujeres bien fabladas, las cuales se llamaron Abigail é Theamita, la que morava en Abela, que fizo que la descercase el condestable Ioaf, e Versabee, madre de Salomon.—Susana, la madre de los siete fijos que fizo atormentar Antíoco. — Santa Elisabeth. — Anna, hija de Samuel, profeta.

El segundo libro contiene: Lucrecia.—Codia.—Venturia.—Tanaquil, reina.—Porcia, fija de Caton.—Sempronia.—Antonia, mujer de Drusio.—Bilia, mujer de Duilio.—Marcia, hija menor de Caton.—Closia.—Valeria, romana.—Virginia, hija de Virginio.—Marcía, hija de Varro.—Cornelia, hija de Cepion.—Claudia, vestal, la hija que mantenia á su madre en la cárcel con la leche de sus tetas.—Otra que mantuvo á su padre.—Emilia, vírgen.—Lucía Quincta.—Claudia, vestal.—Tercia Emilia, mujer del grand africano.—Truria, mujer de Quinto Lucrecio.—Sulpicia, mujer de Lentulo.—Nicol, hija de Saul.—La mujer de Isías, caballero romano.—Aufronia.—Amecia Ortencia.—Julia, hija de Julio César.—Terencia, mujer de Ciceron.—Paulina, mujer de Boecio Torcato.—De algunas virtudes falladas en las mujeres romanas.—Sulpicia, hija de Servio Patroculo.—Minerva.—Dido, reina.—Céres, hija de Saturnio.—Diana, hija de Júpiter.—Mynerva Velona, hija del segundo Júpiter.—Nicostrata, hija de Yonio.—Casandra, hija de Priamo.—Artemisa, reina de Caná.—Ifisusatra, hija del rey Mitridatre.—La mujer de Sirantes.—Pantia, mujer de Abaradoron.—La hija de Darío.—La vírgen de Môco, príncipe de los ariopajitas.—De las cincuenta vírgenes de los de Lacedemonia.—De la vírgen de Antiocha.—Buria.—De la mujer griega, ó de la que casó con el rey Filipo.—De la vieja de Zaragoza, que rogaba á los dioses por Dionisio Tirano.—De la vieja de Yulide, que se mató ante Pompeo con la ponzoña.—De las mujeres de los indianos, como algunas dellas se lanzaban en los fuegos en que quemaban los cuerpos de los maridos muertos.—De la mujer de Asdrubal, De las dos mozas Armiona e otra.—De Hipo, griega.—De la mujer de Forgiamonte.—Ipermestra, hija del rey Danao.—Herchia, hija de Mazpeisia, con su hermana Antiope, reina de las amazonas.—Argía, griega.—Policena, hija de Priamo.—Camila, hija de Metabo, rey de los volscos.—Tama-

nis, reina de los scitas.—Penelope, mujer de Ulixes.—Sofomiba, hija de Asdrubal.—Cornifiscia, romana.—Proba.—Tamarsi, hija de Micon, pintor.—Prene, hija de Trafino, pintor.—Cronice de Ponto, por otro nombre llamada Soacides.—Mariane, mujer de Crodes.—Cenobia, reina de los palmiretos.—Crutra, una de las sibilas.—De la vírgen Amaltea.—Jambiles, hembra griega.

El tercer libro trata de Santa Ana.—Santa Inés.—Santa Anastasia. — Paula. — Hágata. — Lucía. — Juliana, virgen. — Maria Egipciaca. — Petronila, hija de San Pedro.— Julia.—Marina, virgen.— Teodora. — Margarita. — Maria Magdalena. —Crispina. — Marta.— Eugenia. — Eufenia. — Justina e Margarita. — Cecilia. — Elisabeth, madre de San Juan Bautista, e de Pelaya, e de Cassia, e de Santa Catherina.

Concluye después la obra con una especie de epílogo, del que trascribimos alguna parte: «Como quiera (dice) que muchos otros egemplos e claras vidas se nos presenten e ofrescan en honra e loor de las claras e virtuosas mugeres de nuestro tiempo, asi de los estados mayor e mediano e menor, de las cuales algunas dellas hoy biven, cuya vida gloriosamente ha resplandecido dentro de los terminos de las nuestras Españas, que muy digna seria de memoria perdurable, perdonennos aquellas si faciendo aqui fin al nuestro libro las sus vidas virtuosas cayando traspasaremos. Ca seyendo aquellas por nos loadas mas de lo que devrian avria contra nos lugar la suspicion por aber seido aquellas de la nuestra propia patria e aun algunas dellas contemporales al nuestro tiempo, e si menos fuesen loadas de cuanto meresciesen podria la virtud de aquellas redarguir de error a la nuestra escriptura: asi que por fuyr de lo uno y escusarnos de lo otro, e aun por no ir contra la doctrina del sabio en el su libro llamado Eclesiastico, onde dice, non loes a ninguno antes de su muerte, con lo cual bien concuerda aquel varon griego mui notable e de grand autoridad e sabiduria llamado Solon, uno de los siete sabios de Atenas, del cual face grand fiesta el filosofo Aristotiles en el su libro primero delas ethicas, e por esta mesma razon la yglesia de Dios cuando celebra fiestas de algun Santo non la face en el dia de su nascimiento mas en el dia que muere el tal Santo, porque despues de la muerte somos ya seguros que ninguno non puede pecar, mas en tanto que hombre bive muchos mudamientos pueden acaescer por el: e asi faciendo fin a la presente obra decimos que claramente se concluye que

en todos tiempos siempre se ovo nuestro señor Dios mediante todo beneficio natural, e asi mesmo toda gracia divinal larga e complidamente con la generacion de las mugeres asi como con los hombres por donde cesa la non sabia nin onesta osadia de los que contra ella han querido decir o escrivir queriendo amenguar sus claras virtudes.»

Continúa luégo su defensa mencionando los grandes beneficios «que dellas avemos rescibido, por respecto de lo cual nuestro señor Dios en la su divinal ley ygualando a las madres con los padres en los sus diez mandamientos nos manda e amonesta que honremos a nuestras madres asi como a nuestros padres poniendo en el mesmo grado de honor e reverencia a la madre y al padre.» Alega tambien que á la mujer «Dios hizo e crio por si mesmo non del limo de la tierra como crio a Adam mas del cuerpo e carne mesma del hombre;» y añadiendo otras varias consideraciones con el mismo objeto, pone fin á su obra «por ocupacion de los grandes fechos e de gran peso de aquestos reynos, de los cuales nos sentimos el trabajo del principal cargo despues dela real magestad nos ocupan la mayor parte del tiempo, asi en disponer las cosas pertenescientes al afanoso egercicio de la continua guerra que traemos, como en dar orden ala gobernacion de la cosa publica, en lo cual non poco nos desvelamos por ser a nos encargada e encomendada por la real magestad, pues si algunas cosas fallesciesen, o demasiadas en esta nuestra obra se fallasen, justas causas damos a la disculpacion, como toda la mayor parte deste nuestro libro ayamos compuesto andando en los reales e teniendo cerco contra las fortalezas de los rebeldes puesto entre los horribles estruendos de los instrumentos de la guerra; pues quien puede ser aquel de tan reposado ingenio, nin quien se sabra ansi enseñorear de su entendimiento, que sabiamente pueda ministrar la pluma cuando de la una parte los peligros demandan el remedio e de la otra la ira cobdicia la venganza, e la justicia amonesta la egecucion, y el rigor enciende la batalla, e la cosa publica demanda el administracion, en tal manera que todas cosas privan el reposo que para esto era necesario, tanto que muchas veces nos acaesció dejar la pluma por tomar las armas sin que ninguna vez dexasemos las armas por tomar la pluma, pues cuando cansado e trabaiado e algunas veces ferido bolviesemos a la obra que comenzada dejabamos, como el ingenio nuestro se podria fallar atento, tu lector lo considera, pues aquestos entremedios de tiempo de nuestra

escriptura non dubdamos que nos desordenasen los terminos de nuestra materia; por tanto, si algunas cosas en nuestra obra se fallasen non bien ordenadas demandamos dellas perdon, e de las bien dichas con razon queremos gracias.»

Estas son las últimas palabras del libro *bienaventuradamente compuesto*—como dice después su copiante—por el Condestable, pudiendo, lo que transcrito queda, servir para librar algo del olvido su obra, que es lo que con este ligero resúmen nos hemos propuesto.

A. Gil Sanz.

EL CRISOL ROTO

(NOVELA ORIGINAL)

SEGUNDA PARTE

I

La diligencia de Canfranc llegó atestada de viajeros, y por más que se hizo, no hubo manera posible de colocarlos á todos, ménos de colocarlos bien. De aquí el que nadie se hallase á gusto: aquellos á quienes se instaló mejor, como todo es relativo en la vida, no se daban por satisfechos; los que lo fueron tan mal que no cabia aumento, ponian el grito en el cielo, y las quejas y reclamaciones caian á chaparron sobre el médico director, y caian inútilmente, pues la verdad era que toda su ciencia no alcanzaba á dilatar el edificio. Con esperanzas se logró aquietar á estos, con satisfacciones á los otros, y los recien llegados, temerosos de perder lo que habian obtenido, diéronse hasta por contentos, sólo con reflexionar que pudieran estar peor; es decir, quedarse al raso.

Esto era á primeros de Agosto del año 78, año en el que la casi manía de las aguas, junto con la de la emigracion veraniega, fué tan grande, tan general, que no hubo en los establecimientos balnearios, particularmente en los de nuestras provincias del Norte, uno que no presentase la mayor animacion; sin contar, por supuesto, cuantas playas chicas y grandes hay en el Cantábrico: el tranquilo y mediocre San Juan de Luz, las célebres y concurridas Aguas-Buenas, el aristocrático y pretencioso Biarritz, y el pintoresco y agradable Pirineo francés.

Advertiremos, de pasada, que cada sitio de los indicados presenta su fisonomía propia. La de Panticosa, por ejemplo, no tiene grandes encantos; la melancolía parece descender de las cumbres que la rodean, envuelta en los saltos de agua que, formados por el deshielo, cruzan en arroyos la pra-

dera, y las húmedas y flotantes nieblas que la circundan en sus noches silenciosas y tristes.

En Santa Águeda, Arechavaleta, Escoriaza, Mondragon, se quedan los enfermos cuyas afecciones son de suyo leves; diríase, contemplándoles, que imaginativas; de manera que los ácidos sulfo-hídricos de éstos, los hidrocloratos de aquellos, los sulfatos de óxido de sodio de los otros, los ácidos carbónicos de los de más allá, con todos los demás componentes que las mineralizan, se combinan con las diversiones de tan admirable y feliz suerte, que se consiguen prodigiosos resultados. A las playas, sabido se está, con algunas excepciones, va la salud, ansiosa de placer y movimiento; á Francia se dirige la *crema*, como hemos convenido en llamarla, en busca de goces ó de impresiones; pero á Panticosa van los enfermos verdaderos. Allí la juventud ¡pobre juventud! representa la tísis; la edad provecta lleva las hemotipsis, y la hepatisis en su mayoría, la senectud las afecciones crónicas é inveteradas.

No hay, pues, en su recinto gran movimiento, ni muchas ni variadas diversiones. En el salon, el piano, con más ó ménos frecuencia, derrama sus mágicas armonías; se habla bastante; se discute mucho; á veces problemas importantísimos alcanzan en él solucion; pero no se baila, sino poco y por extraordinario, ni se juegan fabulosas ni áun medianas sumas, ni se hacen tampoco alegres giras, ni bulliciosas excursiones: los placeres se reducen á discurrir por la pradera, á ir á la laguna á pasearse en la barquilla, que ni siquiera mecen sus tranquilas aguas, y lo más consiste en recorrer las orillas del Calderés y arrojar una piedra á su mansa corriente.

Resulta que las analogías son perfectas entre el establecimiento balneario de Navarra y las numerosas personas que lo visitan. No se realizan allí las citas de buen tono del mundo elegante; no es centro de misteriosas aventuras; no se registran en su crónica escándalos de ninguna especie. Cada uno de aquellos cuartos tiene un eco de dolores que casi le hace sagrado; y si ántes de emprender el camino que conduce del lugar al moderno edificio, que brinda comodidades y hasta recreo, aquel antiguo camino de herradura que los enfermos de entónces hacian en mulos del país, se echa una mirada al cementerio por encima de sus muros, el corazon se oprime dolorosamente. ¡Cuántos, Dios mio, cuántos de los que fueron á beber las salutíferas aguas azoadas, reposan en él con un número por epitafio!

II

—He sabido en la mesa que está Vd. enfermo—dijo en tono franco y cordial, entrando sin ceremonia en el cuarto número 7, el bañista que ocupaba el número 8—y vengo, á la vez que á tener la honra de saludarle, á ofrecer á Vd. mis servicios, si soy tan feliz que en algo pueda prestárselos.

—Lo agradezco vivamente—contestó el enfermo del número 7 levantándose del sillon y tendiendo la mano al del número 8.—Si soy tan desgraciado—añadió con melancólica sonrisa—que vuelva á reproducirse el ataque de anoche, no dudaré en molestarle.

—¡Qué es molestia! Un deber en mí, que sería cumplido de voluntad; pero confio que no será necesario llenarle.

—Yo confio ménos—replicó el enfermo del 7 acentuándose su sonrisa—pues no parece sino que, al llegar á Panticosa, Panticosa ha caido sobre mí.

El que tal creia, era una magnífica é imponente ruina humana, pero sin degradacion de ninguna especie; erguida todavía, y sentando, por su sola presencia, una gran superioridad intelectual y social, no sólo reconocida, sino tambien acatada. En la senectud, el cabello, que conservaba en parte la negrura del ala del cuervo, servia á recortar su frente de rey, su frente de sabio; la barba espesa, algo crecida, como de enfermo, sombreaba su tez, del color de la cera, y hondos círculos plomizos rodeaban sus ojos, grandes, oscuros, un tanto hundidos, revelando su laxitud, su tristeza, los progresos de una de las enfermedades que más se han generalizado en estos últimos tiempos, gracias á la agitacion y á la lucha constante, signos distintivos de la época que atravesamos.

Distinto en todo el que habia venido á ofrecérsele, habíase doblado ya como la espiga en sazon. Sin embargo, ligero, vivo, ágil, la edad no parecia pesar sobre aquella forma sutil, en la que sólo dos rasgos admirablemente impresos le daban carácter: el de la distincion y el de la franqueza, ambos elevados á lo noble y á lo sumo.

—Mi indisposicion de ayer, dijo el enfermo del número 7, contestando á la afectuosa solicitud del anciano del número 8, que se informaba de sus dolencias—ha sido debida á un suceso triste aunque comun, pero que me impresionó profundamente, ya por sus circunstancias, ya por sus detalles; y, ¡qué quiere Vd.! fuí hombre al agua.

Hizo una mueca el del número 8, y dijo:

—Algun enfermo, ¿eh?

—No: fué un entierro clandestino de los que aquí se acostumbran.

—¡Ah, sí! el del pobre alférez de abajo, ¿no?

—Justamente. Le ví cuando llegó; hace cinco dias le bajaron del coche casi en brazos y le sentaron en una silla. Venía solo, y esto me conmovió. Momentos después bajó á hablarle R..... coronel del mismo cuerpo: el desventurado chico sonreía; ¡si apenas pudiera tener veintidos años! Su uniforme, su edad, evocaron mis recuerdos, y tomó para mí las proporciones de lo propio, de lo íntimo, de lo que se vive amando, á pesar del tiempo, de la distancia, de la razon que se alza contra la ingratitud..... Anteanoche, no sé por qué, el sueño huyó de mí, me faltaba aire que respirar, no cabia entre estas cuatro paredes..... Oí fuera ruido de pasos, voces que disputaban; abrí la ventana y me asomé; ocurria lo siguiente: Un carreton estaba á la puerta, y junto á él habia dos féretros de madera blanca que no movia nadie, porque los que debian hacerlo disputaban por cuál de los dos debia ir debajo. Al fin se puso primero el del oficial, después el de una pobre jóven, muerta, segun supe ayer, á la misma hora que aquél, y el carreton partió. El asistente puso la mano sobre el ataud del alférez para guardarle; el coronel siguió detrás acompañándole. ¿Qué más le diré á Vd.? Sólo que, conforme se iban alejando, parecíame—era, sin duda, la situacion de

mi espíritu—que el hueco que dejaban aquellos dos séres se hacia en mi corazon. Heridos por la luz de la luna, su sombra se prolongaba, adquiriendo fantásticas proporciones. Al fin, los perdí de vista; me retiré de la ventana y traté de acostarme, pero el fresco de la noche, la sensacion recibida, ó yo, que tal vez estaba preparado para un nuevo ataque, ello fué que á las tres hubo que hacer levantar al doctor.

—No me extraña; á mí tambien me ha impresionado la muerte de ese pobre chico, que anoche me contó su coronel, con algunos detalles consoladores. El obispo de Z..... supo su estado, fué á verle, y sin más que una insinuacion, lo ha dispuesto sin esfuerzo y sin pena. Puede asegurarse que en su breve vida, que ha durado lo que un sol, no ha habido sombras que la empañen.

—Es verdad, pero morir á los veinte años.....

—¡Eh! dichosísimo él. Vivir mucho no es gracia, sino castigo. Una cuenta como de aquí á Pekin, penalidades hasta el despilfarro, y la carcoma de la vejez, roe que te roe por todas partes.

—Cierto; es un camino áspero, y en su última etapa desolado.

—Sí, sí; vamos dejando allá un trozo de piel, acá un pedazo de corazon, más léjos una creencia, la más cara, la más íntima..... No vale la pena de conservar estos harapos de vida, el molesto viaje á Panticosa; pero nos toca vivir..... ¡Vivamos!

—Digo como Vd.: ¡vivamos! pero tanto se deja el vellon en las zarzas..... que se viene á quedar como yo estoy: ¡solo, solo en la tierra!

El del número 8 movió la cabeza lentamente, y repuso:

—Pues no me encuentro yo mucho más acompañado: mi mujer murió; tres hermanas la siguieron; mi hijo se fué detrás.....

—Pena comun; yo llevo luto por mi mujer y por mi hija.

—¿Y no le queda á Vd. ningun otro?

—Sí; tengo, ó debo tener, un hijo de quién no sé, á quién no veo y cuyo nombre, para saber si existe, me encuentro obligado á buscar en los periódicos.

—Eso es triste.

—Es amargo.

Sonrióse el del número 7, y añadió con acerva expresion.

—Se llena el alma de gozo al pensar que vienen á la vida, se les espera con ansiedad, se les recibe con loca alegría, se les educa, se les dá carrera, se les abre el camino en todas direcciones, se les ensancha el que escogen, y hasta se les alfombra de flores. Llega el dia en que se ven con elementos propios, y se emancipan, se erigen en poder, se imponen, y si se les resiste vuelven la espalda y se van. Las hijas.....

—No me hable Vd. de hijas, por todos los santos de la córte celestial—dijo con viveza el bañista del número 8, revolviéndose en su asiento—pues á fé que dan un lindo resultado.

—En ellas hay cariño.....

—Hay lo que Dios quiere.

—Pero.....

—No rompo lanzas por los hijos, no. El mio, en honor de la verdad sea dicho, no me dió nunca grandes satisfacciones. Tomó carrera contra mi gusto, se casó sin mi voluntad; pero..... ¡cosas de muchachos, que no piensan más que en sí y en sus caprichos, como nosotros hemos hecho, si hubimos tiempo y ocasion de satisfacerlos.

—Hay padres verdaderamente felices—observó el enfermo del número 7, condensándose su amargura hasta abrebarse con ella su voz, su acento, su frase y su alma.—Por mi parte, no lo he sido.

—Ni yo tampoco. Mi hijo tenía pasion por cuanto á mí me daba grima. Esto provino de una causa natural, y yo no pude desconocerla, como no pude ó no caí en remediarla. Era que á mí me educaron á la antigua española, y á él se le educó á la novísima francesa.

—Sin embargo.....

—No hay sin embargo que valga. La lógica va del brazo á paseo con las matemáticas. Dos y dos, son cuatro. Esto viene de aquello. Yo, á mi padre, le dí en ocasiones tratamiento, sin faltarle en ninguna al ceremonioso respeto que merecia; mi hijo me tuteó desde el punto que su lengüecilla supo articular mi nombre, hasta el instante de enmudecer para siempre: á mí me enseñaron á obedecer, él aprendió á discutir, y llegada la hora de la divergencia de opiniones, discutió mis derechos y sus deberes: es decir, mi autoridad y su incontrovertible sumision á ella. Corolario: la sola pesadumbre en que no tuvo parte voluntaria, fué la que me produjo su muerte. ¡Bueno! este fué mi hijo, y con el pesar de perderle, de que el que es padre no se consuela jamás, me dejó una nieta y su tutoría, con el cargo, que no es una pluma, de su educacion.

El anciano bañista del número 8 se arrellanó en su silla, bien incómoda, por cierto; respiró con fuerza, y prosiguió en su tono franco, veraz y concluyente.

—La chiquilla era hermosa, algo obtuso el entendimiento y descreida como ninguna: un pájaro de la vega, que no hacía maldito el caso de voces ni de pedradas. Todo parece que lo guardó para mí: sarampion, viruela, garrotillo, alferecías..... ¡qué sé yo! Era aquello tener el alma en vilo constantemente con la tal niña, tan frágil y quebradiza como los vidrios volados. Salió avante de sus numerosas plagas, y hubo que pensar en su educacion.

—Naturalmente.

—Sí, lo era; pero al fijarme en la forma, diez opiniones distintas me salian al encuentro, y diez mil dificultades con ellas. Por último, S. de O., cuyos entusiasmos por Inglaterra llegan al punto de que, á ser posible, la trasplantaria en España, con la idea de hacer un ingerto inglés más, me aconsejó, con gran copia de razones, que la pusiese aya inglesa, y él me proporcionó una, *londonesa*, flor y nata, segun sus informes, de esa familia trashumante de que nos surte á porfía el extranjero. Vino el aya, encargóse de educar á la niña, y la niña hizo empeño en demostrarnos que no era materia educable. Métodos por allá, régimen por acá, todo lo ordenó, todo lo clasificó, todo lo puso en hora: resultados, ningunos. La dichosa niña poseia la primer fuerza del mundo; la que Arquímedes no hubiera podido re-

mover con diez palancas y otros tantos seguros puntos de apoyo: la de la inercia, y sólo se pudo conseguir que pronunciase una docena de palabras en inglés, y que aborreciera el idioma con todo su corazon. Las consonantes se le atravesaban en la garganta peor que si fueran espinas.

Yo se lo decia á O., y él me contestaba invariablemente:

—«Un poco de paciencia: más adelante tocará Vd. los adelantos.»

—«Veremos»—era mi respuesta; pero no pude ver nada.

—¿Y eso?—preguntó por cortesía el entristecido enfermo del núm. 7.

—En la impasible y metódica inglesa obró como un fermento el sol de España; el vapor de su locomotora se le subió al cerebro, y ántes que descarrilase la mandé á Lóndres con patente limpia y bien recompensada.

—El aya inglesa.....

—Es muy buena, sí, sí; y O. me decia: «otra;» pero yo me preguntaba, sin hacerle gran caso: ¿qué se hace con esta niña?..... y la condesa de Rodante, respondiendo por mi pensamiento, repetia: «Al Sagrado Corazon; en ninguna parte se educan como allí.»

—¿Y Vd. la mandó?

—No hubiera querido; pero la primer prueba me habia satisfecho poco, y porque no se me contaminara con el mal ejemplo de los demás, dí con ella en el Sagrado Corazon, y me la dejé, privándome del gusto de verla, guardada con todos los cerrojos de la puerta claustral y la solicitud de toda una comunidad en masa.

Año tras año, la tuve ocho en pension. Durante ese tiempo, me sorprendió con unas zapatillas bordadas de colorines y unos mamarrachos pintados, bien feos, por cierto. La de Rodante me contaba maravillas. Tenia un ángel, una santa que sirviera de para-rayos á mis culpas pasadas, presentes y venideras; pero, eso sí, su educacion no se acababa nunca, y salió del colegio sin concluirla.

Salió como habia entrado: buena, mansa y dulzota; un tanto callacuez, plegada á las formas de un modo asombroso. En misa tenia las manos juntas como estátua naciente. Vino otra vez el aya; ésta fué alemana y á prueba de sol. Todo fué viento en popa por espacio de tres meses; pero al cuarto, salimos con un amorío.

—Lo de siempre.

—Con circunstancias agravantes, pues al primero que le dijo «ata» ella respondió «por acá;» y como el Amadís no valia lo que costó el bautizar, me opuse resueltamente. Intervino la de Rodante, intervino el confesor; el aya se pasó á su bando con armas y bagajes; tomé cada pesadumbre de á folio, y para acabar, se casó á los diez y nueve años, y ojos que te vieron ir..... El báculo de mi vejez, como decia la de Rodante, ha desaparecido y..... no cuento más que con la muleta del inválido, comprada á tanto precio en el servicio.

—¡Ah! pero ella volverá. La mujer tiene algo de la paloma: vuelve al arca, marqués, y vuelve con el ramo de oliva en el pico. Las hijas.....

—Las hijas...

A este punto, el interlocutor fué interrumpido por dos golpes discretos y

suaves que dieron en la puerta del cuarto, la cual, entreabriéndose, dejó paso..... Pero ántes de decírselo á nuestros queridos lectores, necesitamos retroceder todo el espacio de tiempo que hubo de trascurrir desde que el bañista del número 8 entró en el 7 á visitar á su melancólico vecino.

III

Uno de los viajeros últimamente llegados en la diligencia de Canfranc, y, por cierto, el que peor instalacion obtuvo, hombre de edad provecta, retorcido bigote, espesa barba, tez ennegrecida por el sol de los trópicos y marcial continente, un si es no es tieso y desairado, con cinta encarnada en el ojal de la cazadora, anduvo el pasillo en toda su extension, y llegando á la última puerta paróse, golpeó con los nudillos, después de lo que, aplicando la boca á la cerradura, dijo en tono misterioso:

—Comadrita..... comadrita.....

Oyóse en el cuarto leve ruido, el que produce el trage de mujer cuando corre la que le lleva, y el eco gratísimo de una voz dulce y melodiosa que decia:

—Voy, coronel, voy.

Y era verdad que iba; como que la puerta se abrió instantáneamente, mas no para franquear la entrada del aposentillo al que venia, sino para que asomase una encantadora cabeza de tez nacarada, expresion infantil, boca fresca y sonriente, hoyos en las mejillas y barba lindísima con su hoyo tambien. Los tres hoyos eran tres nidos de gracias.

—¡Hola, coronel!—dijo con acento afectuoso, pero, al parecer, dispuesta á que su visita no pasase sus mezquinos umbrales—¿Qué hay de nuevo? ¿Nos varían de cuarto?

—No lo sé, comadrita, ya lo veremos después; lo que ahora me trae, es la necesidad de decirle á Vd. algo más grave y de superior importancia.

Suspendióse la hechicera jóven, y levantándose en su mente el temor, fijando en el coronel sus ojos que lo expresaban, pronto á convertirse en ansiedad:

—¿Es cosa de mi marido?—le preguntó con viveza.

—Sí, y no—contestó su interlocutor retorciéndose el bigote.

—¡Por Dios, lo que quiera que sea, dígamelo Vd. pronto y claro.

—A eso vengo, pero ántes es necesario.....

—Sin preámbulos, coronel—dijo la jóven interrumpiéndole.—Estoy asustada; póngame Vd. al corriente de lo que sea..... Pero, ¿quiere Vd. entrar?

TERESA DE ARRONIZ BOSCH.

(Continuará.)

EL ESCORIAL

SONETO

Soberbia construccion, que un gran artista
En honra de un gran rey levanta ufano:
Símbolo del poder de un soberano,
Que hace esculpir la gloria que conquista.
Helada oscuridad que nos contrista,
Llevando el pensamiento á un triste arcano,
Y ante el que se prosterna el que es cristiano,
Porque á la Fé no hay cosa que resista.
Montes y cerros: valles y laderas:
Cuadros y libros: páginas de historia:
Viejos sillares: polvorosas eras:
Y los recuerdos mil que en la memoria
Graban estas palabras verdaderas:
Arte, valor y Fé nos dan la Gloria.

EDUARDO DE CORTÁZAR.

Mayo de 1883.

SIN LÁGRIMAS

El niño llora cuando quiere teta;
el jóven, al sufrir un desengaño
con mengua del amor que, por su daño,
le inspirara una frívola coqueta.
El hombre que no tiene una peseta,
—y muchos llevan capa de este paño—
llorando sin cesar se pasa el año,
si destino más negro no le peta.
Llorando, en fin, por tristes desventuras,
y á veces más por mísera flaqueza,
la vida pasareis, pobres criaturas;
pero, ¿quién llorará mis amarguras,
si un fuerte constipado *de cabeza*
de mi llanto agotó las fuentes puras?

R. A.

A LA BUENA FERNANDA, EN EL DIA DE SU SANTO

Dios bendiga tu frente
blanca y hermosa,
tu boca purpurina
como una rosa,
tanta y tanta hermosura,
sublime compañera
de tu àlma pura.

—

Dios bendiga esos ojos
iluminados,
que deslumbran abiertos
como entornados,
y el corazon sereno,
de gloria y esperanza
y de amor lleno.

—

Eres, niña inocente,
tan candorosa
que es el cielo y tu cara
la misma cosa;
y así, gentil Fernanda,
todo el mundo te quiere
como Dios manda.

—

Es tan dulce la imágen
de tu hermosura
como corriente fresca,
límpida y pura;
y tus castos sonrojos
cielos son donde brillan
tus lindos ojos.

—

Tus amigos te amamos
como ama el niño,
que en los brazos maternos
todo es cariño;
y siempre sonriendo,
vives como la luna
resplandeciendo.

—

Puede ser no me vuelvan
á ver tus ojos,
¡que tengo muchas penas,
muchos enojos!
En un rincon oscuro
voy á buscar al alma
lugar seguro.

—

Para este pobre viejo,
tú eres sagrada
como la Santa Vírgen
inmaculada.
Yo me contentaria
con que, muerto, lloraras
la pena mia.

José Güell y Renté.

REVISTA CRÍTICA

Confesamos lealmente, cual cumple á la integridad y templanza del cultivador de la crítica, la prevención y temor que llevábamos de consuno en el corazón y en la mente, al comenzar la lectura y estudio del discurso de recepción académica, leido ante *el Senado clarísimo de la historia patria*, por el Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Nacía y tomaba cuerpo esta prevención y temor, de la fama que el señor Pelayo, cuidadosa y activamente, habíase conquistado de empedernido y ciego sectario, ganoso y solícito de conquistar láuros entre los suyos, por sus arremetidas contra los que confiesan en la que ha llamado el Sr. Alarcón *la izquierda de la ciencia*.

Presentíamos, allá en el seno de las páginas de su discurso, el fuego del apasionamiento, imprimiendo calor tal á sus ataques, que abrasara tambien y enardeciera nuestra pluma, en mengua de la calma y reposo que nos es tan necesario para cumplir nuestra difícil misión como buenos. La lealtad que invocamos nos impone, pero con imposición que nos llena de júbilo, declarar que, en el fondo y en la forma del discurso del nuevo académico, no hay asperezas ni crudeces, respirando ambas, forma y fondo, una apacibilidad y tersura que embriagan y perfuman el ánimo dulce y blandamente.

Apártase el Sr. Menéndez y Pelayo en el acto de la recepción—dando tregua á las pasiones que engendran en el espíritu la escuela y la doctrina—de todo anhelo de producir tempestades en el mundo intelectual, y pisa los umbrales de la Academia con paso firme y reposado, huyendo del aplauso del sectario amigo y evitando el dardo acerado del adversario. Abate el arma que parece nacida congénitamente en su mano para esgrimirla sempiternamente como paladin esforzado de su causa; desvía la mirada de aquellos sus queridos asuntos—seno fecundo de pasiones—y mostrando ramo de oliva como enseña, convierte los ojos á campos ámplios y serenos, donde la pureza del ambiente, no enrarecida por el humo del combate, descubre á los ojos horizontes de paz. Así, escoge como tema del discurso

La Estética en la Historia, é inspira su mente en conceptos de ámplio círculo, temeroso de rozar las alas con la ruda corteza de esta impura tierra, y, elevando el vuelo, se mece en el éter, cual águila caudal.

Sorpresa, y por extremo de contento recibimos, cuando pudimos ver claro y vivísimo el pensamiento del Sr. Pelayo, nublado no pocas veces por el polvo que cubre é invade sus obras, traido de los armarios y estantes de archivos y bibliotecas. Un alarde más de su copiosa erudición esperábamos, y hemos admirado regocijados su parquedad y sobriedad en este punto, para dar plaza á su propio pensamiento, original y espontáneo y con toda su lozanía y desnudez.

Bien de las letras merece quien así obra, y desde estas columnas no he de menguar ni restringir mi deseo de aplaudirle, cerrando ésta, que es expansión del ánimo, libre de toda parcialidad—por evitar se entienda ditirambo ó alucinación de momento—con un aplauso al estilo afiligranado y á la bella forma del discurso.

Consagra su atención, como hemos indicado, á la Historia; *pero no considerada en su materia y contenido, ni siquiera en las reglas críticas y método de investigación para escribirla*, sino de la *Historia, considerada como arte bella, de la noción estética de la Historia.*

Desde los comienzos del discurso, entra de lleno el Sr. Menéndez y Pelayo en el tema, y desde estos mismos comienzos, rebélase proclamando la Historia como arte de condición eminentemente realista. La *libertad del arte*, anatematizada por su escuela, proclámala en la Historia y la consagra fatal y necesaria, si no ha de padecer y oscurecerse la verdad y la belleza de la Historia misma. Criterio es este que recoge con débiles fuerzas—por no decir con desamor—el Sr. Fernández Guerra, que, á nombre de la Academia, contestaba al Sr. Pelayo, y de cuyo discurso nos ocuparemos á la postre.

Pero, antes de seguir adelante, conviene á la lealtad y honradez de la exposición y juicio, hacer una importante salvedad.

No entiende el Sr. Pelayo, ciertamente, que puede confundirse este realismo á que él se refiere con el naturalismo artístico á la moda—tan maldecido como desconocido—aunque conviene en la necesidad ineludible de no hurtar siquiera una tilde á los hechos, caractéres é ídeas, aunque éstas sean deformes, repugnantes y abominables: que siendo la Historia esencialmente humana, lleva en sí las flaquezas é impurezas propias de esta misma humanidad.

Antes de entrar en el estudio del pensamiento capital del discurso del Sr. Pelayo, por fuerza incontrastable del recuerdo y apoyados en una evidente oportunidad, habremos de referirnos á ideas gemelas á las del nuevo académico, vertidas por Mr. Thiers en su prólogo al tomo XII de su celebrada *Historia del Consulado y del Imperio*.

Exponiendo Mr. Thiers su criterio sobre el modo de escribir la Historia, si bien afirma que el historiador, sobre todos los dones, sobre todas las cualidades de *ingénio, imaginación, crítica, arte de componer, talento de pintar*, ha de poseer el de una inteligencia perspícua y de poderoso poder intuitivo,

pronto se reacciona su pensamiento, y saliendo al encuentro de preguntas que sorprende—tal vez en su mente antes que en los labios de sus lectores—pónese á cubierto de que se le impugne achacándole desprecio ú olvido del arte; y conviniendo en principio en la necesidad de la colaboración de éste como factor importantísimo en la Historia, se encariña y enamora de tal factor, hasta el punto de proclamarle *alma mater* de todas sus ideas y elucubraciones posteriores, girando á su alrededor como mariposa que revolotea y huye de la luz, para venir en definitiva á morir en ella, atraida por fuerza irresistible.

Así se revela partidario de la excelsitud del arte en la historia, y con carácter esencial realista, cuando exclama: «La Historia no dice: soy la ficción, sino soy la verdad.» «La inteligencia cabal de las cosas lleva á conocer la belleza natural de ellas, y las hace amar hasta el extremo de no quererlas añadir ni quitar cosa alguna, y de buscar exclusivamente la perfección del arte en reproducirlas con exactitud rigorosa.»

Engolfado en este pensamiento, predominante en todo el trabajo de Thiers, prosigue de esta suerte—conformando en esencia con el Sr. Menéndez:—«Al modo que se llega al retrato de Rafael, prendándose de la naturaleza y de la hermosura de la realidad, y obligándose á reproducirla exactamente, se llegará á la legítima Historia observando los hechos, contemplándolos como un pintor contempla la naturaleza, y hasta en un rostro feo la admira, sin buscar más que en la verdad de la reproducción, el efecto.»

«Lo mismo que la pintura, tiene su parte pintoresca la Historia, y ésta se halla en los hombres, en los sucesos, fiel y profundamente observados;» y á demostrarlo consagra un bellísimo párrafo en que, después de excitar á la contemplación de relevantes figuras históricas, *como á retratos expuestos en el Louvre de la Historia*, interroga de esta suerte: «¿no experimentais cierta especie de extremecimiento al ver esas figuras cual Dios las hizo, del propio modo que si veis un retrato de Rafael, el Ticiano y Velazquez? ¿Cómo no habeis de distinguir bajo esas facciones verdaderas, sublimes unas veces, extravagantes otras, groseras acaso, la hermosura pintoresca de la Naturaleza? Pues qué, ¿no tienen su belleza histórica, á la cual sería delito poner y quitar el rasgo más leve?»

«De la profunda inteligencia de las cosas—continúa Thiers, y con esto terminamos la cita—nace ese amor idólatra á lo verdadero, que los pintores y los escultores denominan amor á la Naturaleza: nada se considera superior á lo que es verdad, y, por consiguiente, nada se altera ó muda. En poesía, la naturaleza se escoge, no se cambia; en historia, sólo hay derecho para ordenar, mas para elegir, de ningun modo; si en poesía hay que ser verdadero, mucho más hay que serlo en historia.....»

Bien claro se demuesta en las antecedentes líneas la alta importancia que confiere Mr. Thiers al arte en la obra histórica, y el reconocimiento explícito de la condicion realista del mismo: asunto que se impone vigorosamente al pensamiento del notable historiador, hasta hacerlo el más culminante en su estudio, que no se proponia, seguramente, versar sobre la estética en la Historia.

Coincidiendo y abundando el Sr. Mennéndez y Pelayo en el criterio de Mr. Thiers, marca y afirma con líneas más seguras y enérgicas, este factor del arte histórica, en su discurso; y cómo realiza su propósito, es el objeto que nos proponemos.

Con doctrina esencialmente realista—tal, que sus más exaltados propagadores y apóstoles no se desdeñarian reconocerla propia—exclama el académico: «No: el poeta no inventa, ni el historiador tampoco; lo que hacen uno y otro, es componer é interpretar los elementos dispersos de la realidad; en el modo de interpretación es en lo que difieren.»

Continúa más adelante: «No le es lícito á la Historia fantasear; no puede, como puede el poeta dramático, introducirse en la mente de sus personajes y hablar por ellos; pero será tanto más perfecta y más artística cuanto más se acerque, con sus propios medios, á producir los mismos efectos que producen el drama y la novela.» En parte respondiendo á esta idea, en parte divorciándose de ella, en distinto lugar del discurso, el Sr. Pelayo legitima la fantasía del historiador, sancionando la introducción de cartas que no se escribieron y discursos que no fueron pronunciados, para realizar más acabada, perfecta y artísticamente la pintura del carácter del héroe, el desarrollo de la pasión. Sintetizando, afirma: «El historiador se lanza al mundo poético de lo verosímil, en alas de lo verdadero.»

Pero es lo cierto que, á nuestro juicio, áun existiendo contradicción en estas ideas del Sr. Menéndez, se revela en toda plenitud su criterio, que entendemos sea el apuntado últimamente, y con el cual hacemos causa común.

¿Qué otra cosa ha hecho Perez Galdós en su *Episodios Nacionales*, más que obra histórica, tan completa, que sólo algun caviloso ó descontentadizo le pidiera notas y documentos, mapas y grabados? Por ventura, en ellos ¿hay algo que pueda reprochar la crítica histórica como inexacto, ó degenerado ú oscurecido por la fantasía ó el arte? Actos políticos, pintura de caractéres, desarrollo de pasiones, descripción maravillosa de lugares, poblaciones, costumbres, sentimientos religiosos... en una palabra, cuanto forma el medio ambiente de un pueblo en una época determinada, con el sello típico, propio de una nación, de una capital, un lugarejo ó un villorrio, es objeto de estudio maduro, realzado por el arte. ¡Ojalá que España hubiera contado un narrador, un *historiador* como Perez Galdós, en todas las épocas de su vida!

Volviendo por los fueros de la libertad del arte histórica, negados por Hegel—inspirado por la doctrina de Aristóteles *que renueva, annque originalmente*—rompe una lanza el Sr. Pelayo para enderezar tal entuerto, agravado por la declaración de estos pensadores, que achacaron á la Historia carácter prosáico, no ya por el estilo y manera en que se escribe, *sino por su mismo contenido y objeto propio.*

¡La historia, manantial fecundo, fuente inagotable, riquísimo y esplendoroso venero de infinitas bellezas, de suma poesía... *prosáicas por su contenido y objeto propio!* Lamentable error es este, que arranca del torcido concepto que puede formularse de la historia, y especialmente de *su objeto propio.* ¡Cómo faltar el encanto de la poesía y el arte á la Historia, conden-

sación sublime de la existencia humana, formada de lágrimas y triunfos, y vivificada por el aliento de tantas generaciones! Fuera temerario desconocer el arte y la poesía en el drama, en la comedia, en la elocuencia; y siendo el contenido de la historia la acción, la vida de los pueblos, con sus notas tristes y alegres, sus luces y sus sombras, y formando los hechos la màs alta elocuencia, ¡cómo ha de tachársele de prosáica por *su contenido!*

En cuanto á la libertad del arte histórica, no puede ponerse en tela de juicio, sin caer en el absurdo.

«Toda la historia depone contra Hegel—dice Pelayo—mostrándonos que ninguna de las obras más altas de la poesía humana ha merecido voluntariedades ó caprichos del artista, deseoso de mostrar en sus héroes el empuje de una personalidad libre, sino que todas ellas, así épicas como dramáticas, han recibido su jugo y su vitalidad de la Historia, ó de lo que en algun tiempo se ha tenido por Historia...»

Y para dejar maltrecha, cuando no ahogada, la opinión de Hegel, en cuanto á su reminiscencia aristotélica, de juzgar prosáica el arte histórica, dedica este párrafo, que trascribimos con suma complacencia:

«Digamos, pues, y esto es lo cierto, que si la personalidad humana, independiente y enérgica, vale, es precisamente por el fin y por la adaptación de los medios al fin; y no fin egoista y *ad libitum*, sino fin que interese por simpatía á toda la humanidad ó á una porción considerable de ella. De donde se infiere que, léjos de ser la Historia prosáica por su índole, es la afirmación y realización más brillante de toda poesía actual y posible, sin que necesite el poeta otra cosa que ojos para verla, y alma para sentirla, y talento de ejecución para reproducirla; pues con esto sólo quedará depurado y magnificado, no tanto por algo exterior y propio suyo que el poeta le añada, como por algo que en la realidad misma está y que no todos los ojos ven, sino los del artista.»

Persiste en su discurso, el Sr. Menendez Pelayo, en reclamar la integridad de la realidad, para la composición del arte histórica, y se duele de grandes defectos sustentados—y agravados con el encariñamiento que hubieron de tomarle—por historiadores famosos, entre cuyos defectos nota, singularmente, el *olvido de todas las actividades humanas distintas de la política y de la guerra;* regocijándose de que el siglo XVIII, con David Hume, intentase remediar en algun modo este error de omisión, comenzando á hablar en las historias, de industria, de comercio, de artes, de literatura, y á tratar de costumbres familiares y domésticas, y *á entender que el hombre no vive sólo en la plaza pública, ni en el campo de batalla, ni ha de ser forzosamente rey ó tirano, ó siquiera* CONDOTTIERE y *capitan de bandidos armados!...* (1).

Hemos trascrito algunos de los párrafos del discurso del nuevo académico, porque ellos dan muestra acabada de su lozano pensamiento, y nos relevan de la responsabilidad en que necesariamente habíamos de incurrir, de torcerlo ó deslucirlo, al extractarlo para informar á nuestros lectores. De-

(1) Discurso de recepción.

más de esto, porque nos evita emitir nuestro juicio, que es el suyo, tan completamente expresado, que no hay que variarle un acento ni cercenarle una tilde.

Convirtiendo la atención á otras ideas, el Sr. Menéndez y Pelayo bendice al arte, por cuyo mágico poder vino á infundir nueva y rica sangre en el cuerpo anémico de la Historia, verificando en ella una feliz reacción, estimulada por la sed de algo *original, característico y rudo, que nos trajera olor de flores agrestes y ruido de selvas primitivas.*

Imprime el académico á estas frases gran calor, colorido vivísimo, como si agobiado bajo la pesadumbre de pesadas cadenas que le ataran, cual nuevo Prometeo, á la peña escarpada y fria de la tradición, soltara los lazos y corriera libre y respirando nuevo y fresco ambiente.

Él tambien siente henchirse su alma, al presenciar el amanecer de ese nuevo dia, que trae grabado en los festones de fuego de su aurora la divina palabra *Natura*, que cantan en himnos sublimes, formados por las armonías complejas é infinitas de la vida, todos los séres, desde el sencillo ruiseñor hasta el hombre. Lo siente así, y ya que la tupida malla de la fé aprisiona su corazón, y preocupa su mente y le lleva á condenar el realismo, el naturalismo en el arte, en su más lata acepción, se acoge con amor, con frenesí al arte histórica, para proclamarla *arte libre* y eminentemente realista.

Ese *algo original, característico y rudo, que trae olor de flores agrestes y ruido de selvas primitivas*, se realiza en nuestro estrecho y sincero abrazo con la Naturaleza y en el amor profundo hácia ella, en el justo desagravio que merece, y como necesidad inminente para reaccionarse el hombre y huir del suicidio á que condena todo divorcio de la madre que nos dió su sangre y nos recoge en su seno, viviendo por ella y muriendo en ella á un tiempo mismo.

Con triste acento exclama el Sr. Menéndez y Pelayo, en un pasage de su discurso: «Quedaban las ánforas griegas, pero el vino estaba agotado;» y nosotros, con júbilo, le diremos: «las ánforas ya se han llenado, y rebosan mosto sabrosísimo que refresca los abrasados labios, y hace surgir nueva y esplendorosa vida, y enciende los corazones y es fruto que, al trocarse en vino, le envidiarán los dioses y libarán con fruición los hombres. Acerdad los labios al borde del ánfora, y gustadlo sin temores y zozobras, y vereis cómo es bueno.»

Si el Sr. Menéndez y Pelayo proclama tan alto, y sin reservas ni mogigaterías—proclamación que nos anticipamos á negarle éxito en la Academia—el arte libre en la historia, y reclama con imperioso acento y firmísima convicción la integridad de la realidad con todos sus factores de sombra y luz, ¿incurrirá en la inconsecuencia de negarle derecho y puesto propio al realismo en la obra artística, sea ésta literaria, ó plástica, ó escultural, que son, en suma, fragmentos de la historia del espíritu humano, formada por medio de imágenes, que reclama tanta veracidad é integridad como el arte histórica?

¿Incurrirá en el error crasísimo de afirmar la necesidad de conservar to-

talmente y en el más minucioso detalle cuanto constituye la vida del pasado y negar á la presente el estudio de sus más escondidos secretos y manifestaciones?

No puede, no, quien piensa y define el concepto de la estética en la Historia cual lo hace el Sr. Menéndez y Pelayo, poner su veto á la aspiración tan poderosamente y con tan brioso empuje revelada por la escuela que, á pesar de sus rudezas y crudeces, es mensajera de *aromas agrestes y ruido de selvas primitivas.*

Hoy aplaudimos la amplitud que ha dado á la órbita de su acción el señor Menéndez y Pelayo, y no desesperamos de repetir el aplauso, con motivo de nuevos ensanches y avances dados en el camino y evolución progresiva de su pensamiento.

La concordia y la paz que respiran en el Sr. Menéndez y Pelayo, que bien pudiéramos decir es la enseña que guia á la generación que viene, quebrántala la generación que se va, representada en el Sr. Fernández Guerra y Orbe. Al contestar al nuevo académico, llevando la voz de la Corporación, saca la caja de los truenos, y muéstrase incisivo y despiadado, y sañudo hasta con los que fueron, ya guardando profundo silencio respecto de unos, ya apurando el apóstrofe respecto de otros.

Deslumbrado y ciego por la fe—hermana que debiera ser gemela de la caridad—entona un ditirambo al Sr. Menéndez y Pelayo, más para cantar en son de himno su adhesión firmísima á los sentimientos religiosos en que con él comulga, que por sus méritos literarios y trabajos históricos; y en cambio le niega, no ya el agua y el fuego, porque no vive, sino el saludo cortés y respetuoso al varon insigne D. José Moreno Nieto, compañero con quien compartia sus tareas, y cuyo sitial, vacío hasta el momento de la recepción, iba á ocupar el jóven catedrático y paladin de la *Unión Católica.*

¡Tal vez en la oftalmía que le producian los esplendores de la tierra, no acertara á descubrir la estrella de primera magnitud que se cernia sobre su cabeza, allá en las altas regiones del no sér, en el cielo de incomparable limpidez y trasparencia, donde fulgurarán eternamente los espíritus, siempre vivos, como el del Sr. Moreno Nieto!

En cuanto al malogrado D. Manuel de la Revilla; al fundador y antiguo director de la *Revista Contemporanea*, D. José del Perojo, y al Sr. D. Gumersindo Azcárate, vean nuestros lectores qué juicio les merece al señor Fernández Guerra,—aunque al contribuir á su difusión no ejercitemos, respecto del Sr. Guerra, la tercera de las virtudes teologales.

«En ésta, como en todas sus obras—*Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la ciencia española*—ostenta el Sr. Menéndez y Pelayo nobilísimo afan de enaltecer las glorias de España, al *revés de los malos españoles que, ciega y desapoderadamente, por necia y ridícula comezón de lisonjear á los extranjeros, se gozan en pisotearlas;* y con brioso empuje y sólido y cabal conocimiento de la materia, sabe librar á nuestra nación de la injusta nota de ignorante y de intelectualmente abatida, que *la ignorancia* y *la osadía se atrevieron sin motivo á echarle en el rostro.*»

***

La Crítica religiosa.

Por raro privilegio, cuya ejecutoria posee con harta justicia el Sr. González Serrano, imprime apacibilidad y mesura á su espíritu, áun tratando aquellas cuestiones que, por su propia virtualidad, son acicate de pasiones y hogar de calor intensísimo que enrojece los ánimos más serenos.

Don es este, no ya de espíritus cultos, y por consecuencia tolerantes—que la cultura se quebranta para dar plaza á las expansiones de la naturaleza, cuando no tienen dique fuerte que se oponga al desbordamiento—sino de almas bien nacidas para las luchas del entendimiento, en que, si bien se reclama el fuego de la convicción y del entusiasmo, necesítase, al paso y por manera imperativa, una integridad y honradez á toda prueba, tanto para mostrar la sinceridad—aunque el revelarlo traiga dolor—cuanto para reconocer las posiciones y ventajas del enemigo.

Esta declaración nos arranca la lectura recientísima que hemos hecho del libro titulado *Cuestiones contemporáneas*, debido al pensamiento y pluma del catedrático del Instituto de San Isidro.

Examina en este libro el autor *La crítica religiosa*, *El pesimismo* y *El naturalismo artístico*, y la primera de estas cuestiones es por demás peligrosa y preñada de espinas, que hacen inminente el riesgo, al discutirlas, de herirse con sus finos punzones, produciendo dolor y sangre al buscar luz y calma al espíritu.

Es ésta, efectivamente, como el mismo Sr. Serrano dice, cuestión ante la cual *huye la luz del razonamiento ante el cálor de los intereses y del amor propio*, y, no obstante, da cima á su empeño haciendo prevalecer la primera y emancipándose de la segunda. Así, en varios pasajes de su estudio, reconoce leal y sinceramente las conquistas de la Iglesia, que han sido, á veces, fecundas en bienes á la humanidad.—Con tal ánimo de concordia y bondadosa y recta conciencia, ha de esperarse, con fundamento, salvado el escollo de las exageraciones y exaltaciones, y con ellas la miopía ú oftalmía intelectual.

A examinar las dificultades que ofrece el problema religioso, dedica la primera parte del estudio, y quedan ya expuestas, así como la feliz manera con que las ha sabido salvar.

Viniendo ahora á examinar los puntos más culminantes del trabajo del Sr. Serrano, y siguiendo el órden cronológico en que aparecen—aunque careciendo de él, por los apuntes que tenemos á la vista—fijamos la atención enlas primeras líneas del libro, y hallamos una lamentación por la existencia de ese excepticismo presuntuoso que gusta repetir á cada momento: «los *Dioses se van*, la Religión perece, puesto que ha servido como institución tutelar y educadora de las sociedades en su infancia, pero que no tiene ya esfera de acción dentro de la cual se mueva.»

Este excepticismo, que desconsuela al Sr. Serrano, entiendo que es nuncio de venturas para el porvenir, y estriba este disentimiento en la diferente manera de verlo y apreciarlo. Obra es esta de la crítica que, repercutiendo de capa en capa social, ha llegado á las más incultas, mas no en el sentido de negar el sentimiento religioso como inútil ó perjudicial á los fines de la humanidad y su desenvolvimiento ó progreso, sino en el de la emancipación de la tutela ejercida por las religiones positivas.

Ahora bien; una vez arrancada de raíz la fé en lo sobrenatural, es preciso, sí, como dice el Sr. Serrano, fundar la convicción en bronce, para evitar la caida en un piatismo interesado—por un arrepentimiento tardío—ó en la superstición.—Mas ese riesgo no es tan inminente como lo pinta el autor. El sentimiento religioso es, en puridad, la nostalgia de otra existencia mejor y el refugio de la mente, atemorizada ante los abismos que bordea en su camino, en cuyos fondos no percibe sino tinieblas, y perseguida por el fantasma de lo desconocido; es, en suma, este sentimiento, nacido del sér, que al sér acompaña y con él muere—por su condicion finita—el instinto

de su conservación moral, que le es propia; y si es finito el sér, infinita es la humanidad; y en tanto exista la vida, la lucha, la luz y las tinieblas, el sentimiento religioso no abandonará al hombre, como no abandonarán las sombras al planeta, en tanto alumbre desde el cénit el astro Dios. Sufrirá, sí, crísis y esplendores, decaimientos y poder el espíritu, y con él el sentimiento religioso; mas no perderá jamás su propia esencia y condición; sólo sí, sobre la imágen, el símbolo ó el dogma, vendrá la ruina.

Fija seguidamente el carácter de la crítica religiosa, y la halla *fuerte en las negaciones*, y *débil* para afirmar; parece pedirle en vano ídolos que elevar en los desiertos altares, y mirra é incienso que embriaguen el alma y salmos que extremezcan los corazones.—La afirmacion es, á nuestro juicio, la característica de la crítica religiosa, porque afirma la necesidad de emancipar la mente de supersticiones que la debilitan, empobrecen y esclavizan, porque limpia el camino de maleza y abrojos formados por el sedimento de los siglos, porque quema el rastrojo para fertilizar la tierra y la prepara á la fecundación lozana y exuberante de la nueva semilla, para una vez así preparada la heredad, cuando el sentimiento individual se halle condicionado á unirse y verterse en el espíritu colectivo, la cosecha sea más segura y rica.

No le espante la soledad del hombre, porque huya de él la fé en lo sobrenatural. Libre del peso de la tradición, romperá el cautiverio, y una vez de él redimido, su legítima madre la Naturaleza, no le abandonará.—Lleva en sí el gérmen, ¡qué digo el gérmen! la realización, encarnada en su propio organismo, del sentimiento religioso. Emancipado de la tutela, no queda aislado, frente á frente de la Naturaleza; lleva su pensamiento, su imaginación, su sér, en fin, que le acompaña; préstale vida la luz, el calor, el movimiento, las sensaciones y los afectos, singularmente el que en admirable síntesis y conjunción los funde á todos; el que realiza el consorcio de los séres por el amor: sublime compendio y síntesis de la vida, *alma mater*, fuerza que impulsa y mueve el universo, expresión que anhela la perfección suma y la posesión de los más queridos ideales. Viva el hombre y luche, que de la lucha surgirá, por natural conjuro, el amor, que es, en definitiva, la religión por excelencia.

Aparte de esta expansión que, no por que aparezca hija del histerismo y la sensiblería es ménos legítima hija del organismo, y por lo tanto de la naturaleza, examinemos otros aspectos del problema.

Es evidente que las religiones no se miden por su orígen sobrenatural, sino por su valor moral; hallándose, en tal virtud, sujetas á la ley del progreso. Nace y arranca, por tanto, la decrepitud del catolicismo, de haber desconocido esta ley inflexible é incontrastable á que se halla sujeto cuanto existe y vive, pretendiendo—gastando su fuerza poderosa—en imprimirle carácter de inmutabilidad y permanencia: viviera más ajustada á *natura*, realizara las evoluciones que el tiempo marca á sus épocas, y fuera venero inagotable de bienes para la humanidad.

«Es la religión, como el arte, una energía social,» dice el Sr. Serrano, estableciendo, en el órden sociológico, lo que llevo yo al natural ó físico; pero asintiendo, con nosotros, en el fondo y sustancia del pensamiento; y el Sr. Salmerón, delineando con frase escultural y silueta de fuego la expresión de Kant: «la muerte del dogma es el nacimiento de la moral,» afirma que apénas si es asequible, *una vez perdida la virginidad de la fé, ganar la maternidad de la razón*; mas, ¿cómo llegar al estado perfecto y fecundo de la maternidad, sin haberse despojado de la virginidad préviamente? ¿Se anhela llegar á esa maternidad como *desideratum*? ¡Bendita, entónces, la crítica que, en amoroso embeleso, arrebató á los pueblos la pureza!

Algo, aunque vago y como de pasada, pero haciendo alusión al positivismo, consigna el Sr. Serrano respecto de nuncios, albores de sentimientos religiosos en gestación, y que, por tanto, adquieren, siquiera sea de

modo rudimentario, cuerpo y forma. Señala la *solidaridad humana* como primera relación trascendente de nuestro destino, «especie de *inmortalidad* que atestiguamos de los demás, y de que son manifestaciones el culto á los grandes hombres, los centenarios y la gloria real y positiva, que se cosecha practicando el bien y alcanzando la tranquilidad de la conciencia.»

Base y fundamento, á no dudar, son estos, de la religión de que se proclamaba Augusto Compte Pontífice Máximo, y cuyo Dios era el *Gran Sér*—ó la Humanidad;—y aparte toda protesta y confesión de comuniones, y sólo en el terreno en que nos hallamos, de crítica religiosa, habré de revelar mis simpatías hácia fundamentos tan sólidos como los de la *solidaridad humana* y la *inmortalidad* real, por cuanto se consagra y perpetúa en el Gran Sér, y se conquista por la práctica del bien y la tranquilidad de la conciencia (1).

Hé aquí un resultado de la crítica religiosa: la manifestación de factores que vendrán á concurrir, una vez *quemados los rastrojos*, á formar *nuevas, ámplias y más libres interpretaciones* del sentimiento religioso—la práctica del bien por el bien mismo, sin más esperanza y recompensa que la tranquilidad de conciencia y la inmortalidad real realizada en el seno de la humanidad misma.

Pero es lo cierto que la práctica del bien trae consigo un problema prévio, cual es el de la realización del *deber*; y la aspiración eterna del hombre y el anhelo presente de la crítica, es la formación de la *línea de vida* que ha de seguirse, y la concresion de los términos de un *nuevo decálogo* de ese mismo *deber*.

Problema de esta naturaleza, si no *insoluble*, porque se resuelve en cad-indivíduo diariamente, como se realiza la vida cotidiana—estará eternamente latente en las sociedades, miéntras alienten, porque es ley de la exisa tencia; lo que hay es que, tras el *símbolo de Nicea*, vendrá, necesariamente, en todos los órdenes de la vida humana y en evolución constante, la reforma del siglo XVI, para completar aquel símbolo.

«Si la Crítica no puede crear una nueva religión—dice el Sr. Gonzalez Serrano—que sustituya la antigua (porque no es esa su misión), es, sin embargo, afirmativa en los desprendimientos, en el lastre natural y en los gérmenes que va depositando en el corazón de la Historia; desprendimientos, lastre y gérmenes que fecundarán en su dia, cuando el génio personal ó la aspiración colectiva en él condensada, les griten, como á Lázaro: «Levántate y anda.»

Este es el pensamiento eapital—á nuestro juicio—del Sr. Gonzalez Serrano; y el medio que halla para alcanzar un éxito feliz y halagüeño, hélo aquí:

«Si los católicos de buena fé se convencen de esta verdad, y consiguen aunar y concertar sus deberes de ciudadanos de un pueblo líbre con sus obligaciones de católicos, la sociedad, y en su representacion el Estado, irá tranquilamente secularizando su vida. Si á este fin se opone una terrible enemiga, y á tan noble empresa se contesta con una guerra sorda, podrá sufrir eclipses la libertad, tal vez logre triunfos momentáneos la reacción; pero el grito de guerra con que contestará la democracia, será tambien de consecuencias más funestas y perseguirá entónces, con empeño decidido, la secularización de la vida, y á la vez la descatolización del mundo.»

Y á este problema que plantea el Sr. Gonzelez Serrano, bien podia contestársele con el siguiente párrafo que Luis Büchner escribe con motivo de la crítica que hace de una obra anónima (2):

«Creeríamos en la posibilidad de un éxito pacífico, si pudiésemos pen-

---

(1) *Ex nihilo nihil fit, et in nihilum nihil potest reverti.*

(2) Kritik des Gottes begriffes in den gegennvartigen Weltansichten Nördlingen, Verlag der C. H. Beck'sehen Buchhandlung.—1856.

sar que la gente que ahora en el Estado y en la Iglesia tiene el poder en sus manos, quiera seguir otro camino intermedio. Pero como esto no es dable, hemos de esperar un porvenir que nos presentará la lucha más tremenda que *la Historia quizá jamás haya registrado.*»

*
* *

El Pesimismo.

El pesimismo, como sistematización filosófica, pretendida por Hartmann y Schopenhaüer, es de todo punto huera, como todas las especulaciones del pensamiento aleman, que en tanto ganan por su elevación y vuelo, en tanto pierden en verdad y en el provecho humano. Afirmación es esta que se halla consagrada por la alta crítica, y que nosotros seguimos por impulso imperioso y determinante de la convicción. El pesimismo, no obstante, atendiendo de un lado al caudal de observaciones y pensamientos propios—especialmente de sus dos apóstoles, que revelan una excepcional cultura;—considerándolo, de otro, como epidemia que invade la vida y cuyo mal se hace necesario alejar; y finalmente, como estudio de su trascendencia, importancia y hasta necesidad, si se quiere, considerado como *stimulus*, solicita exámen maduro, y como consecuencia de este estudio, un esfuerzo sincero y pujante, enderezado á evitar su ingerencia en el pensamiento y propagación torcida y exagerada en la sociedad.

Estas son las cuestiones de más relieve que presenta en su estudio el señor Gonzalez Serrano, al hablar del pesimismo, En estos tres conceptos habremos de hacer un apunte ligero, siguiendo el método del autor y dando más luz á aquellos que, en nuestro concepto, lo reclamen.

Giran las apreciaciones y los criterios en círculos definidos y concretos, que pueden tomar la forma de un interrogatorio.

¿Es el pesimismo resultado de un estado patológico? ¿Es una consecuencia de premisas anteriores? ¿Es una enfermedad social?

Siguiendo el órden de enumeración, convendrá, al tratar de darles respuesta más ó ménos cumplida, examinar ciertos hechos de indiscutible trascendencia para nuestro propósito.

Arturo Schopenhaüer, dado el conocimiento biográfico de su existencia, aparece luchador—fustigado por la necesidad—contra las miserias de la vida, verdadera madrastra que le oprime y esclaviza en contínuo y despiadado suplicio. Esta amargura complétala y la exacerba otra no ménos profunda, la que recibiera en el desden é indiferencia con que ahogaron sus primeros vuelos las escuelas enemigas. Una vez recibido este rudísimo golpe en aquella edad en que el espíritu se halla preparado cual la cera que ha de modelar el artista, áun cuando posteriormente gustara los placeres, incluso el de la fama, léjos de hacerle rectificar, contribuyeron, en gran manera, á afirmar su espíritu pesimista: el remedio llegó tarde.

Estas influencias incontrastables, unidas al pesimismo que late en la vida—como factor de ella—del cual al indivíduo no le es dable divorciarse, fueron, en nuestro concepto, causa determinante de aquella desesperación y lobreguez que respiraban sus especulaciones.

Constituye, asimismo, el pesimismo un estado patológico en Schopenhaüer como en Hartmann, y de ahí que el primero proclame que el colmo de la locura es querer hallar consuelo, y que la prudencia consiste en comprender el absurdo de la vida, la inutilidad de todas las esperanzas, la inexorable fatalidad del mal, atada á la existencia humana; de ahí que afirme, crispadas las manos y torcido el cuello de dolor, que «lo que la Historia relata no es más que el sueño de la humanidad, tan largo, tan pesado, tan delirante» La Historia muestra que este mundo del hombre es del dominio del azar y del error; que la locura, la iniquidad y lo absurdo ocupan el primer lugar, y que lo bueno no llega á realizarse, ó si llega, es sólo después de afanes penosos;» de ahí que no reconozca más que tres móviles funda-

mentales de las acciones humanas: el egoismo, la maldad y la conmiseración—este último, como base única de la única justicia y caridad posible en la vida;—que esta no es susceptible de verdadera felicidad, sino que constituye solamente un estado perpétuo de sufrimiento y malestar; y para hacer tales afirmaciones, fúndase en la experiencia, *siempre variable, de la sensibilidad*, como dice el Sr. Gonzalez Serrano. En efecto, Schopenhaüer, al considerar que el mundo, en su esencia, no es más que la voluntad, considerada en la série de sus manifestaciones; que el cuerpo no es otra cosa que la voluntad manifestada, el intelecto el fruto del cerebro;—fuerza secundaria—que el entendimiento, por tanto, es intermitente y la voluntad continúa, estimando que aquél es un parásito que se nutre á expensas del corazón, verdadero órgano de la voluntad, su primero y último hogar; creando, como consecuencia de esta metafísica, una moral ascética, cuya perfección hace consistir en la resignación, el sacrificio, el desprendimiento progresivo de todos los sentimientos que nos atan al mundo visible—moral que llama al optimismo paradoja insensata, y proclama el misticismo como el más noble esfuerzo del pensamiento religioso digno de relevar al Cristianismo, que juzga decaido y degradado al separarse del principio pesimista sobre que reposa:—Schopenhaüer, decíamos, revela en toda esta construcción especulativa el predominio que sobre él ejerce la sensibilidad, congénita á la experiencia, fuente de todo conocimiento, segun él, cuyo predominio determina la profunda alteración de su organismo sensible y de su sensibilidad espiritual, á que colabora con fuerza irresistible el antecedente biográfico que al comienzo expusimos.

«El relieve del talento de Schopenhaüer—dice Challemel Lacour—es el de pintor de la vida y de los humores de los hombres, un moralista en el sentido francés, de palabra; instruido en las escuelas de Montaigne, de La Rochefoucauld, de La Bruyère, de Vauvenargues, de Chamfort, d'Helvetius—que cita á cada paso;—como ellos, nutrido con el jugo de la experiencia, sin ilusión en los hombres, tiene la perspicacia, la malicia, el dardo cruel, etc.» (1).

En el pesimismo de Hartmann, continuador de Schopenhaüer, se da un perfecto estado patológico.

En los abriles de su juventud, habiendo abrazado la carrera de las armas, sufre una herida que le obliga á abandonar la espada y tomar la pluma—siguiendo los impulsos de su inclinación—dedicándose de lleno á las

---

(1) «Schopenhaüer proclamó á Kant como el verdadero preceptista de los alemanes, y, sin embargo, en el apéndice de una de sus obras más importantes hace una *crítica detallada de la Filosofía de Kant*, en que descubre los puntos defectuosos del sistema de este filósofo, con tanta sagacidad y despreocupación que lo deja aplastado—dice Büchner.—Parece pues—continúa este expositor y crítico—que no son sérios los elogios que prodiga á Kant, y que solamente ha querido valerse de este gran filósofo como fundamento histórico indispensable á su propia doctrina.»

Siguió los cursos de Fichte, y de éste, así como de Scheling y Hegel, fué el adversario más pertinaz, á quienes llamó *los tres célebres sofistas* del período posterior á Kant, y contra los cuales desplegaba su coraje hasta hacerle descuidar las reglas más ordinarias de la decadencia literaria, motejándolos de *fanfarrones, charlatanes, sofistas, mezquinos, chacharveros;* mereciendo especial mención los dicterios que ofrece á Hegel, á quien trata de *tosco charlatan, pobre trompeta, filósofo ministerial, filosofastro ignorante y falto de talento*, que *no escribe sino disparates y desorganiza radicalmente y para siempre las cabezas por su jerga hueca y asquerosa como ninguna otra;* y el concepto que le merecen en las filosofías de los citados pensadores, ó sea, respecto de *Hegel, una jerga vacia*, de Scheling, *una charlataneria atrevida y jactanciosa, un bachillerear á tontas y á locas*; y toda la Filosofía, desde Kant, una filosofía de *ancianas que charlan hilando.*

Lo descompuesto de semejante lenguaje revela bien el desequilibrio que produce el estado patológico y la hiel estancada en el alma, que se dan en Schopenhaüer, y cuya resultante es su Filosofía pesimista.

especulaciones filosóficas para continuar la teoría del iniciador del pesimismo como sistema filosófico.

Dice Hartmann que reconoce con Leibintz que este mundo es el mejor, pero añadiendo que es al mismo tiempo el peor, por cuanto toda tentativa de compensar las penas y los placeres de nuestra vida mostrará que el dolor es, en alto grado, su más importante factor, y que, á decir verdad, la doctrina de Schopenhaüer respecto de la naturaleza negativa del placer, no es más verdadera que la doctrina leibnitziana tocante al carácter negativo del mal.

Los pretendidos placeres del amor no compensan los sufrimientos del parto, y, en suma, la Filosofía de *lo inconsciente* de Hartmann niega la pureza de ciertos goces que siempre lo fueron para la humanidad, á saber: la simpatía, que trae más amarguras que satisfacciones; la amistad, que, en definitiva, no es otra cosa que el alivio del aislamiento; el amor paternal no equilibra el cuidado de los hijos; la cultura es fuente de males y envidia á los pueblos salvajes, etc., etc.

Dados estos antecedentes, y siguiendo al Sr. González Serrano, veamos de dar una respuesta á las preguntas formuladas, y esta respuesta concuerda, seguramente, con las que ya indica el autor del estudio que ocupa nuestra atención.

El pesimismo, en nuestro concepto, es, á la vez, un estado patológico en el individuo, exacerbado por el medio y causas concomitantes; una enfermedad social que se agrava en determinadas épocas, y que debe ser y será, tal vez, en los tiempos, como dice González Serrano, *un stimulus y agente eficaz de nuestra perfectibilidad y progreso.*

La voluntad designa una manifestación determinada de la vida animal, manifestación subordinada á las funciones psíquicas más elevadas, y que bajo el punto de vista fisiológico está en el mismo grado que lo que ha recibido el nombre de *sensibilidad* (1). Del equilibrio de *nuestro organismo sensible y de nuestra sensibilidad espiritual* nace el placer, y de su alteración el dolor.

Combinada, mejor dicho, agravada esta alteración de desequilibrios por el medio, la educación, etc., la resultante nos da el espíritu pesimista, que se revela en el hombre y en la sociedad, en las cuales fluctúa en constante flujo y reflujo el equilibrio y el desequilibrio, y de la cual son esclavos Hartman y Schopenhaüer.

El mal y el dolor, entiende el Sr. González Serrano, *son y pueden ser y seguirán siendo objeto del arte y de la poesía*, pues, según él: «De igual modo que en el fondo de lo negro y caótico, que abruma, existe la brisa que ha de disipar más tarde los vientos de la tempestad, el dolor solicita y llama, por contraste, el placer, y de semejante manera, el mal da superior relieve y alcance al bien y á todas sus fecundas consecuencias. ¡Cuántas sublimidades de las que avaloran el *Fausto* no quedarían envueltas entre densas nubes de sombras y penumbras, si la pequeñez y la negación, el mal y el dolor, no le circundaran por todos lados con la compañía de *Mefistófeles*!»

En el campo del arte, pues, el Sr. Serrano entiende debe sembrarse y perpetuarse, si ha de ser fecundo, la semilla del mal y del dolor; y es esto evidente, que de arrebatar la sombra en los lienzos de Rafael, sus *Madonnas* no resplandecerían con su luz fulgurante y diáfana.

En cuanto á la consagración del mal y del dolor como *stimulus*, veamos en qué términos la basa: «*á la idealización imaginitiva del diablo, sustituye el progreso de los tiempos la humanización del mal* como elemento negativo, que dentro de nosotros vive y que debemos combatir.»—De cuya definición, consecuente con la aplicación que hace al arte, se desprende que,

(1) Büchner. SCIENCE ET NATURE. *Sur Schopenhaüer.*

si bien en éste es factor valiosísimo, tanto, que sin él se anularía—y esto es imposible, según nuestro criterio, pues valdría tanto intentar la anulación del dolor, en cuanto la humanidad séa—en la vida, el hombre sólo ha de utilizarlo como *stimulus*, debiendo luchar contra estas limitaciones y luchar diariamente—cuya idea ya se halla formulada en el idioma de Byron, de esta suerte:

«To strive, to seek, to find, and not to yield» (1).

Resumiendo: Si Schopenhaüer sostiene que ninguna suma de placeres puede compensar un dolor cualquiera, y emulándole Hartmann, dice: «¿Podrá compensar nunca la glotonería que se desarrolla en mil orgías, la miseria de una vida sacrificada al hambre?» Podrá contestársele con el poeta:

One loving howre
por many yeares of sorrow can dispence
a dram of seveete is worth a pound of sowre (2).

No pondremos punto final á esta parte de nuestro trabajo, sin recoger una alusión que hace el Sr. González Serrano al Sr. Campoamor.

Refiriéndose al anhelo que, á pesar de su pesimismo, tienen los que profesan tal filosofía, de gustar los placeres, y considerando que el poeta de las *Doloras* es un *buen pesimista, que no tiene más que el deseo de volver á empezar* á saborear los que con largueza le ha ofrecido la vida, dice el Sr. Serrano: «Seguramente que el Sr. Campoamor, salvo su ortodoxia y la antipatía que le merece el escándalo, se prestaría gustoso á un rejuvenecimiento que fuera más real y ménos impío que el del *Dr. Fausto.*»

No ha errado mucho el blanco el Sr. González Serrano, pues parece haber tenido presente aquel cantar de nuestro famoso poeta, que dice así:

Perdí media vida mía
por cierto placer fatal,
y la otra media daría
por otro placer igual.

*
* *

El naturalismo artístico

Esta dirección moderna de las corrientes del arte, impresa por la fuerza dinámica á que el mismo obedece, como energía de la vida, ha sido y es piedra de escándalo, yunque constante y despiadadamente golpeado y objeto de atención y polémica vivísima, tan vituperado como torcida ó hipócritamente comprendido.

Estudia el naturalismo artístico el Sr. González Serrano, y en los comienzos asienta que importa no olvidar que el arte «que abraza la síntesis y complejidad de la vida, requiere ser juzgado con independencia de las teorías que le informan y con mirada atenta á la emoción estética que produce.»

No caeremos, seguramente, en el absurdo de pretender para el arte, especialmente en el que representa sus imágenes valiéndose de la pictórica y escultural, etc., carácter, ni esencialmente tendencioso, ni teorías filosóficas ó científicas, resolución de árduos problemas psicológicos ó religiosos, ó trabajos didácticos; pero tampoco incurriremos en la afirmación del Sr. González Serrano.

La fuerza dinámica se impone, y si el trabajo artístico—la novela, producción literaria que es de la que principalmente se trata—se separa del medio actual, desconociendo totalmente ó torciendo el sentido de la moderna cultura, no realiza ni cumple íntegramente la aspiración legítima y natural de la época. No en balde se ha investido á la novela de estos tiempos con el

(1) Luchar, buscar, encontrar y no rendirse.

(2) *Una hora de amor, compensa muchos años de pesares; una dracma de miel, vale una libra de acíbar.*

carácter de *quinto poder del Estado*, por la influencia directa y profunda que ejerce en las sociedades.

Cumple, en nuestro sentir, correctamente su misión la novela, llevando al hombre algo más que la emoción estética. Avanzando más en nuestra idea, nos atreveremos á señalar la necesidad de que la creación artística se informe en el medio ambiente y lleve impreso el sello de la naturaleza, para que realice la emoción estética. Si el hombre es «un centro de reacción y *modificacion de fuerzas*—modificación no por su libertad, sino fatal—una energía que colobara á la vida universal,» ¿cómo habia de realizar el cometido que le está señalado en la vida, si viviendo y alentando en el anacronismo, —por disposición orgánica, educadora ó hereditaria—produjera en el arte las pesadillas y fantasmas propias de mentes enfermas y desiquilibradas ó de épocas anteriores de aparente decadencia y degeneracion?

Sin entrar á estudiar los diferentes órdenes de representación de la belleza, concretándonos á la novela contemporánea, es evidente que, por su *forma, contenido y objeto propio*, reclama *mucho más* que la emoción estética, en la genuina acepción de la palabra. Es, en nuestro sentir, la novela, ó debiera ser la historia analítica y fragmentaria de la sociedad, representada artísticamente por imperiosa necesidad, en cuanto sea trasunto fiel de la verdad histórica, reflejo y espejo del estado de la cultura, del espíritu colectivo é individual, de las costumbres, etc., etc.; pues que, como hemos indicado al hablar del discurso del Sr. Menéndez y Pelayo, la vida de la humanidad, en cualquier punto que se estudie, ya colectiva ó individualmente, es fuente inagotable de poesía y de belleza.

Una vez sentado esto que pudiéramos considerar *piedra angular* de mis conclusiones, en materia de naturalismo artístico, ántes de entrar al exámen de ciertas ideas vertidas en el libro que estudiamos, conviene á nuestro intento declarar que no hacemos causa común con el que se ha dado en apellidar el pontífice de la escuela naturalista, como demostraremos sucesivamente.

No es, en verdad, Zola, fiel á sus preceptos, por cuanto, al afirmar que no revela ni inventa, es porque piensa que es *más útil obedecer* al impulso de la humanidad, una vez por él proclamado el determinismo absoluto, que se impone lo mismo al hombre que á la piedra del camino, no es libre de *obedecer*—lo que implica *libertad*—ni de revelarse, sino de resultar *determinado, segun motivos*.—Dijera *arrastrado por el vendabal del determinismo*, y fuera más lógico.

Continuemos.

«¿Qué resultado podrá producir la evolución humana en las entrañas de una madre, para que ésta lea con indiferencia el capítulo titulado *El zapatito*, de *Nuestra Señora de París?*—pregunta el Sr. Gonzalez Serrano.

En efecto: por referirse á sentimientos que tienen su raíz más profunda en la naturaleza, es por lo que, á pesar de la evolución, será eternal la belleza á que se refiere nuestro autor, como serán eternales é inconmovibles cuantas bellezas lleven en su entraña la entraña misma de la humanidad, como Hamlet y Prometeo. De aquí que la escuela novísima clame por el naturalismo, como única fuente de belleza perennal, al modo que el señor Menéndez y Pelayo pide el realismo para el arte histórica, sin cercenarle un ápice. Se acusa á Zola de pesimista; la señora Pardo Bazán, en el prólogo á su novela *Un viaje de novios*, desaprueba en Zola su perenne tristeza, y le moteja de hipocondriaco, *Heráclito que no gasta pañuelo, y Jeremías*, y ridiculiza su lamentación, igual por la pérdida de la nación por el golpe de Estado que por la de un almacen de ultramarinos: se le acusa de pesimista, precisamente porque los asuntos que ha de *disecar* en sus novelas los toma de los extremos sociales, y se expone en sentido de censura su exigencia del amor á la *grandeza de lo pequeño*.

Injustos en demasía son, en verdad, estos cargos, y un punto no más

necesita la mente del Sr. González Serrano detenerse, para reconocer su injusticia.

No se ha desdeñado el microscopio porque se fije su lente en séres ruines é invisibles á la natural potencia de la visión humana; y lo infininitamente pequeño ha sido, por obra de la moderna cultura, parangonado, por su trascendencia, con lo infinitamente grande; se le ridiculiza por sus lágrimas ante la ruina de un almacen de ultramarinos, como si el dolor sentido ante la vista de dolores extraños, por pueriles que aparezcan, no entrañaran importancia y atención, máxime si al llevar ese dolor á la colectividad no se depuraran los sentimientos; ¡qué sándio entónces el que, por medio de la propaganda, ha arrancado del Estado autoridad para denunciar al que maltrate á una bestia, abatida por el decaimiento de sus fuerzas, que á fuerza de rudo castigo se empeña bárbaramente en restablecer el imbécil carretero! Sea un almacen de ultramarinos ó una nacion lo que motive el dolor, no importa; el dolor es uno, y su punto inicial el mismo. Se le tacha de pesimista, por cuanto *se complace* en pintar el mal y la fealdad..... y esta tacha se la impone el Sr. González Serrano, que en las postrimerías de sus estudios, al traer á cuento la *demonología* (1) y el *stimulus* de Rosenkranz (2), exclama: «¿Quién se atreverá, por ejemplo, á negar que es bello el tipo de Quasimodo?»

Fundados en estas consideraciones, justificadas además por la secularización del arte, que se *emancipa de toda cortapisa que quiera impedirle llegar* con la inspiración á *las entrañas de la vida, creemos que queda fuera de duda la legitimidad con que lo feo y el mal deben entrar como elementes* indispensables de la composición artística,» cuya confesión se halla avalorada, como hemos tenido ocasión de dejar consignado al hablar del *stimulus* en el PESIMISMO, con el reconocimiento explícito de la fealdad y el mal, como factores concomitantes necesarios á la producción artística.

En cuanto á la personalidad reflejada en dicha producción, es tan inevitable, como que ineludiblemente va grabada en toda obra humana, ya sea creación del espíritu colectivo, ya del individual, cuyo relieve no nace, á nuestro juicio, de la lucha entre la libertad y la determinación, sino de esta última, por cuanto al hombre no le es dable alterar su *idiosincrasia moral*, producto de su original y propia animalidad. De aquí, por tanto, que ni el Sr. Serrano esté, ni el malogrado Revilla haya estado en lo cierto, á nuestro juicio, al pretender hallar semejanza entre el poder reflector del hombre y el del aparato fotográfico, al cual no se puede consagrar la precisión y exactitud que pretenden los citados críticos, por cuanto, dándose en la retina del uno y en la cámara oscura del otro, la realidad en toda su pureza, así como éste la quebranta por la deficiencia ó incorrección del procedimiento, aquél la destruye ó degenera al sentir el color ó percibir la idea de distinto modo.

RAFAÉL CHICHÓN.

---

(1) Tratada por el Sr. Gener en su obra *La mort et le diable*.

(2) De que habla este autor en su ÆSTETTIC DES HASSLICHEN VON K. ROSENKRANZ-KONISBERG, 1857. (*La estética de lo feo.*)

CRÓNICA POLÍTICA

En el órden social no hay una dificultad mayor que la dificultad del salario. Para Vacher, esta era la gran cuestion del socialismo, y hoy, para nosotros, esta es la gran cuestion que subsiste amenazadora y grave en nuestras provincias de Andalucía.

Perturbado el órden moral por los crímenes atribuidos á *La mano negra*, agitada la opinion, el capital alarmado, y extendiéndose el malestar á todas las clases, la cuestion del socialismo en la region andaluza viene preocupando sériamente á los hombres pensadores, y reclama ya medidas prudentes, pero muy rápidas en su misma prudencia y en el mismo cuidado con que se deben tomar y aconsejarse.

Las noticias que llegan de las provincias de Cádiz y Sevilla son verdaderamente desconsoladoras. El cielo con benéficas lluvias, y la tierra con aquella fecundidad de un suelo privilegiado, ofrecen hoy una cosecha abundantísima en los campos del Mediodía de España. Dos años de pérdidas considerables hacian temer, si no cambiaba la fortuna, todos los rigores de la escasez y de la miseria; pero aquellos tristísimos presentimientos se han disipado ante el copioso fruto de los campos y la dichosa realidad de la produccion agrícola. Pero existe una huelga general de los trabajadores, mantenida por secretas influencias y más secretos recursos; cuadrillas enteras de jornaleros portugueses abandonan aquellas provincias que ofrecieran en todos los años pingüe jornal por la siega, y al mismo tiempo, los infelices que viven de las faenas del campo se presentan en pasiva rebeldía contra los propietarios, negándose á cortar la mies y contribuyendo, con su actitud de huelga, á que agricultores y jornaleros no puedan indemnizarse de las pérdidas sufridas y se expongan á las tristísimas consecuencias que forzosamente habria de traer para todos el abandono de los frutos en la sazon.

Los segadores de Andalucía exigen una retribucion, un salario, un jornal de 30 rs. al dia, y á tal exigencia se oponen resueltamente los propietarios de aquellas tierras. En este estado las cosas, pasa el tiempo y crece el peligro de la pérdida total de la cosecha. Las autoridades intervienen en el conflicto, se acude al razonamiento, á la persuasion, al ruego, y todas las buenas intenciones van fracasando, y todos los buenos propósitos se frustran. Si esto no cesa puede surgir de pronto una cuestion de órden público; y ante semejante probabilidad, sin más que ante el mismo temor, la intervencion gubernativa queda plenamente justificada.

El Gobierno lo comprende del mismo modo, y en los momentos actuales, el ejército, que tiene por mision principalísima y de las más esenciales, contribuir á que no se provoquen las rebeldías, ha comenzado á segar los campos y á recoger la siega. Sirva lo dicho como de apoyo y defensa á las medidas tomadas y á los móviles que han hecho necesaria aquella determi-

nacion. Hay que confesar, empero, que siendo este el único medio indirecto de contrarestar la huelga de los trabajadores del campo, ni es decisivamente eficaz, ni tampoco es bastante. Sería imposible destinar á tales faenas una gran parte de la fuerza armada, y es muy difícil, si no es imposible tambien, que en las filas de nuestros soldados se encuentre el suficiente número de segadores aptos para recoger el grano de los campos andaluces. Sucede con los trigos del Mediodía que necesitan, para ser arrancados, un corte muy bajo, pues la espiga se seca pronto por los rigores de aquella elevada temperatura, el tallo se cristaliza, y se corre el riesgo, de no cortarle con manos muy expertas, de que en la misma faena el fruto se desgrane y se pierda en gran cantidad. Las máquinas segadoras no tienen aplicacion, por la abundancia del fruto, y el conflicto toma proporciones mayores, porque no hay medio de sustituir el trabajo obrero, ni con los recursos de la industria, ni con los auxilios que pueda prestar el ejército.

Comprendemos y lamentamos los inmensos perjuicios que ya se irrogan á los agricultores propietarios con el solo hecho de estar todavía la cosecha de cereales pendiente de la siega; pero nos preocupa con mayor dolor y preocupacion más triste el porvenir de las clases jornaleras si la cosecha se pierde. ¿Quién duda que el mal de los propietarios, si muy grande, será más llevadero que lo sería en el mismo caso la miseria que vendria á caer forzosamente sobre los más necesitados?

Llamamos, pues, sobre tal estado de cosas toda la atencion del Gobierno, para que intervenga, como tiene el deber y el derecho de intervenir, en pró de una solucion pronta y decisiva. Llamamos tambien el interés y la atencion de los propietarios, aún más obligados que el Gobierno á que estas dificultades se allanen y desaparezcan; y con mayores deseos de encontrar un término á la situacion crítica que atraviesan ahora y de evitar los desastres que en el porvenir aguardan á los trabajadores del campo, excitamos á la prensa toda para que dirija su atencion y sus cuidados á resolver la crísis social que amenaza en la region más feraz de la Península.

Oigase á los contribuyentes, hágase el más pronto y exacto conocimiento de lo que ocurre, y en último término procédase de la manera que sea más legal y más discreta, pero que sea, para bien de todos, más conveniente y más previsora.

Coincidiendo con estas alarmas, han comenzado las sesiones y el procedimiento oral para castigar los crímenes atribuidos á aquella asociacion que se conoce con el referido nombre de *La mano negra*. Los procesos que se incoan están llamados á gran notoriedad, y en uno de ellos, en el conocido por el asesinato del Empalme, han sido condenados á muerte cuatro reos; en otra causa, conocida por el crímen de la Parrilla, el ministerio público pide la última pena para diez y seis delincuentes; y contrista el ánimo que en este período de paz, y en estos años de funcionar con el mayor órden y regularidad los organismos políticos, se produzcan tan graves perturbaciones y nos presenten á la vista de las naciones civilizadas sumidos en una barbárie enemiga de los tiempos, y en una crísis social que es forzoso resolver á todo trance con medidas radicales y sin contemplaciones de ningun género.

Sería muy doloroso que, como ha declarado alguna persona autorizada, estas grandes calamidades fueran consecuencia de la libertad ó de la tolerancia mayor ó menor en que se ha dejado á ciertas sociedades de existencia no garantida ni tolerada por las leyes; y si una vez esclarecidos los hechos así resultara, toda la energía del Gobierno sería procedente y toda debilidad inexcusable.

Los últimos telegramas de Jeréz anuncian que algunos propietarios contratan por su cuenta con los trabajadores el precio de las faenas para la recoleccion, y mucho celebraríamos que esto se confirmase y que se llegase á conjurar la crísis por los más interesados, independientemente de la accion

gubernativa; pero insistimos en afirmar que, cuando por las perturbaciones del órden moral surgen los conflictos sociales, la intervencion política es razonable, es lógica y es necesaria de toda necesidad.

***

Volviendo á las cuestiones políticas, el útimo espacio de tiempo en que permanecimos incomunicados con nuestros lectores nos ofrece pocas novedades que referir.

La discusion de los presupuestos se inició con poco interés, y continúa en la misma calma. En estos países ardientes y en estas generaciones inquietas, las cosas van más de prisa cuanto más interesan á la larga, porque discutiendo ménos se adelanta más, y no dominando el pasajero interés del dia, todo parece bien, porque no se sienten inmediatamente los efectos de lo que se hace ó de lo que se decreta. Las sesiones del Congreso están desanimadísimas, y pocas fueron las tardes en que despertaron los ánimos y se acalararon las inteligencias. El ministro de Hacienda ha pronunciado dos buenos discursos en defensa de su administracion, contestando á uno muy técnico del Sr. Fernandez Villaverde, de la oposicion conservadora, y á otro muy nervioso, en apoyo de sus actos anteriores, del Sr. Cos-Gayon. Este ex-ministro del partido conservador-liberal es el orador de las energías. Sabe muchos secretos de la ciencia administrativa, y domina lo que pudiéramos llamar la economía política comparada; pero su oratoria exagera por su especial organizacion física y por la especialísima *téxitura* de sus medios laríngeos y vocales; exagera, repetimos, la argumentacion, destruye la cadencia de los períodos, y aparece en sus oraciones más intesesada la pasion que el convencimiento. Es el orador terrible en los ademanes, desentonado en la emision de la palabra, y sin que lo pueda remediar, y á pesar suyo, acalora los debates con la misma indignacion. No es el polemista dramático, ni el enemigo sañudo, ni tiñe las armas del combate con la sangre del adversario, ni se revela, como el augur sombrío de las espantables profecías: es, sencillamente, un orador original. Todo podría negársele, con razon ó sin ella; pero su personalidad económica, ni se la ha negado nadie todavía, ni podrá negársela jamás.

El Sr. Pelayo Cuesta es la oposicion doctrinal y oratoria, por excelencia, de su adversario. Discurre y medita con mayor viveza que se produce, argumenta con más fuerza en el pensamiento que en la expresion, y tiene como muralla de defensa una muralla de hielo. No se descompone jamás, ni en la actitud ni el gesto; no pierde nunca cierta serenidad, á veces docente, á veces gubernamental, y siempre diplomática y cortés. Más que el sectario de una definicion, parece el abogado de una teoría, y á esto contribuye extraordinariamente la misma flexibilidad forense de que tenemos tantos ejemplos entre nuestros hombres políticos: los hermanos Silvela, el ministro Gamazo, Alonso Martinez, y en general todos los que á fuerza de informar bien han creado un gran bufete, y á fuerza de exponer mejor se han conquistado una posicion política.

Los rumores de crísis han sonado tambien en la última quincena, pero con mucha vaguedad, con poca insistencia, con no muy ardientes deseos, y con afan dudoso y ménos confianza. No porque estemos obligados, en cierto sentido, á discurrir sobre los sucesos, hemos de guardar silencio ante las esperanzas que se despiertan y los anuncios que periódicamente se repiten. Hay, pues, que transigir con las corrientes y dejarse arrastrar por ellas, si no hemos de luchar contra la realidad que se impone. Todas las miradas escrutadoras, todos los deseos tranquilos tienen su horizonte limitado, y hoy se extiende este horizonte de la política por venir, hasta los tristes dias del otoño, cuando las hojas caen, cuando los débiles se aletargan, cuando los anémicos se entumecen y los enfermos de males crónicos acaban en la última crísis de la vida, en la trasformacion final, en la muerte.

Dícese que llegado el invierno se producirá una modificacion ministerial honda y significativa; se afirma que la fusion centralista y constitucional se hará más ámplia de lo que fué en la última crísis, y comprenderá á todos los elementos de la izquierda y á todas las fuerzas de la democracia monárquica. Creen algunos que aquel nuevo Gobierno que sobre estos cimientos se construya y se levante, contará con indudable mayoría en ambas Cámaras y podrá gobernar hasta que termine el plazo de la vida legal de las Córtes; pero otros añaden que, si por acaso las dificultades de una modificacion ministerial y las influencias de elementos más acentuados en el seno de la situacion produjeran rozamientos graves en los elementos parlamentarios que apoyan al Sr. Sagasta, no le sería difícil al Presidente del Consejo de ministros, en inteligencia con las otras fracciones democráticas, llegar á la disolucion de estas Córtes, convocar otras nuevas, y en este segundo período llevar á cabo la gran fusion, presentar al país unidos y acordes á todos los elementos liberales de la monarquía. La presuncion es tan halagüeña, el desenlace sería tan feliz, que la sola probabilidad de que se logre, mantiene hoy en perfecta resignacion á todos los afines y á todos los benévolos, y nos da la certeza moral de que en todo el interregno parlamentario, que comenzará muy pronto, no hay que esperar ni hay que temer modificaciones parciales de ningun género en el Gobierno fusionista que rige hoy los destinos del país.

De otros asuntos, merece algunas referencias el banquete ofrecido por los más allegados á su persona al primer Vicepresidente del Congreso, señor marqués de Sardoal. Fué un acto político de adhesion al jefe del Gabinete y de adhesion expresa á la política fusionista. Esto que decimos nos parece la interpretacion más imparcial y más recta de cuantos discursos se pronunciaron en el banquete; pero no todos se conforman con lo más cierto, y los que prefier en deducir consecuencias y novedades, se fijaron en una de las declaraciones hechas por el subsecretario de la Presidencia del Consejo de ministros, Sr. Rute.

Repetimos que el banquete fué un acto de adhesion personal, de cortés reconocimiento, de simpatía y coincidencia políticas entre el marqués de Sardoal y sus amigos, y que de tal coincidencia y simpatía resultó una perfecta y acabada conformidad con la misma política del Sr. Sagasta. Pero, recogiendo las frases del Sr. Rute, se ha pretendido encontrar diferencias entre sus palabras y sus actos al lado del Sr. Sagasta. Si dijo el Sr. Rute que le parecian lógicas las aspiraciones de los más avanzados, los deseos de los demócratas al pedir reformas constitucionales sobre un Código como el viguiente, que los demócratas no contribuyeron ni con su oposicion ni con su defensa á formarle y á ponerlo en vigor, el Sr. Rute no pudo referirse nunca al marqués de Sardoal ni á sus amigos, porque el marqués de Sardoal, con su oposicion inteligente, colaboró tambien en la Constitucion de 1876. Si el Sr. Rute se referia á las peticiones de la izquierda, esto de pedir en la oposicion por los antiguos ideales perdidos, bien puede ser una nueva forma de honestidad política, y, en tal caso, que es el único á que se referian seguramente las declaraciones del subsecretario, nosotros no vemos en ella, ni puede ver nadie, otra cosa que un recuerdo discreto y una expresion de buen gusto hecha á los amigos presentes de los que amigos fueron y amigos volvieran á ser, si es que todos estamos destinados y hemos venido al mundo para volver á ser lo pasado, ó para llegar á más de lo que fuimos; ya que en política no pasa á los hombres lo que les sucede en la vida vegetativa. En política, la edad de retorno no es la edad de la decadencia, sino la edad de las ascensiones y de las glorias.

El que lo dude, se convencerá á nuestra doctrina con sólo recordar cuántos han sido los ministros menores de cuarenta años.

Otro accidente de la política que de quincena á quincena vamos examinando y refiriendo, es la denuncia de dos periódicos por trasgresiones su-

puestas de gravedad. Hemos dicho, sobre las prácticas, los derechos y los deberes de la imprenta en esta Revista, y en dias muy recientes, cuanto sentíamos y pensábamos: nos queda, por ahora, únicamente, lamentar el percance y desear que no se repitan, ni los hechos de las denuncias, ni las causas que pueden mover la accion del ministerio público ó especial.

Respecto de la interpelacion sobre la exigencia de mayores condiciones en los jueces municipales, lo habremos dicho todo si decimos que dió por resultado un debate personal, agresivo y estéril.

Las comisiones darán dictámen esta semana sobre la ley del Jurado y sobre la reforma del Código penal.

Con esto hemos apuntado todo lo que de algun interés ha ocurrido en la política, y aún podríamos asegurar que no ocurrirán cosas mayores hasta el próximo resúmen, de lo que nos espera.

***

Del extranjero nos llegan noticias de especial interés, y sobre todas, y con ella relacionadas, la expedicion militar que organiza y envia la Francia al Imperio de Annam, ó á su reino tributario del Tonkin, á la China, en una palabra.

Se juzga de este acontecimiento como de cosa reciente y pensada al mismo tiempo que llevada á cabo, y la prensa republicana de París, que merece en este asunto más crédito que la prensa monárquica, ha declarado que la tal expedicion responde al antiguo pensamiento de la Francia, favorable á su desarrollo y al aumento de sus colonias, y que lo que hoy sucede, ni es un arranqne impremeditado, ni un deseo de alardear de fuerza y poderío por parte de los ministros de la Francia. Esta nacion poseia en el Tonkin, situado al Norte del Imperio de Annam y de él tributario, como en cierto modo lo es este Imperio del de la China, poseia la Francia, decimos, algunos puertos que se abandonaron en tiempo del duque de Broglie. Entónces cometieron los naturales excesos y matanzas de que fueron víctimas los franceses allí avecindados, y esta es la causa que ha mantenido vivo y constante el deseo de la expedicion militar anunciada. A estas fechas han salido de los puertos más importantes de la nacion vecina más de quince buques de gran porte, con tropas de desembarco; se prepara una escuadra de guerra y se construyen á un tiempo en los arsenales tres acorazados del mayor tamaño y de la más formidable artillería que se conoce en estos tiempos.

La Inglaterra anunció su oposicion á este plan de colonizacion y de conquista, y el celeste Imperio adoptó la misma actitud de Inglaterra. No fué así realmente, pero así lo referimos, porque de esta manera se anunció y se repetia en los dias primeros que se presentó sobre el tapete la cuestion del Tonkin. Ha pasado algun tiempo, y resulta ahora que oficialmente no opone su veto Inglaterra á los propósitos de la Francia, y que la China entregará, si puede, la cuestion á la diplomacia, trámites pacíficos de las contiendas internacionales en las que ha dado muchas lecciones de habilidad, muchos ejemplos de sutileza y sobrada muestra de sus recursos el mismo Imperio celeste, que sobre el Tonkin viene ejerciendo cierto patronato, porque si en derecho civil el sustituto del sustituto es sustituto del instituido, en derecho internacional el protector del protector es protector tambien del protegido, y en la situacion de protector del protector, está el Imperio chino con relacion al reino del Tonkin.

Francia desea hacer del reino del Tonkin algo semejante á lo que hizo Inglaterra con lo que hoy se llama la Birmania inglesa, que primero la conquistó, la colonizó después y ahora la administra. Y este deseo de Francia nos parece un gran deseo, porque bien lo es ir á mermar un país en pró del conquistador; un país que tiene buen clima, rios caudalosos, tierra feráz, ricas producciones de caña y seda, grandes rebaños, y mucha riqueza de

plata, oro y carbon en laa entrañas de sus cordilleras. Además, se trata de un rincon de más de diez y seis millones de habitantes, que tiene mucho que recibir de las naciones más civilizadas, en cambio de lo mucho bueno que puede ofrecer á las mismas naciones conquistadoras.

En estos momentos ninguna de tales presunciones puede ser considerada como objetivo concreto de los planes del gobierno francés; pero ninguna debe ser excluida de nuestras referencias, porque está en lo humano todo lo que es posible.

En Tolon las tropas que van á Tonkin son despedidas al grito de *¡viva la República!*

Esta es quizá una de las causas que han determinado, en los dias que corren, mayor acritud en la oposicion de la prensa monárquica, que hace las más tristes profecías sobre el porvenir de la Francia.

***

La coronacion del Czar de Rusia se ha verificado en la mayor tranquilidad, y con una pompa régia y un fausto incomparable. A propósito de esta solemnidad imperial, la prensa de todos los países ha estudiado el carácter y la significacion de las costumbres del vastísimo Imperio, ya muy conocidas, si bien no bastante apreciadas, y de las cuales ha publicado curiosísimos estudios la Revista de España, y no solamente se ha extendido á la manera de ser política y social el afan observador de los corresponsales extranjeros, sino que se ha suscitado la cuestion filológica y los orígenes de la palabra Czar. Quién la supone oriunda del arábigo, quién la forma de raices de la lengua eslava, quién trae el orígen de Persia, quién del latin y de Roma. Las dos versiones más probables son las que apuntaremos: unos que dicen que *Czar* es contraccion de *César*, nombre que se daba á los emperadores romanos; quién afirma que *Czar* tanto significa con *schah*, rey y nombre que dieron los persas á sus emperadores.

La coronacion del *Czar*, que con tanta razon le nombramos nosotros así como otros le nombran *Tsar*, se verificó, repetimos, con grandes aparatos, procesion imperial, gran funcion en la catedral de Moscow, la reunion de príncipes de todas las casas reinantes y fausto semejante al de muchos imperios.

Y damos aquí terminada nuestra quincenal tarea.

X.

EL IMPERIO IBÉRICO

(Continuacion)

XII

Muy pronto los ilustrados patricios que formaban la Comision de que se ha hecho mérito, dieron pruebas de su celo y aplicacion; en 21 de Octubre de aquel mismo año propusieron una instruccion para el régimen y gobierno de las escuelas de primeras letras del Reino, en la cual se establecian divisiones de provincia, de partido y de pueblo, señalando las atribuciones de cada una de ellas; y además de la creacion de juntas de exámenes, se mandaba formar una estadística general de la Instruccion Primaria en España. Más adelante veremos qué datos tan desconsoladores arrojaba esta estadística cuando de una manera más ó ménos imperfecta pudo formarse. No se contentó la Comision con esto: presentó á las Córtes un proyecto de ley que, con carácter de instruccion primaria, ha regido muchos años. En resúmen: si de dicha instruccion, ni la Edad Media ni el Renacimiento apénas se habian ocupado más que en la corta medida que expuesto queda, desde un poco después de la mitad del siglo pasado, los esfuerzos hechos, más bien por particulares que por los gobiernos, y áun de éstos en épocas determinadas, si no siempre tuvieron el éxito que era de desear, demostraron, en cambio, que ningun trabajo es perdido. El resultado de la tal estadística arrojó los siguientes datos: que el número total de las escuelas del Reino ascendia á 16.000; que dado el de habitantes que en aquella época tenia España, existia una escuela por 1.750 almas; que á ellas concurrian la décimasétima

parte de la poblacion, y que el número de maestros de ambos sexos se elevaba á 3.500.

En la misma grandeza de las nobles pasiones que tanto enaltecen al hombre, como son las del amor, la amistad, el patriotismo, la familia, las creencias religiosas, etc., está el no ver los defectos que rebajan ó deprimen al objeto amado; pero esto mismo las hace malas consejeras de la verdad: á la imperfeccion con que entónces, y áun hoy, podrian hacerse estadísticas referentes á todos los ramos en nuestro país, á la ilusion que el mismo patriotismo inspira, se añade con frecuencia el amor propio, para dar por bueno y concluyente todo aquello que nos agrada: y si la bondad de la estadística y su gran necesidad estriba en poner de manifiesto, por medio de los números, leyes sociales ó de un órden cualquiera, y relaciones de unos hechos con otros, que de otra suerte no se conocerian, tampoco puede ocultarse que no hay nada más engañoso que las cifras cuando sus combinaciones no saben manejarse como es debido: áun aceptando aquel número de escuelas, habria que rebajar algo del estado que parecian indicar, y muchas que, sin que dejaran de patentizar que los esfuerzos hechos no habian sido en balde y que era grande la aptitud y deseo de aprender de los habitantes de algunas provincias, es lo cierto que se las honraba demasiado con tal nombre.

No lo desconocieron así los ilustrados indivíduos que componian aquella Comision, y para corregir ó atenuar el juicio demasiado optimista que pudiera formarse en el número de escuelas, añadian: «esta profusion no es más que una apariencia engañosa: dotadas mezquinamente la mayor parte en los primitivos reglamentos municipales, no habiendo sido esto de fácil renovacion, no existiendo estímulos ni obligacion para proveer á la infancia del saber que á todos es indispensable, y movidos muchos padres, ya por efecto de la pobreza, ya de la codicia, á sacar fruto inmediato de las ocupaciones de la tierna niñez, un sinnúmero de maestros se ven en la precision de dedicarse á otros trabajos para adquirir el sustento, abandonando el cuidado de la escuela, cuya existencia llega á ser absolutamente nominal. ¿Ni qué cualidades podian esperarse de unos hombres cuya profesion no les produce el preciso alimento? ¿Qué extraño es que los dos tercios de los que hoy existen no se hayan sometido á exámen? ¿Y qué es de esperar de ellos, sino la propagacion de errores, ó una enseñanza tan leve y superficial que para nada sirva sino para ocupar el tiempo in-

útilmente? El niño que al salir de la escuela sólo sabe reunir con dificultad los caractéres alfabéticos y estamparlos laboriosamente en un papel, poco ó ningun fruto saca de la instruccion adquirida, y esto es, generalmente, lo que sucede á las clases pobres.»

Muchas reflexiones pudieran añadirse á los juicios de la Comision; pero esas tendrán su lugar cuando se analice con más detenimiento lo que es hoy mismo y lo que debe ser la Instruccion Primaria: su importancia, ya como ramo indispensable del saber para toda clase de conocimientos, ya como medio de educacion del pueblo, es muy grande é inmensa su preponderancia en las evoluciones sociales. Sólo, por ahora, indicaremos que, áun suponiendo que aprendieran los niños á leer y escribir medianamente, no bastaba ni basta esto: hay que buscar los medios para que no pueda olvidarse lo que se ha aprendido en la Instruccion Primaria; porque á cada momento se ve el fenómeno de que una buena parte de los niños de un pueblo, de una localidad, que han asistido á la escuela y llegado á lo que, con bastante indeterminacion, se llama leer y escribir, al cabo de muy pocos años, cuando se han convertido en hombres, apénas saben echar su firma; y en cuanto á lectura, se encuentran en un estado muy próximo al que jamás se ha conocido. Lo cual tiene su explicacion, si se tiene en cuenta que, ya por falta de recursos, ya por desidia, avaricia ó mala voluntad de los padres ó encargados, el niño es sacado de la escuela diciendo que ya sabe escribir, cuando, en realidad, lo que ha aprendido es á dibujar su firma; que la lectura, uno de los grandes recreos para los momentos de ócio de todas las clases sociales, lo es cuando proporciona un placer, y mal puede ser así cuando el estado de imperfeccion de este elemental conocimiento es tal que cuesta un trabajo ímprobo y una gran atencion el deletrear algunas palabras, ó sea traducir en ideas lo que en el papel está estampado; añádase á esto las faenas que ocupan todo el tiempo del niño y el trato con los de su edad, tan ignorantes como él, que no han de constituir, seguramente, ni el estímulo para adquirir otros conocimientos, ni la garantía para conservar los pocos que en sus tiernos años le habian enseñado. Por tales razones, lo maravilloso sería que los hombres del pueblo no llegaran á olvidar lo que en su infancia habian aprendido. Y de tal manera es esto cierto que, áun en las clases más instruidas, ó que por sus ocupaciones y estado social y por el no pequeño estímulo de no aparecer ignorantes con las personas cuyo trato han de frecuentar,

es, sin embargo, bien escaso el número de los que saben leer con perfeccion, de tal suerte, que el oirlos sean momentos tan agradables como el de asistir á una diversion cualquiera.

No se ocultaron tales razones al buen sentido de la familia anglo-sajona; así que en los Estados-Unidos primero, y después en Inglaterra y otros países, va cundiendo la moda en las familias de invitar á los amigos de confianza á que asistan á reuniones que tienen por objeto oir la lectura que de obras escogidas de literatura y otros ramos del saber van á hacer las señoritas de la casa á sus amigos; y no faltan personas que, habiendo asistido á aquellas lecturas, afirman que son momentos no ménos agradables que los que pasarian en un concierto ú otra diversion de las que el refinamiento de la civilizacion ha inventado; lo cual se comprende, si se tiene en cuenta la viveza de entendimiento de la mujer y la gracia que sabe comunicar á todo lo que ejecuta. En la primera de las naciones citadas, la moda se ha extendido á las clases ménos acomodadas, que son las que más lo necesitan; porque no sólo el trabajador siente la necesidad de una buena nutricion y bienestar, sinó tambien ratos de solaz que alternen con la rudeza de sus faenas, y que sean á la imaginacion lo que los condimentos son á la comida, un estímulo que, llevando consigo la alegría, le sirve para nuevas empresas y esfuerzos. Sería muy de desear que las mujeres españolas de todas las clases sociales comprendieran ó llegaran á darse razon del provecho é importancia que les daria el aceptar esta moda, de tal suerte, que sus compañeros ó amigos encontraran á su lado el solaz y la distraccion que en otro caso van á buscar, tal vez en extravíos harto sensibles para ellas y perjudiciales á la moralidad social.

En 1838 obtuvo la sancion real el proyecto de ley presentado por la Comision de Instruccion Primaria; sus bases principales quedaron como embebidas en el plan general de estudios publicado por el duque de Rivas; pero las circunstancias especiales por que atravesaba entónces la nacion, por el estado poco tranquilo del país, y por las perturbaciones inherentes á toda sociedad que lucha por su regeneracion y tiene que combatir las tenaces resistencias que opone lo que se va á lo que viene, poco después aquel plan quedó derogado. En verdad, las Córtes Constituyentes de aquella época nombraron una Comision que se ocupara de tan importante asunto; ésta llegó á dar su dictámen; pero la Asamblea tuvo que ocuparse de otros negocios,

si no más importantes, más perentorios. Las épocas de lucha son de más entusiasmo que de reflexion. Así debe suceder, y poquísimo acertado sería pedir en momentos de sacrificio á la reflexion y á la inteligencia las maravillas que el sentimiento poco consciente lleva á cabo.

Un poco más afortunada fué la ley de que tratamos, en las Córtes que sucedieron á las Constituyentes; pues si bien tampoco llegó á discutirse, al fin se concedió al Gobierno la autorizacion para plantearla tal como la Comision la habia propuesto.

Sucede con frecuencia que la inflexibilidad de los sistemas produce en política resultados que están bien léjos de corresponder á lo que los autores de ciertas leyes, con razon, podian esperar; y consiste esto, principalmente, en que, como los hechos son tan complejos y hay que atender á tal número de factores, no siempre los teóricos saben darse razon de todos los datos que es preciso tener en cuenta si ha de obrarse con alguna probabilidad de acierto. Hay más aún: la vanidad humana hace que los sectarios ó partidarios entusiastas de escuelas determinadas entiendan, honradamente pensando, que lo más natural es, sentado un principio, seguir lógica é inflexiblemente hasta las últimas consecuencias, sin apercibirse que esto es lo más cómodo para una inteligencia no muy perspicaz, y que lo más difícil y lo que exige un entendimiento más sutil y delicado es darse razon en cada momento de las circunstancias que exigen modificaciones en el procedimiento, ó, lo que llamaria un geómetra, coeficientes prácticos que indiquen lo que en cada período de tiempo puede hacerse, bien que marchando siempre al mismo objetivo.

Algo de esto sucedió por aquel entónces, en lo que á la ley de Instruccion Primaria se refiere; el Partido Progresista, defensor de la descentralizacion administrativa, y entusiasta, con razon, aunque más sincero que consciente, de la libertad del individuo, consiguió que la ley se modificara por una parte, sacando de las atribuciones del Gobierno la inspeccion de las Comisiones, y llevándolas, respectivamente, á las diputaciones provinciales y ayuntamientos, y por la otra suprimiendo los medios coercitivos que se autorizaba al Gobierno para emplear contra los padres, tutores ó encargados que por algun motivo no mandaban á los niños á las escuelas. Como consecuencia forzosa de dejar éstas á cargo de las Diputaciones provinciales ó Ayuntamientos, se suprimió de los presupuestos del Estado la

cantidad destinada á su sostenimiento y fomento, apoyándose en que la obligacion de atender á la Primera Enseñanza pertenecia á las Corporaciones populares. No puede negarse esto en absoluto, y es lo cierto que, tal vez lo más importante de que vinieron á ocuparse dichas Corporaciones, es lo que se refiere á la educacion del pueblo. Pero sucede aquí lo que ya repetidas veces se ha dicho: en términos generales no son los gobiernos, por su propia índole, los que emplean los medios más propios ni baratos para la administracion de toda clase de servicios; y donde quiera que se encuentre un pueblo que, por energía moral, por su iniciativa individual, por haber sido educado durante muchas generaciones en el ejercicio de la libertad, sepa comprender cuáles son sus deberes y derechos, los gobiernos no deben ocuparse más que de aquellas cosas de interés general, que por su propia manera de ser no es dado al indivíduo, ni áun asociándose con otros, llevarlas á cabo. Pero, cuando á consecuencia del absolutismo que ha pesado sobre varias generaciones, del entumecimiento de su energía, trasmitido de unos á otros, por la costumbre de que teocracias ó reyes piensen en ellos, de esperarlo todo del gobierno ó del milagro, y, por otra parte, gran número de circunstancias largas de examinar, los pueblos llegan á adquirir ciertas propiedades negativas, que á un observador poco delicado ó superficial pueden parecer como características de la raza; entónces es de todo punto necesario que los gobiernos empleen los medios que en su mano pone la Corporacion general, y tome la iniciativa en aquellas reformas que de hecho corresponderian al indivíduo ó á los pueblos; porque, en último término, lo importante es que las reformas se lleven á cabo; mejor sería, fuera de duda, que se verificaran por la espontaneidad ó iniciativa individual; más cuando no existe, y si acaso entre muy cortos límites, lo peor es que queden sin plantearse aquellas que exigen el progreso y el adelanto de los tiempos.

Concretándonos al asunto que nos ocupa, era, además, bien sospechoso que las Corporaciones populares, compuestas de indivíduos educados en antiguos sistemas, no siempre brillando por su ilustracion y agobiados y aguijoneados por las mil rivalidades de localidad, por intereses personales, no de tanta trascendencia, pero sí más enérgicos, y sujetos á la suma de preocupaciones que generalmente pesaba sobre toda España, consecuencia de la decadencia á que habia llegado y de las dobles cadenas con que durante tres siglos reyes,

clérigos y magistrados habian pesado sobre las conciencias de los indivíduos, era muy sospechoso, repetimos, que tales Corporaciones tuvieran la aptitud necesaria y la constancia indispensable para conseguir que los buenos deseos de los legisladores tuvieran cumplido efecto.

No se necesita gran esfuerzo para comprender que, en aquellos tiempos, una parte no pequeña de los indivíduos que componian los Municipios carecian por completo, y aún por desgracia existen hoy bastantes que carecen, de los primeros rudimentos de la primaria instruccion. Y ¿cabe en lo posible esperar, excepto en casos raros y naturalezas privilegiadas, que individuos careciendo de toda ilustracion trabajaran con entusiasmo para que los demás se ilustrasen? Lo contrario: si en apariencia obedecian las órdenes emanadas del poder central, no por eso creian ménos, en el fondo de su conciencia, que la adopcion de las nuevas medidas era un elemento poderoso de perdicion, de desdicha y tal vez de condenacion eterna. Añádase á esto que el partido absolutista, que luchaba en los campos de batalla, y que en las masas populares tenia á su lado la inmensa mayoría del país, habia de oponerse activa ó pasivamente, segun lo permitieran las circunstancias, á aquellas leyes dictadas por sus adversarios, ó mejor dicho, enemigos; y que el clero, en su mayor parte, que estaba en cuerpo y alma en el partido absolutista, que ejercia grandísima y abrumadora influencia, lo ménos en las cuatro quintas partes del pueblo, habia de explicar, como explicaba á su manera, que aquellos nuevos métodos de enseñanza estaban reducidos, en último término, á imbuir á los niños en las máximas de anarquía y de impiedad por donde queria conducirse á la nacion á un inevitable cataclismo, y á traer sobre sí la cólera celeste, que concluiria por castigarlos severamente en esta vida sin perjuicio de la perspectiva, poco consoladora, de arder eternamente desde que pasara, no podemos decir á una mejor ú otra peor. Y para que el lector no pueda dudar ó creer que se carga demasiado la tinta del cuadro, se ha verificado más de un caso, en capitales de provincia de importancia, y por personas que ocupaban una posicion social no comun, de acechar por las cerraduras de las puertas para oir lo que se enseñaba á los niños, y al ver que se empleaba el encerado negro, salir espantados, asegurando que sus hijos no asistirian á las escuelas del gobierno, porque ellos mismos habian presenciado que lo que se ponia á su vista era la lápida

de la Constitucion; y para que no quedase lugar á duda que la enseñanza era producto de fracmasones, herejes y enemigos de Dios, aseguraban, bajo su palabra honrada, que la tal lápida era enteramente negra.

Seguramente, las Diputaciones provinciales, por su parte, hicieron mayores esfuerzos que los Municipios, lo cual se comprende y pone de manifiesto esta verdad trivial: que no son los ignorantes los llamados á hacer esfuerzos en favor de la ilustracion. Pero lo dicho no ha empecido para que las mismas Diputaciones, ó al ménos una buena parte de ellas, por espíritu de corporacion ó por otras razones, se hayan opuesto más de una vez á cumplimentar las órdenes. En cuanto á las comisiones nombradas para inspeccionar las escuelas, obedecia á esta costumbre ó necesidad española de hacerlo todo por medio de cargos honoríficos y gratuitos, medio seguro y eficaz para que no dé el resultado que se apetece. Tampoco en este caso faltaron á la ley en general; así que, á pesar de los esfuerzos de hombres activos y entusiastas por todo lo que contribuia á la instruccion del pueblo, estuvieron bien léjos de corresponder á lo que de ellas se habia esperado. Era imposible que otra cosa sucediera. ¿Cómo podia esperarse que los indivíduos que componian aquellas comisiones, harto molestadas con asistir á sus juntas y resolver sinnúmero de cuestiones y expedientes que se promovian, dispusieran del tiempo y no sintieran grandísima repugnancia á visitar todas las escuelas de los pueblos, y andar viajando de una parte para otra en su país, sin vías de comunicacion, con escasos medios de alojamiento y descanso? ¿Cómo no habian de sentir repugnancia, además de estos inconvenientes, para inspeccionar aquellos edificios, mejor dicho, focos de infeccion, donde se reunia un número de niños respirando un aire viciado y desprovisto de oxígeno, más propio para alterar su salud y marchitar en sus rostros ese agradable color de la infancia, que para hacerles vivir y adquirir condiciones de existencia; sin tener sitios donde escribir ni apénas bancos para sentarse; con tan escasa luz como aire respirable, y con frecuencia siendo los sitios destinados á escuelas cuadras llenas de estiércol en fermentacion, donde alternaban con los animales; y otras veces los pórticos y átrios de las iglesias, no léjos, en general, de los cementerios, donde los miasmas que exhalaban no eran los más á propósito para buscar la robustez de los cuerpos? Preciso era de todo punto que los gobiernos, cediendo á la necesidad,

nombraran inspectores pagados; y esto hubo que aplazarlo, debido á las circunstancias por que se atravesaba y á la guerra civil que absorbia todos los recursos. La otra medida, separando del presupuesto la cantidad consignada y dejando á cargo de los Ayuntamientos la mezquina retribucion debida á los maestros de escuela, no fué ménos abundante en funestas consecuencias, y creó á los infelices que se dedicaban á la enseñanza una situacion tan lastimosa y rebajada, como comprenderá fácilmente todo el que tenga una idea de la actual situacion de nuestros Ayuntamientos, de la en que se encontraban entónces, y sobre todo, de las rivalidades de localidad. El maestro de primera enseñanza, como hoy mismo se le llama en la ley, sin duda para marcar que no le corresponde el de profesor, con que se designa á los que se dedican á otra de los diferentes ramos del saber humano, ¡como si de todas ellas no fuera ésta la más importante! este maestro ó profesor, repetimos, sobre no ser pagado, era de rigor que fuera hechura sumisa del alcalde ó de los concejales: eso, cuando no se le reemplazaba por el que, careciendo de títulos y aptitud, tenia el mérito de haber sido agente del partido vencedor en la localidad. Y si á esto se añade que rara vez el cura miraba con buen ojo al maestro de escuela, á no ser que éste tuviera el buen acuerdo de declararse su ayudante ó monaguillo, se vendrá en conocimiento de la deplorable situacion en que quedaban colocados aquellos infelices, que tenian con frecuencia que buscar el sustento necesario para la vida en otra clase de ocupaciones, muy léjos de sacarlo de la posicion deprimente en que se encontraban. Con tales antecedentes, ¿qué habian de ser aquellos maestros encargados, no tanto de instruir como de educar á los niños? Y con semejantes, ¿cuál era de esperar que fuese la direccion que tomara la inteligencia y el sentimiento moral de aquellas generaciones, que eran, por las leyes de la naturaleza, la esperanza y el porvenir de la pátria?

La situacion creada de este modo á los maestros era, como se ve por lo expuesto, bien poco á apropósito para vencer la avaricia y apatía de los padres, y, sobre todo, aquella rutina que formulaban, y áun formulan, en la siguiente frase: «ni mi padre ni yo hemos sabido leer, y, sin embargo, hemos vivido; y mis hijos, para trabajar y vivir, no necesitan aprender á leer; ¿qué le ha de enseñar el maestro, cuyas ocupaciones no quiero que sean nunca las de mi hijo?» Las escuelas pagadas por los Ayuntamientos encontrábanse, por lo tanto,

frecuentemente desiertas, segun los informes recogidos por los gobiernos de entónces. Resultado de esto, que á muchas de aquellas corporaciones les ha servido de motivo, mejor dicho, pretexto, para suprimir la retribucion del maestro y la escuela; y cuando más tarde la ley provisional de 1838 señaló como mínimum del sueldo que pudiera tener el último maestro del último pueblo 1.100 reales, aparte de lo que él cobrara de los que podian pagar la enseñanza, muchísimos Ayuntamientos se aprovecharon de esta circunstancia, y fingiendo entender mal la ley, rebajaron el sueldo á dicha cantidad. Nada de esto debe sorprender al lector, si se tiene en cuenta que, triunfante la Revolucion de 1868, no faltaron Ayuntamientos constituidos revolucionariamente, cuya primer medida fué suprimir aquellos centros de enseñanza, lo que pone de manifiesto cómo entendian la libertad los hombres que componian tales Municipios.

Si esto sucedia con las escuelas donde se enseñaban los conocimientos más rudimentarios de doctrina cristiana y lectura y escritura, sobre lo cual habria muchísimo que decir, ¿qué habia de acontecer con las superiores, que, ya por la division en cuatro clases, segun el reglamento de Calomarde, ya por la en dos, del reglamento del 38, se debia enseñar á los niños otros conocimientos más extensos? Parece excusado decir que, en términos generales, estaban completamente desiertas.

Se ha señalado anteriormente como una de las causas que más habian de contribuir á que la organizacion de la instruccion primaria no diera los efectos que sus autores se proponian, la supresion que las Córtes hicieron de un artículo que contenia el dictámen de la Comision relativo á obligar á los padres ó encargados, por medios coercitivos, si preciso fuera, para que mandaran á la escuela á sus hijos ó pupilos. Este gravísimo error, dictado por un sentimiento de libertad y respeto al padre de familia, está muy léjos de haberse disipado en los tiempos actuales. Cuando en 1870, el que esto escribe, tuvo la honra de presentar una proposicion de ley á las Córtes con el fin de organizar la enseñanza primaria obligatoria, fué objeto de amargas censuras por parte de sus amigos, á nombre de la libertad y democracia: los unos, invocando los principios de la escuela librecambista, sobre todo, el famoso «dejar hacer, dejar pasar,» y el ejemplo de Inglaterra, donde no se permitia al gobierno intervenir en la enseñanza primaria, dejándola á la iniciativa individual; los otros,

tomando la defensa de los derechos que corresponden al padre de familia, y que era imposible además llevarlo á cabo, aunque en principio reconociera la bondad de la proposicion; y quienes, apuntando vergonzosamente, sin atreverse á sostenerlo, la inconveniencia de que los hombres que han de dedicar su vida á las faenas del campo y á la industria, adquieran los conocimientos de la instruccion primaria, que vendria, en último término, á hacerles comprender con más claridad su desgraciada situacion, haciéndoles por ende enemigos de la sociedad ó factores, soldados ó reclutas de nuevas revoluciones y trastornos; y, por último, para que nada faltara al cuadro, no pocos alardeadores de revolucionarios que creian el asunto indigno de su atencion, por tener la Revolucion otras cosas más graves de que ocuparse; todos de consumo, con bien raras excepciones, se opusieron á que esta clase de enseñanza fuera obligatoria. Pero, al fin, como la razon concluye por abrirse paso, hoy apénas se encuentra un partido avanzado que no incluya en su programa la enseñanza primaria obligatoria.

Nada tenemos para qué ocuparnos de los que creen que la instruccion primaria es, no sólo inútil, sino perjudicial para el pueblo, individual y socialmente hablando, basándose en que se les hace más conocedores de su desgraciada situacion, la vida más amarga y la organizacion social más odiosa, convirtiéndose en otros tantos enemigos dispuestos á formar en las filas comunistas, internacionalistas ó nihilistas. Dejando para su lugar oportuno la diferencia entre la educacion é instruccion, repetimos que no merecen la pena de ser combatidos estos amigos de la ignorancia, porque ya son poco terribles, y sólo de una manera vergonzosa se atreven á defender tales ideas. Los que opinan que de ninguna utilidad ha de servirles en el curso de la vida esos elementos de instruccion, de los que no han de hacer uso más adelante, y tal vez olvidar, sin saberlo y sin quererlo, formulan una crítica que tiene mucho de acertada en la manera cómo hasta hace poco se ha dirigido y limitado en todas las naciones, y más en estas de Occidente, lo que con escasa propiedad se llama primera enseñanza, envolviendo además su opinion la errónea idea de que, los hombres que han de ganarse el sustento por trabajos manuales, sólo han de sentir la aspiracion de satisfacer lo que es puramente necesario para la vida material; lo cual, además de ser absurdo, está constantemente desmentido por la experiencia; los sitios, por desgracia

demasiado frecuentados por las clases trabajadoras, en los cuales adquieren tan perjudiciales hábitos, no son otra cosa en el fondo más que medios más ó ménos groseros de satisfacer las necesidades del espíritu, á falta de otra sociedad mejor y de una educacion más esmerada.

Las objeciones venidas de parte de los anglo-manos fueron hechas con tal acierto que, precisamente en los momentos que ellos ponian á Inglaterra por modelo, los hombres de Estado más eminentes de aquel país sostenian que era indispensable que la nacion, de una ó de otra manera, pusiera mano en la instruccion primaria, si habia de conseguirse sacar las masas del fondo de la sociedad inglesa de la ignorancia en que yacian sumidas, y que, como en último término, formaba el núcleo de la fuerza nacional, habia grandes peligros para la pátria en que continuaran en el mismo estado, aparte de que una nacion libre y sinceramente cristiana, como la inglesa, no podia permitir que continuara por más tiempo un estado de cosas correspondiente á edades que pasaron hace tiempo.

Respecto á los que invocan el derecho de familia, ó sea el del padre, en relacion á sus hijos, y á que el Estado no puede inmiscuirse en esta clase de relaciones familiares sin grave peligro para la libertad, sus razones son más sérias y sus argumentos de mayor fuerza, mereciendo, por lo tanto, un exámen más detenido. Por una parte, se trata del bien social en general, funcion de la competencia del Estado ó del Gobierno, en nombre de la sociedad, y por otra de los fueros, no ménos importantes, de la familia, que es precisamente la base de toda sociedad que, más ó ménos atrasada ó adelantada, existe en ella alguna cooperacion general, y, por consiguiente, ocupa un término dado en la série de la civilizacion y el progreso. En primer lugar, hay cierta involucracion en el sentido de las palabras, equiparando las sociedades que llegaron á adquirir el grado de cultura medio que hoy tienen las europeas con la familia; y de esta oscuridad en los términos, ha resultado una ayuda no despreciable para deslizar en las masas, á través de las generaciones, ciertos pretensos, anacrónicos é injustos derechos de herencia en el poder, y una infiltracion suave para los ignorantes ó impresionables del despotismo de los reyes y áun de las teocracias. Todos hemos oido y oimos á cada paso la manifestacion de aquella errónea idea formulada, diciendo que el rey era el padre de sus vasallos, que cuanto hacia era por el amor acendrado á

sus pueblos; y ningun servidor de las teocracias ha dejado de llamarse padre ó madre de los fieles, por más que conveniencias políticas, acuerdos anticuados y anacrónicos, sentimientos ascéticos y exaltados, ó extravíos de otra índole los imposibilite de que nadie pueda dar con verdad aquel nombre tan dulce á los que han sido los autores de nuestros dias. Cierto que, allá en la infancia de las sociedades, las tribus no fueron más que familias, y el padre ó anciano el jefe absoluto de ellas, sin más limitaciones que las que el trato contínuo, la atraccion de los sexos y la afeccion que el producto del amor engendraba, sin perjuicio de que las necesidades de la lucha y de la guerra hicieran reemplazar, y á veces abandonarlo, cuando el egoismo y las conveniencias de la tribu exigieran el tener á su frente un guerrero dotado de mejores condiciones físicas para la lucha; pero cuando descendia de su puesto, unas veces se oia su consejo, y se le consultaba en los casos árduos, y otras, no pocas, como sucedia en la Australia, quedaba completamente abandonado, sin recurso para defenderse ni alimentarse, dejándole sólo la eleccion de morirse como pudiera. Más tarde, como sucedió en Roma, conservando aún mucho de aquellas sociedades atrasadas, el padre de familia tenia un dominio absoluto, incluso sobre las vidas de su mujer é hijos; pero fuera de ahí, estaba limitado por las leyes generales, ó sea sus deberes de ciudadano, y aquel dominio absoluto fué cediendo á medida y proporcion que las sociedades progresaban. Algo análogo se observa en la Edad Media y en las modernas. De manera que el dominio del jefe de la familia fué cediendo, en mucha parte, á los deberes sociales, y de ahí el número no escaso de leyes que tienen por objeto proteger á los menores, evitar, no que el padre pueda disponer de sus hijos, sino los malos tratamientos, falta de alimentacion, etc.; en una palabra, las sociedades modernas, á proporcion que progresamos y se elevan en el camino de la cultura y de la civilizacion, haciendo más sagrado el hogar doméstico y estableciendo diferencias entre el ciudadano y el hombre, que las antiguas no han conocido, cuida con más esmero de todos los séres débiles que necesitan su proteccion, y que algunos de ellos, más tarde, han de ser los miembros útiles ó perjudiciales de la sociedad. Pues bien; si de esa manera se cuida de todo lo que afecta á los intereses de los menores y á la conservacion de la integridad de su cuerpo y fuerzas físicas, ¿por qué anomalía ó contradiccion se pretenderá que la sociedad ha de abandonar á los niños á la apatía

ó al egoismo de padres y encargados, á la deficiencia ó falta de cultivo de su inteligencia, á añejas preocupaciones, y lo que es peor de todo, acaso á una desdichada moral y degradacion de costumbres que, por una tendencia bien natural en el hombre, quiere imponer á sus descendientes á imprimírsela, sin saber en esa tierna edad que tal fuerza tienen las impresiones, y que de tal manera se arraiga y tanto cuesta después hacerlas desaparecer? Si la cosa fuese posible, no dejaria de ser instructiva una estadística de los hombres que, sin que hubiese perversidad en su naturaleza, concluyeron en los presidios ó en el cadalso, por los ejemplos que vieron de sus mayores y por espíritu de imitacion, que tal fuerza tiene en nosotros que, estimulados por el amor propio y una idea más ó ménos errónea del valor, han seguido las huellas de héroes del crímen que ellos creian debian ser imitados.

Seguramente es digno de tenerse en cuenta el que por la fuerza que da al Gobierno ó al Estado el encargarse de una funcion tan importante, puede ser un medio de despotismo ó inspirar el deseo á los gobernantes de moderar las sociedades por medio de la educacion, segun los fines que se propongan alcanzar; y por eso realmente el Gobierno, á nombre de la Sociedad, debe facilitar los medios para que ningun indivíduo de los dos sexos deje de poseer y aprender, por consiguiente, los elementos del saber que segun las exigencias de cada época constituyen la educacion primaria. Y al lado de este deber social ó del Estado está el del indivíduo, ó los que por su menor edad lo representan, de adquirir tales conocimientos dónde y cómo lo tenga por conveniente, sin más que probar en exámenes públicos su suficiencia. De modo que, en último término, gratuidad de la primera instruccion para todos aquellos cuyo estado de penuria no les permite pagarla; obligacion para todos, con los medios conminatorios convenientes, de que los niños que están á su cargo le adquieran, y libertad de recibirla dónde y cómo lo crean más conveniente.

Anteriormente se ha hablado de la insistencia con que los hombres de Estado más eminentes de la nacion inglesa sostenian la necesidad de que el gobierno interviniera, á fin de que la primera instruccion se generalizara. Cierto que, debido á la poderosa iniciativa de la familia anglo-sajona y al temor de que el gobierno, inmiscuyéndose en asuntos ó atribuyéndose funciones que el indivíduo por medio de la asociacion puede desempeñar, no lograran cómo y cuándo

deseaban que la Instruccion Primaria se declarara obligatoria, pero sí que se emplearan medios indirectos para llegar por etapas al mismo objeto, y además el que se consignara en los presupuestos una cantidad para auxiliar á los pueblos que por su escasez de recursos no podian atender á las necesidades debidas; aquellos hombres políticos, que puesto tan distinguido ocupan entre los de Europa, dotados del sentido práctico que jamás les abandona, comprendieron la escasa ó ninguna fuerza de la objecion que hacen algunos con apariencias de individualismo, pero en realidad profundamente egoista, de que, siendo así que el indivíduo es quien ha de sacar el provecho de lo que aprende, no tiene la nacion ó el país por qué hacer un sacrificio aumentando su presupuesto con una cantidad no corta para que las masas del pueblo ó su inmensa mayoría, que son pobres, adquieran los elementos indispensables á todo saber posterior.

Prescindiendo, por ahora, de lo que, con respecto á la propiedad, hemos de decir en tiempo oportuno, nos contentaremos por el momento con esta simple afirmacion: siendo aquélla una de las bases principales en que descansa toda la moderna civilizacion, y digna, por consiguiente, de todos los respetos y todas las leyes que le afirmen y garanticen, y por sagrado que sea, como lo es, este derecho, no puede dejarse en olvido que ántes que las cosas están las personas, y que en cada época y en cada sociedad está sujeta á la manera de ser de ésta y al derecho en general; y, seguramente, las condiciones intelectuales y morales de las generaciones que vienen al mundo y han de sucedernos, no es una propiedad ménos respetable que la de los intereses individuales. Pero hay más aún: al atribuir al Estado la funcion de que, como uno de los medios de progreso, de adelanto y bienestar, cuide de que todos reciban la instruccion primaria indispensable en cada época, no lo hace precisamente por consideracion á la utilidad del indivíduo, sino como medio de progreso, y en su consecuencia, de utilidad social. Y siendo esto así, justo es que cada uno contribuya por su parte y en proporcion á sus medios, que son justamente los que corresponden á la de utilidad que él ha de obtener; porque fácilmente se comprende que del progreso y engrandecimiento de una nacion, de la falta de trastornos, de la paz, órden y regularidad de la marcha progresiva y de las comodidades que consigo trae el adelanto de la industria y el refinamiento de la cultura, no participa de igual proporcion el hacendado ó gran capitalista como

el pobre, que apénas gana lo bastante para reponer las fuerzas que le consume un trabajo duro y diario. A los que han sostenido que en vano serian las medidas que el gobierno pudiera adoptar para conseguir el fin deseado, ó punto ménos que ineficaces, porque la desidia de los unos, la mala voluntad de los otros, las dificultades que consigo lleva la manera como está repartida la poblacion en estas ó aquellas provincias, la falta de recursos, la de hombres idóneos para la enseñanza, y tantas como pudieran indicarse, harian ineficaces las leyes que al efecto se promulgaran y casi perdidos los gastos hechos para conseguir aquel objeto; sin negarles las dificultades que habria que vencer para conseguir lo que se desea, y la resistencia que más ó ménos tenaz se ha opuesto en otras naciones que van delante de nosotros, hay que recordarles aquellas frases de un revolucionario francés del siglo pasado: «¿Qué mérito tendria la lucha por el progreso, si no tuviera varios inconvenientes y dificultades que vencer?»

Verdad que esta es una frase, y no una razon; pero la experiencia y la práctica se encargan de contestarles. Lo que los pueblos del Centro y Norte de Europa, lo que la gran República Americana, lo que, en una palabra, doscientos millones de habitantes han conseguido, ¿no podrán alcanzarlo diez y siete? Esto no podrá admitirse sino sentando como principio que somos una raza inferior á alemanes, suizos, norte-americanos, algunas colonias inglesas y otros pueblos que pudiéramos citar. Por otra parte, entre nosotros, nos ería nueva la cosa: lo que se propone, lo que se desea, lo han llevado á cabo los árabes españoles; y no hablemos de las épocas de su apogeo; no se habrán borrado de la memoria del lector aquellos artículos estampados en el *Tratado de capitulacion de Granada*, que tal importancia daban á las escuelas por todas partes establecidas. Podrá decirse que Prusia y los demás Estados de Alemania, si consiguieron imponer la instruccion primaria obligatoria, si hoy mismo dedica una parte de su policía á vigilar que ningun niño deje de asistir á la escuela, es porque aquella nacion es un Estado militar, todo se impone por la fuerza, y no es allí donde hemos de ir á buscar los ejemplos de libertad; pero si es verdad que en este sentido deja mucho que desear, tampoco habrá nadie que sostenga que es un Estado despótico. Algo semejante pudiera decirse de Suecia; pero, seguramente, no hay nadie que entienda que son ménos libres que los españoles los habitantes de Noruega, los de Dinamarca, y los ciudadanos suizos y anglo-america-

gos, donde, especialmente los dos últimos, los derechos del indivíduo ó de la personalidad humana, como ahora se dice, son llevados á un punto tal que causan el escándalo y el asombro de más de uno de los que de muy liberales blasonan: y, sin embargo, en Suiza, algunos de los cantones han dejado de tener instruccion primaria obligatoria, por ser inútil, y en otras poblaciones importantes de aquella República se pensó sériamente en hacer obligatoria la que aquí llamamos la secundaria. En cuanto á la República de allende el Atlántico, donde el gobierno central tiene tan limitadas sus atribuciones por la Constitucion del Estado que, segun nos afirman todos los dias, casi carece de la fuerza suficiente para amparar y defender los intereses sociales, la quinta parte de la poblacion asiste á las escuelas: un sinnúmero de ricos legados, los recursos de grandes asociaciones de los dos sexos, Estados que dedican las tres cuartas partes de su presupuesto á la instruccion, y cincuenta millones de duros del presupuesto general invertidos en el mismo objeto, trescientas mil mujeres y cincuenta mil hombres dedicados á toda clase de enseñanza, ponen de manifiesto la importancia que da aquella próspera y rica nacion á la instruccion popular.

Cuando una nacion ó un pueblo parte de un estado de atraso y sigue naturalmente progresando, las necesidades que siente, las mejoras que realiza corresponden á los diferentes grados de evolucion por que atraviesa; y si no son las que más adelante se comprende que debian haber seguido, y si algunas de ellas, andando los tiempos, vienen á constituir una rémora, no dejaron por eso de ser útiles en su dia y de servir de punto de arranque para otras más trascendentales. De suerte que, las reformas llevadas á cabo por cada generacion son las que, no sólo correspondian á las necesidades sociales, sino tambien las únicas capaces de tener eficacia en la época que se realizan. Sucede algo semejante á lo que acontece al indivíduo que, á fuerza de trabajo y constancia, va mejorando constante y paulatinamente su manera de vivir, y es que, sin aspirar, ni soñar siquiera á los últimos recreos y solaces que la opulencia y refinamiento de la sociedad lleva consigo, va permitiéndose de año en año algun aumento en sus gastos y algunos recreos que, además de hacerle más agradable la vida, son orígen de otras necesidades que empezará á sentir más tarde con prudencia y economía, para que estos, á su vez, requieran otros que andando el tiempo satisfará en armonía con el

estado próspero de su fortuna, sin que al dar los primeros pasos en este mejoramiento haya sentido la necesidad ni el deseo de adquirir otros que ha de gozar más adelante. Pero, cuando las naciones han alcanzado cierto grado de prosperidad, y después, por una razon cualquiera, han decaido, retrocedido ó estancado, quedándose á gran distancia de los otros pueblos que detrás de ellas se habian encontrado; cuando al fin del tiempo trascurrido han tenido la fortuna de emprender el camino de su regeneracion y se han propuesto seguir el que las otras más afortunadas que ella le han enseñado, sucede naturalmente que la necesidad que las impulsa sea la de imitar y conseguir el grado de prosperidad que aquellas que toman por modelo han alcanzado. Entónces el conflicto es terrible, y bastante á desanimar á todos aquellos que no tengan un alma de gran temple y una gran confianza en el progreso humano y en el porvenir de la pátria.

La explicacion del hecho es fácil: sin hacer un esfuerzo gigantesco, no es posible recuperar el tiempo perdido, indispensable de todo punto, si no han de quedarse rezagadas; y, por otra parte, como la evolucion que se ven precisados á hacer no es la inmediata á su estado de cultura, sino á otra más adelantada, los inconvenientes de todo género se aumentarán con abrumadora pesadumbre. El emprender la carrera con una velocidad á que sus fuerzas no se prestan, lleva consigo esa série de revoluciones y reacciones á mano armada, que son la dote forzosa de los pueblos que atraviesan uno de los puntos culminantes de su desarrollo. El apresuramiento para conseguirlo mejor lleva consigo, como consecuencia necesaria, la falta de reflexion suficiente para establecer las reformas con la madurez que el caso requiere. Los recursos materiales escasean en el mismo grado que el de atraso en que se ha quedado la nacion. Las personas ilustradas que han de ser las encargadas de dirigir las reformas participan, á su vez, y con raras aunque notables excepciones, de la falta de un conocimiento tan completo como era de desear, y sobre todo de la práctica indispensable para conocer los defectos y ventajas de la manera de llevar á cabo lo mismo que se desea establecer. Los agentes subalternos encargados de cumplimentar las órdenes, sobre su carencia poco ménos que absoluta de la idoneidad á propósito, es raro que tengan el entusiasmo necesario para luchar con todos los obstáculos que han de oponerse á su marcha. Además, por la falta de recursos, de que ántes se ha hablado, se acude forzosamente á los dos medios, tan

conocidos como ineficaces, de retribuir con sobrada parsimonia á los encargados de desempeñar las funciones más penosas, ó de acudir á comisiones honoríficas que, sin retribucion alguna y sólo por patriotismo, han de ejecutar un trabajo contínuo y molesto; y por más que tal sentimiento tenga innegable fuerza, es pedir á la generalidad algo más de lo que está en lo posible, el que, obedeciendo sólo á él, tengan la actividad constante y necesaria para el desempeño de funciones pesadas y duraderas; añádase á esto la oposicion tenaz y resistente de una gran parte de todas las clases sociales que, ya por intereses egoistas, ya por principios y preocupaciones, ya por espíritu de rutina, tan fuerte en casi todos los hombres, ya por otro no ménos intenso, que es el de crítica, ese impulso que sentimos á censurar todo lo que se hace nuevo, á exagerar sus defectos, á aprovecharse de los menores descuidos, y sobre todo, á juzgar *ex-catedra* del asunto de que se trate, aunque de ello no se entienda una palabra; no siendo tampoco para desperdiciar el de ese número, no escaso, de ignorantes con pretensiones de sabios, profetas *à posteriori*, grandes fabricadores de palabras sentenciosas que, con mal encubierto desden, dicen á cada momento que no se habia ocultado á su prevision el que, por el camino emprendido, se iba á una perdicion segura, haciendo objeto de sus sátiras y burlas á aquellos desdichados agentes que, con poca práctica y ménos medios de hacer frente á las necesidades de la vida, salen como pueden de las tareas que se les habia encomendado.

Lo que acabamos de exponer, corregido y aumentado, tiene perfecta aplicacion á los primeros pasos dados por los gobiernos liberales á fin de establecer y mejorar la instruccion en general, y muy particularmente la primaria, de que venimos ocupándonos. El estado de la Hacienda pública no podia ser más lastimoso, y por consiguiente, los recursos necesarios no existian; los maestros, sumidos en la mayor miseria y el estado de abyeccion que expuesto queda, eran de muy escasa instruccion, pero la educacion y las costumbres muy inferiores á esto; así que, lo que ordinariamente se enseñaba en las escuelas era leer, con no mucha correccion, la escritura y lo que se llamaban las cuatro reglas, con este aditamento: que la operacion de dividir, á su vez se dividia en dos: partir por entero y medio partir, bautizando con este nombre el caso en que el divisor fuera un número simple; y no sólo las operaciones de los quebrados en general era una enseñanza de lujo, sino que pocos niños salian de la escuela sabiendo

dividir por un número compuesto. De los edificios necesarios para tener las escuelas, ni de sus condiciones higiénicas, no hay para qué hablar, porque dicho queda. Pero, ¿cómo habia de haberlos, si para vergüenza de los dos absolutismos que tanto han dominado en España, hoy mismo apénas se encuentra ningun edificio público digno de mencion, como no sea alguna antigua iglesia ó convento?

Dos cosas hay en toda enseñanza, y más en la primaria: tener un perfecto conocimiento de lo que se enseña, y saber enseñar, hasta tal punto, que esto último constituye hoy un ramo del saber, al que no han desdeñado dedicarse inteligencias de primer órden. En tal estado, era preciso crearlo todo, y la primera y más urgente necesidad, tener maestros que fueran idóneos, lo mismo en el conocimiento de lo que estaban llamados á enseñar, como en la pedagogia; y, por lo tanto, aquellos hombres que de tal manera se interesaban por este ramo de la pública instruccion, pusieron manos á la obra para conseguir el establecimiento de la Escuela Normal ó Seminario de Maestros, como ántes se llamaban. Pero las dificultades aparecian bajo otro nuevo aspecto: era de todo punto necesaria la Escuela, para que enseñara á los maestros; pero esto llevaba consigo que hubiera quien pudiera enseñarles, ó lo que es lo mismo, maestros para la Normal. Se pensó, con mucho acierto, mandar jóvenes al extranjero á adquirir los conocimientos necesarios: así se hizo, y las buenas notas que obtuvieron sus estudios probaron lo acertado de la eleccion. Pero al volver á su pátria se encontraron con que lo estudiado no les servia para nada, y despues de esperar algun tiempo, tuvieron que dedicarse á otra cosa para ganar su sustento. No desistieron por esto de llegar á formarla los Sres. Gil de Zárate y Montesino, que se pusieron de acuerdo, resueltos á hacer los imposibles con tal de llegar al establecimiento de la Escuela ya citada. Este último, que en su larga emigracion se habia dedicado con ahinco á esta clase de estudios, se ofreció á ser director; pero faltaban los recursos, el edificio y el mueblaje.

Aquellos ilustrados patricios, auxiliados enérgicamente por don Pio Pita Pizarro, aprovecharon la coincidencia de suprimirse el Seminario de Nobles de Madrid, y esto les proporcionó los instrumentos y enseres necesarios para el establecimiento de las cátedras, y además consiguieron dedicar al sostenimiento de la Escuela Normal cuatro mil duros anuales que aquel Seminario tenia asignados sobre la Mitra de la Habana. Se acudió á las provincias para que mandase

cada una dos alumnos, pagando seis mil reales aquellas; pero, léjos de reunirse noventa y ocho, segun se esperaba, el número se redujo mucho, y, por consiguiente, los recursos con que podia contar la Escuela. Al fin, por grandes esfuerzos hechos por los señores citados, á quienes tanto debe la ilustracion de la pátria, fuertemente apoyados por el señor marqués de Valgornera y el Sr. D. Antonio Hompanera, éste tuvo la gloria de ver inaugurada la Escuela Normal, que se abrió el 29 de Enero de 1839.

No fueron pocas las dificultades con que tuvieron que luchar, y la falta de recursos y la agitacion de aquellos tiempos pusieron en grave peligro el nuevo Establecimiento; pero, al fin, en 1845, después de varias alternativas, decretos y reales órdenes, la Escuela Normal Central habia producido sus frutos, y los exámenes verificados con brillantez por los jóvenes que habian seguido los cursos establecidos, no sólo probaron que se sembraba en buena tierra, sino que, á su vez, fueron á ponerse al frente de las Escuelas Normales de las provincias, y en 1845, de las cuarenta y nueve de España, cuarenta y dos tenian su Escuela Normal más ó ménos completa.

Como no es nuestro objeto escribir una historia detallada de la instruccion primaria en España, no creemos del caso referir lo que se ha legislado sobre el asunto y las mejoras que se han realizado en el ramo de que venimos ocupándonos. Sólo, para concluir, hemos de indicar á la gratitud de todos los hombres ilustrados que se interesan por el bien de la pátria, además de los nombres ya citados, los señores marqués de Pidal, general Ros de Olano, D. Claudio Moyano y el Sr. Montejo Robledo, que, si su corta estancia en el Ministerio de Fomento no le permitió llevar á cabo la reforma que intentaba, le honra sobremanera su decreto declarando la instruccion primaria obligatoria.

Al estampar aquí dichos nombres, debemos declarar que, si algunos otros que debieran figurar á su lado no son mencionados, es simplemente por un olvido involuntario; porque nada proporciona un goce moral mayor que cuando se puede hacer justicia á las personas que, sin diferencia de color político, han empleado su trabajo y su saber en procurar mejoras para su pátria; que no puede haber recursos de parcialidad ó partido ante la memoria ó recuerdo de los que han cumplido su deber, siendo la satisfaccion más grata á todo corazon honrado el aplaudir sinceramente el bien, venga de donde viniere.

(Continuará). MANUEL BECERRA.

¡SILENCIO HASTA LA MUERTE!

HISTORIA DE UNA DEMENCIA [1]

La condesa de V..... habia invitado á comer, como tenía de costumbre todos los jueves, á varios de sus amigos, en cuyo número me contaba yo mismo.

Terminado el banquete, y después de una hora de alegre sobremesa, nos disponíamos todos á dispersarnos para dejar libre á la amable dueña de la casa, cuando ésta dijo á uno de sus comensales:

—Doctor, si no tiene Vd. alguna visita urgente, le retengo esta noche. He resuelto, por pereza, quedarme en casa, y para no aburrirme, quisiera que me contara Vd. una de tantas aventuras como deben haberle sucedido en sus viajes.

—Estoy á la disposicion de Vd., condesa—contestó galantemente el interpelado.

—Entónces—añadimos los demás en coro—si esta señora lo permite, nos quedaremos todos.

—No deseo otra cosa—repuso la condesa—síganme ustedes al estrado.

Y así lo hicimos, instalándonos allí en cómodas butacas.

El doctor habia viajado mucho, habia visto muchas cosas, tenía una memoria felicísima y era un narrador de primer órden.

(1) El argumento de esta historia, en parte verídico y en parte novelesco, está tomado—dicho sea en descargo de nuestra conciencia literaria—de la coleccion de anécdotas del primer imperio francés, publicada hace algunos años por el escritor irlandés Cárlos Lieber.

De aquí la curiosidad que el solo anuncio de una narracion suya habia excitado en nosotros.

—¿Qué va Vd. á contarnos?—le preguntó la condesa.

—Una historia muy sencilla, pero que creo ha de interesar á ustedes: la *historia de una demencia*.

—Que me place. Comience Vd., pues; ya somos todos orejas.

Y el doctor habló como sigue.

I

Uno de los últimos dias del mes de Setiembre de 183.... recorria yo al anochecer, solo y á pié, las cercanías de Spa. Habia salido ya tarde de aquella pequeña ciudad, para dar un paseo por el campo, con ánimo de volver á pernoctar en el mismo punto, y caminaba al acaso por un estrecho sendero, gozando de la hermosa perspectiva que ofrecia á mis ojos el valle del Vesdre, y tentado á detenerme en cada una de las aldeas que encontraba á mi paso.

Estaba, en efecto, ansioso de calma y de aislamiento; habia vivido harto tiempo en los salones y en las tertulias del gran mundo, y necesitaba apartarme del tumulto y la fastidiosa etiqueta que allí imperan, aunque no fuese más que para rehacer mi espíritu, cansado de tantas emociones, y reparar, por decirlo así, mi barquilla ántes de lanzarla de nuevo en las agitadas olas del mar de la vida.

Cualquier cosa hubiera bastado para hacerme caer en la tentacion: una buena posada, un sitio ameno, una cara bonita; pero, no descubriendo nada de esto, y arrastrado quizá por el afan, que en mí es una verdadera pasion, de conocer nuevos paisajes y contemplar nuevos horizontes, seguí andando, andando, sin curarme siquiera de la direccion que llevaba.

La atmósfera estaba diáfana y tranquila; no se movia ni una hoja; ni áun el arroyo que corria junto al sendero dejaba escapar un murmullo, temeroso, sin duda, de turbar el silencio que por todas partes reinaba. Poco á poco fueron condensándose las sombras; tendió la noche en el cielo su manto sembrado de estrellas, y quedó envuelto el espacio en la oscuridad más profunda.

Tiene un no sé qué de medrosa la repentina transicion del dia á la noche en aquellos países donde apénas hay crepúsculos. El cambio gradual en que el valle y la montaña, los árboles y las rocas, van to-

mando las tintas del sol poniente y borrándose á nuestros ojos hasta desaparecer del todo, prepara el ánimo á la privacion, siempre penosa, de la luz del dia, durante el cual es cuando se goza de la plenitud de la vida. Entónces vemos venir la noche, no ya con resignacion, sino con placer, como el término natural del trabajo cuotidiano, como la hora del sueño y del reposo, tan necesarios para restaurar nuestras fuerzas perdidas. Pero cuando, apénas traspuesto el sol en el horizonte, nos encontramos sumergidos en las tinieblas, sin haber tenido tiempo de acostumbrarse á ellas nuestras pupilas, parece como que somos víctimas de una catástrofe, ó que, empujados por la mano de un genio maléfico, caemos de improviso desde la cima de una risueña colina al más espantoso abismo.

A estas reflexiones iba yo entregado, cuando llegué á un sitio en que el sendero por mí seguido se dividia en otros dos divergentes. No habia por allí quien pudiera indicarme á dónde conducia cada uno de ellos. Quise ver, á la imperfecta luz de las estrellas—pues, aunque era noche de luna, aún no habia aparecido este astro—cuál era el más frecuentado, juzgando que la mayor parte de los transeuntes debian dirigirse á Spa; pero, desgraciadamente, no pude descubrir entre uno y otro diferencia alguna; ambos mostraban las mismas huellas de piés humanos y de herraduras de caballerías.

Yo no sabia qué hacer. Si hubiera ido á caballo, hubiera dejado resolver la cuestion á mi cabalgadura; pero caminaba, como he dicho, á pié, y no tenía razon alguna para decidirme en ningun sentido. Dirigí mis miradas desde el sendero á los árboles y desde los árboles á las estrellas, pero ninguno de estos objetos me dió el menor indicio que pudiera servirme de guia.

Situacion tan embarazosa me sacó de mis reflexiones peripatéticas, y me hizo pensar en las comodidades de mi alojamiento y en la sabrosa cena con que, al regresar á él, me hubiera regalado. Qué frutas daba de sí la estacion, qué platos confeccionaba mejor el cocinero de la fonda, qué méritos tenian, relativamente, el Chablis y el Macon, el Burdeos y el Borgoña, con que de ordinario se regaban allí las comidas: hé aquí los temas de mis nuevos pensamientos. Quise combatir la debilidad que se iba apoderando de mi estómago, figurándome comer un *entre-côte* con patatas, ó al ménos una tortilla á las finas yerbas; pero nada alcancé, como es de suponer, con esta refaccion imaginaria.

Así trascurrió un gran rato, sin percibir á mi alrededor ni señal de habitacion humana ni signo alguno de vida. La noche, entre tanto, se habia aclarado mucho; la luna brillaba ya en el firmamento; podian distinguirse todos los planetas visibles y todas las constelaciones del Zodiaco; aunque yo, á decir verdad, hubiera preferido gustoso á la Osa Mayor un trozo de jamon de York, y á la misma Vénus la Maritornes de la más humilde venta.

Tomé, pues, el sendero de la derecha, como pudiera haber tomado el de la izquierda, y eché á andar de nuevo. Al cabo de una hora de caminata, noté que el terreno se iba accidentando y se convertia en una cuesta casi inabordable para un viajero como yo, débil y cansado.

—Está visto—me dije—que para llegar por aquí á alguna poblacion, tendré que atravesar una montaña. No importa, sin embargo. ¡Adelante!

Y seguí andando con paso tan presuroso como me era posible. Necesitaba recoger todas mis fuerzas para subir la pendiente, con tanto más motivo cuanto que el camino, cada vez, al parecer, ménos frecuentado, estaba obstruido por piedras y malezas, y que los árboles, cada vez tambien más escasos, no me defendian del frio viento de otoño, que soplaba azotando mi rostro y anunciando ya los hielos del próximo invierno.

Tres horas más habria andado, y viéndome en la misma soledad, comencé á temer que el sendero no conducia quizás á ninguna morada humana. Subí á una roca y eché una ojeada por la meseta de la montaña; pero nada me indicó que aquellas agrestes regiones hubieran sentido alguna vez el contacto del hombre. Sentéme entónces para tomar un partido; mas, por un lado, no me sentia con valor para desandar tan largo camino, y por otro, el seguir adelante no me ofrecia esperanza alguna.

—¡Ah!—exclamé para mis adentros.—¿Por qué no les habrá ocurrido á los gobiernos erigir faros terrestres, como los hay marítimos? ¡Qué gloriosa institucion hubiera sido! ¡Pensar que hay en medio de los paises civilizados grandes comarcas montañosas desiertas y desconocidas, donde el viajero extraviado puede perecer sin que nadie oiga sus voces demandando socorro ni acuda nadie en su auxilio! ¡Qué grato sería para el cansado caminante alzar de vez en cuando los ojos y divisar á lo léjos una estrella salvadora!

En aquel momento, creí ver brillar algo al través de la maleza.

Trepé de nuevo á la roca y tendí en derredor mis miradas. No me engañaba: era una luz, y no débil ó apenas perceptible, sino grande, intensa, como la de una llama, como la que despide una hoguera. Parecia lejana, pero nada hay tan falible como la vista en un horizonte dilatado. De todos modos, yo resolví encaminarme hácia aquella luz, y así lo hice, en efecto, aunque á campo-traviesa y abandonando el sendero, porque éste seguia una direccion enteramente opuesta.

El terreno era húmedo y pantanoso; mis piés se hundian en el fango y hacian escasos progresos; además, las desigualdades de la superficie me robaban á cada paso la vista de la luz, y cuando podia distinguirla de nuevo, echaba de ver con terror cuán léjos estaba todavía; pero estos pequeños contratiempos no eran bastantes á hacerme desistir de mi propósito, y seguia andando, aunque ya casi exhausto de cuerpo y de espíritu.

Al fin llegué al borde de un declive; á mis piés se extendia un valle sinuoso, con un pequeño torrente que saltaba entre rocas, segun lo que podia verse al fulgor de la luna y las estrellas. En la montaña opuesta se hallaba la luz deseada, y parecia proceder de un edificio de regulares dimensiones, que se destacaba en el espacio como una gran masa negra. Tomé aliento y comencé á bajar con cuidado, ya caminando á gatas, ya deslizándome á trechos donde el terreno era más practicable, hasta que pisé el valle; le crucé rápidamente y abordé la cima de la montaña. Una vez allí, me encontré á algunos pasos de la casa luminosa, objeto de todos mis afanes.

II

El edificio estaba en armonía con la salvaje rudeza de la comarca. Era una torre ruinosa, construida sobre una roca, uno de aquellos castillos que en otro tiempo servian de defensas fronterizas, y que entónces se hallaba convertido en morada de algun pastor solitario, á juzgar por el ganado recogido en un redil inmediato. Conocíanse los esfuerzos empleados para hacer la torre habitable, en la puerta, formada de tablas, unidas por toscos listones, y en la ventana, tapada por una materia como pergamino, al través de la cual se percibia, sin embargo, el resplandor de la hoguera que ardia dentro.

Acerquéme con precaucion, para reconocer el interior ántes de

pedir hospitalidad, y por el hueco de un cuarteron que faltaba en la puerta pude distinguir á un hombre, sentado al amor de la lumbre, bajo la ancha campana de una chimenea, con la frente apoyada en las manos y los codos en las rodillas. Vestia una tosca blusa de lana rayada y unos calzones de cuero, sujetos á las corvas por medio de correas; llevaba la cabeza descubierta, y le caia sobre el cuello una larga cabellera gris, ocultándole el rostro casi completamente. Junto á él, y en el suelo, se veia un cayado de pastor y un sombrero de fieltro de anchas alas, y poco más allá un zurron, un vaso de metal y un cuchillo como el que usan los carniceros. Por lo demás, no se descubria en toda la habitacion ni silla, ni mesa, ni otro mueble ú objeto, como no fuese un monton de heno hacinado en un rincon: pero pendia de la chimenea una larga y estrecha espada, y habia pegada junto á ella una hoja de papel impresa.

Miéntras yo escudriñaba todos estos pormenores, el desconocido estiró las piernas, se frotó los ojos y se desperezó, desplegando unas formas atléticas. Era, á lo que pude juzgar, un hombre de cincuenta á cincuenta y cinco años de edad, en cuyo rostro, demacrado y pálido, se veian las huellas de grandes privaciones y sufrimientos. Cubria su labio superior, y áun parte de sus mejillas, un largo y espeso bigote, sembrado de canas; su pecho era ancho y varonil; su frente alta y despejada; pero se notaba en sus ojos, que pude examinar perfectamente, porque la llama del hogar le daba de lleno en la cara, un brillo extraordinario; sus pupilas tenian la lucidez propia de la locura, y sus rápidas é inquietas miradas, sus bruscos y desordenados movimientos, anunciaban algo de anormal en su espíritu. Se puso á pasear por la habitacion, cruzándola en todos sentidos, y al cabo de algunos minutos se paró delante de la chimenea, se inclinó ante la espada que pendia de ella, hizo un saludo militar y murmuró algunas frases que no pude percibir distintamente. Después abrió la puerta, se adelantó hácia el exterior, y dió un prolongado y agudo silbido, al cual contestó el ladrido de un perro. Debió entónces verme ó sentirme, porque se volvió de repente, se abalanzó á mí, y cogiéndome por un brazo, me gritó con voz trémula de cólera:

—¿Quién sois? ¿Qué os trae aquí?

En pocas palabras, porque no era tiempo de largas explicaciones, le dije que me habia perdido en la montaña y que buscaba un albergue donde pasar la noche.

—No ha sido para vos poca fortuna—me contestó con desdeñosa sonrisa—que uno de mis ganados no haya llegado todavía. Si *Cancerbero* hubiera estado en casa, habria dado buena cuenta de vuestras piernas. Entrad.

Y esto diciendo, me empujó hácia el interior del edificio y me invitó con una señal á sentarme en el sitio que él habia ocupado anteriormente, miéntras echaba al hogar un tronco de leña y atizaba con la punta del pié el fuego.

—El viento sopla del Sud—añadió—tendremos temporal muy pronto.

—Sin embargo—observé yo—el cielo está estrellado.

—No os fieis de las estrellas. Antes de amanecer vereis la montaña cubrirse de niebla.

Con cuyas palabras cruzó los brazos sobre el pecho y volvió á su paseo por la habitacion. Contra lo que debia esperarse de un hombre de tan tosco aspecto, el tono de su voz era suave, y sus modales los de una persona bien educada.

Quise replicar, para inducirle á conversar conmigo; pero notando que esto le disgustaba, desistí de buen grado, y haciendo de mi abrigo almohada, me tendí á la larga delante de la chimenea, y no tardé en quedarme profundamente dormido.

Cuando desperté, el pastor habia desaparecido; pero sin duda era reciente su ausencia, porque en el hogar habia un tronco apenas encendido y el fuego ardia á más no poder.

Como el dia empezaba ya á despuntar, salí un momento para ver el cariz del cielo. Grandes masas de nubes cruzaban el espacio, empujadas por el viento, que zumbaba medrosamente, y ocultaban por todas partes el horizonte, dejando caer una lluvia menuda, pero fuerte, preludio del temporal que me habia anunciado mi huésped.

Todo estaba lúgubre en el exterior, como en el interior; la miserable pobreza del ruinoso castillo apenas ofrecia abrigo contra el huracan desatado. Volvime á mi asiento delante del hogar, y me puse á conjeturar la distancia que me separaba de Spa, y cómo haria para regresar á esta ciudad. En tales conjeturas, acerté á detener mis miradas en el arma que pendia de la chimenea; la descolgué para examinarla, y ví que tenia grabada en la hoja la letra N. Al colocarla de nuevo en su sitio, reparé en el papel impreso que, cubierto de una capa de humo, apenas era legible; pero, después de mu-

chas tentativas, pude deletrear en él estas palabras, escritas en lengua francesa:

«Orden del dia del ejército francés, el 9 thermidor.»

Las líneas siguientes estaban tapadas por otro pedazo de papel pegado encima, y sólo pude entender de ellas que se referian á alguna victoria de las armas republicanas. Sin embargo, en las últimas leí bien claramente lo que sigue:

«El ciudadano Aubuisson, jefe del batallon de granaderos de esta media brigada, fué el primero que entró en el reducto, sacando su uniforme acribillado por las balas.»

Volví á leer una y otra vez, lleno de asombro, estas frases, en términos que se han quedado esculpidas en mi memoria. Sin duda encerraban algun misterio relacionado con el pastor; porque, si no, ¿cómo estaban allí? Recordé entónces la actitud de mi huésped cuando le ví por vez primera medir la habitacion á grandes pasos, su agitacion, su saludo militar ante la espada, y pensé que aquel desgraciado, cubierto de harapos, podia muy bien ser el mismo ciudadano Aubuisson.

Pero ¿qué terrible vicisitud de la vida le habia traido á tal estado? La salvaje expresion que á veces tomaban sus facciones, revelaban el extravío de su cerebro; y, sin embargo, las breves palabras que me habia dirigido eran sensatas y coherentes. Excitada mi curiosidad, resolví aguardar la vuelta del pastor, con la esperanza de descorrer una punta siquiera del velo que le cubria.

La puerta se abrió en esto de repente, y apareció en el dintel, con mi huesped, un mastin enorme, que, retrocediendo un paso al verme, clavó en mí sus grandes ojos y exhaló un temeroso gruñido. Llenéme de espanto, notando que se preparaba á saltar sobre mí; pero el pastor le gritó:

—¡Aquí, Cancerbero! ¡A tu sitio!

Y el animal se dirigió tranquilamente á un rincon, donde se echó sin apartar de mí sus miradas, como si estuviera pronto á devorarme á la menor señal de su amo, miéntras éste sacudia el agua que humedecia su sombrero y su blusa, y venia á sentarse junto á mí bajo la chimenea.

Volvió entónces el rostro hácia la lumbre, y empujando los tizones con el pié, murmuró algunas palabras entrecortadas, de las cuales, á pesar de escuchar con avidez, sólo pude percibir las siguientes:

«¡Ni una palabra! ¡Silencio! ¡Silencio hasta la muerte!»

—Habeis acertado en vuestro pronóstico; el temporal está encima—le dije yo, queriendo llamar su atencion.

Pero él, cogiéndome por el brazo para que no me moviera, me replicó en voz tan baja, que parecia un murmullo:

—¡Chist!..... ¡Ni una palabra!

Y al decir esto, brillaba en sus pupilas un rayo de cólera, temblaban convulsivamente sus mejillas, y parecia presa de un acceso de fiebre ó de locura. Revolvió lentamente los ojos por la estancia, como quien está resuelto á que nada se escape á su observacion, y doblando una rodilla ante el fuego, cogió un tronco de leña seca y le colocó entre las brasas. Después, levantóse resuelto, me asió fuertemente por los hombros, me arrastró al estremo opuesto de la habitacion, diciendo:

—¡Escucha!

Y aplicando sus labios á mi oido, añadió:

—¡Ni una palabra!..... ¡Silencio!..... ¡Silencio hasta la muerte!

Irguióse por fin; cruzó de nuevo los brazos sobre el pecho, y se mantuvo ante mí un momento, inmóvil como una estátua. En esta actitud, á pesar de su trage de pastor y de los estragos que el hambre y la intemperie, la soledad y la tristeza habian hecho, sin duda, en su organismo, mostraba todavía los rasgos de una hermosa y noble figura. ¡Infeliz! algun grato recuerdo debió cruzar de pronto por su mente, porque se sonrió, apartó del rostro sus cabellos, y haciendo una ligera inclinacion de cabeza, añadió con voz firme y respetuosa:

—Está bien, señor; ¡hasta la muerte!

En aquel momento se oyó fuera el cencerreo del ganado. Cancerbero, dando un salto, se acercó á la puerta y se puso á arañarla con las patas delanteras. El pastor se apresuró á abrir, y con sorpresa mia ví entrar á un muchacho de unos doce á catorce años de edad, pobremente vestido, el cual, depositando en el suelo un saco que llevaba á cuestas, preguntó:

—Lázaro, ¿ha parecido el cordero?

—Sí; está en el redil sano y salvo.

—Y la oveja manchada, ¿habrá caido en las garras de los lobos?

—¡Chist!—replicó el pastor haciendo una seña á su interlocutor, quien debió comprender que aquél se hallaba en uno de sus accesos

de exaltacion cerebral, porque volvió tranquilamente la espalda y se marchó, diciendo:

—¡Adios, Lázaro!

—¿No pudiera ese muchacho guiarme á Spa ó á alguna aldea próxima?—dije yo entónces, queriendo aprovechar aquella ocasion de escaparme.

—No, no; Pedro tiene que andar mucho para llegar á su casa; vive muy léjos de aqui; yo mismo seré vuestro guia.

Y en esto desató el saco, extrajo de él un pan de centeno, como el que sirve ordinariamente de alimento á los más pobres aldeanos, y un frasco lleno de leche; partió el pan en dos pedazos y me alargó uno de ellos, que yo acepté más por cortesía que por gusto, á pesar de mi largo ayuno y no ménos larga caminata. Presentándome después el frasco, me invitó á que bebiera, y cuando lo hube hecho, le cogió él y bebió á su vez, meneando la cabeza alegremente, y diciendo:

—¡A vuestra salud, camarada!

Esta frase me confirmó en la idea de que mi huésped habia sido soldado. Sin duda tenía delante de mí á un oficial del grande ejército, á uno de aquellos héroes de cien batallas, cuyas hazañas iban á perderse, como arroyo tributario, en el océano de las glorias del Imperio.

Terminada nuestra colacion, que duró poco, como puede suponerse, Lázaro atizó el fuego, se dirigió á la puerta, y miró al exterior.

—El temporal arreciará esta tarde—dijo al ver la tupida niebla que cubria ya la tierra como un inmenso sudario.—Si sois buen andarin, os llevaré á Spa por un atajo.

—Haré lo posible por seguiros—le respondí yo.

—La montaña es transitable; pero encontraremos tal vez uno ó dos torrentes, formados por la lluvia, y su paso suele ser peligroso.

—No importa. ¿Qué distancia habrá de aquí á Spa?

—Cuatro leguas y media por el atajo, seis por la carretera. ¡Aquí, cancerbero!—añadió llamando y acariciando al perro, que acudió en seguida con muestras de inequívoca alegría.—Vas á quedarte hoy de guardia; cuida bien de todo, y no te duermas, camarada. ¡Hasta luégo!

El perro, como si entendiera perfectamente estas palabras, miró fijamente á su amo y dió un prolongado ahullido. Lázaro le pasó la

mano por el lomo, sonriendo con satisfaccion, y salió conmigo de la torre.

Andaba tan de prisa, que yo no podia mantenerme á su lado, y siempre iba detrás, miéntras él atravesaba impávido la niebla como el génio de la tormenta, dejando flotar su cabellera y ondular su blusa á merced del viento.

Era aquella una marcha tan rápida como penosa, sin ningun incidente que disminuyese la fatiga. Lázaro no hablaba una palabra, y sólo de vez en cuando señalaba con su cayado la direccion que debíamos seguir, ó marcaba el vuelo de algun ave de rapiña que revoloteaba á flor de tierra, como si nada tuviese que temer en aquellas regiones casi inexplorables.

Cuatro horas llevaríamos caminando de este modo, cuando llegamos á la cima de una gran montaña, desde la cual, á favor de la claridad que comenzaba á abrirse paso entre la niebla, pude percibir varias colinas que la rodeaban, semejando las olas de un mar en que estuviese sumergida.

Después atravesamos un bosquecillo de raquíticos pinos, donde habia una cruz de piedra, destinada á conmemorar alguna muerte violenta y á invitar al transeunte á orar por el alma de la víctima.

Aquí se detuvo Lázaro, é indicando un estrecho sendero que se descubria entre la maleza, dijo:

—Spa dista poco más de dos leguas; seguid esta senda, y pronto estareis en la ciudad.

Proferí algunas palabras para darle las gracias, y quise manifestarle mi deseo de volver á hacerle una visita. Pero él me detuvo con un gesto sombrío y desdeñoso, y ni áun pude dejarle un recuerdo de nuestras breves relaciones, temiendo ofender su delicadeza. Me limité, pues, á despedirme de él alargándole mi mano, que él tomó con glacial cortesía y como por condescendencia á una muestra de estimacion que no le halagaba.

—Adios, caballero—le dije para indicarle que conocia su antigua condicion social y ver si lograba arrancarle á su obstinada mudez; pero él me replicó:

—¡Ni una palabra!..... ¡Ni una sílaba!..... ¡Juradlo por vuestro honor!

Creí que esto era una nueva manifestacion de su manía, y respondí indiferentemente:

—No temais; no diré nada.

—Sí; ¡pero juradlo!—insistió él con una mirada escrutadora de sus ojos negros.—Jurad que miéntras permanezcais allá abajo—y señalaba al valle—no hablareis á nadie de nuestro encuentro.

Le hice el juramento que me exigia, aunque de muy mal grado, porque cada vez era mayor mi curiosidad por saber la historia de aquel hombre, y él añadió, poniéndose un dedo en los labios:

—¡Ni una palabra! Esta es la consigna.

—¡Ni una palabra!—repetí yo—y nos separamos para siempre.

III

Ocho dias después me encontraba sentado á una mesa del *Café de la Coupe d'or*, en Lyon. Allí hice conocimiento con un respetable caballero, ya entrado en años, que iba todas las tardes, como yo mismo, á tomar café y distraerse viendo jugar al dominó á los numerosos parroquianos del establecimiento.

Habíamos cruzado algunas palabras para cambiar los periódicos que ambos leíamos, y ya nos saludábamos siempre, al encontrarnos, cuando una tarde nos reunimos casualmente junto á una misma mesa, conversamos un buen rato, y nos separamos, con la esperanza, mútuamente expresada, de volver á vernos.

Curioso ya por conocer más á fondo á mi nuevo compañero, rogué á la señora del mostrador que me diera de él algunos antecedentes. Era un personaje alto y apuesto, de aspecto militar, y con un aire de gran señor que no suele engañar en un francés. Vestia una levita abrochada, y llevaba en uno de los ojales, aunque sin ostentacion alguna, la cruz de la Legion de Honor.

—Es el vizconde de Barlemont—me dijo la señora, con cierto acento de orgullo al nombrar á tan distinguido parroquiano—y hace años que no deja de venir ni un solo dia.

Algunas palabras más me hicieron saber que el vizconde habia militado en todas las guerras del Imperio hasta la abdicacion de Napoleon I, retirándose entónces del servicio y fijando su residencia en Lyon.

—Habrá visto mucho mundo—dije yo al saber esto—y habrá presenciado grandes sucesos.

—¡Ya lo creo! y le gusta mucho hablar de ellos. Así es que hasta

hace poco tiempo era tenido por uno de los hombres más agradables de la sociedad lyonesa; pero ahora dicen que se va haciendo viejo y que ha contraido el hábito de repetir sus anécdotas. Por mi parte, le encuentro siempre amable.

Dí las gracias á mi interlocutora por sus informes, y me despedí cortesmente de ella.

Al dia siguiente fuí de nuevo al café en busca de mi hombre, y supe con placer por el mozo de servicio que él habia preguntado por mí. Nos retiramos á un rincon, pedimos café, y estuvimos charlando hasta muy entrada la noche.

El vizconde era, indudablemente, uno de los más simpáticos tipos de su nacion que yo he encontrado en mi camino. Fácil en la palabra, natural en las maneras, observador juicioso, narrador ameno, no habia leido mucho en los libros, pero sí en el corazon humano, que conocia perfectamente. Discurria con tanto acierto como imparcialidad sobre las cosas políticas, y era tal su perspicacia en este punto, que me predijo la caida de Luis Felipe en 1848, equivocándose sólo en la fecha, que él creia un año más próxima. Complacíase, sobre todo, en hablar de Napoleon I. La grandeza de aquel hombre extraordinario, que por un momento tuvo en su mano los destinos del mundo, cautivaba su imaginacion, y hubiera estado dias enteros refiriendo los acontecimientos de aquella época y los más brillantes episodios de las guerras del primer Imperio.

En una de estas conversaciones, prolongada más que de costumbre, me hacia notar mi amigo, porque ya puedo darle este título, que, si bien el Emperador no dejó de encontrar ingratos entre aquellos á quienes habia favorecido y colmado de honores, nada igualaba á la adhesion que la inmensa mayoría de los oficiales y todos los soldados de su ejército profesaban á su persona, ni al entusiasmo que sentian por su prosperidad y su gloria.

—No era sólo una conviccion—me decia—era una especie de creencia religiosa, entre los militares de mi tiempo, la idea de que el Emperador no podia equivocarse. Tantas veces los sucesos, al parecer más desgraciados, habian redundado en ventaja y prestigio de la Francia, que, si discutian alguna vez sobre el término definitivo de las empresas imperiales, era más bien por distraccion que por duda ó vacilacion del ánimo. Y, sin embargo, ¡qué terrible desastre sufrió un dia nuestro ejército, por esta fé ciega en los designios de su ge-

neral!—añadió el vizconde en tono melancólico.—¡Qué severa leccion le preparaba el destino! ¡Pobre Aubuisson!

—¡Aubuisson!—exclamé yo sorprendido.—¿Habeis dicho Aubuisson?

—Sí—me replicó él con admiracion.—¿Teneis noticia de su historia?

—No, pero el nombre me ha llamado la atencion. ¿No se menciona á un oficial de ese apellido en un despacho de Bonaparte desde Egipto?

—Ciertamente. Fué el primero que penetró por las trincheras en Alejandría, y en la batalla de las Pirámides hizo prisionero á un jefe mameluco.

—¿Qué aspecto tenía?

—Era un hombre gallardo, de los más altos y más apuestos del regimiento de granaderos, á que pertenecia; tenía el cabello abundante y sedoso, y llevaba el bigote largo y caido á la manera egipcia.

—¡El mismo! ¡El mismo!—grité yo entónces, lleno de asombro.

—¿Qué quereis decir?—me preguntó el vizconde.—Seguramente no le habreis visto nunca, porque murió en Charenton el mismo año de la batalla de Waterlóo.

—No hay tal—repuse yo, convencido de que el pastor Lázaro no era otro que Aubuisson.—Le he visto vivo no hace muchos dias.

Y en confirmacion de mi aserto, le conté mi aventura de Spa, insistiendo en todos los detalles que podian conducir á demostrar la identidad de los dos personajes.

—No es posible—dijo el vizconde, meneando la cabeza—debeis estar en un error; Aubuisson llevaba diez años en la casa de locos de Charenton cuando murió. Las circunstancias de que hablais son seguramente tan extrañas como curiosas; pero no puedo creer que tengan relacion alguna con la desgracia del pobre Gustavo. En todo caso, si quereis conocer su historia, venid conmigo á mi casa y os la contaré con mucho gusto. Es ya tarde, y el café está para cerrarse.

Acepté de muy buen grado la oferta; porque, á pesar de las dudas de mi amigo, mi conviccion era completa, y ansiaba penetrar un misterio que me habia preocupado algunos dias y áun desvelado noches enteras.

Llegados á casa del vizconde, me invitó él galantemente á cenar, y nos sentamos á la mesa. Durante le cena, no podia yo contener mi

impaciencia. La imágen de Lázaro me absorbia completamente, pareciéndome que el apetito de mi anfitrion no tenía límites, porque llevaba un cuarto de hora comiendo. Al fin concluyó, y después de beber sóbriamente una copa de agua y vino mezclados, dió principio á la historia, cuyos hechos culminantes voy á procurar reproducir, haciendo caso omiso de las digresiones y los comentarios con que la sazonó el narrador.

IV

Tres dias después de la desastrosa batalla de Leipzig, á la caida de la tarde, emprendieron, de concierto, los ejércitos de la coalicion un terrible ataque contra las fuerzas imperiales. Trescientos cañones rompieron á un tiempo el fuego de un extremo á otro de la linea, y trescientos mil hombres se acometieron con verdadera rabia.

Diezmados, exhaustos, casi aniquilados, los soldados franceses defendian el campo como hombres dispuestos á morir por su emperador ántes que abandonarle, cuando Napoleon supo que en tres dias nuestro ejército habia consumido noventa y cinco mil balas de cañon, que las municiones estaban agotadas, y que apenas quedaban cartuchos para sostener el fuego durante dos horas.

¿Qué hacer en tal situacion? No habia que esperar refuerzos de puntos más cercanos que Magdeburgo ó Erfurt. El Emperador decidió retirarse á esta última plaza, y á las siete de la tarde se dió órden para que los bagajes y la artillería pasasen á la desfilada por Lindenau, yendo á situarse al otro lado del Elster, órden que se comunicó después á la caballería y á los demás cuerpos del ejército.

El desfile fué largo y difícil; las columnas ocupaban dos leguas de extension y tenian que atravesar varios puentes. Para verificar sin peligro la retirada, se aconsejó á Napoleon que tuviera en jaque á los aliados con una fuerte brigada de artillería y dirigiese después los fuegos al arrabal; pero la conducta de las tropas sajonas, aunque merecedoras de toda su cólera, no podia autorizar tan terrible castigo al monarca de aquel país, que habia permanecido fiel á la Francia, en la buena como en la mala fortuna, y el Emperador rechazó este plan, resolviendo retirarse lo mejor que fuese posible.

El movimiento se emprendió á la vez, y las avenidas que conducian al arrabal de Lindenau se vieron obstruidas por tropas de todas

las armas, que se empujaban las unas á las otras, ofreciendo una dolorosa escena de confusion y desaliento, porque era un ejército vencido el que huia, y un ejército que jamás habia experimentado hasta entónces los horrores de la derrota.

Desde las siete hasta las nueve, la caballería avanzó al trote y la infantería á paso de carga, desfilando á lo largo de la estrecha garganta de Lindenau y pasando por delante de un molino, en cuya ventana habia un hombre con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Era el Emperador en persona. Pálido y ojeroso, el tricornio calado hasta las cejas y el uniforme estropeado y cubierto de polvo, contemplaba fijamente aquel cordon de soldados que se desarrollaba ante sus ojos, sin apercibirse siquiera del saludo militar que le hacian los oficiales.

Así permaneció una hora inmóvil y mudo; después, tendiéndose en el lecho que se le habia preparado, se entregó al reposo y se quedó profundamente dormido. Sí, en medio de aquella desastrosa retirada, cuando se hundia bajo sus piés el edificio del poderoso imperio que él mismo habia levantado, cuando el gran ejército que tantas veces habia conducido á la victoria pasaba deshecho y deshonrado, el héroe de Austerlitz y de Jena pudo cerrar sus párpados y dormir, como si nada sucediese en derredor suyo.

Bien pronto, sin embargo, le despertó el estruendo de sesenta cañones, que vomitaban una lluvia de fuego y hacian extremecerse á la tierra.

—¿Qué es eso, Duroc?—dijo entónces incorporándose y apoyándose en un brazo.

—Señor, el ataque de Schwartzemberg contra el baluarte de Halle.

—¡Ah! ¡tan cerca ya!—repuso saltando del lecho y asomándose de nuevo á la ventana, desde la cual se distinguian las llamaradas de los cañonazos en medio de la oscuridad de la noche.

Casi al mismo tiempo llegaba un ayudante de campo á todo escape de su caballo, se apeaba á la puerta y entraba en la habitacion.

Las tropas sajonas, dejadas por el Emperador como guardia de honor y proteccion del desgraciado rey de aquel país, habian roto el fuego contra las columnas francesas que iban en retirada, y se habia producido una confusion espantosa.

El Emperador no dijo una palabra.

El cuerpo de ejército de Macdonald y la division de Poniatowski estaban aún en Leipzig, pero ya habian comenzado á retirarse hácia Lindenau. La brigada de Lauriston iba tambien acercándose al puente sobre el Elster, al cual llegaban los soldados atropelladamente y atentos sólo á la fuga. Este puente, único punto por donde podian pasar las tropas, habia sido minado, encomendándose su custodia al coronel Montfort, con órden de volarle cuando fuese á pasarle el enemigo, á fin de dar tiempo á los bagajes para la retirada.

Habia entregado el ayudante de campo á Napoleon unas cuantas líneas escritas con lápiz por el duque de Tarento, y aguardaba la respuesta, cuando llegó desalado otro oficial de Estado Mayor, anunciando que los aliados se habian apoderado del baluarte y se hallaban ya en Leipzig.

Napoleon se extremeció, hizo una seña á los dos oficiales para que se retirasen, y cuando estuvo sólo con Duroc, le dijo:

—¿Dónde está Nansouty?

—Con el octavo cuerpo, señor. Hace una hora que ha pasado.

—¿Quién manda afuera el piquete?

—Aubuisson, señor.

—Enviádmele, y dejadnos solos.

Pocos minutos después se presentó Aubuisson. Llevaba un brazo en cabestrillo, por una herida de sable que habia recibido la víspera y que no le impedia hacer servicio; pero aparecia tan sereno en aquellos críticos momentos, como si fuese un dia de gala.

—Aubuisson—le dijo el Emperador—vos estuvísteis conmigo en Alejandría.

—En efecto, señor, tuve esa honra—respondió el interpelado, cuya tez bronceada se enrojeció levemente.

—El primero en la muralla. ¡Lo recuerdo muy bien! La *órden del dia* conmemoró aquella hazaña... Y en Moscou ganásteis la cruz, segun creo.

—No he llegado á obtenerla, señor,—repuso Aubuisson, violentándose para ocultar el disgusto que se revelaba en su acento.

—¿Cómo? ¡Vos que fuísteis uno de los bravos de las Pirámides! Eso es una injusticia, y yo he de repararla. Entre tanto, *general* Aubuisson, tomad la mia.

Y así diciendo, se quitó la cruz que llevaba en su uniforme y la

puso en el pecho del pundonoroso oficial que, lleno de asombro y gratitud, no pudo hacer más que murmurar estas palabras:

—¡Señor!... ¡Señor!

—Ahora vais á prestarme un servicio—continuó Napoleon dejando caer su mano derecha en el hombro de Aubuisson.

Le habló después en secreto durante algunos segundos, y mirándole fijamente al rostro, exclamó:

—¿Qué?..... ¿Vacilais?

—¡Vacilar yo!—replicó el nuevo general—¡nunca! Aunque V. M. me ordenase ponerme á la boca de un mortero. Pero ya deseo saber...

Napoleon no le dejó concluir. Acercándosele de nuevo, deslizó algunas palabras más en su oido, y añadió en alta voz:

—¡Y cuidado, Aubuisson! *¡Ni una palabra! ¡Silencio hasta la muerte!*

—¡*Hasta la muerte*, señor!—repuso aquel.

En el mismo momento entraba Duroc gritando:

—¡Ya avanzan hácia el Elster! La retaguardia de Macdonald está comprometida.

Napoleon, por toda respuesta, señaló á la puerta, y dirigió una mirada de inteligencia á Aubuisson, que salió inmediatamente.

Miéntras Duroc continuaba dando detalles de los desastrosos sucesos que anunciaban las últimas noticias recibidas, el Emperador se acercó á la ventana y miró al exterior.

Todo yacia en tinieblas por la parte de la ciudad inmediata al desfiladero. El ataque se daba en el lejano baluarte, donde el cielo aparecia triste y rojizo. Sin embargo, á aquella parte era donde Napoleon dirigia sus miradas, y no en la direccion en que estaba empeñada la batalla. Envuelto en la densa oscuridad, permanecia absorto en sus reflexiones, cuando de repente brilló en las tinieblas una gran llamarada y resonaron tres truenos tremendos, tan rápidamente uno tras otro, que parecieron uno solo. Al mismo tiempo se iluminó el espacio y se esparcieron por el aire innumerables fragmentos de candentes maderos.

Napoleon se cubrió el rostro con las manos y se apoyó en el quicio de la ventana.

—¡Es el puente sobre el Elster!—gritó Duroc con voz ronca de rabia.—¡Le han volado ántes de pasar la division de Macdonald!

—¡Imposible!—dijo el emperador.—Pronto, Duroc, id á ver lo que ha sucedido.

Pero ántes de que el general hubiera llegado á la puerta, un oficial herido y con el uniforme cubierto de las huellas del reciente fuego, entraba diciendo:

—Los zapadores, señor, los zapadores.....

—¿Qué han hecho?—interrumpió con ansiedad Napoleon.

—Han volado el puente, y el cuarto cuerpo está todavía en Leipzig.

Momentos después Napoleon montaba á caballo y se dirigia á todo escape hácia el rio.

No puede imaginarse espectáculo más horrible que el que allí se ofreció á su vista. Centenares de hombres se habian arrojado temerariamente al agua, donde por todos lados caian grandes áscuas de madera; ginetes, caballos y peones, todos revueltos en confusion espantosa, luchaban desesperadamente con las olas, mezclando sus gritos con las imprecaciones de los que llegaban después y descubrian que estaba cerrada la retirada. El duque de Tarento cruzó el rio, asido de la crin de su caballo; Lauriston habia ya casi alcanzado la opuesta orilla cuando se hundió en el fondo para no reaparecer más, y Poniatowski, el caballero polaco, la última esperanza de su nacion, después de haber resistido algun tiempo la corriente, fué arrastrado por ella al mar.

Treinta mil hombres, sesenta piezas de artillería gruesa y sobre doscientos furgones cayeron en poder del enemigo, y las riberas del Elster aparecieron cubiertas, en una gran extension, de cadáveres de soldados franceses que habian hallado la muerte en la fuga.

Ninguna prueba mejor de la magnitud de aquel desastre que el *Boletin del Ejército*, redactado ó inspirado por el mismo Napoleon. Esta publicacion, destinada á pregonar los triunfos imperiales, llena siempre de aquellas pomposas descripciones en que se presentaban á la admiracion de la Francia las hazañas de sus guerreros, no contenia en la ocasion de que se trata más que las siguientes lacónicas y sombrías palabras:

«El ejército francés continúa su marcha hácia Erfurt, en completa derrota; después de tan brillantes victorias, camina ahora en retirada.»

Habia, en efecto, aparecido la Némesis cruel de la guerra; habia sonado la hora en que todos los agravios que el pueblo francés habia inferido á los demás se volviesen contra él mismo, en que las llanu-

ras de aquella hermosa Francia serian holladas por insolentes conquistadores, en que los Cosacos y los Hulanos vivaquearian en la ciudad que con tanta arrogancia se llama á sí propia «el centro de la civilizacion europea.»

Pero permitidme que no me detenga en estas tristes consideraciones, y acompañadme mentalmente á Erfurt, donde se hallaban los restos del ejército.

V

Reunióse un Consejo de guerra para juzgar al coronel Montfort, del regimiento de Ingenieros, y á la fuerza de su mando, que, infringiendo las órdenes superiores, habian prematuramente volado el puente sobre el Elster, siendo así causa del desastre en que perecieron tantos bravos y tan gravemente quedó mancillado el honor de la Francia.

Las actuaciones de aquel Consejo no son conocidas, habiéndose celebrado á puerta cerrada y sin más espectadores que el Emperador y sus oficiales de Estado Mayor. Yo puedo daros, sin embargo, alguna noticia de lo que allí pasó, porque me hallaba entre ellos.

El cuarto dia de audiencia se despachó un correo al puesto avanzado de Brannach, para que compareciese el general Aubuisson, en quien recaian indicios de estar complicado en los hechos del proceso.

Acudió este general y tomó asiento entre los demás acusados, vestido de gran uniforme. Veíase en su pecho la cruz con que le habia condecorado el Emperador por su propia mano, y pendia de su cintura un sable de honor que habia recibido en el campo de batalla de Eylau. Pero habia desaparecido de su semblante la franca y serena expresion que le era habitual; sus miradas vagaban inquietas y como recelosas, y en toda su actitud se notaba la turbacion que embargaba su ánimo.

Habia ordenado el Emperador que no se abriese aquel dia la sesion sin su presencia, y ya llevaba el Consejo una hora de espera cuando entró sin anunciarse S. M., y saludando á los miembros del tribunal fué á sentarse á la cabecera de la mesa. Al cruzar la sala miró de soslayo al banco de los acusados; más, por rápida que fuese esta mirada, hubo allí alguien en cuyo pecho penetró como un dardo y que sintió en ella irrevocablemente firmada su sentencia.

—General Aubuisson—dijo el Presidente—¿estábais de servicio con vuestra fuerza en la noche del 18?

El interpelado hizo una señal afirmativa.

—Está probado que, poco después de las nueve, llegásteis al puente sobre el Elster y cruzásteis algunas palabras con el coronel Montfort, que era el jefe del puesto. El tribunal desea que recapituleis lo sustancial de aquella conversacion, aduciendo además las razones que tuvísteis para presentaros en un sitio tan distante de aquel en que debíais hallaros á tal hora.

Aubuisson clavó con ansiedad sus ojos en los del Emperador, y ante la fria mirada de éste, cerró sus entreabiertos labios y no respondió una palabra.

—¿Habeis oido la pregunta—repuso el Presidente—ó debo repetírosla?

Entónces el interpelado, como quien despierta de un sueño horrible, dió muestras de esforzarse por recordar algo que no habia podido retener bien en su memoria. Se pasó la mano por la frente, de la cual le caian gruesas gotas de sudor, y exhaló un suspiro tan débil que apenas era perceptible.

—Recoged vuestras ideas, General—añadió el Presidente—el Consejo desea oir de vos mismo la relacion de los hechos.

Aubuisson bajó los ojos y pareció que reflexionaba. En esto cayeron sus miradas sobre la cruz de la Legion de Honor, y oprimiéndola contra su pecho, se levantó de su asiento, irguió con altivez su cabeza, y exclamó con voz sorda y entrecortada:

—¡Silencio!..... ¡Silencio hasta la muerte!

Los jueces se miraron unos á otros con asombro, miéntras el Presidente, después de una breve pausa, repetia su pregunta, recalcando cada palabra, como para fijar mejor en ellas la atencion del acusado.

—Se os pide—le dijo—que recordeis por qué os presentásteis á deshora en el puente sobre el Elster, y qué hablásteis allí con el coronel Montfort.

—¡Chist!—respondió Aubuisson, poniéndose un dedo en los labios. —¡Ni una palabra!

—¿Qué quiere decir?—repuso el Presidente—su imaginacion parece extraviarse.

Los jueces se acercaron entre sí y conversaron por algunos mo-

mentos en voz baja, después de lo cual el Presidente volvió á repetir la pregunta anterior.

—¿A qué cansaros?—dijo entónces el Emperador, levantándose con visible desagrado.—¿No veis que ese hombre está loco? Han terminado los debates.

Diez dias después, el general Aubuisson, el bizarro soldado de la República, el bravo de Egipto, el héroe de cien batallas, era uno de tantos huéspedes del manicomio de Charenton. Escuálido, demacrado, presa de una profunda melancolía, con el cuerpo encorvado hácia adelante, como encina abatida por el rayo, veíasele vagar por el patio del establecimiento. A veces parecia brillar su razon clara y despejada, pero bien pronto venia á oscurecerla una densa niebla, y sus labios permanecian dias enteros sin abrirse más que para pronunciar estas palabras:

¡Silencio!..... ¡Silencio hasta la muerte!

VI

Tal fué la relacion del vizconde.

Yo fuí á París poco tiempo después, y deseoso de adquirir datos decisivos sobre la identidad de Aubuisson y el pastor Lázaro, hice una visita á Charenton.

Examinando allí el registro del establecimiento, encontré el nombre de «Gustavo Guillermo Aubuisson, natural de Dijon, de treinta y dos años de edad, admitido el 31 de Octubre de 1813.»

Pero en otra página habia escritas estas líneas:

«Aubuisson se fugó el 16 de Junio de 1815. Hay quien afirma haberle visto en Waterlóo el dia 18.»

Y aquí termina mi historia, porque no he vuelto á tener noticia del pobre loco.

Por copia,

MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ

EMPERADORES ROMANOS

DESDE GALBA HASTA CONSTANTINO

(Conclusion.)

Leto y los conjurados, queriendo elegir nuevo emperador, pensaron en Pertinax, hijo de un esclavo, de oficio carbonero, á quien su padre habia dado aquel nombre por su obstinacion en querer abandonar el oficio é ir á Roma á seguir la carrera de profesor de griego y de latin. Viendo después que en esta carrera no adelantaba gran cosa, se dedicó á la milicia, y habiéndose distinguido mucho, llamó la atencion de Marco Aurelio, que le ascendió y le confió, por último, el gobierno de Roma. Cuando á media noche le fueron á despertar los conjurados, creyó que iban de órden de Comodo para matarle, y les dijo que hacia tiempo les esperaba, pues él y Pompeyano, marido de Lucila, que vivia retirado en el campo, eran los únicos amigos de Marco Aurelio que habian quedado con vida.

Pronto le desengañaron y le llevaron al campamento de los pretorianos, los cuales se entusiasmaron ante la promesa de Leto de darles tres mil dracmas á cada uno; y coronando de laurel á Pertinax, le condujeron en triunfo al Senado, ahogando con sus aplausos la voz del pobre candidato, que suplicaba en vano que le dejaran tranquilo y no le dieran un imperio que no queria. El Senado aprobó la eleccion, llamándole emperador, augusto, invicto, padre de la pátria, etc., etc.

Una vez sentado en el trono, aunque contra su voluntad, conservó sus virtudes privadas. Vendió todos los muebles, vestidos y estátuas de su predecesor, sus concubinas y esclavos; obligó á los favoritos de

Comodo á restituir las riquezas mal adquiridas, y con todo ello pagó á los pretorianos y á los acreedores del Estado. Después trató de poner en órden la administracion, grangeándose con esto el respeto y el cariño de los buenos. Pero como los malos estaban en mayoría en aquella sociedad corrompida, y como eran muchísimos los que vivian del desórden y de la infraccion de las leyes, á los tres meses no completos de su eleccion, algunas compañías de pretorianos salieron amotinadas del campamento, atravesaron la ciudad, entraron en palacio, cuyas puertas les abrieron los guardias y los libertos, iniciados en el motin, y al presentarse Pertinax para reprenderlos, un bátavo le atravesó con su dardo. Pertinax se cubrió la cabeza con la toga y espiró. Los pretorianos pasearon su cadáver por la ciudad, consternada, é hicieron pregonar que se sacaba el imperio á pública subasta, y que se adjudicaria al mejor postor al dia siguiente, en tal parte y á tal hora.

Llegó este anuncio á oidos de los comensales de un rico mercader milanés, llamado Didio Juliano, en el momento en que estaban sentados á la mesa de un espléndido banquete, y excitaron al anfitrion, y á fuerza de instancias le decidieron á tomar parte en el remate. Dirigiéronse todos al campamento de los pretorianos, donde se celebraba el acto, y Didio Juliano hizo su proposicion. Sulpiciano, suegro de Pertinax, que por órden de éste habia ido al campamento con el objeto de apaciguar el motin, no pudiendo conseguirlo, se quedó entre los pretorianos, y viendo que se abria licitacion para el imperio, quiso tambien tomar parte en ella.—Cinco mil dracmas á cada soldado, gritó Sulpiciano, y restablecer el órden de cosas del tiempo de Comodo.—Seis mil dracmas, exclamó Didio Juliano. Todavía pujó Sulpiciano; pero Didio subió más, y por fin le fué adjudicado el imperio por seis mil doscientas cincuenta dracmas á cada soldado y el restablecimiento de los usos comodianos. Didio fué llevado en triunfo por los soldados al Senado, y pronunció un discurso, que los graves senadores escucharon con mucha atencion, encareciendo sus méritos, y la libertad y espontaneidad que habian presidido á la eleccion. Esta fué confirmada, como de costumbre, y Didio tomó posesion del palacio imperial, donde hizo servir una gran cena á sus electores, y pasó la noche jugando á los dados y admirando las habilidades del bailarin Pilades.

El pueblo, no obstante su abyeccion, y á pesar de los regalos que

el nuevo emperador prodigó por todas partes, se indignó de aquella subasta, y su indignacion tuvo eco en la ambicion de los generales que mandaban los ejércitos de Bretaña, de Siria é Iliria, cada uno de los cuales se proclamó por su parte emperador. Eran estos Clodio Albino, que mandaba el ejército de Bretaña, hombre cruel y gloton, famoso por la capacidad de su estómago, que en una sola sentada engullia quinientos higos, cien melocotones y cuatrocientas ostras; Pescenio Niger, general del ejército de Siria, capitan valiente y gran mantenedor de la disciplina, y Septimio Severo, que estaba al frente del ejército de Iliria, militar más entendido que Niger y más profundo político. Clodio Albino, después de proclamarse emperador en Bretaña, envió la noticia á Roma y aguardó á que el Senado le llamase. Niger comunicó el fuego de la insurreccion á todas las legiones de Oriente, desde la Etiopia hasta el Adriático; pero en vez de marchar á Italia, se detuvo en Antioquía, aguardando tambien á que le llamaran y no creyendo que nadie le disputase el puesto. Septimio Severo, por el contrario, reunió las tropas que tenia en la Panonia, las arengó, insistiendo particularmente sobre la injuria que se les habia hecho no contando con ellas para la subasta, y las excitó á la venganza, prometiéndoles un donativo doble del que habia ofrecido Didio Juliano, es decir, doce mil quinientas dracmas á cada soldado. Proclamado emperador por las tropas, con un entusiasmo de doce mil quinientas dracmas, se puso inmediatamente en marcha para Italia, y en cuarenta dias atravesó las ochocientas millas que le separaban de Roma.

Didio Juliano intentó apartar la tempestad celebrando ceremonias mágicas y sacrificando para ello á inocentes niños; pero sus tropas desertaron; los pretorianos le abandonaron tambien al saber que Severo les perdonaba; el Senado envió emisarios á Severo y á Didio, al uno para que le felicitasen y al otro para que le asesinaran. Didio prometió renunciar el imperio con tal que le dejasen la vida; pero no pudo conmover á nadie con su súplica, y pagó con su cabeza los sesenta y seis dias de reinado.

Severo, ántes de entrar en Roma, cercó con sus tropas el campamento de los pretorianos, los desarmó y los licenció; castigó de muerte á los asesinos de Pertinax, y con hombres escogidos entre su ejército, formó una nueva guardia pretoriana, cuatro veces más numerosa que la anterior, extendiendo considerablemente las atribucio-

nes del prefecto del Pretorio, que llegó á ser lo que hoy llamaríamos capitan general, ministro de la Guerra y de Justicia.

Severo pagó á los soldados lo que les habia ofrecido; pero aunque era pródigo en promesas, no cumplia más que las que acomodaban á su política. Hizo muchas á Niger y á Clodio Albino, llamándoles amigos y tratándoles con gran respeto; pero cuando más tenia al primero entretenido con la oferta de asociarle al imperio, le acometió y venció en dos batallas. Niger se retiró á Antioquía, y allí fué asesinado por los que querian congraciarse con el vencedor. Su familia, sus parientes y amigos fueron exterminados de órden de Severo; y Bizancio, que se habia declarado por Niger, no tuvo perdon, ni para sus habitantes ni para sus edificios, quedando todo destruido.

Albino, cuando descubrió de qué manera cumplia Severo sus promesas, se retiró á las Galias, aumentó sus tropas, se rodeó de un Senado de su devocion y continuó llevando el título de Emperador. Severo acudió á las Galias después de sacrificar una doncella para averiguar, por la palpitacion de sus entrañas, el éxito de la guerra, que los augures declararon sería favorable. En efecto, encontrándose los dos ejércitos cerca de Lyon, el 17 de Febrero del año 179, se dió la batalla, y en ella murió Albino. Severo, con bárbara alegría, le hizo pisotear por su caballo y le dejó después abandonado á los perros y á las aves de rapiña, reservando sólo la cabeza, que mandó cortar y envió á Roma para que fuese presentada al Senado, con una carta en que, lamentándose del afecto que los senadores habian profesado al difunto, les decia que en aquella cabeza podrian estudiar las consecuencias de su resentimiento.

La mujer y los hijos de Albino no tuvieron mejor suerte. Severo dió órden de asesinarlos y arrojar sus cadáveres al Ródano. Después, cuando volvió á Roma, mandó dar muerte á cuarenta senadores, lo mismo que á los envenenadores de Comodo, é hizo que se tributasen á este Emperador los honores divinos.

Asegurado en el trono, quiso descansar, y entregó los cuidados del gobierno á Flavio Plauciano, prefecto del Pretorio y su favorito, con cuya hija Plaucilia casó á su hijo Antonino. Plaucilia dicen que llevó un dote superior al de cincuenta reinas. Se hizo de moda jurar por la fortuna de Plaucilia, y el Senado mandó que en todas partes se levantasen estátuas en honor suyo. Ya para servirla, de órden de Severo, habian sido reducidos á la condicion de eunucos cien ciuda-

danos de noble estirpe, entre ellos algunos padres de familia. En aquella sociedad, por lo que vemos, no se podia, sin grave riesgo, ser niño inocente, ni ser vírgen, ni padre honrado.

No hay que decir si Plaucilia desplegaria lujo y ostentacion en aquella circunstancia y en aquella córte. Irritado Antonino, cobró ódio á su mujer, y áun á su suegro Plauciano, y juró que habia de matarlos á ambos, todo tan públicamente, que Plauciano quiso prevenirse contra tan funesto evento. A este fin conspiró para matar, no sólo á Antonino, sino tambien á su padre el emperador Severo, meditando hacerse emperador ó poner otro de su mano, si no podia llegar á tanto. Noticioso Severo de la conspiracion, mandó llamar á Plauciano, que sin sospechar que estaba descubierto, se presentó confiadamente. Antonino entró rodeado de sicarios en el aposento, y en presencia de su padre hizo matar á su suegro. Plaucilia y los cómplices de la conspiracion fueron muertos ó desterrados, y en lugar de Plauciano fué nombrado prefecto del Pretorio el jurisconsulto Papiniano, que, asociado á sus colegas Paulo y Ulpiano, presentó al emperador un Código de leyes rigorosas. Severo las aprobó y las mandó publicar, sin cuidarse para nada del Senado.

Sublevados los caledonios en la Bretaña, acudió Severo á sujetarlos, llevándose á sus dos hijos Antonino y Geta, para separarlos del libertinaje de Roma. El primero, impaciente por reinar, trató de asesinar á su padre en una batalla. Severo, no teniendo bastantes pruebas de su traicion, le perdonó. Los caledonios, vencidos una vez, no tardaron en volver á sublevarse. Severo, fatigado por los achaques de la vejez, envió de nuevo á su hijo con un ejército para castigarlos; y Antonino, aprovechando la ocasion, excitó á los soldados á que negasen la obediencia al emperador. Severo logró dominar el motin y mandó cortar la cabeza á los principales reos, pero perdonó tambien á su hijo. Volviendo á Roma, abrumado de dolores físicos y morales, y sintiendo que las fuerzas le faltaban, llamó un dia á su aposento á Antonino y á Geta, hermanos, pero rivales, cada cual deseoso de suceder al padre sin obstáculos. Allí les hizo abrazarse y jurarse amistad eterna, y les volvió á enviar al ejército. Sin embargo, él, que habia faltado á tantas promesas, no se fiaba mucho de las de Antonino, cuya perfidia conocia. Por último, acosado de convulsiones, pidió veneno para quitarse la vida, y habiéndosele negado, comió hasta reventar y murió el 4 de Febrero de 911, á los sesenta y

seis años de edad y cerca de diez y ocho de reinado, después de haber establecido, no sólo teórica, sino tambien prácticamente, el despotismo.

Antonino tenia entónces veintitres años, y Geta veintiuno. Antonino es conocido en la Historia con el apodo de *Caracalla*, que se le dió después de su muerte. Así como á Cayo-César le llamaron *Alpargatilla* ó Calígula, por las sandalias que usaba entre los soldados, del mismo modo á Antonino le llamaron *Sotana* ó *Caracalla*, nombre de una sotana ó balandran que usaban los galos; Antonino adoptó esta moda, mandó hacer muchas sotanas un poco más largas que las de los galos, y las repartió entre los senadores y la plebe, mandando que nadie fuese osado á ponerse en su presencia sin estar revestido de la *caracalla*. De aquí el apodo con que le designaron sus contemporáneos.

Caracalla y Geta estaban al frente del ejército y se odiaban mútuamente. Apenas supieron la muerte de su padre, se pusieron en camino para Roma, procurando llegar el uno ántes que el otro. Ambos habian sido proclamados por el ejército, pero no era posible que reinaran juntos; así, cuando estuvieron en Roma, dividieron entre sí el palacio, que era mayor que la ciudad, fortificando cada cual su parte contra la del otro.

Siempre que se encontraban, se insultaban recíprocamente y echaban mano á la espada; hasta que, al fin, habiéndoles reunido su madre para reconciliarlos, Caracalla mató á Geta en los brazos de su madre misma.

Un donativo de dos mil quinientas dracmas á cada soldado pretoriano acalló las murmuraciones de la guardia imperial, y para acallar las del pueblo, permitió Antonino que se hicieran á Geta los honores divinos, diciendo:—«No me importa que sea dios, con tal que no sea emperador.» Después mandó á Papiniano que escribiese una apología de su fratricidio; y como Papiniano respondiese que era más fácil cometerlo que justificarlo, le mandó matar con otros muchos que habian sido amigos de Geta.

Un año después de la muerte de este príncipe, salió Caracalla de Roma para no volver, y recorrió las provincias, decretando suplicios. Se complacia en ver derramar sangre; irritado en las Galias por haberle acometido una enfermedad, hizo matar hasta á los médicos que le habian curado. Encolerizado en Alejandría por las sátiras que la

gente zumbona del país escribia contra él, ordenó un degüello general, y desde el templo de Serapis dirigió el suplicio de millares de inocentes. Su padre le habia dicho: «hazte amigo de los soldados, y con eso te basta para sostenerte;» y siguiendo al pié de la letra este consejo, mientras mostraba su ferocidad con todos los que no pertenecian al ejército, prodigaba el oro entre las tropas, les distribuia anualmente grandes sumas además de sus pagas, y los dejaba entregarse en los cuarteles y guarniciones á toda clase de excesos.

Y, sin embargo, á este emperador tan feroz y tan perverso se debe una medida de justicia que ni los mejores habian soñado siquiera. Verdad es que no la tomó por espíritu de justicia, sino por codicia de dinero; pero, de todos modos, sus resultados fueron grandiosos. Habíase impuesto á los ciudadanos romanos, á beneficio del tesoro imperial, el 5 por 100 de contribucion en las herencias; Caracalla, buscando los medios de aumentar el importe de esta renta para sus prodigalidades, ideó hacer á todo el mundo ciudadano romano. Y, en efecto, desde aquel instante fueron declarados ciudadanos de Roma todos los súbditos del imperio, y Roma extendió sus límites hasta comprender todo el mundo conocido y obediente á los emperadores.

Opilio Macrino, ministro de Justicia, consultó un dia á un adivino, el cual le dijo que las estrellas anunciaban que reinaria. No faltó quien diese noticia de este horóscopo á Caracalla, el cual envió el anónimo al mismo Macrino. Sabedor éste de la suerte que le aguardaba, conociendo que no habia medio entre morir ó matar, y prefiriendo esto último, como prefieren generalmente los que no siendo santos se encuentran en tan triste alternativa, sobornó á un soldado, que se encargó, y cumplió el encargo, de dar muerte á Caracalla en una peregrinacion que hizo al templo de la Luna en Carres.

Tres dias estuvo vacante el trono imperial, sin que el mundo se resintiese grandemente de la ausencia de emperador. Pero al cabo los pretorianos, á falta de otro que más les diese, proclamaron á Macrino. Este escribió al Senado, llenando de improperios á Caracalla, y el Senado unió sus maldiciones á las del nuevo emperador; pero los soldados, sin hacer caso ni de Macrino ni del Senado, deificaron al que tan pródigo habia sido con ellos, y Macrino y el Senado unieron sus aplausos y reverencias á las de los soldados, y declararon dios al que ántes habia sido infame.

Macrino tenia, sin embargo, la idea de ganar mayor autoridad y restablecer la disciplina entre la soldadesca. Con este fin, sacó el ejército de las ciudades al campo, y empezó á castigar con rigor hasta las menores faltas. No tardaron los soldados en alzar el grito, y proclamaron emperador á Vario Avito Braciano, á quien dieron por nombre *Heliogábalo*, porque habia sido consagrado al Sol por su madre Mesa, tia materna de Caracalla. Esta mujer habia hecho correr la voz de que Caracalla era el padre de Heliogábalo, y ella, no sólo no la desmentia, sino que contaba el caso apoyando su dicho con grandes donativos que obligaban á creerlo cierto. Por lo mismo los soldados se apresuraron á ofrecer sus servicios á Heliogábalo, niño entónces de trece años (218). Macrino pudo reunir algunas tropas y marchar contra los sublevados; pero al darse la batalla en los límites de la Siria y la Fenicia, cayó prisionero, y habiendo oido decir que los enemigos habian muerto á su hijo, niño de diez años, se arrojó desesperado del carro, y los soldados le acabaron de matar.

Heliogábalo empleó muchos meses en su viaje triunfal desde Siria á Italia; y, miéntras tanto, para consolar de su ausencia á los italianos, les envió su retrato con las vestiduras sacerdotales de seda y oro que usaban los orientales.

Este sacerdote del Sol excedió en libertinaje y barbárie á todos los mónstruos que le habian precedido. No reinó más que cuatro años, durante los cuales se casó solemnemente seis veces. A los pocos meses de matrimonio, repudiaba á su mujer y daba órden de matarla, y poco tiempo después se volvia á casar, repitiendo la operacion del repudio y el asesinato. Así vivió en una constante luna de miel. De su lujo extravagante se hacen lenguas los escritores contemporáneos. Sus habitaciones estaban cubiertas de telas de seda y oro; de su carro de oro y pedrería tiraban mujeres hermosas con el seno descubierto. Desde sus habitaciones hasta el carruaje se cubria el piso de polvo de oro cada vez que salia, porque el emperador no debia pisar otra cosa. De oro tambien era la vajilla en que comia, y en las cenas distribuia entre los convidados los vasos que habia usado durante el dia. Hizo llenar de agua de rosas los estanques y viveros de peces, y de vino el destinado á los combates navales. Daba banquetes en que no se servian más que lenguas de pavos reales, sesos de papagayos y faisanes y pechugas de cisnes; encendíanse las lámparas de su palacio con aceite de nardo, y á la luz de aquellas lám-

paras, como á la del dia, se celebraban las orgías más escandalosas, siendo los puestos públicos más honrosos y lucrativos el premio de las mayores y más infames lubricidades. Instituyó bajo la presidencia de su madre un Senado de mujeres, encargado de resolver las cuestiones de modas, etiqueta, vestidos y visitas, y encomendó á los más grandes personajes del órden civil y de la milicia el desempeño de los oficios más ridículos ó abyectos.

Este emperador, que no pisaba sino polvo de oro, que vivia entre perfumes, lujo y esplendor, murió en una cloaca. Su madre quiso destituirle y poner en su lugar á su sobrino Alexiano, de trece años de edad (Heliogábalo contaba entónces diez y siete). Heliogábalo intentó tres veces matar á su primo; pero éste se habia captado el cariño de los soldados, los cuales se amotinaron. Heliogábalo tuvo que esconderse, y no halló lugar más á propósito que las cloacas. De una de ellas le extrajeron los amotinados y le mataron, juntamente con su madre.

El niño Alexiano fué proclamado emperador con el nombre de Alejandro Severo. Su madre Mamea le rodeó de un Consejo de diez y seis senadores, presidido por el famoso jurisconsulto Ulpiano, el cual trató de reparar el desconcierto de la administracion de la Hacienda y de la disciplina militar. Esto último, sobre todo, no agradó á los soldados; de las murmuraciones pasaron á la sedicion, y recorriendo la ciudad de Roma por espacio de tres dias, entregándola al saqueo y la matanza, se apoderaron de Ulpiano y le asesinaron á la vista del mismo emperador. Las legiones de las provincias imitaron el ejemplo de las de Roma y asesinaron á sus oficiales; y aunque Alejandro pudo, por entónces, atajar los progresos de la rebelion, no le fué posible restablecer la disciplina. Estando cerca de Maguncia, el godo Maximino, jefe de un cuerpo de panonios, le acometió con sus tropas y le mató, muriendo con él tambien su madre.

Maximino era un gigante: tenia ocho piés de estatura; era hijo de padre godo y madre alana, y su fuerza era tan extraordinaria que arrancaba de raíz los árboles con la mano, de un puntapié rompia la pata á un caballo y deshacia los guijarros con sólo apretarlos entre los dedos. Para estas fuerzas y este cuerpo, claro es que habia de necesitar grande alimento, y, en efecto, se comia diariamente cuarenta libras de carne, regando cada libra con un cuartillo de vino. Estas proezas le elevaron á los primeros grados de la milicia y le pusieron

en disposicion de aspirar al imperio. En efecto, muerto Alejandro Severo, los soldados le proclamaron emperador, y él se entregó á los excesos á que la bestialidad de su constitucion y la ferocidad de su índole le impulsaban. Por una simple sospecha mandaba encadenar y conducir á su presencia á gobernadores de provincias, varones consulares ó altos personajes; á los unos les mandaba azotar hasta que muriesen, y á los otros les hacia envolver en pieles de animales y exponerlos á las fieras para que los devorasen. Cundiendo al fin la indignacion contra este tigre imperial, las legiones de África se sublevaron (año 237) y proclamaron emperadores á Gordiano, procónsul de aquella provincia, y á su hijo, del mismo nombre.

Gordiano, el padre, era un senador opulento que tenia palacios en Roma, y quintas en Italia y África, que empleaba gran parte de sus riquezas en agradar al pueblo y habia dado juegos magníficos, presentando á veces hasta cien parejas de gladiadores para combatir en el circo. Hombre pacífico, y teniendo á la sazon ochenta años de edad, no deseaba sino que le dejasen tranquilo en su provincia. Así es que cuando se vió proclamado emperador, su afliccion fué grande, y con lágrimas en los ojos suplicó á los capitanes de las tropas que fijasen su eleccion en otro. Obstinados los soldados en proclamar á Gordiano, y no pudiendo el pobre anciano hacer otra cosa, aceptó, fijó su residencia en Cartago, y se instaló con su hijo y colega.

Maximino estaba en aquel tiempo ausente de Roma, y aprovechando los senadores la ocasion, se declararon por los Gordianos y se prepararon á la defensa. Pero Capeliano, gobernador de la Mauritania y enemigo particular de los Gordianos, reunió tropas para combatirlos, pasó al territorio de Cartago y acometió la ciudad. Gordiano el hijo murió combatiendo, y el padre, cuando supo esta desgracia, se ahorcó. Su reinado habia durado treinta y seis dias. Cartago fué tomada, y la sublevacion quedó ahogada en torrentes de sangre.

Maximino acudió á Roma furioso y sediento de venganza; pero aunque disimuló sus designios, anunciando un completo perdon, nadie quiso fiarse de las palabras de un malvado, acostumbrado á faltar á todas. Los senadores, con el valor que suele dar el exceso del miedo, dispusieron continuar la guerra contra el tirano, y reunidos en el templo de la Concordia eligieron emperadores á Máximo Pupieno y á Balbino, encomendando al primero la direccion de la guerra y al segundo el gobierno de la ciudad. El pueblo quiso tambien tomar

parte en la eleccion, y pretendió que se nombrase tercer emperador á un nieto de Gordiano, niño de trece años. Máximo y Balbino accedieron y le nombraron *César*, es decir, meritorio, aspirante y presunto sucesor con jurisdiccion en el imperio.

Máximo tomó sus precauciones contra Maximino. Este, que se hallaba en la Germanía, atravesó los Alpes Julianos; pero al bajar á Italia se encontró el país desierto, rotos los puentes, incendiados los pastos, consumidas las provisiones, todas las cuales se habian recogido en las ciudades donde estaba organizada la resistencia. Los soldados de Maximino, acostumbrados á la indisciplina y á los excesos, viendo que les faltaban víveres y patronas, y que tenian que combatir para obtenerlos, se amotinaron, y los pretorianos, sin andarse en rodeos, asesinaron á Maximino, á su hijo y á sus amigos más adictos. Con esto las ciudades les abrieron las puertas, llegaron á Roma y fraternizaron con todo el mundo.

—¿Qué premio tendremos—preguntó Máximo á Balbino—por haber salvado de un mónstruo á Roma y á la humanidad?

—El amor del Senado y el aprecio público—contestó Balbino.

—Mejor dirás el ódio y la venganza de los soldados, porque no somos hechura suya — repuso Máximo, que sabia perfectamente á qué atenerse.

En efecto; Balbino era poeta, y no habia perdido sus ilusiones al entrar en el poder, miéntras que Máximo conocia á los hombres y la sociedad de su época.

No tardó en realizarse su profecía, porque luégo que toda la milicia pretoriana se vió reunida en Roma, indignados los soldados de que la gente civil fuese más considerada que ellos, y sobre todo, de que los emperadores, nombrados por el Senado y no por ellos, quisieran restablecer la disciplina, se sublevaron, y empezando por saquear las tiendas y almacenes de Roma, concluyeron por atacar el palacio, matar á los dos emperadores y llevarse al campamento al niño Gordiano, proclamándole emperador único (240).

Gordiano III no reinó más de cuatro años. Los persas, los godos, los sármatas, los alanos, invadieron las provincias fronterizas del imperio. Gordiano marchó contra los persas, los más temibles; y aunque en la llanura de Filipos fué derrotado por los alanos, pudo proseguir su marcha y arrojar á los persas de los puntos que habian ocupado. Pero poco tiempo después murió su tutor y consejero Misteo,

que era al mismo tiempo comandante de la guardia pretoriana; y siendo elegido para este puesto Filipo, hijo de un jeque árabe, éste intrigó para ser nombrado emperador colega, y luégo que lo consiguió tuvo medio de quedarse sólo, haciendo asesinar á Gordiano (244).

No tardaron las legiones de las diversas provincias en aclamar nuevos emperadores, miéntras Filipo, que habia dejado en paz á los persas, pensaba en celebrar el milenario de la fundacion de Roma con fiestas magníficas y copiosa efusion de sangre de fieras y gladiadores. Decio se levantó en Panonia, y Filipo, al marchar contra él, fué asesinado en Verona (249). Decio no gozó del imperio sino dos años Los godos invadieron la Tracia y la Macedonia, y el emperador murió en una batalla empeñada contra ellos. Los restos de su ejército se unieron al que mandaba en aquel país Treboniano Galo, el cual, proclamando en alta voz que iba á vengar la derrota, se hizo nombrar emperador y escribió al Senado. Pero luégo que el Senado confirmó su eleccion, hizo la paz con los godos, prometiéndoles un tributo, y volvió á Roma.

La peste, la sequía y los enemigos que, como los emperadores, brotaban por todas partes, asolaron en esta época el imperio. Emiliano, natural de Mauritania, se hizo proclamar emperador, y pasó á Italia contra Treboniano Galo. Encontróle en Terni, pero ántes de pelear, los soldados de Galo y los soldados de Emiliano, sublevándose respectivamente contra sus propios jefes, libraron al mundo de los dos rivales. El ejército se puso entónces de acuerdo con el Senado, y nombró emperador á Valeriano, hombre no contaminado con los vicios de la época, dedicado á la literatura y á las artes, digno, en efecto, del imperio, pero poco á propósito para él en aquellas circunstancias. Empezó por asociarse á su hijo Galieno, jóven que podia ser dechado de todas las malas cualidades. Marchó después contra los persas, y en la Mesopotamia (año 260) fué vencido y hecho prisionero. Muchos años vivió después en esta situacion, sufriendo toda clase de humillaciones que le imponia el rey persa, y teniendo el dolor de que su hijo, por la ambicion de reinar sólo, ni hiciese la guerra, ni abriese negociacion ninguna para rescatarle.

La derrota de Valeriano reanimó el espíritu de los enemigos de Roma, y todos se lanzaron á la vez contra el imperio. Los escitas devastaron el Ponto y el Asia; los sármatas y otros bárbaros ocuparon la Dacia y la Panonia, y algunos invadieron la España, llegando

hasta Tarragona; los alemanes y los francos penetraron hasta Rávena. Cada general de tropas romanas, por poco afortunado que fuese en alguna batalla, queria, como recompensa, ser nombrado emperador en lugar de Galieno: Ingénuo, en la Iliria; Regilo, después de Ingénuo; Póstumo, en las Galias, España y Bretaña, que le prestaron obediencia y donde se sostuvo siete años; Balisto, Odenato, Macriano, en Persia; Valente, en la Acaya; Pison, enviado contra él; Sempronio, Saturnino y Emiliano, en Egipto; Trebeliano, en el Asia Menor; Tito Cornelio Galo, en Africa, donde murió crucificado á los siete dias; Victoriano, asociado de Póstumo; Eliano, en Maguncia, vencido por aquél; Espurio Servio Loliano, que tuvo igual suerte; Aurelio Mario, sucesor de Victoriano, muerto á manos de un marido ultrajado; Pesuvio Tétrico, que gobernó al fin la España algunos años. Todos estos emperadores efímeros, hasta el número de treinta, llamados los treinta tiranos, murieron pronto asesinados, y la mayor parte á manos de sus propias tropas. Por último, el mismo Galieno (en 268), después de un agitadísimo y combatido reinado de quince años, pereció en Milan, víctima de una conjuracion.

El ejército proclamó emperador á Claudio II, natural de Iliria, y el Senado, como de costumbre, se apresuró á confirmar la eleccion. Claudio II, después de residir algun tiempo en Roma dedicándose á reparar en lo posible los inmensos desastres del imperio, sobre el cual, en los últimos quince años, habian caido toda especie de calamidades públicas, marchó contra los godos, y en una batalla decisiva los derrotó. Prometia este emperador, por su talento y virtudes, contener la decadencia del imperio, combatida por tantos enemigos interiores y exteriores; pero á los dos años, en 270, murió de la peste.

El Senado llamó para sucederle á su hermano Quintilio; pero los soldados, á los diez y siete dias, le asesinaron para nombrar en su lugar á Aureliano, hombre oscuro, pero de fuerza y valor, de quien se decia que habia muerto mil enemigos por su propia mano. Aureliano reinó cuatro años, como muchos de sus antecesores, y murió del mismo modo que ellos. Poco tiempo después de su proclamacion, los alemanes y los marcomanos le derrotaron cerca de Plasencia y se encaminaron á Roma, que se vió en gran peligro. Los romanos acudieron á toda clase de ceremonias religiosas para alejarlo, y entre tanto Aureliano, reuniendo los restos del ejército, le llevó de nuevo

al combate y deshizo á los enemigos cerca de Fano, salvando por entónces la capital. Después pasó á Oriente, hizo prisionera á Zenobia, reina de Palmira, y la llevó á Roma, donde celebró un gran triunfo. No tardó, sin embargo, en ser asesinado por los oficiales de su guardia. Mnesteo, su liberto y secretario, les enseñó una lista falsa de proscritos, en que estaban sus nombres. Creyeron ellos, en efecto, que estaban condenados á muerte, cosa probable, segun la severidad y áun la crueldad mostradas por Aureliano en otras ocasiones, y le asesinaron en el camino entre Heraclea y Bizancio. Verdad es que después le levantaron un templo y arrojaron á las fieras á Mnesteo. El imperio estuvo entónces vacante ocho meses. El Senado, al cabo de ellos, invitado por el ejército, eligió á Marco Claudio Tácito, descendiente del historiador, el cual, á fuerza de prodigalidades, se atrajo el afecto de los soldados; pero á los seis meses, cosa rara, murió de muerte natural en Capadocia (276).

Su hermano Floriano se declaró emperador, y las provincias de Europa y Africa le prestaron obediencia; pero las legiones de Asia se pronunciaron por Probo, y hubo una guerra civil que terminó con la muerte de Floriano.

Probo derrotó á los bárbaros en las Galias, rechazándolos al otro lado del Rhin; obligó á los godos y á los persas á pedir la paz, y aseguró á fuerza de victorias la tranquilidad exterior. Hizo construir una línea de defensa en las fronteras de Germania, que se extendia por 200 millas desde el Danubio al Rhin, y quiso tener siempre ocupados á los soldados, ya en la guerra ya en las obras públicas. Sublevároнse contra él Julio Saturnino en Egipto, Próculo en las Galias y Bonoso en el Rhin; pero todos fueron derrotados. Cuando todo estuvo en paz, empleó los ejércitos en plantar vides, abrir canales, reedificar ciudades destruidas, recomponer ó concluir caminos; pero habiéndosele escapado decir que dentro de poco esperaba gobernar sin soldados, las tropas le asesinaron, como de costumbre, á los cuatro años de reinado (280).

En su lugar eligieron á Caro, prefecto del Pretorio, el cual nombró césares á sus hijos Carino y Numeriano. Caro, haciendo la guerra á los persas, murió en una tempestad herido de un rayo, tambien á los cuatro años (284).

El ejército, viendo en aquel suceso un presagio funesto, obligó á Numeriano á retroceder y abandonar sus victorias. Nume-

riano retrocedió hasta el Tigris, y fué muerto por sus tropas en la retirada.

Carino, que estaba en las Galias, acudió á Roma y ocupó sólo el imperio, entregándose desde luégo á todos los vicios. En pocos meses se casó con nueve mujeres, que fué repudiando sucesivamente; deshonró á otras muchas; pasaba el tiempo entre bailes, placeres y crueldades; hizo matar á los amigos y consejeros de su padre, y el llevar una vida arreglada era para él motivo de recelo y delito de lesa majestad.

El ejército que habia combatido con Caro en Persia, apenas llegó de vuelta á Calcedonia, proclamó emperador á Diocleciano, comandante de la guardia doméstica, guardia instituida hacia poco tiempo, y destinada, aún más exclusivamente que los pretorianos, á custodiar la persona del emperador. Siguióse una guerra civil, en la cual Diocleciano, de quien se dijo que habia tenido una parte muy activa en la muerte de Numeriano, dió pruebas de más hábil político que de militar; pues vencido á orillas del Danubio por las tropas de Carino, halló medio de excitar el furor de un tribuno que era al mismo tiempo marido ultrajado, y este tribuno mató al emperador; de modo que Diocleciano, vencido y todo, se encontró dueño del imperio.

Desde Comodo á Diocleciano habian pasado noventa y dos años. En ellos estuvo veinticinco veces vacante el imperio, siempre, á excepcion de tres ocasiones, por muerte violenta de los emperadores. De éstos se habian contado treinta y cuatro, y todos, ménos cuatro, habian perecido á manos de los aspirantes al trono. Tenia muchísimas quiebras entónces el oficio de emperador, y hasta era dura la vida de cualquier particular en aquellos tiempos. Así se comprende perfectamente que se poblaran de cenobitas los desiertos del Asia y del Egipto, principalmente la Tebaida, y que tantos hombres de bien huyesen de la sociedad, convertida en una lucha de fieras.

Cuando Diocleciano hubo afirmado su autoridad en Roma (286), eligió por colega en el imperio á Maximiano, buen soldado y poco escrupuloso, y nombró césares á dos generales experimentados, Galerio y Constancio Cloro. Para afirmar la union de los dos emperadores con los dos césares, Cloro se casó con la hija de Maximiano, y Galerio con la de Diocleciano. Dióse á Cloro el gobierno de la Galia, la España y la Bretaña, con residencia en Tréveris ó en York; tocaron á Galerio la Mesia Superior, la Macedonia, el Epiro y la Acaya,

teniendo por capital á Sirmio. Maximiano se reservó la Italia, Retia, Norica, Panonia y una parte de Africa, y Diocleciano obtuvo la Tracia, el Egipto y el Asia.

Así estuvo más asegurada la vida de los cuatro jefes del imperio, que se auxiliaron mútuamente, y los soldados supieron desde entónces que nada adelantaban con matar á uno de ellos. Pero así comenzó ya á dibujarse la futura desmembracion del imperio; ni bastó tampoco la alianza imperial para contener las crecientes invasiones de los bárbaros, que anhelaban la destruccion del nombre romano. Diocleciano, creyendo que Roma, ya amenazada una vez y puesta en peligro, no estaba bien situada para la defensa, hizo que su colega Maximiano fijase su residencia en Milan, ciudad más á propósito para vigilar á los enemigos que descendian de los Alpes. Él, por su parte, se estableció en Nicomedia, en las fronteras de Europa y Asia, y en breve aquella córte llegó á competir en magnificencia y lujo con las grandes ciudades de Roma, Alejandría y Antioquía. Entónces desaparecieron hasta los nombres de cónsules, censores, tribunos y demás títulos que recordaban los tiempos republicanos, cuya autoridad, por lo demás, hacia dos siglos que habia desaparecido del todo. El emperador fué llamado *Dominus*, no sólo por sus aduladores, sino en todos los actos oficiales, y se le revistió de toda clase de títulos y atributos divinos. La seda, el oro y las piedras preciosas cubrian de piés á cabeza su sagrada persona; se ciñó á las sienes la diadema, signo de la majestad real; las cuatro córtes rivalizaban en esplendor y en fausto, y así se preparaban los ánimos para la desmembracion del imperio.

Diocleciano reedificó lujosamente á Cartago y á Milan, y construyó las maravillosas termas de Roma, capaces de contener 3.000 personas, uniéndoles la Biblioteca de Trajano. En el año 304, viajando por Iliria, contrajo una enfermedad que le tuvo á las puertas del sepulcro; y cuando recobró la salud, no sintiéndose ya con el vigor primitivo, resolvió abdicar de una manera solemne. En una llanura inmediata á Nicomedia reunió las tropas en derredor de un elevado trono, en el cual se sentó, y desde allí anunció su propósito. En el mismo dia, y para cumplir la palabra mútuamente empeñada, Maximiano, su colega, abdicaba en Milan (1.° de Mayo de 305). Subieron, pues, Constancio Cloro y Galerio á la dignidad de emperadores, y los soldados nombraron césares á Maximino, sobrino de Diocle-

ciano, y á Severo. Diocleciano se retiró á su palacio de Salona, donde hoy está Spalastro, y sobrevivió nueve años á su abdicacion. Al cabo de este tiempo, algunos ultrajes y desprecios que recibió de sus sucesores le disgustaron tanto de la vida, que se suicidó. Su hija y su mujer se habian refugiado al lado de Maximino. Enamorado éste de la primera, la ofreció casarse con ella, repudiando á su mujer; y no habiendo consentido la jóven, Maximino desterró á la madre y á la hija á los desiertos de Siria, no permitiendo de manera alguna que viesen á su padre y esposo Diocleciano. Este se suicidó á la edad de ochenta años.

Constancio Cloro dejó á Maximino el gobierno de la Siria y del Egipto, y á Severo el de Africa, reservándose la administracion de la Galia, la España y la Bretaña. Galerio, confiando en los achaques de su colega, aspiraba á reinar solo. Constancio, de su esposa Elena, mujer oscura, habia tenido un hijo, á quien llamó Constantino, educado en la córte de Diocleciano, y que, por su valor y gallarda presencia, se habia captado el afecto del pueblo y de los soldados. Muerto Constancio, á consecuencia de sus achaques, en 306, y elevado á los honores divinos, fué proclamado emperador Constantino, el cual envió á su colega, como de costumbre, su retrato. No agradó á Galerio ni el presente ni la proclamacion; pero disimuló su resentimiento por no excitar la guerra civil. Sin embargo, como las crueldades hubiesen preparado contra él todos los ánimos, Majencio, su yerno é hijo de Maximiano, se sublevó contra él y se hizo proclamar emperador. Entónces Maximiano, el padre, emperador cesante, salió de su retiro y se proclamó colega de su hijo, recibiendo como tal las felicitaciones del pueblo y del Senado de Roma. Acudió Severo para rechazar al usurpador; pero el ejército le abandonó y tuvo que ceder la púrpura á su rival, el cual le prometió conservarle la vida, y luégo que le tuvo en su poder se la quitó. Maximiano se llamaba amigo de Constantino, y le dió por esposa á su hija Faustina, con el título de augusta. Galerio penetró en Italia; pero al llegar á Roma, viéndola preparada para la defensa, no se atrevió á atacarla y se retiró, devastando los pueblos por donde pasaba. Maximino, que gobernaba en Siria, quiso tambien ser emperador, y así hubo entónces seis emperadores proclamados, á saber: Constantino y Majencio, en Ocidente; Licinio, elegido colega por Galerio, y Maximino, en Oriente; y Maximiano y Galerio, que se hacian mútuamente la guerra. Derrotado Maximiano por

Galerio, abdicó de nuevo y se retiró; pero miéntras Constantino hacia la guerra á los francos, quiso volver al poder, y esparciendo la voz de que Constantino habia muerto, entró en Arlés, se apoderó del tesoro, alistó tropas é hizo alianza con su hijo Majencio. Constantino acudió, y sitiándole en Marsella, le venció y le hizo prisionero, dejándole solamente la facultad de escoger el género de muerte (310).

Galerio, comido de insectos y de úlceras vergonzosas, creyó que debia esta calamidad, no á sus vicios y desarregladas costumbres, sino á los decretos de proscripcion que habia dado contra los cristianos. Desde el tiempo de Neron, que les habia hecho servir de antorchas en sus jardines después de crucificados y untados de materias inflamables, hasta Constantino, que se convirtió al Cristianismo, la Iglesia cristiana habia sufrido diez persecuciones. La de Neron, la primera, fué muy limitada, pero estableció la costumbre de atribuir á los cristianos todas las calamidades que el imperio experimentaba. La segunda persecucion fué en tiempo de Domiciano. Este impuso una capitacion á los habitantes de Palestina para reconstruir el templo de Júpiter en Roma; y como los cristianos no quisiesen pagarla, se dió el segundo edicto contra ellos, siendo víctimas varios parientes del emperador y otros de Jesucristo, San Juan y los sobrinos del Apóstol San Júdas. Dado así el impulso, en tiempo de Trajano ocurrió la tercera persecucion, porque los cristianos se resistian á creer en la divinidad del emperador. Mayor fué la cuarta en la época de Adriano, dedicada á la mágia y á las supersticiones. Los Antoninos, á pesar de su bondad, consintieron el martirio de muchos que profesaban la religion de Cristo. La sexta persecucion ocurrió en el reinado de Severo; la sétima en el de Maximino; la octava en el de Decio; la novena en el de Valeriano, y la última en el de Diocleciano, Maximiano y Galerio. Esta última fué la más feroz de todas; porque el Cristianismo se habia propagado tanto, que no era posible que el Estado marchara sino aceptándolo por completo ó extirpándolo de raíz. Esto último es lo que decidieron Diocleciano y sus colegas, y en 25 de Febrero de 303 dieron el decreto de proscripcion general, con arreglo al cual en todas las provincias se demolieron los templos cristianos, se castigó de muerte á los que secretamente se reunian, se quemaron los sagrados libros, se vendieron los bienes de la Iglesia, que eran comunes á todos los cristianos, se privó á éstos de toda

clase de empleos, y se mandó á los jueces admitir toda especie de acusaciones contra ellos.

De haber dado este edicto se arrepintió Galerio, por la razon ya expuesta, y ántes de morir de la enfermedad que le aquejaba (en 310) le revocó en su nombre y en el de Licinio y Constantino.

Muerto Galerio, apresuróse Maximino á ponerse en marcha para ocupar las provincias que aquél gobernaba. Licinio, por su parte, acudió con igual premura y al mismo objeto, y encontrándose ninguno de los dos quiso combatir, y prefirieron repartirse la herencia del difunto, procurando Maximino obtener el apoyo de Majencio, y Licinio el de Constantino.

Majencio tiranizaba á Italia y Africa, arruinaba á Roma con sus exacciones, escandalizaba con sus prodigalidades y disolucion, y castigaba de muerte á los que infundian sospecha. Los soldados le imitaban y saqueaban á la gente pacífica, miéntras el emperador se entregaba á las supersticiones, buscando el porvenir en las entrañas palpitantes de mujeres y niños, á quienes asesinaba con este objeto.

Los augurios debieron de parecerle felices, cuando determinó reunir un fuerte ejército para hacer la guerra á Constantino, el cual tenia sus provincias en mejor estado, libres de las invasiones de los bárbaros y ménos recargadas de tributos. Constantino, sabiendo los proyectos de su rival, reunió un ejército de 90.000 infantes y 8.000 caballos; pero Majencio, á su vez, reorganizó los pretorianos, y agregándoles numerosos cuerpos de italianos, moros y sicilianos, llegó á contar con 170.000 infantes y 18.000 caballos. Ambos ejércitos se encontraron á nueve millas de Roma, en un lugar que debió de recibir entónces el nombre de *Saxa Rubra* ó piedras rojas, por la sangre que cubrió el campo de batalla. Constantino quedó vencedor, y Majencio se precipitó desde el puente Milvio al Tíber. Su rival entró en Roma, exterminó á toda la familia y raza de Majencio, y el Senado, como siempre, dispensó al vencedor toda clase de honores, y mandó levantar un arco de triunfo en su obsequio. Maximino no tardó en morir, en el mismo año 313, después de haber sido vencido por Licinio; y habiendo quedado solos éste y Constantino en el mando del imperio, era de prever un pronto rompimiento. No tardaron, á la verdad, en comenzar las hostilidades, y al año siguiente, en 8 de Octubre de 314, fué derrotado Licinio cerca de Andrinópolis. Pidió la paz, y la obtuvo; pero preparándose de nuevo á la guerra, se le anticipó Constantino y

volvió á derrotarle. Entónces Licinio, para salvar su vida, se arrojó á los piés de su rival y cuñado (poco ántes se habia casado con la hermana de Constantino), y renunció la púrpura imperial. Constantino le recibió, al parecer, afectuosamente; le sentó á su mesa y le envió á Tesalónica, mandando que se le guardaran toda clase de consideraciones; pero cuando le tuvo en Tesalónica, quiso librarse de cuidados y le hizo ahorcar, quedando dueño sin rival de todo el imperio.

Desde Galba á Constantino hubo, pues, cincuenta y tres emperadores romanos, sin contar los treinta tiranos. De estos cincuenta y tres solamente once murieron de muerte natural; los demás sucumbieron asesinados, á excepcion de cuatro que se suicidaron.

Desde Constantino empieza á levantarse el imperio de Oriente sobre las ruinas del Occidente, segun veremos en otro estudio ulterior.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA

ANTIGÜEDADES SORIANAS

(Continuacion.)

Vamos á reseñar ligeramente, como lo hemos hecho en la parte monumental é histórica, lo que fué la antigua Sória bajo su aspecto industrial y económico.

Entre sus producciones naturales, merecen citarse, ante todo, sus abundantes canteras de jaspes, que proveyeron de excelentes materiales á numerosas iglesias de España y á algunos sitios reales.

Sus salinas de Imon y de Atienza, fueron asimismo celebradas en otro tiempo.

Sus minerales han sido siempre codiciados; en la villa de Agreda se beneficiaba ya en 1627 una abundante mina de alcohol, por real cédula que expidió Felipe IV. Otras dos minas de hierro utilizaba en aquel tiempo el marqués del Espinar, en términos de la Cueva y Beraton; en la Oliva se trabajaba otra de cobre y plata por varios vecinos, y se daba real cédula á D. Luis de Peralta y Cárdenas para beneficiar una mina de carbon de piedra en jurisdiccion de Agreda.

De otras muchas pudiéramos dar noticia, que en diferentes pueblos de la provincia, con más ó ménos intensidad, se beneficiaron antiguamente.

Entre las infinitas reales cédulas que, otorgadas por diferentes reyes para estos usufructos se conservan en los archivos sorianos, hay un curioso pliego de condiciones que presentaron al rey Felipe IV, para beneficiar las minas de cobre, plomo y estaño de Hinojosa, en 1628, el conde de Sora, capitan de la compañía de Archeros,

D. Luis Chirino de Salazar, alguacil mayor de la Inquisicion, D. Pablo Carondeleth, del Consejo de S. M. en la provincia de Henao, y Nicolás de Cardona, fiscal de la Junta de minas.

El valor de su cosecha de granos se calculaba, por los estadistas del siglo pasado, así:

De trigo, 1.840.000 fanegas, con precio de 30 rs.: valor de la cosecha, 55.200.000 rs.

De centeno, 550.000 fanegas á 17 rs., 9.350.000 rs. Se calculaba el consumo de la provincia, en trigo y centeno, en 86.000 fanegas, quedando lo restante para la exportacion á Aragon y Navarra. La ganancia que dejaban estos frutos en la provincia se calculaba en 39.780.000 rs.

En junto, la cosecha de toda clase de granos se valuaba en 58.402.320 rs.

El comercio de las lanas era tambien de alguna importancia.

El P. Pedro Calatayud, en su tratado sobre ventas y compras de lanas merinas, da algunas curiosas noticias acerca de las particularidades de este comercio en nuestra provincia.

La lana extraida de Sória para reinos extranjeros durante varios años, la consigna así una curiosa estadística:

En 1786, 72.953 arrobas con 19 libras, lavada, y 292 arrobas 19 libras de la sucia.

En 1787, 78.790 arrobas, lavada, y 424 arrobas y 16 libras de la sucia.

En 1788, 86.262 arrobas y tres libras, lavada, y 781 arrobas de la sucia.

En 1789, 75.003 arrobas y 12 libras, lavada, y 614 de la otra.

En 1791, 87.457 arrobas y cuatro libras, lavada, y 1.979 arrobas y 22 libras de la sucia.

Por las relaciones que se llevaban en la Aduana de Agreda, vemos que en los cinco años de 1736 á 1742 se extrajeron, por dicha Aduana, 288.976 arrobas de lana fina, lavada.

En estos años, segun una estadística que hemos visto, Sória tenía en su recinto los siguientes industriales:

Trece cosecheros de lana fina; 17 de lana churra; 26 tratantes en lanas de todas clases; 16 mercaderes de paños y sedas; 14 de cerería, confitería y mercería; 18 de ferretería, quincalla y comestibles, y 10 tratantes de xalmería, que componian el número de 114. Y con

estos elementos se tuvo la pretension de crear el Consulado de comercio.

Para la Administracion de las rentas reales, existian en la provincia seis aduanas: una principal y cinco subalternas. Hallábase la primera en Agreda y las otras en Cervera, Alfaro, Calahorra, Alcanadre y Rincon del Soto, pueblos éstos que hoy pertenecen á la provincia de Logroño.

Para el llamado resguardo de union de rentas generales y tabaco del partido de Agreda, habia una ronda montada, dos de á pié y otra llamada Volante de Cervera. Y, sin embargo, el contrabando que se hacia de Navarra á Castilla era muy notable. Los empleados se quejaban de lo mucho que se introducia por el paso de Valverde, jurisdiccion de Cervera, debido al derecho que tenia esta villa para no permitir el registro dentro de ella, derecho en que la sostuvo el Consejo de Castilla hasta fines del reinado de Cárlos III.

Las rentas provinciales de Sória ascendian al año á 1.921.168 reales y 4 maravedís, y su valor líquido para el rey era de 1.796.874 reales y 19 maravedís.

La representacion de estas rentas la asumia el Intendente con su Asesor. Para la cobranza habia una Contaduría principal y una Administracion con seis oficiales, tesorero, dos fielatos y un resguardo.

Viniendo á su industria, hallamos la novedad de que por los años de 1500 hubo en la villa de Calatañazor alguna manufactura de seda, lo mismo que en la de Gormaz, de lo cual se hace relacion en instrumentos de sus archivos.

En Imon, pueblo del ducado de Medinaceli, existian aún en el siglo pasado cuatro tornos para hilar seda, y otros cuatro en Jubera.

Pero más que la de seda era importante la manufactura de las lanas.

La fábrica de paños de Sória era antiquísima. Por los repartimientos del estado general y documentos de las Cofradías se ve que desde principios del siglo XII existia con privilegios, prerogativas y exenciones otorgadas por los reyes.

Asimismo la sociedad de tejedores, que existia ya en 1283, obtuvo de Alfonso X un privilegio para su gobierno, que por lo curioso vamos á trascribir.

Dice así:

«Sepan cuantos esta carta vieren, como yo el Infante Don Joan, fijo primero heredero del muy noble e muy alto mi sennor el Rey Don Enrique, e

sennor de Lara e de Vizcaya: vi una carta del Rey Don Alfonso mio abuelo, que Dios perdone, escrita en pergamino de cuero, e seellada con su seello de plomo pendiente; el tenor de la cual es este que sigue: Sepan quantos esta carta vieren, como nos Don Alfonso, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de Toledo, de Leon, de Gallisia e de Sevilla, de Cordova, de Murcia, de Jaen, del Algarve e Sennor de Vizcaya, e de Molina; vimos una carta, que nos ovimos dado a los ommes buenos de la Cofradia de los texedores de Soria, escripta en pergamino de cuero, e seellado con nuestro seello de plomo colgado, fecha en esta guisa. Don Alfonso, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, e de Toledo, de Leon, de Gallisia, de Sevilla, de Cordova, de Murcia, de Jaen, del Algarve, e sennor de Molina. Al Consejo e a los Jurados, e a los Alcalldes, e a los Joeces de Soria, ansi a los que agora hi son, como a los que seran de aqui adelante, e a cualquier de vos que esta mi carta vieren, o el traslado della signado de Escribano publico. Salud e gracia: los ommes buenos del Cabildo de la Cofradia de los texedores de hi de la viella e del termino, embiaron monstrar a mi e a la Reyna Donna Maria mi abuela, e al Infante Don Joan, e al Infante Don Pedro, nuestros tios e nuestros tutores, e guarda de nuestros Reynos, con treslado signado de Escribano publico, que disien que era carta de postura que habian los dichos texedores, con usto el dicho Coccio de hi de Soria, seellada con vuestro seello, fecha en esta guisa. Conoscida cosa sea a quantos esta carta vieren, como ante nos el Conceio de Soria vinieron ommes buenos de la Cofradia de los texedores, e dixeron nos de como habian sus posturas, que cualquiere que labrase de noche que pechase cinco sueldos, por que habia hi algunos que falsaban las laboros labrando de noche. Otrossi, que cualquier que toviere peine menor de treinta e dos linuelos, e del marco que les dio el Rey Don Alfonso, visabuelo del Rey Don Alfonso nuestro sennor, que Dios perdone, que pechase cinco sueldos. Otrossi, qualquier que labrase con dos..... deras, que pechase cinco sueldos. Otrossi, qualquier que texiere estambre blanco o trama, por razon de facer lavor morena o laxia de esta filaria, que pechase sesenta sueldos, e que le quemen la labor. Otrossí, qualquier que metiese palo de..... en la lavor que ficiese, que pechase sesenta sueldos e que le quemen la lavor.

Otrosi la trenza quando sea ordida, que haya ochenta e ocho varas, que pese una aranzada e cinco libras de estambre, e qualquier que gela fallare menor, que peche cinco sueldos. Otrossi, que ninguno non labre pelo menudo, e aquel que lo labrare peche sesenta sueldos. Otrosí toda mugier que fuere a ordir que vaya a casa del prebostre, que uire que faga derecho, e si non hi fuere qualquier que gelo..... peche cinco sueldos. Otrossi... texer lino o estopazo, que vaya a tomar marco a casa del prebostre e a qualquier que menos gelo fallaren de marco que les diemos nos el Conceio, sobredicho..... el pueblo..... por bien, e otorgamosles que vala tambien en los que son..... de la Cofradia, como en las que son en la Cofradia, tambien en los que son en las Aldeas, como en los de la viella, tambien los Judios como en los..... e que pueda poner cada anno quatro omes buenos de la dicha Co-

fradia..... sobre sus iuras que prendan por las calonnas a qualquier que pennos les amparare, que peche la calonna doblada a la dicha Cofradia, e por que esto sea firme, e non pueda venir en dubda, mandamosles dar esta carta abierda, e seellada con nuestro seello pendiente en testimonio, fecha la carta dies e ocho dias de Mayo, era de mil e trescientos e veinte e un annos. E yo Joan Martines, Escribano publico de Soria, vi tal carta del sobrecho Conceio, seellada con el seello de cera colgado, e concertelo con Diego Sanches, e con Sanches Ferrandes, e con Roy Yague, e saque de ello este traslado, en fiee en ella este mio signo en testimonio, Fecho Viernes veinti un dia de Junio, era de mil e trescientos e cinqüenta e dos annos. Agora los omes buenos de la dicha Cofradia de los texedores, embiaronse querellar a mi e a los dichos mis tutores, e disen que ellos usando de la dicha carta de gran tiempo aca, e poniendo de entre si cada anno quatro ommes buenos de la dicha Cofradia, que guardasen sobre iura todas las cosas que en la dicha carta se contenian que ponedes vos el dicho Conceio e en el termino, e que non dexades usar a los quatro ommes buenos aquellos ponen para esto como dicho es. E estos omes tal que ponedes que los prendan, e los remiden, e les toman todo cuanto les fallan por fuerza, sin razon, e sin derecho, vos non lo habiendo de fuera, e siendo contra la carta quellos tienen de vos el dicho Conceio de la dicha postura en esta razon. Et si esto ansi pasase que serie gran mi deservicio e extragamento dellos e de su menester, e por esta razon que pierden e menoscaban mucho de lo suyo, e embiaron pedir mercet a mi e a los dichos tutores que mandasemos hi, lo que toviesemos por bien. Porque vos mando vista esta mi carta que veades la carta de la dicha postura, que los ommes buenos de la dicha Cofradia tienen de vos el dicho Conceio en esta razon, et guardadgela, et complitgela en todo segud que en ella dise, e les fue guardada en tiempo del Rey Don Ferrando, mio padre, que Dios perdone, et en el mio fasta aqui. Et defiendo que de aqui adelante ninguno non sea osado deles ir nin deles pasar contra la dicha carta sin razon e sin derecho, ansi como non deben parregla quebrantar nin menguar en ninguna cosa por ninguna manera, sopena de cient maravedis de la moneda nueva a cada uno, por cada vegada que contra ella les quisieren ir o pasar de aqui adelante, cuando a los dichos oficiales de hi de la dicha viella, o a qualquiere de vos que gelo no consientan e que les prendan por la dicha pena a cada uno e que la guarden para facer della lo que yo mandare. Et que fagan encomendar a los dichos texedores, o a qualquier dellos, o a quien sus vos toviere, todo el danno, e el menoscabo que por esta rason ficieren doblado. Et non fagan ende al, so la dicha pena a cada uno, e demas a ellos, e a lo que oviere me tornaria por ello; et de como lo cumplirades, mando a qualquiera Escribano publico de hi de la viella, que para esto fuere llamado, que de ende a los dichos texedores, o a qualquiera dellos, o a quien su vos toviere, testimonio signado con su signo, porque yo e los dichos mis tutores sepamos en como complides esto que yo mando et non fagan ende al, so la dicha pena, e del oficio de la Escribania, et de esto les mandé dar esta carta seellada con mio seello de plomo. Dada en Burgos

quatro dias de Noviembre era de mil e trescientos e cinqüenta e tres annos. Yo Pedro Ruis la fise scribir por mandado del Rey e de los sus tutores. = Gonzalo Peres. = Ferrant Viceinte. = Ferrant Ferrandes. = Don Sancho Obispo. = Joan Martinez. = Rui Garcia. = Sancho Gonzales. = Et agora los ommes buenos de la dicha Cofradia embiaronnos pedir mercet que les confirmasemos esta dicha carta, e que ge la mandasemos guardar. Et nos el dicho Rey Don Alfonso, por faser bien et mercet a los omes buenos de la dicha Cofradia, otorgamosles e confirmamoles esta dicha carta desta dicha mercet, et mandamos que les vala, e les sea guardada en todo segunt que en ella dise, et segunt les fue guardada en tiempo de los Reyes, ende nos venimos e en el nuestro fasta aqui; et sobre esto mandamos a los Alcalldes, e a la Justicia, e al Juez, e a los iurados de Soria, a los que agora hison e seran de aqui adelante, o a qualquier o qualesquier dellos a quien esta nuestra carta fuere mostrada o el treslado della, signado de Escribano publico, que amparen e defiendan a la dicha Cofradia con esta mercet que les non fasemos, et non consientan a ninguno que les pase contra esto que nos mandamos..... que contra ellos les fuere que les prenden..... de los cient maravedis de la moneda nueva a cada uno por cada vegada. Et la guarden para faser della lo que nos mandaremos..... o a qualesquier dellos o a quien sus veces toviere..... El menoscabo que por esta razon ficiesen..... mandamos a qualesquier Escribano publico de hi de la dicha viella, o de otro logar qualquier que para esto fuere llamado, que de ende a los de la dicha Cofradia, o a qualquier dellos, o a quien so vos tuviere testimonio signado con su signo, por que nos sepamos en como complides nuestro mandado, et non faga ende al so la dicha pena, e del oficio de la Escribania. Et de esto les mandamos dar esta nuestra carta seellada con nuestro seello de plomo. Dada en Valladolit quinse de Octubre, era de mil e trescientos e setenta años. Et yo Pasqual Ferrandes la fise scribir por mandado del Rey. Alfonso Gonzales, Joan Peres, Pedro Ferrandes, e Ferrant Peres. Et agora los dichos ommes buenos del Cabillo de los texedores, embiaronme pedir mercet que les confirmare la dicha carta, e mandase que les fuese guardada segun que en ella se contenia. Otrossi, mostraronme una carta de los regladores que han de veer ende ordenar fasienda de la dicha viella de Soria, seellada con el seello del Conceio, en que me embiaron mostrar como porque les fuera fecho entender que algunos texedores no usaban bien de su oficio como debian, e que ponian en las telas menos linnuelos de los que debian poner por lo qual que ellos teniendo que era mi servicio, e provecho de los de la dicha ciudad, e de su tierra, que ficiese este ordenamiento, que todos los texedores e texedoras de la dicha ciudad e de su tierra, que pongan en las telas de lino quarenta e dos linnuelos, e en las de estopazo treinta e dos linnuelos. Et qualquier que menos pusiere que peche por cada vegada dose maravedis. Et qualquiere que texiere con pua vasia, que peche por cada vegada cinco maravedis. Otrossi, que dos ommes buenos que andidieren a requerir lo sobredicho que de cada anno de cada telar aian cinco dineros. Et desto que sea ansi sobre los christianos como sobre los iodios e

moros que usaren del dicho oficio. Et que me pidian por mercet que gelo mandase ansi confirmar, e guardar, a vuelta de las otras cosas suso contenidas en la dicha carta. Et yo el dicho Infante Don Joan, por les faser bien e mercet, confirmogelo todo, e mando e tengo por bien que les vala, e sea guardado segunt que en esta dicha carta se contiene, et que usen dello en la manera que dicha es, so las penas que dichas son, e mando a los caballeros, e al Conceio, e a los Alcalldes, e Alguacil de la dicha ciudad de Soria e a todos los otros oficiales qualesquier que agora son o seran de aqui adelante, que lo guarden e fagan ansi guardar, e que non consientan que algunos vayan e pasen contra ella en alguna manera, et non fagan hi al sopena de la mi mercet, e de seiscientos maravedis desta moneda usual a cada uno dellos, por quien fincar de lo ansi faser e complir. Dada en Soria quatro dias de Febrero era de mil e quatrocientos e diez e seis annos. Yo el Infante.»

Los indivíduos de esta Sociedad eran, sin duda, los que sostenian en Sória el ramo tan útil de estas manufacturas, con lo que se mantenia floreciente la ciudad; quedan hoy únicamente las ruinas de sus tintes y batanes á las orillas del Duero; las escrituras que se conservan hasta el siglo XVII hacen mencion de la fábrica y sus indivíduos; las listas de los parroquianos del cabildo de curas, hechas por los años de 1270, hacen relacion de sus indivíduos á los que dan el título de *atemplantes*, nombre que, sin duda, se daba á los empleados en el uso y manejo de los tintes. En el año de 1747 estaba ya reducida esta fábrica de paños á seis telares, que en todo el referido año sólo tejieron 3.200 varas.

Sin embargo de que la importancia de los mercaderes nunca llegó á ser en Sória tanta como la de los ganaderos, éstos se asociaron en 1778 para tratar de la formacion de un Consulado de comercio.

Al efecto, acudieron al rey Cárlos III con una representacion, suplicando se dignase aprobar el establecimiento de un Cuerpo que deliberaria sobre los medios eficaces para el aumento del comercio, pues consideraban que el establecimiento de un Consulado, con ordenanzas oportunas para su régimen, era el medio adoptado por las plazas más florecientes dentro y fuera de España. Sus gestiones no dieron resultado.

Por aquel tiempo, algunos comerciantes de Cádiz, sócios de la Sociedad soriana, deseosos de fomentar la Sociedad á que pertenecian en clase de provinciales beneméritos, remitieron la suma de 31.000 reales, y con este auxilio, la Sociedad dispuso el establecimiento en Sória de una fábrica de medias de estambre á telar, que inmediata-

mente comenzó sus trabajos con cuatro telares, que daban ocupacion á cuarenta mujeres de la ciudad.

Consiguió luégo la Sociedad que de cuenta de la fábrica de Brihuega se estableciese una escuela para hilar lana al torno, disponiendo ella otros 30 tornos por su parte, y alistando igual número de muchachos, á los que pagaba el valor de lo que trabajaban, un premio en metálico y un vestido; y con esto y con la creacion de otra escuela donde se enseñaba á tejer trenzaderas, galoncillos de lana y estambre, hilados, fajas y ligas, se pusieron corrientes cinco telares.

Entónces se dió más ensanche á la fábrica, emitiéndose acciones por valor de 12.000 y pico de duros, y fijándose en la decadencia de sus fábricas de lana, se tomaron acertadas medidas para ensanchar en toda la provincia la fabricacion de paños y bayetas.

Tambien se estableció en Sória, en 1775, una fábrica de pañuelos muselinas y lienzos pintados; pero á causa de su mala administracion, se cerró á los pocos años. Y lo mismo vino á acontecer con otra fábrica de jabon creada en 1786 en la ciudad.

Más afortunada fué la Compañía de ganaderos trashumantes para crear una fábrica de paños en Soria. Su principal objeto fué, sin embargo, el de beneficiar sus lanas extrayéndolas en rama del Reino. Reconoció bien pronto que así como daban sus sócios ocupacion á las fábricas extranjeras, podian darla á las nacionales; pues aunque á la Compañía no le fuese fácil establecer de pronto fábricas de paños finos en que se consumiesen todas, era asequible el reducir á hilazas mucha parte de ellas.

Para facilitar su empresa, la Sociedad Económica de Sória tomó el acuerdo siguiente: «Reconociendo la Real Sociedad económica de esta ciudad y su provincia que hay muchas personas que carecen de ocupacion, especialmente en los pueblos del campo de Gómara, tierra de Almazan, y otros que son de pura labranza; que áun cuando algunos sujetos de caudal quieran, no pueden destinarlo á fábrica de manufacturas de lana (cuyo fruto de todas calidades es tan abundante en esta provincia) á causa de no haber hilanderas en los pueblos en que viven ni en los inmediatos; que en otros en que ya hay establecidas algunas fábricas, tienen las hilazas con escasez, dilaciones y perjuicios, porque las hilanderas reciben á un mismo tiempo lanas de diferentes fabricantes, calidades y colores, y para diversos fines; y

que en algunos pueblos en que están radicadas las fábricas de mucho tiempo á esta parte, no hay los adelantamientos que podia haber en la mejora y perfeccion de los paños, por no haber hilanderas acostumbradas á las hilazas finas; y que para lograr los referidos objetos, de dar ocupacion á las gentes que no la tienen, establecer nuevas fábricas, surtir y mejorar las que hay al presente por medio de nuevas escuelas de hilaza, es necesario asegurar el surtido de materiales ya preparados para ellas, cuya seguridad solamente pueden darla los sugetos que quieran poner nuevas fábricas, y los que, teniéndolas ya, experimenten escasez de hilazas ó aspiren á mejorarlas y refinarlas, acordó la Junta que celebró en 24 de Enero próximo pasado que se pongan cuatro escuelas de hilaza de lana en los cuatro pueblos que primero las pidieren, y cuyas circunstancias estime dicha Sociedad que son más urgentes y prometen mayores ventajas.

Turnando las cuatro escuelas de hilazas finas, la Sociedad creia que podrian adiestrarse en ellas un gran número de mujeres y muchachos, que no habian podido conseguir esta ocupacion y enseñanza por no haber tenido quien les suministrara las lanas preparadas, cuya dificultad allanaria la Compañía, dando las cardas á los maestros de las mismas escuelas, como se ejecutaba en las reales fábricas de Guadalajara y Brihuega; pensaba tambien que de estas fábricas fueran á la de Sória sugetos instruidos en todas las operaciones, hasta la de hilar inclusive, para que instruyesen á aquellos naturales en el modo perfecto de ejecutarlas. Y siguiendo la máxima de fomentar con premios todo nuevo establecimiento, queria se señalase el de 44 rs. á cada arroba de hilaza que se extrajese del Reino, hasta que llegase la extraccion al número de 60.000 arrobas, que sería la cuarta parte de las 240.000 que anualmente podian salir en rama. Los derechos de estas 240.000 arrobas, á razon de 66 rs. una con otra, importarian 15.880.000 rs. de vellon, y reduciéndose en aquel caso á 190.000, no ascenderian más que á 11.800.000 rs., ó solamente á 9.240.000, por deberse deducir de ellos los 2.640.000 de los premios respectivos á las restantes 60.000 arrobas que se trataba salieran en hilazas: cuando la extraccion de estas pasase desde las 60.000 arrobas hasta las 120.000, calculaba podrian subirse los derechos de extraccion de la lana en rama desde los 66 rs. hasta los 80, y bajar el premio ó gratificacion de las hilazas desde 44 á 33 rs., en cuyo caso sumarian aquellos 9.600.000 rs., y estos 3.960.000, y quedarian líquidos para el Real

Erario 5.640.000 rs., si se aumentase la extraccion de las hilazas desde 120.000 á 180.000 arrobas, y se redujese á 60.000 la de la lana en rama, en el supuesto de crecer los derechos de estas á 100 rs., y moderar 22 la gratificacion de aquellas, que no sería necesario continuar ya desde tal época.

Para dar principio á esta idea, dejó la Compañía 3.000 arrobas de lana lavada, sin extraer, en la ciudad y en la villa de Vinuesa; pero al realizar su plan, se halló con la dificultad de que estaba prohibida la introduccion de hilazas en Inglaterra, por cuya razon, y á fin de obviar este y otros inconvenientes, acudieron al monarca, que proveyó, en 11 de Junio de 1792, con la Real Cédula siguiente:

«El Rey: La Compañía de ganaderos trashumantes serranos de las provincias de Sória y Búrgos, representada por D. Isidro Perez, director primero y fundador de ella, me hizo presente que, aunque el principal objeto de su asociacion fué el comercio de sus lanas, extrayéndolas en rama del Reino, habia reconocido que, así como iban á dar ocupacion á las fábricas extranjeras, podian darla á las nacionales, y que aunque á la Compañía no la fuese fácil establecer de pronto fábrica de paños finos en que se consumiesen todas, la parecia asequible el reducir á las hilazas mucha parte de ellas; que sobre este punto sus compañeros directores propusieron á la Junta general de accionistas, celebrada en Mayo de 1788, el pensamiento de promover la extraccion, para fuera del Reino, de las lanas hiladas del modo que la sacaban en rama, y que se les dieran las facultades necesarias para ello, á vista de la grande y útil ocupacion que aquella maniobra proporcionaria á las muchas gentes pobres de ambos sexos que en la provincia de Sória, principalmente, carecian de ella y vivian de limosna; que uno de los medios que más facilitaria esta empresa sería el acuerdo que la Sociedad económica de la capital tomó, y comunicó circularmente en 24 de Enero de 1787 á las Justicias de todos los pueblos de la misma provincia; pues haciendo turnar por ellos, como lo ofrecia, sus cuatro escuelas de hilazas finas, se adiestraria en esta maniobra un gran número de mujeres y muchachos, que no habian podido conseguirlo porque faltaba quien suministrase para ello las lanas preparadas que eran necesarias, y que aprontaria en adelante la Compañía, dando las cardadas á los maestros de las propias escuelas, como se ejecutaba en mis reales fábricas de Guadalaxara y Brihuega; que tambien serian medios conducentes al mismo fin el que de éstas fuesen á la de Sória sugetos inteligentes en todas las operaciones de la lana, hasta la de hilarla inclusive, para que con su enseñanza se habilitasen aquellos nacionales á ejecutarlas perfectamente, con lo demás que expone; y que no dudando mereciese mi real aprobacion tan ventajoso proyecto, esperaba fuese servido de dispensar á la Compañía las gracias y auxilios que se contemplasen necesarios para su ejecucion. Enterado de esta representacion, la mandé remitir á mi Junta general de Comercio y Moneda, para que la examinase y me consultase los

que se podrian conceder á la Compañía, sin perjuício de las demás fábricas de tejidos finos de lana que se hallaban establecidas en el Reino; y habiéndose visto en ella con los diversos informes que estimó conveniente tomar acerca de este expediente, y con lo que sobre todo expuso mi fiscal, me hizo presente cuanto resultaba de él, en consulta de 19 de Enero de este año; y por mi real resolucion á ella, conformándome con su dictámen, y deseando dar á la referida Compañía de ganaderos trashumantes serranos de las provincias de Búrgos y Sória una señal de lo apreciable que me ha sido su pensamiento, he venido en admitir, bajo de mi soberana proteccion, tanto á este cuerpo como á las fábricas que estableciere, dispensándola, además, para que pueda llevar á efecto las gracias siguientes:

»1.ª La exencion de derechos de la lana hilada que saque del Reino y lleve á países extranjeros, y durante un año el premio de cuarenta y cuatro reales de vellon por cada arroba de estas hilazas que extraiga, pagados de los productos de la renta de lanas.

»2.ª El permiso de que D. Gregorio García, Veedor general, que fué, de mis reales fábricas de Guadalaxara y Brihuega, pase á establecer las escuelas de hilazas y las fábricas que esta Compañía ha propuesto, si se conviniere á ello, y siendo de su cuenta el sueldo ó dietas que le haya de abonar.

»3.ª La declaracion de que si además necesitase maestros y oficiales de mis citadas reales fábricas, podrán pasar al servicio de la Compañía los que no hagan falta en ellas, y la facultad de que envíe á las propias fábricas y á las de Ezcaray los que destine á ser instruidos en sus maniobras, á los cuales no se les ocultará secreto alguno, ni nada de lo que conduzca á mejorarlas, dejándolas asimismo sacar modelos de las máquinas que haya, para facilitar su perfeccion.

»4.ª La recomendacion, que tambien ha solicitado la Compañía, para que por el Banco Nacional de San Cárlos se la franqueen las anticipaciones y auxilios que haya menester, por el interés de 5 por 100 al año, y bajo las condiciones y seguridades correspondientes y acostumbradas.

»5.ª El uso de la casa que tuvieron los ex-jesuitas en Sória, á excepcion de la parte que anteriormente se cedió á la Sociedad patriótica de aquella ciudad, y esté ocupada con la fábrica de medias de su cargo, á fin de que esta Compañía pueda plantificar en el resto de ella la de paños que ha proyectado.

»6.ª La facultad de hacer construir, á sus expensas, los lavaderos, tintes, batanes, tendederos y demás oficinas conducentes para completar este importante establecimiento en los sitios ó parajes que más la conviniese, tomando las aguas que necesite de las fuentes, arroyos y rios más á propósito, y precediendo el pago de los terrenos que ocupe, segun se ajuste con los pueblos. Comunidades ó particulares á quienes pertenezcan, ó por tasacion de peritos.

»7.ª Ultimamente, este establecimiento, y la Compañía por él, ha de gozar las gracias, exenciones y privilegios concedidos por punto general á todos los de su clase del Reino en las reales cédulas de 18 de Noviembre de 1799, 8 de Mayo de 1781 y 11 de Mayo de 1783, y en la órden que la misma Junta general de Comercio y Moneda comunicó á sus Subdelegados

en 27 de Abril de dicho año de 81, de que con ésta se la entregará un ejemplar para su gobierno, igualmente que de la otra órden que tambien les dirigió en 16 de Mayo del año próximo pasado, á consecuencia de mi real determinacion sobre su consulta de 9 de Diciembre de 1789, respecto de que esta fábrica debe asimismo disfrutar la franquicia que por ella declare á todas las naciones para introducir, libres de derechos, los instrumentos, herramientas, efectos simples é ingredientes de tintes que necesitasen traer de países extranjeros para sus elaboraciones, sin la restriccion con que anteriormente se procedia en estos puntos, pero con la obligacion de comunicarlos en ella con la justificacion debida; y habiéndose publicado en la propia Junta general esta mi real resolucion, con expresion de haber mandado comunicar las órdenes consiguientes á ella, he tenido á bien expedir para su debido cumplimiento la presente mi real cédula, por la cual ordeno á los Presidentes, Regentes y oidores de mis Consejos, Chancillerías y Audiencias, á los Intendentes, Corregidores, Gobernadores, Alcaldes mayores y ordinarios y demás Jueces y Justicias de estos mis Reinos y Señoríos, y especialmente á los Intendentes de las provincias de Sória y Búrgos, á los Corregidores de ambas ciudades, á los Administradores generales y particulares, Contadores, Tesoreros y demás dependientes de mis Rentas reales, y á cualesquiera otras personas á quienes lo contenido en ella toque ó tocar pueda, que luego que les sea presentada ó su traslado en forma que haya fé, la vean, guarden, cumplan y ejecuten y la hagan guardar, cumplir y ejecutar en todo y por todo, facilitando á la mencionada Compañía de ganaderos trashumantes serranos de Sória y Búrgos los auxilios que en su virtud la corresponden y deban ser guardados, sin ponerla impedimento alguno en ello, que así es mi voluntad, y que se tome razon de esta cédula en las Contadurías generales de Valores y distribucion de mi Real Hacienda, y en las principales de Rentas generales y provinciales de Madrid, en el término de dos meses de su fecha, pues no haciéndolo será nula; y sucesivamente se tomará igual razon en las Contadurías principales de las Intendencias de Sória y Búrgos, y demás partes donde convenga. Dada en Aranjuez á 11 de Junio de 1792.»

Después de esta Compañía, la que más hizo por animar, lo mismo la industria que la agricultura soriana, fué la *Sociedad Económica de Amigos del País*, simbolizada en un mancebo con un zurron al hombro y este mote: *El hombre ocioso, para nada es provechoso.*

Debió Sória á esta Sociedad otras mejoras importantes, tales como la conduccion de aguas á las fuentes de *Teatinos* y de los *Leones;* la construccion del magnífico *Puente nuevo*, en la carretera de Madrid; la fuente de la *Teja*, los paseos del *Miron* y del *Espolon*, así como muchos jóvenes de la ciudad el coste de su enseñanza en diversas clases de artes y oficios.

(Continuará.) ANTONIO PEREZ RIOJA.

LAS ISLAS FILIPINAS

(SEGUNDA PARTE)

ESTUDIOS DESCRIPTIVOS

(Continuacion.)

CAPITULO IV

Conclusion de la carta del P. San Agustin.—Consideraciones del P. Juan José Delgado.—Ultimas observaciones sobre ambos trabajos.

I

Continúa la carta:

«Son tiranos unos con otros, y así, el indio, con alguna »mano del español, es insolente é intolerable entre ellos, tanto, »que en medio de su ingratitud lo conocen algunos (aunque es»tos son muy pocos), cuando es cierto que si no hubieran ve»nido á estas Islas los españoles, ya se hubieran consumido los »indios; porque, como peces, los mayores se hubieran tragado »á los menores, segun la tiranía que en su gentilidad tenian.»

«Son faltos de razon y entendimiento, y de consideracion, »no sabiendo de medianías en ninguna cosa, sino de extremos. »Así, si se les pide agua tibia, la traen hirviendo; si se les re»conviene que la quieren más templada, la traen helada; y en »este círculo vicioso de extremos, estarán sin fin y sin hallar

»medianía: considérese cómo se portarán en materias pruden-»ciales, donde se ha de buscar el medio y no los extremos».....

«Esto es causa de gran desasosiego entre nosotros, y en »ellos de grande contento al vernos perder la paciencia, aun-»que les cueste algunos golpes, los cuales llevan de muy »buena gana por hacernos impacientar, y esto lo celebran gran-»demente en la cocina. Y así, no hay cosa que el indio más »sienta que ver al español ó Padre reposado, y que con pacien-»cia y cachaza le asiente la mano cuando es menester, porque »raras veces de buena gana hacen cosa alguna, y así suelen de-»cir los más prudentes de ellos, *que donde nace el indio nace el »bejuco*».....

«A un religioso Agustino, que hoy vive, muy conocido por »sus grandes letras, le sucedió, recien venido, recibir un mu-»chacho en su servicio, de ocho á nueve años, tan experto y »vivo que se daba á estimar, y el dicho religioso le queria mu-»cho por la buena expedicion. Reparó el muchacho que el Pa-»dre le sufria mucho y le reprendia muy mansamente sus des-»cuidos, y un dia le dijo:—Padre, se te conoce que eres nuevo; »mira, á los indios como yo no se les ha de perdonar ninguna »falta; y si quieres que te sirva bien, has de tener prevenido un »bejuco, y en haciendo alguna cosa darme con él, y verás como »ando listo como un gavilan, porque has de saber, Padre, *que »donde nace el indio nace el bejuco*, que así lo he oido decir á los »indios viejos.».....

Por doloroso que sea confesarlo, es preciso el castigo en el indígena si se ha de sacar fruto de él. Hemos podido observar, como dice muy bien el autor que comentamos, que la mansedumbre y bondad con el indio producen siempre efectos contrarios á los que nos proponemos. El bejuco, que en todas las casas de Filipinas se ve, es el mejor argumento que se puede emplear con la servidumbre, en la buena inteligencia de que, si bueno es pegar á tiempo, es arriesgado hacerlo cuando no se tiene razon. En todos los países del mundo son los extremos perniciosos.

«No se les puede dar nada, aunque sea dado, porque si su-»cede dar á alguno, aunque sea una aguja, en presencia de »otros, todos han de querer que de justicia les den lo mismo.....

»y es de tal modo esta bobería, que llevará el indio de muy »buena gana cincuenta azotes, como sepa de cierto que todos »los demás han de llevar otros tantos». . . . . .

«Como son tan curiosos y amigos de saber lo que no les »toca, es cosa de admiracion lo que sucede cuando se confie»san muchos, pues todos están con la vista fija en el que se »confiesa, causando admiracion y risa ver todas las mujeres con »las caras vueltas á las espaldas, que parecen Janos biformes »ó danzantes de retorno con la máscara al cogote; y de este »modo se estarán hasta que acabe la funcion, y lo mismo es el »Miércoles de Ceniza ó á la adoracion de la Cruz el Viernes »Santo, que todos quieren besar á un tiempo, ó en casos seme»jantes.»

«Son muy tentados del pecado de blasfemia, por causa de »su ruin natural, su soberbia y su presuncion, y así es muy or»dinario el quejarse de Dios, que ellos llaman *Paghihinanaguit*, »porque no les da esto ó lo otro, salud ó riquezas, como hace »con otras criaturas, diciendo palabras disparatadas, que causan »horror á quien no supiese nacen de falta grande de entendi»miento y consideracion, y muy léjos de ser capaces de confor»marse con la divina voluntad.»

«Son muy vanos, y en ninguna cosa gastan de mejor gana »que en funciones de vanidad; porque se tienen en mucho, »quieren que los estimen sin hacer obras para merecerlo, y los »hombres principalmente, aunque no tengan que comer, no les »ha de faltar la valona, sombrero y vestido al uso, y hacen »muy frecuentes convites con muy leve causa, que todos se re»ducen á beber, á cantar y hacer mucho ruido, y la vanidad »es sola la que los obliga á minorar la pereza para buscar »con qué conservar esta estimacion y aplauso de sus compa»triotas.»

Esta vanidad los hace á veces parecer ridículos en alto grado, por la parte cómica con que suelen llevar á cabo sus ceremonias, queriendo seguir en todo la moda española, pues no se conforman, por lo regular, con nuestros usos y costumbres, sino llevándolos á la exageracion.

La siguiente esquela de defuncion que conservamos, en extremo curiosa, dará una idea de cuanto decimos.

E. P. D.

DOÑA FULANA DE TAL

LA SÍMPATICA ESPOSA DE

DON FULANO DE TAL

(AQUÍ LOS TÍTULOS)

Ha fallecido en la tarde del 11 del actual por la enfermedad del mal parto, que en corto tiempo le ha conducido á la última morada, donde le han enjugado las lágrimas su desconsolado esposo, madre, padres políticos, hermanos, parientes y amigos que le estiman: cuya muerte ha dejado cinco hijos menores de edad y fué sentida en lejanas provincias por sus amigos, por su bondad y buen trato: lo que mas lloran dichos amigos del Sr. N., el deplorable estado de éste, el haber perdido su verdadera alhaja, ó por mejor decir, su mano derecha irreparable. Ruego á mis amigos y conocidos y á las personas caritativas para que rueguen á Dios por el alma de la citada señora, para que la tenga en el seno de los justos y gozar la gloria de su santo reino.

C..... 20 de Feb. de 188.....

L. D.

Una invitacion conservamos tambien para un convite de Semana Santa, que á la letra dice lo siguiente:

M. S. M.

Sábado Santo es el dia,
En que celebrarse suele
La triste orfandad que duele
A nuestra Vírgen María.
Este año tambien se haria
Lo que siempre, con fé dina,
Que antes que el sol que ilumina
Se esconda ese dia en ocaso,
Lucirá, cual pide el caso,
La *Procesion* vespertina.

Esta funcion con ardor
Quisiera ver primorosa
Ya que, aunque inhábil, mi esposa
Es de ella *Hermana Mayor.*
Y así con ruegos y amor
Deseamos la interesencia
Vuestra, y la complacencia
De pasar á la morada (1)
Do prueba habrá preparada
De nuestra correspondencia.

S. S. S. Q. B. S. M.

Fulano de Tal.

Binondo... Marzo de 187...

*Sr. D.*_____

(1) Casa núm.º_____

2.ª calle de Sto. Cristo.

Es costumbre en Filipinas, en la clase indígena, lo mismo en los casos felices que en los adversos, celebrar los aconteci-

mientos con francachelas, siendo de admirar la reciprocidad con que éstos se llevan á cabo, lo mismo por ricos que por pobres. Cuando un indio se ve obligado á dar una fiesta, lo primero que hace es preparar el *listahan* (lista) de los amigos que corresponden con el llamado *ambac* (ayuda, auxilio, etc.), y en ella va apuntando cada cual la cantidad por que contribuye, realizando así el interesado, no sólo lo suficiente para el compromiso, sino un sobrante para cubrir sus caprichos. Concluido el *catapusan* ó *bailuhan* (equivalentes á fiesta), se guarda la lista con el mayor cuidado; y cuando uno de los apuntados en ella, celebra otra, y al efecto se presenta con el *listahan* en casa del primero, mira éste su apuntacion, y con la mayor escrupulosidad entrega la cantidad que recibió del que pide, borrando ésta en su apunte. Esta reciprocidad es llevada tan al extremo, que si el indio no tiene dinero para el *ambac* que recibió del amigo, lo pide ó lo roba para salir del compromiso.

Este comunismo verdadero, es en extremo digno de admiracion en el país, y los indígenas no excluyen de él al europeo, si éste penetra en sus costumbres. Sucede comunmente que una familia indígena se pone á comer, y que al poco rato se presenta un indio en la casa, que entra casi sin saludar, y sin más ceremonia, poniéndose en cuclillas con ellos, mete la mano en la olla de la morisqueta; pues nadie le preguntará quién es, de dónde viene ó dónde va. Aquel indio es un necesitado que pasaba por la calle, olió la comida y subió para satisfacer su apetito, y hay que respetar su proceder; mañana, tal vez, el dueño de la casa se hallará en idéntico caso, y de este modo tendrá libertad para hacer lo mismo. Igualmente sucede por la noche; el indio entra, se acuesta en el petate de la familia, y al rayar el alba prosigue su camino, sin que nadie le ponga obstáculo. Así, pues, en las islas, son inútiles las posadas y los posaderos, que bajo ningun concepto tendrian vida propia, dado este carácter.

«Son en extremo vengativos, al paso que son ruines y co»bardes, y cuesta mucho á los ministros conseguir de ellos se »reconcilien con sus enemigos; y aunque por miedo lo hagan, »nunca es de todo corazon, porque es muy poderosa en ellos »esta pasion; y como necesitan magnanimidad y valor para ven-

»cerla y estas virtudes son ajenas de ellos, suele echar el ódio »en ellos raíces imposibles de arrancar en toda la vida.

»Esta es la causa de ser tan amigos de pleitos y andar por »audiencias y tribunales, haciendo querellas, en lo cual gastan »con gusto lo que tienen, sólo por hacer gastar á los otros y »causarles daño y molestias.»

»Para ser en todo contrarios á otras naciones, tienen lujuria »sin amor, esto es, en los amores ilícitos, porque en lo sobre»natural, que causa la gracia por medio del sacramento del »matrimonio, como obran impulsos soberanos, se vence su »mala inclinacion y hacen, los más, muy buenos casados. Pero »en comunicaciones ilícitas, no tienen más intencion que el »apetito corporal, y quitar á las mujeres cuanto tienen para »jugárselo, porque entre ellos es ya uso asentado que las mu»jeres den á los hombres y ellos sean los servidos y regalados, »y sólo dan palos, coces y pesadumbres: tanto, que se puede »decir que tienen un infierno en este y el otro mundo. Así, las »mujeres andan muy pobremente vestidas, porque ellos todo »lo quieren para sí.». . . . . .

«Tienen tambien otra notable política que les ha enseñado »el infernal Maquiavelo Satanás, que es tan buena para sus »cuerpos como mala para sus almas, y es que observan muy »exactamente el encubrirse unos á otros los delitos y malda»des, procurando que ningun exceso llegue á noticia del Padre »ministro, Alcalde ó español, y esto lo guardan con notable »secreto, aunque estén ellos entre sí enemistados y á matar, »como dicen. Así, el mayor delito entre ellos es el decir al »Padre lo que pasa en el pueblo, que llaman ser *mabibig*, y »esto es considerado tan grave, que todos se levantarán contra »él, hasta las piedras de la misma tierra. Por esto, en los aman»cebamientos y en otras maldades, viven los culpables seguros »de remedio humano; pues ninguno quiere ser *mabibig*, por ser »la culpa más abominable y el único pecado que hay entre »ellos.». . . . . .

«Son faltísimos de providencia, y así los criados y mayor»domos no avisan al amo que se provea de alguna cosa, hasta »que totalmente se haya gastado; y así, cuando dicen: *no* »*hay azúcar*, *no hay aceite*, es que no hay absolutamente nada.»

«Si hay visitas ó convidados á comer, al amo le han de »poner la mejor taza y el mejor plato, que se distinga mucho »de los demás; y entónces, solamente cuidan de su amo, y no »hacen caso de los huéspedes, causando al pobre dueño ver»güenza grande, y es necesario disculparles con la mala lec»cion que para esto les da el demonio».....

«Tienen los estómagos como sacabuches, y así los encogen »y ensanchan con admiracion, porque siendo así que guardan »gran parsimonia en sus casas, es para alabar á Dios lo que »engullen y tragan á costa del español, como allá de Galalon »dijo Quevedo: *Galalon, que en su casa come poco, á costa ajena »el corpachon ahita.* Pero hágales buen provecho, que tambien lo »suelen muy bien desquitar cuando bogan.»

«Son horribles y espantosos en meter cizaña, así unos con»tra otros, como contra los Padres ministros; y en esto habria »tanto que decir, que fuera para nunca acabar; y saben de tal »modo quejarse y con tales afectos, que persuaden decir verdad »á los más experimentados de sus falacias y embustes. Acuér»dome que un Alcalde experimentado, cuando le venian con al»gunas quejas, le oia decir, *audivi auditionem tuam et timui.* Suele »haber en los arrabales de Manila indios é indias que se alqui»lan para plañideras, como las ploratrices que usaban los He»breos y se usaban en Castilla en tiempo del Cid. Van pri»mero los autores de la querella en casa de algun letrado, »conocido por su habilidad, que son de aquellos que el derecho »llama *Rabulas*, que no saben cuál es su mano derecha; éstos »tienen libros de fórmulas y de peticiones contra todo el gé»nero humano, v. gr., en esta forma: *querella contra Alcalde*, y »luego se siguen todos los crímenes y excesos que pueden ser »cometidos por los Alcaldes; y lo mismo en la querella contra »los Ministros y curas, donde se encierra todo lo posible de »excesos; y el dicho Fabro de la calumnia, como dice el Italiano, »toma los nombres de los actores y reos, y algunas circunstan»cias, y luego planta todo lo que está en el libro de pe á pa, »sin perdonar pizca; y esto no es hablar á tiento, que en el »archivo de cámara se hallará el derrotero que de esto se halló »á un cierto Rabula llamado Silva, que además de esto tenía »gracia de contrahacer escrituras y provisiones reales. Hecha

»la peticion, llevan consigo á las plañideras, y van á hacer su »querella con un llanto como el de Magedo por el rey Josías, »que enternecerá á las piedras, y esto en mi tiempo se ha ave»riguado por diversos señores Gobernadores, y me acuerdo de »uno, por el Sr. D. Juan de Vargas, y de otro, por el señor »D. Gabriel de Crucelaegui, de los cuales se acuerdan muchos »que viven: vean, pues, la lástima que se debe tener á los Pa»dres ministros, cuyas honras están expuestas á tanto peligro.»

«El artificio y diabólica habilidad de acriminar, es desigual »á su capacidad, y se conoce que tiene especial sugestion del »padre de la discordia, Satanás. Acuérdome que á cierto pro»vincial se querellaron contra el Padre ministro, diciendo te»nía ocupados *doce indios* en sólo cuidar de un caballo; hizo la »averiguacion, y halló que no tenía más que uno, y que servía »el tener dicho caballo mucho para acudir á la administracion »de las almas; y reconviniendo á los calumniadores de la fal»sedad de su querella, replicaron diciendo: *Padre, es verdad que »ese indio es uno, pero se muda cada mes, y al cabo del año son doce »hombres.* Vean qué sutileza y aritmética para acriminar, embo»lismando los indios de un año para dar pasto á su calumnia.»

«Son muy amigos de actos, ceremonias y fiestas, donde hay »alguna novedad, y amigos, de romerías léjos, á imágenes de »algun milagro nuevo, y de lo antiguo no se acuerdan.»

Raro es el mes que en Filipinas no se celebra una docena de fiestas, pues todos los pueblos y los arrabales tienen sus santos patronos, en cuyo dia es comun el regocijo. Estas fiestas, mezcla de religioso y profanas, se celebran, primero con procesiones, á las que concurren miles de almas, haciendo imposible el tránsito, y luego con comilonas y bailes en casa de los vecinos, en las que nada echa de ménos el gusto más delicado. En estos dias menudean los fuegos artificiales de gran ruido, á los que es muy aficionado el indio, y las calles y las plazas, adornadas de arcos y templetes vistosos, presentan, al brillo de su iluminacion, el golpe de vista más sorprendente. Las músicas se desgañitan, los *hermanos mayores* echan la casa por la ventana, y todo el mundo en la mayor fraternidad goza, pues segun costumbre, todas las casas están abiertas para el que quiere ver la fiesta ó tomar parte en ella.

Las romerías más importantes de Filipinas, son las que se celebran en los pueblos de *Antípolo* y *Obando*, que coinciden en el mes de Mayo. La primera, consagrada á *Nuestra Señora de la Paz y Buen Viaje*, conocida vulgarmente por el nombre de *Nuestra Señora de Antípolo*, suele durar hasta primeros de Junio. En este largo intervalo de tiempo no cesan de llegar al pueblo miles de romeros: los unos en busca de la virtud maravillosa de sus aguas minerales, y los otros con el ánsia del regocijo. Puede muy bien decirse que medio Archipiélago abandona anualmente sus hogares para visitar estos sitios deliciosos. La fiesta de Obando tiene lugar en la segunda quincena de Mayo, y se celebra en honor del Santo tutelar, *San Pascual Bailon*. Hay entre los indios la creencia de que se consigue la curacion de todas las enfermedades bailando delante del Santo, y al efecto, los más entusiastas, para adiestrar sus miembros, empiezan á efectuarlo en Manila, no cesando hasta llegar al santuario. El camino que conduce desde la capital al pueblo, sombreado por hermosos árboles, cuyas copas en muchos puntos se enlazan, se ve, sin cesar, lleno de un inmenso gentío que acude desde todas las provincias del Archipiélago. El dia en que se efectua la procesion del Santo, es cosa digna de ver el cuadro, que representan 18 ó 20.000 indivíduos bailando desesperados al rededor de las andas, miéntras, sin perder el compás, se frotan con ambas manos la parte dolorida, dando lastimeros quejidos. En estas fiestas, como ántes hemos dicho, son muchos los que sólo buscan la diversion, y el que más goza es, sin disputa, el chino, que cínico y gloton por temperamento, bajo la capa de la religion, aprovecha todas las ocasiones para hacer su agosto.

«Tienen particular propension á comedias y farándulas, y »así no hay fiesta de consideracion si no hay comedia, y si »pueden no perderán ensayo alguno; y de todo no ponen aten»cion sino en el gracioso, que hace mil boberías materiales, y »á cada accion han de dar todos una carcajada; y el que hizo »con aceptacion este papel queda graduado de discreto y con »licencia de entrar y salir en cualquier parte, y coger la barba »á la mujer delante del marido, el cual tiene obligacion de reirse »aunque no tenga gana, y es muy necesario que estas repre-

»sentaciones no sean nocivas, porque se les imprime mucho, »así como les hacen mucho provecho las funciones y actos ex»teriores, como el descendimiento de la Cruz ú otros actos, he»chos al modo de los que en España llaman escuyales».....

«Son en extremo observadores de sus usos y costumbres, »que llaman *ogalí*, y el faltar á ellos es notable infamia: y así, »por no quebrantarlos, atropellan con todo; y en sus bodas y »entierros son muchas y raras las ceremonias y abusos que tie»nen, los cuales no se han podido quitar por diligencias que se »han hecho, porque ellos no quieren del español sino el trage y »todo lo malo que ven en ellos, y estas costumbres me parece »que jamás se quitarán.»

Cuando en una familia indígena muere algun individuo, es costumbre convidar al *Dápid*, que así se llama entre ellos la funcion mortuoria, que se celebra con comilonas y música, acabando con la conduccion del cadáver en solemne procesion, cantando todos los convidados vigilia y responso, acompañados del Cura párroco ó sacerdote que la preside. Después de esto viene el *Duplo*, que es un juego en el que se pasan las veladas, á cuyo efecto, colocados en hilera, los hombres en frente de las mujeres, y á la cabeza de los primeros los que se titulan *rey* y *príncipe*, empieza aquel diciendo: *bellacos y bellacas han muerto*, y el que sigue contesta: *V. M. ha muerto.—Yo no*—dice el rey—*ha sido el bellaco Fulano*—y el designado tiene que continuar el juego, defendiéndose segun puede y tratando de echar el asunto á otro bellaco ó bellaca, que á su vez hace lo propio, todo entre la consiguiente algazara y chacota de los convidados. Si el designado no logra con razones defenderse, el rey se adelanta para castigarlo, y aquí empieza la parte de mayor atractivo en la fiesta; pues, si es hombre, una mujer tiene que salir para defenderlo de los golpes del rey; y si es mujer, debe salir un hombre. De este modo se averigua quién es el muerto, se pasa alegremente la velada, se distrae la familia, y se ratifica una vez más el dicho castellano de «no hay velatorio sin jolgorio.»

FRANCISCO J. DE MOYA Y JIMENEZ.

(Continuará.)

AIXA

(LEYENDA ÁRABE-GRANADINA)

(Continuacion.)

XVI

Amaneció el dia sereno y hermoso; no manchaba el puro azul del cielo la más ligera nube, y el sol brillaba en el espacio derramando alegría.

Distinguíase á lo léjos Sierra-Nevada, reflejando en su eterna sábana de nieve los ardientes rayos del sol, y Sierra-Elbira, aún envuelta en la azulada neblina de la mañana, se levantaba hermosa al otro extremo.

Medina-Alhambra, iluminada por la espléndida luz del astro de la vida, semejaba una ciudad de fuego, recordando así los momentos supremos en que fueron sus esbeltos torreones y sus macizos muros levantados (1).

Todo era animacion en Granada; circulaba la gente engalanada

(1) Cuenta Ebn-Hayan, haciéndose eco de la tradicion, que la fortaleza Alhambra fué construida el año 276 de la Hégira (889 de J. C.) por el caudillo Sawar-ebn-Hamdum, en defensa de las huestes árabes, á las que habia reducido al último extremo la osadía de los muladíes, dirigidos por el célebre Omar. Interrumpido aquél en operacion tan necesaria como urgente, por los repetidos ataques de los muladíes, vióse forzado á pelear de dia para trabajar de noche en las murallas. A la luz de las antorchas presentaban éstas cierto tinte rojizo, dando orígen tal circunstancia á que desde entónces se denominase *la roja* (al-hamrâa), nombre que conserva todavía, no sólo la fortaleza, sino la colina misma que la sustenta

como en los dias festivos, y resonaban las calles de la ciudad con sus alegres cantares.

Desde bien temprano habian proseguido los *alârifes* su tarea, comenzada la noche anterior, y multitud de banderas y gallardetes adornaban ya el circuito destinado para la fiesta, flotando á merced de la juguetona brisa de la mañana, miéntras el arrayan y el laurel alfombraban con profusion las calles próximas á *Bib-ar-Rambla*, y, principalmente, el *Zacatin* y la cuesta hoy llamada *de los Gomeles* hasta la misma *Bib-Aluxar*.

Las casas vecinas al lugar de la fiesta habian adornado sus ajimeces y ventanas con tal riqueza de sedas y de paños, de tan distintos colores, que no parecia sino que sus paredes eran un inmenso pensil, esmaltado por multitud de flores primorosas.

Comparsas de músicos recorrian toda Granada, llenando los aires con los acordes de sus instrumentos, entre los que sobresalian los ecos del bullicioso *adufe* (1) y del *aqual*, de la dulce *axxabeba* y del *rabé*, del *bondir* y de las alegres *karkabas*, que incesantemente agitaba entre sus dedos hermosísimas muchachas.

Todo aquel movimiento, toda aquella animacion que hacía aún más grata lo hermoso del dia, hallaba orígen en la fiesta con que Abú-Abdil-láh Mohámmad V obsequiaba á los caballeros de su córte, corriendo cañas y bohordos en *Bib-ar-Rambla*; el espectáculo no podia, al mismo tiempo, ser más del agrado del pueblo granadí, que gozaba con estos ejercicios guerreros tanto como el jóven príncipe, generoso protector y cultivador de la literatura, diestro en las armas y hábil en la pelea, como demostraban aquellos simulacros en que tomaba parte.

Tres dias consecutivos habíase publicado por medio de pregones, repetidos en toda Granada, la noticia de aquella fiesta, y de los pueblos inmediatos habian acudido tantas gentes, que era difícil hallasen cómodo albergue en la ciudad de los Beni-Nassares. Así, pues, con verdadera impaciencia era aguardada la aurora de aquel dia en que, para honra del mes bendito de Ramadhán, el mismo sultan ha-

---

(1) Entre los instrumentos que usaron los árabes andaluces, se encuentran, con efecto, el *adufe* o pandero; el *aqual*; la *axxabeba* ó flauta; el *rabé*, instrumento de cuerda parecido al violin; el *bondir*, instrumento cuadrado, y la *karkaba*, especie de castañuelas. Pudiéranse citar, al efecto, además de éstos el *attabal* ó tambor; el *añafil* ó clarin; el *albogue*, especie de trompeta: la dulzaina; las sonajas; el laud; el tir, especie de pandero con sonajas; la gaita, timbales y cuantos otros enumera el Arcipreste de Hita.

bia prometido justar con sus caballeros, para dar con esto más solemnidad á la fiesta preparada.

Desde las primeras horas de la mañana notábase en torno de *Bib-ar-Rambla* extraña animacion que, revelando la crecida afluencia de forasteros, anunciaba, sin duda alguna, que no faltarian lances en la fiesta, correspondiendo de este modo á la fama con que se habia divulgado la noticia por todo el reino granadino. Ofrecia, pues, estar concurrida; y cuando los alârifes acabaron de colocar el tablado dispuesto para la música, un grito de alegría se escapó unánime de todos los labios, próximo ya el momento de dar principio á tan guerrero como predilecto ejercicio de los creyentes.

Oyéronse resonar las chirimías y los lelies, que daban la señal para el comienzo de la fiesta, y por distintas calles asomaron diversas comparsas de músicos vistosamente engalanados, que á la hora de *addohar* (1) asaltaron bulliciosamente el tablado, comenzando de nuevo á herir el aire con el sonido de sus instrumentos.

Pobláronse los ajimeces y miradores de las casas vecinas, y por entre las celosías de las ventanas habria podido conocerse que las bellas granadinas no desdeñaban ciertamente el espectáculo; y al desembocar en *Bib-ar-Rambla* los primeros ginetes, bizarramente ataviados, resonó en el espacio un grito de entusiasmo, siendo acogidos por el pueblo con albórbolas y algazara universales.

En aquel momento semejaba *Bid-ar-Rambla* un mar de humanas criaturas, cuyas oleadas se sucedian sin interrupcion.

XVII

Horas ántes de estos acontecimientos, Aixa, la bella enamorada de Abdil-láh, se preparaba en silencio para asistir, oculta trás espesas celosías, á aquella fiesta maldita, donde acaso habia de hallar la muerte su adorado; y miéntras las esclavas se afanaban en adornar sus gracias y realzar la incitante hermosura de su rostro—presa de horribles angustias temblaba la pobre niña, temerosa de la eficacia de su aviso, ó de que no hubiese llegado á tiempo á manos del emir, para impedirle justar con los gallardos caballeros de su galante córte.

(1) La hora del medio dia.

—¡No hay duda que la sultana es obsequiosa conmigo, y que nunca podré pagar debidamente las bondades con que me distingue y honra!—pensaba con ironía.—¡Por Alláh, que es implacable como el destino y cruel como la muerte!.... ¡Aún no está harto su corazon de hiena con los tormentos que han lacerado mi espíritu, acaso crea que no son todavía bastante grandes los dolores con que ha herido mi pecho, al contemplar en mis brazos el cuerpo casi exánime de mi amado Abdil-láh! Tal vez piense que no es mucho padecer el obligarme á ser verdugo del emir, ¡á mí! ¡á mí, que le amo como sólo pueden amar las huríes del Eden!.... ¡A mí, que encuentro mi dicha en una palabra suya! Sin duda juzga que es posible hacer más profundos mis sentimientos, cuando me manda asistir á la fiesta en que intenta dar muerte al sultan, para que, presenciando su agonía, sienta romperse mi corazon, incapaz de soportar tantas pruebas! Pero no será así: ¡Alláh es mi esperanza! ¡Alláh es justo y es poderoso! ¡En él fio!

—¿Qué me importan estas galas—prosiguió, al reparar en el trage que le habian vestido las muchachas—si soy una miserable esclava, sin voluntad y sin fuerza para impedir que se cumplan los decretos de Mariem? ¡Galas, cuando debia cubrirme de luto! ¡Joyas, cuando debia correr en busca de mi amado para ahuyentar el ángel de la muerte que cierne ya las negras alas sobre su hermosa cabeza! Si Mohámmad hoy triunfa de las asechanzas de la implacable enemiga de su reposo; si, como ayer, logra desbaratar sus planes, yo me arrojaré á sus plantas y mis labios le dirán lo que tanto tiempo le han callado! Le dirán que Mariem, á quien distingue generoso, anhela su muerte para colmar sus ambiciones; que Abú-Said é Ismaíl, á quienes él colma de favores, son sus más encarnizados enemigos; que desconfíe de cuantos le rodean..... ¡Él me perdonará, y á su lado seré feliz! ¡Oh! Yo le revelaré todo esto y él se vengará..... Yo te prometo, sultana, que tu esclava aborrecida sabrá tambien vengarse de tí y de tus cómplices.....

Aquí llegaba Aixa en sus meditaciones, miéntras la vestian y adornaban sus muchachas, cuando una de ellas puso delante de sus ojos una hermosa plancha de resplandeciente acero, para que pudiese juzgar por sí propia de su tocado.

Arrojó una mirada distraida sobre aquel espejo, y con acento desdeñoso mandó á sus doncellas que se retirasen.

—¿Has querido, sultana, que presencie la muerte de Abdil-láh?.....

¡Cuida que no miren mis ojos tu derrota! ¡Por Alláh, que mi venganza no será satisfecha hasta verte en brazos de *Thagut* (¡maldito sea!), tu protector y apoyo, y el dueño de tu espíritu reprobado!

Y cubriéndose con un *solham* de fino alhame, salió del tocador, atravesando varios aposentos.

Poco después, y seguida de dos hombres que silenciosamente la observaban, cuando los músicos hacian resonar en *Bib-ar-Rambla* sus instrumentos, tomaba asiento en uno de los ajimeces destinados á los espectadores, y por cuyas celosías pudo distinguir la inmensa muchedumbre que habia invadido ya las avenidas de la plaza, ansiosa de contemplar aquel espectáculo guerrero.

XVIII

Desembocaba, entre tanto, por el Zacatin, lucida tropa de ginetes, gallarda y lujosamente vestidos, ostentando en sus trages pintorescos los colores verde y blanco, que esmaltaban estrellas de plata y cintas de los mismos colores, jugando combinados en sus monturas y en todos sus arreos.

Iba delante, apuesto y erguido, el príncipe Abú-Abdil-láh Mohámmad, conocido por *Abú-Said*; montaba un hermoso caballo, negro como el terciopelo, de bella estampa, ancho de pechos, fogoso y un tanto voluntario, que tascaba el freno obligado por la diestra mano del ginete.

Bien se echaba de ver su alto linaje en el lujo que desplegaba, y en los arreos de su montura aparecian mezcladas la plata y las piedras preciosas, que eran, tanto en él como en sus caballeros, esmeraldas y perlas, por conservar los colores que querian honrar en la fiesta.

Vestia una marlota de brocado, blanca toda ella, y cuyas mangas, de fino alhame verde, se rizaban caprichosamente, dibujando el contorno de su nervudo brazo; cubria su cabeza un bonete damasquino, adornado con dos únicas plumas, verde la una y blanca la otra, y ambas ondeaban blandamente mecidas por el fresco vientecillo de *Geb-ax-Xolair*, que templaba los ardores de un sol brillante y un dia de calma, como era, por fortuna, aquel en que Granada se disponia á disfrutar de uno de sus placeres predilectos.

Entró en la arena, la frente erguida, el labio sonriente, alegres los ojos y la faz serena, sin afectacion ni arrogancia; y al llegar frente al ajimez ocupado por Mariem, saludó con una sonrisa, y á la cabeza de sus ginetes dió una vuelta en torno de la arena, yendo á colocarse con su tropa frente á las celosías de la sultana, que ostentaban en sus colgaduras precisamente los mismos colores que lucia Abú-Said en todo su traje.

La música no habia cesado, al mismo tiempo, de llenar los aires con sus acordes, y el inmenso populacho, á quien seducia el Bermejo Abú-Said, aclamábale con regocijo de uno á otro extremo del palenque.

Las damas agitaron por entre las celosías sus pañizuelos, y todos aguardaron impacientes la llegada de la otra tropa, á cuya cabeza debia aparecer el mismo Mohámmad, para honrar más la fiesta en honor del *Libro de los libros*, dictado por Alláh á Mahoma, su enviado.

Trascurrió sin embargo largo rato, ántes de que desembocasen los esperados ginetes, y ya la muchedumbre y los justadores se impacientaban, cuando por la misma calle del Zacatin se oyeron resonar muchos instrumentos, penetrando, entre el universal griterío, diez ligeros ginetes, delante de los cuales cabalgaba sobre un potro tordillo, fogoso y vivaracho, un apuesto mancebo, á cuyo paso gritaba con entusiasmo la muchedumbre:

—¡Gloria á nuestro señor el sultan generoso Abú-Abdil-láh Mohámmad! ¡Bendígale Alláh!

Espléndido y verdaderamente régio era el atavío del ginete que capitaneaba la segunda tropa, y en su vestido y montura, lo mismo que entre su gente, resplandecian, diestramente combinados, el oro, el azul y el rojo. Cruzaba su pecho una ancha banda de azul limpio y brillante que semejaba al cielo, y sobre él, alrededor del mote distintivo de los Al-Ahmares: *Y no vencedor, sino Alláh*, estrellas de oro que á los rayos del sol resplandecian como chispas de fuego.

Una aljuba de fino ricomás rojo y oro ceñia su cuerpo, y cubria su cabeza una toca azul, prendida en un broche de oro esmaltado de rubíes.

Llevaba el rostro oculto por una visera, á través de la cual se veian brillar unos ojos negros y expresivos, y nadie extrañó este capricho del emir, cuyo valor conocian, porque lo juzgaron muestra de su excesiva delicadeza, para ofrecer de este modo mayores ventajas á

quien con él corriese cañas, olvidando que era el príncipe de los creyentes su contrario, pues que sus ginetes llevaban, en igual forma, cubierto el rostro, y no era cosa fácil distinguirle entre ellos.

Al penetrar en el anchuroso palenque, dos mujeres habian clavado en él sus ojos con igual ansiedad, aunque diversa intencion; y si un observador hubiera podido contemplarlas, habria conocido desde luégo los encontrados sentimientos que las inspiraban.

Una de aquellas mujeres era la sultana Mariem; en su mirada, recelosa y ardiente al par, se habia reconcentrado todo su encono, de tal manera, que si sus ojos hubieran podido lanzar la muerte, habria el sultan fenecido ántes de dar comienzo á tan esperada fiesta.

Era Aixa la otra, y en sus miradas leíanse los tormentos que en aquél instante padecia; tal vez, á través del calado de su celosía, hubiese querido llamar la atencion del ginete, para avisarle del inminente riesgo que le amenazaba.

Dió la lucida cabalgata una vuelta en torno del palenque, y saludando su caudillo á la sultana, fué á colocarse frente á frente de la tropa que capitaneaba Abú-Said el *Bermejo*, no sin haber hecho ántes un ceremonioso saludo á su contrario.

Una vez en tal disposicion, ambas cuadrillas se reunieron, y juntas recorrieron la arena al compás de las músicas que resonaban, y de los gritos de alegría lanzados por la agolpada muchedumbre.

XIX

Era de notarse que los sitios más próximos á las barreras se hallaban ocupados por las gentes silenciosas y de rostro ceñudo, que hablaban entre sí misteriosamente, sin aplaudir ni gritar ante los alardes de habilidad y de destreza en que se extremaban los caballeros del uno y del otro bando.

Recorrian estos grupos, de tiempo en tiempo, algunos personajes tan misteriosos como ellos, y ni el pueblo echó de ver estas inteligencias, que nada podian tener de particular, ni su aspecto sombrío turbó la general alegría, que comenzó á esplayarse desde luégo, al contemplar reunidas en caprichoso y pintoresco grupo las tropas que en breve iban á separarse para luchar en bandos opuestos.

Mariem y Aixa, sin embargo, no apartaban de ambos sus ojos; la

una, fiando en ellos su venganza; la otra, considerando ya de todo punto imposible salvar la vida del temerario Abdil-láh, si es que, como suponia, Ibn-al-Játhib, le habia entregado su billete.

Al llegar ambas tropas delante del ajimez ocupado por la sultana, separáronse por medio de graciosas evoluciones los caballeros de la una y de la otra parte, armados todos de pequeñas lanzas, adornadas con flores, lazos y cintas, que, combinadas por modo caprichoso, daban siempre el resultado de los colores elegidos por cada uno de los bandos que iban á tomar parte en aquel bélico ejercicio.

Resonaron en medio de los acordes de la música el agudo añafil y el attabal, y ambas cuadrillas se embistieron lanza en ristre.

Palmoteaban las damas detrás de sus celosías, y el populacho manifestó tambien bulliciosamente su contento, al contemplar la lucha individual en que se habia dividido la de los bandos.

Abú-Said, fiel á su palabra, habíase colocado desde el primer momento frente á frente del caudillo de los celados ginetes, y á la primera señal hecha por el añafil, se habia lanzado sobre él lanza en ristre, procurando derribarle de su montura.

Pero fué inútil de todo punto su empeño, porque el ginete, afirmándose en los estribos y conteniendo el ímpetu de su corcel, le aguardó sereno y firme como una roca, sufriendo el primer empuje de Abú-Said, sin que hiciese el más leve movimiento.

Muy por el contrario, el príncipe *Bermejo*, perdidos los estribos, hubo de asirse á las crines de su cabalgadura—que habia emprendido una carrera precipitada—para evitar el riesgo de dar en tierra con su persona.

Dominado en breve el fogoso bruto, citáronse ambos combatientes, y tomando carrera, partieron á encontrarse.

Antes de que esto sucediera, y al recobrar Abú-Said el dominio sobre su corcel, habia levantado sus ojos al ajimez desde el cual contemplaba Mariem el espectáculo; y viendo, por entre las caladas celosías, agitarse un pañizuelo, corrió presuroso á colocarse enfrente de su contrario.

No pasó desapercibida para Aixa aquella señal, que lo era, indudablemente, de la muerte del sultan, y toda temerosa, temblando como las hojas del árbol que azota la furiosa tempestad, echóse sobre el ajimez que ocupaba, y pretendió gritar; pero ni en su garganta

halló sonidos, ni su lengua acertó á moverse: que tales eran su dolor y su angustia.

Al encontrarse ambos ginetes, ninguno de los dos se movió, al recio golpe, de sus sillas, y volvieron á separarse para repetir la suerte.

Esta vez ambos se descompusieron; y fué tan récio el choque, que el ginete cuyo rostro ocultaba la calada visera se tambaleó sobre su cabalgadura y cayó pesadamente en tierra.

Un grito, grito de horror y de alegría, pero unánime, universal y espontáneo, resonó en *Bib-ar-Rambla*, y multitud de espectadores saltaron á la arena.

Los caballeros de ambos bandos cesaron de luchar entre sí, y apeándose de sus caballos, corrieron á prestar auxilios al herido, si es que podian ya serle útiles. Confusion espantosa reinó en la muchedumbre, y al cabo, una voz recia, estentórea, que nadie supo de dónde salió, pero que todos escucharon, gritó:

—¡El sultan ha muerto! ¡Perdónele Alláh! ¡Viva el sultan Ismaîl!

Y aquel grito, repetido de uno á otro extremo del *arenal*, resonó amenazador en todas partes.

Brillaron las armas; y cual suele agitar huracanado viento la tranquila superficie de los mares, aquella muchedumbre, poco ántes alegre y serena, presentó el aspecto de una horrible borrasca.

Aixa, entre tanto, loca por el dolor, habia abandonado el ajimez, y ya se disponia á descender al palenque, para estrechar por última vez entre sus brazos á su adorado, cuando en el mayor silencio desembocó por el Zacatin muchedumbre de ginetes armados, á cuya cabeza cabalgaba grave y severo el sultan Abú-Abdil-láh Mohámmad.

Cesó como por encanto la gritería; serenóse todo con su presencia, y la calma se restableció bien pronto.

Algunos hombres, sin embargo, comenzaron á huir en grupos silenciosos; pero alcanzados en breve por los ginetes que acompañaban al sultan, eran presos y maniatados á la vista de Mariem, en cuyo semblante descompuesto se pintaban al par la cólera y el ódio.

Penetró Mohámmad en el palenque, y dirigiéndose á *Abú-Said*, que habia pensado recrearse en su triunfo y permanecia suspenso al lado del herido, mandó á sus gentes que públicamente la prendieran, acudiendo presuroso al ginete que habia vestido sus galas en la fiesta y ocupado el lugar que le correspondia. Alzóle la visera y retrocedió lleno de la más viva emocion, exclamando:

—Alláh premie en el Eden tu accion heróica, valeroso y leal Ebn-al-Játhib! ¡Alláh vela por los que caminan en el sendero derecho! ¡Bendígate Alláh!

Y rasgando las vestiduras del herido, desabrochó el coselete de acero que ocultaba su trage y reconoció la herida.

Reducíase ésta á una grave incision en el costado, que habia producido el desmayo en que aún permanecia, y por el cual todos le habian juzgado muerto.

El médico Ibrahim, que acompañaba á Abdil-láh, vendó la herida y dispuso la traslacion del elegante y leal poeta al alcázar de Alhambra, con lo cual aquel hermoso dia, destinado á solemnizar el fin de la Cuaresma, y que el pueblo granadino habia considerado como de público regocijo, convirtióse en dia de tristeza para todos, pues la justicia del sultan no tardaria en dar el merecido castigo á los que, de una manera tan alevosa como infame, habian intentado su muerte.

AL-MAGHERITY.

(Continuará)

UN PROCESO EN EL ANTIGUO EGIPTO

I

Las investigaciones arqueológicas, comenzadas á fines del pasado siglo, con general sorpresa han abierto campos nuevos á todas las ciencias históricas. No ya sólo la relacion de los hechos llevados á cabo por las generaciones en las distintas fases de la civilizacion, mas tambien los íntimos misterios de la vida en aquellas sociedades, ántes apénas conocidas por confusas fábulas y tradiciones poéticas, se nos revelan hoy; y bien que esta revelacion no sea hecha con el colorido de un acabado cuadro, al ménos sí tiene los perfiles generales que há menester para ser comprendida y apreciada.

Y ello es algo, y áun mucho, cuando de tan remotos tiempos se trata. Porque de aquellos pueblos, no tanto interesa conocer los detalles como el conjunto, lo que hubo de permanente y constituyó la base de su influencia en generaciones y pueblos posteriores, mejor que lo transitorio y variable en aquella ebullicion de fuerzas, que da especial carácter á la antigüedad oriental, falta de un estado superior de unidad y de equilibrio.

De la antigüedad oriental decimos, porque estas líneas al Oriente se refieren, y nos han sido sugeridas por el particular estudio de uno de sus pueblos, el Egipto faraónico, del cual pensamos, en este artículo, decir algo bajo un punto de vista bastante nuevo y, á nuestro entender, interesante.

Esto, en que pretendemos ocupar la atencion del lector por breve espacio de tiempo, es asunto comprendido en esas líneas

generales que forman lo estable en toda cultura, segun hemos dicho: el estado del derecho en el antiguo Egipto.

Seguramente que, áun por el solo hecho de llevar consigo la representacion de una raza tan influyente en la cultura universal, la generacion del Derecho entre los egipcios tiene superior interés, y deberia estudiarse y analizarse con detenimiento. La manera de ser de la familia, la constitucion de la propiedad, el derecho de gentes, las relaciones entre los ciudadanos, el concepto de soberanía, nociones eran de distinta manera comprendidas, y que, trasmitadas en la comunicacion de los pueblos, mantuvieron gérmenes de ideas constantes en muchos siglos, y latentes por largos tiempos más en épocas prolongadas.

Mas como quiera que esto sea, tal estudio sólo puede hacerse por quien acierte á dar cabida á lo cierto y lo dudoso, juntamente con el análisis de lo falso; que nada es posible desdeñar en estas materias.

Pero, fuera de esto, de la aridez puramente científica, tiene un aspecto verdaderamente curioso el exámen de los resultados obtenidos por la investigacion arqueológica en el órden de conocimientos de que venimos hablando. Esto de ver funcionando, en el Egipto de los Faraones, un tribunal perfectamente constituido, con prácticas semejantes á las que áun hoy están en uso, especie de cuna secular de los procedimientos judiciales, es, á más de curioso, instructivo y saludable.

Bajo este prisma hemos de tratar el asunto, y con esa salvedad únicamente nos resolvemos á tocar este estudio tan comprensivo é importante.

II

Comprendido en el número de los documentos que pueden servir para el estudio del estado del Derecho en el antiguo Egipto, se halla uno, tal vez el de mayor interés entre los dos únicos estudiados, hasta hoy, en detalle (1).

(1) Son estos el Papiro judicial de Turin, estudiado por M. Dèverie, *Revue Asiatique*, 1865-68; y el Papiro Abbott, *Select papiri*, Museo Británico, *Revue archeologique*, t. XVI.

Nos referimos al papiro Abbott, el cual ha sido objeto de un exámen completísimo, cuidadosa y magistralmente hecho por M. Maspero, y cuyo trabajo tenemos á la vista, fundamentando en él nuestros apuntes (1).

No estaria de más, en primer término, dar idea de la organizacion judicial en el Egipto, mencionando sus divisiones administrativas, de manera que se viesen funcionando desde el Supremo Tribunal de Tebas hasta los agentes de policía, los *madjaiu*; pero como esto no podria hacerse rápidamente, lo mejor es limitarnos hoy al simple exámen del papiro, dejando para otro espacio el estudio de aquella organizacion y funciones.

Algo, no obstante, es preciso decir, para la mejor inteligencia del texto que examinamos, acerca del mecanismo judicial y de la manera de administrarse las necrópolis; pues segun las tradiciones y los egiptólogos modernos, en forma autonómica se regian y gobernaban aquellos lugares más ó ménos próximos á las grandes poblaciones, pero siempre aislados por el respeto y el temor de los vivos, constantemente preocupados con la idea de un porvenir eterno; idea que lo mismo influia en sus manifestaciones artísticas que en el desarrollo de su administracion y de sus leyes.

El papiro Abbott contiene detalles de un famoso proceso por violacion de la necrópolis de Tebas, incoado en tiempo de Ramsés III.

Segun hemos de ver, estos procedimientos correspondian á la jurisdiccion del jefe especial de la necrópolis, lo que no impedia la intervencion del *nomarca* ó gobernador y de los jueces ordinarios, así como del mismo Faraon, con quienes la sentencia se consultaba segun la importancia y el alcance de ella.

De las fuentes del Derecho escrito que en este caso informaba las decisiones del tribunal, muy poco podria decirse.

El Código que se supone existente y aplicado por los tribunales egipcios, los treinta libros del *Thot Trimegisto*, constituye, segun los fragmentos conocidos, un tratado de moral

---

(1) *Un enquete judiciaire en Thebas, au temps de la XX dynastie.* París, 1869.

que difícilmente se extenderia á reglas de penalidad y clasificacion de los delitos.

Muy poco debió legislarse, bastando para la marcha regular de aquel pueblo una jurisprudencia fuerte y vigorosa, ámpliamente apoyada en costumbres saneadas por los preceptos morales de su religion.

De la clase sacerdotal salian los jueces, pues en ella se asumian la ciencia y la autoridad que la levantaba. Así, pues, podria creerse que sacerdotes fueron los que actuaron en el proceso de que trata el papiro Abbott. Sin embargo, la necrópolis estaba bajo las órdenes de un gobernador especial, que á la vez era comandante de los soldados de policía; es decir, que gozaba de atribuciones civiles y militares; este gobernador aparece en la causa instruyéndola y terminándola como juez, por donde podria imaginarse que reunia el carácter de sacerdote; y como esta fusion de atribucion tiénese por no habida en el Egipto, habrá de admitirse que por lo ménos alguna vez no eran sacerdotes los jueces.

No importa por el momento poner en claro este detalle; y viniendo á nuestro objeto diremos, para terminar estas ideas, que hemos creido facilitan la lectura del texto, que bajo la autoridad del jefe de la necrópolis funcionaban los inspectores ó interventores encargados de vigilar la inversion de los fondos destinados á los trabajos de construcciones, y los escribas, cargo variadísimo que asumia gran número de facultades. No obstante esto, como ya hemos indicado, esta administracion dependia de las autoridades superiores del *nomo* ó provincia.

Con esto y con recordar que el proceso de que nos ocupamos tuvo lugar por los siglos XII ó XIII ántes de la Era cristiana, estamos en disposicion de analizar el documento.

III

El papiro Abbott se compone de seis páginas, muy nutridas de escritura bastante legible. El manuscrito no tiene lagunas, si se exceptúan algunas líneas del principio y tal cual renglon que aparece borroso en muy contados lugares.

En resúmen: dicho documento comprende algunas piezas secundarias de un proceso por violacion de sepulturas, incohado en tiempo de uno de los Ramsés de la XX dinastía.

Comprende cinco partes ó capítulos:

1.ª Un sumario que termina con el acta de acusacion de cierto número de malhechores. Esta parte data del dia 18 del tercer mes del año XVI del monarca reinante en aquella época.

2.ª Al dia siguiente de iniciarse el anterior sumario, se suscita un incidente. Un obrero, cincelador, habitante del barrio de las Tumbas ó Hipogeos, declara que el año XIV se encontraba con otros dos compañeros en el distrito saqueado de la necrópolis, y que él robó y saqueó la tumba de la reina Isis.

Esta declaracion da lugar á un nuevo procedimiento. Se practica un escrupuloso reconocimiento en la tumba de la reina Isis, del cual resulta que el mencionado obrero mintió ó se equivocó, por cuya causa se le conduce á la ciudad, encarcelándole nuevamente.

3.ª La tarde del mismo dia, uno de los magistrados de la ciudad convoca á los guardianes de la necrópolis y les anuncia que dos de los acusados, escribas, han hecho en la prision declaraciones importantes.

4.ª Copia de un informe dirigido al *nomarca* (gobernador) por uno de los oficiales de la causa. La primera mitad es el relato de los precedentes hechos. El final es el testimonio de la ejecucion de los dos escribas, por mandato del Faraon.

5.ª La última página contiene el acta de una sesion pública, celebrada el 25 del mismo mes, para la publicacion de la sentencia de los obreros mencionados en la segunda pieza. El *nomarca*, presidente, después de haber resumido los hechos consignados en este proceso decreta el sobreseimiento en la causa. El tribunal así lo acuerda, y procede seguidamente al cumplimiento de este auto.

De manera que el papiro Abbott no es más que la historia de cinco dias, contados desde el 18 al 23, tercer mes del año XIV de Ramsés, con los pormenores y de la manera que se deja señalado.

Veamos ahora brevemente el curioso texto del documento que analizamos. Dice así:

«El año XVI, tercer mes de *S'a*, el 18, bajo la majestad del rey de los dos Egiptos (alusion á las regiones *alta* y *baja* en que se dividia el Egipto en la época faraónica), señor de los dos mundos, ¡vida, salud, fuerza! hijo del Sol, señor de las dos diademas, ¡vida, salud, fuerza! ¡amado de Ammon-Ra, rey de los dioses, vivificador por siempre jamás!

»Se enviarán el escriba del nomarca y el escriba del intendente del tesoro del Faraon v. s. f. (vida, salud, fuerza) á fin de que examinen las tumbas de los reales antecesores y averigüen lo que haya acerca del robo hecho por los ladrones en el Oeste de la ciudad, segun lo manifestado por el comandante jefe de las gentes de policía al nomarca, á los magistrados y á los oficiales del Faraon, v. s. f.»

Y en efecto, el papiro hace constar, á modo de diligencia, el resultado de la investigacion que se llevó á cabo seguidamente:

«Las tumbas y sepulcros que examinaron en este dia los albañiles (en presencia de la comision de autoridades arriba mencionada), fueron: la del Rey Sar-Ka, v. s. f., hijo del Sol, Amen-h'-otep, v. s. f., que tiene ciento veinte codos de profundidad en la gran sala y en el largo corredor que se encuentra al Norte del templo de Amenotep. Esta tumba resulta en buen estado.

»La tumba del Rey Le-Ra-An-aa, v. s. f., que está al Norte del templo de Amenophis, cuya tumba se halla situada frente á la estela, á la cual va unida la imágen del rey con un perro entre las piernas. Se halla intacta.

»La tumba del rey Ra-nab-xoper, v. s. f., la cual se decia en vias de destruccion por mano de los ladrones que habian hecho dos codos y medio de brecha en el muro de encerramiento exterior, intacta: nada de ladrones que hayan querido penetrar.

»La tumba del rey Ra-xerp, violada, segun se creia, por el lado en donde se fija la estela. Examinada en este dia, resulta intacta.

»La tumba del rey Ra-xerp (?) se encontró violada, prévio un exámen detenido por los albañiles. El *nomarca*, los magistrados y los oficiales la examinaron y descubrieron señales de violencia.

»La tumba del rey Ra-sque-nen, intacta.»

Siguen otros sepulcros hasta el total siguiente:

«Total de tumbas de reales antepasados examinadas en este dia por los albañiles:

»Halladas intactas, nueve.

»Con señales de violencia, una.

»Total: diez.»

Las sepulturas del Occidente de la villa fueron halladas todas violadas por los ladrones, sin excepcion.

Despedazados sus poseedores en los sarcófagos, los habian arrojado á tierra, robando el mobiliario fúnebre, así como el oro, la plata y los objetos que habia en los sarcófagos.

«Pronuncian el jefe comandante de las gentes de policía de la necrópolis siempre augusta, Paua, así como los jefes de las gentes de policía, estos mismos, los albañiles de la necrópolis, el escriba del nomarca y el escriba del tesoro, su informe á propósito de este asunto, acerca del nomarca, del real oficial, del escriba del Faraon, del mayordomo, del intérprete y de los grandes magistrados:

»Hágase una lista con los nombres de los ladrones, sean estos cogidos, instrúyase expediente y pronúnciese la sentencia.»

Hasta aquí la pieza primera.

La segunda es más breve y curiosa. Se reduce á manifestar que el obrero Paxari, hijo de Xarin y de la mujer Mi-sheran, del distrito Oeste de la villa, que fué cogido en los lugares del robo, declara: «Estuve en la necrópolis de Isis y cogí algunos de los objetos que hallé, destruyéndolos.»

Entónces el nomarca y el oficial hicieron conducir al obrero delante de ellos hasta las tumbas «con los ojos vendados, como hombre guardado cuidadosamente: diósele el uso de la vista tan pronto como llegaron á dichos lugares, diciéndole: Marcha delante hasta la tumba de que has dicho «cogí los objetos que se encontraban.»

El obrero siguió hasta un almacen dependencia de la tumba de los reales hijos del rey Sesostris. Procedióse á examinar el lugar, pero en vano. Aquél juró, por la mutilacion de su nariz y de sus orejas, poniendo ambas manos sobre el baston de la autoridad, que no conocia otra entrada á las tumbas.

Los magistrados examinaron todos los alrededores en largo espacio, encontrándolo todo sin novedad.

La tercera parte merece trascribirse íntegra; dice así:

«El año XVI, en el tercero mes de S'a, dia 19. En aquel dia, hácia el momento de la tarde, cerca del templo de Ptah, Señor de Tebas, fueron el real oficial Nes-iu-amen, el escriba del Faraon v. s. f. y el jefe Psar de la villa. Encontraron al jefe de las maniobras Mser-xopesh, el escriba Amen-naxtu, y el maniobrista Amenophis, de la necrópolis. Dijo el jefe de la villa á las gentes de la necrópolis, en presencia de el oficial del Faraon v. s. f., á saber: «La comision que examina lo que habeis »hecho en este dia, no es una comision que pronuncia vuestra »condenacion por lo que habeis hecho.» Así los dijo é hizo juramento ante el oficial del Faraon v. s. f., diciendo: «Me ha he»cho el escriba Harshera, hijo d'Ammon-naxt, de la metrópoli, »cinco declaraciones de palabras muy dignas de muerte en este »vuestro asunto: entónces he informado, en propósito de ello, »ante el Faraon v. s. f., mi señor v. s. f., para que sean envia»das gentes del Faraon v. s. f. para hacer destruccion de todos.» »Así lo dijo.»

IV

En el año XVI, dice la cuarta parte, tercer mes de *S'a*, el 20, se presentó el escrito que hizo el jefe del distrito de la necrópolis, jefe á la vez de las *gentes de policía*, segun ya dijimos lo eran los magistrados de su categoría y atribuciones. En ese documento informa en cumplimiento de una órden de *Psar*, el superior jerárquico que nos parece debe ser el *nomarca* de Tebas, y dice textualmente:

«Ha dicho el jefe *Pa-an-aa*, del distrito del Oeste de la ciudad: lo que hay es que el oficial *Nes-na-men* se encuentra, estando con él un escriba del Faraon, oyendo á los habitantes de la necrópolis que está en las cercanías del templo de *Ptha*, señor de Tebas.

»Por su parte, el jefe ha dicho á las gentes de la necrópolis: haced regocijos á la puerta de mi casa, porque yo he sido quien envió al jefe que dijo al príncipe que se alegrase porque

vosotros estábais en vuestros respectivos sitios cuando se hizo el exámen de las tumbas y se encontraron bien, excepto la de la real esposa y la del príncipe.»

»Al decir esto invocó por tres veces la cólera de Ammon-Ra, rey de los dioses.

»El *maniobrista Uxor-xopesh*, que está bajo las órdenes del jefe de maniobras *Nest-em-mant*, exclamó: Si todos los reyes con sus reales esposas, reales madres, reales hijos que reposan en la necrópolis muy venerable, así como los que descansan ya en la morada de los justos, se hallan en buen estado, es porque los protegen y vigilan por ellos, por una eternidad, los cuidados excelentes del Faraon, su hijo, que los defiende.»

»Al oir esto el jefe de la villa, dijo: «las cosas que haces dan valor á las cosas que dices. Así, pues, no son palabras insignificantes esta declaracion que ha pronunciado el jefe, diciendo: el escriba *Hars-here*, hijo de *Amen-naxt*, en el interior de la prision donde me he presentado con los grandes magistrados de la ciudad, por razon del asunto que me ocupa, ha dicho en tres declaraciones cosas muy graves, que por escrito ha recogido el escriba secretario, así como los dos escribas notarios. Tambien el escriba *Pibare*, de la necrópolis, ha presentado otras dos declaraciones que asimismo se han recogido por escrito.

»No serán ellos solos los que caerán bajo el golpe de sus crímenes, declarados dignos de suplicio y de ser entregados á toda suerte de torturas, sufriendo el digno castigo.

»Por mí, ya he enviado un mensaje á este propósito para ante el Faraon v. s. f. mi señor, á fin de que sean enviadas gentes del rey y hagan destruccion de ellos. He hecho juramento por tres veces, diciendo: «Yo lo haré así.»

»He escuchado (continúa diciendo el jefe de la necrópolis), las palabras dichas por el jefe y hecho mi proposicion: puesto que el crimen es muy grande, y puesto que los acusados se encuentran en la parte Norte del *nomo*, vayan allá las gentes de policía, servidores de su majestad v. s. f., y siguiendo el curso del Nilo, á donde habrá ido el *nomarca*, hágase justicia, segun lo dicho.

»Así lo dije por escrito ante mi señor, que ha hecho conducir á los criminales al suplicio.»

La pieza quinta encierra el acta de la audiencia pública que pone término al procedimiento.

«El año XVI, tercer mes, dia 21: en ese dia, en sesion pública, estando reunidos los magistrados: el nomarca *X'amus*, primer profeta de Ammon-Ra, rey de los dioses; Amenophis, profeta de Ammon-Ra, rey de los dioses: el escriba Nessuamen, de la morada de los millones de años del rey de los dos Egiptos; el rey oficial Nessuamen; el escriba del Faraon, v. s. f.; el mayordomo de la morada de la divina adoratriz (esto es, la reina difunta); el real oficial Renower; los heraldos del Faraon, v. s. f.; el capitan Har, etc.

»Hé aquí lo que hizo el nomarca X'amus: conducir los cinceladores Paxari y Pakamen, que están á disposicion del primer profeta de Ammon.

»Ha dicho el nomarca á los grandes magistrados: Ha dicho el jefe de la villa muchas palabras á los albañiles y á los maniobristas de la necrópolis en el año XVI, tercer mes de *S'a* el 19, en presencia del real oficial Nessuamen y del escriba del Faraon, v. s. f. Después que él hubo informado sobre los Grandes lugares que están en la morada de los justos, entónces fuí allá en calidad de nomarca de este país, con el real oficial Nessuamen y el escriba del Faraon, v. s. f. Nosotros examinamos los lugares acerca de los cuales habia dicho el jefe de la villa: «Han atentado contra ellos los cinceladores de la morada de »Ammon.»

»Los hallamos en buen estado, encontrando mentira en todo lo que habia sido dicho.

»Ahora bien; hé aquí que los cinceladores se hallan delante de vosotros, declarando todo lo que ha sucedido y justificándose. Se ha visto que las gentes no conocen todos los lugares que se hallan en la mansion de los justos, de que habia hablado el jefe de la villa: él ha mentido en esto.

»Acuerdan los grandes magistrados conceder la vida á los cinceladores de la mansion de Ramsés, III, v. s. f.; en la morada de Ammon, á la órden del primer profeta de Ammon-Ra, rey de los dioses, Amenophis.

»En este dia han firmado en el registro, que fué depositado en los archivos del nomarca.»

V

Algunos hechos, entre los que se deducen del papiro Abbott: el interrogatorio se efectuaba por los jueces, consignándose por escrito todas las providencias; existia la prision preventiva; las sentencias de muerte debian ser confirmadas por el Faraon; la mutilacion era una pena establecida en la ley; el juramento se prestaba solemnemente por testigos y acusados; las sentencias se notificaban y leian en sesion pública; la justicia se administraba en nombre del Faraon.

Estudiando detenidamente el asunto, mucho más se puede deducir de tan notable documento; pero con lo dicho basta para que su importancia sea conocida.

Es tiempo de llevar la investigacion científica más allá de la Italia y de la Grecia, de buscar la generacion del Derecho en el antiguo Oriente, que abarca civilizaciones tan completas, tan poderosas en el curso de la Historia. No pocas preocupaciones, y una buena parte de apego al clasicismo de nuestras escuelas, han hecho detener los pasos, temerosos de caer en el cáos de lo desconocido, como si en efecto, la razon no encontrase sólido apoyo más allá de los viejos palimsestos y de las colecciones por maravilla conservadas en los archivos de los siglos medios; pero cuando se ha pronunciado el *fiat lux* que resucita las generaciones no conocidas por aquellos siglos; cuando la historia corrige sus páginas para dar cabida en ellas á tantos tesoros de conocimientos escondidos, la institucion del Derecho, como ley en distintas fases promulgada y como concepto filosófico desenvuelto sucesivamente, no puede detenerse.

Sea ó no pertinente, hay que decirlo en todas partes, á ver si, en fuerza de repetirlo, hay quien de ello se ocupe: el Oriente no está estudiado por los jurisconsultos.

No se sabe ni se acierta á seguir más allá de Roma, y cuando mucho, se llega, tímidamente, al pueblo hebreo.

Para nosotros, la vida de las naciones, de las agrupaciones de pueblos y de razas que al otro lado del Mediterráneo y del Caspio llenaron con sus hechos épocas remotas, solamente conquistaron, derrumbaron imperios poderosos, asombraron al

mundo con el desarrollo más portentoso de la materia y de la fuerza; pero no hicieron otra cosa. Apénas si admitimos algo permanente y estable creado por ellos en la idea religiosa, en el tributo rendido á la Divinidad por el hombre acá en la tierra, continuacion de aquella otra adoracion primordial concebida por las religiones positivas como estados paradisiacos.

Tal vez concedemos algo en el órden filosófico, mejor en la historia de la Filosofía; Alejandría, los Ptholomeos, Brahma: quizás la literatura se acuerda de la India, del Egipto, de la Persia, y acaso, por último, las Bellas Artes registran cuidadosamente las ruinas de Ninive y Karnak; pero el Derecho enmudece ante el Código romano ó el Libro de las leyes.

Si algo empezamos á conocer, deuda es que á los arqueólogos nos somete y obliga. Que éstos abran el camino, bien está, puesto que tal cosa les compete ó atañe; pero el análisis de lo descubierto debe ser patrimonio de los hombres de leyes.

Maspero, Rosellini, Birch, Deveria, han hecho bastante: entran ahora los jurisconsultos en el estudio de los textos, y, seguramente, deducirán sólidas y provechosas enseñanzas.

ISIDORO LOPEZ.

EL CRISOL ROTO

(NOVELA ORIGINAL)

SEGUNDA PARTE

(Continuacion)

—Preciso será querer, pues la cosa trae una complicacion bastante séria y hay que tomar prontas determinaciones.

Separóse la jóven con prontitud, abrió del todo la puerta, penetró por ella el coronel, y después de entornarla, ambos se dirigieron al fondo del aposentillo.

Con inquietud, que por instantes crecia, la jóven tomó la palabra diciendo:

—¿Qué le pasa á mi pobre marido? ¿Qué ocurre en Huesca?....

—A su pobre marido de Vd., por de pronto, no le pasa nada, y en Huesca sucede otro tanto. Aquiétese Vd., que aquí lo que se necesita es calma.....

—Pero si me la quita Vd. con sus rodeos. ¡Por Dios! ¿Qué es?

—Voy á decírselo á Vd., poniéndola al corriente de lo que ocurre, que sobre ser de gran trascendencia para lo porvenir, puede mirarse como providencial.

La lindísima jóven, que vestia luto riguroso, le miraba sin parpadear, mientras el coronel, haciendo una pausa, contemplóla y dijo lentamente. como si cada una de sus palabras tuvieran el valor de un suceso ó la gravedad de un peligro, ó la terrible importancia de una afrenta.

—Don Jerónimo está aquí.

—¿Y quién es ese caballero, y qué tiene que ver con nosotros?

—¿Me lo pregunta Vd., comadrita?—dijo el coronel casi escandalizado.

—¡Ah, sí! Ya caigo; su padre.....

—El mismo en cuerpo y alma.

—¡Es posible! ¡Su padre aquí!....

—Aquí, y con una circunstancia que hay que tomar en cuenta: está enfermo.

—¿De qué?

—¡Pist! Qué sé yo..... Sé que hace tres noches tuvo un ataque tremendo, tanto, que por poco se queda en él.

—¡Jesús, Jesús! ¿Y está mejor?—preguntó la preciosa enlutada con solicitud.

—Dicen que sí..... al ménos se halla levantado.

Reflexionó la jóven breves instantes, mas no debió encontrar solucion alguna á las dificultades que, sin duda, surgian con la estancia de don Jerónimo en Panticosa; porque, mirando al coronel, que se retorcia el bigote hasta hacerlo crugir, dijo con acento tímido é irresoluto.

—Y yo, ¿qué hago?

—Es precisamente lo que vengo á saber, porque el *otro* sólo tardará en llegar algunas horas.

—Yo no me atrevo á decidir nada.

—Pues, comadrita, hay que hacer algo. Dejar que venga y que, sin antecedentes ni preparacion alguna, se encuentren los dos manos á boca, me parece, en su carácter, muy ocasionado á un conflicto. Por otra parte, si se le avisa lo que hay y no viene..... Si, en opuesto sentido, *éste* sabe por cualquier incidente que *aquél* va á llegar y se marcha..... Deduzca Vd. consecuencias.

—Serian dos cosas terribles.

—Y tan terribles; conque escojamos un medio que pueda conciliarlo todo. El *quid* consiste en salir de este pantano, que va haciéndose cenagoso.

—Sí, sí.

—Entónces, á plantear la cuestion.

—A plantearla.

Los dos dieron algunos pasos—pocos, pues el cuarto, en su especie, era lo mínimo—tornaron al punto de partida, y el coronel, tomando la palabra, dijo:

—El estado de las cosas es el siguiente: un padre, en lo inflexible, como si le hubiese Dios forjado de hierro; un hijo, puesto á su mismo duro, durísimo temple.

Hondo suspiro se exhaló del pecho de la enlutada.

—Ni uno cede, ni otro tampoco; los años pasan y los lazos que los unen se hallan, no sólo flojos, sino sueltos: ¿es que han de vivir así eternamente?

—¡Dios mio!—dijo la jóven, cada vez más impresionada—¡pon tu mano y reconcílialos por tu amor!

—Pues á Dios rogando y con el mazo dando: á ello, comadrita.

—¿Y cómo, coronel?

—Mediando Vd. con su suegro, para lo cual vá Vd. á verle sin perder tiempo.

La estupefaccion dejó muda, inmóvil á la jóven.

En cuanto al coronel, satisfecho de sí mismo, pareció que habia crecido una cuarta, lo ménos, su estatura.

Ambos callaban mirándose, ella á él con asombro, él á ella gallardeándose con valentía.

IV

Corrieron breves instantes, los suficientes para que la jóven se repusiera, y ya vuelta de la sorpresa que hubo de producirle el plan iniciado:

—Coronel—dijo con triste y convencido acento—por desgracia, yo he sido y soy la causa de su fatal desavenencia; yo no tengo respetos que haga valer, derecho á ser atendida; yo no soy nada para él, y nada vendria en concederme. Por el contrario, su hijo ¡es su hijo! y si se ven, ellos se entenderán. De esto no tenga Vd. la menor duda.

—Creo lo contrario, comadrita. Padre é hijo tienen la misma levadura, los conozco á fondo; padre é hijo crecen á compás cuando se irritan; padre é hijo, cuando esto sucede, se ponen de hinchados como dos mongolfieres.

—Mi marido—repuso la enlutada con calor—no le faltará en nada á su padre; eso no, nunca.

—Ni su padre le dará tampoco azotes; y, sin embargo, éste con mantenerse erguido, y aquél con no doblarse, harán más hondos los agravios y mayor la division. Léjos de eso, Vd. viene sin fueros, con dulzura, suavizando asperezas, y triunfa Vd. en toda la línea.

—Bien, yo voy, que me falta valor para ello; y él, recrudecido su resentimiento con mi presencia, me lo arroja á la frente con las repulsiones que le hicieron arrojarme de su casa sin piedad..... ¿Qué hago yo entónces?

—Aguantar el chubasco muy humildita, que en más está la prenda.

—Pero ¡por María Santísima!—exclamó la enlutada, abrillantados sus ojos hasta deslumbrar—¡si precisamente soy yo la piedra de tropiezo!

—Esa, esa es la gran ventaja.

—No veo en qué.

—Pues está más clara que la luz del sol. Usted puede dejar de defenderse, accion que la honra y la eleva á la vez; y su marido de Vd., por más que el que lo haga sea su padre, no debe permitir que la ofendan ni la menosprecien, y chocarán en cuanto se vean, si ántes no se arregla esto. Luego, no hay que hacerse ilusiones: quien tiene el derecho de poner á todos en razon es Vd., la sola cabeza pura de este crímen, hablemos claros, de soberbia y rebeldía.

—Mi marido está libre de toda culpa; mi marido ama á su padre.

—¡A Vd.!—dijo el coronel con energía—y Vd. hace de él lo que quiere; de consiguiente, sobre esos dos polos sombríos, tienda Vd. su arco de siete colores estableciendo la paz.

De las negras y brillantes pupilas de la enlutada brotó la luz de la esperanza, y á sus labios entreabiertos asomó la sonrisa de íntima y dulce satisfaccion, harto prematura todavía.

El coronel, más insinuante que nunca, la preguntó, variando de tono:

—Conque, comadrita, ¿se resuelve Vd., al fin, á que vayamos?

—¡Reflexionemos!—murmuró la jóven, medio vencida.

—Reflexionemos: nadie nos corre.

La cuestion iba á ser examinada por su última faz.

V

Después de algunos momentos de silencio, dijo la enlutada rompiéndole:

—Figúrese Vd. que, arrostrando por todo, voy al cuarto que ocupa ese señor.

—Sí—afirmó el coronel gravemente.

—Figúrese Vd. que él, en su derecho, se excusa ó se niega á recibirme, lo que es más que probable; sobre lo amargo de la demostracion y lo cruel de mi desaire, se ha perdido hasta la facultad de intentar acercarse á él, y todo, como siempre, por culpa mia.

—En primer lugar, no hay precision ninguna de que exhiba Vd. su propósito ántes de tiempo para que se ponga en guardia. El anuncio se omite.

—¡Coronel!—exclamó la jóven, casi escandalizada—como diria mi marido, si lo oyese, ¿en qué país estamos?

—En el de la conquista, hija mia, en el cual se dejan aparte garambainas y requilorios para mejor ocasion.

La jóven le miró medio asombrada.

—Las cosas se hacen de otro modo. Usted va.

—Sí.

—Y entra..... entra..... entra.....

—Y llego hasta el fin de donde sea.

—Él sale á su encuentro de Vd., la pregunta..... y Vd. responde lo que viene á punto. Le abre á Vd. los brazos, y Vd. se arroja á ellos.

—¿Y si los cruza?

—No es de temer: pero si lo hiciera, como él es el que falta, tiene que dar reparacion, y ya están entabladas las negociaciones. Todo está en los preliminares.

Quedáronse mirando el uno al otro; él, enamorado de su plan; ella, temerosa de ponerle en ejecucion. No obstante, dijo:

—¿Cuándo cree Vd. oportuno que hagamos la tentativa?

—En el acto.

—Tan pronto, no; deje Vd. que me prepare.

—Me parece inútil, y hasta lo creo expuesto.

—Es que no sé lo que he de decir, lo que he de hacer.

—Tiene Vd. mucha alma, comadrita; y donde hay alma, hay lengua. Vamos á buscarle; yo la llevo á Vd., y tomo sobre mí la responsabilidad de lo que suceda.

—Coronel—dijo la interesante enlutada con sentida y veraz expresion—le hablo á Vd. con el alma; desde la hora en que comprendí lo que á mi marido le costaba de sacrificios y disgustos, me conceptué obligada por todo

lo que soy y puedo ser; al pago de la inmensa deuda que desde la cuna he venido contrayendo desde que supe y pude medir los resentimientos que median de padre á hijo, hay una sombra sobre mí que me oscurece la vida. Lo sé; donde hay rencores, no está Dios; y por desgracia, el rencor existe, llámenle como quieran, entre uno y otro.

El coronel lo confirmó gravemente.

—Si para apagarlos bastara mi sangre..... ¡se lo juro á Vd. por lo más sagrado! Daria hasta la última gota, y con ella la vida, contenta, contentísima, como los dos quedaran en paz.

—Lo sé—repuso el coronel con cariño—por eso no he dudado en contar con Vd., ántes que con él, para dar un corte á estos disturbios de familia. No es meterme en lo que no me importa hacer lo que estoy haciendo; es que no..... no..... no es cristiano vivir así.

—Tiene Vd. razon, no es; pero hay que poner en la balanza lo que mi marido me dijo un dia que le hablé del particular: «Antes de salir para Cuba, le escribí; cuando resolví nuestro casamiento, volví á escribirle participándoselo. A la primer carta me contestó: «eres dueño de tus acciones, y puedes hacer lo que te plazca.» A la segunda: «El dia que abandonaste la casa paterna, se te cerraron sus puertas; hoy, tú, por tu mano, pasas los cerrojos y los pasas para siempre.» No eran estas, me parece, contestaciones de padre.

—Lo concedo; pero al otro platillo de la balanza hay que ponerle las aclaraciones siguientes: el hijo no le escribió á su padre: «pienso irme,» sino un seco «me voy.» Tampoco, ni por fórmula, tuvo la cortesía de pedirle su consentimiento para casarse, sino que, dándole la noticia como un bofeton, sólo le dijo: «me caso.» Después ha vuelto á España, y no le ha escrito; ha muerto su madrastra, ha muerto su hermana, y no le ha dado un mal pésame. Créame Vd., comadrita, que lo sé por buen conducto.

—Mi marido—repuso la enlutada saliendo á la defensa del suyo con energía—no lo ha hecho, porque su padre no lo calificase, en sus injustas prevenciones, por un insulto á su dolor, ni tuviera sus protestas por hipócritas ó falsas, y su accion por interesada; pero lo ha sentido mucho, y les lleva luto severísimo de hijo y de hermano, á pesar que ellas no han sido nunca madre ni hermana para él.

—Pues eso es lo raro del asunto: entre uno y otro sólo hay dos fantasmas que se imponen mútuamente con la apariencia del derecho y la razon. El padre lo inmola todo á su dignidad; el hijo no se resuelve tampoco á quebrar un sólo nudo de la red con que el orgullo le tiene cogido y preso.

—¡Ah, no!

—¡Ah, sí!

Trascurrieron breves instantes en pos de su rotunda y contraria afirmacion. Las mejillas de la jóven parecian de rosa; los bigotes de su interlocutor se hallaban lácios á puro retorcerlos y tirar de ellos.

—Coronel—dijo la enlutada con intensa amargura—hay mucho que el mundo no ve.

—El mundo, comadrita, no registra más que hechos.

Esto fué dicho con algo y áun algos de severidad.

Los ojos de la jóven se abrillantaron con la presencia del llanto, pronto á correr en abundancia.

—No digo nunca una cosa por otra—repuso la enlutada profundamente sentida:—mi marido, Dios se lo pague, me ha enseñado á ser veraz, y la mentira, ni áun disfrazada de lisonja, sale de mis labios para nadie; sentado este precedente, le diré á Vd. que no pasa noche alguna sin que le atormente angustiosa y tenaz pesadilla, y no hay pesadilla que no sea con su padre. Todas las noches, partiéndome el corazon, oigo salir de sus labios el mismo nombre, unas veces sollozando y otras veces con explosivos gritos de gozo..... Créame Vd., coronel: todos llevamos nuestra cruz sobre los hombros y nuestra corona de espinas que nos hieren con crueldad.

Y dos gruesas lágrimas, después de suspenderse en sus negras y rizadas pestañas, rodaron por sus mejillas, yendo á caer en sus manos, que se habian puesto yertas.

—Lo sé, hija mia—dijo el coronel con afectuoso, expresivo é insinuante tono—en los dos, el sentimiento calla, pero vive, late, se retuerce sujeto por el orgullo y el excesivo aprecio de su razon. Por eso, si Vd., que no tiene la vanidad del roble, que no se ve cohibida por las severidades de los deberes que uno y otro se ven obligados á llenar, éste como marido, aquél como padre, se interpusiera entre los dos y dijese.....

El coronel se interrumpió; lo que la jóven habia de decir era muy duro de pronunciar.

—Hay situaciones muy violentas; y esta lo es tanto, que asusta—replicó ella enjugando sus ojos, deslumbradores por su hermosura incomparable, y más deslumbradores todavía con el llanto que los inundaba;—pero por mucho que lo sea, yo estoy pronta á hacerle frente con tal de ser, si no atendida, por lo ménos respetada.

—Su suegro de Vd.—afirmó el coronel, haciendo por su cuenta de la cualidad garantía—es como su hijo: ante todo, caballero.

—¡Dios me libre de dudarlo! Es su padre.

—Pues entónces, ¡pecho al agua! Vamos á verle.

—Pero.....

—No lo pensemos más; yo tomo sobre mí la responsabilidad de este paso.

Y le presentó el brazo para que se apoyara.

—Yo no me presento así—dijo la jóven rehusándolo.

—Pues ¿cómo ha de ir Vd?.... ¿En andas?

—No, iré..... como voy, pero un poco mejor vestida y tomándome algunos momentos para reflexionar.

—¡Eh! Trapo más, trapo ménos, ¡qué le hace! El mal paso, pasarle pronto. Ya sabe Vd. aquello de *Vini*, *vidi*, *vinci*, y esto no es, por cierto, el Rubicon.

Dominó la enlutada el postrer impulso de resistencia que su corazon oponia á los esfuerzos del coronel, y poniendo una mano en el brazo de éste, miéntras con la otra arreglaba por máquina el descompuesto cabello:

—Coronel—le dijo en tono firme y resuelto—antes de salir de aquí vá

usted á prometerme, bajo palabra de honor, que si soy, como me temo, mal recibida, no lo sabrá jamás mi marido; aunque su padre me rechace, aunque me insulte, aunque me arroje sin consideracion ninguna de su presencia.

—Se lo prometo á Vd. por el nombre que llevo.

—¿Palabra de honor?

—¡Palabra de honor! Y si, lo que no creo, el padre no responde como cumple, yo voy con la hija y la señora, y las haré respetar en lo mucho que valen y merecen.

Con esto, y sin dar tiempo ni áun para que volviese la llave en la cerradura, se dirigieron al cuarto núm. 7, á cuya puerta llamó el coronel, empujándola resueltamente ántes de que se la abriesen, ni para entrar le otorgasen el permiso.

VI

Con antecedentes como el coronel tenia, necesitábase mucha audacia ó mucha imprevision para dar un paso de la magnitud del suyo; pues en último resultado, si su expuesta tentativa se frustraba, hacíase acreedor á las justísimas reconvenciones de la jóven, á quien impulsaba, mejor dicho, arrastraba á darle, y á las de aquel hijo, sin cuya noticia, sin cuya anuencia se disponia, contrariándole quizá, quizá produciéndole hondo y acerbo disgusto.

Como llevamos dicho, sin medir ninguno de los dos lo grave é inconveniente de su aventurada accion, entraron en el cuarto, donde se introducian asaltándolo por sorpresa; mas la jóven, en quien, á falta de experiencia, el instinto era feliz, detúvose á un paso de la puerta, y dirigiéndose á los dos señores, quienes á su vista se habian levantado, con voz insegura y un tanto apagada, dijo:

—¿El señor don Jerónimo Villar de Andrade?

—Yo soy, señora—respondió cortés, pero friamente, el interrogado.

La enlutada, seguida de su compañero, cruzó en silencio el espacio que la separaba del padre de su marido, bajo la mirada glacial y poco tranquilizadora de aquél.

Vista á la luz que inundaba el reducido aposento, apenas representaba de diez y siete á diez y ocho años. Alta, esbelta, elegante, cimbreábase como la palma su delgadísima cintura. Su palidez la emblanquecia, haciendo resaltar lo negro de su cabello, y comunicándole, al par, algo fantástico á su rostro encantador, pero completamente descompuesto.

El enfermo del núm. 7 veíala acercarse entre suspenso y curioso, pero inmóvil y frio, como una estátua de mármol.

La enlutada llegó hasta él y sin levantar los ojos para mirarle, conmovida, casi sollozante:

—¡Perdon!—dijo juntando las manos en actitud humilde y rogadora—tal vez no lo merezcamos, pero los padres se asemejan á Dios en que oyen, perdonan y bendicen.

Dobló las rodillas, y con voz que la emocion apagaba, siempre con las manos juntas:

—¡Perdon!—repitió implorándolo, más que con su acento, con su alma —¡Perdon para él, aunque yo no alcance á merecerle!

Cuando una escena de este género no reviste la forma teatral con su calculada y artística combinacion de efectos; cuando palpita el sentimiento y palpita el sér que se dobla y el sér que resiste: cuando lo que se hace es la manifestacion de un deber y el reconocimiento de un derecho que implica la ofensa y admite el castigo, adquiere con su violencia tal solemnidad, que irremediablemente conmueve, embarga y domina. El único espectador de aquella se sintió vivamente interesado, y volvió su atencion á los actores.

De éstos, uno, el enfermo del núm. 7, no se puso pálido, porque lo estaba ya; pero sus labios se tornaron blancos, lo mismo que si la vida fuera á abandonarle; dilatáronse sus pupilas, y clavando sus ojos de tinte amarillento en la jóven que habia caido á sus pies:

—¿Qué significa esto?—la preguntó con vibrante y un tanto destemplada voz.—¿Quién es Vd., señora, y qué pretende de mí?

Formósele á la jóven un nudo en la garganta y aturdiéndose:

—Soy—murmuró—la niña..... la huérfana..... la.....

Se detuvo. Empezaba á sentirse completamente sobrecogida.

—¿Cómo? ¿Quién?

—Señor don Jerónimo—dijo el coronel, tomando la palabra para responder por la enlutada—soy Fernando Rocamar, jefe de cuerpo en el ejército de Cuba; esta es la señora del brigadier Villar de Andrade, mi amigo estimado y compañero.

—¡Ah, sí, la mujer de mi hijo!.....

—La paloma de que hablaba Vd. há poco—añadió el marqués congratulándose con júbilo—que viene á traer el ramo de oliva. Esto, amigo mio, es providencial.

—¡Esto es el golpe de gracia, marqués!

Al decir esto el enfermo del núm. 7 sintió que le faltaba la tierra, hubo de vacilar y, obedeciendo al instinto, tendió las manos al vacío para asirse á algo que lo sostuviera; pero no hallándolo, cayó desplomado sobre el pavimento, que retembló al golpe terrible de su tremenda caida.

Un agudo grito de espanto se escapó de la garganta de la jóven, y sin voz, sin accion, más aterrada que si derrumbándose el orbe le viese rodar sobre su cabeza, contemplando el cuerpo inerte de su suegro con el horror que debió experimentar Cain al ver sin vida á su hermano Abel:

—¡Yo lo he muerto!—exclamó desolada—¿Qué le diré yo á su hijo cuando me pregunte por su padre? ¿Qué le responderé yo, Dios mio?

Por su parte, el anciano marqués, moviendo la cabeza y mirando de reojo al coronel Rocamar, convertido en la estátua viva del estupor, murmuraba por lo bajo:

Buena la hicisteis franceses,
En esa de Roncesvalles.

En cuanto al coronel, excepcion hecha de las orejas, que superaban en color al subido matiz de la púrpura, parecia que los hielos del polo habian caido sobre él, petrificándole.

VII

La situacion no podia ser más violenta, más embarazosa ni más difícil, aparte lo ocasionada á desfavorecedoras y gratuitas interpretaciones. Afortunadamente, el marqués, testigo ocular de aquel triste y desagradable suceso, mas de todo punto extraño á él, conservaba el espíritu bastante libre para poder apreciarla en sus trascendentales consecuencias, y á la vez por sus circunstancias particulares, para tomar la iniciativa y dar las urgentísimas disposiciones que reclamaban, lo mismo el estado del enfermo que el estado de las cosas, que, por cierto, no cabia en el uno ser peor, ni en el otro más comprometido y escabroso de lo que era.

Llamóse, pues, al ayuda de cámara de don Jerónimo, ausente en los momentos críticos de la catástrofe; hízose venir á toda prisa al doctor: ínterin éste y aquél acudian, rociáronle el rostro con agua, hízosele aspirar sales, incorporáronle, diósele éter..... Todo fué en vano: el síncope hubo de durarle dos larguísimas horas, y, al volver en sí, fué acometido de fuertes espasmos, precursores de la fiebre, cuya intensidad, al desenvolverse, hizo que se le declarase en grave y visible riesgo.

Púsosele en el lecho y se dispuso su asistencia; á todo se habia atendido con inteligente solicitud, y entónces se convirtieron todas las atenciones á la jóven, que, segun el doctor, tambien tenia fiebre.

El coronel estuvo casi elocuente para tranquilizarla, el marqués afectuoso y paternal. Uno y otro procuraron disuadirla de la idea que la desesperaba: «el mal existia, el enfermo estaba preparado para el ataque, la explosion se habia efectuado con el movimiento natural de su sorpresa,» mas ninguno de los tres creia lo que dos no dudaban en afirmar para calmarla.

Tratóse, al fin, el punto de suyo más delicado. ¿Debia permanecer la jóven al lado del paciente, ó retirarse?

—No le dejo, ni saldré de su cuarto, suceda lo que suceda—dijo, al fin, aquella resuelta y terminantemente: — ya que le he hecho tanto mal, que pueda hacerle algun bien.

Volvió el coronel á sus razonamientos y reflexiones, que todas daban vueltas al rededor de la misma idea.

—En el punto que vuelva en su acuerdo—replicó la jóven con firmeza—tomaré el partido que deba tomar: ántes, no. Soy la mujer de su hijo, y en ausencia suya le represento. Si vuelve en sí y da muestras de molestarle mi presencia, me esconderé en un rincon, y desde allí velaré, por mí misma, para que nada le falte. Es mi deber, y estoy resuelta á cumplirle.

—Está Vd. en su lugar—dijo el marqués, aprobándolo.—En el estado en que están las cosas, lo mejor que puede hacerse, es dejarlas marchar por sí mismas.

Sin cuidarse ni dolerse de sí, ofreciendo á Dios en ofrenda el dolor de

sus humillaciones á cambio de su imprudencia, la jóven se instaló junto al lecho del enfermo, consagrándose á su cuidado. Rocamar iba y venia, el marqués hacia lo mismo, y se acabó de pasar la tarde.

Vino la noche, derramando la tristeza en aquel cuarto silencioso, cuya atmósfera se elevaba con el hálito encendido del enfermo, sumido por completo en casi mortal letargo. Allá, en el fondo, velaban y departian, en voz muy baja, el marqués y el coronel; el ayuda de cámara, atento á las órdenes de la jóven, de pié junto á la mesa, combatia con el sueño, mirando las agujas del relój, ínterin la que tomaba en el peligro y la tribulacion el puesto y los deberes de hija, entregada á sus tristes y revueltos pensamientos, no separaba sus ojos de los del enfermo, velados por sus párpados, que parecian ser de plomo.

Rocamar contaba al anciano marqués la historia de aquella desavenencia de familia, historia que en resúmen vamos á narrar á nuestros lectores, enlazando lo pasado á lo presente.

VIII

El enfermo, que reposaba sumido en el letárgico sueño de la fiebre que lo devoraba hacia algunas horas, añadia á su antiguo y esclarecido linaje cuantiosos bienes de fortuna, los más heredados, no pocos adquiridos, gran talento, gran firmeza, gran rectitud y todo el orgullo que se cobija bajo el severo manto de la humana dignidad, que en él constituia la mayor de sus grandezas morales, intelectuales y sociales.

Los Villares de Andrade, cuyo solar radicaba en Castilla, de padres á hijos, venian siendo de muy antiguo una familia de magistrados, los más célebres por su saber, todos estimados por su probidad; y don Jerónimo, en quien venia la vocacion como vinculada, lo fué pasando por todos los grados de la magistratura hasta llegar á los más altos, ilustrándolos con sus eminentes cualidades.

Se casó muy jóven, tuvo tres hijos, las dos mayores hembras, varon el último; y, si como era simplemente una familia de magistrados, hubiera sido una dinastía de reyes, aquel varon se habria conocido en la historia con el nombre de Pacomio el Deseado. Vino, además, á la vida dotado y enriquecido con todas las altas cualidades paternas, pero de tan gran carácter como el autor de sus dias, ménos severamente educado que éste lo fue del suyo; su firmeza llegó, desenvolviéndose con sobrada rapidez, á convertirse en teson, éste en tenacidad, y, por consecuencia inmediata, entró en lucha con cuanto contrariaba sus deseos y con sus deseos mismos, si su razon no los aprobase poniéndoles el refrendo.

Desde chico, mostróse adverso á la toga y entusiasta por la espada. Vivia su madre, señora de elevada inteligencia y de sublimes virtudes, señora que merecia las calificaciones con que su hijo la designó honrándola en su entrevista con el marqués de Arol del Rio; intervino entre aquellas dos voluntades, igualmente firmes, que disentian entre sí, y no sin esfuerzos ganó la causa del esquivo legista. Se amplió y completó su educacion, y así que

llegó á la edad prescrita, ingresó en el colegio de Infantería, donde hizo con brillantez sus estudios.

Abrimos un paréntesis que abraza la historia fielísima, contada por el ex-alférez al marqués en la conferencia ántes aludida, y que cerramos por dar algunos pormenores extrictamente indispensables, para formar juicio exacto de las personas y de las cosas, en la cuestion llamada á decir su última palabra en el balneario de Panticosa, diez y ocho años después de haber surgido.

Don Jerónimo se casó muy jóven, como llevamos dicho; ora debemos añadir que enviudó siendo jóven todavía, que cuatro años más tarde contrajo segundas nupcias, y que su enlace fué más, mucho más de amor que de conveniencia.

Ninguno de sus tres hijos se mostró adverso á la resolucion de su padre; pero los tres sufrieron acerbamente al ver ocupado el sitio de su madre en el hogar doméstico, y ocupado por quien, á su parecer, distaba mucho de sus altísimas cualidades. Sin embargo, en su respeto filial devoraron su sentimiento, y no se elevó una queja ni áun un suspiro que turbara la felicidad de su padre.

¿Tenian razon? ¡Oh, mucha! La madrastra, al casarse con don Jerónimo, habia hecho un casamiento brillantísimo, como en el mundo se dice de todo enlace en el cual uno de los cónyuges lleva, en posicion, grandes ventajas al otro; la madrastra llevó al matrimonio el ánsia insensata de engrandecimiento y el ánsia voraz de poseer que acompaña, por regla, al que siempre ha carecido, y la madrastra, por último, era uno de esos caractéres vulgares con que á cada paso se tropieza en la vida real, caractéres profunda é irracionalmente celosos, á quienes daña todo cuanto no pueden hacer exclusivamente suyo, sean cosas, sentimientos ó personas.

Si esto hubiera podido dudarse, pronto habria sido probado con hechos irrecusables; y la que principió siendo elemento extraño en la familia ya constituida, conforme fué adquiriendo influencia y dominio, convirtióse en elemento deprimente, á tal punto, que hubo de disolverse aquella, haciendo el vacío que su ambicion y sus celos apetecian. Sus dos hijastras salieron juntas de la casa paterna, la mayor para casarse con un magistrado, la segunda para tomar el hábito en las Huelgas de Búrgos.

Su hijastro estaba de guarnicion en Valencia.

IX

Tuvo lugar la guerra de África, y los sucesos fueron eslabonándose hasta llegar á la vuelta del hijo á la casa paterna, donde se le recibió por el padre como lo que era, por la madrastra como á huésped que venia por temporada.

Ageno á los disgustos que habian llevado á sus hermanas á tomar resoluciones tan trascendentales como las suyas, pero que con sublime prudencia no los compartieron ni áun con él; volvia al hogar, bien provisto de

cariño y respeto para su padre, de deferencia y galantería para la esposa de éste, sin imaginar siquiera que ella iba á abrirle estrecha cuenta de daños y perjuicios causados con su presencia y la de su pequeña é inocente protegida.

Es innegable que los hombres gozan de ciertos privilegios é inmunidades en la sociedad doméstica, que la mujer, en igualdad de circunstancias y merecimientos, no otorga nunca á la mujer; así como los hombres, en honor de la verdad sea dicho, se hallan revestidos de cierta indulgente benevolencia para juzgar las acciones de la mujer en el círculo íntimo á que aludimos y de que la mujer carece, ya porque la susceptibilidad de ésta es más delicada é impresionable, ya porque aquéllos son refractarios, en razon á su carácter y al distinto órden de ideas que abrigan, á las pequeñeces de que la mujer casi se alimenta; ello es lo cierto que las consideraciones y la indulgencia forman una especie de pacto que rara vez rompe su cordialidad ó su mútua cortesía; pero á pesar de estas ventajas que mediaban entre ambos, las consideraciones de la madrastra se fueron restringiendo de tal manera, dijo en tal variedad de asuntos y con tal recargamiento de tono:—«Mi casa, mis criados, no permito, yo lo mando;» que el hijastro pudo comprender bien pronto no era aquella casa ya la suya, como allá cuando su madre vivia; sino la de su padre, regida y representada por su mujer; más pronto aún, el desacuerdo dijo su primer palabra, y en pos de haberse pronunciado, la guerra, sorda, incesante, artera de una parte, altiva, desdeñosa, de formas corteses por la contraria, asomó su iracunda y enmascarada faz.

Con el hijo de su marido, hijo predilecto en el que se cifraban todas las esperanzas del padre; que jamás faltaba á las conveniencias, ménos á la cortesía hasta en sus nimiedades más insignificantes, mal su agrado tenia que transigir. A un hijo no se le lanza del hogar paterno por la sola razon de que no se le ve de él con gusto, mucho ménos tratándose de un padre como el antiguo alférez de Arapiles; de consiguiente, formó su plan, y miéntras con él se limitaba á minar el terreno en que se hacia firme, puso á la niña y á su nodriza fuera de la ley, aceptando como buena toda arma que las dañase y mejores cuanto más envenenadas.

X

Así las cosas, un dia la jóven señora de Villar vió entrar en su gabinete á su hijastro con la niña que tan generosamente habia adoptado. La pobre criatura iba en brazos de su protector—aún no andaba—y aunque aquella nada dijo, dióse por ofendida y frunció el año, dando por supuesto, allá para sí, mejor dicho allá para su esposo, que aquel era un acto de imposicion al más alto grado ofensivo y denigrante, un reto hecho á su autoridad, una ofensa sin excusa y sin perdon.

El dia era de casualidades. Al padre cumplió llamar á su hijo, y éste, respetando la repugnancia que don Jerónimo comenzaba á mostrar á la niña, dejóla sentada en una pequeña banqueta y corrió á donde su padre se hallaba escribiendo á la vez á la jóven novicia de las Huelgas.

Parecióle que oia llorar á su protegida y se inmutó. Sin embargo, se contuvo, manteniéndose inmóvil delante de la mesa; pero el llanto arreció, y dejando á su padre con la pluma en la mano, se lanzó de un brinco á la puerta y de otro al gabinete de su madrastra; júzguese cuál sería su indignacion al ver á la infeliz huérfana rodar por el pavimento y á la señora de Villar empujándola como á cosa inmunda con la punta de su lindo pié para echarla del aposento.

Fué bastante dueño de sí mismo para dominar la explosion de su ira, mas no tanto que ésta dejase de vibrar en su voz al decirla:

—Señora, pié de verdugo, es deshonra de la dama.

—¡Es Vd. un insolente!—contestó la señora de Villar, dejando caer su máscara de una vez.

—¡Señora!.....

—Lo soy de mi casa—replicó aquélla, cortándole la palabra, trémula y descompuesta—y no permito que nadie se me imponga en el sagrado de mi propia habitacion!

Como complemento de sus declaraciones, dióle un tremendo portazo en la cara, que lo hizo á su vez palidecer y temblar.

Rotas las hostilidades, la batalla iba á darse en el terreno peor para el alférez, y por una y otra parte comenzaron los aprestos.

Llegó la hora de sentarse á la mesa. La señora de Villar se excusó, con un fuerte dolor de cabeza, de asistir á la comida—habia convidados.—Don Jerónimo hizo los honores, cubriendo su disgusto con el velo harto trasparente de su cortesía; su hijo veia venir la tormenta, sin encontrar pararayos que lo salvara, y así se deslizaron las primeras horas de la noche.

En cuanto quedaron solos, el padre se revistió de su carácter, y sin tocar á lo acaecido, del que tenia largos antecedentes, díjole, en ese tono que no admite réplica:

—Esa niña va á ir inmediatamente con su familia, para lo que mañana se harán las diligencias necesarias.

—No es posible, papá, porque no la tiene.

—Pues en ese caso, se la llevará á un asilo.

El padre no habia medido bien la fuerza de resistencia de su hijo, y al ponerla á prueba se encontró con un error de cálculo que hubo de dar torcido rumbo á las cosas.

—Papá—repuso el alférez sin salir de tono, pero con singular firmeza—la noche que murió su madre, con solemne é inquebrantable juramento, prometí no desampararla nunca. Irá conmigo á donde yo vaya, pues por mi adopcion viene á ser mi primogénita y ni puedo ni debo separarla de mí.

—No discuto un principio falso, un deber que otro superior anula y en mi derecho exijo. El dia de mañana tienes de término para tomar la resolucion que te parezca; pero que no concluya sin haberla realizado. Dispon de tí, y de tu primogénita, segun te agrade.

—Bien, papá; dispondré.

En aquella triste cuestion, padre é hijo habian ido mucho mas léjos de lo que se propusieron ir; pero habian ido, y en su carácter no era fácil, no

era posible retroceder. Al dia siguiente el hijo se presentó en el cuarto de estudio de su padre. Este le miró sin hablar, y aquél le dijo en tono respetuoso, pero lleno de entereza:

—Papá, ya he dispuesto de la niña y de mí.

—Me alegro—respondió el padre con acento severo y glacial.

Bajo su aparente calma, á uno y á otro les latia el corazon.

—He tomado un cuarto pequeño, pero capaz para los que hemos de habitarle—prosiguió el jóven alférez con expresion á que quiso y no pudo darle naturalidad—y á la tarde nos trasladaremos á él, la niña, el ama y yo.

Aquel «yo» hizo fatal efecto en don Jerónimo. Púsose, no pálido, sino lívido; la hiel se derramó en su corazon inundándolo, centellaron sus ojos con el fuego de la ira, tanto más temible cuanto más concentrada, y poniéndose á toda la altura de su potestad, repuso:

—No te digo como ántes «me alegro,» porque detrás de tí van á cerrársete las puertas de la casa de tu padre.

—Eso no es posible, porque no paso de lo que Vd. me mandó anoche.

—Nada. ¿Te vas?..... ¡vete! pero pronto y para siempre.

El golpe hirió al hijo, porque era cruel, pero sin anonadarle y sin levantar la voz, sin salir de tono, pero tampoco sin ceder en lo más leve ni modificar su resolucion, repuso:

—Me voy, papá: pero es, y conste, porque á ello se me obliga; porque después de lo ocurrido ayer mañana y de lo que Vd. se sirvió manifestarme anoche, es lo sólo que me cumple: mas eso de irme para no volver, ¡nunca! Vendré cien veces á llamar á esta puerta, que no se me cerrará, porque no he dado motivo para ello.

—Por última vez—dijo el padre, jugando en aquel momento supremo el todo por el todo—¿mandas esa niña con su familia?

—No la tiene, papá.

—¿Te resuelves á llevarla á un asilo de huérfanos?

—Tampoco me es posible. No la abandono á la desgracia después de haberla adoptado.

—Pues asunto concluido. Puedes irte cuando quieras.

—¡Pero, señor!—exclamó el jóven violentamente conmovido.—¡Esto es peor que asesinarme!

—¡Al hierro, hierro!

—Sea; pero ántes quede en su lugar el que lo merece muy alto.

No era aquel momento el de las explicaciones, ni la ocasion propicia á los descargos. Lo que sucedió fué acentuarse la intransigencia.

—Si Vd. me hace el favor de concedérmelo—dijo el alférez viendo á su padre dirigirse á la puerta—quisiera llevarme la banquetilla última que ví bordar á mi madre.

El recuerdo que envolvia la peticion se clavó como un dardo en el alma de aquel á quien iba dirigida, y revolviéndose en su dolor, en tono tan acerbo y seco que cortaba:

—Se te mandará—contestó—con todo lo que te pertenezca.

—La banquetilla nada más, y ¡gracias!

—No hay de qué.

Severo como ofendido, altivo como potestad, el padre se encaminó á la puerta, pálido, amargo, hosco, pero resuelto y sin volver los ojos para mirarlo. Los de su hijo le seguian, resplandeciendo con el sombrío fulgor de los grandes pesares.

Estaba despedido del hogar paterno, y además condenado á la dura y cruelísima pena de no volver á traspasar nunca los umbrales que dejaba á la espalda para siempre.

TERESA DE ARRONIZ BOSCH.

(Continuará.)

JUNTO AL MAR

—

El sol se iba entre la mar hundiendo:
sentados silenciosos en la arena,
ella me contemplaba sonriendo,
y yo, en mi turbacion, muerto de pena.

—

No era tan grande el sol que se ponia
como su tierno corazon hermoso;
en las ondas del mar, no se escondia
un fondo más profundo y misterioso.

—

Para mí, su palabra era de nieve:
su mirada sin fin era de fuego;
á convencer un alma ¿quién se atreve,
estando sorda al batallar del fuego?

—

¡Ay! no pude decirla que la amaba,
pero dejé correr el llanto mio.
¡Ella, pálida y muda, me miraba
con aspecto sombrío;
y yo, ahogado en mis lágrimas... callaba!!!

CUNA Y SEPULCRO

—

¡Con qué facilidad nos olvidamos
de lo que más queremos en la vida!
y luego, vanidosos, nos quejamos
si aquello que adoramos nos olvida...

—

La ley de Dios el corazon apura:
¡todos para olvidar tristes nacemos!...
nada en la vida sin cambiarse dura,
y entre risas y lágrimas crecemos.

—

Llorando, nuestras penas consolamos:
de risas y de lágrimas vivimos:
con ellas de los sueños despertamos,
¡y soñando entre lágrimas morimos!...

ELLA

—

No era ya el celestial ángel divino...
Ciega, aturdida, sin hacerme caso,
se atravesó implacable en mi camino...
¡Tarde era ya para cerrarle el paso!...

—

Pasó, como entre nubes el ardiente
rayo, que hiere, que deslumbra y mata;
y que súbito, airado, de repente,
los floridos cercados desbarata

—

Con su crueldad envenenó mi vida,
condenándola á llanto tan eterno,
que tal vez por el hueco de mi herida
se vislumbra el martirio del infierno;
y es hoy feliz mientras que yo me muero,
y áun en mi triste soledad la quiero.

José Güell y Renté.

MECÁNICA SUBLIME

—

El problema de Arquímedes famoso
bien puede resolverse por cualquiera,
si la suerte le ayuda de manera
que no acabe infeliz *haciendo el oso*.

Nada ménos que al Todo-Poderoso
conseguiria plagiar quien de la esfera
la divina palanca recogiera;
mas ¿y el punto de apoyo portentoso?

Si Fortuna, lectores, por sistema,
os ofrece favor muy duradero
y quereis convenceros de mi tema,

Con EL AMOR, palanca del emblema,
buscad apoyo fuerte en EL DINERO,
y el mundo movereis: *Ecco il problema*.

R. A.

REVISTA CRÍTICA

La Corporación docente que ostenta en su escudo el lema VERUS, PULCHRUM, JUSTUM, ha recibido en su seno al académico electo Fr. Zeferino Gonzalez, famoso dominico, renombrado obispo de Córdoba, hoy prelado de la Silla sevillana, y muy conocido expositor filosófico de la Iglesia Católica.

Precedido de justísima notoriedad por sus virtudes y talentos, nos hallamos relevados de hablar del hombre, pudiendo consagrarnos con más espacio á discurrir acerca del discurso por él leido á su ingreso en la Academia.

Inspirándose en sentimientos de modestia, entiende que al ser recibido en la Corporación docente, sólo se ha atendido á su carácter de ministro de Jesucristo, prescindiendo de su personalidad; y fundado en esto, solicita la atención del auditorio hácia un tema religioso, considerado en su más alto sentido filosófico.

Meditó el discurso y dióle forma el nuevo académico en época revuelta, de grandes agitaciones y trastornos, tanto en el órden religioso como en el político. En España se sucedian los motines, *pronunciamientos*, algaradas y golpes de Estado, y la Europa era teatro de luchas que amenazaban su desequilibrio. Arrastrado, influido el ánimo del P. Zeferino por el medio ambiente que le circundaba, asaltó su mente y su corazón problema pavoroso, que cubria de angustia y zozobra su espíritu; zozobra y angustia que se reflejan patentemente en el trabajo que examinamos.

En efecto: el dominico discurre, «indaga la razón por qué, no ya la España, sino la Europa toda, en medio y á pesar de su brillante civilización, presenta á los ojos del observador ménos reflexivo síntomas innegables de corrupción y de muerte, y se agita, como el moribundo en su lecho, lanzando angustiosa mirada hácia lo porvenir.»

Al lado del principio cristiano, de los elementos evangélicos que dan fuerza y vida á la sociedad, descubre el académico, en ella, instituciones ateas, ideas materialistas, rebelión satánica de la ciencia y de los hombres contra Dios, al cual se pretende arrojar del mundo y de la sociedad.

En esta lucha ve el orígen verdadero y la razón suficiente de esa conjuración gigantesca del hombre contra Dios, que en Italia, Suiza y Alemania arma el brazo de los poderosos de la tierra contra la Iglesia de Cristo y los ungidos del Señor; que en Francia y en España ha hecho correr rios de sangre y de fuego; que mantiene, en la atmósfera que respiramos, corrientes, ideas y siniestros presagios que, cual losas de plomo, pesan sobre las naciones todas y sobre los hombres de buena voluntad.

«Trabajada por corrientes ateas en sus ciencias, en sus artes, en sus leyes, en sus instituciones y costumbres, esta sociedad no evitará, no puede evitar los sérios peligros que la amenazan, si no abre de nuevo su inteligencia y su corazón á las corrientes vivificantes del teismo cristiano, si no busca su centro de gravedad y su ley de vida en la grande idea cristiana de Dios, revelada á la humanidad por el Verbo mismo del Padre, desarrollada y conservada en el mundo por la Iglesia Católica.»

Para demostrar la tésis precedente, entra, con paso resuelto, en el vasto campo histórico de la filosofía, y ocupa su atención y la casi totalidad del discurso en disquisiciones y críticas que revelan una vez más su cultura y profundo y perfecto conocimiento del movimiento filosófico, para condenar el racionalismo—segun él, madre de cuantas escuelas ateas han sucedido desde el cartesianismo á nuestros dias—porque en fuerza de la ley irresistible de la lógica, es arrastrado fatalmente á la negación de Dios.

Tras este exámen, en que con diligencia exquisita y profundo amor católico va mostrando las debilidades ó flaquezas de las doctrinas de los pensadores que merecieron lugar en la historia, comienza de esta suerte á preparar sus conclusiones de entonación apocalíptica:

«La sociedad, el Estado y el poder público—dice—traen su orígen primitivo de Dios, el cual, al llamar al hombre á la existencia, hizo de él un sér social á la vez que un sér moral é inteligente; Dios es el autor de la familia; es orígen y norma de la moral, fundamento y razón suficiente del derecho, base primitiva y sanción última de la ley y de la propiedad, como lo es también de la libertad y de la autoridad, y, por consiguiente, del orden social; porque si el orden social es la unidad de la libertad en la autoridad y de la autoridad en la libertad, no puede ser estable ni fecundo para el bien sino á condición de buscar en Dios su orígen y su sanción.» «Si quieres que te obedezca, dice al hombre del poder el hombre de la filosofía y de la política cristiana, si quieres que te escuche cuando me diriges tu mandato y cuando pones límites á mi libertad, háblame en nombre de Dios y con la autoridad de Dios: de lo contrario, no te conozco ni te escucho; tu mandato es tiranía y usurpación; mi razón y mi voluntad valen tanto como tu voluntad y tu razón.»

Recargando el cuadro de colores vivísimos para hacer destacar de él la figura del racionalismo, dice: «Escuchad su palabra: Queremos—dicen—un Estado sin religión y sin Dios; queremos una familia sin Dios, una ley sin Dios, moral y escuelas sin Dios, y hasta sepulcros sin Dios.....»

«Con su palabra y con su ejemplo arrancaron del corazón del pueblo las augustas creencias y las consoladoras esperanzas de la Religión cristiana de

este pueblo, que escuchó un dia y otro dia la voz de blasfemia lanzada contra Jesucristo, y su Iglesia y sus ministros; este pueblo que, encorvado sobre el arado y sepultado en los talleres vió que los sabios y los poderosos del siglo se burlaban de su fe, le arrebataban su esperanza en una vida futura y el pensamiento de Dios, invitándole á fijar únicamente sobre la tierra sus miradas, sus manos y su corazón, irguió su frente sombría, en la cual no brilla ya el sello augusto de la fe y de la esperanza en Jesucristo, y exhaló de su pecho una voz de maldición y de muerte. Es la voz del pueblo que dice á los sabios y poderosos de la tierra: «Si el Cristianismo es una impostura, como asegurais; si la existencia de Dios es una hipótesis; si no hay más Dios que la humanidad, ¿por qué sufro y lloro miéntras vosotros, hombres como yo, abundais en delicias?..... Puesto que me asegurais que nada hay para el hombre más allá del sepulcro; puesto que la Providencia, el Infierno y el Paraíso son palabras que nada significan, quiero poseer la tierra, quiero abundar en riquezas y placeres. Nos habeis enseñado que la ley de vida es gozar. Pues bien: nosotros queremos gozar, porque mañana moriremos; queremos destruir y aniquilar cuanto opone trabas á nuestros goces y placeres; por eso predicamos la guerra contra Dios y sus ministros, guerra contra la Religión y la sociedad, guerra contra la autoridad, contra la propiedad y la familia.»

Ante situación tan pavorosa, que amenaza la ruina de los pueblos y presagia la hecatombe más funesta y la caida eterna de la humanidad en las sombras, el P. Zeferino, con entonación apocalíptica, repetimos, exclama:

«¡Qué significa ese grito de maldición, de guerra y de muerte lanzado por el socialismo contemporáneo! Es el eco fatídico, pero lógico, de las doctrinas que al pueblo se han enseñado con la palabra y con el ejemplo. Digámoslo, pues, aquí, y digámoslo en voz alta: si la sociedad y las naciones han de recobrar el perdido equilibrio, si la sociedad y las naciones han de evitar la tempestad que ruge bajo nuestras plantas, y que proyecta sombras siniestras sobre el porvenir, es preciso que vuelvan al centro por ellas en mal hora abandonado, es preciso que conviertan su corazón y sus miradas hácia el Dios verdadero y hácia su Hijo Jesucristo; que no es sola la vida eterna, es tambien la vida presente la que es fecundada y santificada por el conocimiento de Dios y de su enviado Jesucristo. Y es preciso también, y ante todo, que la sociedad y las naciones vuelvan á llamar á su seno al Cristianismo, fuera de cuya órbita vienen peregrinando hace tiempo.»

»Y al hablar del Cristianismo no me refiero á ese cristianismo racionalista, hoy de moda entre algunos filósofos y publicistas, que se reduce, por un lado, á una moral individualista y libre, que deja paso franco á las pasiones, miéntras que en el terreno doctrinal sólo nos ofrece recuerdos más ó ménos ingeniosos de los dogmas católicos, cuya verdad es inconciliable, no ya sólo con las cristologias de Strauss, Bruno Bauer y Marheineke, si que tambien con las trinidades filosófico-panteistas de Schelling, de Leroux y de Dorner. Hablo del Cristianismo tradicional, perpétuo y auténtico, revelado por Jesucristo, predicado por los Apóstoles y enseñado por los antiguos

Concilios y Padres de la Iglesia. Hablo de ese Cristianismo que regeneró una sociedad próxima á perecer en manos del principio politeista y del principio epicúreo; que rompió las cadenas del esclavo; que dió vigor sobrehumano á la inteligencia poderosa de San Agustin y de Santo Tomás; que por medio de sus admirables instituciones monásticas, hizo brotar por ensalmo cultivados campos y villas populosas en las primitivas selvas y lagunas; que conserva y desarrolla las ciencias y las artes, lleva la civilización á pueblos salvajes, redime al cautivo, instruye á la juventud, cura al enfermo, protege al desvalido y evangeliza al pobre. Este Cristianismo, que condena la tiranía y violencia, como condena la rebelión y el desórden: este Cristianismo, que ama el progreso en el bien y para el bien; que forma los grandes caractéres y el orígen de austeras virtudes; que tienen soluciones fijas, á la vez que filosóficas, para todos los grandes problemas de la vida y de la muerte del hombre; que asienta sobre firmes y sagradas bases la sociedad, la autoridad, la familia y la propiedad, es el único capaz de contener ese gran movimiento de descomposición moral y social que hoy nos preocupa, y que es el resultado natural y necesario del principio racionalista que hemos sustituido al principio cristiano y de las instituciones ateas, que, en uso de nuestra soberanía popular y de nuestra autonómica razón, nos hemos dado. La sociedad y las naciones corren gran riesgo de perecer, y perecerán, sin duda, si enfrente del movimiento pagano y racionalista, que origina y representa su decadencia y sus peligros, no verifica un gran movimiento de aproximación y concentración hacia el principio cristiano. Si posible fuera que el Cristianismo, con todas sus ideas é instituciones, se ausentara de las naciones civilizadas, conocerian entónces lo que deben á esa Religión Santa, á la que menosprecian y persiguen; conocerian entónces que al Cristianismo son debidos el germen, el desarrollo y los elementos principales de ese gran hecho histórico-social que apellidamos *civilización europea.*»

Continuando en la exposición que venimos haciendo del discurso del P. Zeferino,—trascribiendo párrafos para la mayor integridad de aquella—afirma que, á pesar de contar el racionalismo tres siglos de propaganda activa á la sombra de los tronos, apoyado por los gobiernos y enseñado por las Universidades, apenas cuenta algunos millares de afiliados—«y sin embargo, ¡se complace en vaticinar la próxima desaparición y muerte de esa Religión Santa, que cuenta millones y millones de creyentes!....;» y haciéndose éco de «los profetas de la idea y del progreso indefinido,» que dicen debe desaparecer la Religión cristiana en atención á que, como religión demasiado antigua, ya no puede responder al estado actual y futuro de la civilización; á que es incompatible con el progreso por su inmovilidad dogmática, é incapaz de satisfacer á los espíritus superiores y á las almas fuertes, y propia solamente para el pueblo y para las almas débiles, escribe, lleno de santa indignación y en arrebato entusiasta, los nombres de Orígenes, Eusebio de Cesárea, San Agustin y Santo Tomás, Melchor Cano y Vives, Bossuet, Leibnitz y Baronio, como espíritus fuertes, y los de San Atanasio y San Ambrosio, Gregorio VII y Sixto V, Isabel la Católica y Cisneros, cual modelos de almas grandes y bien templadas.—«¡Sin duda que esos

hombres, dice en tono irónico, no pueden significar nada al lado de los nombres de Fichte y Schelling, de Hegel, Krausse y Schopenhaüer, cuyas creaciones filosóficas brillan un dia para desaparecer al siguiente, sepultadas y confundidas en el torrente impetuoso de las pasiones humanas!»—Y volviendo sobre la acusación que se hace al dogmatismo católico, de inmovible, dice: «Esta objeción es digna de los que enseñan que la verdad no *es*, sino que se *hace*.» «Ni es ménos infundada la objeción referente á la pretendida oposición entre el Cristianismo y la ley del progreso.»

«La inmovilidad dogmática del Cristianismo no se opone á la marcha progresiva de la humanidad hácia el bien en todas sus manifestaciones, como tampoco se opone á esta marcha progresiva la inmutabilidad del Decálogo y la inmovilidad de la moral. La inmovilidad del Cristianismo es la inmovilidad del grande Océano, que, cerrado y limitado por continentes y montañas, es surcado en todas direcciones por la nave y el vapor, y ofrece vastísimo campo al movimiento, á la actividad y á las exploraciones del hombre.»

«Que si del terreno doctrinal descendemos al terreno de las instituciones, veremos á la Iglesia fomentar el espíritu de movimiento, de vida y de iniciativa individual, cerrando la puerta al sistema de castas y cimentando su notable jerarquía sobre el gran principio de la igualdad; porque nadie duda, os diré, con un autor nada sospechoso en la materia (1), «que la igualdad en admitir á todos los hombres para los cargos eclesiásticos; que el contínuo llamamiento de la Iglesia, arreglado segun principio de igualdad, ha contribuido poderosamente á mantener, á reanimar sin cesar el movimiento y la vida, á prevenir el triunfo del espíritu de inmovilidad.»

.....

«La Historia nos dice que, cuando en una nación el mal prevalece sobre el bien, Dios la arroja de su presencia y la sepulta, sin gloria y sin honor, en la huesa de los siglos; pero la historia y la razón, y la palabra divina, nos dicen también que Dios hizo *sanables á las naciones*, sobre todo cuando se trata de naciones cristianas.»

.....

«Cuando llegue ese dia feliz para las naciones ingratas que hoy se apartan del Cristianismo, al cual deben su civilización, reconocerá y confesará el hombre que las ciencias naturales son un comentario de la verdad revelada.....»

Y al contemplar la desolación que forja en su mente, pregunta el dominico:

«¿Será, por ventura, que la brillante civilización que nos rodea está destinada á perecer en medio de horribles convulsiones, saturada de ateismo, de orgullo y de placeres?»

Abandonamos al académico en su erudita escursión por el campo de la historia de la filosofía, para descubrir en la entraña de todas las doctrinas

(1) Guizot: *Historia de la civilizacion de Europa*, lec. 5.

que llama racionalistas, el principio ateo, y sólo trataremos de seguirlo, si podemos vencer la fatiga del largo camino que se presenta á nuestra mente, en cuanto se refiere á su tésis y conclusiones.

Es el tema, por su trascendencia y amplitud, el obligado en las controversias modernas, por hallarse en el fondo de todos los problemas latentes. La crítica religiosa ha sido y sigue siendo fecundísima y brillante, y fuerza es que hayamos de repetir lo tantas veces expuesto por eminentes pensadores, ya porque no podamos sustraernos á la fuerza que en nuestro espíritu dejaron impresas sus reflexiones, ya porque, áun pensando por cuenta propia, coincidamos, á virtud de la oxigenación que recibimos en la misma atmósfera.

Entrando desde luego en nuestra tarea, fijemos la atención en el análisis, para venir á la síntesis que palpita en todo el discurso del prelado hispalense.

A los comienzos de la lectura, hirió nuestro pensamiento la afirmación de que la ciencia se rebela satánicamente contra Dios, al cual se pretende arrojar del mundo y de la sociedad. Ya en nuestra última REVISTA (1), al emitir juicio acerca del libro del Sr. González Serrano y su capítulo *La crítica religiosa*, hubimos de fijar la idea de que si *los Dioses se van*, ó como se dice hoy en el discurso de recepción, se arrojan de la sociedad, no ciertamente en el concepto de arrancar de cuajo el sentimiento religioso y los principios morales, sino en el de abandonar toda teodicea, simbolismo, misterio y revelación divina. Y este movimiento de emancipación que aterra al espíritu católico, obedece al colosal desenvolvimiento de la razón humana y á las incomparables conquistas que la ciencia ha realizado por la libertad del pensamiento. ¡Cómo la ciencia se ha de rebelar contra Dios, si ella muestra con inefable placer, y real y positivamente los secretos de la Naturaleza! Rebélase contra la ciencia, la Iglesia, que ve conturbados y derruidos sus dogmas por la fuerza incontrastable de los hechos y la verdad demostrada; verdad y hechos que, léjos de volverse satánicamente contra Dios, cantan en sus éxitos y demostraciones el himno más jigantesco y sublime que pudieran entonar de consuno los sagrados órganos de cuantos templos elevara á la fe la humanidad entera.

Recuerdo que anubla el pecho de angustia traen las líneas piadosas que nos ocupan. El ánimo se suspende y gime el corazón al volver los ojos hácia los campos abonados con la sangre de hermanos; y es verdad histórica que esa tremenda responsabilidad no caerá jamás sobre la frente de aquellos á que se atribuye la guerra implacable á Dios, sino á los extraviados y dementes, cuando no malvados y ateocráticos, que invocan su nombre y levantan bandera para perseguir y exterminar á los que llaman enemigos de Dios.

No deben su orígen los rios de sangre vertidos en España á la satánica rebelion contra Dios, ¡no!

Arma el brazo fratricida la intolerancia, erigida en dogma por la Iglesia que, léjos de seguir á San Atanasio, que simboliza la persuasión y el

(1) Correspondiente al dia 13 del actual.

consejo como medios cristianos para convertir á la fe, acepta y cultiva en todos tiempos la doctrina de San Agustin (1) y la de Bossuet, anti-cristianas, por no fundarse en la caridad, que afirma que el príncipe debe emplear su autoridad para destruir en su Estado las falsas religiones.

Si Dios, encarnado en Jesucristo y revelado en su doctrina, hizo del hombre un sér social, y así lo reconoce y sanciona la Iglesia, ¿no se halla éste en abierta contradicción con la doctrina revelada, cuando establece en su Concilio de Toledo (633. Can. 60) que la vida monástica es la perfecta, y en el de Nimes (siglo XI, 1096, Can. 2) compara al monaquista con los ángeles y querubines, afirmando que el monaquismo es el ideal de la vida evangélica, y el anacoreta el modelo del cristiano, hasta el punto de considerar aquella como preparación ó noviciado de ésta? Así lo interpretó San Antonio en las palabras del Evangelio (2) cuando, retirándose á las soledades del Egipto, fundó el sistema de existencia perfecta cristiana; así tambien San Basilio, primer organizador de la vida monástica, cuando afirmaba la imposibilidad absoluta que existe entre el mundo impregnado de paganismo y la vida cristiana: «El soldado de Cristo, dice, no debe ser esclavo de ninguna preocupación terrenal: ha de renunciar á la familia, á los bienes y á la ciudad;» así tambien aquél viejo solitario de Egipto, cuando decia: «En el orígen, el cuerpo entero de la Iglesia observaba las reglas que nosotros seguimos. Pero, cuando por la corrupción de las costumbres primitivas y la maldad de los gentiles, la sociedad cristiana fué alterada, los hombres que quedaban fieles á la tradición apostólica se emanciparon del mundo y vivieron solos.»

La institución monástica es, pues, la primera, no solamente en el orden de los tiempos, sino también y principalmente en el de la perfección.

Y si la virginidad es consagrada como estado de santidad, que trae como consecuencia la condenación de la famila (3), ¿cómo el hombre, según la Iglesia, es social? Si Dios es la base primitiva y sanción última de la propiedad, y Jesucristo es Dios y la doctrina revelada, divina, ¿cómo se condena en el Evangelio la riqueza (4), base de toda prosperidad social?

Parafraseando, habrá que argüir: «Si quieres que te obedezca, dice al hombre de la filosofía y de la política cristiana el hombre del poder y de la ciencia; si quieres que te escuche cuando me dirijes tu mandato imperativo y cuando pones límites á mi libertad de pensar, háblame el lenguaje de la verdad real y positiva y con la autoridad de la demostración; de lo contrario, no te conozco ni te escucho; tu mandato es tiranía, y usurpación y superchería; mi razón y mi voluntad valen más que tu voluntad y tu razón.»

---

(1) Ep. 185, párrafos 11, 19 y 25.—Ep. 105, párrafo 13.—Ep. 5, párrafo 2.—Epístola 93, párrafo 5.

(2) San Mateo. VI. 24. Ninguno puede servir á dos señores; porque, ó tendrá aversión al uno y amor al otro, ó si se sujeta al primero, mirará con desden al segundo. No podeis servir á Dios y á las riquezas.

(3) San Mateo. XIX. 29. Y cualquiera que habrá dejado casa, ó hermanos, ó hermanas, ó pádre, ó esposa, hijos ó heredades por causa de mi nombre, recibirá cien veces más *en bienes más sólidos* y poseerá después la vida eterna.

(4) San Mateo. XIX. 21. Si quieres *ser perfecto*, anda y vende cuanto tienes, y dáselo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; ven después, y sígueme.

En la justa filosófica ha de mostrarse espíritu de alta tolerancia y conciliación, huyendo el caer en interpretaciones torcidas; y así, cuando se traen á plaza las palabras de: «Queremos un Estado sin Religion y sin Dios, ley sin Dios y escuela sin Dios,» no deben achacarse á renuncia y escarnio de Dios mismo, sino á emancipación de tiranías y de poderes que conturban y dificultan el desarrollo y prosperidad humanas.

No es la repetida blasfemia en boca de los sabios contra Jesucristo y su Iglesia, la que alza á las muchedumbres y las lleva al incendio y la devastación. Obra de la Iglesia es esta, y ella su única responsable.

A la sencillez primitiva de las instituciones democráticas del Cristianismo apostólico, sucedió la jerarquía privilegiada (1); la pureza del culto y de la fe degeneró, convirtiéndose en una grosera idolatría, extremadamente sensibilizada (2); á la pobreza y renuncia del mundo, sustituyeron las riquezas y pompas (3); la interpretación del Evangelio, fomentando el monacato, ate-

---

(1) Las comuniones cristianas, en las que entraban los fieles mediante el bautismo, se gobernaban al principio en forma democrática bajo la igualdad y amor fraternal. Con la propagacion del Cristianismo desapareció sucesivamente la igualdad fraternal de los primeros tiempos, oponiéndose los inspectores y ministros como un Estado aparte (clero) al pueblo (legos) y exigiendo como tributos obligatorios las primicias, diezmos y otras ofrendas que al principio fueron voluntarias. Con ello perdió el común de los fieles todo poder é intervención en el gobierno eclesiástico; pero por otro lado se acercaron mas al Cristianismo las altas clases, que buscaban honor é influencia, y que al principio eran poco afectas al espíritu de la igualdad fraternal.

El Episcopado, que, como dignidad pública, dependió primero de la elección del pueblo y clero, y despues de la nominación de los soberanos territoriales, quedó, mediante el juramento episcopal, enteramente sujeto á la Silla romana, y más desde que fué consagrada la costumbre de conferir el Papa *motu propio*, en todos los paises, obispados y beneficios.

(2) El culto cristiano, sencillo durante los tres primeros siglos, fué ampliado con el culto de los mártires y santos, como medianeros entre Dios y el hombre. Además de esto, fue solemnizado y sensibilizado mediante varias ceremonias simbólicas, la veneración de reliquias y de imágenes milagrosas, á cuyo santuario acudian los cristianos en procesiones y peregrinaciones y por el concurso de las artes, en particular la musica y la pintura, para sostener la devoción en el pueblo. Para contener este mal en su raiz, mandó Leon el *Isáurico* quitar de las iglesias todas las imágenes; resolucion que dió margen á las luchas entre los partidarios del culto idolátrico (iconodulos) y sus adversarios (iconoclastas ó iconomacos).

No poco contribuyó á solemnizar el culto San Gregorio el Grande, que, en su deseo de que la Iglesia adquiriera preponderancia, la reunió en un cuerpo, mediante un culto y disciplina igual para todos los cristianos; regular en el rito y ceremonial, solemne en la celebración, con misa, música eclesiástica y traje semejante en los eclesiásticos; con la edificacion de catedrales magníficas, establecimiento de dias festivos extraordinarios: porque la solemnidad del culto era la enseñanza mas inteligible para aquellos pueblos (los bárbaros), traidos de la barbárie y la guerra á la paz y la civilización.

(3) Fundado el primer monasterio de Benedictinos por Benedicto de Nursia en Monte-Casino, en la Campania, creció rápidamente el número de las órdenes monacales. Sacaban de las donaciones y mandas piadosas, autorizadas desde Constantino (321), su dotación de bienes raíces; y el diezmo que Carlo-Magno concedió á todos los cuerpos eclesiásticos, les traia abundancia y riqueza. Monasterios magníficos, cuya edificacion promovia el emperador mismo, *competian con los castillos de los caballeros y con los palacios de los príncipes*.

Creció tanto el monacato en Occidente, que, *pretendiendo exenciones* y turbando la paz de la Iglesia y el Estado, prohibió el Emperador Marciano edificar conventos sin licencia del obispo.

Esta propagación, las riquezas allegadas (la orden de Cluny contó 2.000 monasterios, que habian recogido para su dotacion 188 diplomas de donaciones reales) y la ampliación de la oración pasiva á costa del trabajo manual, trajeron en breve la relajacion.

Para afirmar el vínculo de la monarquía eclesiástica y dirigir desde Roma todos los

taba á la sociedad y á la vida (1); la ambición desvirtuó el Evangelio, comprometiendo la Iglesia y llevando á su ruina la doctrina esencial y primitiva y causando terribles luchas y rios de sangre (2); la austeridad y sobriedad en las costumbres del clero, trocáronse en relajación punible (3); la sencillez y claridad de la doctrina fué reemplazada por un verdadero gongorismo filosó-

---

negocios del Cristianismo, recorria anualmente los reinos y provincias una tropa de legados que levantaban tributos y derechos de curia, ya por el palio de los arzobispos y la confirmación de los obispos (annatas), ya por las numerosas dispensas de edad, grados, incapacidades, informalidades y demás, sin contar las costas, derechos y otras gabelas.

Contra el poder, el lujo y la vida secular del clero opusieron los llamados Waldenses la ley de la sencillez y pobreza evangélica, no reconocian la autoridad del Papa y rechazaban ciertas doctrinas de la Iglesia.

El monje Mateo Paris, amigo de Enrique III, en su *Historia de Inglaterra* (desde 1066 á 1259), pinta al desnudo y con severas palabras la depravación del clero, abusos de la curia romana, etc.

Desautorizó á la Tiara la codicia ilimitada de que se hizo culpable la curia de Aviñon; para saciarla, hizo Juan XXII un verdadero comercio de beneficios, inventó nuevas gabelas, decretó exacciones extraordinarias, con todo lo que dejó al morir á su familia diez y siete millones de florines de oro y siete millones en plata labrada y joyas en el tesoro papal.

(1) Ya hemos consignado, al hablar de las riquezas, la alta preponderancia y la propagación que alcanzarón las instituciones monásticas, hasta el punto de ser objeto de restricciones por parte de los emperadores.

(2) Fué el primer auxiliar y la base más firme del poder papal la propagación del monacato oriental en el Occidente.

Los obispos de Roma, queriendo á todo trance el poder absoluto, apresuraron su engrandecimiento político con medios artificiales, y forjaron documentos para fundar la soberanía universal. Tratóse primero de borrar la ingrata memoria del origen reciente del poder temporal del Papa en la donación del Exarcado, hecha por Pipino, insertando en el tomo primero de los Concilios un acta supuesta de donación, en la que Constantino cedia al Papa Silvestre la ciudad de Roma y la Italia, y por lo tanto, trasladaba el emperador su residencia á Constantinopla; escritura cuya falsedad probó ya en el siglo XV Lorenzo Valles, tan bien, que después nadie se ha atrevido á defenderla. Aún fué más trascendental la mudanza en el Derecho y Estado eclesiástico, mediante las llamadas Decretales de Isidoro *(mercator ó pecator)*.

Sabido es que en el tercer período de la Edad Media se miraba al Papa, *la espada espiritual*, como la cabeza del sistema feudal, y al emperador como la espada temporal, *pero recibida del Papa*.

Inocencio III supo aprovechar el estado de confusión de su época. Hábil político, adornado de talentos y prendas de príncipe, completó la obra comenzada por Gregorio VII, fundando definitivamente la soberanía temporal del papado, por haber obtenido de Othón IV la confirmación de las donaciones imperiales antiguas y la renuncia de la soberanía feudal del emperador sobre Roma, con la parte de territorio anejo á ella. Autorizó más el principio político de que la Iglesia es superior al Estado, y la cabeza espiritual superior á la temporal que el poder de reyes y príncipes es una emanación del Papa, y en consecuencia, todos los soberanos de la tierra se humillan ante él, y se reconocen sus primeros feudatarios y sujetos á su tribunal.

Esta desmedida ambición, esta desviación de los cauces evangélicos, fué causa ocasional de las desastrosas guerras entre los Güelfos y Gibelinos de Italia, y de los torrentes de sangre en ellas derramados, que á la larga habian de traer la decadencia del poder de la Iglesia, iniciado en Bonifacio VIII, y qua, á partir de esa fecha, no habia de volver á su primitivo esplendor y pureza.

(3) La relajación y espíritu secular de muchos príncipes eclesiásticos en los siglos IX y X, dañó poco al crédito del papado en el Occidente; y, sin embargo, era tan grande esta relajación, que en los años siguientes la inmoralidad reinó con escándalo del mundo, sobre todo á principios del siglo IX en que dos romanas ambiciosas y relajadas, Teodora y Marozia, *bella, artificiosa* y *atrevida*, dispusieron, durante medio siglo, del principado de la Iglesia en favor de sus amantes (Estéban VII), sus hijos (Juan II) y nietos. Con el crecimiento de la autoridad papal, cayeron cada dia en olvido los Concilios, y en general el gobierno republicano de los primeros siglos.

fico (1); y todo cuanto constituia la esencia y el nervio del Cristianismo, ha sido degenerado, desvirtuado y desviado de su verdadero cauce. Pero esta desviación y corrupción de la pura doctrina apostólica no ha determinado ántes la total ruina de la Iglesia, porque los Estados, servidores de ella, han mantenido la venda en los ojos y la mordaza en los labios; pero á partir de la emancipación del pensamiento, el movimiento contra la Iglesia no se ha circunscrito á la creación de sectas Waldenses, flagelantes y tantas y tantas otras como surgieron en la historia protestando de la relajación de las costumbres, de las impurezas de las doctrinas, de la ambición y la avaricia, y del desordenado y libre vivir del estado eclesiástico, sectas perseguidas hasta hacerlas caer en el fuego de la fe para con él exterminarlas. El movimiento ha tomado otras proporciones, á virtud de la velocidad adquirida por el pensamiento y á beneficio de los sedimentos que han dejado los siglos, siendo en realidad de verdad el grito de desesperación del que gime sobre el arado, para maldecir de aquellos que en sus tinieblas y oscuridad fundaron su poder y su soberbia; de aquellos que, con su ejemplo, le arrancaron del corazón sus creencias, y le arrebataron la tranquilidad y convicciones ante sus flaquezas y debilidades.

Que el hombre, en sus constantes y anhelosas ansias del conocimiento de cuanto le circunda y le anima, arranque el secreto de la composición del alma y se la explique como la resultante de un conjunto de sensaciones, no lleva la á negación de Dios, pues que esta idea en nada ha de desvirtuar y cercenar su poder, quebrantando, en todo caso, el dogma, que en vano reclamará autoridad ante el depósito que en la ciencia positiva hace el Creador, de sus incomparables secretos.

La afirmación de que Dios hizo *sanables á las naciones, sobre todo cuando se trata de naciones cristianas*, envuelve, sí, el concepto del Evangelio (2); pero rechaza el principio de caridad, columna miliaria, base y fundamento de la moral de Cristo; y por si esto no bastara, condena á Orígenes

---

(1) En la primera época de la Edad Media, la filosofía tomó por asunto, como en el imperio de Oriente, los temas dogmático-cristianos, naciendo de aquí la época científica llamada Escolasticismo, que como es universalmente sabido, tuvo su nacimiento y principal desarrollo en Francia (Normanda) y en Inglaterra, y dió origen á las famosas querellas entre nominalistas y realistas ó *scotistas* y *tomistas*, sus terminologías, artificios lógicos, fórmulas, distinciones y subdistinciones, cuestiones y quodlibetos en que no se sabe si admirar más el ingenio agudo, penetrante en la dialéctica, en el análisis de los conceptos, en la construcción de los discursos ó la aplicación, la erudición y el asombroso tralajo empleado *en aguzar, sin saberlo, el arma contra su madre*, á la manera que los caballeros peleaban, fuera con lanza y armas en los torneos.

Durante dos siglos, fué la Escolástica columna firme del papado; pero comenzando á anublarse el explendor de la triple corona, tomó la Escolástica, desde Guillermo de Ocám (m. 1347), una posición más libre y un carácter polémico, respecto de la Herarquía; bien que exagerando el formalismo y las argucias exquisitas, con olvido de la *sana razón*, hirió de muerte á su madre.

(2) San Juan, XIV, 6.—Yo soy el camino, y la verdad, y la vida: nadie viene al Padre, sino por mí.

San Juan, III, 36.—Aquel que cree en el Hijo de Dios, tiene la vida eterna; pero quien no dá crédito al Hijo, no verá la vida, sino que *al contrario*, la ira de Dios permanece *siempre sobre su cabeza*.

San Márcos, XVI, 16.—El que creyere y se bautizare, se salvará; pero el que no creyere, será condenado.

por su doctrina clemente y pía, de que todos hallarían salvación, en cuya condenación va envuelta, á no dudarlo, la condenación del Cristianismo.—Ante esta condenación y este espíritu de intolerancia, ¿puede realizarse el deseo de que se restituyan al seno del Cristianismo las naciones que harto tiempo vienen peregrinando por los monstruosos y tenebrosos caminos del ateismo?

La Religión, como energía de la vida, perece en tanto se pone en abierta rebeldía con la ley de evolución que preside al Universo; y es evidente, apesar de las protestas en contrario, partan de donde partieren, que el Cristianismo dogmático es incompatible con el *progreso*, *indefinido* por propia naturaleza.

En cuanto á que este sentimiento religioso satisface ó no á las almas fuertes y á los espíritus superiores, no cabe citar como ejemplos los Eusebios y Cisneros, que éstos alentaron en épocas impregnadas y saturadas de catolicismo, así como será preciso y leal conocer que *tanto montan* estos nombres en la Historia como los de Kant, Krausse, Spencer, Littré, etc., etcétera, etc., los cuales merecen, en verdad, más respeto que el que les consagra el Sr. Campoamor cuando los apellida genialmente *sabios de temporada*, ni son acreedores á que el nuevo académico les cercene la talla que, si hoy no se alcanza á descubrir porque las pasiones y encariñamientos filosóficos y científicos lo vedan, aparecerá en su integridad en las generaciones venideras.

Implícitamente niega el progreso la Iglesia, por cuanto el prelado sevillano, llevando su voz, entiende que la verdad *es* y no se *hace*. La verdad reside hecha y perfecta, y una en sí misma; mas al hombre le está vedado—y afirmación contraria arguye soberbia científica—su posesión absoluta, y sólo alcanza, mediante la dura ley del trabajo, ir descubriendo perezosamente el tupido velo de Alécia (1).

No aparece muy exacto, ni existe concordancia, en la afirmación que hace el P. Zeferino Gonzalez del dato estadístico de la piedad é impiedad, del teismo y ateismo; pues todo su discurso gira sobre una lamentación al fijar su mirada en esta generación descreida y peregrina, de caminos racionalistas y materialistas; y da al paso, como un hecho, la existencia de millones y millones de creyentes, al lado de algunos millares de hombres sin fe, á pesar de tres siglos de propaganda, y de la incontrastable influencia que le prestan los tronos y los gobiernos, y la enseñanza en las Universidades. Consultára el autor de las notas estadísticas modernas, y su desconsuelo, injusto y contradictorio en su discurso—dada la desproporción y desequilibrio que de él se deducen entre la gracia y la sombra—rayára en el paroxismo.

Entrañando la idea cristiana un fondo de desconsolador pesimismo, pues que ve en esta tierra un valle de lágrimas, en que sólo ha de atenderse á la penitencia como preparación á la vida eterna, ¿en qué concepto, y por virtud de qué autoridad se erige en fautora del progreso y su estímulo, su fuerza y esencia?

---

(1) La verdad. Personaje que actúa en *La comedia humana*, por D. Melitón Martin.

Así, pues, en rigor lógico, el hombre no hallará jamás que las ciencias naturales sean un comentario de la verdad revelada, y para ello tiene base y sólido fundamento, en Servet y Galileo, y en tantos ¡y tantos otros! representantes de esas ciencias, perseguidas y reprobadas por la Iglesia, como atentatorias al dogma y esencia más íntima del Cristianismo.

Al excitar el P. Zeferino á los pueblos á que conviertan sus pasos hácia la órbita del Cristianismo, revélase en su culto espíritu y en su alma bondadosa, amor de predilección al Cristianismo predicado por los Apóstoles, del cual se halla divorciada la Iglesia, que ha conspirado desatentadamente á su degeneración; pues léjos de regenerar á la sociedad en la medida que el espíritu cristiano pudo hacerlo, desterrando de ella el principio politeista y la esclavitud, fecundando las inteligencias, desarrollando el principio social, humanizando las artes, civilizando á los pueblos salvajes, condenando la tiranía y la violencia, estimulando el progreso, viviendo la vida natural de la evolución; léjos de secundar esta revolución santa en la humanidad, conserva el politeismo y la idolatría, haciendo prevalecer á los iconodulos; con sus debilidades y concupiscencias, es rémora á la redención íntegra del esclavo; atrofía la inteligencia con sus ergotismos escolásticos y su intolerancia dogmática; interrumpe y dificulta el desenvolvimiento de las sociedades, sancionando la vida ascética y monástica, que trae, como consecuencia, el aislamiento y el celibato; pone trabas al arte, encerrándole y haciéndole girar en moldes estrechos que le convierten á una vida anémica y extraviada; conquista á los pueblos por el hierro y el fuego, y convierte á la fe por la hoguera; abraza la tiranía en nombre del poder espiritual, y temporal más tarde, y ejerce la violencia para conservarla, y maldice el progreso de la ciencia, por su incompatibilidad con el dogma.

Abra la Iglesia con lealtad su inteligencia y su corazón á las corrientes vivificantes de la ciencia, reveladora de las grandezas del Hacedor, para guardarlas en el Arca santa, perpetuarlas y glorificarlas. Conformando así con el espíritu cristiano y con el humano de la época, afirmará sus cimientos y realizará la misión de paz que simbolizaba Jesucristo.

Por lo que hace al hombre, confesamos con sinceridad que se revela en el discurso á la altura que siempre ocupára, por su espíritu de tolerancia y verdad en la exposición de doctrinas heterodoxas, si bien en las conclusiones siente sobre sus sienes la mitra episcopal; pero siempre huyendo de los violentos accesos de intransigencias, propios de caractéres débiles y de espíritus pequeños.

Cumple, lealmente obrando, reconocerlo así, á quienes, como nosotros, abrigan la convicción de no ser aplaudidos por el P. Zeferino, ya por militar en opuestos campos, ya por ser colaboradores de la REVISTA DE ESPAÑA, puesta en entredicho por el dominio [illegible], á causa de su nociva lectura, áun

(1) Véase ESTUDIOS RELIGIOSOS, FILOSÓFICOS, CIENTÍFICOS Y SOCIALES del P. Zeferino: *La inmortalidad del alma y sus destinos según una teoría krauso-espiritista.*

cuando, so color de neutralidad y diciéndose inspirada en el sentido tolerante de la cultura moderna, esta publicación inserte trabajos de Mateos y Caminero, y á pesar de no hacerse solidaria de las opiniones sustentadas en sus columnas, autorizadas con las firmas de los autores.

Cumple hacerlo así, repetimos, rindiendo un tributo de respeto á los talentos y virtudes del prelado hispalense, y mostrándole, una vez más, el espíritu ámplio y tolerante que informa á los colaboradores de la REVISTA DE ESPAÑA que, á no dudar, es el espíritu que alienta á la época actual.

***

El Ateneo de Madrid ha terminado sus tareas. En la Sección de Ciencias Morales y Políticas, su presidente, Sr. González Serrano, pronunció un importante discurso-resúmen. El Sr. Letamendi, que lo es de la de Ciencias Naturales, á causa de una dolencia física no ha podido dar lectura al discurso, que ya circula impreso, habiendo llevado á cabo esta tarea el Dr. Pulido. Las conferencias han terminado también, así como las veladas. El curso académico, por tanto, ha terminado, y cumple á nuestro propósito ocupar nuestra atención, en revistas sucesivas, en dichos discursos y conferencias, haciendo á nuestra vez un resúmen del movimiento intelectual de la corporación; así como tambien habremos de dar cuenta de varios libros recientemente publicados, á saber: *Poesías; Poetas famosos del siglo XIX; El doctor Centeno; El Congreso pedagógico y el tema Segundo; Datos epigráficos y numismáticos; Cuestiones sociales; La Agricultura y la Administración municipal; Creencias y supersticiones*, y otros.

Merece especialísima mención y párrafo aparte, la publicación del *Ponos*, ó la *Comedia humana*, debida al ingeniero filósofo D. Melitón Martín. Esta obra, que no vacilamos en considerar *à priori*, trascendental para la ciencia, la filosofía y las letras españolas, solicita detenida lectura, maduro exámen, concienzudo estudio y largo espacio, para que el juicio que haya de emitirse guarde relación con las proporciones, espíritu y conclusiones que entraña el trabajo contenido en los cuatro tomos de que consta.

RAFAÉL CHICHÓN.

CRÓNICA POLÍTICA

Sucede en las obras de imaginacion, en todas las producciones del arte, que á mayor riqueza en la forma responde mayor debilidad y flaqueza en el pensamiento; y por lo mismo la literatura recrea, entretiene y proporciona más espansion al espíritu y más puros regocijos que consuelos á la razon, y luces y claridad al pensamiento. Los hombres de letras son gentes formalistas por costumbre y pensadoras por excepcion; y creando bellezas parciales se distinguen en lo convencional, que es el modo, que es el estilo, para confundirse en el resultado, que es el arte, que es siempre la belleza: una constante aspiracion al ideal. Así se afirma que Dante, en la novela divina, y Cervántes, en la novela humana, viven en la region de los iguales, porque viven en la region de los génios.

En el arte bello se engendran las eternas verdades, como en las ciencias se afirman las verdades matemáticas. Lo absoluto no rige más que en la abstraccion y en la certeza del hecho declarado.

Pero, en otros órdenes de la vida, la influencia de lo que pasa es la influencia determinante, la variedad es la única ley, lo múltiple y lo complejo son el problema del dia, y aplicar las verdades abstractas, los principios rigorosos y las soluciones madres á lo que sobre todo es mudable y contingente, será el gran error, si de buena fé se profesa; sería la gran falacia si, perdida aquella buena fé, se proclamase.

Claro se ve que en lo mudable, pasajero y contingente nos referimos á la marcha de los gobiernos y á las evoluciones de los partidos. La política tomará de la ciencia el método, del arte la intuicion, de la historia el ejemplo, de la filosofía el camino; pero, al fin y al cabo, de todo lo accidental, cuando más el procedimiento, cuando más todavía un reflejo, una luz: el dogma fijo, nunca; las intransigencias doctrinales, jamás.

De proclamar lo absoluto por leyes necesarias, se llegaria al fatalismo; de proclamar un ideal á plazo, se llegaria á convertir en imposible el gobierno de los pueblos. Ir al ideal, no es proclamarle; alcanzar el ideal, no le alcanzaremos nunca; la perfeccion relativa se logra en la persecucion; el progreso se realiza andando, pero los afanes se persiguen con los medios con que se cuenta, y se anda como se puede.

Los partidos liberales de nuestro país han olvidado en su desarrollo estas grandes verdades históricas, y por someterse á fórmulas cerradas han necesitado, para romperlas, desbordarse, y en el mismo desbordamiento han

encontrado la muerte. La locura de Sieyes, que hacia depender todo el bien del Estado de la forma en que estaba redactada la Constitucion, fué tan perniciosa á la Francia como lo fué entre nosotros la consecuencia de aquella misma doctrina: creer que más aseguradas estarian las libertades públicas cuanto se consignasen con mayor exageracion en el Código fundamental del país. Y parecia que se pactaba de diez en diez años, del 37 al 45, del 45 al 54, del 56 al 68, del 69 al 76 la vida de una Constitucion política, y parecia declararse, del mismo modo. que los derechos individuales, como ellos son, se podian desconocer ó rectificar á fechas determinadas, olvidando la afirmacion elocuente de un doctrinario que progresa, y es: que estos derechos iluminan las oscuridades de la conciencia política en ausencia de la verdad, como las estrellas iluminan el cielo en la ausencia del sol.

Ahora bien; en los momentos presentes, en que surge de la política de nuestro país con mayor ardor ó con mayor urgencia el afan de conseguir definitivamente la organizacion del partido liberal único, preguntamos:—¿Qué es preciso hacer cuando están consignadas las libertades en las Constituciones?—Extenderlas, arraigarlas en las costumbres.—¿Y cuando en las costumbres están?—Respetarlas y no comprometer el éxito.

Somos de los que creen que el partido liberal de la monarquía española rige formado en la comunidad de pensamientos, pero tal vez no en la comunidad de intereses, ni en la malla y contestura, ni en la trabazon, ni en la red de aquellas relaciones que estrechamente deben agrupar y unir á los elementos diferentes y á las fuerzas distintas llamadas á constituir la agrupacion total. Si este es un daño, mejor es denunciarle para que obtengamos su remedio más pronto y alcancemos su curacion más rápidamente, y ántes desaparezca, como mal que es en todo y para todos.

La primera verdad, la primera afirmacion indiscutible, es la existencia de la legalidad comun. Atentar contra ella en cualquier sentido, sería producir una complicacion innecesaria desde el poder. Todo se ha discutido en estos últimos tiempos, todo es materia de exámen, y ha podido ser causa y materia de reforma. La legalidad vigente, la Constitucion vigente no ha creado á ningun proyecto reformista dificultad insuperable. ni ha levantado barrera imposible para alcanzar los fines y los resultados de mayor espansion. El pensamiento político dominante en el partido liberal ha sido aquel de establecer y arraigar en la práctica las libertades en principio consignadas y en la Constitucion escritas. La práctica, el gobierno, han ejercitado su iniciativa sin provocar conflictos constitucionales de ningun género, y por tal manera queda el sufragio extendido, el juicio oral informando la marcha de los tribunales, de igual modo que la libertad de imprenta viene garantida por un proyecto sinceramente inspirado en el sentido práctico y gubernamental, y el Jurado organizado tambien en otro proyecto que se ajusta perfectamente al artículo constitucional en su letra y en su espíritu. No huelga recordar que la redaccion del artículo enunciado fué defendida por el Sr. Silvela, declarando, al discutirla, que como está se escribia, para que si un gobierno liberal partidario de aquella institucion se resolviera á plantearla, no encontrára obstáculos en el precepto constitucional referido.

Se han limitado las facultades que la ley municipal concede al Gobierno; se han decretado para Ultramar las reformas apetecidas; se demuestra que la opinion no lucha con trabas irritantes para su más libre y espontánea manifestacion; y, en una palabra, los más apasionados en su liberalismo y los más ardientes, han confesado, en la benevolencia, que es posible, bienhechor y fecundo el régimen liberal, sin otras precauciones que las del buen sentido, ni mayores defensas que las de responder con verdadera sinceridad á los compromisos pactados y á los deberes anteriores confesados y reconocidos para el dia de su triunfo por los que rigen hoy y gobiernan los destinos del país.

Tal es el hecho y tal es la verdad probada. La legalidad, la Constitucion, es bastante flexible para no hacer estéril el paso de los liberales por las regiones del poder. La doctrina está consignada, el dogma es práctico, el lazo comun no oprime las aspiraciones legítimas: lo principal está consignado, está hecho.

¿Es posible en el exámen de esto, que es axiomático, argumentar con razon ni con derecho en pró de una reforma constitucional inmediata en favor de un período constituyente, hoy innecesario? No tendria fuerza alguna argumentacion semejante. Como decimos y confesamos que en estos tiempos los obstáculos no caen de arriba, podemos tambien afirmar que los inconvenientes no se producen dentro de la legalidad. Las Constituciones acaban cuando pasa el tiempo, cuando terminan las circunstancias de las cuales son traduccion y reflejo las Constituciones. Y ¿dónde está hoy la nueva conquista, el continente que podríamos descubrir con una reforma constitucional?

No fué, seguramente, la manera de ser política del país lo que impidió ántes á los demócratas la evolucion ya realizada, tan favorable á la moanarquía; fué la manera de ser conservadora en sus actos y en sus palabras lo que aplazó aquella misma evolucion hasta el advenimiento al poder del señor Sagasta. Fué cuestion de oportunidad, y no conflicto de conciencia ni falta de inclinaciones y deseos; llegó el instante apetecido, y llegó la evolucion esperada. La defensa de algunos ideales, no abandonada todavía por el radicalismo evolucionista, parecia, en los dias primeros de la Restauracion, de todo punto inconciliable con los nuevos intereses creados, y no lo fué.

¿Por qué hoy análogas aficiones platónicas, los mismos impulsos ideales, se han de presentar como el ensueño mayor para la definitiva existencia del partido más liberal de la monarquía?—De ninguna manera.

Las transacciones se hacen por la necesidad que las impone. Miéntras la necesidad no la proclaman, la representacion del país, los movimientos de la opinion y la conveniencia de cuanto es en la política institucion ó poder fundamental, transigir parece retroceder, transigir parece abdicar, y esto no puede exigirse sino con tan poderoso motivo como lo sería una compensacion inmediata ante el paréntesis de abandonar las propagandas legítimas. Hé aquí por qué distinguíamos entre las artes ideales y las artes prácticas; hé aquí por qué decíamos que la filosofía es camino y no programa en política, porque la historia es ejemplo, y no será otra cosa jamás. Los hombres de gobierno son los hombres de análisis y discusion en el régimen parlamentario. Y no necesitamos apóstoles en los períodos críticos, necesitamos gobernantes.

Tan cierto es que unidos en idénticas aspiraciones, ni resulta aquella afirmacion como otra cosa que el descargo de la propia conciencia atormentada por el recuerdo, ménos firme siempre que la esperanza, ni merecen ménos respeto ciertos distingos fugaces ante la realidad del creciente y más acentuado movimiento de aproximacion á la monarquía en los que han permanecido sistemáticamente alejados de aquella institucion en los primeros años de su advenimiento.

Hay que confesarlo con toda claridad, y si necesario fuese con toda energía. Las afirmaciones de los ideales caidos, no nos alarman en labios de hombres demócratas que no producen recelo en nuestro ánimo cuando reiteran su adhesion á la monarquía, siquiera vengan con ciertas veladuras, porque fueron enemigos de la tradicion toda su vida.

El partido constitucional defendió, como era su deber, una Constitucion ya pasada hasta el momento en que, siendo gobierno, acató, como tambien era su deber, una legalidad vigente. La izquierda ha dicho:—Gobernar con la Constitucion que rija en la monarquía sin renunciar á mis ideales.—Nosotros habíamos declarado préviamente que gobernaríamos con nuestro espíritu sometidos á la letra de la ley. Y después de estas afirmaciones por to-

dos elogiadas, y reconocidas como buenas por todos, ¿quién se atreverá á negar, quién á suponer siquiera que existen inconciliables, irreductibles, las diferencias de doctrina entre los demócratas-monárquicos y los monárquicos-liberales? ¿Acaso el nombre y la designacion democrática no constituyen en estos momentos la constante y palmaria afirmacion de que la monarquía ha dilatado su influencia más allá de los límites que se fijaba en otras épocas? ¿Acaso aquella palabra, eco fiel de aspiraciones radicales afectas á la monarquía, no proclamaron constantemente la mayor virtualidad de nuestras instituciones? Si un dia advertimos á la izquierda que no transigiríamos ni podríamos transigir con nada que directa ni indirectamente pareciera exigido en menoscabo de lo inviolable y de lo indiscutible, algun respeto merece tambien el amor á lo perdido; que no por abandonarle se le ha de maldecir con el cinismo impropio de las almas bien nacidas.

Por eso afirmamos que en los principios, en las ideas, en el pensamiento, en la doctrina, no existen diferencias sustanciales entre los elementos monárquicos de la familia liberal española. El partido está formado en las creencias; está hecho en los afanes y en las aspiraciones, subsiste en el acuerdo feliz de los deseos, en la unanimidad de los propósitos, en lo que todos hemos de pensar, sentir y creer.

¿Por qué, entónces, no está ya proclamada la existencia oficial del gran partido en que aparezcan sumados todos los liberales de la monarquía?

Descendemos ahora de los principios á sus encarnaciones; caemos en los hechos desde las causas; bajamos de las ideas á las personas. En la legalidad hay liberales, hay principios y doctrinas liberales. ¿Faltará el jefe del partido liberal de la monarquía, faltará el convencimiento, el entusiasmo, la pasion en los elementos que necesitan sentirlos para designar la primera autoridad que dirija y comande aquellas fuerzas?

Por un momento vamos á prescindir de nuestros afectos y de nuestras inclinaciones, de nuestros entusiasmos y de nuestras voluntades. Discurriremos poco, pero de manera recta é imparcial, en averiguacion de lo que es y debe ser el jefe de un partido político militante.

Cuentan de las abejas que eligen por reina y señora á la más resplandeciente y de más hermoso color. Cuentan de una raza de indios que declara más ilustre al que es más ilustrado. Cuentan de algunos emperadores que imitaban á los otros en la inclinacion de la cabeza, en el andar pausado, en cosas pequeñas y mínimos detalles, donde ellos creian adivinar la causa de aquellas grandes exaltaciones al lugar supremo. Narra la Historia tales rarezas y explica hechos tan singulares por tan merecidas razones, que si á la Historia fuéramos por el conocimiento de las calidades que deben adornar á los jefes de los gobiernos, encontraríamos fácilmente justificada la eleccion de un cualquiera moderno, por la semejanza que tendria siempre con un cualquiera histórico ó legendario. No es á la Historia donde debemos acudir para encontrar las condiciones justas de los capitanes de la política. Además, los partidos son cosa variada y cambiante, y como en las razas influyen la luz y el clima, la vegetacion y el terreno, en los políticos influyen tambien el temperamento, el humor, las enseñanzas y las ambiciones. Hasta la agrupacion dirigida refleja su carácter en el caudillo director; hasta el ejército enemigo imprime huella en el que viene á derrotarlo. Si fuera posible que cuando nace un partido á la vida pública naciera con su jefe, éste sería el ideal. De no ser así, lo mejor es que el partido se pronuncie por el que merece acaudillarlo, y de este modo han elegido sus jefes actuales los actuales partidos españoles.

Sobre todo, rendimos un culto justificado al mejor propagandista, y el condicion de jefatura, para los hombres liberales, descollar por lo que es ménos corriente en el propio campo, por cierto respeto al principio de autoridad, por gran amor de conservacion hácia las mismas ideas no forjadas, amor que no sienten de recta manera sino aquellos que han padecido en

sus personas la persecucion y el calvario de sus doctrinas, y han hecho y forjado su corazon y su inteligencia en el molde á propósito para guardar la integridad de lo mantenido y lo ensalzado. Tan difícil es encontrar conservadores en el gobierno que sean garantía segura contra toda reaccion violenta, por comulgar en un sistema liberal científicamente basado, como tener pronto y á disposicion de las contingencias del tiempo hombres liberales tan probados, que su cuidado y su prevision no puedan interpretarse sino por aquél amor primero á lo que es tan querido como la existencia, tan nuestro como las pasiones, tan atractivo y consolador como las realidades apetecidas, á la misma libertad extendida á todos los órdenes del régimen y del Estado.

El jefe de un partido, y de un partido liberal, necesita, más que los jefes de partidos no tan populares, que se haya agitado con los más ardientes, que haya peleado con los más batalladores, que se haya batido con los más rebeldes. Necesita poseer algo de todas las virtudes y de todos los vicios, de todas las grandezas y de todos los rencores, de todos los ardimientos y de todas las desconfianzas que palpitan y bullen entre los más, que se agitan y revuelven, caen y se levantan, surgen y desaparecen en las colectividades, segun las circunstancias de cada tiempo, segun las necesidades de cada situacion, ante cada regocijo que se va y cada desengaño y desilusion que viene y se presenta. Importará poco una vacilacion pasajera, miéntras jamás se haya negado la principal afirmacion; importará poco transigir en el desarrollo de un principio, si lo que se ha llamado formal, sin razon bastante, porque tal vez la forma es lo esencial en la política, y es sobre todo y lo primero, si para esto mismo los recuerdos que atrás se dejan y las palabras de la historia mantienen bien acusada la afirmacion solemne y convencida. Y tanto es así, que el jefe de un partido popular, que mucho lo es por su doctrina, lo es tambien, ó más, ó mejor, porque en él encarna aquella misma doctrina de todos; y de aquí nace el sobrenombre para los afiliados bajo la suprema autoridad de tener que admitir el apelativo *ad hoc* formado con el nombre ó el apellido de su jefe. Donde esto no pasa, el sentido vulgar no encuentra el partido. Y en política existen vulgaridades infinitas del mismo carácter, que representan grandes causas, grandes hechos y grandes hombres.

La historia del jefe de un partido, es siempre la historia del partido. Jamás ha sido disputada con éxito esta cualidad inapreciable. El que viene á nuestro campo, puede venir trasformando la doctrina con luces más claras, puede venir dando más vigor y más impulso á los afanes dormidos y á las aspiraciones contenidas, y á compartir el poder, y á recibir el aplauso y á monopolizar la lisonja; pero á dividir la jefatura, no, ¡nunca! El dia en que la jefatura se desconozca, si los rebeldes son los más, el partido entra en una evolucion que lo lleva á otro campo distinto; si son los ménos, la rebeldía se convierte en una disidencia; los que se van desaparecen, y el partido sigue con los que quedan.

La política se hace como los políticos, de carne y hueso: es cosa material, positiva, impura y rozada: el afan ideal la desvasta de groserías y la despoja de fealdades; pero así es, hirviente, ambiciosa, humana, y tiene sus ídolos irreemplazables y sus dioses que no se van sino arrojados, y sus encarnaciones que parecen símbolos, y sus imágenes que parecen y son hombres políticos.

Dicho esto como tésis general, pero perfectamente aplicable al período crítico por que atraviesa la política del dia, y aplicable á todos los casos de jefatura entredicha ó disputada, ya que no podamos admitir que en tal entredicho nos encontremos, ¿es posible conformarse y dejar de protestar contra el vago rumor que supone exaltada á la izquierda, inquieta á la democracia y receloso á todo el mundo liberal por la jefatura indiscutida, irreemplazable, del Presidente del Consejo de ministros? No; y protestamos y rechazamos en absoluto semejante rumor. El Sr. Sagasta, con arreglo á

cuanto escribimos sobre los partidos y sus jefes, es el único jefe del partido liberal de la monarquía, y el único posible.

¿Por qué no se forma, por qué no se acaba de formar, por qué no se da por formado el partido liberal, si hecho está en el pensamiento y cuasi hermanado en la malla, en la red, en el tejido?

El anunciado debate político iba á mostrarnos el por qué.

Por último, el deber de curiosear es el primer deber de los cronistas de la época, y el deber de averiguar lo que no se quiere decir, es tambien hoy la obligacion primera de cuantos hacen ó colaboran en la prensa y en la opinion por algo posible, útil y necesario. Por este deber que intentamos llenar, creemos que se limitará el debate á obtener la promesa de una reforma constitucional.

Ya es la promesa, ya es el pudor, ya es la veladura; ya no es otra cosa.

¿Se creerá que hemos vuelto al punto de partida?

Pues bien, nosotros no lo creemos. Nosotros nos aventuramos á declarar que se ha dado un gran paso de aproximacion para reconciliar y unir á todos los elementos liberales.

La curiosidad exagerada es la indiscrecion, y la indiscrecion nos está vedada.

¡Hasta el número próximo!.....

***

Las noticias que del extranjero recibimos, no traen sucesos importantes para nuestra *Crónica*. Francia continúa inclinada, en su política extranjera, á reconquistar la influencia perdida en el Austria. Inglaterra sigue oponiéndose indirectamente, y más que en tono de quejas con aires de consejo, á la intervencion armada, y los hombres de Estado aconsejan al gobierno francés que no empeñe batallas de dudoso éxito para la paz interior, y quizá generadora de posibles dificultades para la forma del gobierno actual.

Las operaciones continúan con cierta lentitud, y en este estado las cosas, no ha de hacerse esperar la union de la diplomacia para que no se extienda la única nube que hoy se dibuja en el horizonte de la política europea.

X.

ÍNDICE DE LOS ARTÍCULOS DEL TOMO XCII

NÚM. 365

Páginas.

El Imperio ibérico, por D. Manuel Becerra 5
Jovellanos, considerado como crítico en Bellas Artes, por D. Fortunato de Selgas 27
Memorias salmantinas, por D. Fernando Araujo 56
El método intuitivo en la enseñanza, por D. Pedro Sala y Villaret. 63
Genealogía del socialismo, por D. Nicomedes Martin Mateos..... 72
La humanidad doliente, por D. M. Hiraldez de Acosta..... 87
Las Islas Filipinas, por D. Francisco J. de Moya y Jimenez..... 103
El crisol roto (novela), por doña Teresa de Arroniz Bosch..... 115
Aranjuez (soneto), por D. Eduardo de Cortazar 123
A una vénus inmunda (soneto), por D. Vicente Colorado 124
Revista crítica, por D. Rafael Chichon..... 125
Crónica política, por X 136

NUM. 366

El Imperio ibérico, por D. Manuel Becerra..... 145
La colonia penitenciaria de Hall en Suecia, por D. Mariano Carreras y Gonzalez 166
El método intuitivo en la enseñanza, por D. Pedro Sala y Villaret. 177
La humanidad doliente, por D. M. Hiraldez de Acosta..... 191
Más observaciones sobre versificacion, por D. Eduardo de Cortázar..... 206
De la Metafísica en las Matemáticas y de las Matemáticas en la guerra, por D. A. Ordáx..... 222
Concepto del Derecho, por D. J. Valero de Tornos 233
Aixa (leyenda árabe-granadina), por Al-Magherity..... 246
El crisol roto (novela), por doña Teresa de Arroniz Bosch..... 263
Revista crítica, por D. Rafael Chichon..... 268
Crónica política, por X 277

NÚM. 367

Páginas

El Imperio ibérico, por D. Manuel Becerra 289
Memorias salmantinas, por D. Fernando Araujo..... 309
Emperadores romanos, desde Galba hasta Constantino, por D. Nemesio Fernandez Cuesta..... 324
La Biblioteca del Real monasterio de San Lorenzo del Escorial, por D. Felipe-Benicio Navarro..... 337
Las Islas Filipinas, por D. Francisco J. de Moya y Jimenez..... 350
Feuchtersleben-Leopardi-Schumann, por D. José Campo-Arana.. 361
La demostracion, por D. A. Ordáx..... 385
Don Álvaro de Luna y su obra, por D. A. Gil Sanz..... 390
El crisol roto (novela), por doña Teresa de Arroniz Bosch..... 402
El Escorial (soneto), por D. Eduardo de Cortázar 409
Sin lágrimas (poesía), por D. R. A..... 409
Á la buena Fernanda, en el dia de su santo (poesía), por D. José Güell y Renté..... 410
Revista crítica, por D. Rafael Chichon 411
Crónica política, por X 427

NÚM. 368

El Imperio ibérico, por D. Manuel Becerra 433
¡Silencio hasta la muerte! (Historia de una demencia), por D. Mariano Carreras y Gonzalez..... 454
Emperadores romanos, desde Galba hasta Constantino, por D. Nemesio Fernandez Cuesta 476
Antigüedades sorianas, por D. Antonio Perez Rioja..... 496
Las Islas Filipinas, por D. Francisco J. de Moya y Jimenez..... 508
Aixa (leyenda árabe-granadina), por Al-Magherity..... 518
Un proceso en el antiguo Egipto, por D. Isidoro Lopez 528
El crisol roto (novela), por doña Teresa de Arroniz Bosch 540
Poesías, por D. José Güell y Renté y D. R. A..... 555
Revista crítica, por D. Rafael Chichon 556
Crónica política, por X 569
Índice..... 575

AP
60
R4
t.92

Revista de España

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY